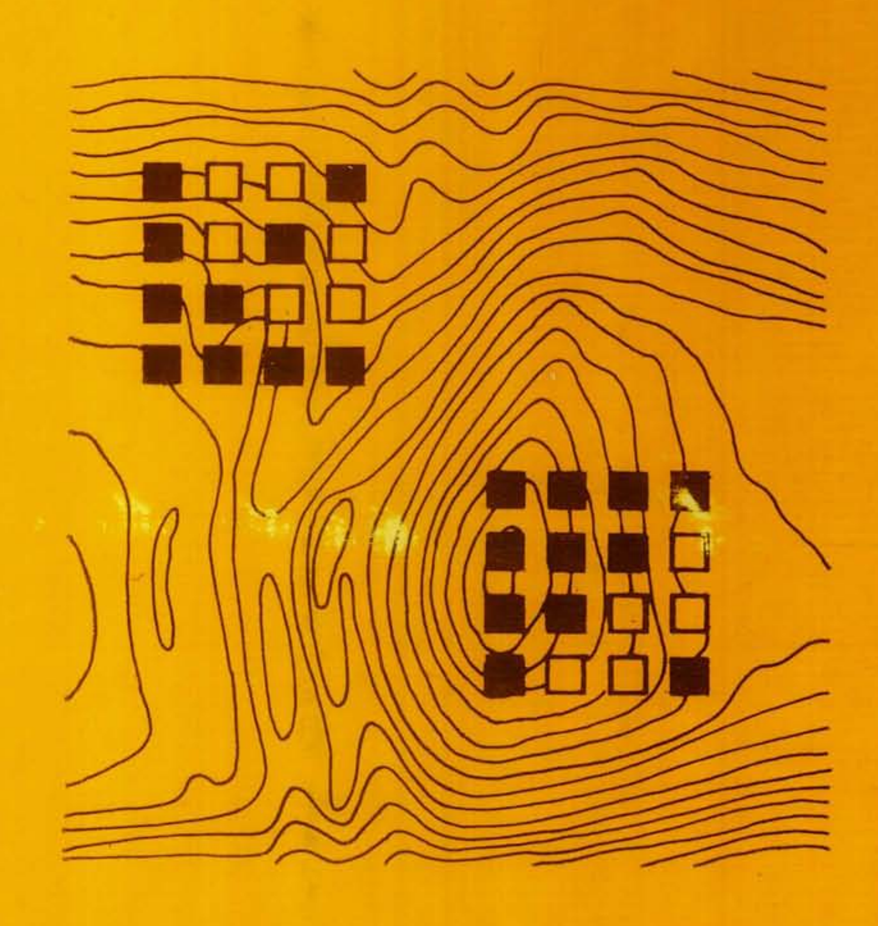
Trabajos

de

ARQUEOLOGIA NAVARRA/1



Diputación Foral de Navarra

Pamplona 1979

In memoriam
José Esteban Uranga

Trabajos

de

ARQUEOLOGIA NAVARRA/1

Diputación Foral de Navarra
Publicaciones del Museo de Navarra
Pamplona, 1979



ISBN 84-235-0453-0.

Depósito legal NA 1.276.-1979.

Printed in Spain — Impreso en España.

Impreso en E. Gómez, S. L. Iturrondo, 3. Pol. Industrial (Burlada-Navarra)

Indice

PRESENTACION

El volumen publicado es buena prueba de la importante labor que en el campo de la investigación arqueológica se lleva a cabo en Navarra. La Diputación Foral de Navarra ha fomentado siempre el estudio de los restos arqueológicos de nuestro territorio, a fin de ampliar en lo posible el conocimiento del desarrollo de las comunidades antiguas.

Esta labor comenzó de modo sistemático cuando en 1942 el entonces Secretario General de la Institución Príncipe de Viana, J. E. Uranga, logró interesar por el estudio de nuestro pasado a un eminente arqueólogo, el Director del Museo Arqueológico Nacional, B. Taracena Aguirre, que inició y dio impulso al Servicio de Excavaciones, realizando campañas tan interesantes como Arguedas, Gallipienzo, Liédena, Cortes, etc., y publicó una serie de trabajos de alto prestigio en la bibliografía arqueológica. A su muerte, en 1951, continuó su colaborador L. Vázquez de Parga, Subdirector del Museo Arqueológico Nacional, junto a O. Gil Farrés.

En 1954 asumió la jefatura del Servicio J. Maluquer de Motes, quien desde su cátedra de Salamanca y Barcelona dedicó quince años a la investigación arqueológica en Navarra, habiendo publicado importantes estudios sobre las etapas protohistóricas. A todos ellos debemos nuestra gratitud, ya que sin su valiosa y desinteresada dedicación se hubieran perdido y no llegado hasta nosotros, restos, noticias y objetos que constituyen hoy buena parte de nuestro Patrimonio Arqueológico.

En la actualidad el Servicio de Excavaciones y Arqueología de la Diputación Foral de Navarra radica en el Museo, asistido por una Comisión, cuyos miembros colaboran activamente en la protección e investigación de la Arqueología Navarra.

La índole variada de los estudios realizados nos ha llevado a agruparlos bajo el denominador común de TRABAJOS DE ARQUEOLOGIA NAVARRA, que constituirá una serie especializada de amplia difusión. Desde el Paleolítico a la Epoca Romana, los nueve trabajos que se incluyen ofrecen novedades del máximo interés, constituyendo positivas aportaciones al mejor conocimiento de la Prehistoria, Protohistoria e Historia Antigua de Navarra, cuya importancia rebasa el área regional e interesa a numerosos sectores de la investigación arqueológica.

En primer lugar, I. Barandiarán, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Santander, expone en un meticuloso trabajo los resultados de la Campaña de 1977 en el covacho de Berroberría, en término de Urdax. Este área del Pirineo Occidental ofreció condiciones de paisaje y ecología para acoger grupos de cazadores nómadas del Paleolítico Final. Por ello, en el lugar estudiado, existe un covacho de habitación y una cueva-santuario, donde se grabaron algunas figuras de animales en el período Magdaleniense, constituyendo uno de los pocos restos del arte prehistórico en Navarra.

Se incluyen también las Memorias de Excavaciones de las campañas de 1977 y 1978 en la cueva de Abauntz, término de Arraiz, realizadas por P. Utrilla, profesora de la Universidad de Zaragoza. En ellas se da noticia de los resultados obtenidos con materiales que van desde el período Magdaleniense Superior o Final, hasta los niveles superiores de Edad del Bronce, e incluso un nivel romano bajo-imperial.

Correspondientes al período Epipaleolítico y Neolítico son los hallazgos de la Cueva del Padre Areso, en Bigüezal, estudiada en 1978 por M.ª A. Beguiristáin, profesora de la Universidad de Navarra, que así mismo presenta la Memoria de la Excavación de la cueva del Nacedero de Riezu, incluido cronológicamente entre el Eneolítico y plena Edad del Bronce.

El estudio sobre la Edad del Hierro en el Castillar de Mendavia, realizado en 1978 por A. Castiella, profesora de la Universidad de Navarra, amplía nuestro conocimiento del desarrollo histórico de Navarra en época prerromana.

Finalmente, se exponen los resultados de la excavación y estudio del acueducto romano de Alcanadre-Lodosa.

Completan el volumen una serie de trabajos de investigación arqueológica, cuales son el catálogo y clasificación de los útiles pulimentados prehistóricos en Navarra, realizado por C. González Sainz. El estudio estilítico e iconográfico de las estelas decoradas de época romana en Navarra, por F. Marcos Simón, y la clasificación de la cerámica pigmentada romana en nuestro territorio por M. Unzu Urmeneta.

Queremos hacer patente nuestro reconocimiento a José Esteban Uranga, que supo atraer hacia Navarra prestigiosas figuras de la arqueología nacional, fomentando e impulsando los estudios en este campo. Creemos justo por ello dedicar a su memoria este volumen.

Pamplona, Noviembre de 1979

M.ª Angeles MEZQUÍRIZ IRUJO

EXCAVACIONES EN EL COVACHO DE BERROBERRIA (URDAX) CAMPAÑA DE 1977

IGNACIO BARANDIARÁN.
(Universidad de Santander)

1. INTRODUCCIÓN.

Dentro del programa general de investigaciones de campo establecido por la «Comisión de Excavaciones y Arqueología» de la Excma. Diputación Foral de Navarra (Institución «Príncipe de Viana»), dedicamos las campañas de 1975 y 1976 a la excavación y estudio de la cueva de Zatoya, en Abaurrea Alta: cuya estratigrafía y materiales vienen siendo ahora analizados [1].

Para 1977 se decidió el inicio de trabajos de revisión en los lugares de ocupación prehistórica del Alto Baztán. Pues aquí (términos de Urdax y Zugarramurdi) se han catalogado varios establecimientos del Paleolítico superior y del Epipaleolítico (así en las cuevas de Uriogaina y Lezia, de Sara; o en las de Lexotoa, Sorgiñen-Leze y Akelarren-Leze, de Zugarramurdi): pero sin haber sido aún sometidos a intensa excavación, ni control estratigráfico minucioso [2]. Pedidos los oportunos permisos a la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, para dedicar las excavaciones de 1977 a la cueva de Sorgiñen-Leze (confluente al gran complejo de Akelarren-Leze, en Zugarramurdi), nuestros trabajos iniciales de prospección, en la primavera de ese año, mostraron que su depósito estratigráfico se hallaba muy mermado (en parte por arrasamientos de corrientes de agua, y también estropeado por grupos de prospectores clandestinos): de modo que se pensó que no merecía dedicarle más extensa investigación que la realizada mediante algunas catas de control de niveles [3]. En esa situación, y habiéndose ya protegido adecuadamente en 1975 (por el Servicio de Obras Públicas de la Diputación Foral de Navarra) el gran covacho de Berroberría (en Urdax), se decidió emprender aquí un detenido estudio de su formación arqueológica. Para ello contamos con la conformidad y apoyo de quien (el Dr. Juan Maluquer de Motes, de la Universidad de Barcelona) había desarrollado ya en Berroberría amplias excavaciones en los años inmediatos a 1959.

Se pensó que en una primera etapa (la correspondiente a la campaña estival de 1977) se habrían de reavivar, y confirmar, los cortes estratigráficos del yacimiento de modo que sirvieran de punto de referencia a trabajos posteriores; y después, en años sucesivos, de-

1. Notas de información preliminar de las dos campañas, con un primer avance extenso de interpretación, han sido ya publicadas por I. BARANDIARÁN en la Revista «Príncipe de Viana»: *Zatoya 1975. Informe preliminar* (pp. 5-19, de los n.° 142/143, de 1976) y *El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya* (pp. 5-46, de los n.° 146/147, de 1977).

2. J. M. DE BARANDIARÁN, *El Hombre prehistórico en el País Vasco* (Buenos Aires, 1953), *passim.*

3. Sus resultados concretos en pp. 349-369 de los n.° 148/149 de «Príncipe de Viana», de 1977, por I. BARANDIARÁN con el título *Prospecciones arqueológicas en Sorgiñen-Lezea (Zugarramurdi. Navarra).*

sarrollar campañas de excavación extensa, con levantamiento horizontal de los niveles y de los eventuales «suelos» de ocupación, con el fin de controlar mejor las estructuras y modos de dispersión del habitat prehistórico en la cueva.

El área más extensa del Pirineo Occidental y sus inmediaciones ha ofrecido condiciones óptimas de paisaje y ecología para acoger grupos de cazadores nómadas del Paleolítico final. Su moderada altitud sobre el nivel del mar y su relativa proximidad a la costa produjeron circunstancias de relativa benignidad climática en el extremado ambiente del Würm IV y del Tardiglaciar. En la adjunta figura 1, precisamente, se han situado las estaciones más o menos contemporáneas de Berroberría: es decir, con estratos del Magdaleniense superior y final, y del Aziliense. En una superficie, cuyos puntos extremos distan menos de 90 Kms. a la redonda de Berroberría, se ubican casi una treintena de cuevas con yacimientos excavados y bastante bien conocidos. Del Oeste a Este son las de: Arezti, Santimamiñe, Atxeta, Lumentxa, Abittaga, Goikolau, Bolinkoba y Silibranka, en Vizcaya; Urtiaga, Ermittia, Lezetxiki, Ekain, Altxerri, Aitzbitarte y Torre, en Guipúzcoa; Akelarren-Leze, Sorgiñen-Leze y Zatoya, en Navarra; Isturitz, Lezia, Uriogaina, Tute de Carrelore, Etcheberriko-Karbia, Xaxixiloaga y Sinhikoleko-Karbia (éstas tres con grabados parietales) en el Departamento de los Pirineos Atlánticos; y Duruthy, Dufaure, Grand Pastou y Montaut, en el Departamento de Landas.

2. El conjunto espeleológico de Berroberría.

La «cueva de Alquerdi» y el «covacho de Berroberría», en término de Urdax (barrio de Alquerdi), se sitúan entre los núcleos de Urdax y de Zugarramurdi, aunque más cerca de éste. Las denominaciones con que se conocen ambas cavidades no nos parecen demasiado correctas: pues Alquerdi es el nombre del barrio de Urdax en cuyo término se ubican las dos (tanto el «covacho» como la «cueva»), y Berroberría el del caserío inmediato (propiedad de D. Martín Iturri). Pero puesto que dichas denominaciones fueron atribuídas —a falta de otras— hace más de cuarenta años por quien describió el primero su interés arqueológico, pensamos que deben mantenerse.

El conjunto espeleológico de Berroberría se sitúa en la Hoja n.° 66 («Maya de Baztán») del 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral, en coordenadas 43° 16' 35" de latitud Norte, y 2° 10' 17" de longitud Este (meridiano de Madrid); y en el punto XN 2093 de la Hoja 7.2 («Pamplona») del Mapa Militar de España (1:200.000). La zona de Berroberría soporta una de las más altas medias de precipitaciones de toda Navarra: una media anual superior a los 1.800 mm[3]. Se halla a una altitud entre 100 y 120 m. sobre nivel del mar, en un dominio actual de vegetación basal oceánica.

Junto a la misma línea de frontera con Francia, en Dancharinea, debe tomarse la carretera local que lleva a Zugarramurdi. Por ella, y a unos 3 Kms. de Dancharinea, se aprecia a la izquierda un notable afloramiento calcáreo entre los caseríos de Celaieta y Berroberría. Parcialmente explotado hoy por canteras («canteras de Celaieta»), posee en su interior una compleja red espeleológica, en buena parte aún activa. Según precisa descripción del Marqués de Loriana[4], en ese macizo se producen sumideros de corrientes por sus costados Oeste, Este y Sur, aflorando por el Nordeste hacia la cuenca del Olabidea. En él se han señalado la «cueva de Celaieta», al Este (prospectada por Loriana, con hallazgos aislados de cerámicas toscas y alguna pieza ósea de Cérvido; y que reconocimos nosotros en la primavera de 1977), y el complejo de Berroberría-Alquerdi, al Sur-Suroeste.

Como se indicó, el «covacho de Berroberría» (en la figura 2, es el n.° 1) y la «cueva de Alquerdi» (figura 2, n.° 2) se integran en un mismo sistema cárstico, situándose el covacho al Oeste de la cueva.

A ambos lados del covacho se abren senos casi cerrados: el del lado occidental (A) está hoy casi taponado por masas de tierra y piedras procedentes de excavaciones anteriores a la muestra; en tanto que el oriental (B) supone el llamado «fondo del covacho», allí donde N. Casteret hizo en 1930 el primer sondeo de Berroberría, junto al que luego arrancaría la trinchera del Marqués de Loriana (en 1939). El fondo nordeste de ese entrante, o seno B, se halla muy próximo al del fondo de la galería occidental de Alquerdi: lugar donde se grabaron

4. M. de Loriana, *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta y covacho de Berroberría, término de Urdax (Navarra) y sus inmediaciones* («Atlantis», tomo XV, pp. 91-102, Madrid 1940), p. 93.

en el Magdaleniense (probablemente inferior, o medio) algunas figuras animales. El conjunto del covacho de Berroberría (con su seno B), en el croquis de conjunto levantado por el Marqués de Loriana (véase la figura 2) difiere bastante del que ofrecemos en la planta que trazamos en 1977 (figura 3): diferencia que acaso se deba, entre otras razones, a la distinta cota de altura escogida para su levantamiento [5].

En el covacho de Berroberría se aprecia una amplia zona vaciada, que ocupa el centro y fondo de su planta: se extiende en un área superficial de unos 50 metros cuadrados (véase en la figura 3, en rayado oblicuo), con una profundidad oscilante entre los 1,50 y los 2 metros.

El covacho tiene una amplia embocadura de 23 m. de ancho, por 4 a 6 de alto (en su zona más exterior): su fondo medio anda por los 6 metros, llegando a introducirse los 18 m. en su parte más profunda. El abrigo mira exactamente al Sur. Frente a él se extiende una pendiente de unos 30° de inclinación: en la lámina 1 se ofrece una fotografía tomada desde lo alto de dicha pendiente, vista desde el camino que va del caserío de Berroberría a la cantera de Celaieta.

La geología de la zona se puede consultar en el 1:200.000 del Instituto Geológico y Minero de España [6]. En esta zona intermedia entre Urdax y Zugarramurdi se producen tres afloramientos, dispuestos en bandas aproximadamente paralelas:

— el septentrional, del Cretácico superior (margas y margocalizas),
— el central, del Cretácico inferior (Aptense/Albense) (con mármoles, margas, calizas, margas arenosas y areniscas calcáreas), a cuya costa se formó el complejo cárstico de Berroberría y el inmediato conjunto de Celaieta (igual que el afloramiento de Sorgiñen-Leze y Akelarren-Leze),
— y el meridional, del Triásico («Buntsandstein») (con conglomerados, cuarcitas, areniscas y basaltos), que pudo ser erosionado y arrastrados sus materiales rodados por el Olabidea aguas abajo.

El aparato cárstico de Berroberría drena una serie de corrientes que acaban integradas en la cuenca del Olabidea: río que afluyendo desde las estribaciones del pico de Alkurruntz marcha en dirección Norte hasta unirse con el Nivelle en el mismo puesto fronterizo de Dancharinea.

3. Investigaciones anteriores en Berroberría.

El conjunto espeleológico Berroberría-Alquerdi fue explorado primeramente por Norbert Casteret, en julio de 1930. De su estudio se produjo el descubrimiento, con la descripción y primeros calcos, de varias figuras rupestres grabadas atribuidas al Magdaleniense, en la cueva de Alquerdi; y la prospección del yacimiento depositado en el covacho de Berroberría. Casteret señaló en el covacho, en su parte más profunda, «hogares intactos» con «sílex tallados, un alisador en hueso y osamentas y dientes de caballo, bóvido, jabalí, astas de ciervo con señales de recorte y numerosas conchas de *patella*» [7].

En Alquerdi verificaría prospecciones en 1935 J. M. de Barandiarán [8].

En 1939 tienen lugar las excavaciones del Marques de Loriana en Berroberría, ayudado en un principio por N. Casteret: sus resultados se publicaron con cierto detalle en dos ocasiones diversas (1940 y 1943), con datos en parte complementarios y, en parte, que se corri-

5. En nuestro plano de dicha figura 3 el contorno de las paredes del covacho se ha levantado a nivel 0 (o sea en el plano mismo de la línea 0) en toda la parte exterior del mismo: línea gruesa continua, en bandas 16 a 5 de la pared occidental, y bandas 6 a 13 de la pared oriental. Se ha completado aquella planta —para dejar constancia del fondo de ese seno B («la parte más profunda del covacho» en expresión de Loriana)— con otros levantamientos a cotas inferiores a la 0. A —50 centímetros en el mismo fondo (línea continua, en bandas 21 y 23); a —100, los dos lados de ese seno (bandas 13 a 19 del lado, o pared, occidental; bandas 15 a 19 del oriental); a —200 (en trazo grueso continuo) la pared occidental entre las bandas 7 y 11 y (en trazo fino discontinuo) la oriental desde 5 a 13.

6. En Hoja 6-13 («Irún-Pamplona»), primera edición, Madrid 1973. Más afinación se obtendrá de la publicación más detallada (1:25.000) del Mapa Geológico Navarro, patrocinado por la Diputación Foral.

7. N. Casteret, *Une nouvelle grotte à gravures dans les Pyrénées. La grotte d'Alquerdi* (pp. 384-389 de «XVe Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique. Paris 20-27 setembre 1931», Paris 1933), p. 386.

8. J. M. de Barandiarán, *El Hombre prehistórico...*, 1953, p. 189.

gen [9]. La excavación de Loriana consistió en una «pequeña trinchera» delante del sitio donde había prospectado antes Casteret, descubriendo una secuencia de casi dos metros de espesor, con seis niveles que denominó, de arriba abajo, por letras de la A a la F: el A («moderno») de 58 cms. de espesor, el B («capa obscura de Helix» con hogares en su base) de 40 cms., el C (de «arcilla amarilla») de 10 a 15, el D y el E con un espesor total de 85 (los atribuyó al «Magdaleniense»), y finalmente el F «al parecer estéril» [10]. La trinchera del Marqués, según su explicación, afectó a una superficie de unos 5 metros cuadrados. Cuando Maluquer de Motes reemprendió en 1959 los trabajos de excavación en Berrobería tuvo la acertada idea de levantar un croquis de la zanja de las excavaciones de Loriana (el 27 agosto 1959), croquis que publicó, con un amplio comentario, en 1965 [11]. La «cata Loriana» queda, en el momento actual, englobada en las zonas que excavó Maluquer de Motes, de forma que resulta hoy imposible individualizarla. Pero, según la descripción de su situación y dimensiones («delante de la parte más profunda del covacho»... «junto a la pared izquierda») por el Marqués, y la escala del corte dibujado por Maluquer de Motes, suponemos que dicha cata se orientaba posiblemente —como trinchera de una cosa de un metro de ancho por 4,5 o 5 de longitud— de Oeste a Este, desde la pared occidental del Seno B, o fondo, del covacho: y así ocupaba, quizá, las bandas 5 o 7, en su confluencia con las J, I, H, G y F.

Posteriormente, en la década de los 40, y sin que conozcamos la duración y consecuencias de su campaña, excavó en Berrobería el profesor de la Universidad de Valladolid Santiago Rivera Manescau. De estos trabajos, pronto interrumpidos por dificultades fronterizas, no se ha publicado dato alguno; desconociéndose el paradero de los materiales obtenidos.

A partir de 1959, Juan Maluquer de Motes realizó una media docena de campañas en Berrobería: la primera, con la colaboración de Domingo Fernández Medrano, discurrió entre el 26 de agosto y el 10 de septiembre de dicho año. En 1965 Maluquer de Motes publicó una amplia nota de avance, comentando la estratigrafía puesta en evidencia por Loriana [12].

En 1973, Ignacio Barandiarán emprendió la revisión del Arte parietal de Alquerdi y del arte mueble (Magdaleniense final y Aziliense) de Berrobería (materiales de las excavaciones de Maluquer de Motes) [13].

Los materiales de las excavaciones del Marqués de Loriana se hallan en su casi totalidad en el Museo de Navarra (Pamplona). De los de Maluquer de Motes se ha hecho entrega ya a dicho Museo de la totalidad de la industria ósea, en tanto que la fauna y el material lítico tallado (así como el cerámico), están siendo estudiados en el Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Barcelona.

4. La campaña de 1977.

Duró quince días, de la segunda mitad de agosto (16 de agosto a 1 de septiembre), siendo precedida por cuatro jornadas sueltas de prospección del yacimiento: resultaron 987 horas de trabajo de campo.

El permiso de excavación fue concedido, en fecha 17 de mayo de 1977, al firmante de esta memoria por la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural. La campaña fue dirigida personalmente por mí; como Subdirector actuó la Lcda. Ana Cava Almuzara (que se hizo cargo, inmediatamente, del inventario general de evidencias), estando el equipo excavador integrado por los Lcdos. María José de Val Pardo (Universidad de Barcelona), Pilar Arnal

9. M. de Loriana, *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta...* 1940 y *Las industrias paleolíticas de Berrobería* (pp. 194-206, «Archivo Español de Arqueología», tomo XVI, Madrid, 1943).

10. M. de Loriana, *Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta...* 1940: fig. 4, con croquis estratigráfico y texto correspondiente en páginas 98 a 102, indicando que se extrajeron «unas 3.500 piezas en total» cuyo detalle y entidad desconocemos. En su posterior publicación, de 1943 (*Las industrias paleolíticas...*) precisará más M. de Loriana la atribución de estos niveles D y E: «es evidente que se trata de un yacimiento muy tardío dentro del Paleolítico superior, que supondríamos del Aziliense, si alguno de los instrumentos, especialmente las azagayas de doble bisel, no nos situara dentro del Magdaleniense final».

11. J. Maluquer de Motes, *La estratigrafía del covacho de Berrioberría (Urdax, Navarra),* en pp. 135-140 de «Miscelánea en Homenaje al Abate Henri Breuil», tomo II, Barcelona, 1965: figura de la página 137.

12. J. Maluquer de Motes, *La estratigrafía del covacho...*, 1965.

13. I. Barandiarán, *Arte paleolítico en Navarra. Las cuevas de Urdax,* en pp. 9-47 de «Príncipe de Viana» n.° 134-135, Pamplona, 1974. Los materiales de Berrobería son estudiados en sus páginas 15 a 24.

Guimerá (U. de Zaragoza), Juan Javier Enríquez Navascués, Javier Fernández Eraso y César González Sáinz (U. de Navarra) y por los estudiantes de especialidad, de la Universidad de Zaragoza, Andrés Alvarez Gracia y Xabier Larrañaga Elorza.

La Diputación Foral de Navarra subvencionó los trabajos de excavación; en tanto que a la generosidad de la Dirección G. del Patrimonio Artístico y Cultural se debe una sustanciosa ayuda complementaria con la que se abordarán particularmente los gastos de adquisición de material especializado y de análisis.

La totalidad de los materiales recogidos se han depositado ya en el Museo de Navarra. Las evidencias inventariadas en esta campaña 1977 son 9.291, que se distribuyen así: 6.955 materiales osteológicos (mayoritariamente mamíferos; el resto aves y microfauna), 1 vértebra de pez, 693 moluscos (676 *Helix*; el resto, marinos), 25 fragmentos cerámicos, 20 muestras de industrias óseas, 1.281 testimonios de tecnología lítica y, además, 316 piezas de piedra tallada.

La excavación se regula, en cuanto a sistemas de control y levantamiento de evidencias, por el método denominado de las coordenadas cartesianas, expuesto primero por L. Méroc y G. Laplace y luego, más detalladamente, por éste [14]:

1 *La línea O,* que organiza toda la planimetría, se orienta aproximadamente de Este a Oeste: a 278°. Las bandas de un metro de ancho, paralelas a dicha línea, y a partir de ella, se denominan por números: impares (1, 3, 5, 7,...) las septentrionales, y pares (2, 4, 6, 8,...) las meridionales. Las bandas perpendiculares a dicha línea O se denominan empezando del Este del covacho, por letras mayúsculas (A, B, C, D,...): la línea O pasa, exactamente, entre las bandas F y G. Las unidades de excavación, de un metro de lado, son los *cuadros*: que se llaman por una sigla compuesta del número y letra respectivos de las bandas en cuya confluencia se producen.

2 Las tres *coordenadas de situación* de cada evidencia dentro del cuadro se consignan en centímetros: x, profundidad bajo la línea (y plano horizontal) O; y, distancia al lado Norte del cuadro; z, distancia al lado Este del cuadro.

3 Para un mejor control en la extracción de materiales se adopta la *talla*: volumen de 33,33 x 33,33 centímetros de planta (o sea, un *sector*) por 10 cms. de espesor. En algunos casos, la *media talla* (volumen de un sector de planta, por 5 cms. de espesor). Los nueve sectores en que subdivide cada cuadro se denominan por números, situándose en el interior del cuadro así:

	Norte			
	1	2	3	
Oeste	4	5	6	Este
	7	8	9	
		Sur		

4 La totalidad de los materiales (líticos, cerámicos y óseos) ha sido siglada en tinta indeleble con la signatura que expresa el nombre del yacimiento (Be: Berroberría), el cuadro de donde procede, la profundidad (en centímetros: la coordenada x) del hallazgo, y un número de orden para su identificación individual.

5 Se adopta, para la denominación de los niveles de Berroberría, la de letras mayúsculas: tal como fue publicada, por primera vez, por el Marqués de Loriana [15].

El relleno arqueológico de Berroberría debe cubrir probablemente una superficie no inferior a los 200 metros cuadrados: teniéndose en cuenta que los varios trabajos de excava-

14. G. LAPLACE-L. MÉROC, *Application des coordonnées cartésiennes à la fouille d'un gisement,* en pp. 58-66 de «Bulletin de la Société Préhistorique Française», tomo LI n.° 1-2, Paris, 1954; G. LAPLACE, *De l'application des coordonnées cartésiennes à la fouille stratigraphique,* en pp. 223-236 de «Munibe», tomo XXIII, San Sebastián, 1971.

15. Pues las calificaciones propuestas por MALUQUER DE MOTES («Berroberría I, II, III y IV»; con cuyo contenido estamos de acuerdo) se refieren exclusivamente a los *horizontes* culturales principales presentes en el covacho, pero no a la totalidad de las unidades de depósito estratigráfico de su relleno.

ción anteriores a 1977 han afectado a unos 50, quedan las ¾ partes del yacimiento más o menos intactas. (Loriana apunta la noticia de que en varias ocasiones se habían extraído tierras de Berroberría para el abono de los campos circundantes).

Según el plan de trabajo de esta campaña, se dedicaron los días de la investigación al refrescado de la estratigrafía, con la consiguiente revisión de las etapas culturales representadas en el depósito arqueológico de Berroberría. Así se realizaron prospecciones que aprovechasen la zanja de excavaciones anteriores: dichos sondeos de prospección se situaron sobre una misma línea (la divisoria entre las bandas F y G), en los cuadros 6G-4G, 3G y 15G (véanse, en negro, en la planta de la figura 3) (lámina 2).

- De 4G y 6G se había excavado anteriormente su mitad occidental. De modo que en la campaña de 1977, limpiado el corte residual, se eliminaron los niveles que se suceden desde la superficie (nivel revuelto superficial, nivel A,...) hasta la base del E inferior, dejándose al descubierto la superficie del nivel F. En estos cuadros se excavó un espesor de 160 a 165 cms.
- En 3G los excavadores anteriores habían trabajado, eliminándolos, los niveles A a E, dejando al descubierto el F. Sólo una estrecha banda oriental de dicho cuadro (de no más de 15 cms. de fondo) conservaba aún evidencias de los niveles C5, D y E. Al sondear, entonces, nosotros en el cuadro 3G pudimos establecer el nexo estratigráfico de esos niveles superiores al F (C5 al E) con los inferiores al mismo (que tanto Loriana como Maluquer de Motes señalan como posiblemente estériles), es decir los niveles G a I. En este sondeo profundizamos, a partir de la parte superior del F, de 100 a 105 cms. (lámina 3).
- En 15G, muy cerca del fondo del covacho, hallamos en el espesor sondeado a 80 cms. una secuencia estratigráfica de difícil asimilación con la conocida ya en otras zonas de Berroberría: por la excesiva delgadez de los niveles en 15G, por su textura particular, por la relativa abundancia aquí de horizontes estalagmíticos (que no se hallan en zonas más exteriores), y por la escasez de productos de gelifracción (que más afuera son numerosos). Se decidió por ello, y hasta que futuras campañas no permitan aproximar con más seguridad ambas secuencias (del interior, o fondo, y de las zonas centrales del covacho), denominar independientemente los niveles de 15G: por números (1, 2, 3,...) a partir de la superficie.

De esta campaña de 1977 resultan, por consiguiente, tres sondeos distintos, cuyos cortes se expresan en las adjuntas figuras 4, 5 y 6. Los de las figuras 4 y 5 y lámina 3 (4G, 6G y 3G) deben ser ensamblados, en tanto que el de la figura 6 (15G) parece ofrecer una secuencia simplificada del habitat prehistórico de Berroberría: los niveles A a E que en zonas centrales del covacho suponen una potencia total media de 150 cms., en el fondo de la cavidad se desarrollarían en apenas 80 cms.

Además de los sondeos señalados, fueron cribándose parte de las tierras que quedaban amontonadas en varias zonas, como restos de los trabajos de quienes nos precedieron en la excavación de Berroberría: de ahí proviene la mayor parte de las evidencias arqueológicas de «revuelto» que se citarán en las páginas siguientes (las masas de tierra cribada se amontonaban en los cuadros 4D, 4E, 6D, 6E, 8D y 8E).

En la presente memoria se incluye un análisis tipológico somero (realizado por I. Barandiarán y A. Cava: con dibujos de ambos) de los materiales arqueológicos; estableciéndose una serie de deducciones sobre el carácter del habitat prehistórico en Berroberría, los datos de índole no estrictamente arqueológica apenas se han valorado por ahora. Para esa necesaria serie de estudios complementarios se ha obtenido ya la conformidad de cooperación (tanto en el análisis pormenorizado de los resultados de futuras campañas, como en la redacción de la memoria final de conjunto) de los Dres. F. Alberto (del CSIC, para estudios de suelos), J. Altuna (Sociedad Aranzadi, para la paleontología de vertebrados) y J. Evin (Universidad de Lyon, para datación por el radiocarbono).

En nombre propio y del equipo de excavadores de Berroberría hemos de dejar constancia de agradecimiento a quienes, de muy diversas formas, han contribuido al mejor desarrollo de esta campaña. La Excma. Diputación Foral de Navarra con sus medios de transporte para el desplazamiento del equipo y materiales hasta Pamplona, y la dirección del Museo de Navarra proporcionando materiales de embalaje necesario, facilitaron nuestra actuación. Especial agradecimiento merecen los vecinos de Urdax D. Martín Iturri (propietario de los terre-

nos en que se ubica Berroberría) y D. Patxi Sansinena por todas las facilidades que nos dieron para un más cómodo desarrollo de la campaña. Al Dr. Maluquer de Motes debemos muy útiles informaciones sobre el relleno de Berroberría y, en su amistad, la amable acogida con que animó el proyecto de reanudar las excavaciones del yacimiento.

5. Los estratos arqueológicos y su contenido: cuadros 3G, 4G y 6G.

La descripción estratigráfica de los niveles del depósito de Berroberría, a la espera de análisis de laboratorio más precisos (por sedimentólogos y especialistas en suelos), se ha establecido en esta campaña 1977, «*in situ*», mediante el control de tres categorías de valores:

1 espesor, buzamientos y alteraciones del paquete estratigráfico

2 morfología de la fracción menor de la matriz: calidad de las tierras en cuanto a granulometría (muy fina/muy gruesa; muy untuosa/muy rasposa), plasticidad (muy suelta/muy plástica), humedad natural (muy seca/muy húmeda), color y tono (según el código expolar) [16]

3 morfometría de la fracción mayor (superior a 3 cms. de longitud máxima): distribución por tamaños, litología y alteraciones (gelifracción, rodamiento).

Del instrumental lítico, dejándose para otra ocasión su detallado análisis tipológico, se incluye ahora sólo su clasificación más general; del mismo modo, no se ha dibujado la totalidad del material recogido sino las piezas más significativas.

NIVEL REVUELTO, SUPERFICIAL: Se incluyen aquí tanto las piezas recuperadas en la cribada de montones residuales de las excavaciones anteriores, como las que hallamos en los espesores superficiales de los cuadros 4G y 6G.

La superficie actual en 4G y 6G se halla entre cotas de —110 cms. (en el límite meridional de 6G/8G) y —216 (límite 2G/4G). Las tierras revueltas superficiales son bastante sueltas y secas, con escasas piedras: en ellas se mezclan evidencias modernas (trozos de madera, vegetación, excrementos de oveja, cerámicas y vidrios recientes) con otras arqueológicas de varias épocas: este nivel superficial es, pues, fruto de la remoción y amontonamiento de tierras procedentes del depósito arqueológico alterado.

Fauna: Catalogamos 43 fragmentos óseos no clasificables, 2 piezas dentarias de caballo, 14 piezas dentarias de ciervo (entre ellas, un maxilar de leche), 6 fragmentos de asta de Cérvido (probablemente *Cervus elaphus*), 1 maxilar de sarrio, 2 piezas de Cáprido, 2 de Bóvido, 17 de herbívoro no especificado, 4 de carnívoros medianos/pequeños, 1 de Suido y 2 de ave.

De moluscos, 3 *Patella*.

Cerámica: Seis fragmentos de cerámicas prehistóricas no decoradas (uno de ellos es de borde) y un fragmento de borde de cerámica no a torno con varios orificios de suspensión.

Industria ósea: Lo más notable es una punta en extremo de diáfisis ósea (o «punzón de base reservada») (figura 8.1) y un fragmento de azagaya en asta de Cérvido; se clasificaron además una esquirla ósea con marcas y una muesca tallada, otra con simples rayas de descarnado (mejor que de recorte) y un molusco (*Nassa reticulata*) perforado (fig. 7.1).

Industria lítica: Como evidencias de esta tecnología hemos retenido dos núcleos (uno entero, el otro es un fragmento), una lasca de avivado de núcleo, cuatro piezas de cresta (una de ellas grande: fig. 7.3), una lasca, dos láminas, ocho laminitas y cincuenta esquirlas mínimas: todo ello en sílex. Además, un fragmento de cristal de roca.

Los objetos tallados (que se individualizarán a continuación) son ciento veintiocho: veinticuatro raspadores, doce buriles y seis golpes de buril, un raspador-buril, siete muescas, siete denticulados, dos raederas, una punta, cinco perforadores, cuarenta y cuatro piezas de dorso (por retoque abrupto), cuatro geométricos,... Algunos de ellos se adscriben más fácilmente a etapas post-paleolíticas (así los dibujados en la fig. 8), y otros al Paleolítico final y al Epipaleolítico (fig. 9).

16. A. Cailleux-G. Taylor, *Code expolaire*, Paris (Ed. N. Boubée & Cie., sin año).

De los raspadores hallados hay media docena de pequeñas dimensiones: uno corto doble sobre lasca (fig. 9.1), uno corto sobre lasca subcircular (fig. 9.2), uno simple en extremo de lasca (fig. 9.3), uno en extremo de lasca laminar (fig. 9.5), uno doble (roto) sobre lasquita corta subcircular y uno muy pequeño de hocico sobre lasquita carenada. Los raspadores normales sobre lasca son abundantes: siete son simples sobre lasca mediana (por ejemplo, el de la fig. 9.7), uno sobre lasca rota, cuatro sobre lascas cortas, uno de frente denticulado y uno solo sobre lasca retocada. Los raspadores laminares (o sobre hoja) son escasos: uno en extremo de lámina (fig. 9.8), otro sobre lámina rota y un tercero (con algún retoque lateral de uso) en extremo de lasca laminar. Además hemos fichado un nucleíto raspador (o raspadorcito nucleiforme).

La docena de buriles ofrece bastantes variedades tipológicas: una pieza nucleiforme ha sido clasificada con dudas como buril nucleiforme (fig. 7.4), un buril carenado sobre lasca, dos buriles laterales sobre rotura (=fractura no retocada), uno lateral sobre truncadura (en una gran lasca de sílex), uno sobre lasca posee un solo paño que confluye en un plano natural, uno diedro de eje, dos diedros ladeados (sobre retoques laterales) (figuras 9.10 y 9.11), uno de golpe lateral sobre dorso (fig. 9.13), uno dudoso transversal sobre retoque lateral simple marginal directo (en una gran lasca), y un buril doble lateral sobre truncadura transversal (del tipo «Noailles») (fig. 9.12). Se han individualizado, además, seis restos de la tecnología de los buriles: golpes de buril. En un caso se asocia el buril (diedro de eje con retoque de paro) a un raspador corto sobre lasca, carenada (fig. 9.9).

Las muescas controladas lo son fundamentalmente sobre elementos laminares, en tanto que las denticulaciones se producen sobre todo sobre lascas: una lasca con muesca, una lámina con muesca inversa, un fragmento de lámina con muesca, fragmentos de tres laminitas con muesca, una sierra (fragmento de laminita denticulada en un borde), una lasquita con denticulado marginal, una lasca con retoque liminal denticulado (¿de uso?) y cuatro lascas con retoque denticulado (fig. 9.6).

Hemos calificado dos piezas sobre lasca como raederas: una, con retoque sobreelevado profundo inverso denticulado, sobre lasca alta; la otra como raedera denticulada lateral oblicua convexa (fig. 7.2). Hay una punta morfológica, desviada, sobre lámina, con retoque simple profundo directo (fig. 8.12).

Cinco objetos pueden ser, con mayor o menor precisión, clasificados entre los perforadores: una punta-perforador, con retoque en doble bisel sobre el lado izquierdo e inverso distal en el derecho (fig. 8.10); una pieza de frente denticulado (a modo de un raspador carenado) poseyendo punta destacada (fig. 9.4); un extremo de perforador sobre lasca laminar cortical de borde denticulado (fig. 9.14); y dos algo más dudosos (sobre lascas ambos).

Los tipos de retoque abrupto (piezas de dorso o truncaduras, fundamentalmente) están representados en gran variedad de modalidades. Las piezas de dorso son: una puntita de dorso curvado, una puntita de dorso rectilíneo con truncadura oblicua distal (de «dorso anguloso») (fig. 8.7), una puntita de dorso rectilíneo (es una laminita de dorso rectilíneo apuntada por retoque abrupto profundo directo distal en el borde opuesto) (fig. 8.15), una laminita de dorso rectilíneo apuntada por retoque abrupto profundo directo distal opuesto (fig. 8.13), más dos laminitas (posibles puntitas) de dorso rectilíneo y tipo algo similar al anterior (fig. 8.17), dos laminitas apuntadas de dorso rectilíneo con muesca en el borde opuesto (figuras 8.16 y 8.18), una puntita (de base rota) con dorso rectilíneo, una laminita apuntada por retoque parcial (abrupto profundo) en un extremo, cuatro fragmentos de puntitas de dorso rectilíneo, una punta de doble dorso (fig. 8.14), un fragmento de punta de dorso y una punta de dorso, sobre lasca con dorso parcial marginal; hay también una lámina con borde abatido marginal (fragmento), dos lasquitas de dorso rectilíneo (una completa, la otra fragmentaria), dos láminas de doble dorso (sólo completa una de ellas), una laminita de doble dorso inverso, tres laminitas de dorso rectilíneo (dos total, en una es parcial), una microlaminita de dorso (fig. 8.11), una laminita de dorso bitruncada (con retoque complementario simple marginal directo en el borde opuesto al dorso) (fig. 8.8), diez fragmentos de laminitas de dorso rectilíneo y dos fragmentos de lascas de dorso. Sólo hay cuatro casos de truncaduras: una lasca con truncadura, una lasquita, una lasquita laminar con truncadura oblicua, y una lasca con truncadura transversal marginal y muesca inversa en su borde derecho.

Cuatro evidencias corresponden a la categoría de los geométricos: un triángulo isósceles con retoque en doble bisel (tipo «Hélouan») y un vértice redondeado (fig. 8.3), un triángulo isósceles con retoque abrupto conservando el picante triedro en un extremo (fig. 8.4), un

triángulo isósceles de retoque abrupto, y un triángulo escaleno de retoque abrupto (figuras 8.6 y 8.5). Además se ha de señalar un microburil (tipo Krukowski) sobre laminita (fig. 8.9).

Hay un fragmento de «punta de flecha» (de forma probablemente lanceolada) de retoque plano profundo bifacial no totalmente cubriente (fig. 8.2).

Finalmente se catalogaron varias otras piezas con retoques diversos: una lasca gruesa con retoque escaleriforme, otra con retoque abrupto marginal directo, una con retoque abrupto profundo directo parcial, una con retoque plano, una con simple profundo directo en un borde, una con retoque laminar en el anverso del talón, una con el talón denticulado, una con algún retoque simple sobre su base, una microlaminita con dudoso retoque de uso, una lámina con retoque simple marginal alterno en un borde, una lasca laminar con retoque bifacial parcial en su extremo distal,...

NIVEL A (EN 4G Y 6G).

Lo forman tierras finas sueltas secas [17], con raíces mínimas. Posee en total de 40 a 45 cms. de espesor: se incluye en cotas septentrionales, de los dos cuadros excavados, entre —141 y —180, y en cotas meridionales entre —130 y —172. Sus tierras son más compactas y claras que las que componían las masas de revuelto superficial. Los bloques de piedra caliza que incluye van aumentando de tamaño según se profundiza el estrato: especialmente grandes son los bloques del cuadro 6G (donde alcanzan dimensiones de 31, 38, 38, 67 cm.,... de longitud mayor). En su parte inferior la tierra del nivel A comienza a oscurecerse (así sucede, p. e., en 4G en cotas —170 a —175): se va haciendo insensible el paso al nivel B, por un progresivo oscurecimiento del color del A y porque las tierras se van mostrando mas «grasientas» (untuosas y plásticas).

El color medio del nivel A es el «marrón oscuro» (J62 del código expolar), con variedades del marrón gris oscuro y del marrón gris. El Marqués de Loriana calificó en 1940 a este nivel A como «tierra amarillenta clara, con grandes trozos de roca, posiblemente desprendida de la bóveda» en 58 cms. de espesor. Corresponde al horizonte «Berroberría I» propuesto por Maluquer de Motes, «cuya antigüedad cabe remontar por lo menos a la Edad del Bronce», siendo —en opinión de este mismo prehistoriador— «muy pedregoso... Junto a la pared izquierda se transforma en una brecha soldada al techo y consolidada. En esa brecha abundan extraordinariamente los restos de fauna y de conchero, predominando las especies marinas en la parte superior (principalmente patellas) y *H. nemoralis* en la inferior».

Fauna: En la campaña de 1977 reunimos 166 fragmentos óseos de casi imposible clasificación y 20 más fácilmente calificables (1 pieza de Gran Bóvido, 1 de ciervo, 2 de jabalí, 16 de otros mamíferos); de moluscos, 62 *Helix* y 1 *Patella*.

Cerámica: Un fragmento de cerámica moderna, y seis de cerámicas no a torno (prehistóricos) lisas salvo el fondo de un vaso de paredes rectas abiertas (tronco-cónico) con decoración exterior por apliques plásticos irregulares (fig. 10.4).

Industria lítica: Está representada por dos laminitas simples, ocho lascas medianas y cuarenta lascas pequeñas, de sílex. Y por cuatro piezas: un raspador distal sobre lámina retocada en ambos lados (fig. 10.2), una lámina con retoque bilateral simple con tendencia a sobreelevado profundo directo (es un fragmento) (fig. 10.1), una muesca sobre lasca (con retoques de tipo campiñoide) (fig. 10.3) y una truncadura sobre base de laminita con retoque abrupto parcial proximal.

TRANSICION NIVEL A/NIVEL B (EN 4G).

Fauna: 42 fragmentos óseos indeterminables y 8 de mamíferos medianos y grandes (1 de ellos, de ciervo); 51 *Helix* y 1 fragmento de molusco marino.

Industria lítica: Doce lascas pequeñas de sílex.

---

17. Los caracteres de sequedad y de plasticidad de las tierras, que se van a definir a partir de ahora al comienzo del texto que describe cada uno de los estratos del depósito de Berroberría, se han tomado sobre muestras tamizadas. Se concretan mediante su valoración de 0 a 2: a, tierras muy secas (0) o tierras muy húmedas (2); b, tierras muy sueltas (que no se apelotonan ni engruman al ser amasadas o moldeadas: 0) o tierras muy plásticas (muy amasables, de gran cohesión: 2).

NIVEL B (EN 4G Y 6G).

Es de tierra fina negruzca muy plástica y untuosa, y muy húmeda; engloba algunos fragmentitos calizos que la hacen relativamente rasposa. Contiene carboncillos y numerosos fragmentos de concha de caracol: se debe atribuir a formación de hogares. Tiene un espesor oscilante entre los 18 y los 23 centímetros: sus cotas septentrionales van de —180 a —198, y las meridionales de —172 a —195. Su color propio es el «marrón rojo oscuro» (J42), con variedades hacia el marrón oscuro. Posee abundantes elementos calizos de procedencia autóctona, en tamaños pequeños (de 3 a 10 cms. de longitud hay 537) y, menos, medianos (de 10 a 20 cms. son 48).

El Marqués de Loriana lo describió en 1940 como de «tierra negruzca, en una profundidad de unos 40 centímetros, llena de restos de huesos, caracoles, conchas, éstas más abundantes en la parte superior que en la inferior, casi todas lapas... millares de Helix y demás parientes...». Maluquer de Motes lo identifica en el horizonte «Berroberría II», como «estadio de conchero, con predominio absoluto de *Helix nemoralis*...» de «gran potencia, nivel de coloración muy oscura, constituido casi exclusivamente por un conchero de *Helix memoralis*, con alguna escasa patella en su parte alta...»: es calificado en el Neolítico, con aparición de escasa cerámica abajo, pero abundante en las zonas centrales y superiores del nivel.

Fauna: Reunimos en nuestro sondeo 300 fragmentos óseos de imposible determinación (por su extrema rotura) y 53 clasificables (52 de mamíferos —5 de ciervo, 1 clavija ósea de Cáprido, 1 de carnívoro, 10 de microfauna,...— y 1 de ave); los *Helix* recogidos son 245; y 2 los fragmentos de moluscos marinos (véase lámina 6, arriba).

Cerámica: Un fragmento de cerámica prehistórica tosca con decoración al exterior por apliques plásticos (fig. 11.1): puede corresponderse con el trozo hallado en el inmediato nivel A (fig. 10.4), que, así, se determinaría, en parte, como nivel de relativa remoción.

Industria lítica: Evidencias de tecnología lítica son en este nivel B una lasca grande, veinte medianas y treinta y una pequeñas: en sílex. Y un solo elemento tallado: un fragmento de lasca con denticulación en un lado y muesca inversa en el opuesto (fig. 11.2).

NIVEL C GENERICO.

El paso del nivel B al C se va manifestando, de modo bastante nítido, por la casi total desaparición de los productos clásticos (de gelifracción de la caliza del lugar) y por la tonalidad rojiza (no negruzca) de las tierras. En total ofrece un espesor que oscila entre los 20 y los 39 centímetros en los cuadros prospectados (4G y 6G): en el extremo Norte del cuadro 4G sus cotas se incluyen entre la —198 y la —218, en el extremo Sur del 6G entre la —195 y la —220.

Loriana definió el nivel C como «de unos 15 centímetros de espesor, de una arcilla amarillo claro estéril». Pero Maluquer de Motes ofrece en 1965 una importante precisión: «el nivel C de Loriana no es único, pues se presenta en forma de estratos amarillos, intercalados y más o menos continuos... Estas vetas amarillas y lentejones constituyen en realidad la base de hogares que se aprecian mejor que en la propia cata Loriana en otras zonas que hemos excavado». No es fácil subdividir la masa de este nivel C (que ni es único, ni es arcilloso, ni es estéril): Maluquer de Motes observó un mínimo de tres bandas «arcillosas», entre las que se intercalan dos de tonos más negruzcos («hogares»). Según esa apreciación hemos denominado, como subniveles del C genérico, C1, C3 y C5 los horizontes claros; y C2 y C4 los que les intermedian. Utilizando las tablas expolares de color se aprecian sendas similitudes internas: entre C2 y C4, por un lado (es marrón oscuro y gris rojo oscuro aquél; y marrón gris muy oscuro éste), y entre C1, C3 y C5, por otro (todos tres «marrón rojo» como color dominante).

SUBNIVEL C1 (EN 4G Y 6G).

Normalmente es tierra muy áspera, muy húmeda y absolutamente suelta (= no plástica), conteniendo elementos arenosos, algún cantito rodado (de menos de 1 cm. de grosor) y fragmentos calizos. En algunos lugares forma brecha bastante dura (es especialmente resistente en el sector 9 del cuadro 4G y en los sectores 3 y 6 del 6G). No es nivel continuo, por lo que en varios lugares de lo sondeado (así en la mayor parte del cuadro 6G) se pasa direc-

tamente de la masa del precedente B al subyacente C2. Tiene, como espesor medio, entre 7 y 10 cms.

Su color es el «marrón rojo» (E42, F52) y el «marrón rojo claro» (D43): excepcionalmente es rojo débil. Apenas posee elementos de gelifracción en su masa.

Maluquer de Motes lo describió como «un pequeño lentejón... más alto... intercalado entre los *Helix*».

Los elementos de interés arqueológico recuperados en este «subnivel» son muy escasos: lo que justificaría la calificación de «estéril» que atribuyeron a toda la masa del C los arqueólogos anteriores.

Fauna: Recogimos 20 fragmentos óseos irreconocibles y 3, más completos, de mamíferos. Y 14 *Helix*.

Industria lítica: Como evidencias de esta tecnología se han inventariado cinco lascas medianas y una pequeña y los utensilios: una lámina con retoque denticulado bilateral (convexo a la izquierda, cóncavo a la derecha) (fig. 12.1), y una lasca con retoque sobreelevado bifacial denticulado, de estilo campiñoide (fig. 12.2).

TRANSICION SUBNIVEL C1/SUBNIVEL C2 (EN 4G).

Fauna: 14 fragmentos óseos indeterminables, 1 pieza de *Capra/Ovis* y 36 *Helix*. Una esquirla de diáfisis ósea posee marcas de rascado.

Industria lítica: Dos lascas medianas y una pequeña, en sílex.

SUBNIVEL C2 (EN 4G Y 6G).

Lo caracterizan tierras finas muy untuosas, muy plásticas y muy húmedas: se evidencia su referencia a hogares por la abundancia de mínimos fragmentos carbonosos de microesquirlas óseas y de *Helix*. Posee algún mogote arcilloso (en 4G). Este subnivel es especialmente oscuro inmediatamente encima del C3. Tiene un espesor de 3 a 5 cms.

Su color es el «marrón oscuro» (J32) y el «gris rojo oscuro» (F41), dándose también un tono marrón rojo oscuro y, excepcionalmente, un rojo sombra.

Fauna: El subnivel dio 210 fragmentos óseos indeterminables y 30 de posible clasificación (1 de microfauna, 1 de ave y el resto de mamíferos medianos y mayores: 1 carnívoro y maxilar inferior de sarrio, 1 jabalí, 1 asta de ciervo,...); además, 114 *Helix* y fragmentos de conchas de 3 moluscos marinos.

Industria lítica: Hay una pieza de sílex de avivado (lasquita) de núcleo, dos laminitas, dos lascas grandes, veintisiete lascas medianas y veintitrés pequeñas; y un total de siete tipos concretos: cuatro de ellos con un retoque de tipo campiñoide, o sea sobreelevado escaleriforme (dos son lascas con bordes denticulados, con retoque bilateral: figs. 13.1 y 13.2; una lasca gruesa con denticulado en un borde, fig. 13.3; y otra gruesa con el denticulado bilateral, fig. 13.4), una raedera transversal denticulada con retoque lateral complementario (fig. 13.6), un nucleíto piramidal de sílex (¿nucleíto raspador?) (fig. 13.5), y un canto rodado de esquisto, hendido por la mitad y con tres huellas de retoque como de frente de raspador (fig. 13.7).

TRANSICION SUBNIVEL C2/SUBNIVEL C3 (EN 6G).

Fauna: 18 fragmentos de esquirlas óseas no identificables.
Industria ósea: un fragmento de azagaya de asta de Cérvido (sección circular) (fig. 14).

SUBNIVEL C3 (EN 4G).

Está constituído por tierras ásperas, algo arenosas, relativamente untuosas, humedísimas y muy sueltas: en sus zonas profundas este subnivel es muy áspero. Su espesor medio es de 5 centímetros.

Tiene color «marrón rojo» (E52 y F52): en ocasiones, gris rojo y, menos frecuentemente, marrón gris oscuro. Apenas posee elementos clásticos. Maluquer de Motes lo identificó co-

mo «veta de coloración más amarilla que la inferior». Es casi totalmente estéril, desde el punto de vista arqueológico.

Fauna: 15 fragmentos óseos inclasificables, y 5 *Helix*.

Industria lítica: Una lasca grande, una mediana y cuatro pequeñas.

TRANSICION SUBNIVEL C3/SUBNIVEL C4 (EN 4G).

Fauna: 32 fragmentos de esquirlas óseas indeterminables, 3 de macromamíferos y 1 de ave; 23 *Helix*.

Industria lítica: Una laminita, dos lascas medianas, tres lascas pequeñas y dos tipos retocados: una lasca laminar con truncadura transversal en ángulo (su retoque es inverso en el lado izquierdo, y directo en el derecho) (fig. 15.2), y una lasca grande con parte de retoque escamoso.

SUBNIVEL C4 (EN 4G).

Sus tierras son negruzcas, untuosas, húmedas y muy plásticas, con muy visibles fragmentos varios de conchas de *Helix*, de carbones y de caliza: parece deberse a formación de hogares. Su espesor es oscilante entre 4 y 8 centímetros.

Tiene color «marrón gris muy oscuro», además un marrón oscuro y, excepcionalmente, un marrón rojo.

Fauna: 8 fragmentos óseos no reconocibles, 1 de mamífero mediano, 8 *Helix* y 1 fragmento de concha marina.

Industria lítica: Una laminita y una lasca pequeña.

SUBNIVEL C5 (EN 3G, 4G Y 6G).

Lo forman tierras claras muy rasposas, humedísimas y algo plásticas, englobando algunos fragmentos calizos medianos. En su parte inferior, en el paso al nivel D, se hace muy negro (¿«base de hogares»?).

Su color común es el «marrón rojo» (D44 y E43), con variedades según las zonas del rojo, rojo amarillo, marrón rojo claro y, excepcionalmente, marrón oscuro. Maluquer de Motes dice de él que es «el más continuo (de los subniveles del C) y sustenta todo el estrato con *H. nemoralis*».

Fauna: 39 fragmentos óseos indeterminables, 1 de microfauna y 4 *Helix*.

Industria lítica: Un fragmento de núcleo, una laminita de cresta, dos láminas medianas, cuatro lascas medianas y dieciocho lascas pequeñas. Como elementos retocados se inventariaron sólo dos: una lasca con retoques simples, y un raspador carenado de hocico (sobre lasca corta y gruesa) (fig. 15.1).

NIVEL D GENERICO.

La aparición del nivel D se marca bastante nítidamente (en cotas de —245 a —247 en el cuadro 3G, de —218 en el lado Norte del 4G, y de —220 en el lado Sur del 6G) por la aparición de tierras carbonosas más negras y de más abundantes esquirlas óseas que en el precedente paquete del nivel C.

El espesor total del nivel D es de entre 30 y 48 centímetros: se desarrolla en cotas —218 a —265 (lado Norte de 4G) y —220 a —258 (lado Sur de 6G). Se corresponde con el horizonte «Berroberría III», calificado como aziliense.

En los cuadros 4G y 6G (no en el 3G) se puede distinguir una mitad inferior del D, mucho más pedregosa que la superior. Nos pareció conveniente en consecuencia plantear la excavación de este nivel D genérico en dos subniveles distintos: D y D inferior [18].

18. LORIANA (*Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta...* 1940: p. 101) describe juntas las masas de los niveles D y E: «capa de tierra oscura, que he divido en dos, tal vez equivocadamente: la mitad superior tiene muy pocas piedras grandes, que abundan en cambio en la segunda... en total 85 cms. ...».

SUBNIVEL D (EN 3G, 4G Y 6G).

Es masa de tierra fina oscura untuosa, algo húmeda y muy plástica: de hogar, con abundantes trocitos de carbones, muy escasos de *Helix* y bastantes fragmentos calizos. En el cuadro 3G, a partir de —260 y hasta los —273 (sobre todo en el sector 6), las tierras del nivel D se hacen brecha fuertemente cementada.

En 4G y 6G en cotas —245 y —248 empiezan a aparecer muy numerosos trozos de caliza: es la transición del D inferior.

Su color es el «marrón oscuro» (J32) y el «marrón gris muy oscuro» (J41): en algunos lugares se ofrece gris rojo oscuro. Posee una cantidad mediana de piedras calizas (en este subnivel contamos el 7,21 % del total de fracción grosera y grande de la campaña 1977; en tanto que en el subnivel D inferior el porcentaje de esa fracción llega a triplicarse, es el 21,86 %).

Fauna: 855 fragmentos óseos pequeños inclasificables, 48 piezas de macromamíferos (1 de jabalí, 12 de ciervo (lámina 6, abajo), el resto de herbívoros), 18 de microfauna, 47 *Helix* y 1 fragmento de molusco marino.

En dos esquirlas de diáfisis óseas se aprecian marcas de rascado.

Industria lítica: Está representada por dos núcleos (fig. 18.2) (uno de ellos es un fragmento), dos fragmentos de láminas, seis laminitas, catorce lascas grandes, treinta y una medianas y ochenta y tres pequeñas, más treinta y ocho objetos retocados.

Son seis los raspadores: uno semicircular sobre lasca ancha y corta (fig. 16.1); uno pequeño subcircular, sobre lasca corta, con retoque casi total en torno (fig. 16.2); uno ladeado subcircular, sobre lasca retocada (fig. 16.4); un raspador nucleiforme (o núcleo raspador) (fig. 18.3); un nucleíto globular (¿raspadorcito nucleiforme?); y un nucleíto globular con huellas de uso como raspador (nucleíto raspador) (fig. 18.1).

Los buriles son dos: uno lateral de varios golpes sobre el plano natural transversal (fig. 16.6) y uno lateral (en lasca gruesa y corta) sobre truncadura transversal (fig. 16.7); además se han individualizado dos recortes de buril («*coup de burin*»).

Hay una docena de piezas de dorso (con retoque abrupto continuo). Son una pequeña punta de dorso con truncadura oblicua en su base (fig. 17.1); fragmentos de tres puntitas de dorso (figs. 17.2 y 17.7); una lámina de dorso ligeramente curvado (fig. 17.3); una lámina (ligeramente apuntada: sin llegar a formar una punta real) de dorso curvilíneo (fig. 17.9); un fragmento de lámina de dorso con base truncada recta (fig. 17.8); un fragmento de lámina de dorso (fig. 17.4); fragmentos de dos laminitas de dorso (fig. 17.5); fragmento de una laminita con truncadura oblicua; una microlaminita de doble dorso (parcial el derecho) (fig. 17.6).

Además se recogieron en el subnivel D superior: una laminita de muesca; una lasca con muesca; fragmento de una pieza denticulada; una lasca con borde denticulado inverso (fig. 16.5); fragmento de una laminita con borde denticulado simple (¿sierra?) (fig. 17.12); un pico burilante (*bec*) alterno, lateral, sobre lámina corta (fig. 17.10); una gran lámina apuntada con retoque simple profundo directo distal (izquierdo) con retoque complementario y muesca (derecho), es del tipo de algunas halladas en el Aziliense de Zatoya (Abaurrea Alta) (fig. 17.11); una raedera lateral convexa sobre fragmento de lasca laminar (fig. 17.15); y una lasca con retoque lateral alterno, escaleriforme convexo directo (como si se tratara de una raedera lateral) en el lado izquierdo, y plano profundo rectilíneo inverso en el derecho (fig. 17.13).

Con retoques varios hay media docena de utensilios de difícil calificación tipológica concreta: una lasca con retoque simple marginal directo en la parte proximal de un borde (fig. 16.3); un fragmento de lámina con retoque simple (tendente a abrupto) profundo directo (no es, realmente, un dorso) lateral (fig. 17.14); una lasca con retoque abrupto parcial en un borde; una lasca laminar con retoque de uso; un fragmento de laminita con retoque marginal en ambos lados; y una lasquita informe con retoque mínimo.

SUBNIVEL D INFERIOR (EN 4G Y 6G).

Está formado de tierra oscura, ligeramente arenosa, muy untuosa al tacto, húmeda y extremadamente plástica. Contiene mínimas porciones de mica. Es formación extraordinaria-

mente pedregosa (en ella se halló más de la quinta parte del total de gelifractos calizos recogidos en la excavación de 4G y 6G): en su mayoría son éstas trozos de piedra de dimensiones pequeñas (de 3 a 5 cms., el 56,92 %; de 5 a 10 cms., el 36,49 %), son escasos los medianos (de 10 a 20 cms. el 6 %) y poquísimos los bloques mayores (de 20 a 30 cms., el 0,38 %; de más de 30 cms., el 0,19 %).

Su color propio es el «marrón oscuro» (J32 y H41), siendo marrón gris muy oscuro en zonas contadas.

Fauna: 1.690 fragmentos óseos no clasificables, 64 de macromamíferos (destacando el ciervo, con 17 fragmentos de asta, 12 piezas dentarias), 22 de microfauna, 1 *Helix* y 1 fragmento de molusco marino (*Trochus*) (lámina 6 abajo).

Industria ósea: Una diáfisis ósea de gran mamífero posee en un extremo huellas de retoque, preparándola como compresor o retocador (fig. 20.1 y lámina 4 arriba). Además, en tres fragmentos de diáfisis se aprecian marcas de rascado intencional.

Industria lítica: Hay una pieza de cresta y dos núcleos (fragmentos), tres láminas de tamaño mediano, once lascas grandes, cuarenta y ocho medianas y ciento treinta y siete pequeñas, más treinta y ocho objetos retocados tipologizables:

De buriles y raspadores hay: un raspadorcito carenado en extremo de lasca laminar (fig. 19.3); un raspadorcito corto en extremo de lámina simple (fig. 19.1); un raspadorcito en extremo de lasca corta (fig. 19.2); un fragmento de frente de raspador; un buril lateral sobre rotura, con retoque complementario abrupto profundo directo en el lado opuesto; dos buriles diedros centrales, con retoque inverso de preparación lateral (figuras 19.7 y 19.8); un golpe de buril; un buril-raspador (el buril es diedro de eje; el raspador, corto, sobre lasca carenada) (fig. 19.5).

Son tres los perforadores: uno en extremo de lasca carenada corta (fig. 19.4), otro en extremo de laminita (fig. 19.6), y otro tosco (mejor pico —*bec*— que perforador) sobre lasca (con retoque sobreelevado profundo bifacial: «campiñoide») (fig. 19.9).

Hay una posible raedera (es un fragmento de probable raedera lateral rectilínea: una lámina con retoque simple profundo directo escaleriforme, en la fig. 20.6) y varias piezas con muescas o con denticulaciones (un fragmento de laminita denticulada, probable «sierra»; una lasca laminar con muesca distal en el lado derecho; una lasquita con muesca; tres lascas con muesca; una lasca con retoque simple marginal directo en el lado derecho y con muesca distal; una lámina de sílex con retoque simple profundo directo en ambos lados, que no llegan a apuntarla, con su borde derecho con muesca (fig. 20.7)).

En el grupo de las piezas de dorso y truncaduras se han catalogado: un extremo distal de puntita de dorso (fragmento); dos puntas de dorso, de retoque alto y muy profundo, de «tipo aziliense» (figuras 20.2 y 20.4); un fragmento de puntita de dorso rectilíneo; un fragmento de punta de dorso (fig. 20.3); un fragmento de laminita de dorso; un fragmento de punta de dorso con base truncada (fig. 20.5).

Entre los tipos varios, con algún tipo de retoque, señalamos: un fragmento distal de gran lámina apuntada por retoque simple (fig. 20.8); una lasca con retoque simple profundo directo en un borde; un fragmento de lámina con retoque simple marginal inverso; un fragmento de lasca con retoque abrupto profundo inverso transversal distal; un fragmento de lámina con retoque simple profundo directo escaleriforme en un borde; un fragmento de lámina con retoque liminal (=de uso); y tres lascas con algún resto de retoque simple continuo.

TRANSICION SUBNIVEL D INFERIOR/NIVEL E (EN 4G).

Fauna: 492 fragmentos óseos menores y 16 determinables (1 jabalí, 2 de Cérvido,...), 1 pieza de microfauna.

Industria lítica: Cinco lascas grandes, tres medianas y veinticinco pequeñas, y cinco utensilios retocados: un fragmento de laminita de dorso con muesca en el lado opuesto al dorso, un fragmento de laminita de dorso, una lasca con truncadura marginal recta y retoque distal en el lado izquierdo, un fragmento de lámina con retoque simple continuo y una laminita con dudoso golpe de buril.

NIVEL E GENERICO.

La masa del nivel E aparece en el cuadro 3G a —276 llegando hasta las cotas —292 o —294; en el lado Norte del cuadro 4G va de —265 a —296 (donde aparece ya la superficie del nivel F) y en el lado Sur del 6G de —258 a —275.

De ese modo el espesor total del paquete estratigráfico E oscila entre los 17 y los 31 centímetros en los tres cuadros excavados en esta campaña.

Del mismo modo que dentro del nivel D genérico se ensayó la distinción de dos subniveles (D y D inferior), por la muy distinta proporción en uno y otro de la fracción lítica (caliza) superior a los 3 cms. de longitud, se diferencia muy sensiblemente dentro del E genérico un «momento» superior (o E, simplemente) de carácter muy pedregoso, de otro «E inferior» en que las piedras del estrato se hacen muy escasas.

SUBNIVEL E (EN 3G, 4G Y 6G).

Posee una tierra fina que, siendo muy untuosa, bastante húmeda y bastante plástica en las zonas de contacto del subnivel con el inmediato D inferior, se torna poco a poco en algo seca y algo suelta.

Su color habitual es el «marrón oscuro» (J32 y H32) y el «gris rojo oscuro» (F41), dándose más raramente el marrón rojo.

Es un depósito muy pedregoso (ya que posee el 14,34 % de los gelifractos totales de este sondeo en Berroberría): su componente —y en esto se distingue del precedente D inferior— más numeroso es más pequeño (de 3 a 5 cms. son el 79,94 %, casi las 4/5 partes del total; de 5 a 10 cms., el 14,60 %).

La masa del nivel E se identificó en el horizonte «Berroberría IV» de Maluquer de Motes: datándose en el Magdaleniense superior.

Fauna: 878 esquirlas óseas irreconocibles, 36 de macrofauna (1 incisivo de caballo, 1 pieza de Gran Bóvido, 3 de sarrio, 1 de Cáprido, 8 de ciervo,...), 9 de microfauna y 3 de aves. Se hallaron también una vértebra de pescado mediano a grande (¿salmónido?) y 1 *Helix* (lámina 4, abajo).

Industria ósea: Un fragmento de asta de Cérvido desbastada (dudoso trozo de azagaya), un fragmento de aguja de hueso (despuntada y rota a la altura del orificio) (fig. 22.1), un fragmento de asta de Cérvido con huellas de recorte, y un fragmento óseo con marcas de rascado.

Tecnología: En profundidades de —262 a —265 (salvo un caso, a —272) se hallaron, en el sector 6 del cuadro 6G, once cantos rodados de pizarra (de forma alargada y estrecha), que se debieron seleccionar y retener para su uso como compresores o retocadores en la tecnología lítica: en dos de ellos, precisamente, se aprecian sobre la cara ancha del canto, y agrupadas en las extremidades, marcas de su utilización como tal instrumento (véase uno de los casos, que sirve bien como ejempo del resto, dibujado en la figura 23.1).

Industria lítica: Como evidencias del desbastado y obtención de elementos líticos laminares se han recogido dos láminas de cresta, dos tabletas de avivado (*«raclettes»*: figuras 23.2 y 23.3), tres elementos más de avivado de núcleos, tres núcleos (uno de ellos es un fragmento; otro es globular informe; el tercero es un núcleo de láminas: fig. 22.7), una lámina grande, cuatro medianas (fig. 22.4), siete pequeñas, cinco lascas grandes, quince lascas medianas y ochenta y nueve lascas pequeñas.

Los utensilios retocados son veintinueve.

Hay cuatro raspadores: uno sobre lasca laminar larga, con sus bordes retocados (fig. 21.2); un raspadorcito doble (roto en un extremo) sobre lasquita corta (fig. 21.3); uno de frente sinuoso en extremo de lasca laminar (fig. 21.4); y uno en extremo de lasca informe, con un perforador adyacente (fig. 21.5). Los buriles son: uno dudoso lateral, sobre rotura; uno diedro lateral, sobre lado retocado, en lasca (fig. 21.6); uno lateral sobre truncadura transversal, sobre lasca (fig 21.9); y uno lateral (parcialmente roto) sobre truncaduras transversales (¿«tipo Noailles»?) (fig. 21.7). Además hallamos dos recortes de buril.

De piezas de dorso y truncadura hay: un fragmento (extremo distal) de puntita de dorso (fig. 21.1), una laminita de dorso parcial (retoque abrupto profundo directo, distal izquierdo) (fig. 22.5) y un fragmento de laminita con inicio de truncadura.

Otros tipos varios son: una raedera (fragmento) lateral doble (denticulada en el lado iz-

quierdo; convexa en el derecho) sobre lasca (fig. 22.3); un perforador sobre lámina que fue, probablemente, antes un buril lateral sobre truncadura transversal (fig. 21.11); un perforador lateral entre retoques convergentes alternos (directo el lateral, inverso el transversal) (fig. 21.10); una lasca con truncadura transversal denticulada (quizá un perforador, con retoques de uso laterales) (fig. 21.8); un fragmento de laminita con muesca inversa; una lasquita con muesca; una lámina (fragmento) con muesca y retoque parcial en el lado opuesto (fig. 22.6); un fragmento de lámina con muescas en ambos extremos (fig. 21.12); y una lasca con muesca.

Posee algún tipo de retoque, sin que sea posible más precisa adscripción tipológica: una lasca con retoque abrupto marginal directo y muesca distal (fig. 22.2); una lasca con retoque abrupto marginal; un fragmento de laminita con retoque abrupto marginal directo parcial en un borde; un fragmento de lámina con retoque de uso; y una lasca y dos fragmentos de lámina con restos de retoque simple continuo.

SUBNIVEL E INFERIOR (EN 4G Y 6G).

Su tierra es fina, algo rasposa, algo húmeda y muy plástica. La pedregosidad de la mitad superior del nivel E se reduce sensiblemente: ahora los gelifractos de dimensiones superiores a los 3 cms. son aproximadamente la mitad que allí (exactamente suponen el 7,15 %, frente al 14,34 % que totalizaban antes). Los restos arqueológicos se van rarificando.

Su color es el «gris rojo oscuro» (E41).

Fauna: 125 fragmentos óseos inclasificables y 25 reconocibles (1 de microfauna, 1 de carnívoro mediano, 18 de Cérvidos y 5 de otros macromamíferos).

Industria lítica: Un núcleo, una lasca de avivado de núcleo, cinco laminitas, tres lascas grandes, dos medianas y veintisiete pequeñas.

Una placa natural de arenisca posee en su centro (sólo por una de las caras) huellas de haber servido de apoyo, como yunque.

Las piezas talladas tipologizables son ya sólo diez: un raspador sobre lasca corta, asociado a un buril lateral de un solo paño sobre truncadura lateral (fig. 24.1); un buril central diedro (sobre lado retocado) en lasca laminar (fig. 24.2); tres recortes de buril; un fragmento de laminita de dorso; una puntita de dorso; un fragmento de puntita de dorso; una lasca con muesca distal; un fragmento de lámina de muesca.

NIVEL F (EN 3G).

Lo constituyen tierras rasposas al tacto, aparentemente estériles, secas y sueltas: en su masa arenosa se aprecian numerosas partículas mínimas micáceas.

El estrato posee un espesor oscilante entre 14 y 26 centímetros: en el lado Norte del cuadro 3G se extiende entre las cotas —292 y —318, en el lado Sur de él entre las —294 y —308.

La transición del subnivel E inferior al F es, en color, paulatina; pero muy notable tanto por la textura y calidad de la matriz terrosa, como por la total desaparición —en cuanto se inicia el nivel F— de los gelifractos de dimensiones superiores a 3 cms.

El paso, por otra parte, del nivel F al G se produce tanto por un cambio apreciable en la coloración de las tierras (que se tornan más oscuras) como por la aparición de aquel tipo de gelifractos.

Su color es el «marrón rojo» (F24): excepcionalmente el rojo débil.

El Marqués de Loriana señaló, en 1940, la existencia, debajo del nivel E, «en un metro de profundidad... de dos capas de diferente color, al parecer estériles». En la misma línea, escribe Maluquer de Motes: «hemos profundizado en el estrato al parecer virgen de base, aunque todavía no hemos conseguido llegar a la roca... La gran extensión de Berroberría no permite descartar la posibilidad de que en alguna de las áreas no excavadas existan niveles fértiles más profundos». Así pues, se observa (y un cuidado control de las zonas excavadas con anterioridad a 1977 lo confirma) que en aquellas campañas de excavación no se llegó a pasar de ese nivel F, calificado de estéril.

Los escasos materiales (esquirlas óseas y alguna lasca lítica) incluídos en la masa del nivel F pueden venir, por filtración, del inmediato E.

Fauna: 91 fragmentos óseos inclasificables, 1 de macromamífero y 7 de microfauna.

Industria lítica: Cinco lascas medianas y trece pequeñas. Además un golpe, o desecho, de buril (que correspondería, tal como se sugiere en su fig. 25.1, a un buril diedro de eje que conservaba restos de sus retoques laterales de preparación).

TRANSICION NIVEL F/NIVEL G (EN 3G).

Fauna: 4 fragmentos óseos inclasificables.

Industria lítica: Una lámina de cresta, tres lascas pequeñas y tres piezas talladas: un recorte de buril (fig. 25.2), una lasca laminar con denticulaciones (muescas) distales (fig. 25.3), y una lámina con retoque simple profundo inverso distal (en el lado derecho) (fig. 25.4).

NIVEL G (EN 3G).

Es de tierra fina, no untuosa, seca y suelta. Posee cierto número de elementos calizos de dimensiones superiores a 3 cms., y algunos muy grandes bloques (de 10 a 20 cms. hay 24; de 20 a 30 cms., 2; de más de 30 cms., 3). Este carácter pedregoso de nivel va aminorándose según se profundiza en él.

El espesor del nivel oscila entre los 14 y los 22 cms.: en el lado Norte del cuadro 3G se desarrolla entre las cotas —318 y —331, en el Sur entre las —308 y —330.

Su color va del «marrón rojo oscuro» al «marrón gris muy oscuro» (J52).

Fauna: 131 fragmentos óseos inclasificables y 39 que permiten su determinación (32 de microfauna, 1 de Cérvido, 1 de Cáprido, 1 de Gran Bóvido, 3 de carnívoro mediano, 1 de herbívoro grande).

Industria lítica: Cuatro crestas (láminas y laminitas: figuras 26.4 y 26.5), un tambor o tableta de avivado (*«raclette»*) (fig. 26.9), treinta y seis laminitas, tres lascas grandes, diez medianas y ciento treinta y ocho pequeñas, de sílex; además una lasca gruesa de cristal de roca.

Son trece los tipos tallados: dos buriles de tipo nucleiforme (son buriles laterales de varios golpes *—pans—* sobre un golpe transversal anterior) (figuras 26.6 y 26.7), un buril diedro de eje (reavivado; sobre lados previamente retocados) (fig. 26.8), cinco recortes de buril, un fragmento de laminita de dorso parcial (fig. 26.2), un fragmento de laminita de dorso (fig. 26.3), una laminita con retoques simples marginales parciales alternos (fig. 26.1), una lasca laminar con retoque parcial inverso, y una muesca doble sobre microlasca.

NIVEL H (EN 3G).

Lo constituyen tierras finas, no untuosas, muy secas y sueltas. Su contenido arqueológico es escasísimo: quizá se pueda calificar como estéril. Su espesor total ronda los 20 centímetros: se desarrolla entre las cotas —330 y —350.

Es moderadamente pedregroso (3,14 % de los gelifractos): pero, además de los habituales fragmentos calizos, en este nivel resultan significativos los elementos rodados (fragmentos areniscos aplanados, y pequeños cantitos de pizarra).

Su color propio es el «marrón rojo» (F34).

Fauna: 23 fragmentos óseos indeterminables, 1 pieza de macromamífero y 10 de microfauna.

Industria lítica: Cinco laminitas, una lasca grande de cuarcita, y una lasca mediana y una lasquita de sílex. Con dos únicas piezas retocadas: un buril diedro múltiple (de varios golpes sobre un solo golpe) con su frente de buril embotado (*ecaillé*) (fig. 27.1) y una lasca con dorso de retoque abrupto marginal (fig. 27.2).

NIVEL I (EN 3G).

Es una masa arenosa, rasposa, algo húmeda y muy suelta. Contiene numerosísimas gravas y cantos rodados (cuya macrogranulometría se establece más adelante), debiéndose atribuir su formación a un depósito de terraza. Arqueológicamente es estéril.

Tiene un espesor superior a los 40 centímetros (pues, por premura de las fechas disponibles en esta Campaña de 1977, no se sondeó más en él), entre las cotas —350 y —390. Su color es el «marrón rojo» (F52).

En el fondo (cota —390) cambia un tanto: de ahí que lo hayamos denominado, provisionalmente, SUBNIVEL I2. Siendo el mismo su color «marrón rojo», han desaparecido totalmente las fracciones mayores, y queda reducido a una masa de arenas (masa muy rasposa, de fracción arena algo grosera, húmedas y algo untuosas). Su formación es de depósito aluvial, o terraza.

6. Sondeo al fondo del covacho; cuadro 15G.

Como se indicó, se efectuó aquí un sondeo —de 80 centímetros de profundidad—, en zona que en parte había sido afectada por las excavaciones anteriores. Su secuencia estratigráfica se expresa en la figura 6. De arriba abajo ofrecio los siguientes niveles de depósito:

NIVEL 1.

Lo constituyen tierras muy finas, oscuras, untuosas, muy húmedas y extremadamente plásticas. Tiene color «marrón oscuro» (J32). Su superficie se halla en cotas de —120 a —125. Su espesor total oscila entre 9 y 15 centímetros.

Fauna: 153 fragmentos óseos indeterminables y 25 de macromamíferos (entre ellos, 2 de ciervo, 2 de Cáprido,...); 2 *Patella.*

Una esquirla ósea posee varias incisiones, como de rascado intencional.

Cerámica: Siete fragmentos de cerámicas prehistóricas lisas; uno de borde con orificios de suspensión (fig. 28.1); uno con asa de pezón (fig. 28.2); dos fragmentos de bordes lisos (figuras 28.3 y 28.5); uno de fondo plano (fig. 28.4).

Industria lítica: Dos núcleos; once lascas grandes, cuatro medianas y siete pequeños, todos en sílex.

En zona superficial del nivel 1 (y acaso procedente de otros lugares y profundidades del depósito) se recogió la pieza dibujada en la figura 28.6: es una gran lasca laminar de sílex, que ha sido apuntada por retoque simple profundo directo bilateral.

NIVEL 2.

Es un horizonte estalagmítico, de espesor de entre 2 y 5 centímetros. En su masa se incluyen escasas evidencias.

Fauna: 22 fragmentos pequeños óseos indeterminables, 1 molar de herbívoro y 2 *Helix.*

Industria lítica: Una lasca pequeña en sílex.

NIVEL 3.

Lo constituyen tierras muy finas, muy negras y muy untuosas, muy húmedas y muy plásticas, con abundantes trocitos de carboncillos, de *Helix* y de huesos. Posee muy poco espesor (de 2 a 3 centímetros) y un color «marrón rojo oscuro» (J21).

Fauna: 73 fragmentos óseos indeterminables, 3 de macromamíferos (entre ellos, 1 maxilar de ciervo) y 6 de microfauna. Hay, también, 55 *Helix.*

Industria lítica: Dos lascas grandes y cuatro medianas.

NIVEL 4.

Es horizonte estalagmítico, absolutamente estéril, de 1 a 1,5 centímetros de espesor.

NIVEL 5.

Está formado por tierras negruzcas sueltas; en un espesor de 2 centímetros como media.

Fauna: 18 fragmentos óseos indeterminables y 4 de microfauna; 5 *Helix* y 1 *Patella*.

Industria lítica: Dos lascas pequeñas de sílex.

SUBNIVEL 6A.

Lo constituyen tierras muy rasposas y muy oscuras, humedísimas y muy sueltas: en su fracción menor se aprecian abundantes trozos calizos. En algunos lugares forma brecha y hasta fuerte horizonte muy cementado. Su espesor oscila entre los 3 y los 6 centímetros. Su color es «marrón rojo oscuro» (J21).

Fauna: 270 fragmentos óseos de muy difícil clasificación (por su extremada rotura), 3 piezas de macromamíferos y 7 de microfauna. Los moluscos escasean: son 2 *Helix* y 1 *Patella*. Un fragmento de diáfisis ósea posee marcas de rascado.

Industria lítica: Una laminita de cresta, dos láminas grandes y cinco medianas; dos lascas medianas y cuarenta y cuatro pequeñas.

Las piezas talladas son seis: un buril lateral sobre truncadura transversal tosca (fig. 29.1); un fragmento de lámina de dorso (fig. 29.2); un fragmento de laminita de dorso; un posible triángulo isósceles, tosco, de retoque abrupto (fig. 29.3); y dos fragmentos de sílex con retoque simple parcial (un trozo de lasca informe; y una lasca laminar con retoque simple marginal directo en su extremo proximal izquierdo).

SUBNIVEL 6B.

Es de tierras ligeramente rasposas, muy oscuras, humedísimas y plásticas; no está brechificado. Su color es el «marrón gris muy oscuro» (J41), y su espesor oscila entre 1 y 3 centímetros.

Fauna: 432 fragmentos óseos indeterminables, 2 de macromamíferos, 33 de micromamíferos y 4 de aves. De moluscos marinos (1 de ellos *Trochus*) hay 2 fragmentos de concha.

Industria lítica: Una lámina de cresta; una gran lámina, diez láminas medianas y diez laminitas; nueve lascas grandes, once medianas y setenta y cuatro pequeñas. Y un total de catorce objetos con talla de retoque, tipologizables.

Un raspador pequeño en extremo de lasca laminar retocada (fig. 30.4) y un raspador carenado sobre fragmento de lasca (con muescas laterales adyacentes que lo aproximan a los tipos «en hocico») (fig. 30.6). Un buril nucleiforme (de varios golpes transversales sobre plano natural lateral) (fig. 30.7); y un dudoso buril diedro de ángulo. Una lámina carenada con retoque denticulado sobreelevado en ambos lados (fig. 30.5).

Una punta de dorso curvado (fig. 30.1), una puntita de dorso curvado («tipo aziliense») (fig. 30.2), un fragmento distal de puntita de dorso curvo (fig. 30.3), un fragmento distal de puntita de dorso, una laminita con retoque abrupto marginal, una lasquita con retoque parcial abrupto, un fragmento de lasca con retoque abrupto, una lámina con retoque simple profundo directo sobre un borde, y una lasquita con retoque sobreelevado.

SUBNIVEL 6C.

Sus tierras son ligeramente rasposas, muy negras, muy húmedas y algo plásticas: se hallan bastante fuertemente cementadas. Tienen color «marrón gris muy oscuro» (J41) y un espesor oscilante entre los 1 y los 8 centímetros.

Fauna: 121 fragmentos óseos no determinables, 4 piezas de Cérvido y 6 de microfauna.

Industria ósea: Un fragmento distal de arpón de asta de Cérvido, de sección tendente a aplanada, con dos hileras de dientes: en ellos se dan, por ambas caras, incisiones profundas que recorren la parte central del plano de sus faces. Es de un tipo normal en el Magdaleniense final (fig. 31.1 y lámina 5).

Industria lítica: Dos lascas de cresta; cuatro láminas grandes, una mediana y tres pequeñas; dos lascas grandes, cuatro medianas y veinte pequeñas. Los objetos retocados son siete: un fragmento de raspador semicircular sobre lasca retocada (fig. 31.3), un buril de un

golpe lateral sobre retoque lateral (fig. 31.4), un buril desviado de un golpe lateral sobre retoque lateral (fig. 31.5), un buril lateral sobre rotura, un perforador sobre lasca retocada (fig. 31.2), un fragmento de punta de dorso curvo (fig. 31.6) y una lasca con retoque simple marginal directo en un borde.

NIVEL 7.

Está formado por tierras finas, algo más claras que antes, muy untuosas, muy húmedas y extremadamente plásticas. En su parte superior aún conserva fragmentos de carboncillos y algún hueso, pero a medida que se va profundizando en él se va aclarando el tono de su masa y aparece más puro su componente «arcilloso».

Se ha sondeado en este nivel un espesor de 40 centímetros: sin que se llegara al fondo del depósito.

Su color habitual es el «marrón oscuro» (H63).

Fauna: 85 fragmentos óseos no determinables, 7 de macromamíferos, 44 de microfauna y 9 de aves.

Industria lítica: Tres lascas medianas y seis pequeñas. Un buril diedro ladeado (conserva parte de su previo retoque lateral) (fig. 32.2), un fragmento de lámina con retoque marginal (¿de uso?) (fig. 32.1) y una lasca con retoque simple continuo.

7. Reflexiones para una interpretación del depósito de Berroberría.

a. Se han contabilizado todos los gelifractos (en fracción grosera: superior a 3 cms. de lado), calizos de procedencia autóctona, en la secuencia de los niveles A a H, en una superficie de aproximadamente un metro cuadrado (los niveles A a E inferior, en lo que se excavó de 4G y 6G, aproximadamente un metro cuadrado; los niveles F a H, en el cuadro 3G). Se distribuyen porcentualmente, por tamaños, según la gráfica de la figura 33. Su contabilidad exacta es:

	3 a 5 cm.	%	5 a 10 cm.	%	10 a 20 cm.	%	20 a 30 cm.	%	>30 cm.	%	Total	%
A	421	43,58	392	40,58	120	12,42	22	2,27	11	1,13	966	20,44
B	303	51,71	234	39,93	48	8,19	1	0,17	0		586	12,40
C^1	28	62,22	17	37,77	0		0		0		45	0,95
C^2	175	51,02	135	39,35	29	8,45	4	1,16	0		343	7,25
C^3	7	46,66	7	46,66	1	6,66	0		0		15	0,31
C^4	29	31,86	49	53,84	13	14,28	0		0		91	1,92
C^5	5	41,66	5	41,66	1	8,33	1	8,33	0		12	0,25
D	184	53,95	101	31,37	46	13,48	3	0,87	1	0,29	341	7,21
D inf	588	56,92	377	36,49	62	6,00	4	0,38	2	0,19	1.033	21,86
E	542	79,94	99	14,60	37	5,45	0		0		678	14,34
E inf	201	59,46	103	30,47	34	10,05	0		0		338	7,15
F	0		0		0		0		0		0	—
G	74	41,80	74	41,80	24	13,55	2	1,12	3	1,69	177	3,74
H	40	40,00	51	51,00	9	9,00	0		0		100	2,11
	2.597		1.650		424		37		17			

Los momentos en que más numerosos resultan estos fragmentos calizos de bordes cortantes son los correspondientes a la formación de los niveles D inferior y E. Precisamente, uno de los criterios para la subdivisión respectiva de los genéricos niveles D y E era la consideración de este llamativo, y brusco, aumento de la «pedregosidad» del depósito de Berroberría. Relativamente escasos los productos de gelifracción en la mitad superior del nivel D (son 341 los contabilizados: el 7,21 %) sufren un asombroso aumento en la mitad inferior del mismo (son ahora 1.033: el 21,86 %). Por otra parte, en la mitad superior del nivel E siguen siendo bastante numerosos (678 en total: un 14,34 %) experimentando en el tercio inferior de ese nivel una sensible reducción a la mitad (son 338, el 7,15 %).

Se aprecia que la mayoría de estos elementos de fracción de las calizas del techo y pare-

des del covacho son los de dimensiones pequeñas (de 3 a 5 cms. suponen el 54,96 % del total; los de 5 a 10 cms., el 34,92 %), siendo escasísimos los que midan más de 20 centímetros (el 1,13 %).

Los bloques mayores (dejando de lado la problemática particular del nivel A, formado en cierto modo por la mezcla del depósito antiguo con evidencias más recientes) se dan en el nivel D, sobre todo en el D inferior. También llama la atención la presencia de esos grandes elementos en el nivel G, donde hay cinco que superan los 20 centímetros de longitud.

b. La masa de estratos acumulados en Berroberría procede, en parte, del propio covacho (por disgregación, o fractura, de la roca calcárea; o por aportes de corrientes internas al complejo cárstico) y, en parte, del exterior (deslizamiento desde la inmediata pendiente; aportación de corrientes externas, del viento;...). Sin olvidar, evidentemente, los elementos acumulados por los ocupantes prehistóricos del covacho: evidencias de sus industrias y tecnología, residuos de hogares, desechos de comida...

En este orden de cosas, y sin necesidad de extremar los análisis cualitativos de los componentes de la matriz estratigráfica, se pueden apreciar sensibles diferencias entre unos estratos y otros: entre los arqueológicamente «fértiles» y los «estériles». En la gráfica de la figura 35 se valoran conjuntamente, en la secuencia del depósito de Berroberría, tres categorías de caracteres: la fracción gruesa (porcentaje de elementos rotos y de elementos rodados), la matriz fina (su plasticidad o su soltura) y los «restos de hogar» (proporción de residuos de comida (fragmentos óseos) que, en cierto sentido, servirán de pauta aproximada para señalar los momentos de máxima ocupación y de abandono del covacho).

Los niveles más fértiles poseen tierras finas, untuosas, muy pegajosas (muy plásticas): así los B, C2, C4, D, D inferior y E. Y sus tonos son más oscuros (más negruzcos): B, C2, C4, D, D inferior, E, E inferior, G.

En tanto que las etapas de menor intensidad de ocupación humana, y de abandono, coinciden con unos sedimentos más arenosos (o rasposos), muy sueltos (nada plásticos): en C1, C3, C5, F, G, H y, sobre todo, I. En colores más claros (normalmente con tonos del «marrón rojo» genérico): así en C1, C3, C5, F, H, I.

Controlando, por otra parte, la calidad de la fracción gruesa (calizas rotas con aristas agudas, o areniscas, y algunas pizarras, rodadas) se aprecia que mientras los «gelifractos» abundan en los niveles arqueológicamente fértiles (por ejemplo, en A, B, C2, D, D inferior, E, E inferior y G), en las etapas de abandono del covacho son los rodados los dominantes (así F y, sobre todo, I).

Obsérvese así, pues es muy ilustrativa de esta constatación, la alternancia (de escaso valor absoluto, pero de significativo valor proporcional) entre elementos fraccionados y rodados en el desarrollo del nivel C genérico: donde se fija gráficamente la oscilación abandono/ocupación (o «niveles estériles» y «hogares») en su masa (por un lado, los C1, C3 y C5, por otro los C2 y C4).

c. El depósito de la terraza del nivel I se ha de atribuir a algún riachuelo que, corriendo de Este a Oeste por delante del covacho, se introdujera en Berroberría formando aquí un recodo o remanso: aún hoy existe uno que desaparece (drenado por el complejo cárstico Berroberría-Celaieta) a unos 60 metros al Este-Sudeste del centro del covacho.

En este nivel I hemos efectuado un muestreo granulométrico, sobre una masa de 10 litros de volumen tomada a profundidad —350 a —360. Dio 2 litros de fracción menor a 2 milímetros, 2,8 litros de fracción entre 2 y 5 mm., y 5,2 litros de fracción gruesa (superior a 5 milímetros). Esta cantidad de fracción gruesa, todos elementos rodados, ha sido medida, y controlada su entidad litológica [19]:

	5/10 mm.	10/20	20/40	40/80	80/120	120/...
Areniscas gruesas	1.537	1.401	208	12	0	0
Areniscas finas	861	350	97	27	7	1
Pizarras	492	537	79	1	0	0
Cuarcitas	31	47	0	2	0	0
Calizas	153	0	0	0	0	0
TOTALES	3.074	2.335	464	42	7	1

19. En las areniscas, hemos distinguido de modo elemental las de grano grueso y las de grano fino (de color rojo más intenso).

Obtenido el Indice de Aplanamiento [20] de la fracción rodada de tamaño superior a 40 milímetros, se aprecian Indices de Aplanamiento similares en las areniscas de grano grueso de 40 a 80 mm. (IA= 2,184, con casos extremos entre los 1,38 y 2,90) y las de 80 a 120 mm. (IA= 2,194, con casos extremos enre los 1,63 y 2,52); mientras que las areniscas finas, más resistentes a la erosión, ofrecen un Indice ligeramente superior (IA= 2,470, con casos extremos de mayor amplitud, los 1,33 y 3,46).

d. Se tomó, en un corte del camino entre el caserío Berroberría y el covacho, una muestra del suelo natural (bajo el manto vegetal de superficie). Es tierra de color «rojo» (E36), de cohesión media, bastante arenosa (rasposa), conteniendo pequeños cantos rodados de pizarra (inferiores a 0,5 cms. de diámetro) y partículas mínimas de mica.

Ese tipo de tierra, con los bloques de las inmediaciones (que son areniscos), coincide —en color, textura y plasticidad— con el tipo de la matriz de los estratos «estériles» de Berroberría. Pensamos que, en estos momentos, corrientes, de agua procedentes de la inmediata pendiente han anegado parcialmente el covacho, aportando materiales alóctonos (arenas, gravas, bloques areniscos —y algún elemento pizarroso— rodados) que o han colmado, regularizándolo, todo el fondo de la cavidad (es el caso de la terraza del nivel I, que suponemos de base), o simplemente se han extendido sobre los suelos precedentes, ocupando sus depresiones (tal es el caso del nivel F y, probablemente, de los «lechos» C5, C3 y C1). En tales circunstancias, más o menos encharcado (y hasta anegado) el covacho, la presencia humana en él no resulta posible, o se produce sólo de modo esporádico o con escasa intensidad.

e. La interpretación cultural del contenido arqueológico de los niveles inferiores al E no es fácil de esbozar por la exigüidad de los efectivos instrumentales recogidos y por la total ausencia, entre ellos, de calificados «fósiles directores».

Los niveles F y H se formaron, fundamentalmente, por aportación del exterior, careciendo de elementos de procedencia orgánica y de desecho (briznas óseas, carbones): las escasísimas evidencias industriales de F y H puede suponerse que sean producto de filtraciones o deslizamientos a partir de los estratos E y G que, respectivamente, se les superponen.

La coloración rojiza de ambos niveles F y H es la propia de la matriz de arenas que (por disgregación de las areniscas triásicas de las inmediaciones) deslizándose del exterior han contribuido decisivamente a la formación del depósito de Berroberría (tal como sucede en la terraza I, en parte del mismo nivel G o al C5).

f. La calificación sedimentológica y climática de los depósitos de los niveles G, E y D no es segura de establecer en sí, careciéndose —por otra parte— de precisas referencias comparativas en otras áreas del Sudoeste de Europa. Pues si bien las etapas del Magdaleniense inferior y medio (III y IV) se han llegado a definir sedimentológicamente con cierto detalle, los depósitos de fin del Würm IV y del Postglaciar inmediato (Magdaleniense V y VI, Aziliense, Epipaleolítico pre-geométrico) no son fáciles de sintetizar [21].

La secuencia climática establecida para el Würm IV del Perigord por H. Laville [22] ofrece, desde el Magdaleniense V al Aziliense, siete estadios sucesivos diferentes; «muy frío y seco» (Magdaleniense V de Laugerie Basse y La Madeleine), «menos frío y más húmedo» (base del Magd. superior de Cap-Blanc, Magd. V —nivel G— de La Madeleine, Magd. VI de Laugerie Basse), «más frío y menos humedo» (parte superior del Magd. superior de Cap-Blanc, Magd. V —nivel F— de La Madeleine), «más dulce y húmedo» (base del Magd. VI de La Faurelie II), «frío» (Magd. VI —nivel D— de la Madeleine, parte superior del Magd. VI de La Faurelie II), «templado-húmedo» (Magd. VI —nivel C— de La Madeleine, Aziliense de La Faurelie II), y «más frío» (Magd. VI final —nivel B— de La Madeleine).

El conjunto de bloques calizos acumulados en el nivel G debe corresponder a un estadio pre-Magdaleniense superior/final. En la no lejana grotte Duruthy (Sorde-L'Abbaye en las Landas) el conjunto de estratos del Magdaleniense III y IV (niveles 5 y 4) está separado del Magdaleniense VI por un depósito de grandes bloques desprendidos del techo en circunstancias

20. Según la fórmula de A. Cailleux (*La Era Cuaternaria. Principios y métodos de estudio,* Barcelona, 1959). IA=2L/l+e (IA, es el Indice de Aplanamiento; L, la longitud mayor del canto; l, la anchura; e, el espesor).

21. Véase, por ejemplo, *Les remplissages de grottes et abris sous roche dans le Sud-Ouest* de H. Laville (en pp. 250-270 de «La Préhistoire Française», tomo 1.1, París 1976).

22. H. Laville, *Climatologie et chronologie du Paléolithique en Périgord: étude sédimentologique de dépôts en grottes sous abris,* Burdeos, 1973.

climáticas de especial rigor [23]. La misma presencia de bloques crioclásticos se aprecia en tal momento de transición del Magdaleniense IV a los V y VI, en otros yacimientos clásicos franceses: en Laugerie Basse y La Madeleine coinciden con el Magdaleniense V, en la fase denominada «Périgord V», «muy frío y seco», establecida por H. Laville en 1973.

Como hipótesis de trabajo —que habrá que contrastar en futuras campañas de excavación— proponemos que el depósito del nivel G de Berroberría se produjo por entonces (¿Magdaleniense III-IV?) [24].

g. La masa del nivel E genérico ha sido calificada, con razón, por Loriana y Maluquer de Motes, como del Magdaleniense final (VI).

Es absolutamente insuficiente el efectivo lítico del nivel como para intentar cualquier utilización estadística del mismo. Los tipos concretos de raspadores, alguna pieza de dorso y hasta un buril (en la fig 21.9: de tosco tipo de los «pico de loro», buen fósil director del período) abonan, desde luego, aquella atribución.

La abundancia, desde el punto de vista sedimentológico, de elementos de gelifracción (sobre todo en E superior y el inmediato D inferior) permite recordar la gran cantidad de ellos (entre los que se interponen débiles depósitos de arena) en la ocupación del Magdaleniense final de la cueva Des Eglises (en Ussat, Hautes Pyrénées), lo que en opinión de J. Clottes señalaría la alternancia de frío y humedad en el período. Ello se puede corresponder, por otra parte, con los niveles D y, mejor, B de La Madeleine: en el Magdaleniense VI final, en circunstancia climática fría.

De particular interés es la consideración de los tipos de arpón hallados en Berroberría: pues, de modo tradicional, según la secuencia del yacimiento epónimo la mitad reciente del Magdaleniense se ha solido periodificar por la tipología de esa clase de instrumento, atribuyéndose los de una sola hilera de dientes al Magdaleniense superior, o V, y los de doble hilera al VI, o final [25]. De las excavaciones anteriores en el covacho, por J. Maluquer de Motes, proceden tres arpones cuya tipología encaja perfectamente dentro del Magdaleniense VI, con un ligero aplanamiento de su sección circular (prenuncio del posterior tipo del Aziliense) [26].

El fragmento encontrado en 1977 (véanse la fig. 31.1 y la lámina 5) representaría una variedad más evolucionada de aquel tipo, en que el aplanamiento del fuste es ya bastante notable, siendo los dientes muy ganchudos: tal como se aprecia en piezas, bastante similares a la ahora hallada en Berroberría, tanto del Pirineo (Isturitz, en Pyrénées Atlantiques; La Vache, en Ariège) como de la Dordoña (Raymonden-Chancelade, en Périgord) [27]. Así se producen estas formas de transición del arpón magdaleniense al aziliense, bien definidas por diversos autores [28]: el caso concreto de Berroberría, hallado en el estrato 6C (sondeo del cuadro 15G), ha-

---

23. R. ARAMBOUROU-C. THIBAULT, *Les recherches de Préhistoire dans Les Landes en 1973*, en pp. 1-10 de «Bulletin de la Société de Borda», Bayonne 1972.

24. P. UTRILLA, en varias ocasiones (por ejemplo, en *La región asturiana durante los inicios del Magdaleniense*, en pp. 801-853 de «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos» n.º 88-89, Oviedo 1976: p. 841), ha identificado en el Magdaleniense medio de Asturias y Santander niveles arcillosos rojizos (así, entre otros, el nivel inferior de La Riera, el D del Cueto de La Mina, en Rascaño, la capa 3 de El Cierro, ...). El tono relativamente rojizo del nivel G de Berroberría ni es común a todo su depósito (en zonas es «marrón rojo oscuro», en otras es «marrón gris muy oscuro») ni puede atribuirse a una peculiaridad arcillosa de ese momento: pues la tonalidad roja se constata en varios otros niveles de Berroberría (por ejemplo, es notable en los inmediatos I, H y F), debiendo atribuirse al componente «arena» de los mismos (procedente, sin duda, de disgregación de las areniscas triásicas de las proximidades). De forma que aquella observación estratigráfica hacia una atribución al Magdaleniense medio de varios depósitos de la Costa Cantábrica, no debe utilizarse en el caso concreto del nivel G de Berroberría.

25. L. CAPITÁN-D. PEYRONY, *La Madeleine. Son Gisement, son industrie, ses oeuvres d'art*, Paris, 1928: p. 103. Más amplio comentario de estos temas en I. BARANDIARÁN, *El Paleomesolítico del Pirineo Occidental. Bases para la sistematización tipológica del instrumental óseo paleolítico*, Zaragoza, 1967: pp. 259, 319-322.

26. I. BARANDIARÁN, *Arte paleolítico en Navarra...* 1974: pp. 16-18.

27. E. PASSEMARD, *Les Stations paléolithiques du Pays Basque*, Bayonne 1924: p. 161; R. ROBERT-L. R. NOUGIER, *Recientes descubrimientos en el yacimiento del Magdaleniense Final pirenaico de «La Vache» (Ariège)»* (en «Ampurias», tomo XIX-XX, Barcelona 1958); pp. 278 y fig. 2; D. DE SONNEVILLE-BORDES, *Le Paléolithique supérieur en Périgord*, Burdeos 1960, p. 376 y fig. 202.

28. G. MALVESIN-FABRE-L. R. NOUGIER-R. ROBERT, *Le protoazilien de la grotte de La Vache (Ariège) et la génèse du harpon azilien* («Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège», tomo V, Tarascon 1950); M. W. THOMPSON, *Azilian Harpoons* («Proceedings of the Prehistoric Society», volumen XX, pp. 193-211, Londres, 1954); P. JANSSENS, *La transición del arpón magdaleniense al arpón aziliense* («Investigaciones Prehistóricas», tomo II, pp. 164-178, Santander, 1960); G. GALY-L. R. NOUGIER-R. ROBERT, *La transition paléolithique-mésolithique et les problèmes du harpon azilien* («Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège», tomo XVI, pp. 51-59, Tarascon, 1961-1962).

bría de fecharse en un momento muy final del Magdaleniense (hasta en el Magdaleniense VII, que alguna vez se ha individualizado). De la cueva de Sainte Eulalie (en Espagnac, Haute Quercy; excavaciones de M. Lorblanchet, en 1973) procede un fragmento muy similar al de Berroberría: el nivel I, del que procedía, se ha datado por el radiocarbono en 8800 ± 200 y 8450 ± 300 años antes de Cristo (Gif-1697, Gif-2193).

El repertorio de fechaciones francesas para el Magdaleniense VI se incluye casi completamente dentro de un milenio (cerca 10050 a 9050 a. de C.: con casos extremos en 10300 y 8300, excepcionales)[29]. En el área más próxima a Berroberría deben retenerse las dataciones de: Duruthy (en Sorde-L'Abbaye, Landes) con los 9200±220 a. de C. (Ly-858), Trou des Forges (en Bruniquel, Tarn-et-Garonne) con 9800 ± 300 y 9160 ± 160 a. de C. (BM-302, BM-303), Grotte des Eglises (en Ussat, Ariège) con 9850 ±500 (Gif-1434), y Grotte de Venus (en Penne, Tarn) con 9230 ± 300 (Ly-1109), también antes de Cristo.

En la cueva de Ekain (Deva, Guipúzcoa) el Magdaleniense superior/final (superficie del nivel VIa) se fechó en el 10100 ± 190 a. de C. (I-9240).

El Aziliense vasco ofrece la fecha del nivel IV de Ekain: 7510 ± 185 (I-9239). En Zatoya, para un Aziliense antiguo (niveles II y BIII), se han obtenido dataciones más viejas, pero en buen acuerdo con repertorios transpirenaicos: 9810 ± 270 y 9530 ± 270 a. de C. (Ly-1400, Ly-1399).

h. Las industrias líticas de la masa del nivel D, sin ser numerosas, ofrecen tipos habituales en el Aziliense franco-cantábrico: especialmente las variedades de raspadorcitos y de piezas de dorso. En el subnivel D inferior (sigla: 4G. 249.1) y en el D (sigla: 6G. 248.19) recogimos dos láminas de tamaño mediano a grande apuntadas por retoques simples profundos directos bilaterales (figuras 17.11 y 20.7), en todo similares a otras dos halladas en el nivel II (Aziliense) de la cueva de Zatoya[30].

i. Entre los caracoles terrestres hay dos especies de los *Helicidae*, el *Helix (Cepaea) hortensis* Müller y, sobre todo, el *Helix (Cepaea) nemoralis* Linné, abundantes en etapas epipaleolíticas y mesolíticas: de «conchero».

De acuerdo con la observación de J. Maluquer de Motes es en Berrobería el nivel B el correspondiente más propiamente el «estadio de conchero»: en él hemos recogido el 47,05 % de evidencias del *Helix nemoralis*. Pero la aparición de este molusco se da en el covacho navarro en el subnivel D superior (con un 7,67 % de representación), existiendo a lo largo de toda la secuencia de la masa del nivel C. (Véase en la lámina 6, arriba, una muestra de los del nivel B).

La circunstancia climática requerida por el *Helix nemoralis* es de mayor frescura y humedad que las actuales; propia de paisajes de densa vegetación. A esta nueva situación puede corresponder bien la formación de la parte superior del nivel D, en que la sensible disminución de gelifractos abona, desde luego, la suposición de una atemperación climática. La cultura Aziliense se corresponde con el Dryas III y es inmediatamente después, en el Pre-Boreal y sobre todo desde los inicios del Boreal cuando el *H. nemoralis* se hace frecuente[31].

La aparición del *Helix* en esas etapas está bien definida en yacimientos de la vertiente septentrional del Pirineo. En Mas d'Azil (Ariège) el *Helix hortensis* se encuentra en los niveles Eneolítico y Neolítico, y los lechos de *Helix nemoralis* en el nivel inmediatamente inferior, el llamado «Arisiense» por Piette (bajo el cual se encontrará el Aziliense típico). En tanto que en Poeymau (Hautes Pyrénées), el FIH (nivel inferior con *Helix*) se halla separado del Aziliense típico (BS), al que se superpone, por un horizonte estalagmítico[32].

En la cueva de Zatoya se asiste, precisamente, a la aparición del *Helix*, en un momento de transición del Aziliense (mitad inferior del nivel II) al «Epipaleolítico no geométri-

29. M. Schvoerer-C. Bordier-J. Evin-G. Delibrias, *Eléments pour la chronologie absolue de la fin des temps glaciaires en Europe. Recensement et présentation des datations se rapportant à des sites français,* Talence, 1977.

30. I. Barandiarán, *El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya* (en pp. 5-46 de «Príncipe de Viana», n.° 146-147, Pamplona, 1977): p. 23 y figuras 5.13.

31. J. G. Evans, *Land Snails in Archaeology,* London-New York 1972: p. 15, además las 70 y 173-175.

32. G. Laplace, *Les couches à escargots des cavernes pyrénéennes et le problème de l'Arisien de Piette* (en pp. 199-211 de «Bulletin de la Société Préhistorique Française», tomo L, n.° 4, Paris, 1953), especialmente páginas 199 y 201-203. Constata ahí Laplace la existencia de depósitos frecuentes de ese molusco terrestre en bastantes yacimientos del Pirineo septentrional (Mas d'Azil, Poeymau, Aurensan, Bédeilhac, Ganties-Montespan, Gourdan, Isturitz, La Vache, La Tourasse, Lorthet, Montfort, Saint-Martin, Salech, Sordes, Haristoi, Malarode, ...) coincidiendo en una «facies de montaña, mesolítica, que podría resultar de la evolución *in situ,* a través del Aziliense, del Paleolítico superior... Esta industria original, sin

co» (mitad superior del nivel II). Se posee aquí la primera fechación absoluta del fenómeno en la vertiente meridional del Pirineo: en tanto que el Aziliense (parte más baja del nivel II) se data en 9530 ± 270 a. de Cristo (Ly-1399), el Epipaleolítico no geométrico, post-aziliense, (zona superior del nivel II), con los primeros *Helix* ha dado los 6200 ± 170 a. de C. (Ly-1398).

La formación de la parte superior del nivel D de Berroberría se pudo producir, por tanto, no lejos de los años 7000-6000 a. de C.

j. El conjunto del llamado nivel C no resulta estratigráficamente homogéneo (tal como se expresa en el gráfico de la figura 35: con sus oscilaciones internas), ni estéril desde el punto de vista arqueológico. Su masa llega a poseer un espesor máximo de 39 centímetros (en la divisoria 4G/6G la superficie del C1 se halla a —192, y la base del C5 a —231): es decir, bastante más que los 15 centímetros señalados en su cata por el Marqués de Loriana.

El cómputo de elementos de gelifracción autóctonos marca aquellas diferencias: son relativamente abundantes en los subniveles de «hogares», de ocupación, C2 y C4 (343 y 91, respectivamente) y escasísimos en los considerados «estériles» C1, C3 y C5 (donde son 45, 15 y 12). Los depósitos C1, C3 y C5 no son continuos, ni horizontales, ni de espesor homogéneo. No es seguro, como se ha dicho por otros, que se compongan de «arcillas»: su matriz es fuertemente arenosa, dando la impresión de que se haya aportado desde el exterior, por arrastre de corrientes de agua, y no que se hubiera producido «in situ» por descalcificación de la roca misma de Berroberría.

Bajo cada uno de esos momentos de depósito arenoso rojizo (C1, C3, C5) se desarrollan capas de negros tonos (carbonosas) (C2 y C4; y en la parte inferior del C5).

Arqueológicamente se aprecia en el conjunto del nivel C que sin ser estéril absolutamente, sus industrias no son tan numerosas como en los B, D o E, apareciendo siempre algunas evidencias óseas, fragmentos de carbón o de *Helix*, e industria lítica. Para su calificación cultural no poseemos aún suficientes datos: se puede proponer, desde luego, su post-paleolitismo. Por otra parte, aún no ha hecho su aparición la cerámica. En C2 se han hallado cuatro piezas grandes (sobre lasca) con retoques sobreelevados (formando muescas o denticulaciones), de tipo campiñoide (figuras 13.1, 2, 3 y 4): tal como las conocemos en niveles epipaleolíticos inmediatamente pre-cerámicos en Zatoya (niveles Ib), Costalena (prov. Zaragoza) y Botiqueria dels Moros (prov. Teruel) [33].

k. La campaña de 1977, montada en plan sondaje en profundidad sobre reducida extensión superficial, no ha producido evidencias muy seguras de estructuras artificiales de ocupación y acondicionamiento del habitat del covacho.

El Marqués de Loriana había aludido a la existencia de hogares en la parte inferior del nivel B, descansando directamente sobre el C [34]: ¿intentó referirse con ello a evidencias de acomodación formalmente detectables, o sólo a acumulaciones llamativas de elementos de desecho (de cocina: carbones, esquirlas,...)? En el cuadro 4G, según se iba sondeando en las capas más profundas del nivel B, apreciamos el aumento de los trocitos de carbón y la presencia de acumulaciones de piedras —siempre calizas, procedentes del mismo covacho— escogidas probablemente entre las de dimensiones medianas, y que sugieren en su disposición conformaciones de aquellos hogares. Entre ellos hay uno, en la mitad meridional del cuadro (cuyo fondo se halla en la cota —195), rodeado en su perímetro por esos bloques medianos y conteniendo masas de cenizas, más que de carbones. Esta estructura (figura 34) mide unos 25 centímetros de anchura por 35 de longitud.

l. El sondeo del cuadro 15G ofrece, al parecer, una versión «comprimida» y quizá simplificada de la estratigrafía depositada en bandas más meridionales (y por ello más externas: por ejemplo en 3G, 4G y 6G) del covacho.

— A pesar de su escaso espesor, los horizontes estalagmíticos 2 y 4 servirán para identificar etapas de abandono parcial del covacho, y el transcurso de un más o menos

microlitos geométricos, está asociada a acumulaciones de Helix» (*op. cit.*, p. 210). Esa etapa, inmediatamente post-Aziliense (¿un «Aziliense II»?) fue denominada «Arudiense». Dejando de lado la propiedad del nombre (que hoy, muchos —entre ellos el propio Laplace— ya no aceptan) queda en pie la facies cultural a la que califica, que más simplemente pudiera ser designada como «Epipaleolítico no geométrico».

33. Excavadas, de 1974 a 1976, por I. BARANDIARÁN, en curso actual de publicación monográfica.

34. M. DE LORIANA (*Excavaciones arqueológicas realizadas en la gruta...* 1940: p. 101; obsérvese, también, su figura 4) dice el nivel B; «descansa esta capa sobre otra (el nivel C) de unos 15 centímetros de espesor, de una arcilla amarillo claro estéril, de la que se diferencia muy bien, viéndose sobre ella los restos de hogares».

amplio lapso de tiempo: para distanciar cronológicamente, en algún grado, los niveles arqueológicos entre los que se intercalan.

— El nivel 1 posee cerámicas prehistóricas y parece intacto (salvo su superficie estricta). Puede corresponderse con el nivel B de Loriana.
— En el nivel 3 ya no existen cerámicas. En él hay bastante numerosos *Helix*. Podría ponerse en relación con la parte más rica del conchero (lo antiguo del horizonte «Berroberría II»: parte baja del nivel B de Loriana).
— El nivel estalagmítico 4 supone una separación con el paquete estratigráfico inferior (nivel 5, muy pobre, y brecha compleja del 6).
— 6A, 6B y 6C poseen muy abundantes esquirlas óseas: en zonas más extensas del covacho esta circunstancia se produce mayoritariamente en los niveles D, D inferior y E. Los *Helix*, muy escasos en 6A, no existían en 6B: en los cuadros 4G y 6G esos moluscos sólo aparecen en el subnivel D superior.
  El arpón de doble hilera de dientes del subnivel 6C nos llevaría a un Magdaleniense sumamente tardío (VIb o VII): pudiéndose aproximar este nivel al E («Berroberría IV» de Maluquer de Motes).
  Si los subniveles 6A y 6B son post-magdalenienses, y probabilisímamente epipaleolíticos, se sugiere que mientras 6B se asimilaría con el Aziliense, el 6A se habría de atribuir a un epipaleolítico post-Aziliense, quizá de facies geométrica (en 6A se ha hallado un posible triángulo isósceles de retoque abrupto: el siglado 15G. 160.83, en la figura 29.3). En 6B (cuadro 15G, sector 6) se ha recogido un fragmento de molusco marino (probablemene *Trochus*) similar al hallado en el nivel D inferior («Aziliense») del cuadro 6G (sector 9; a profundidad —245/—250).

A título provisional, pues, se han de establecer los parentescos entre ambas series estratigráficas, del fondo (cuadro 15G) y de la zona central (3G, 4G y 6G) de Berroberría. En la adjunta gráfica (figura 36) se ha consignado la presencia del *Helix* (que en 4G y 6G existe desde el subnivel D superior hasta el A, pues sus evidencias en D inferior y en E son individuales, y pueden proceder de más arriba; y en 15G desde el 6A hasta el 2), señalando por graduación de la trama empleada sus proporciones, y también la presencia de la cerámica (sólo en A y parte superior del B; y en el nivel 1).

Así opinamos que al nivel B («horizonte Berroberría II») corresponden los 1, 2 y 3; que el conjunto del C se emparentaría con el 5; y los D, D inferior, E y E inferior, respectivamente, con los 6A, 6B, 6C y 7.

8. CONCLUSIONES.

Las apreciaciones reunidas en esta campaña de 1977 certifican, y en parte pueden afinar, las atribuciones culturales sugeridas por el Marqués de Loriana en 1940 y 1943, y concretadas por Maluquer de Motes en 1965. La revisión estratigráfica de Berroberría y el control de algunos nuevos materiales (no demasiados, ciertamente, dada la índole de la campaña) permiten precisar lo que se sabe sobre la secuencia del depósito del covacho, de abajo arriba:

1. En su momento más antiguo hay un depósito de terraza, posiblemente de base, que colmata el fondo del covacho (nivel I).
   Sobre él se desarrolla un nivel casi estéril (H), con rasgos de aporte aluvial.
2. El nivel G coincide con una circunstancia climática muy fría (intensos fenómenos de desprendimiento de bloques y fragmentos del techo), y corresponde a la primera ocupación detectada hasta ahora en el covacho. Son pocos los materiales hallados y por tanto insegura su datación: pero no repugna, a modo de hipótesis, su atribución a un Magdaleniense antiguo, o medio (III-IV).
   Cuando estudiamos el arte parietal de la cavidad inmediata («cueva de Alquerdi») concluimos —por el análisis de varios caracteres técnicos y estilísticos de las figuras— que aquellos grabados se datarían correctamente dentro del Magdaleniense inferior, o antiguo (III, y quizá IV, del esquema de Breuil)[35]. Ante el descubrimiento

35. I. BARANDIARÁN, *Arte paleolítico en Navarra*... 1974: pp. 45-47.

ahora de este nivel G, aquella atribución cronológica de la «cueva santuario» se podría relacionar bien con la posible del primer momento de ocupación de la «cueva-habitación».

Las contadas piezas halladas en la masa del nivel H, que le subyace, pueden proceder, por infiltración, del mismo G.

3. El nivel F, prácticamente estéril, se formó por aluvionamiento de masas procedentes del exterior, de la ladera frontera del covacho. Significa un período, quizá no excesivamente lato, de abandono del lugar.

4. El nivel E, en su conjunto, fue correctamente individualizado por Maluquer de Motes como horizonte «Berroberría IV». Según él es un «Magdaleniense superior bien establecido por un rica industria lítica bien característica, y al mismo tiempo con una interesante industria de asta, entre la que figuran los arpones de doble hilera de dientes, azagayas de doble bisel y arte mobiliar». Supone la evidencia de un período climático de carácter extremado (en las oscilaciones de la liquidación del Würmiense), en que la ocupación del abrigo se produce en forma muy densa. Por caracteres de su depósito, hemos separado una etapa más antigua (E inferior, quizá correspondiente al nivel 7 del fondo del covacho), en que los materiales arqueológicos son más escasos; y otra más reciente (E; que se aproximaría al 6C del fondo), con numerosas evidencias osteológicas e industriales.

   Llevándonos la tipología de un arpón hallado en esta campaña (en la figura 31.1), en el nivel 6C, a un Magdaleniense final avanzado, se podría pensar que el E inferior se puede atribuir bien al Magdaleniense V-VI (quizá al VI inicial), y el E al Magdaleniense VIb (o VII de algunos autores).

5. El nivel D, distinguido del E por Loriana, corresponde al horizonte «Berroberría III» de Maluquer de Motes: «estadio Aziliense, al parecer, en cuanto a la industria del sílex o por lo menos un cambio notable en relación al horizonte anterior («Berroberría II»), hacia las formas típicamente azilienses. Por el momento no hemos podido señalar la presencia de otra industria, pues no ha sido hallado hueso ni asta» (según lo definía este prehistoriador en 1965).

   Corresponde, con la masa del nivel E subyacente, al momento de más densa ocupación del abrigo, a fines del Tardiglaciar.

   Su entidad estratigráfica nos ha sugerido subdividirlo, como el nivel E, en dos etapas, o subniveles: el D inferior (que se correspondería con el 6B del fondo del covacho), al que por su industria lítica se puede calificar bien como Aziliense (siendo el nivel más «rico» de los del depósito de Berroberría); y el D (con su equivalente aproximado, el 6A) en que, haciendo su aparición el *Helix* (*Cepaea*) *nemoralis*, estaríamos ya en un período más templado y húmedo, postaziliense (quizá un Epipaleolítico no geométrico: con la salvedad de un dudoso tipo lítico geométrico en 6A).

   Como sugirió Loriana y ha advertido justamente Maluquer de Motes, para el conjunto de niveles E y D, «entre Berroberría III y IV no existe separación alguna, y sólo la consideración de sus industrias permite separar el Magdaleniense final de la etapa aziliense, existiendo una evidente continuidad entre ellas».

6. El nivel C se pensó, por quienes habían excavado antes que nosotros en el covacho, que no era arqueológicamente representativo: que, en la práctica, era estéril.

   Realmente, entre lentejones más o menos horizontales (de depósito aluvial probable por aporte de la ladera de enfrente y encharcamiento), se aprecian evidencias de ocupación en bandas delgadas de hogares (C2, C4 y en la parte inferior de C5). No abundantes sus industrias, algunos elementos líticos nos permiten sugerir su atribución a un Epipaleolítico aún no diferenciado: ignoramos si los geométricos (tanto de retoque abrupto como de retoque en doble bisel: véanse en las figuras 8: 3, 4, 5 y 6) recogidos en masas de escombrera de excavaciones anteriores (en «revuelto») procederían de este nivel C o de las zonas inferiores del inmediato nivel B.

7. La masa del nivel B, configurado como horizonte «Berroberría II» supone, para Maluquer de Motes, el típico «estadio de conchero, con predominio absoluto de *Helix nemoralis*... En este horizonte aparece claramente la cerámica, escasa en las partes bajas del conchero, pero abundante en su centro y parte superior. Por consiguiente, nos hallamos ante un estadio de población con vida neolítica y con una clara econo-

mía de recolectores. El material de sílex de este horizonte es bastante escaso, pero ofrece algunos tipos que pertenecen sin duda a la misma industria de los horizontes inferiores».

Ofrece la masa del nivel B una bastante densa ocupación de Berroberría: su etapa más antigua (mitad inferior del estrato, en que no hallamos fragmento cerámico alguno) puede corresponderse con el nivel 3 del interior del covacho; la más reciente (probablemente del Neolítico) equivaldría al nivel 1 de ahí.

8. Dentro del nivel A («Berroberría I») aparecen materiales recientes junto a otros de tipo prehistórico: puede aceptarse la atribución de lo más antiguo al Eneolítico o a la Edad del Bronce.

10 noviembre 1977.

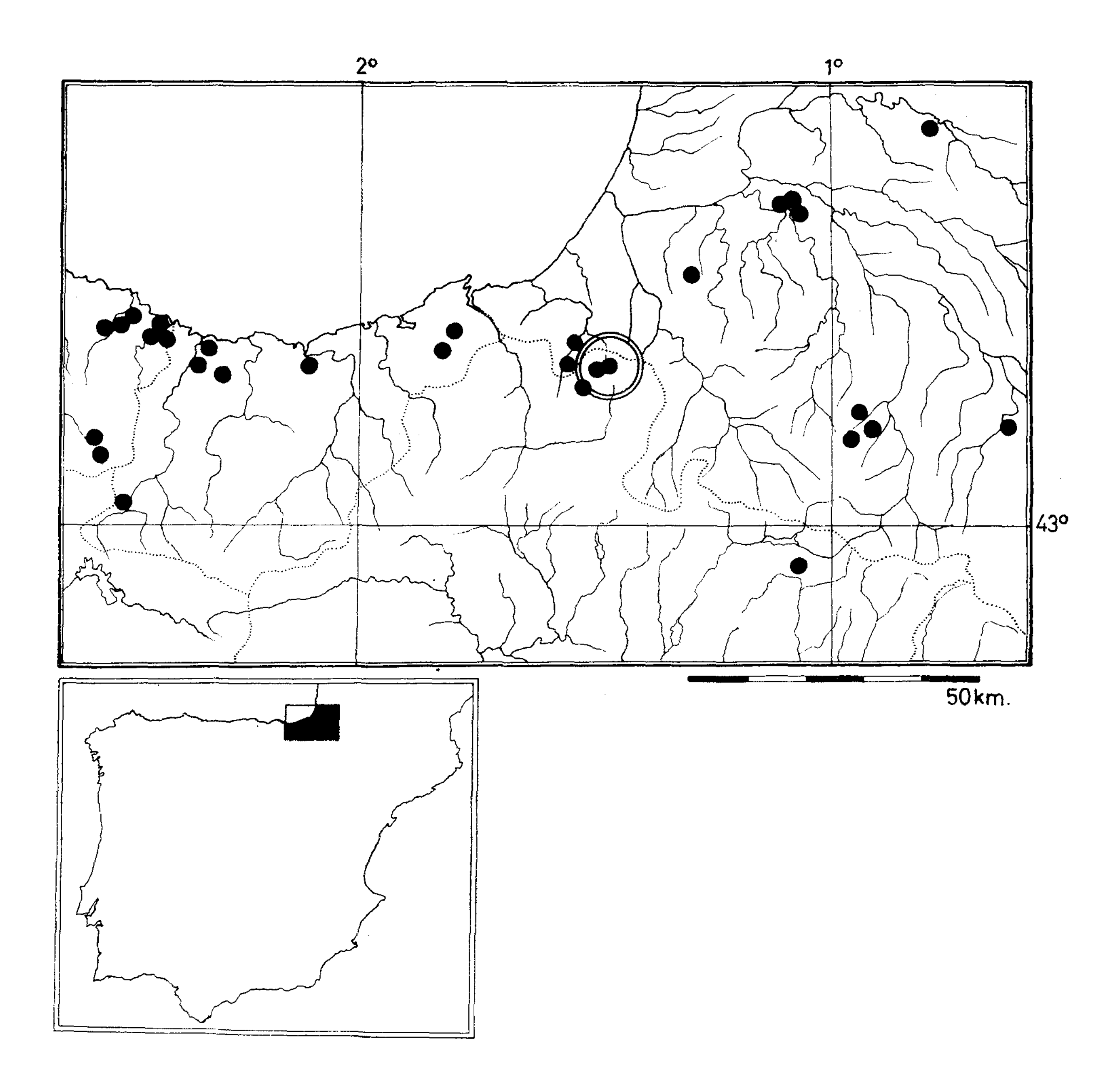


Figura 1. *Situación del conjunto espeleológico de Berroberría (cueva de Alquerdi y covacho de Berroberría) en el Pirineo Occidental, con indicación de los yacimientos contemporáneos (Magdaleniense superior y final, y Aziliense) en el área circundante. Se han señalado, de Oeste a Este: en Vizcaya los de Arezti, Santimamiñe, Atxeta, Lumentxa, Abittaga, Goikolau, Bolinkoba y Silibranka; en Guipúzcoa los de Urtiaga, Ermittia, Ekain, Lezetxiki, Altxerri, Aitzbitarte y Torre; en Navarra los de Berroberría y Alquerdi (rodeados por doble círculo), Akelarren-Leze y Zatoya; en Landas los de Duruthy, Dufaure, Grand Pastou y Montaut; y en Pirineos Atlánticos los de Isturitz, Lezia, Uriogaina, Tute de Carrelore, Etcheberriko-Karbia, Xaxixiloaga, Sinhikoleko-Karbia.*

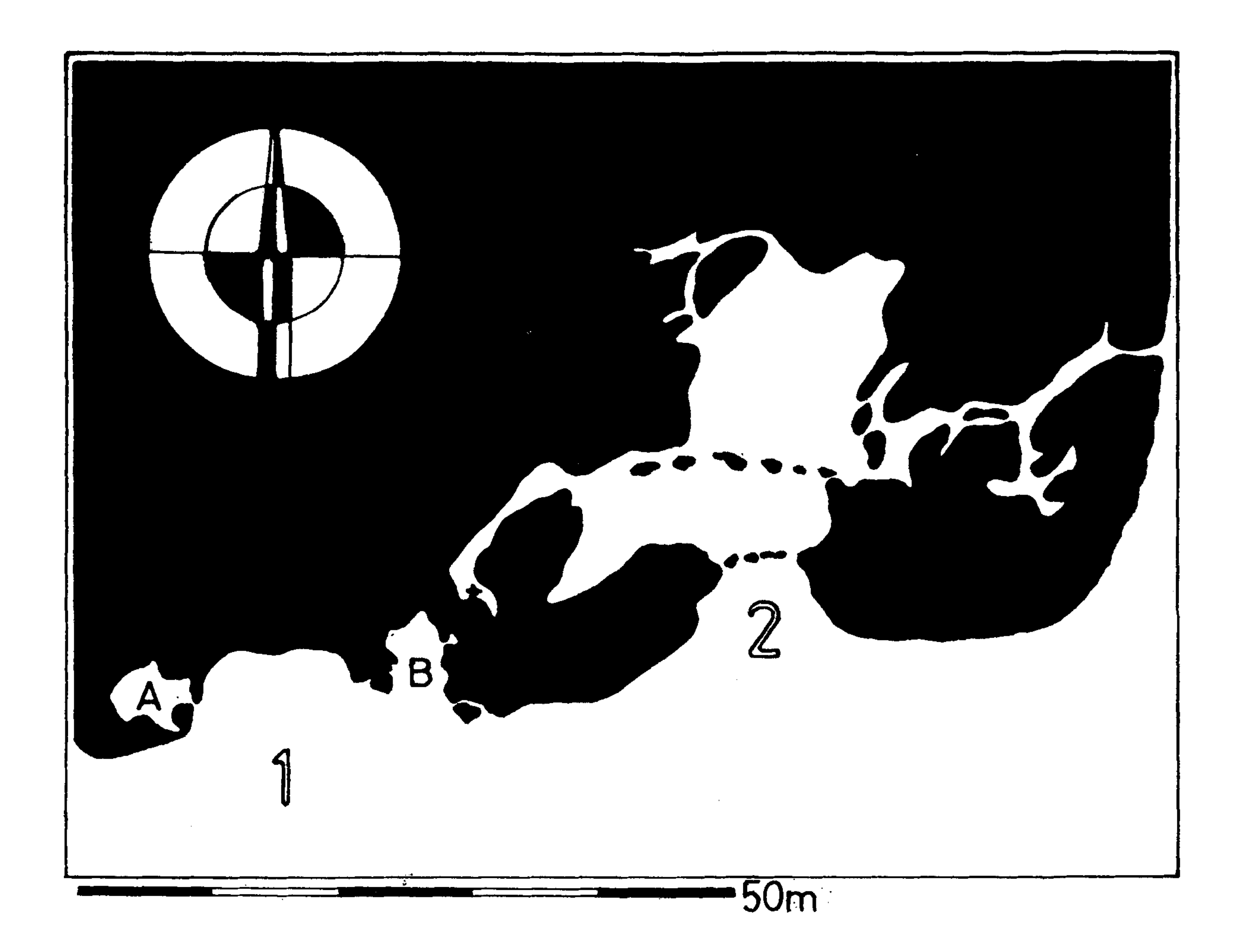


Figura 2. *Planta general del complejo espeleológico de Berroberría, según el Marqués de Loriana (1943): 1, covacho de Berroberría; 2, cueva de Alquerdi. A y B corresponden a los senos laterales de Berroberría. En Alquerdi se indica, con una cruz, la situación del conjunto principal de grabados parietales magdalenienses.*

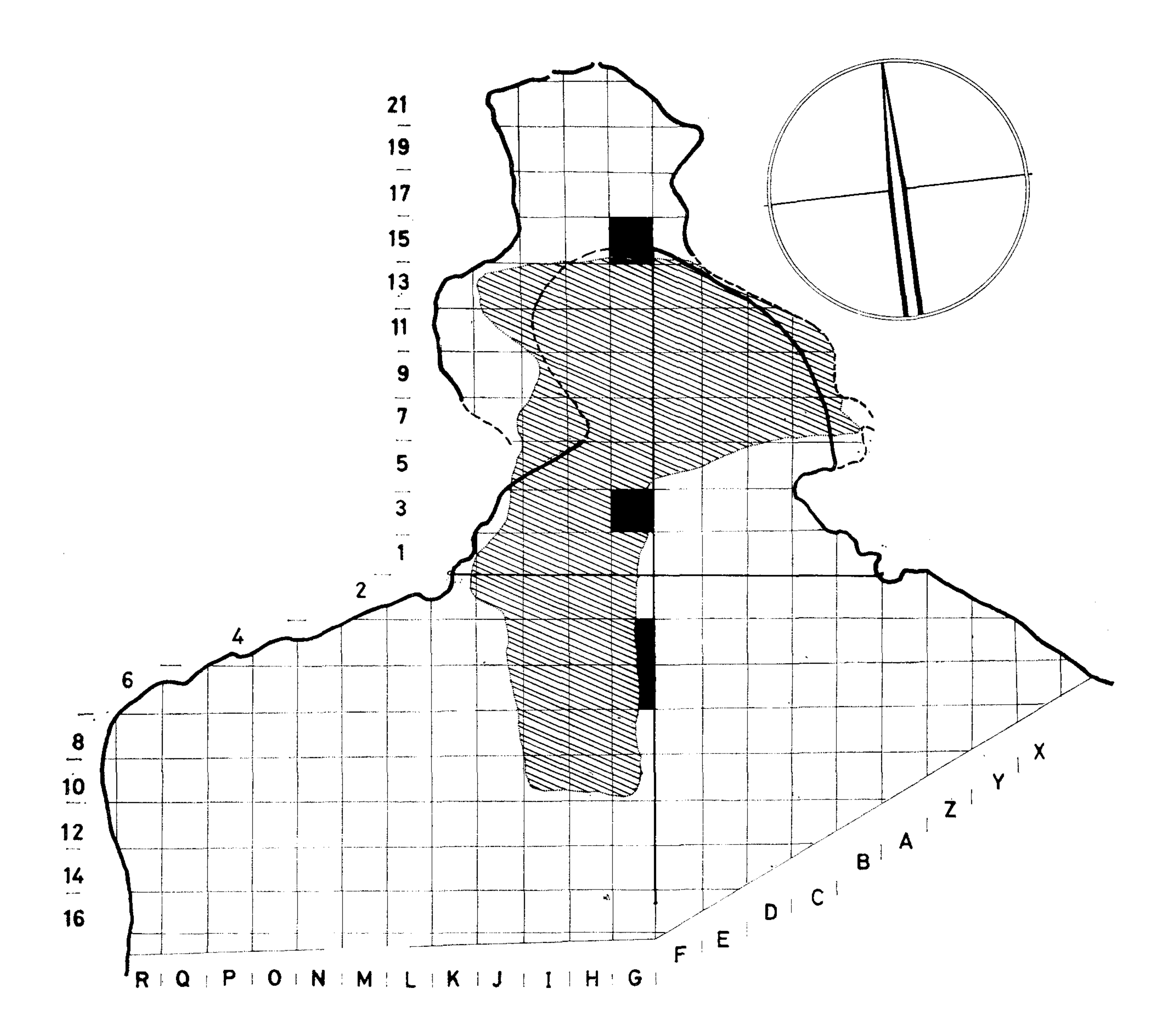


Figura 3. *Planta del covacho de Berroberría, con indicación de la cuadrícula adoptada para su excavación. Se ha señalado, en trazo oblicuo, la zona de amplia zanja resultante de las campañas anteriores de excavación. En negro se indican los tres lugares sondeados en 1977: refresco del corte de 4G y 6G; sondeo de 3G; sondeo de 15G. Los cortes estratigráficos correspondientes a esos sondeos se dibujan en las figuras 4, 5 y 6.*

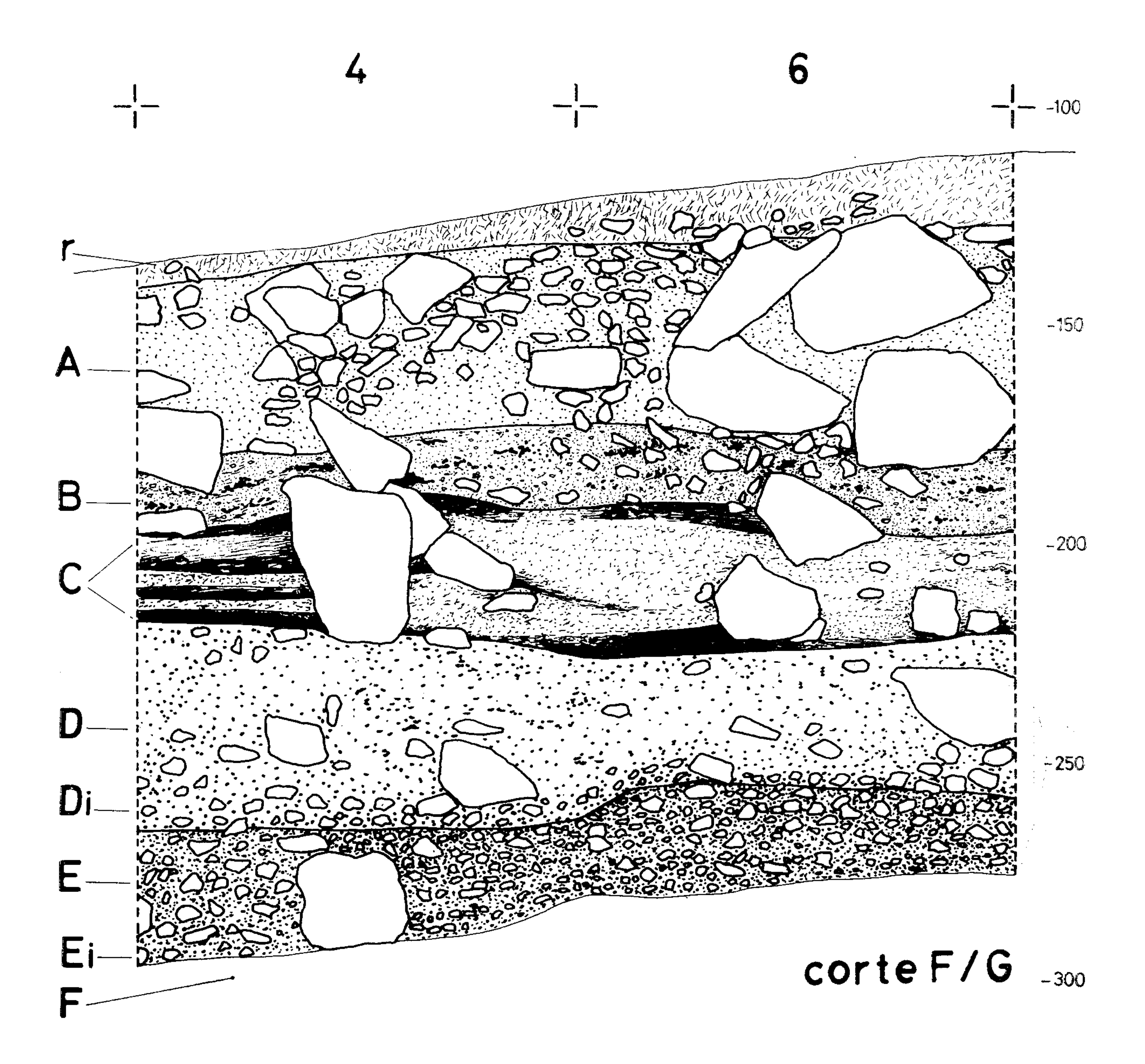


Figura 4. *Corte estratigráfico entre 4G-6G y 4F-6F.*

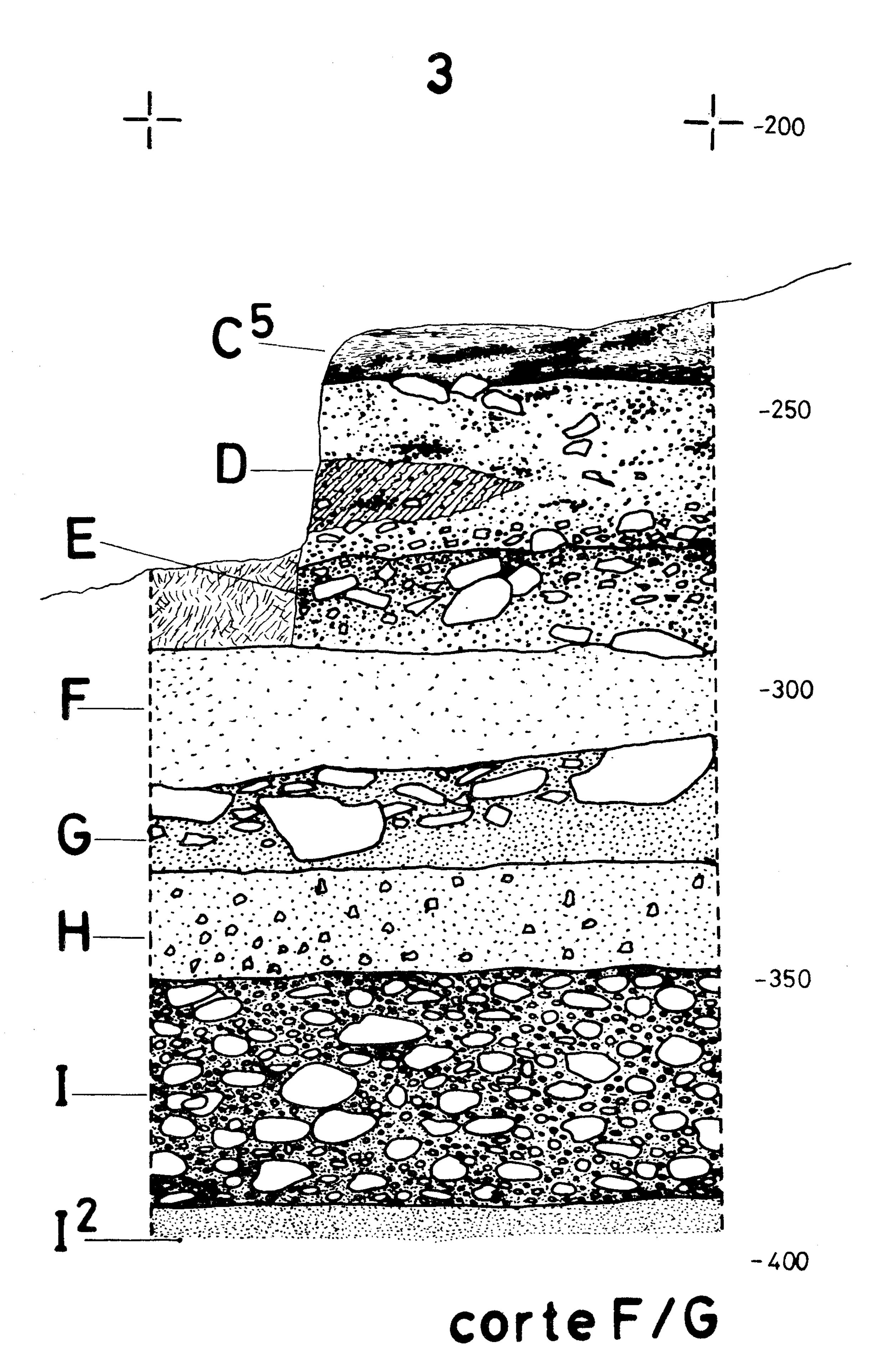


Figura 5. *Corte estratigráfico entre 3G y 3F: el depósito superior al subnivel C5 había sido eliminado antes de 1977.*

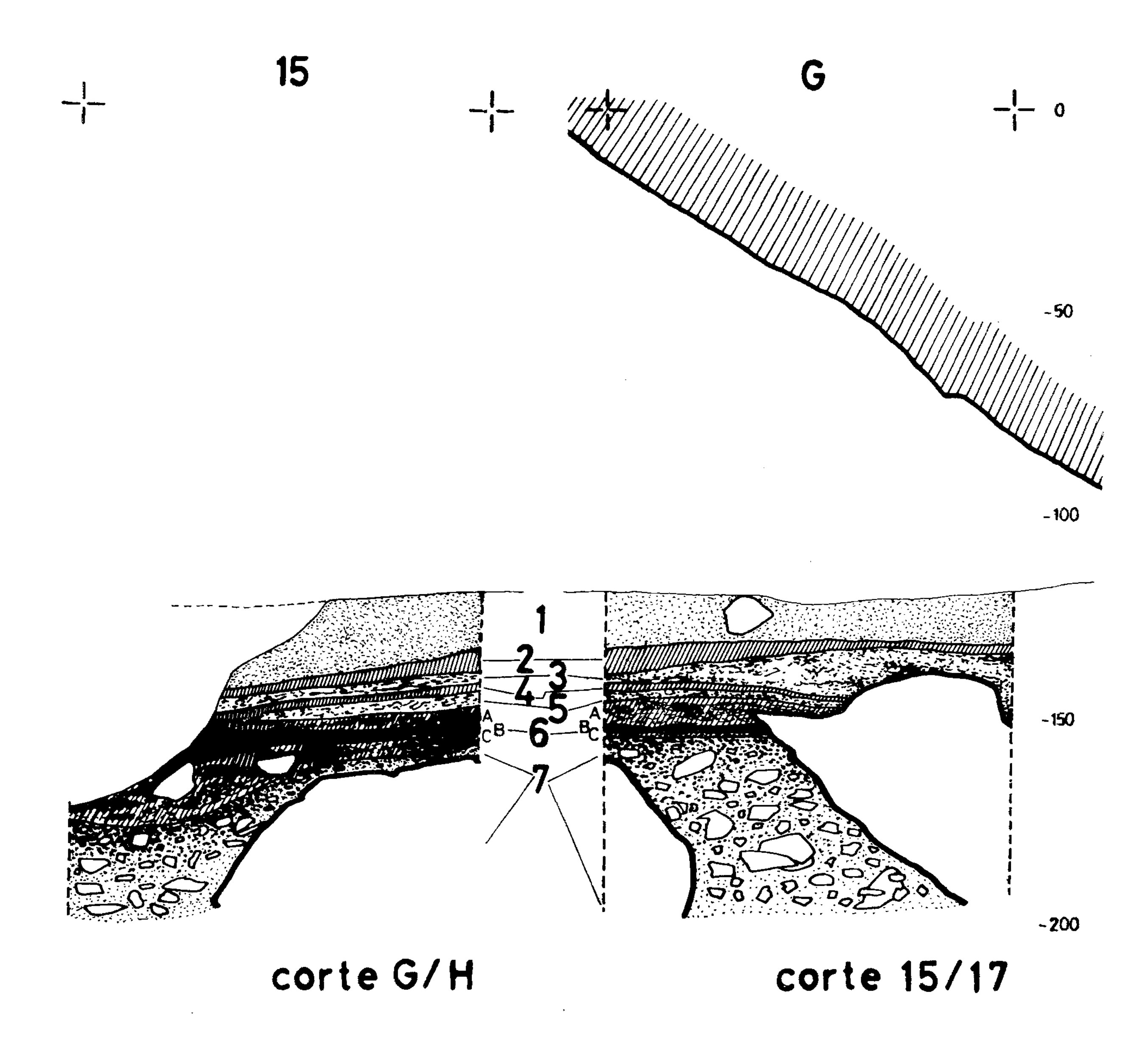


Figura 6. *Cortes estratigráficos del cuadro 15G: a la izquierda, su costado occidental; a la derecha, su costado septentrional.*

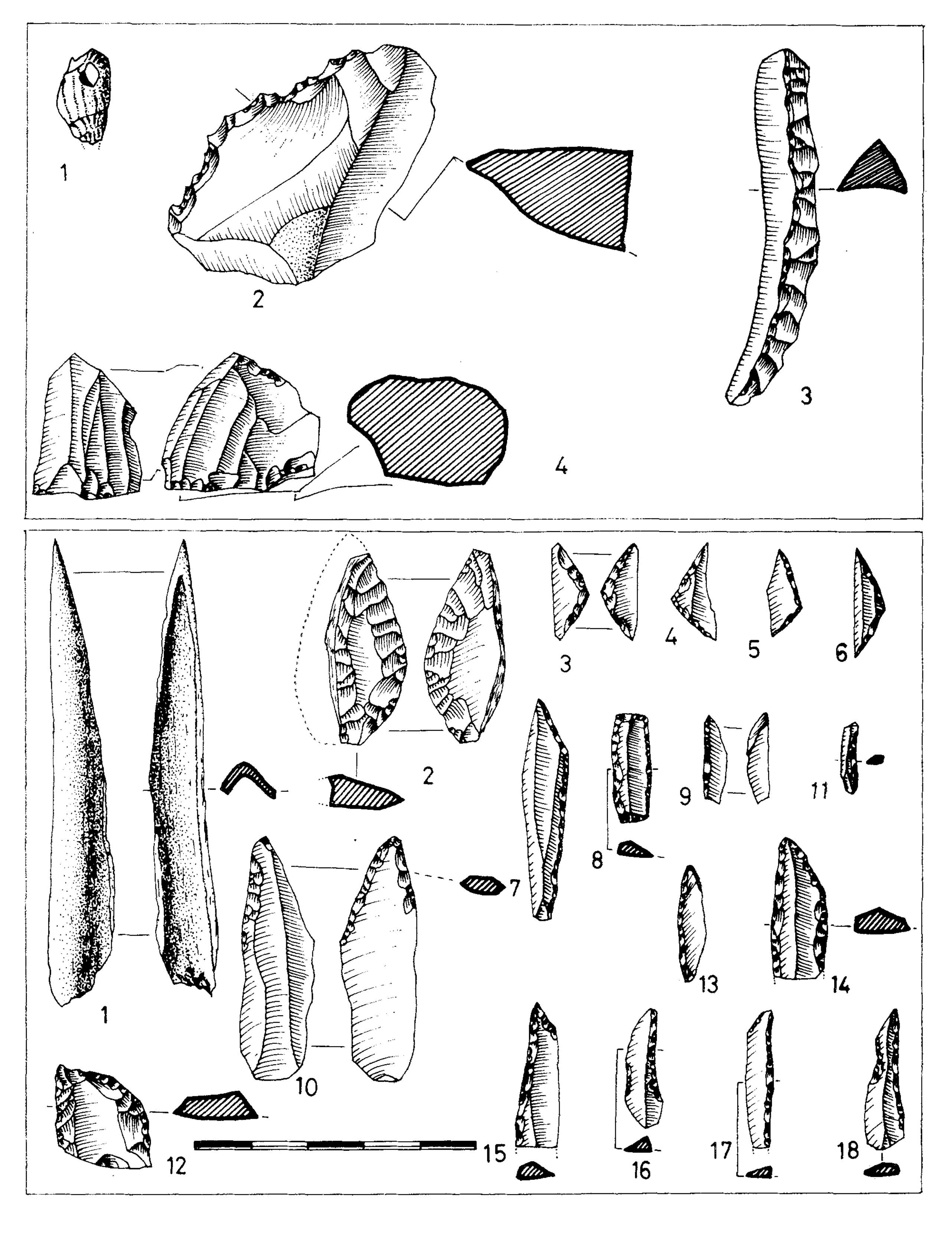


Figura 7. *Materiales de zonas revueltas* (arriba).
Figura 8. *Materiales de zonas revueltas* (abajo).

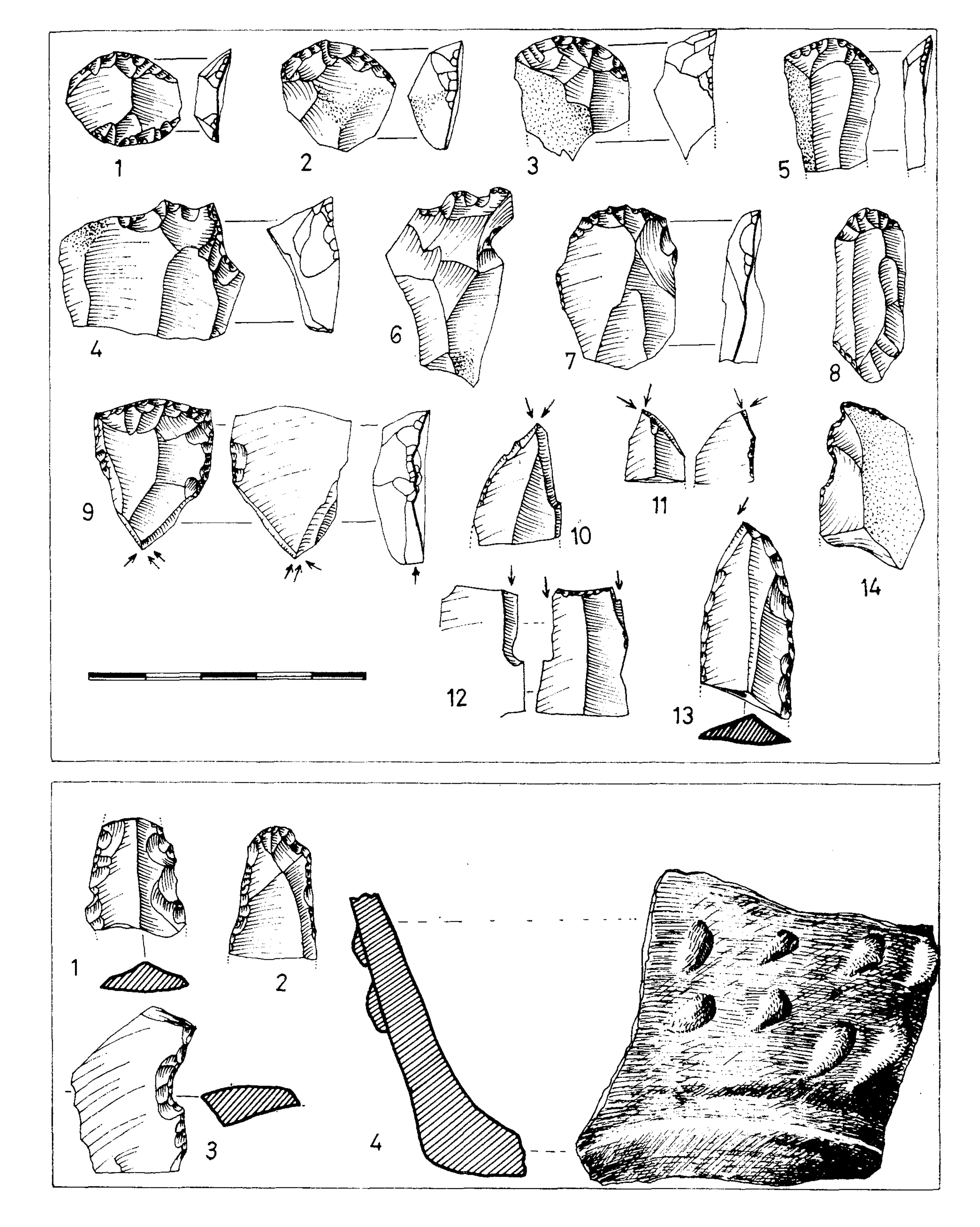


Figura 9. *Materiales de zonas revueltas* (arriba).
Figura 10. *Materiales del nivel A* (abajo).

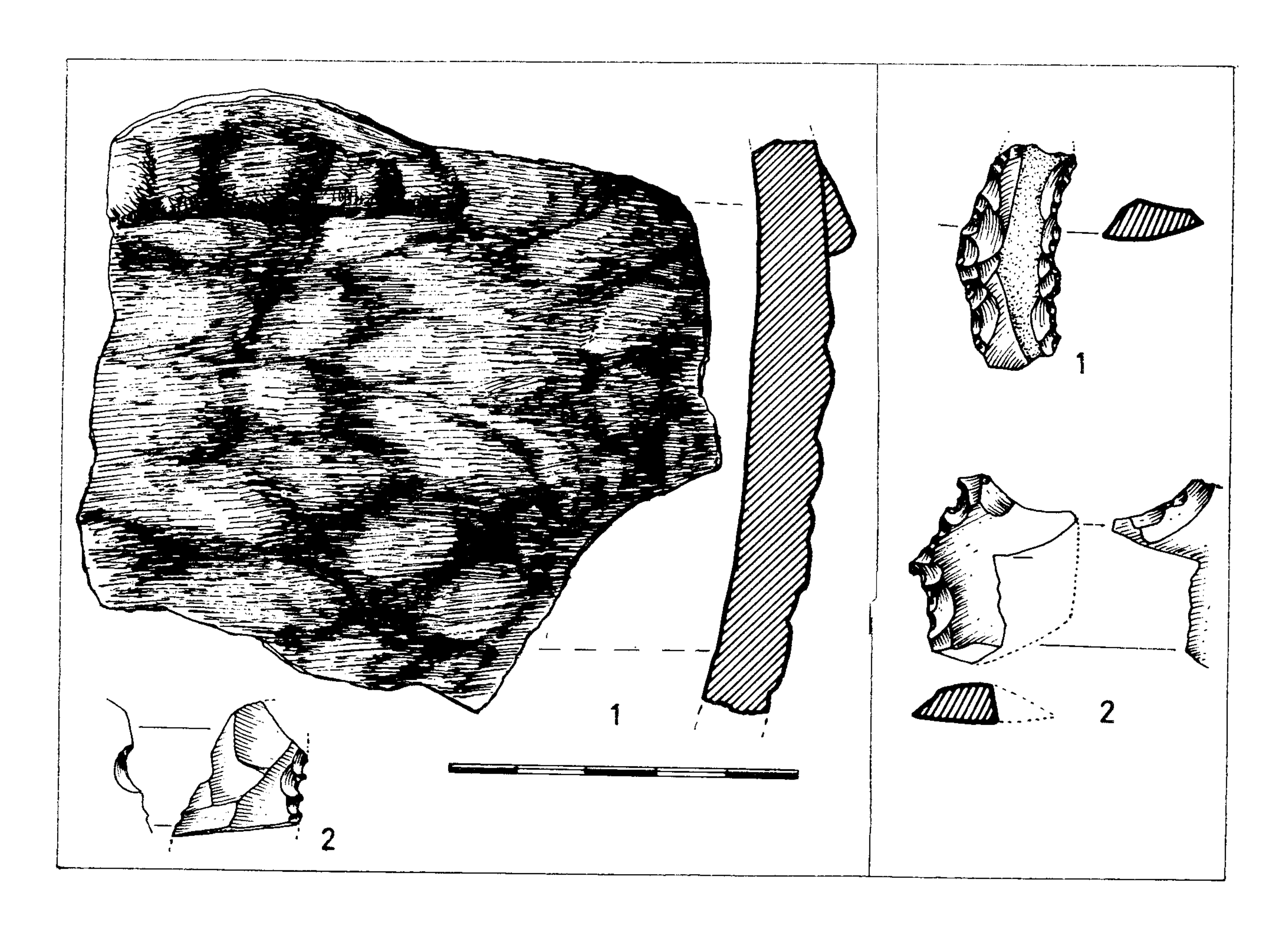


Figura 11. *Materiales del nivel B* (izquierda).
Figura 12. *Materiales del subnivel C1* (derecha).

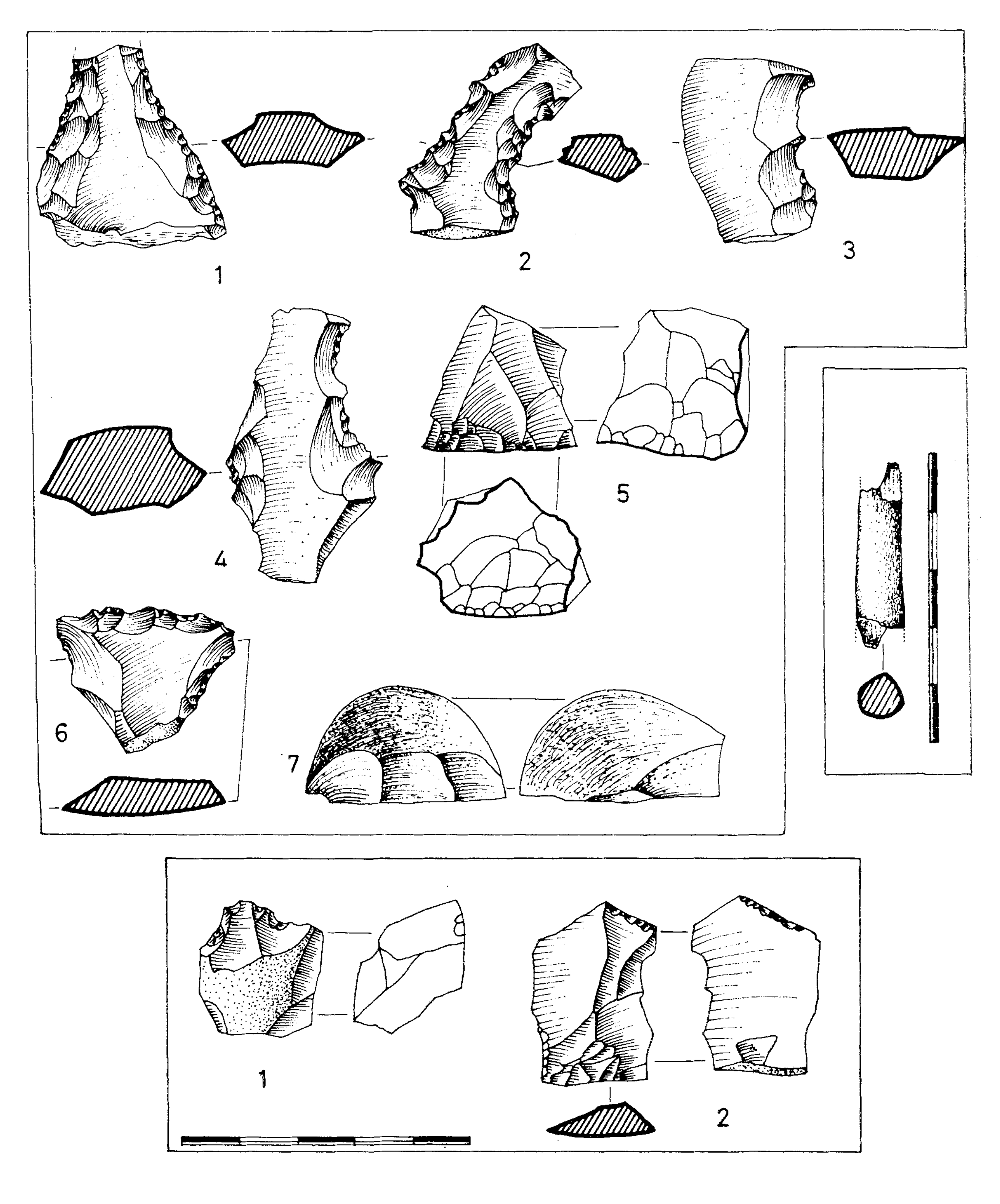


Figura 13. *Materiales del subnivel C2* (arriba).
Figura 14. *Fragmento de azagaya del paso del subnivel C2 al subnivel C3* (centro).
Figura 15. *Paso del subnivel C3 al C4(2), y subnivel C5(1)* (abajo).

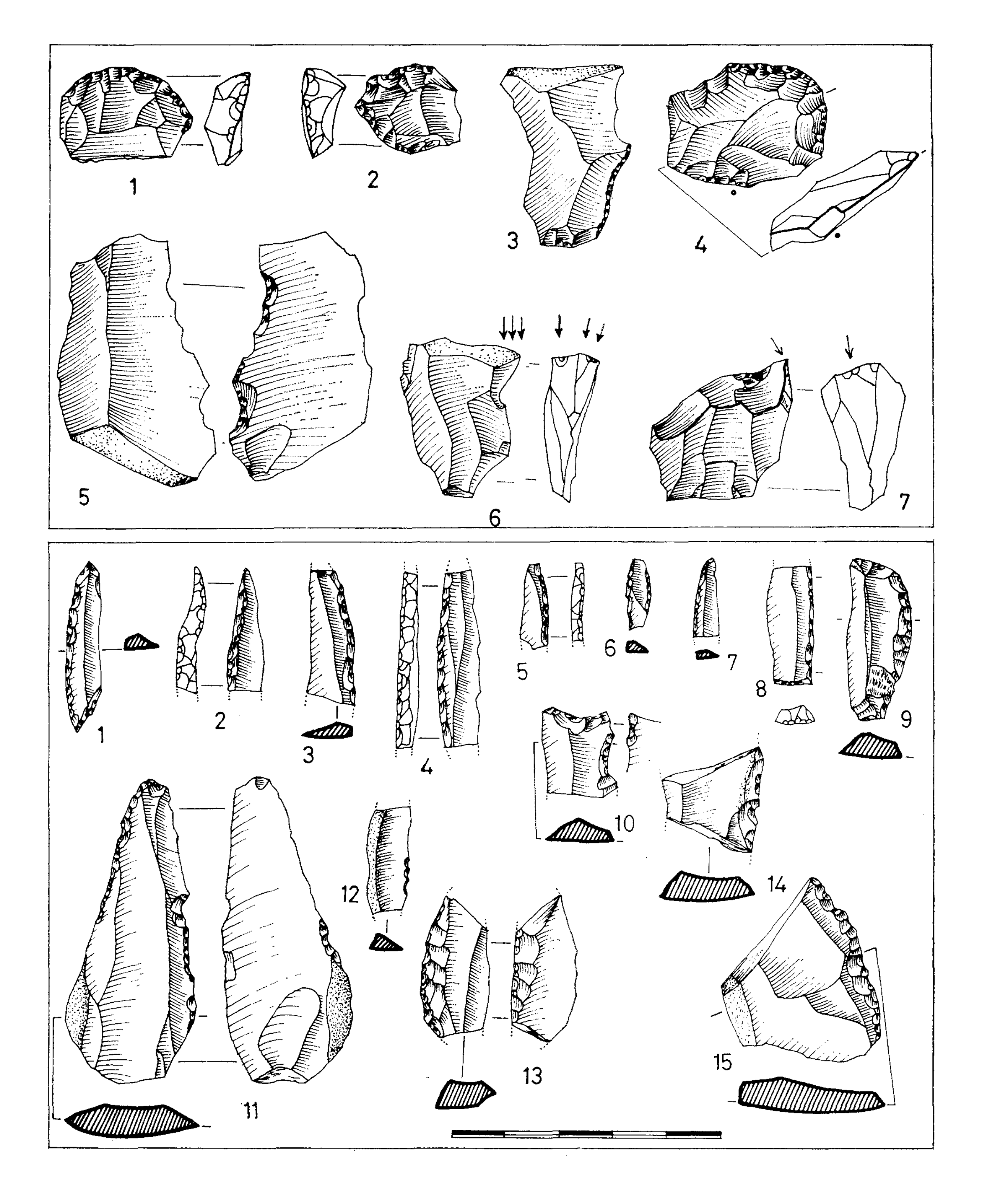


Figura 16. *Materiales del subnivel D* (arriba).
Figura 17. *Materiales del subnivel D* (abajo).

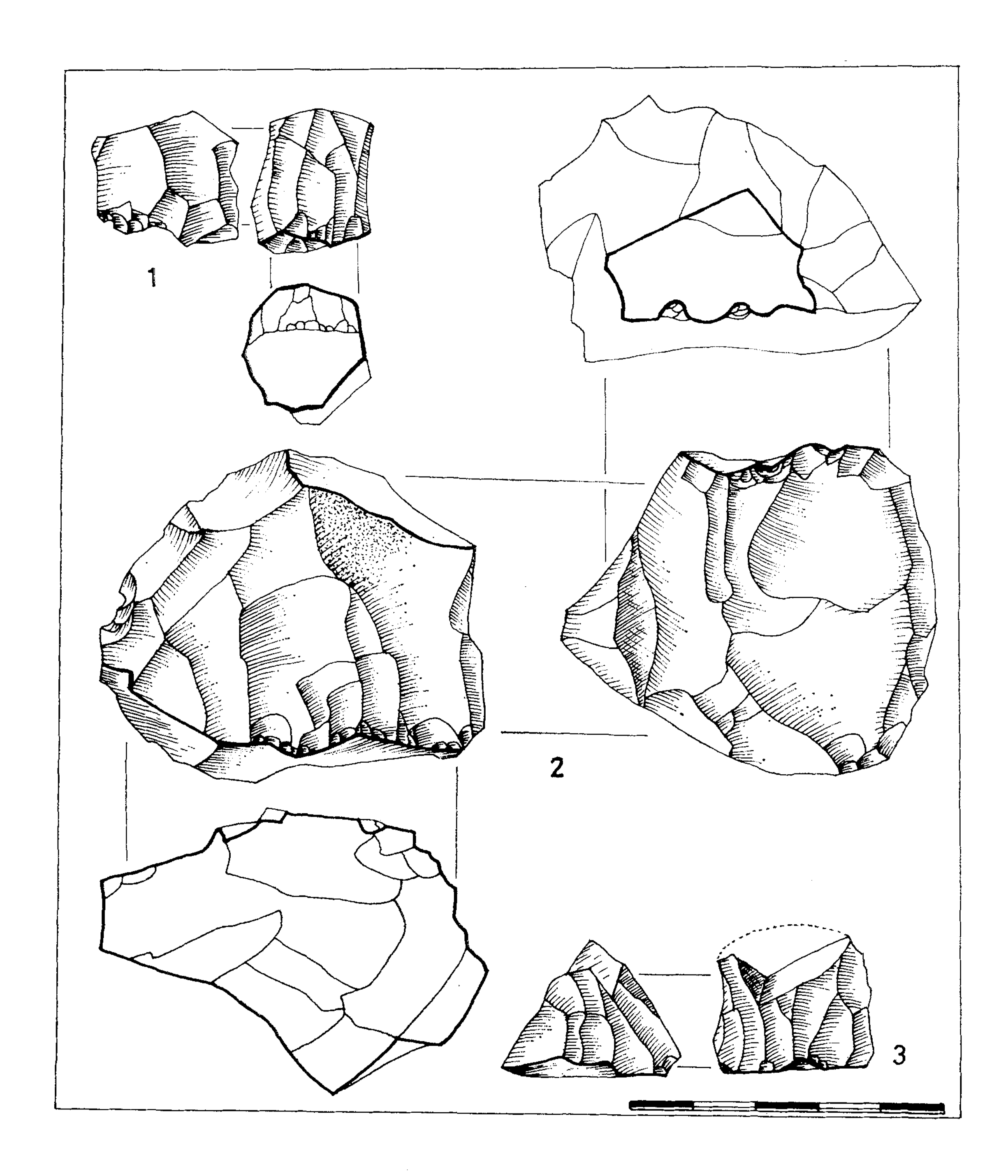


Figura 18. *Materiales del subnivel D.*

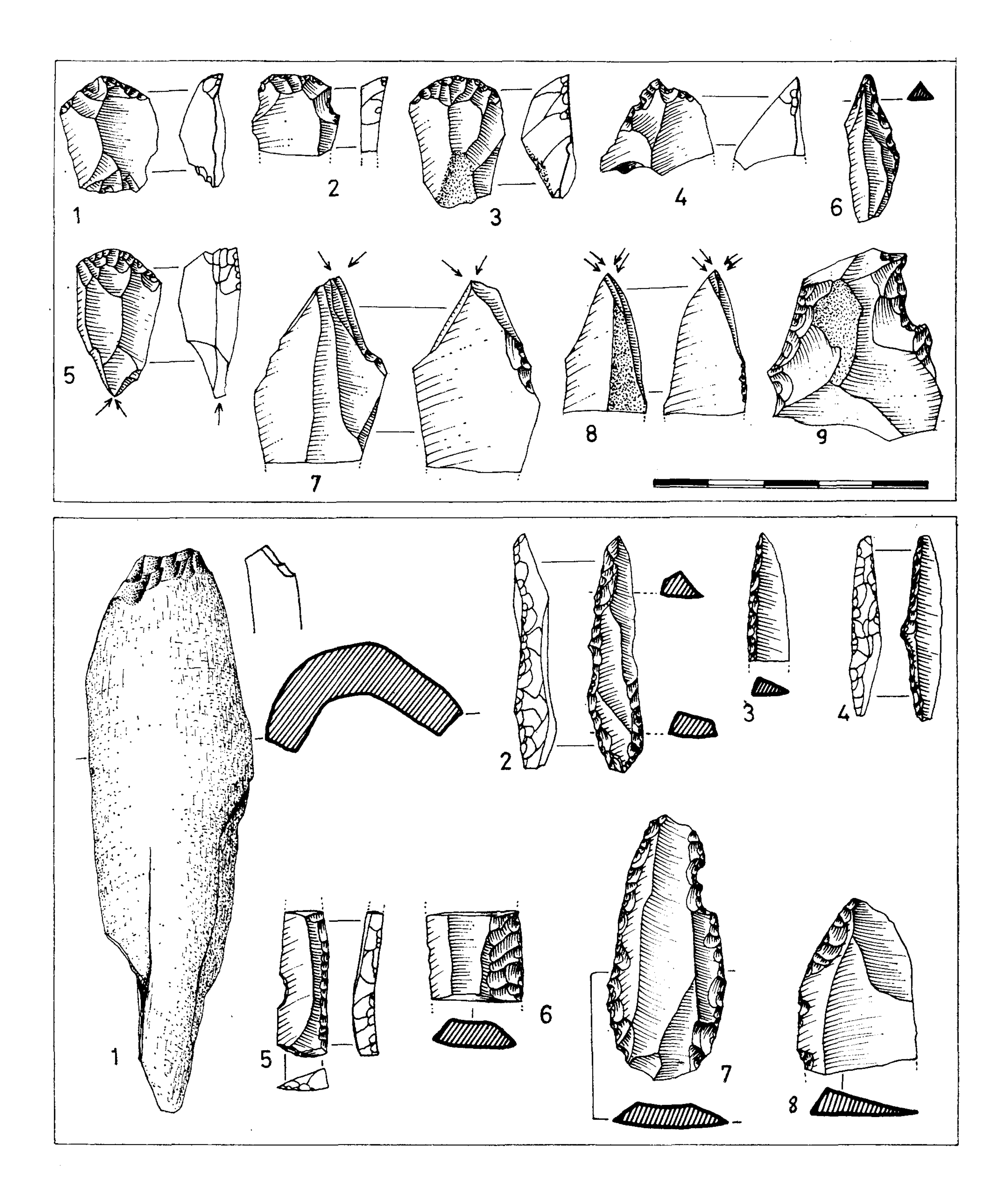


Figura 19. *Materiales del subnivel D inferior* (arriba).
Figura 20. *Materiales del subnivel D inferior* (abajo).

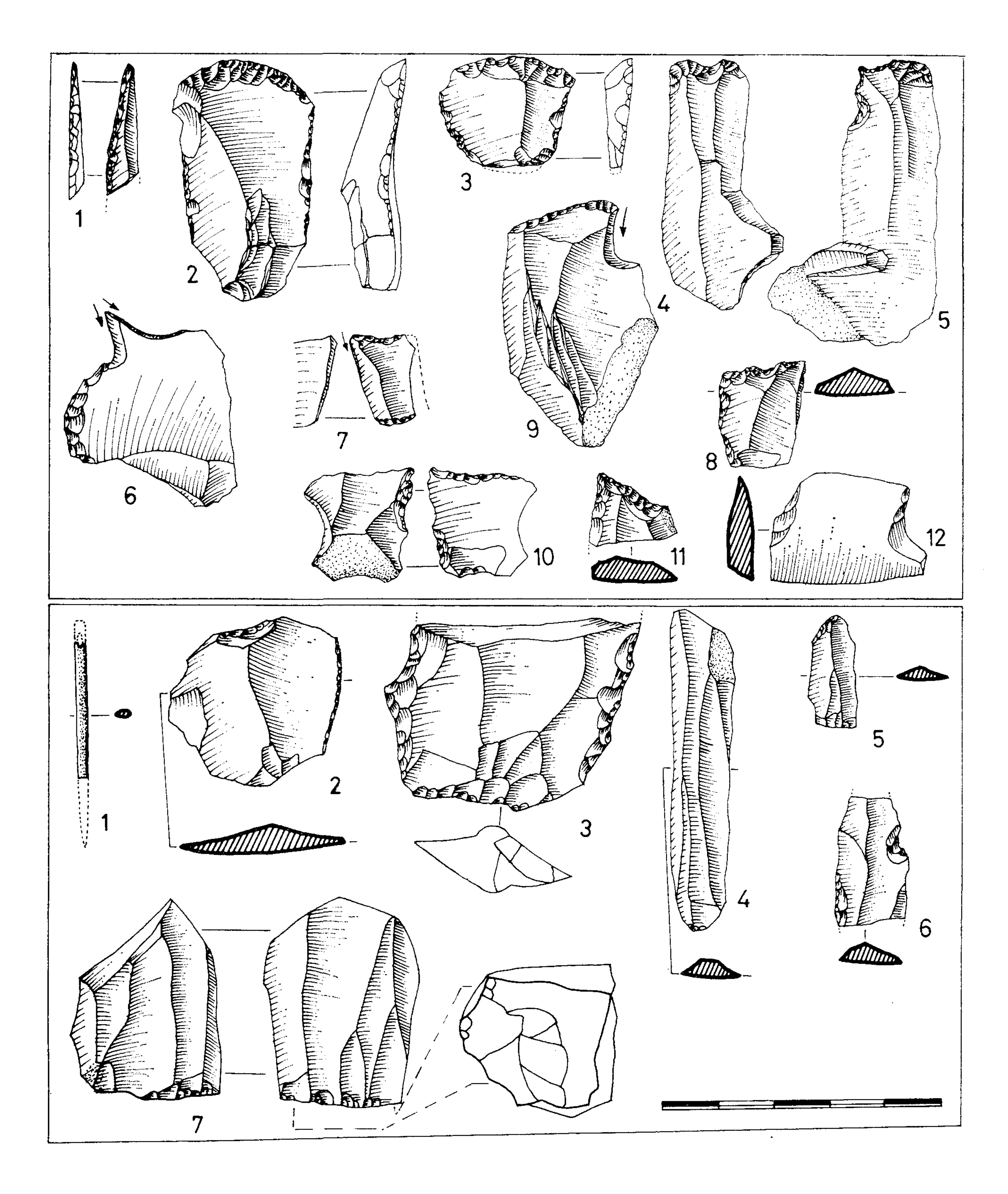


Figura 21. *Materiales del subnivel E* (arriba).
Figura 22. *Materiales del subnivel E* (abajo).

1

2

3

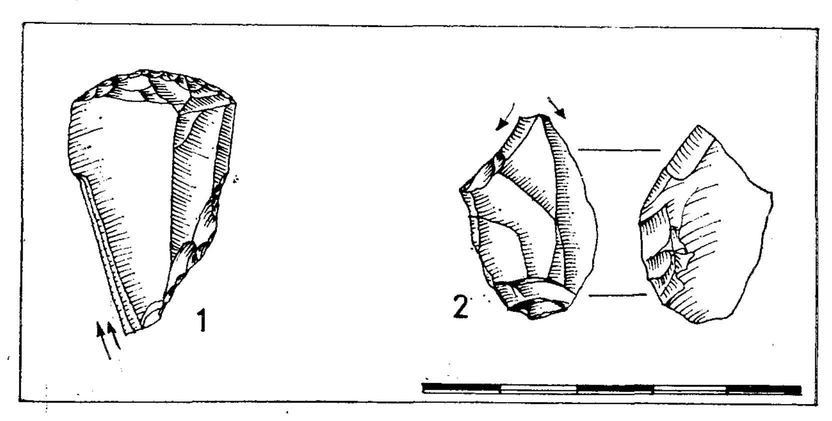


Figura 23. *Materiales del subnivel E* (arriba).
Figura 24. *Materiales del subnivel E inferior* (abajo).

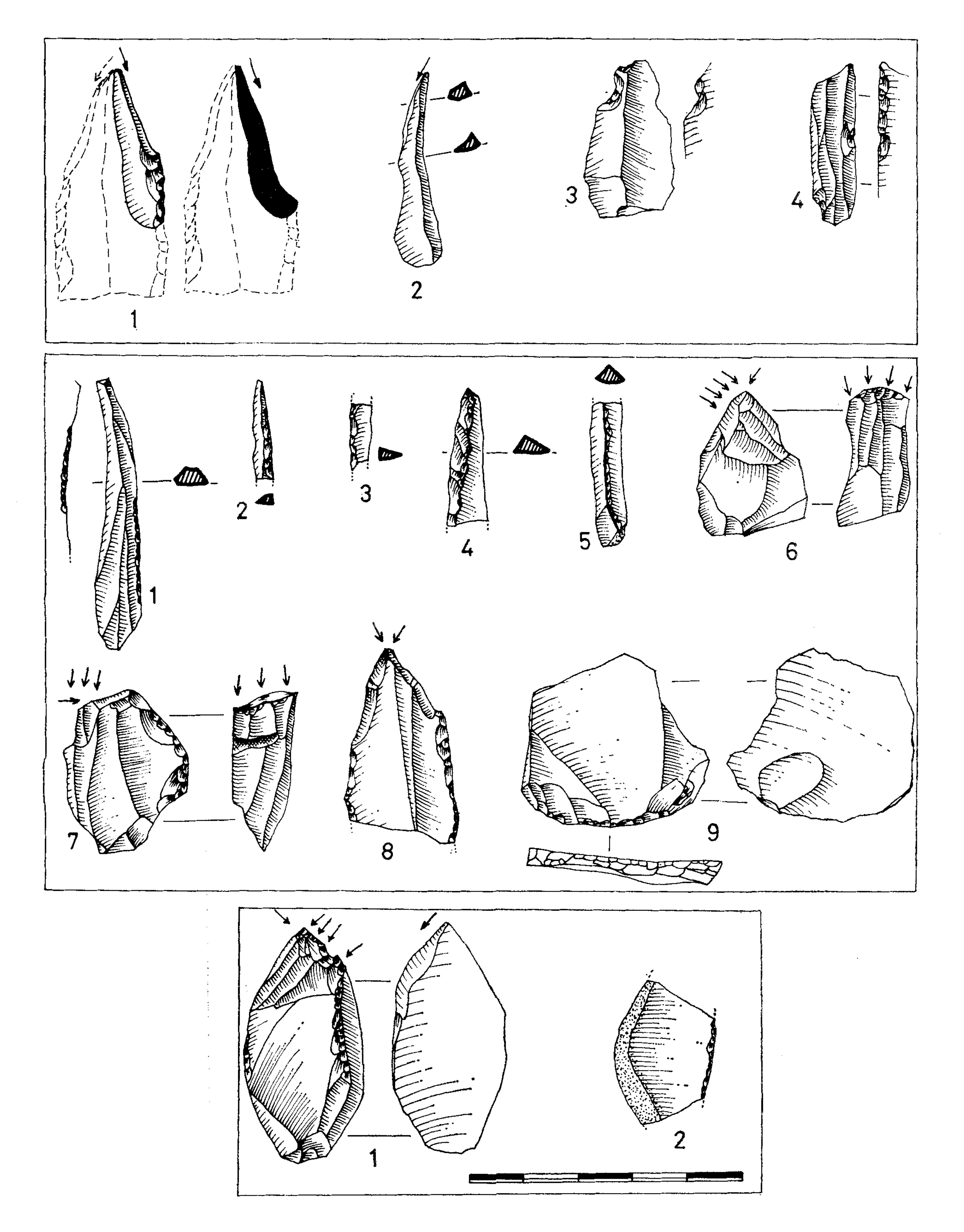


Figura 25. *Materiales del nivel F(1) y del paso del F al G(2,3,4)* (arriba).
Figura 26. *Materiales del nivel G* (centro).
Figura 27. *Materiales del nivel H* (abajo).

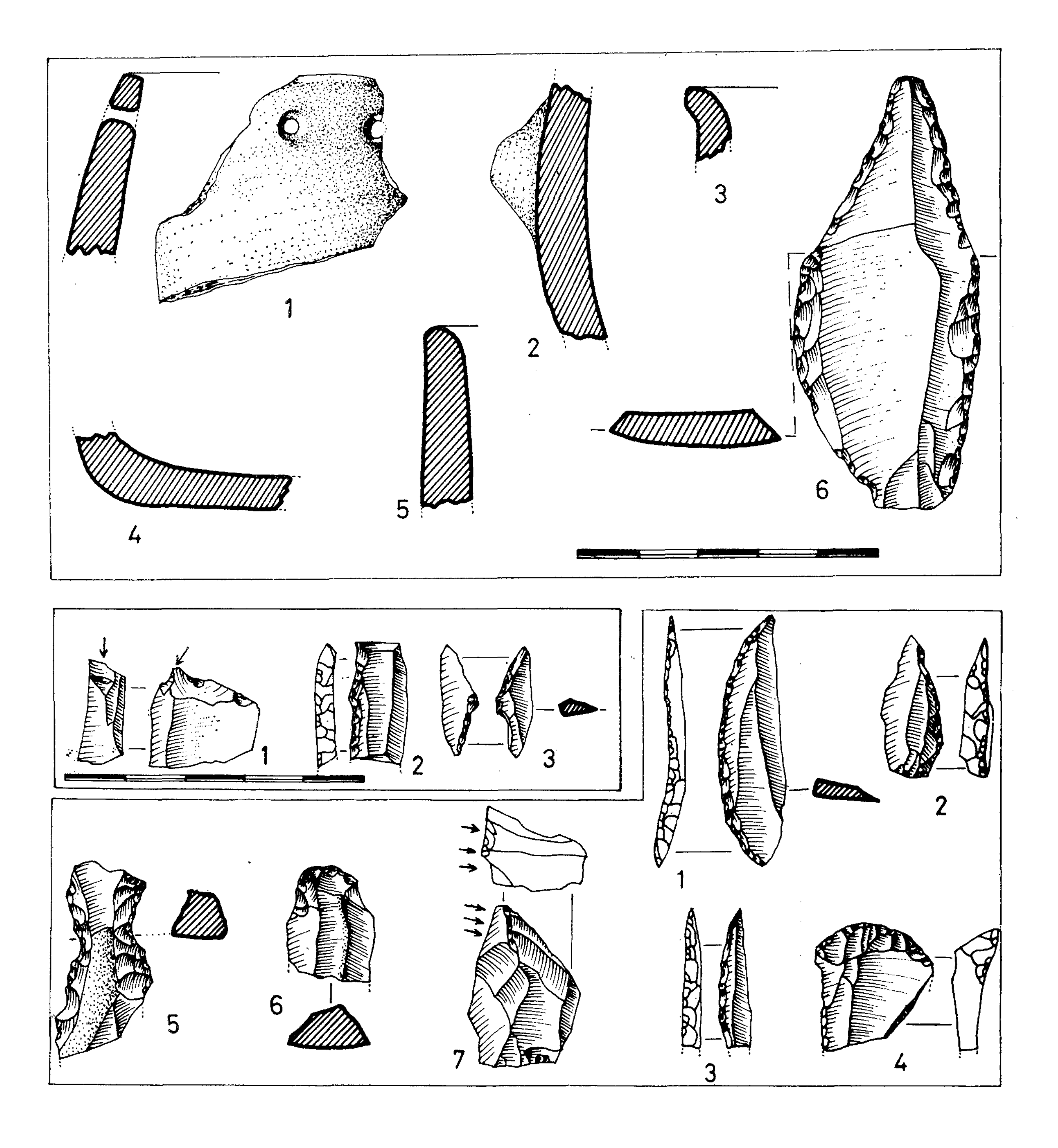
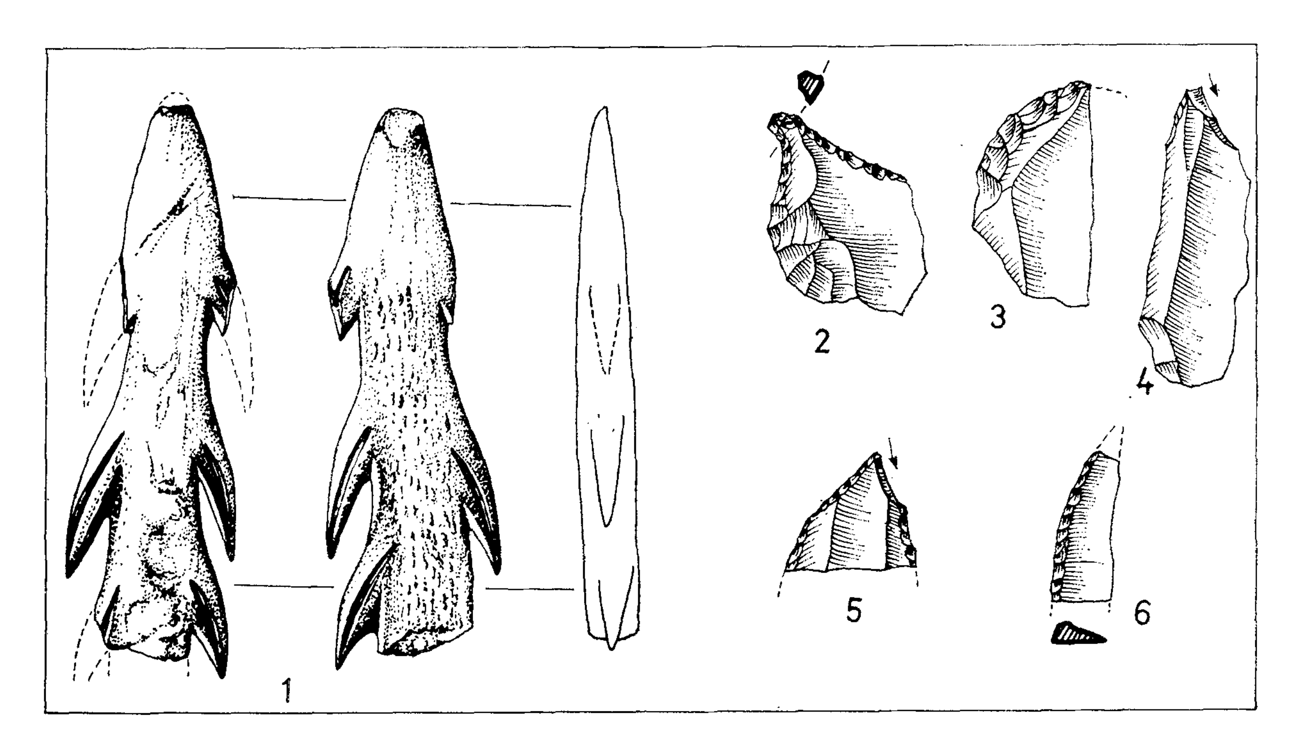


Figura 28. *Materiales del nivel 1.* (arriba).
Figura 29. *Materiales del subnivel 6A* (centro).
Figura 30. *Materiales del subnivel 6B* (abajo).



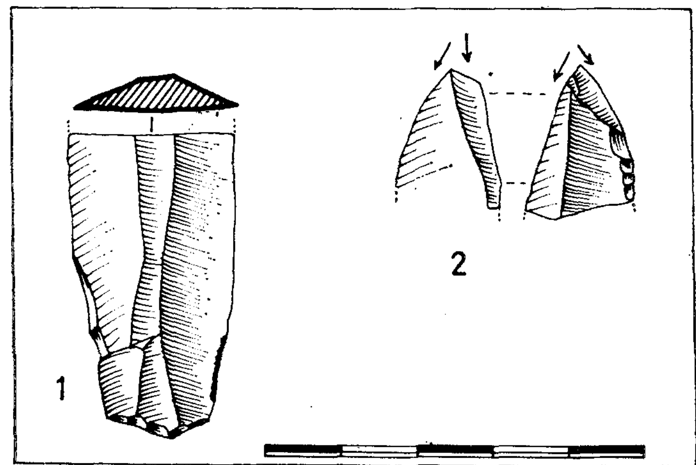


Figura 31. *Materiales del subnivel 6C* (arriba).
Figura 32. *Materiales del nivel 7.* (abajo).

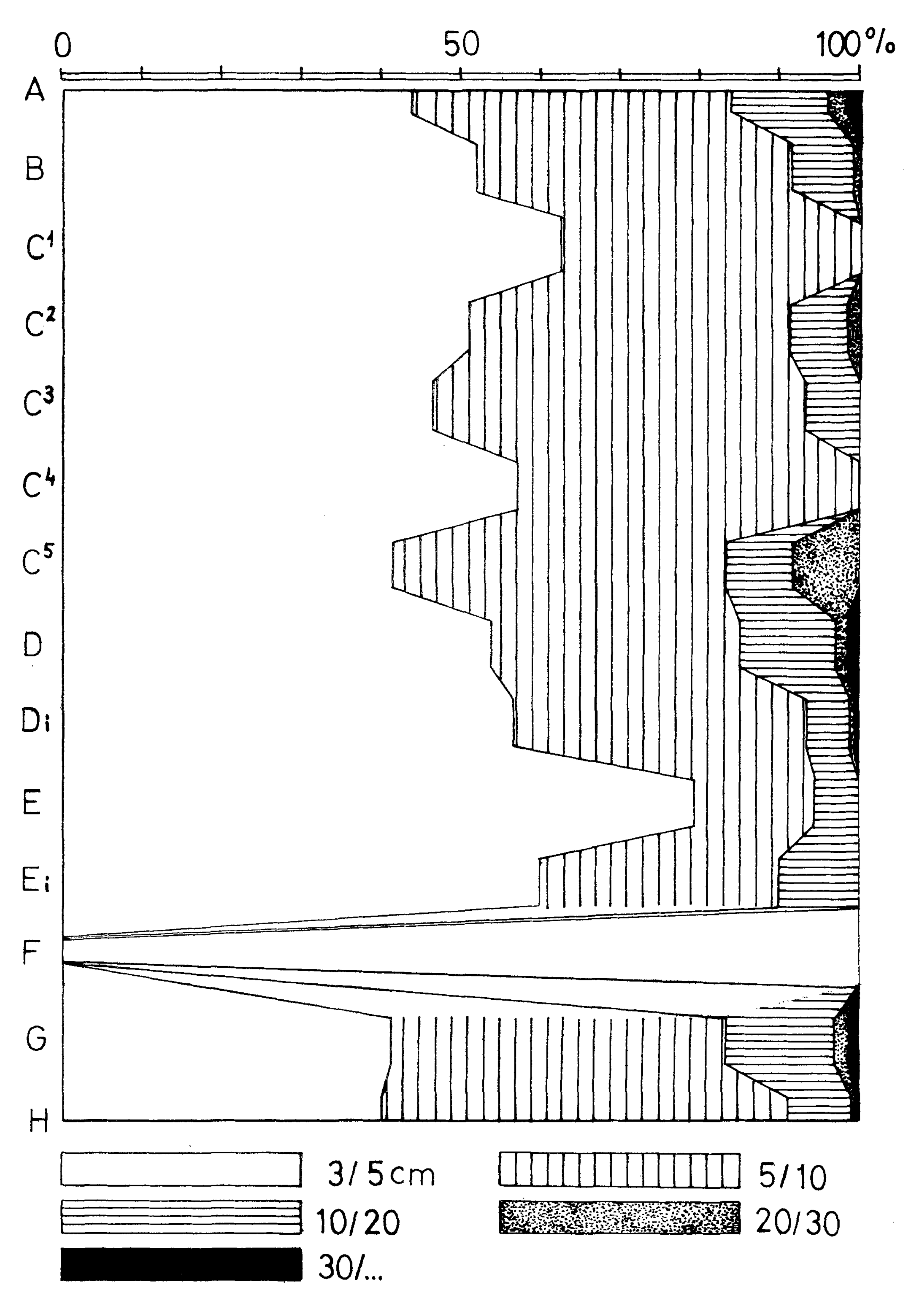


Figura 33. *Gráfica porcentual de repartición de la fracción mayor de 3 centímetros (gelifractos calizos) en la secuencia estratigráfica de los cuadros 3G, 4G y 6G.*

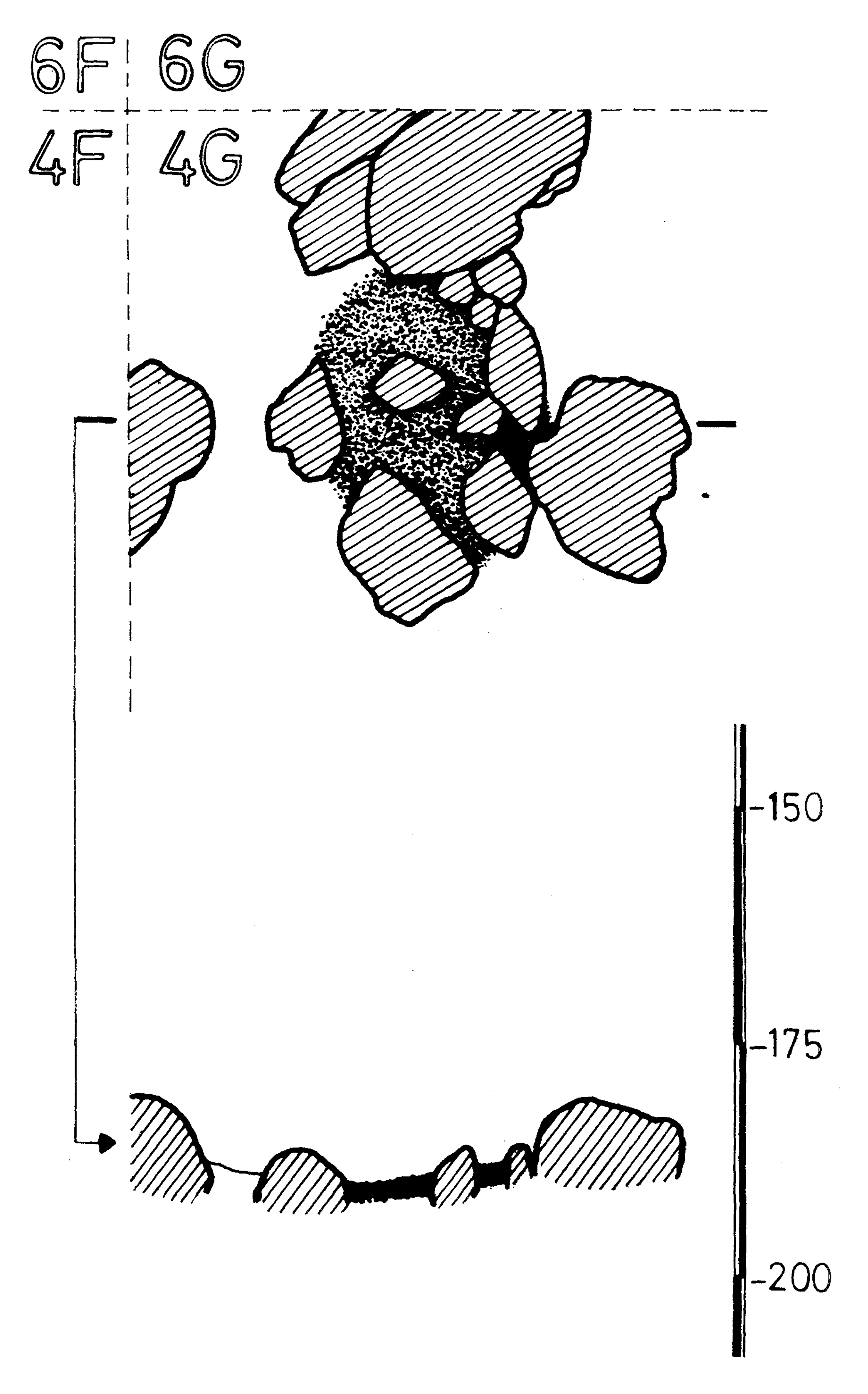


Figura 34. *Hogar en la parte inferior del nivel B (entre —185 y —190) en el cuadro 4G. Arriba, planta; abajo, alzado.*

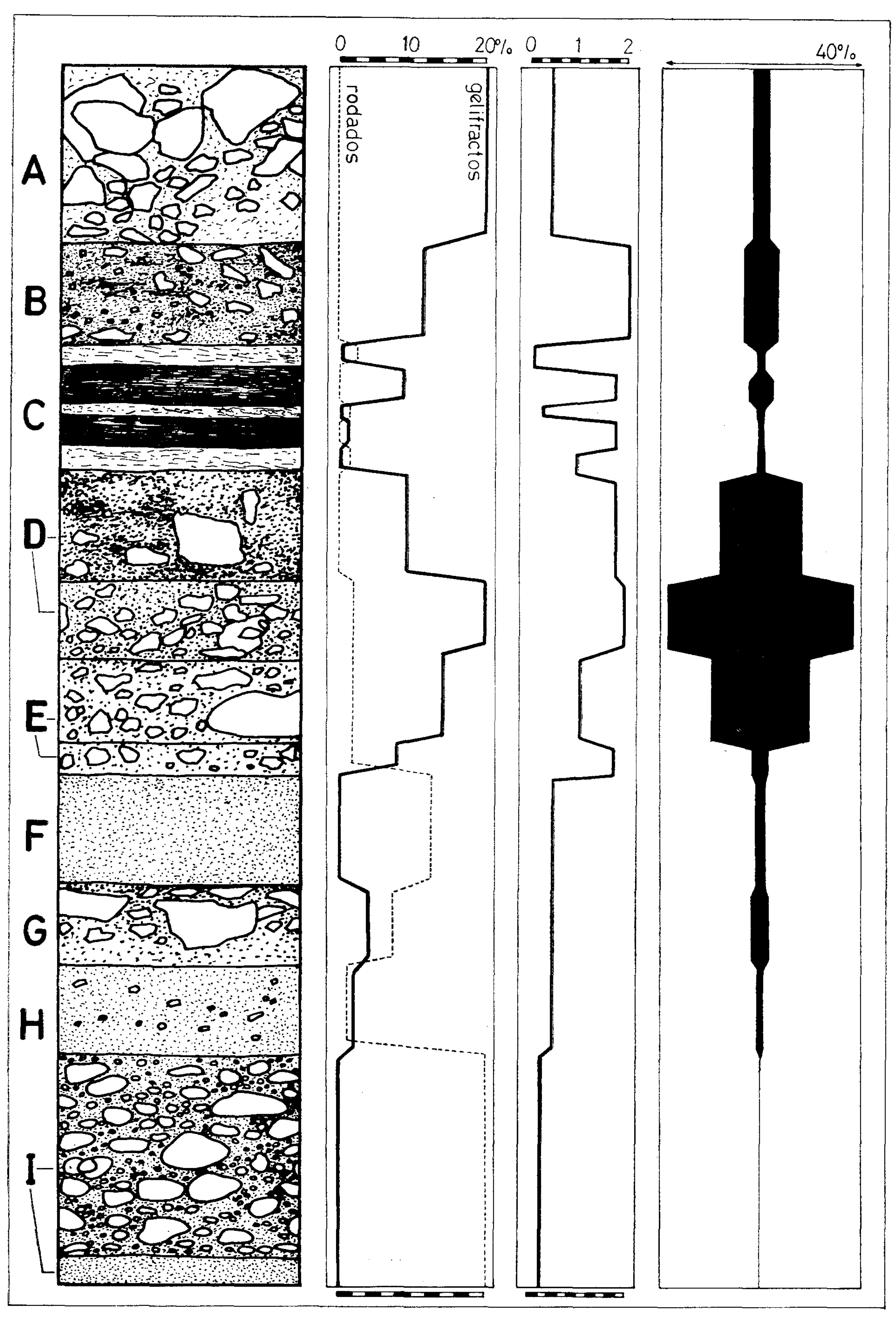


Figura 35. *Cuadro sintético de la secuencia de niveles de Berroberría (3G, 4G, 6G): la banda estratigráfica de la izquierda representa una columna real de 50 centímetros de anchura por 250 cms. de potencia en espesor.*
En la segunda columna se expresan los porcentajes de la fracción mayor: gelifractos (calizos de aristas vivas) o rodados (fundamentalmente areniscas, con algunas pizarras).
En la tercera columna (en gradación de 0 a 2 puntos) se expresa el grado de plasticidad o cohesión de la fracción menor; 0, no plásticas o sueltas; 2, muy plásticas. En cierto sentido su carácter «arenoso» (0) o «arcilloso» (2).
En la cuarta columna se expresa el aspecto porcentual de las evidencias osteológicas (huesos completos o simples esquirlas) en cada nivel. Se contabilizaron 5.552 restos. Esta columna —aceptada la premisa que a mayor intensidad de ocupación humana en Berroberría correspondería una cantidad mayor de restos osteológicos, de cocina— reflejaría, en cierto modo, la «riqueza» o la «esterilidad» arqueológicas de cada uno de los niveles.

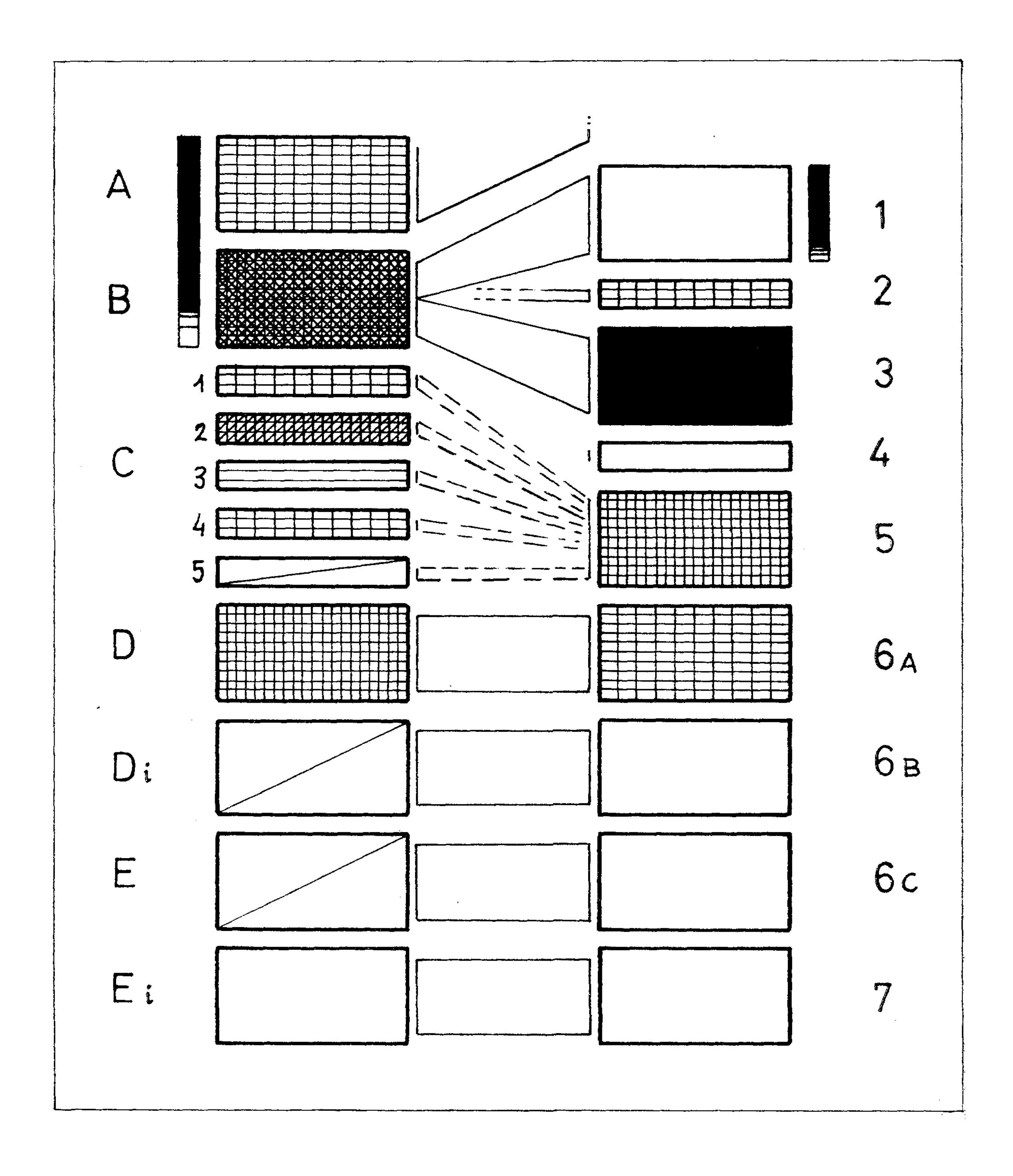


Figura 36. *Intento de comparación de las estratigrafías de la parte central del covacho (columna de la izquierda, niveles A a E inferior, de los cuadros 3G, 4G y 6G) y del fondo (columna de la derecha, niveles 1 a 7, del cuadro 15G). La cerámica sólo se encuentra en A, B y 1. La presencia del* Helix nemoralis *se expresa en las tramas del relleno de los rectángulos correspondientes a cada nivel (la proporción del* Helix *en cada uno se consigna por la mayor o menor tupidez de dicha trama). La aproximación más segura es la de los niveles D a E inferior con, respectivamente, los 6A a 7.*

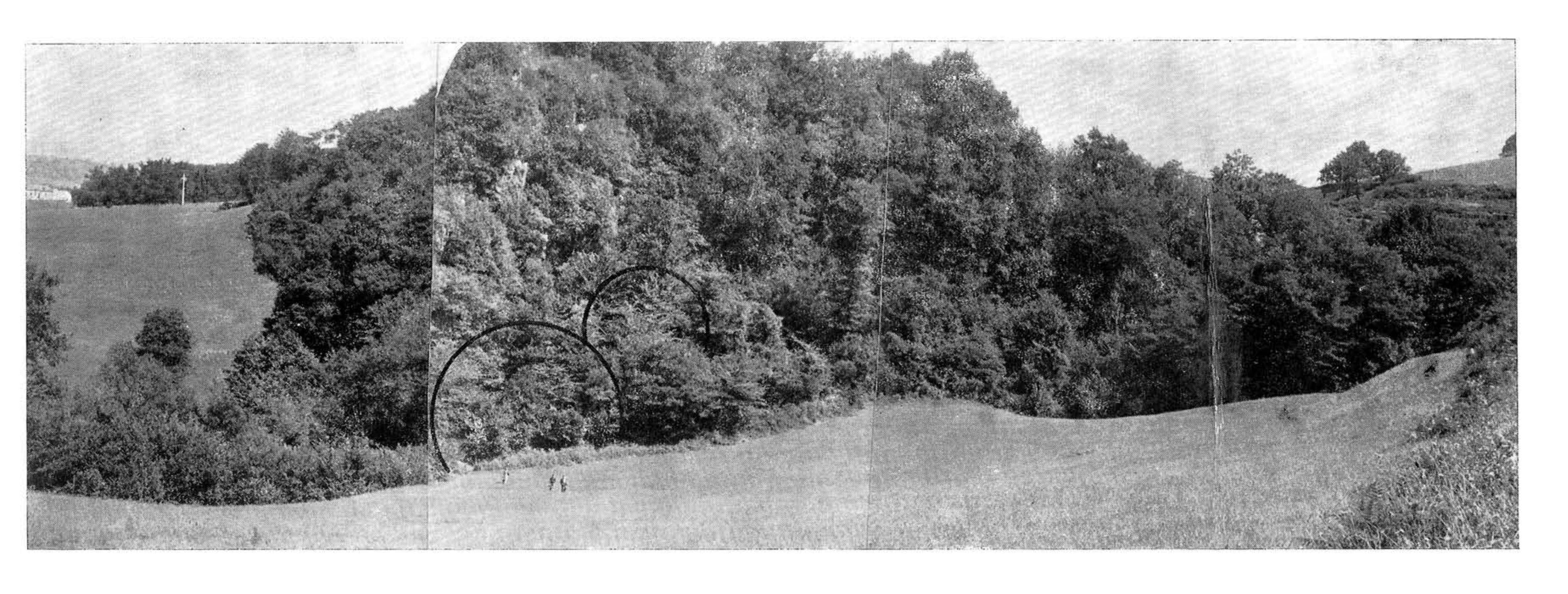
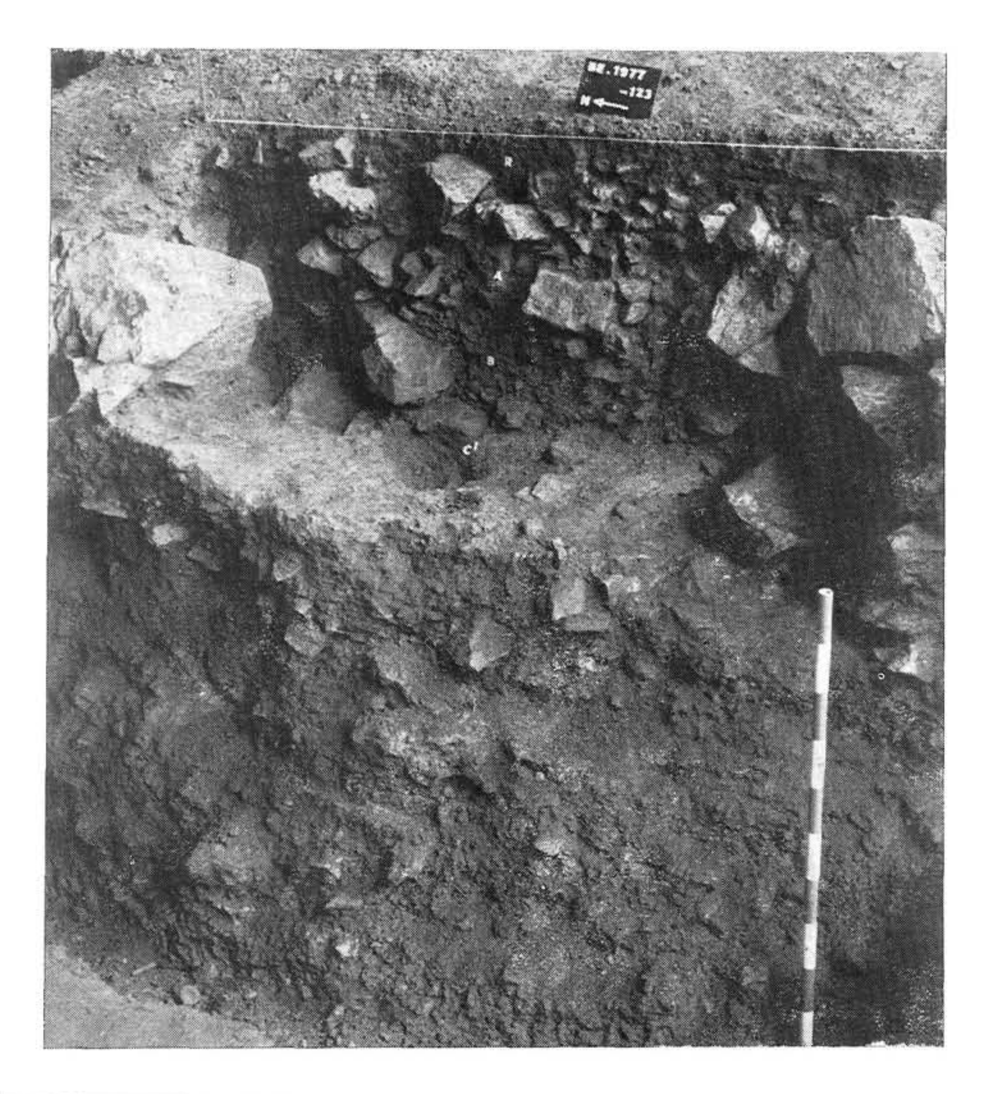


Lámina 1. *Emplazamiento de Berroberría-Alquerdi. La fotografía está tomada desde el Sur, en el camino que viene del caserío «Berroberría» y va hacia las canteras de Celaieta.*
En la parte inferior de la gran masa de arbolado (que oculta el macizo espeleológico de Berroberría) se han señalado las embocaduras de las dos cavidades interesadas. En la zona umbrosa del lado derecho se sume el arroyo que pudo formar esta red cárstica. En el ángulo superior derecho se encuentra la cantera del Celaieta.



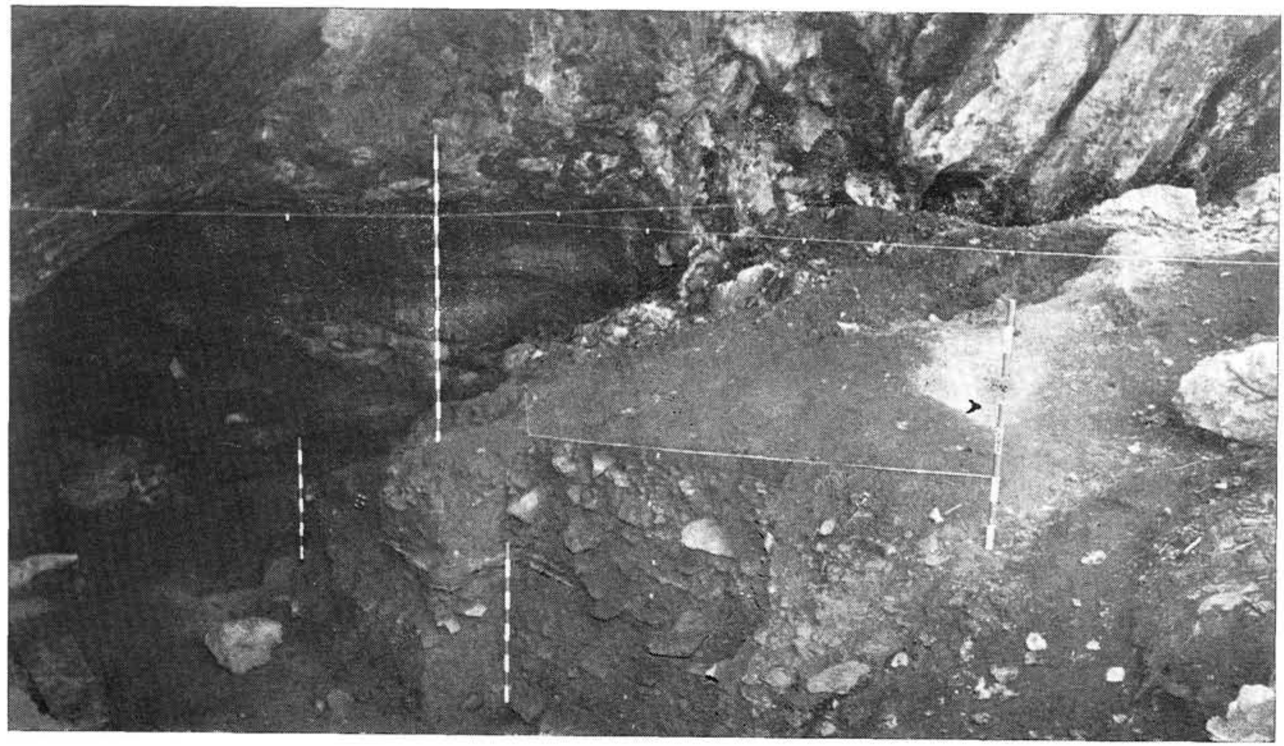


Lámina 2. *El yacimiento de Berroberría.* Arriba, *comienzo de refrescado del corte en 4G y 6G, ya limpiados los dos primeros niveles, A y B.* Abajo, *conjunto de la zona central del covacho.*

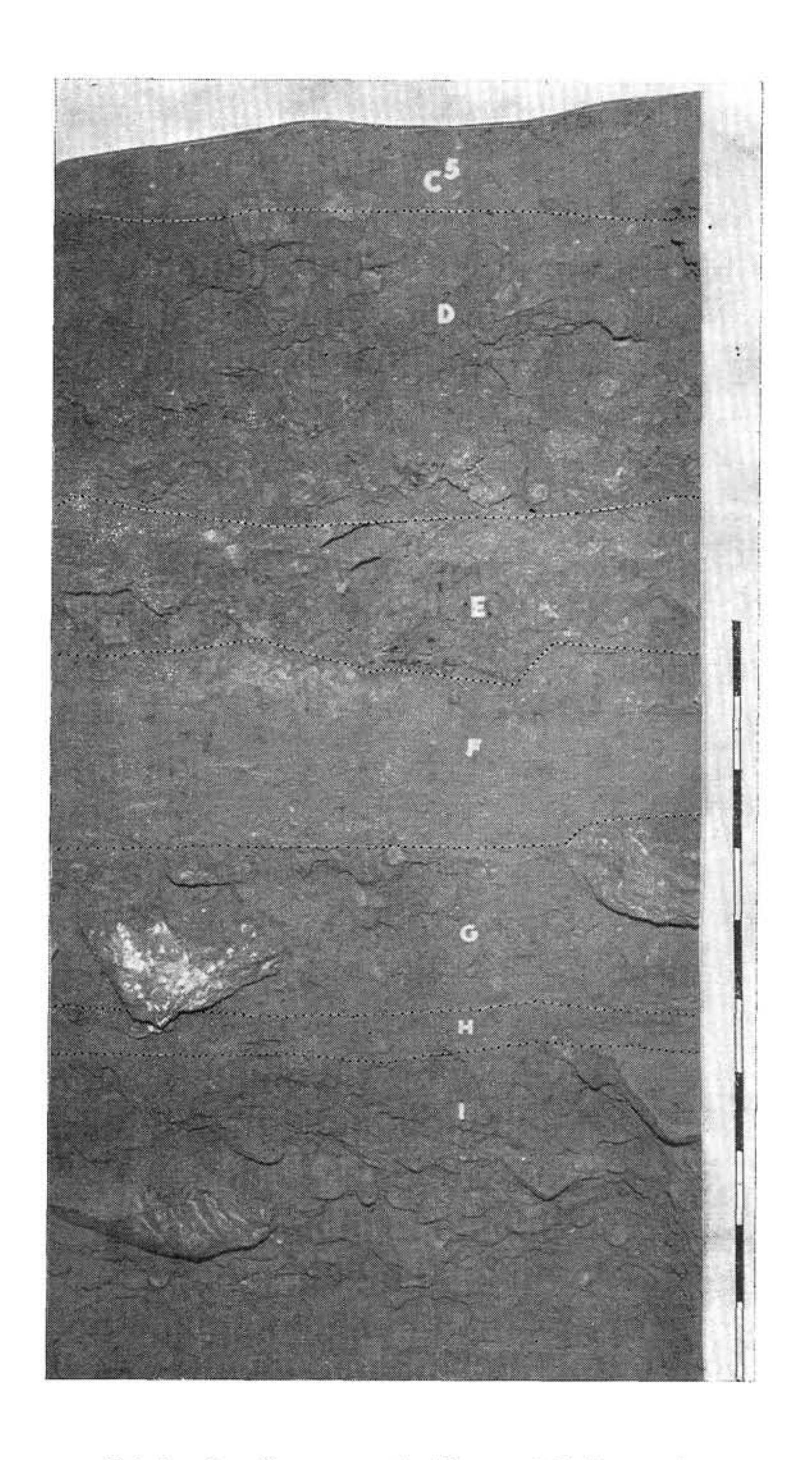
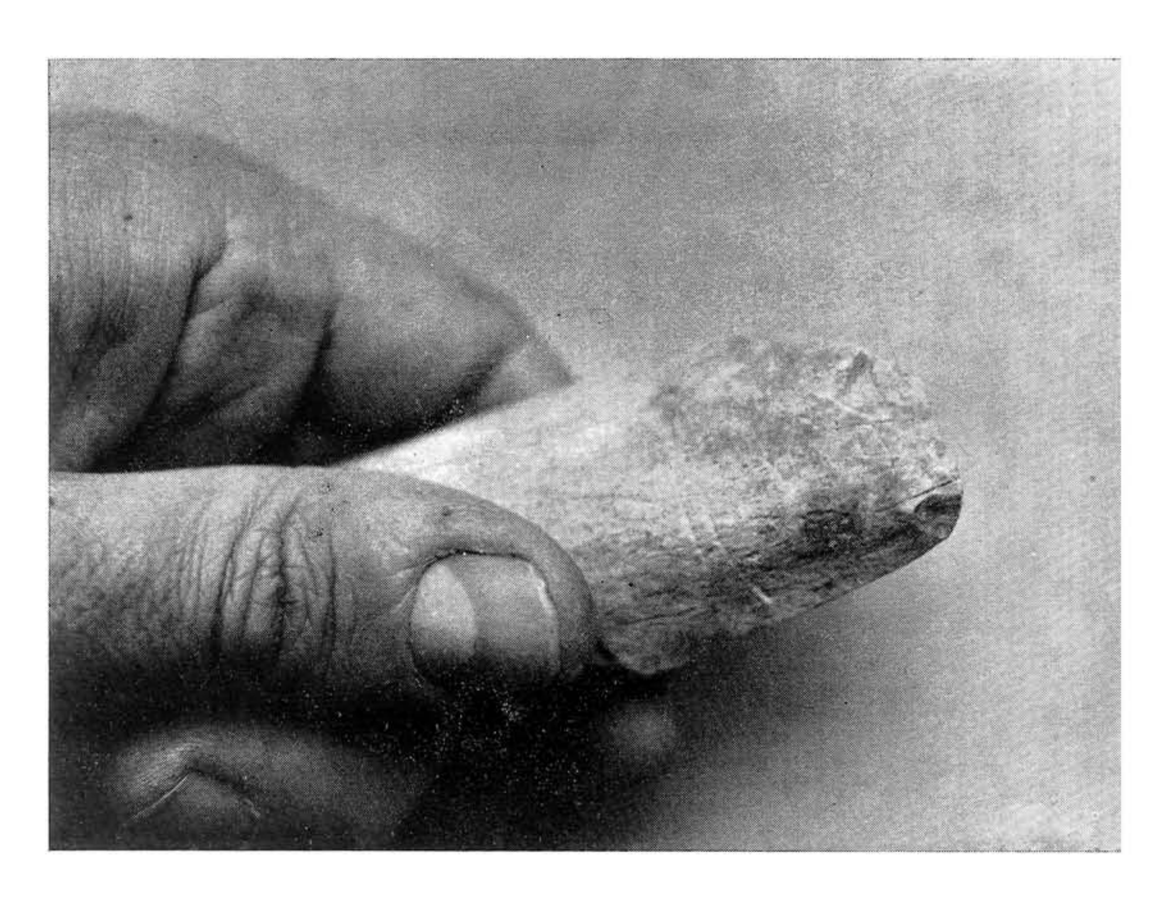


Lámina 3. *Corte estratigráfico en 3G. La escala representa un metro de longitud.*



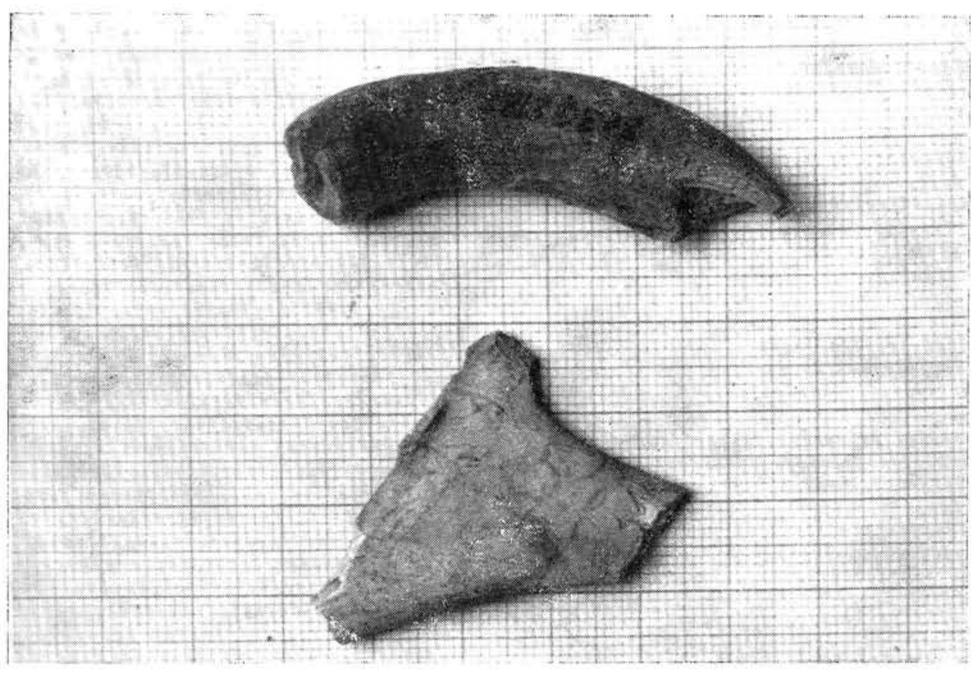


Lámina 4. Arriba, *compresor o retocador de hueso del subnivel D inferior.* Abajo, *incisivo y fragmento de hioides de* Equus: *subnivel E.*

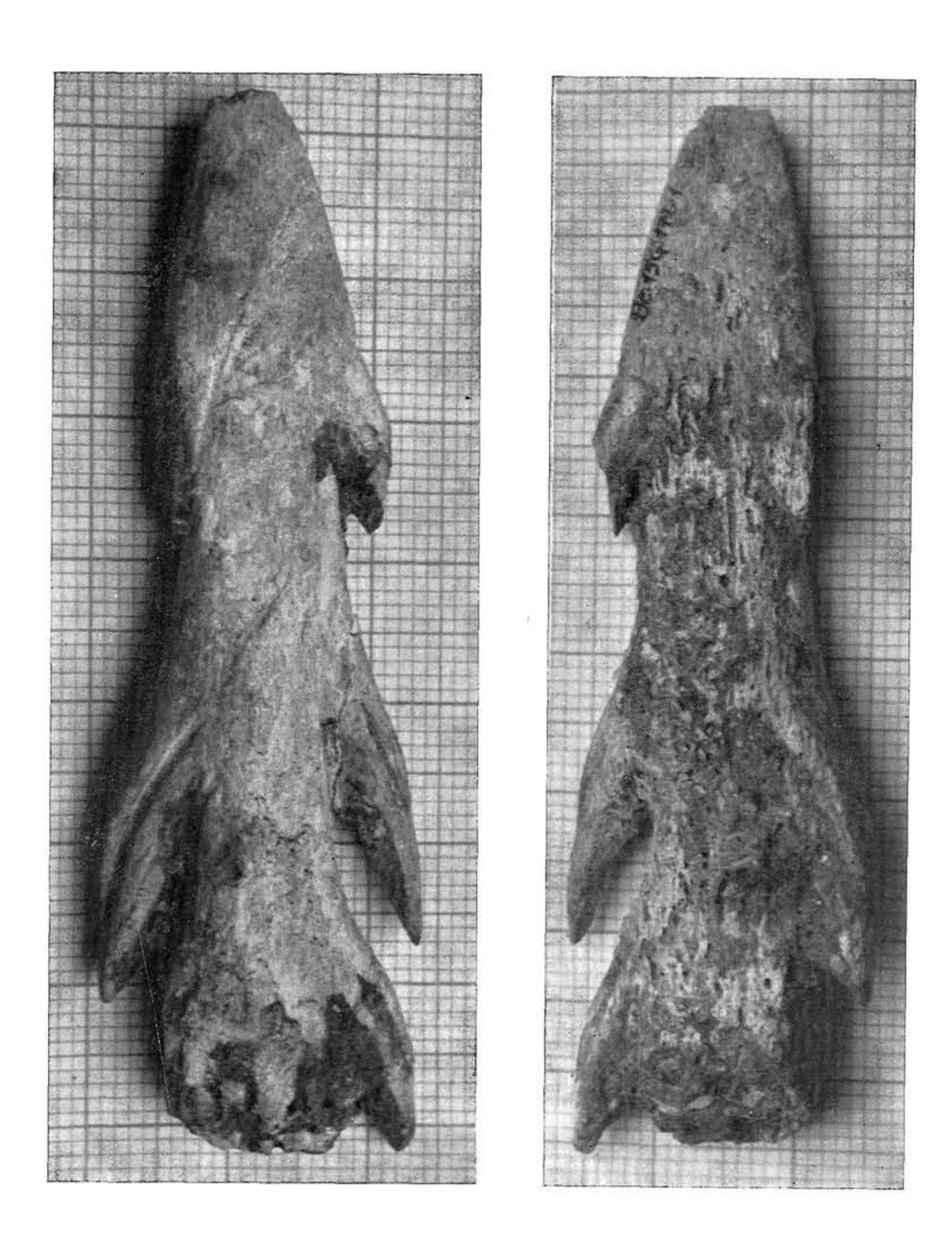


Lámina 5. *Arpón del Magdaleniense final. Subnivel 6C.*



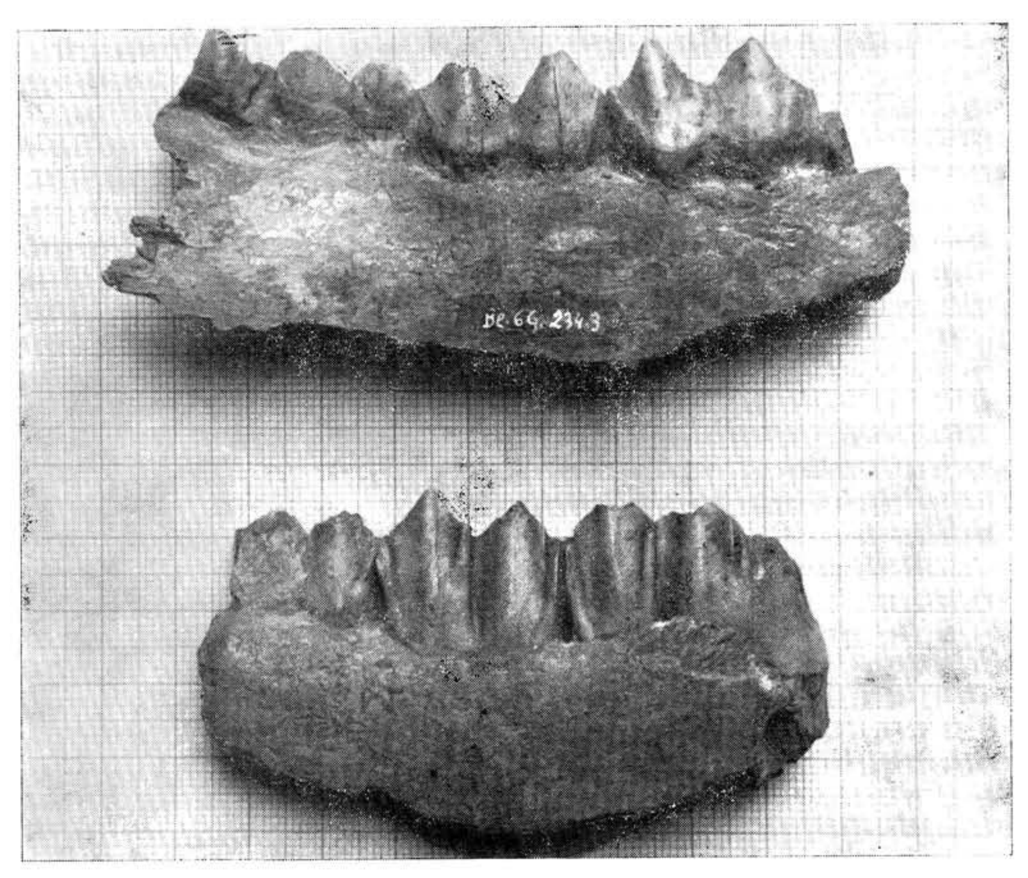


Lámina 6. Arriba, *muestra del* Helix (Cepaea) nemoralis *de Berroberría, del nivel B.* Abajo, *fragmentos de maxilares de* Cervus elaphus *de los subniveles D y D inferior.*

EXCAVACIONES EN LA CUEVA DE ABAUNTZ (ARRAIZ) CAMPAÑA DE 1977

PILAR UTRILLA MIRANDA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

La segunda campaña de excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz) se desarrolló a lo largo de veinte días comprendidos entre el 18 de julio y el 6 de agosto de 1977. El equipo de excavaciones estuvo formado por licenciados pertenecientes a cuatro Universidades: M.ª Angeles Granados (subdirectora), Pilar Lucia, Víctor Orera y Javier Larrañaga de la Universidad de Zaragoza; Javier Fernández Eraso de la de Pamplona, Carlos Pérez Arrondo y el alumno José M.ª Rodanés del Colegio Universitario de Logroño y M.ª José de Val de la Universidad de Barcelona. La dirección de la excavación estuvo a cargo de la firmante, perteneciente a la Universidad de Zaragoza.

En esta campaña se contó con un grupo electrógeno, marca PIVA de 350 W, que solucionó el grave problema de iluminación que se nos había planteado el año anterior. La escasa aireación de la cueva provocaba que el ambiente se hiciera irrespirable, como consecuencia de los humos de los butanos y carburos empleados en la campaña anterior. Las lámparas apropiadas a este grupo electrógeno fueron difíciles de encontrar, optándose al final por las PERA 33 mm., de 12 V y 35 W. (Lám. 1).

El estado de la cueva tras el intervalo entre la 1.ª y 2.ª campaña de excavaciones había variado. Había sido visitada por clandestinos que habían revuelto en nuestras catas, aunque afortunadamente en dos lugares de poco interés estratigráfico: en el cuadro 4E (en una zona en contacto con la pared de la cueva, que de por sí ya se encontraba revuelta) y en el 47E, en el lugar donde el año anterior habíamos realizado una cata de prospección con escasos hallazgos. Los niveles eran allí casi estériles en materiales, aunque todavía se encontraban restos humanos.

Como resultado de esta prospección de clandestinos en el cuadro 47E, había aflorado un cráneo humano que tuvimos que extraer para evitar su desmoronamiento del corte. Aparecía asociado a algunas cerámicas negras estapuladas y a otras lisas muy toscas. Su posición se hallaba a 433 cms. por debajo de la línea cero y se encontraba en una tierra arcillosa bajo la segunda costra calcárea. Inmediatamente debajo de él, había tierra quemada en un espesor de 2 o 3 cms. y una tercera costra calcárea. El cráneo y otros huesos humanos no aparecían sin embargo quemados, por lo que cabría pensar quizá que este nivel correspondería, en la estratigrafía de la 1.ª Sala, al nivel b de muertos «blancos», no quemados, identificándose así la tercera costra calcárea del 47E con el nivel c de la 1.ª Sala.

Para evitar sin embargo nuevas visitas de clandestinos pedimos al Sr. Isaac Santesteban (director de la sección de Espeleología de la Diputación Foral de Navarra) que procurara la instalación de una verja, petición que fue inmediatamente cumplida.

La Diputación Foral corrió con los gastos de esta verja y de la compra del Grupo Electrógeno y la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural con los gastos generales de esta segunda campaña de excavaciones. La Directora del Museo de Navarra, M.ª Angeles Mezquíriz, y su colaboradora M.ª Inés Tabar tramitaron ante Madrid y Navarra todos los permisos oportunos.

PLAN DE TRABAJO.

La segunda campaña de excavaciones fue programada en conjunto por todo el equipo, quien determinó la conveniencia de formar dos grupos de trabajo: el primero se hallaba en el interior de la 1.ª Gran Sala y continuaba el área de excavación de la 1.ª Campaña. Los cuadros explorados fueron el 4D (nivel e), el 4E, 2E y los tres sectores tangentes del cuadro 1E. No fue posible ampliar más la superficie excavable por cortar el acceso al corredor de entrada.

El segundo grupo de trabajo se dedicó a excavar en la boca de la cueva, intentando encontrar las correspondencias con los niveles del interior y buscando un mayor espesor para el supuesto nivel paleolítico superior. Los cuadros excavados fueron el 1J y 1K con los tres sectores tangentes del 3J y del 3K. Como en la cata del interior, tampoco fue posible ampliar la superficie excavable por obstruir el paso al corredor de entrada. Carlos Pérez Arrondo fue el responsable directo de este grupo de trabajo, mientras que Javier Fernández Eraso y Pilar Lucia lo fueron del primero. Con ellos, y con todo el equipo, consultamos los problemas de la excavación y tomamos las decisiones a seguir. Víctor Orera, Javier Fdez. Eraso y Javier Larrañaga controlaron, con gran trabajo, el buen funcionamiento del grupo electrógeno y realizaron la instalación eléctrica. Los diarios parciales de cada grupo de trabajo fueron redactados con la concurrencia de todos sus miembros.

Víctor Orera y Javier Larrañaga estuvieron también encargados de buscar una segunda boca de la cueva para intentar hallar un lugar de habitación. Fue explorado el peñasco de Arizerte por el exterior sin resultado alguno, pero se obtuvieron noticias de que la cueva continúa hasta Ventas de Arraiz, en donde aflora una segunda boca, con su correspondiente leyenda que en otro momento explicaremos. De cualquier modo la cueva se estrecha en su estado actual y es imposible seguir más adelante en el último corredor.

Existía también la posibilidad de que la 2.ª Gran Sala tuviera una boca obstruída por derrumbamientos en uno de los dos corredores que parten de ella. Víctor Orera y Javier Larrañaga realizaron una cata en esta segunda sala y apareció una estratigrafía muy diferente a la del resto de la cueva, aunque sin apenas restos materiales. Sólo un gran fragmento de cerámica lisa y tosca, con desengrasante grueso, fue hallado en el fondo de esta cata, a 120 cms. de profundidad respecto a la superficie del terreno.

La estratigrafía de esta Segunda Gran Sala es la siguiente:

- capa de arcillas rojizas, muy suelta (30 cms.)
- costra calcárea de 5 cms. de espesor (30 a 35 cms. de profundidad respecto a la superficie del terreno)
- capa de arcillas rojizas, compacta (de los 35 a los 78 cms.)
- capa de gravas de varios tamaños (de los 78 a los 104 cms.), siendo las gravas superiores alargadas y planas y de un tamaño medio de 4 cms. y las inferiores más pequeñas que ellas.
- capa de arenas muy finas que incluían algunos carbones y la cerámica antes descrita (de los 104 a los 120 cms.). No se continuó profundizando, ya que se decidió esperar la llegada de Henri Laville y Manuel Hoyos, quienes se encargarán del estudio sedimentológico del yacimiento.

Se exploró también el peñasco de San Gregorio situado enfrente del de Arizerte, al otro lado del arroyo Zaldazain. En una pequeña cueva que se estrechaba rápidamente se halló un suelo de tierra blanquecina que contenía tres fragmentos de cerámica prehistórica con impresiones digitales, contemporáneos probablemente de otras de la Edad del Bronce de la cueva de Abauntz, varios huesos de animales y una lámina de sílex sin retocar.

ESTRATIGRAFÍA.

El nuevo corte abierto en la boca de la cueva sigue el sistema de coordenadas del interior de la misma. Fue preciso prolongar la línea cero al exterior y colocar un nuevo punto fijo de referencia en el techo del corredor, situado a 53 cms. sobre el punto cero del interior. Las profundidades sin embargo se anotaron con respecto a la línea cero general del yacimiento.

La denominación de los niveles de la boca ha sido en cambio diferente hasta comprobar su correspondencia con los de la primera sala.

La estratigrafía observada en la boca de la cueva es la siguiente: (Fig. 1).

- nivel superficial: de derrumbes de tierras caídos del monte
- nivel 1: de textura suelta con mezcla de finas concreciones calizas y abundancia de fragmentos angulosos de la roca de la cueva. Algunas cerámicas prehistóricas
- nivel 2a: capa dura de arcilla muy compacta, estéril, con un espesor medio de 12 cms. De color amarillento y con mezcla de plaquetas caídas del techo, de bordes agudos y de estructura intacta
- nivel 2b1: capa de piedrecillas sueltas, con sílex, en unos 10 cms. de espesor
- nivel 2b2: capa dura y compacta, arcillosa y amarillenta, con útiles y abundantes microlascas de sílex.

La correspondencia con los niveles del interior podría articularse del modo siguiente:

	Boca	*Sala interior*	*Cultura posible*
nivel:	sup.	sup.	
	—	a	Bajo Imperio romano
	1	b	Eneolítico-Bronce
	2a	—	Estéril
	2b1	c	?
	2b2	e	Magdaleniense?

La principal diferencia en la estratigrafía de la boca y la primera sala del interior de la cueva radica en el carácter de enterramiento sepulcral que presenta el nivel b. Es lógico suponer un menor espesor de los niveles de la Edad del Bronce en el exterior, frente a una subdivisión en cuatro capas en el interior. El material encontrado en el exterior tampoco es típicamente funerario, reduciéndose tan sólo a algunas cerámicas.

También es distinto el material del supuesto nivel Magdaleniense: en la boca predominan los desechos de talla (láminas, lascas y microlascas) sobre los útiles trabajados, los cuales por el contrario son más abundantes en el interior. La causa posible de esta diferente repartición quizá sea el distinto grado de iluminación de ambas zonas de la cueva, siendo más lógico que el área de talla se situara en la zona mejor iluminada, reservando el interior para otro tipo de actividades que requiera menos luz [1].

La estratigrafía del área excavada en esta segunda campaña en la primera sala mantiene en líneas generales la que publicamos en la memoria de la anterior campaña de excavaciones [2]. Existen sin embargo algunas novedades concretas referidas sólo a la mayor parte del cuadro 2E, situado en el lugar en el que el corredor de entrada se abre hacia la primera gran sala. (Lám. 2). Por encima del nivel b1, llamado de los muertos «blancos», sin quemar, se hallaba un nuevo nivel, no constatado en otros sectores de la cueva. Era muy blanco, de textura algo grasienta y contenía una gran acumulación de piedras de buen tamaño y de huesos de animales. La tierra estaba muy suelta y no contenía apenas materiales arqueológicos. Lo denominamos b cero, aunque ignoramos si perteneció a la Edad del Bronce. La abundancia de grandes piedras en el lugar en que precisamente comienza el corredor que comunica con la boca (Fig. 2) nos hace pensar si no estarían colocadas con el fin de taponar la entrada de la cueva, cerrando así el enterramiento de los muertos humanos. Sin embargo también podría esgrimirse el argumento contrario: las piedras pudieron haber caído del techo y haber entorpecido el paso por el corredor, siendo arrojadas hacia adentro (cuesta abajo) para facilitar el acceso. Puede seguir argumentándose diciendo que en ese caso habrían rodado hasta el fondo de la primera sala, aunque quizá no por su gran tamaño y peso... Pueden ser también las piedras que apagaron un hogar (aparecen cantos calcinados) y los restos de comida arrojados a él (huesos de animlaes encontrados entre los piedras, aunque no quemados).

En cuanto al nivel e, se continuó profundizando en el cuadro 4D buscando el suelo de la cueva. A los 2 m. de profundidad el nivel se hizo estéril y seguimos excavando hasta los 2,55 m. sin haber encontrado la base.

1. Puede verse a este respecto P. UTRILLA, *El nivel magdaleniense de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)*, comunicación presentada al XV Congreso Arqueológico Nacional de Lugo (en prensa).

2. P. UTRILLA, *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiaz). Campaña de 1976* en «Príncipe de Viana», 146-147, pp. 47-63. Pamplona, 1977.

MATERIALES.

Los materiales hallados en esta segunda campaña de excavaciones son similares a los aparecidos en la campaña anterior, si bien algunos de ellos sirven para precisar el carácter cultural de algunos niveles. Así en el nivel e de 1976, al que aventurábamos una datación paleolítico superior, aparecieron un molar y un incisivo perforado de reno, dato que confirma su datación paleolítica y que nos da indicio de un clima muy frío [3]. Es el de Abauntz el único ejemplar de reno aparecido en Navarra y viene a confirmar una vez más la teoría de Jesús Altuna de que existe en la Costa Cantábrica más reno del que hasta ahora se había supuesto.

También en el nivel e se encontró una plaqueta de ocre con la superficie totalmente cubierta de haces de rayas formando líneas quebradas (Lám. 3). Sus paralelos más próximos los hallamos en la plaqueta grabada de Berroberría, en una plaqueta de ocre del nivel magdaleniense inferior de Altamira, en las plaquetas magdalenienses del Parpalló, y en especial la representada en la fig. 523, perteneciente a la capa octava, y en otros ejemplares franceses entre los que podrían destacarse los del yacimiento epónimo de La Madeleine [4] (Fig. 3).

El resto del material del nivel e lo constituyen algunos fragmentos de industria ósea, muy escasa, que reproducimos en la fig. 4.

Entre la industria lítica (con un total de 187 piezas retocadas) predominan los buriles sobre los raspadores, los buriles diedros sobre los de truncadura y existe un elevado índice del Grupo Perigordiense, representado casi exclusivamente por hojitas de dorso.

Las piezas sin trabajar son 1.451 que se distribuyen del siguiente modo:

Lascas y microlascas: 921	Núcleos: 6
Láminas y microláminas: 430	Cristal de roca: 35
Avivados: 46	Lascas de caliza: 13

La estadística de las piezas líticas trabajadas arroja unos índices de sus Grupos Tipológicos que hemos intentado comparar con otros yacimientos cantábricos y pirenaicos. A pesar de lo delicado de una confrontación de un yacimiento con sólo 187 útiles líticos y muy escasa industria ósea con otros ricos en materiales y con una mayor superficie excavada, reproducimos a continuación los índices comparativos del nivel e de Abauntz, del nivel Ic de Tito Bustillo (el más similar entre los yacimientos cantábricos) y del nivel de «Blocaille inferieur» (Bi), de la cueva del Poeymaü, en el Pirineo francés, considerados como Magdaleniense Superior (Tito Bustillo) o Final (Poeymaü) [5].

Indices	*ABAUNTZ (e)*	*TITO BUSTILLO (Ic)*	*POEYMAÜ (Bi)*
IG:	9,09	5,5	10,5
IB:	15,5	18,5	21,6
IBd:	9,6	10,6	11
IBt:	3,7	3,5	5,9
IGA:	2,13	1,5	1,6
IBdr:	62	57,5	50,9
IBtr:	24,1	16,4	27,4
IGAr:	23,5	27,2	16
GA:	2,6	3,5	4,7
GP:	45,9	47,8	38,9
IP:	4,2	2,03	4,2
IS:	13,3	13,9	16,5
IM:	35,8	48,3	44,4

(Fig. 5).

3. La determinación de especies ha sido realizada por el Dr. Jesús Altuna, de la Real Sociedad de Ciencias Naturales «Aranzadi» de San Sebastián, quien se ocupa del estudio total de la fauna. Las especies determinadas hasta el momento en el nivel magdaleniense han sido sarrio, caballo, zorro, libre y reno.

4. Pueden verse los ejemplares cantábricos en el Corpus publicado por Ignacio BARANDIARÁN, *Arte mueble del Paleolítico Cantábrico*, Zaragoza, 1973, Láms. 55.5 y 57. Las plaquetas del Parpalló véanse en la publicación de Luis PERICOT, *La cueva del Parpalló (Gandía)*, Madrid, 1942. Los ejemplares de La Madeleine pueden verse en L. CAPITAN y D. PEYRONY, *La Madeleine: son gisement, son industrie, ses oeuvres d'art*. París, 1928 (en especial fig. 66, p. 109).

5. Véase nota 1.

En cuanto a los materiales aparecidos en los niveles de la Edad del Bronce señalaremos el hallazgo de una gran azagaya de hueso, de 15,3 cms. de longitud y sección triangular que presenta un ancho surco ventral y dos de sus caras recorridas por estrías longitudinales (Fig. 6). Una nueva punta foliácea de pedúnculo y aletas y algunos fragmentos de cerámicas incisas y de aplicación de relieves y digitaciones completan el material encontrado en el nivel b (Figs. 7 y 8).

En el nivel romano bajo-imperial, más escaso en esta segunda campaña, cabe señalar el hallazgo de dos nuevas monedas de bronce, bastante ilegibles, y nuevos fragmentos de cerámica gris de ruedecilla y de común peinada (Fig. 9).

En síntesis la segunda campaña de excavaciones de la cueva de Abauntz nos ha aportado algunas informaciones importantes:

— la confirmación del nivel e como Paleolítico Superior en un posible momento Magdaleniense Superior o Final

— la existencia de niveles arqueológicos en la boca de la cueva que se corresponden con mayor o menor exactitud con los del interior de la primera sala

— la acumulación anormal de piedras en el lugar en que el corredor de entrada se abre a la primera gran sala, sin que sepamos dar por el momento una explicación segura de este hecho.

Se ha constatado además la existencia de un débil nivel arqueológico en la cueva situada en el peñasco de San Gregorio y se ha recogido información sobre la existencia de una posible segunda boca de la cueva cuya exploración continuaremos durante la tercera campaña de excavación.

ENERO DE 1978

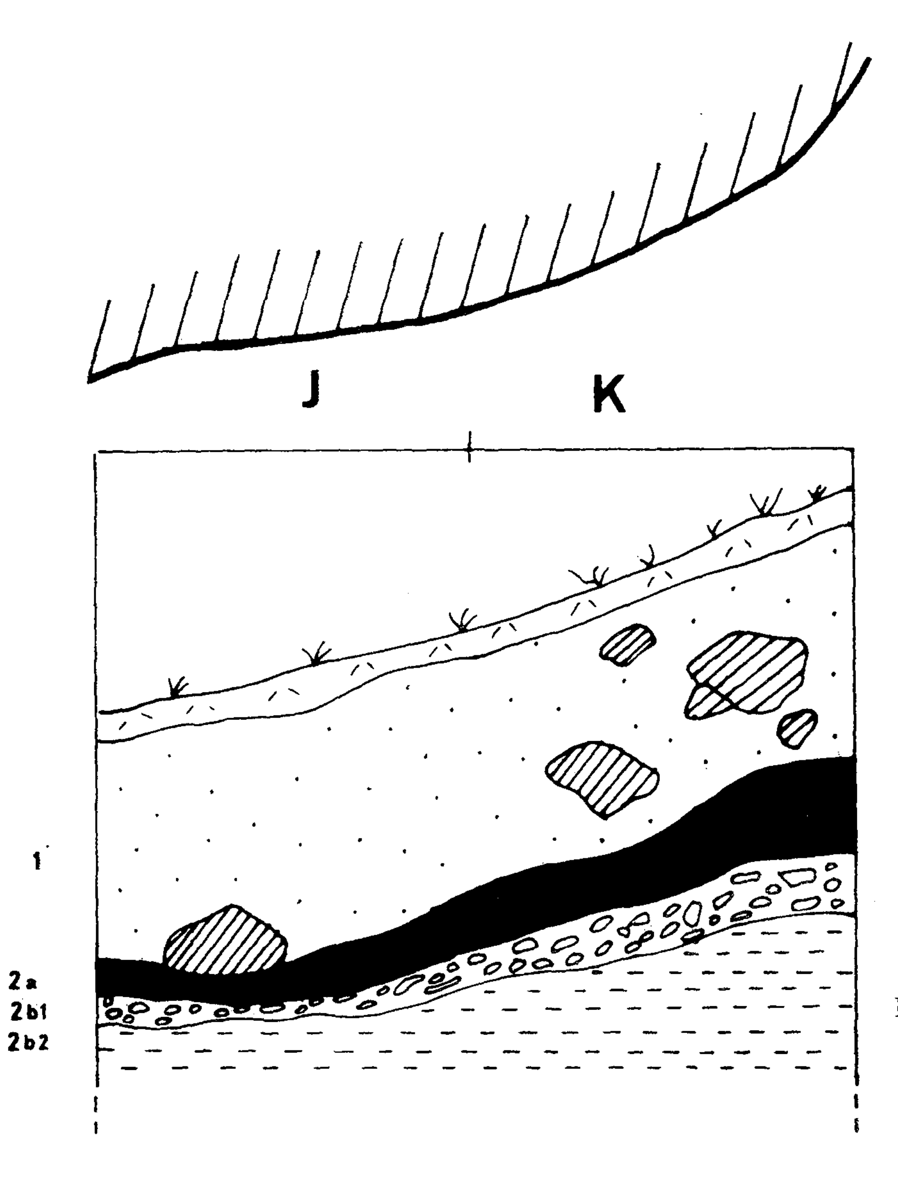


Figura 1. *Estratigrafía de la boca de la cueva.*

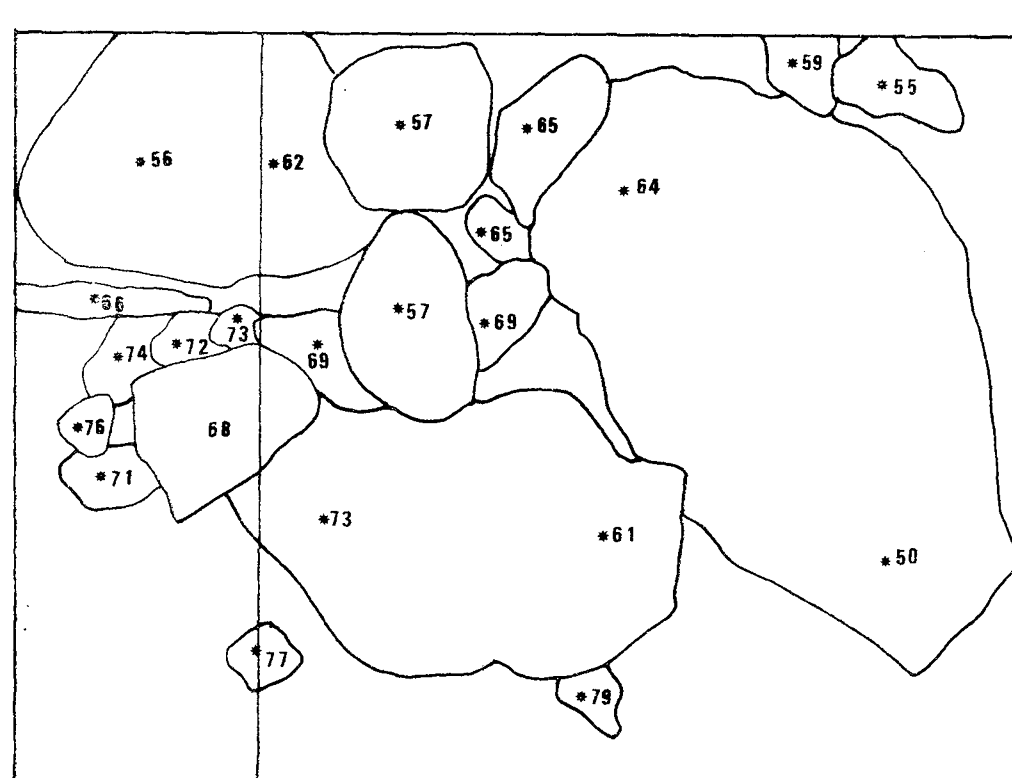


Figura 2. *Acumulación de piedras sobre el nivel B (escala 1:10).*

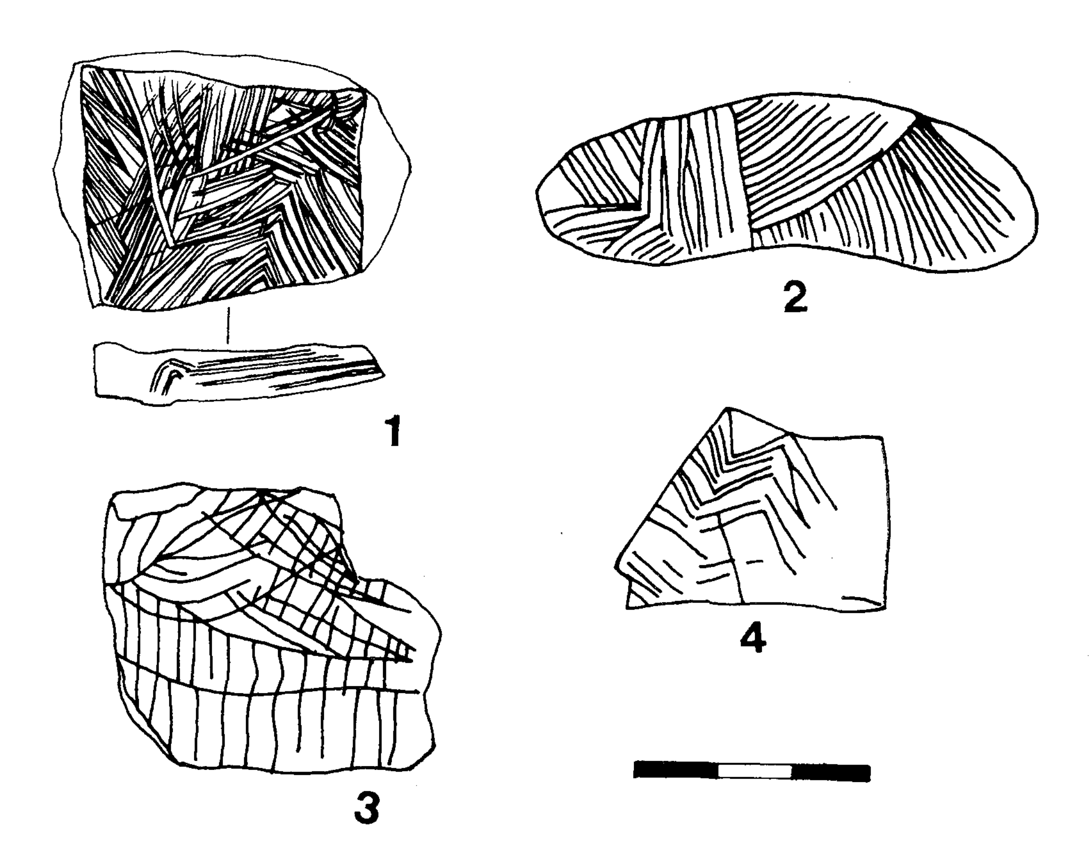


Figura 3. *1. Abauntz. 2. La Madeleine (según Capitán y Peyrony). 3. Altamira (según I. Barandiarán). 4. Parpalló (según Pericot).*

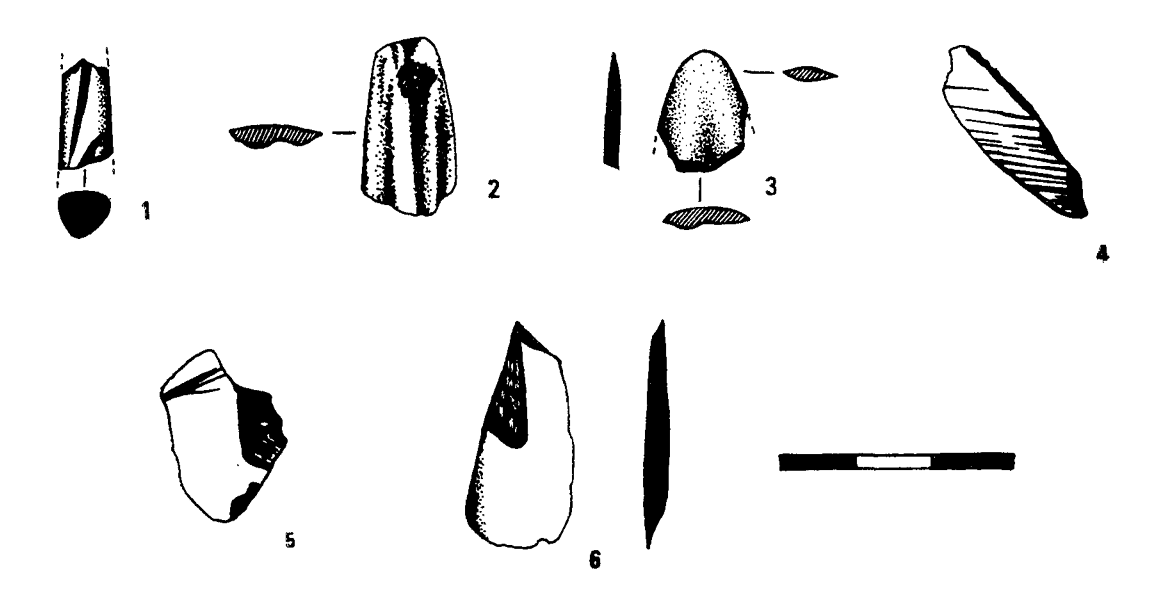


Figura 4. *Material óseo del nivel E.*

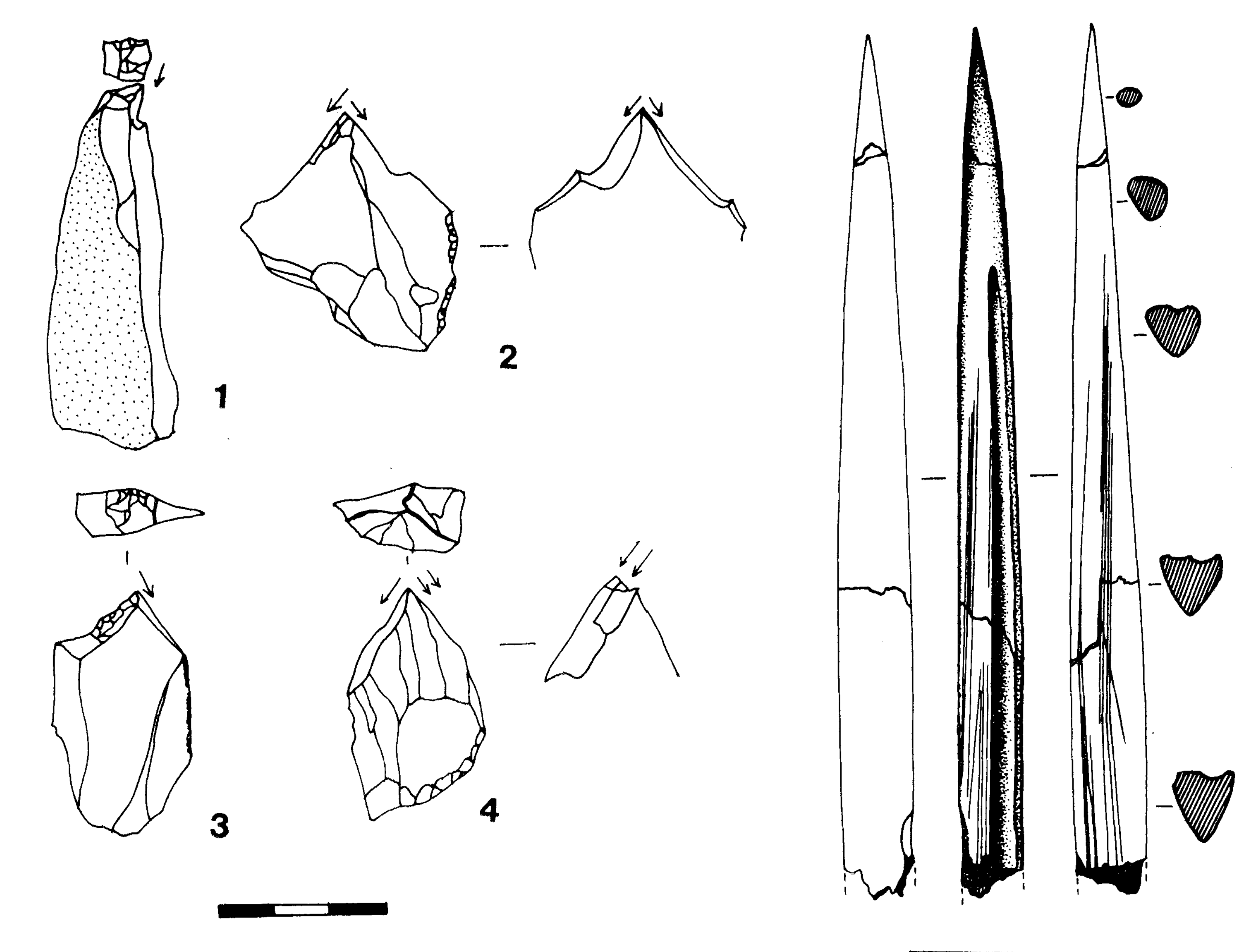


Figura 5. *Buriles del nivel E, excavación de la boca de la cueva (cuadro 1j).*

Figura 6. *Azagaya del nivel B.*

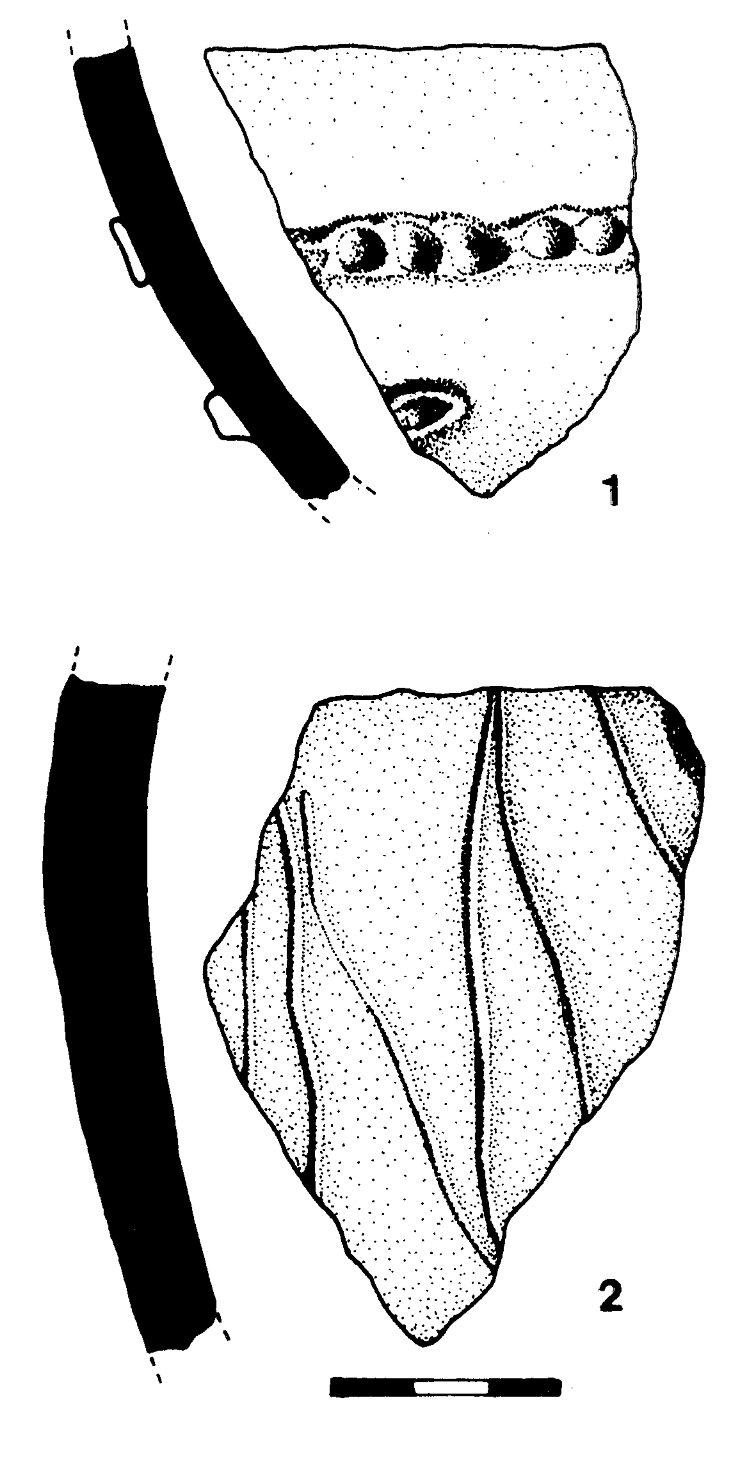


Figura 7. *Cerámicas del nivel B.*

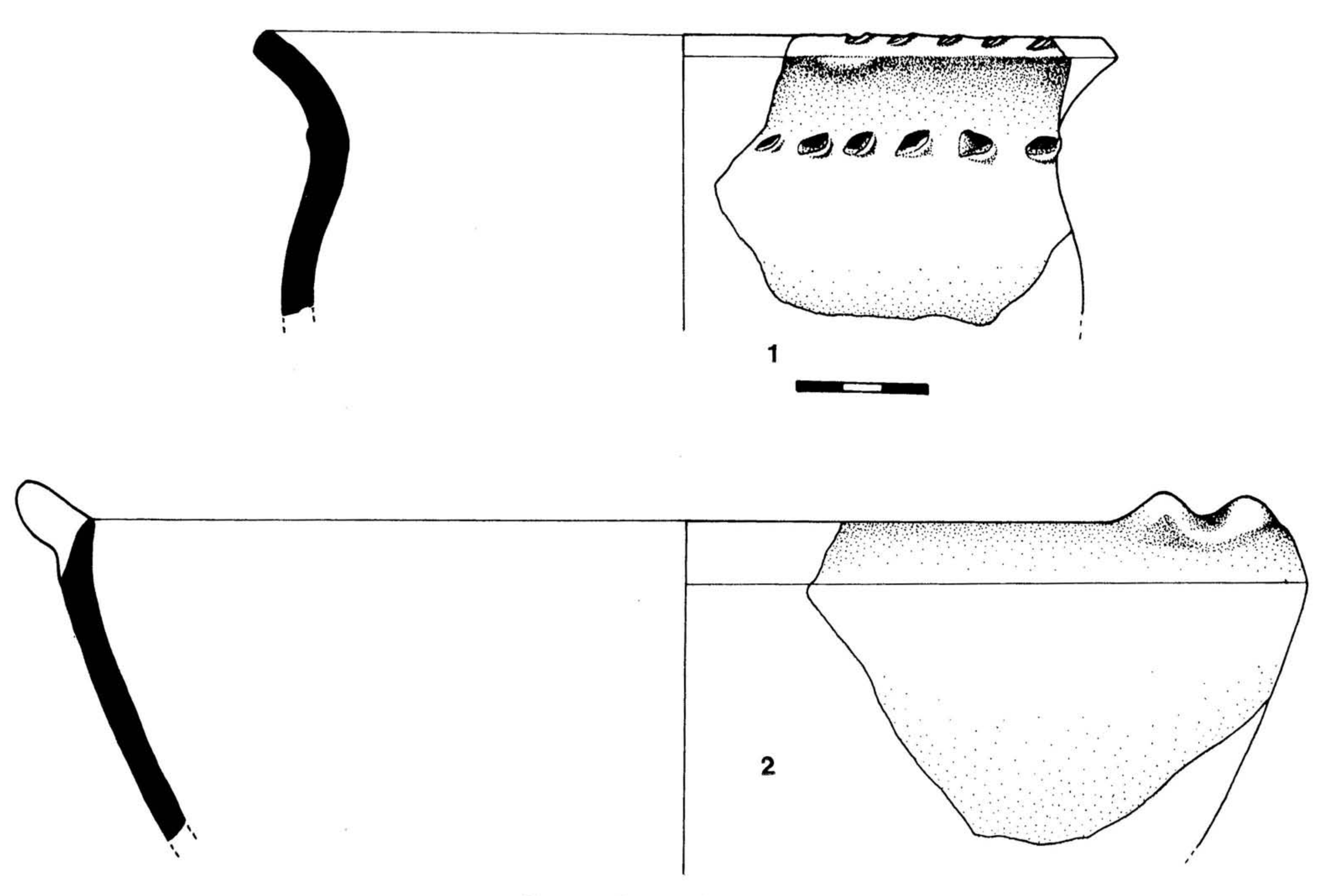


Figura 8. *Cerámicas del nivel B.*

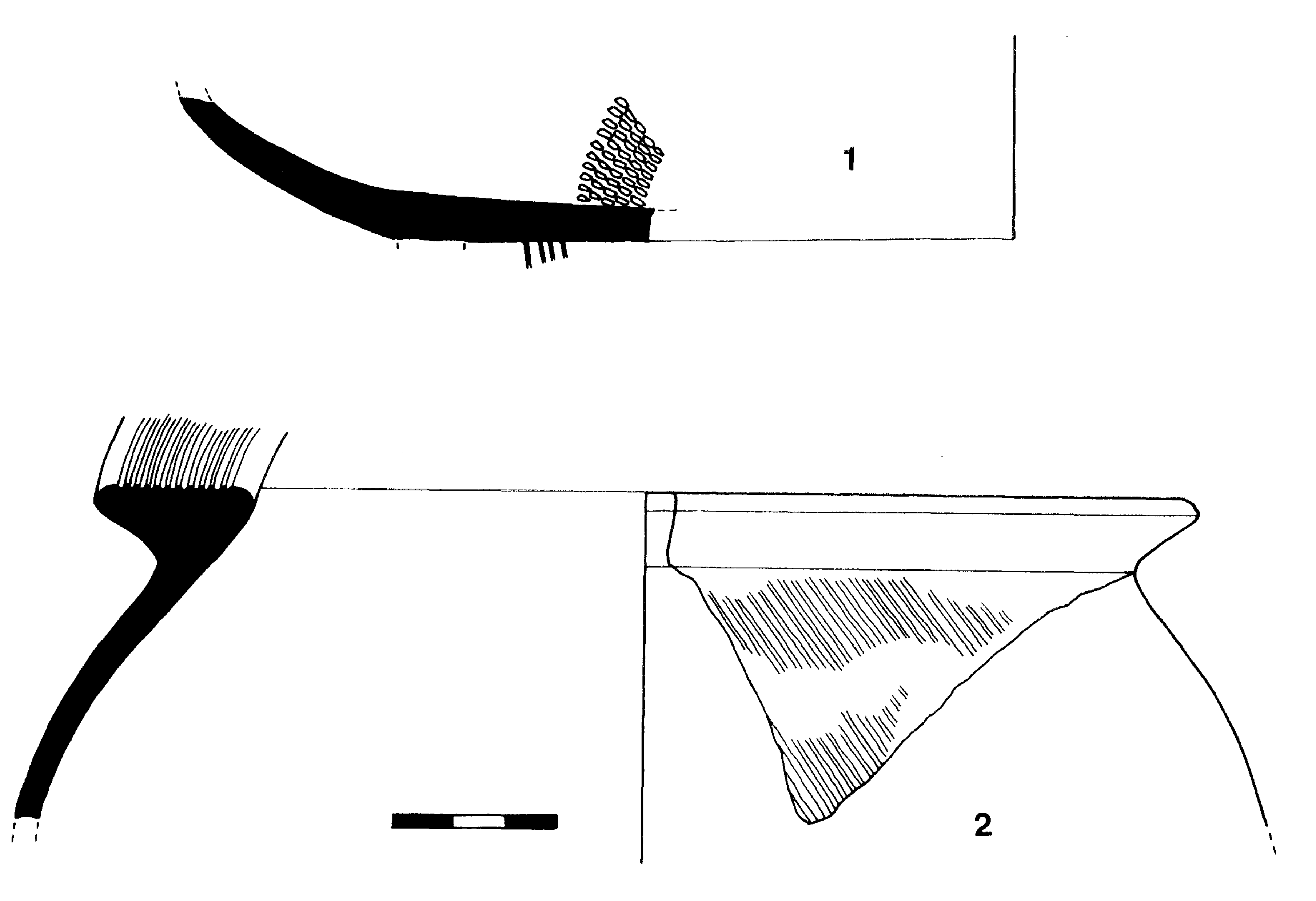
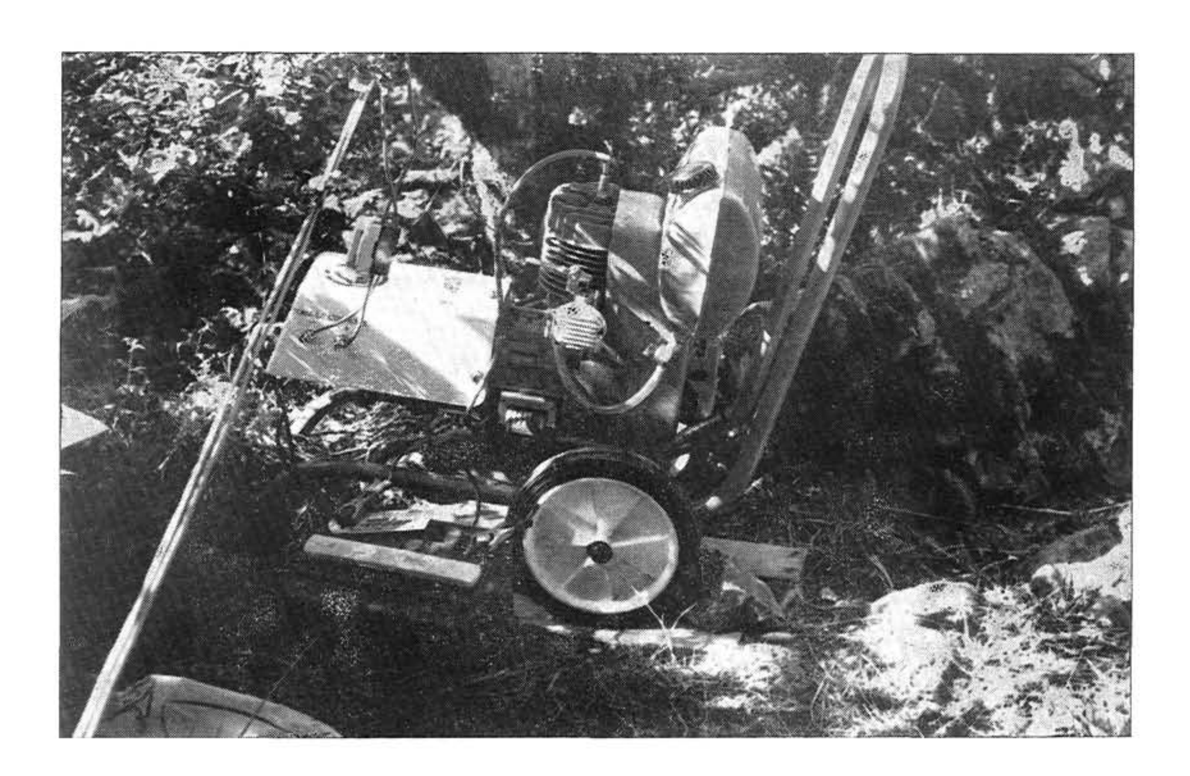


Figura 9. *Cerámicas del nivel romano: 1. Gris de ruedecilla. 2. Común peinada.*



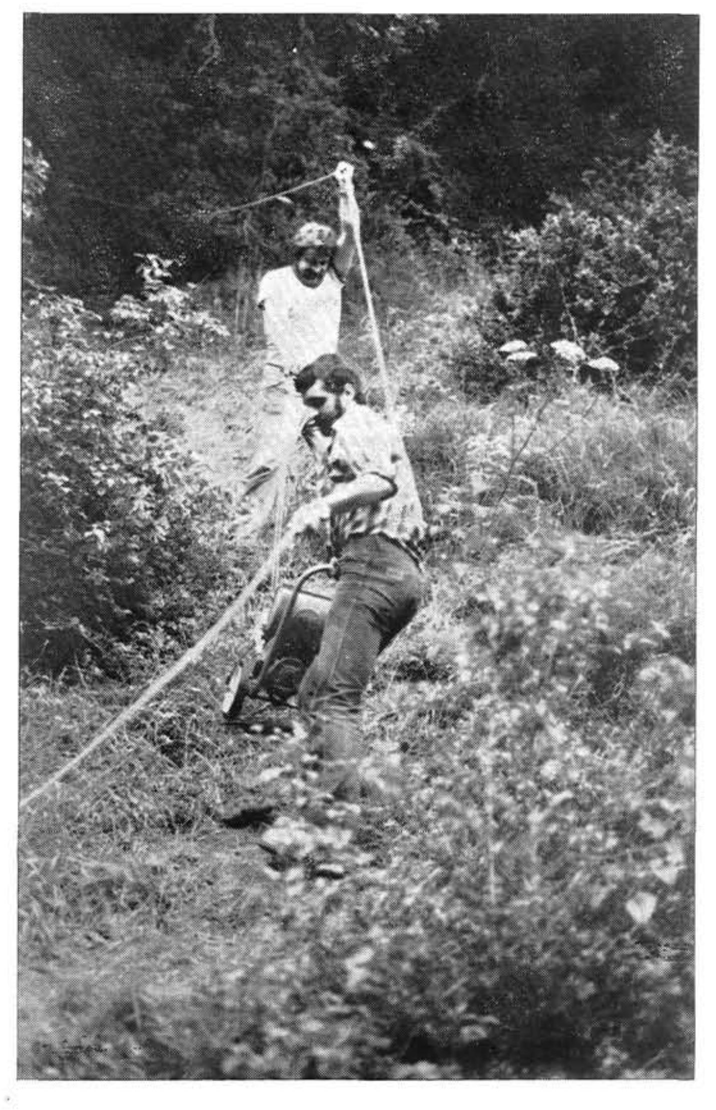


Lámina 1. *Detalles de la instalación del grupo electrógeno.*

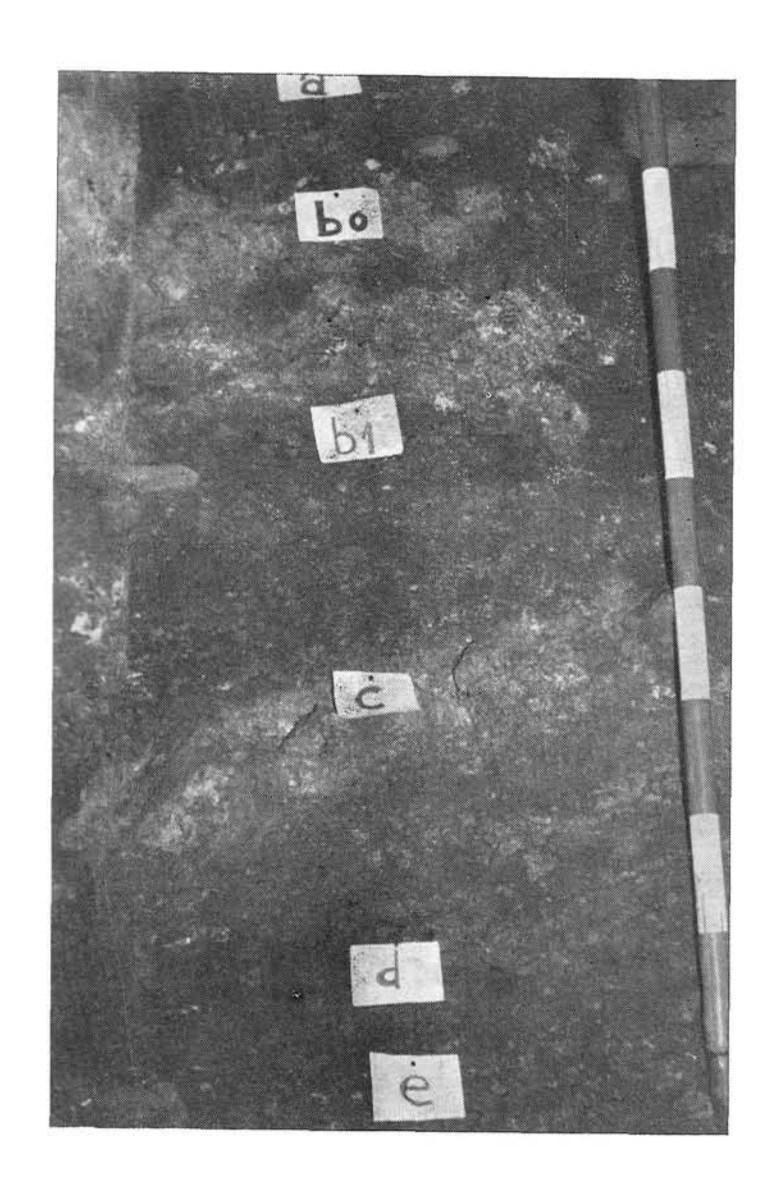


Lámina 2. *Estratigrafía en el cuadro 2E.*

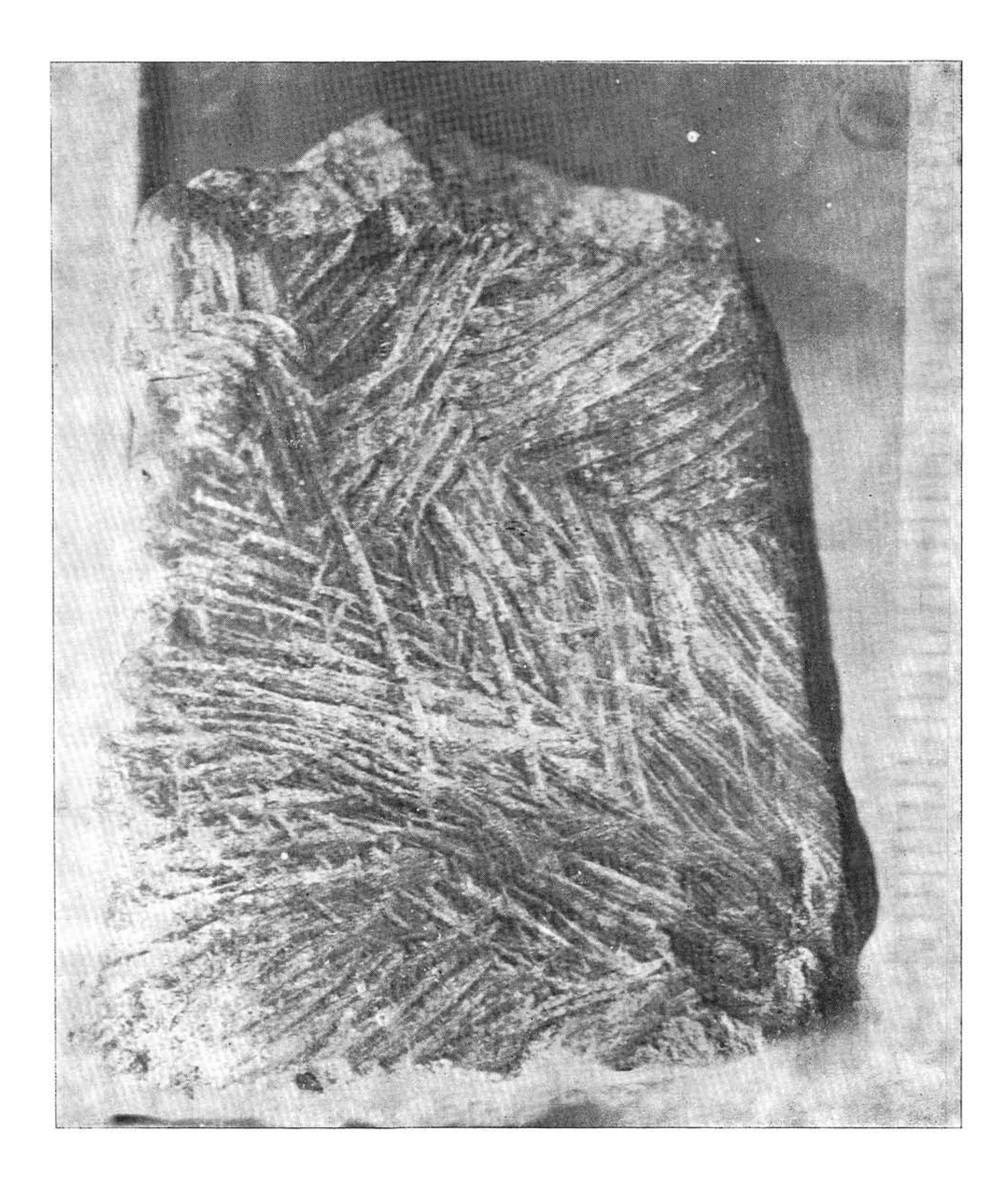


Lámina 3. *Plaqueta de ocre del nivel E.*

EXCAVACIONES EN LA CUEVA DE ABAUNTZ (ARRAIZ) CAMPAÑA DE 1978

PILAR UTRILLA MIRANDA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

La tercera campaña de excavaciones en la cueva de Abauntz tuvo lugar en marzo de 1978 con un equipo formado por M. Granados (subdirectora), P. Lucia, V. Orera, J. Larrañaga, J. A. Cuchí y la firmante que actuó como directora: un total de cuatro licenciados y dos doctores que efectúan su actividad docente o investigadora en las Universidades de Zaragoza, Santander y Vergara y en la Estación Experimental de Aula Dei, Departamento de Suelos, de Zaragoza [1]. También contamos con la presencia de los sedimentólogos Henri Laville, de la Facultad de Geología de la Universidad de Burdeos y Manuel Hoyos, del Instituto Lucas Mallada de Madrid, que recogieron muestras de tierras y analizaron la estratigrafía, encargándose del estudio sedimentológico del yacimiento.

Durante esta campaña la cueva ya poseía verja y se había efectuado una pequeña explanada en la boca, lo cual facilitó enormemente el trabajo de lavado, inventariado y sigla de los materiales [2]. También se habían realizado pequeños desagües que recogían el agua de lluvia que resbalaba sobre la entrada, por lo cual el yacimiento había ganado mucho en sequedad y era más fácil distinguir la coloración y textura de los niveles. Se tomaron también muestras para Carbono 14 que fueron enviadas a J. Evin, de la Universidad de Lyon, para su datación.

La excavación se realizó en dos equipos de trabajo: uno se ocupó del cuadro 2C, continuando el corte abierto en la cata de prospección de marzo de 1976, y el otro excavó los cuadros 1E (sectores 6 y 9), 2E (sectores 4 a 9) y 4E (sectores 4, 5, 7 y 8). Parece muy difícil prolongar la excavación hacia la boca, ya que se obstruye entonces el corredor de entrada y se hace penoso el acceso al yacimiento y el transporte de la tierra que debe ser cribada. La iluminación de la zona excavable se efectuó mediante el grupo electrógeno conseguido en la campaña anterior.

ESTRATIGRAFÍA:

La ampliación de la superficie excavada y la mayor sequedad del yacimiento permitieron la diferenciación de varios subniveles en el paquete del nivel e, lentejones rojizos o negruzcos que en algún caso presentan una clara estructura del hogar. Se identificó asimismo el nivel d

1. J. A. Cuchí, colaborador de F. Albertos en el análisis de suelos de la Estación de Aula Dei, nos asesoró en la visión de los problemas sedimentológicos a medida que iba avanzando la excavación. El estudio sedimentológico final se efectuará no obstante en la Universidad de Burdeos (Laboratorio de F. Bordes), incluido en el estudio general de toda la Costa Cantábrica que efectúan Henri Laville y Manuel Hoyos.

2. Agradecemos a D. Isaac Santiesteban el acondicionamiento de una plataforma ante la entrada del yacimiento.

en los dos tramos excavados pero con una diferente textura en ambos, explicable posiblemente por un lavado de los cuadros más cercanos a la boca y una acumulación de tierras arcillosas en los cuadros del centro y del fondo, hacia los cuales buzan los niveles. Hoy nos parece posible aventurar dos momentos distintos del Paleolítico Superior en Abauntz, correspondientes a los niveles d y e, aparte de las subdivisiones parciales de capas y estructuras que pueden efectuarse en el interior de los mismos [3].

El nivel que en anteriores campañas hemos llamado «e estéril» pasamos a denominarlo «f», diferenciado del «e» por ser más pedregoso y compacto, menos gris y menos arcilloso. Sigue siendo estéril en industria pero posee abundante microfauna, que hemos enviado para su estudio a la Universidad de Granada. En el cuadro 2C se advirtió la presencia de grandes bloques de piedra en el paso de los niveles e al f, bloques que ya habían sido identificados en el cuadro contiguo, el 4C, durante la campaña de 1976 (Lám. 1.1). De confirmarse la datación Magdaleniense Superior o Final del nivel e, podrían corresponder estos bloques a los desprendimientos generales del techo de los yacimientos que tuvieron lugar en la Costa Cantábrica, Pirineos y Dordoña al final del período Magdaleniense III [4].

Entre las estructuras se encontró un hogar en el cuadro 2C, precisamente en el paso de los niveles d al e. Existía un piso de piedras muy compactas, muchas de ellas planas con carbones y tierras quemadas. La profundidad de su superficie oscilaba entre los 184 y 190 cms. según sectores (Lám. 1.2). Entre las piedras del hogar aparecieron buenas piezas líticas y molares de herbívoros. Son también frecuentes las plaquetas y barras de ocre y algunos cantos rodados de gran tamaño con manchas de ocre. Se recogieron también algunas piedras craqueladas por el fuego.

En los cuadros 1E, 2E y 4E aparecía la superficie revuelta en la parte correspondiente a los niveles a y b, debido a las grandes piedras que taponaban el corredor de acceso y que extraímos en la campaña anterior. Se comenzó pues a excavar por el nivel c (situado a 110 cms. de profundidad por debajo de la línea cero) y se procedió a un decapado del terreno con la diferenciación de subniveles cuyo conjunto presentaremos en la Memoria final de la excavación.

MATERIALES:

En el nivel superficial revuelto del tramo de los cuadros 1E-4E aparecieron algunas monedas romanas y cerámicas que, por su tipología, corresponderían al nivel eneolítico del yacimiento (b1 a b4 de campañas anteriores) [5], pero el mayor interés de los materiales de esta campaña reside en el hogar del cuadro 2C en el que aparecieron distintos tipos de colgantes sobre diente o concha (Lám. 2.1). Destaca entre ellos un omóplato perforado (posiblemente de cérvido), que había sido cuidadosamente recortado y pulido en sus extremos, sin que podamos apreciar ningún grabado intencionado.

Entre la industria ósea se encontró un fragmento de azagaya de sección circular, uno de sección triangular (que encaja con el encontrado en la campaña anterior y que presenta un grabado profundo dibujando una especie de dientes) y un fragmento de aguja de hueso con perforación y marcas horizontales incisas dispuestas regularmente (Lám. 2.2).

La industria lítica ofreció abundantes hojitas de dorso y algunos buriles y raspadores pertenecientes a los niveles d y e. No apareció cerámica ni otros materiales de tipología post-paleolítica. La estadística total de la industria lítica la reservamos para la memoria final tras la cuarta campaña de excavaciones que esperamos realizar en 1979 y que creemos que, por fin, será la última.

En el plan de trabajo a realizar en el curso de esta cuarta campaña pretendemos excavar el cuadro 1D con un doble motivo: por un lado intentar encontrar *in situ* el muerto eneolítico cuyo pie y tibia asomaban en el corte del cuadro 1E-2E en perfecta conexión anatómica y

3. Esperamos a la última campaña de excavaciones para precisar las subdivisiones de los distintos niveles sobre el conjunto de la superficie excavada.

4. Véanse las estratigrafías de Laugerie Haute, Saint Germain la Rivière, Altamira, Cierro, Aitbitarte IV, etc.

5. El estudio de las monedas romanas del yacimiento ha sido ya realizado. Véase P. UTRILLA y G. REDONDO, *Monedas de bronce de época constantiniana halladas en la cueva de Abauntz (Navarra).* «Príncipe de Viana», 1979.

por otro lado intentar resolver el carácter del nivel d, reuniendo un número suficiente de piezas líticas para efectuar una estadística válida, o esperando encontrar el fósil director que nos date tipológicamente su momento cultural. No excluímos sin embargo la posibilidad de que los niveles d y e pertenezcan a un mismo período paleolítico, independientemente de la actividad humana que se haya realizado durante su formación estratigráfica.

DICIEMBRE DE 1978

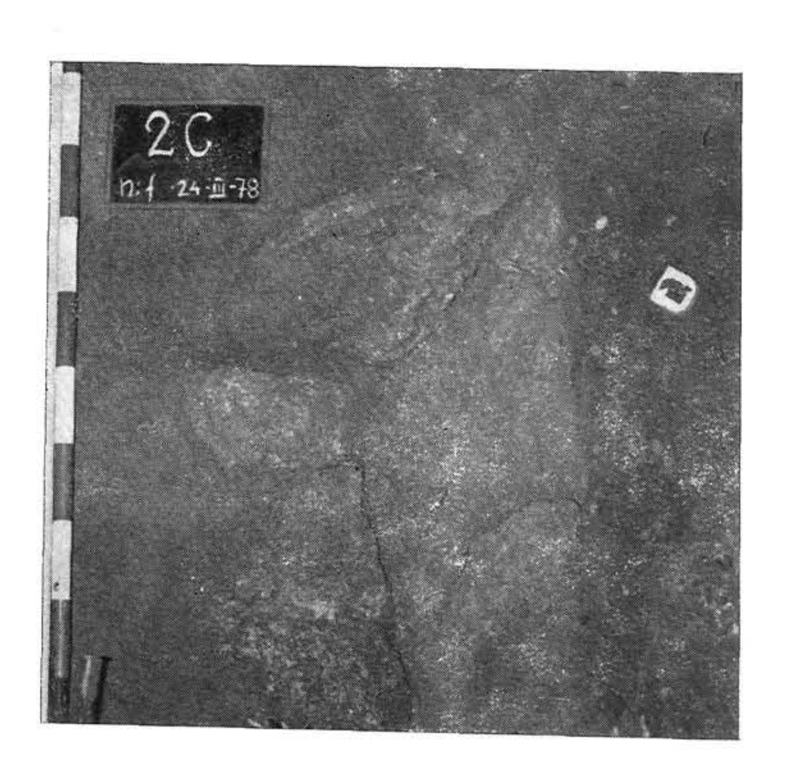
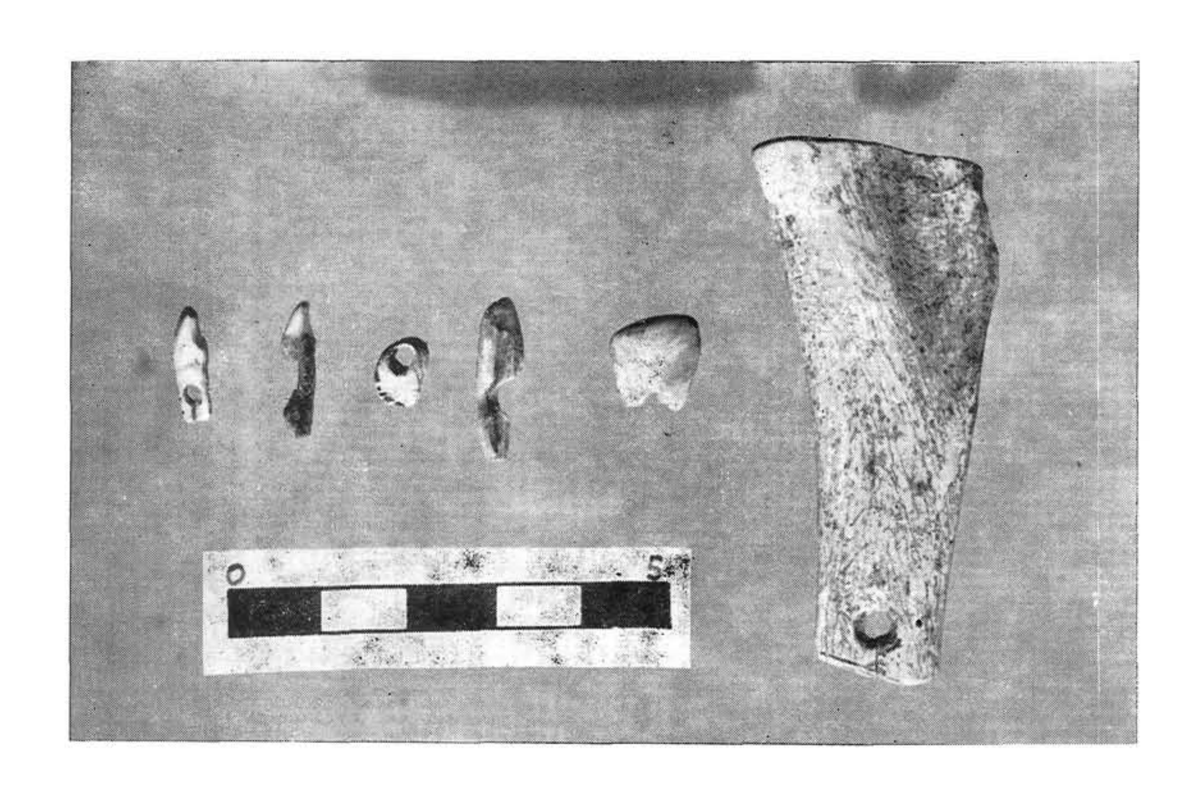




Lámina 1. *1,* arriba, *bloques caídos del techo en la superficie del nivel F. 2,* abajo, *detalle del hogar en el paso del nivel D al E.*



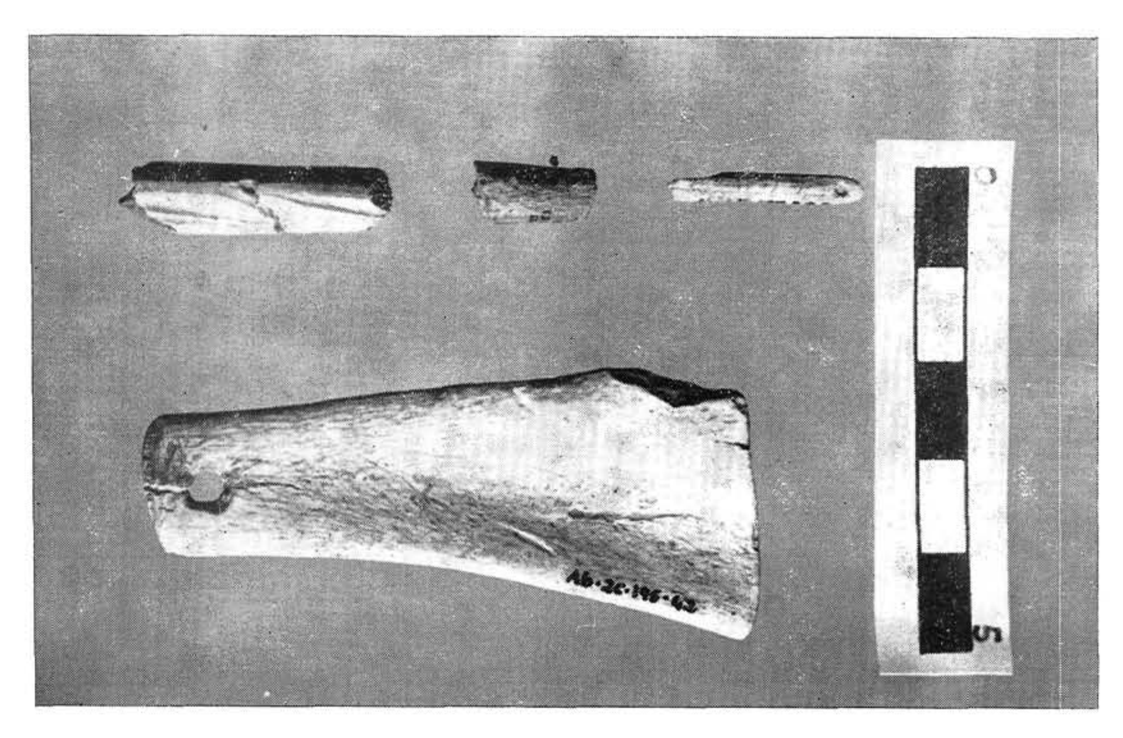


Lámina 2. *1,* arriba, *colgantes del Paleolítico Superior de Abauntz. 2,* abajo, *industria ósea del nivel E.*

CATA ESTRATIGRAFICA EN LA CUEVA DEL PADRE ARESO (BIGŰEZAL)

M.ª Amor Beguiristain
Seminario de Arqueología
Universidad de Navarra

Situación geográfica.

La Cueva del «Padre Areso» —Concejo de Bigüezal, Valle del Romanzado— se localiza entre los 42° 41' 50" de latitud Norte y 2° 32' de longitud Este, dentro de la Hoja n.° 143 de Navascués, del M. T. N. a escala 1: 50.000 (fig. 1).

En realidad se trata de un abrigo al que se accede desde el pueblo de Bigüezal, tomando un camino próximo al cementerio que conduce a los huertos. Un poco antes de llegar a «Puyatero» y al depósito de agua que allí se encuentra, debe tomarse una senda de cabras que sube atravesando un barranco casi seco, y seguirla hasta llegar a una zona totalmente inculta de boj y espinos, en que se encuentra el citado abrigo. Lo destaca el color rojizo de la roca caliza, en general gris. La senda continúa hasta el lugar denominado «Paso Forau», por donde algún anciano de Bigüezal recuerda haber visto pasar ganados hace unos setenta años.

Su emplazamiento en la ladera meridional de la Sierra de Illón-Navascués lo convierte, pese a su altitud superior a los 900 ms., en un excelente refugio de estación fría.

El medio geológico en que se asienta el yacimiento es de calizas, y desde el mismo se divisa una amplia panorámica, con la Sierra de Arangoiti al fondo, la cadena montañosa que se abre en la Foz de Arbayún y montículos menores sobre los que se inscriben numerosos dólmenes [1].

Historia del yacimiento.

El nombre del abrigo, según los informantes locales, se debe a un fraile natural del pueblo, de la Casa Areso, que tenía por costumbre utilizar este lugar para sus penitencias [2]. Sin embargo, su descubrimiento como yacimiento arqueológico lo hizo el Dr. Maluquer de Motes, quien en 1963 realizó una prospección en el depósito, bajo el covacho, cuyos resultados resumía así: «En el propio término de Bigüezal, bajando del dolmen de Faulo, por un sen-

1. Estos dólmenes fueron estudiados y publicados por Maluquer de Motes, Juan, en *Prospecciones arqueológicas en término de Navascués*, «Príncipe de Viana», Pamplona, 1955, pp. 285-304 y por el mismo autor en *Notas sobre la cultura megalítica en Navarra*, «Príncipe de Viana», 92-93, Pamplona, 1963.

2. La vida del Padre Areso se recoge en la biografía que con vistas a su proceso de beatificación escribió el P. Pío Sagüés Azcona, OFM, que no hemos podido consultar pero sabemos por nota periodística de su autor que se encuentra en la Editorial Cisneros.

dero que cruza por unas características rocas hendidas, se alcanza un gran abrigo rupestre poco profundo pero de gran longitud, frente al que se desarrolla una magnífica plataforma, que por su excelente orientación y proximidad a una fuente constituye el lugar ideal para un habitat humano. Con el deseo de obtener la mayor información posible sobre los lugares habitados por la población que enterraba en los dólmenes, practicamos una breve cata en dicho abrigo que proporcionó inmediatamente interesantes materiales, cerámica, sílex y un punzón de cobre del tipo usual en los dólmenes» [3].

Vistos los materiales que se conservan en el Museo de Navarra, sólo hay registradas con esta procedencia unas cerámicas espatuladas de color negro brillante, y el punzón a que se hace referencia, tal vez sea uno pequeño que aparece sin siglas.

EXCAVACIÓN Y MÉTODO.

Haciéndonos eco del interés señalado por su descubridor y ante los escasos conocimientos de lugares de habitación estratificados, paralelizables con las estaciones dolménicas, solicitamos la Excavación con el fin de conocer la potencia del yacimiento. El correspondiente permiso nos fue concedido por la Dirección del Patrimonio de Cultura del Ministerio de Educación y Ciencia, con fecha 5 de marzo de 1977.

Contamos para los trabajos de campo con la ayuda de un grupo de licenciados y estudiantes de la Universidad de Navarra, iniciando la excavación en la primera quincena de agosto [4]. Nuestro principal objetivo, como ya hemos indicado, consistía en ver la potencia estratigráfica del abrigo.

Para llevar el control de los materiales que pudieran salir, iniciamos los trabajos implantando una *línea 0* situada en la misma pared del covacho, dividida de 100 en 100 cms. con clavijas sujetas a la roca. Otra línea teórica, perpendicular a la anterior, nos permitió cuadricular el abrigo, como puede apreciarse en la figura 2.

Una vez preparada la plataforma, seleccionamos para excavar dos zanjas de 100 × 200 cms. en 17B-17C y 7B-5B. Aplicamos el sistema de coordenadas cartesianas divulgado por G. Laplace, con algunas simplificaciones para facilitar su uso [5].

ESTRATIGRAFÍA.

La mayor profundidad alcanzada fue de 170 cms. en 17B, sin que se llegara a la roca madre o a un nivel estéril que indicara la no ocupación del lugar. Esto acrecienta el interés del yacimiento. En el extremo oriental del abrigo, las piedras de derrubio acumuladas alcanzan una considerable potencia.

La diferenciación de niveles se ha visto con mayor claridad en la zona 17B y 17C y a ellos nos referiremos fundamentalmente. No están tan claros, por la abundancia de lechos de cantos angulosos en 5B y 7B, aparte de que en esta zona la profundidad máxima excavada ha sido de —75 cms. Aquí se construyó, no sabemos en qué época, un pequeño muro protector que cierra en parte el abrigo (fig. 2).

La estratigrafía del abrigo, simplificando un poco, puede resumirse del siguiente modo:

Nivel I. Presenta dos subniveles:

a) 0-30 cms. Revuelto, con gran cantidad de piedras pequeñas y angulosas. Su espesor aumenta en la zona Este del covacho.

---

3. MALUQUER DE MOTES, Juan, *Op. cit.*, Pamplona, 1963, p. 102.

4. Participaron activamente los licenciados: Jesús Beguiristain Gúrpide, Carmen Jusué Simonena y Francisco Javier Zubiaur Carreño. Y los alumnos de primer curso de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, Francisco Javier Martínez de Aguirre y Guadalupe Miral Esquioz. La Srta. Alvarez Calviño, del Departamento de Geología de la misma Universidad, tomó muestras para análisis de polen en la pared 17 A-B, habiendo recogido en visita anterior al lugar muestras de flora actual.

Fue necesaria también la ayuda de personal no especializado para desbrozar el camino y el abrigo ocupado casi totalmente por matorrales y boj. En esta tarea colaboraron D. Darío Iturri y su hijo, en cuya casa se hospedó parte del equipo.

Los dibujos que acompañan el texto son obra de Carmen Jusué Simonena.

5. LAPLACE, Georges, *De l'application des coordonnées cartesiennes a la fouille stratigraphique*, en «Munibe», XXIII, San Sebastián, 1971, pp. 223-236.

Desde el punto de vista arqueológico debe considerarse como correspondiente al Bronce Antiguo mezclado con material de época moderna.

b) 30-50 cms. Siguen estando presentes las pequeñas piedras angulosas y raíces, va predominando una tierra suelta y negra.
Por los materiales recogidos cabe considerarlo de la Edad del Bronce paralelizable con el mundo dolménico.

Nivel II. (50-65 cms.).

Al comienzo del nivel hay de 2 a 3 cms. de tierra negra con carbones de madera de boj y señales de fuego evidentes. En conjunto, el nivel se caracteriza por una tierra muy suelta y oscura, con alguna gran piedra. En la base del nivel hay manchas grisáceas como de descomposición de calizas.
Arqueológicamente se asimila, lo mismo que el nivel anterior, a un horizonte cultural de la Edad del Bonce Antiguo o Eneolítico.

Nivel III. (65 a 140 cms.).

Tierra porosa, con algún lentejón rojizo como de suelo oxidado y en algunos sectores bloques calizos que se rompen en lajas. En la base, el nivel se hace duro y blanquecino. Abundan los huesos calcinados, lo mismo que cantos rodados también quemados.
Podemos considerar el nivel culturalmente del Neolítico.

Nivel IV. (140-170 cms.).

Tierra al principio dura y apelmazada, de color amarillento. Sale alguna piedra grande aislada. En la base del nivel se nota ya un cambio hacia un suelo de tierra negra y suelta que no se excavó.
Pese a la escasez del material pensamos que se trata de un nivel postpaleolítico, con material exclusivamente lítico, cuya adscripción a una determinada corriente cultural epipaleolítica habrá que matizar en una futura excavación.

ANÁLISIS DEL MATERIAL ARQUEOLÓGICO.

El material encontrado en el covacho del Padre Areso durante la campaña de 1977, se compone de piezas cerámicas, líticas y óseas, que a continuación pasaremos a analizar.

La cerámica recuperada es más de un centenar de fragmentos de reducido tamaño, cuyas formas han sido imposibles de reconstruir. Fundamentalmente encontramos dos grupos cerámicos: la cerámica torneada y vidriada de época reciente y una cerámica hecha a mano, el lote más importante, del que trataremos más minuciosamente. La primera de ellas, la de superficies vidriadas, se encuentra entre los 0 a 30 cms. de profundidad, es decir, en el llamado nivel Ia. El segundo grupo aparece entre los 0 y 140 cms., correspondiendo el mayor número de fragmentos a los niveles I y II, estando únicamente representada por siete fragmentos en el nivel III.

Las características principales de estas cerámicas son el predominio de paredes exteriores espatuladas y alisadas con alguna bien bruñida, siendo menos numerosas las de paredes rugosas. Entre las espatuladas predominan los colores rojizos, mientras que el color predominante entre las de paredes alisadas y rugosas es el gris o negruzco. Cabe destacar sin embargo la presencia de algunos fragmentos bruñidos de color negro acharolado.

La calidad de la pasta también varía, desde algunas de buena clase a otras mediocres, con gruesos desengrasantes que dificultan la conservación de los fragmentos.

Ya hemos indicado el estado fragmentario de los restos recogidos. Esto impide reconocer tipos, pero los bordes conservados indican formas de paredes rectas, o convexas, y alguno parece indicar en la base del cuello el arranque de una panza (fig. 3). Los tres fondos conservados son planos, pero creemos que la forma de ciertos bordes y paredes exigirían fondos convexos.

La decoración es casi nula: un fragmento de pared muestra dos incisiones paralelas, hechas en pasta semi-blanda; dos fragmentos correspondientes a vasos diferentes llevan sendos cordones lisos; ocho fragmentos de paredes rugosas presentan una suerte de decoración plás-

tica a base de pasta sobreimpuesta, trabajada con los dedos de forma arbitraria, creando hoyuelos y surcos; y por último, de la cerámica de superficie, recogida en la limpieza inicial del abrigo, un minúsculo fragmento con líneas incisas formando a modo de ajedrezado. Creemos, pese a lo reducido del fragmento, que pertenece a un vaso campaniforme.

Atendiendo a su presencia en los diferentes niveles, se observa que en el *nivel Ia* convive la cerámica vidriada con la hecha a mano de paredes alisadas, espatuladas y rugosas. A partir de *Ib*, se encuentra únicamente cerámica a mano en las variedades de paredes espatuladas y rugosas, algunas con recubrimiento plástico. No vemos diferencia ni en calidades, ni en formas, ni siquiera de elementos sustentantes entre las cerámicas de Ia y Ib. A partir del *nivel II* los fragmentos encontrados pertenecen a vasijas de superficies externas espatuladas o simplemente alisadas. Los escasos restos encontrados en el *nivel III*, son espatulados, alguno decorado con baquetón liso y de pasta con gruesos desgrasantes.

La industria lítica suma un total de doscientos noventa y cuatro ejemplares, prácticamente todos ellos de sílex. La mayoría de los ejemplares son restos de taller, es decir, lasquitas, fragmentos de láminas, restos indeterminados y lascas con retoques poco precisos. No se han encontrado de momento, núcleos, que evidencien su talla en el lugar.

En cuanto a la materia prima utilizada, hay algún ejemplar de sílex de excelente calidad, pero en conjunto es un sílex mediocre de color gris con fuerte composición caliza. Una laminita se obtuvo en cristal de roca y algunas lascas son de caliza de grano muy fino y compacto. Como novedad técnica puede señalarse la presencia de una lasca con doble cara bulbar y alguna reflejada.

Los tipos recuperados por niveles, son [6]:

Nivel Ia:

— fragmento de lámina con borde abatido.
— microburiles, 4 (fig. 4, núms. 1 a 4).
— restos de talla.

Nivel Ib:

— buril simple lateral sobre fractura, 2 (fig. 4, núms. 5 y 6).
— lámina con muesca.
— fractura retocada (fig. 4, núm. 9).
— triángulo isósceles (fig. 4, núm. 8).
— restos de taller.

Nivel II:

— raspador sobre lámina retocada (fig. 4, núm. 10).
— fragmento de lámina con borde abatido.
— fragmento de laminita con borde abatido.
— triángulo incompleto (fig. 4, núm. 11).
— lámina con denticulación.
— microburiles, 2 (fig. 4, núms. 12 y 13 y lámina I).

Nivel III:

— raspador sobre lámina retocada (fig. 5, 1).
— raspador en hombrera (fig. 4, 7).
— perforador.
— buril simple lateral sobre fractura, 3 (fig. 5, núms. 2, 3 y 5).
— buril lateral sobre fractura retocada cóncava (fig. 5, 4).
— lasca con borde abatido.
— lámina con borde abatido arqueado (fig. 5, 6).
— lámina con borde abatido parcial, 2.
— fragmento de lámina con borde abatido.
— laminita apuntada con borde abatido rectilíneo (fig. 5, 9).

6. Utilizamos para la clasificación los criterios tipológicos de J. FORTEA expuestos en *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo Español*, Salamanca, 1973, p. 43 y ss.

— laminita apuntada con borde abatido rectilíneo y base recta (fig. 5, 7).
— laminita con borde abatido arqueado (fig. 5, 8).
— laminita con borde abatido parcial, 2.
— lasca con muesca.
— lasca denticulada.
— lámina con muesca.
— fractura retocada o tal vez laminita con borde abatido (fig. 5, 10).
— trapecio con un lado cóncavo, 3 (fig. 5, núms. 11, 12 y 13).
— triángulo escaleno alargado con el lado pequeño corto (fig. 5, 14).
— triángulo con dos lados cóncavos (fig. 5, 15).
— laminita con cresta.
— dos lasquitas con retoque abrupto marginal distal.
— una lámina con muesca y fractura por técnica de microburil, ápice triédrico (?) (fig. 5, 16).
— restos de taller.

Nivel IV (únicamente de 17B):

— 13 lascas.
— 10 láminas.
— 18 fragmentos de lascas y láminas.
— lasca con muesca.
— dos restos indeterminados de talla.

A la vista del material lítico recuperado podemos hacer alguna observación de tipo técnico y tipológico. Cabe señalar la presencia continua en todo el yacimiento de retoque abrupto en lascas y láminas, habiéndose utilizado en algún caso retoques simple y de buril (niveles Ib y III), destacando por su ausencia el retoque plano, aunque un ejemplar del nivel III (fig. 5, 13) presenta un retoque ligeramente invasor directo, combinado con retoque abrupto inverso. También, desde el punto de vista técnico, está presente desde el nivel superior la técnica de microburil sin que en la zona excavada se aprecie una clara correlación entre ésta técnica y la presencia de microlitos geométricos. De la comparación de tipos de talones en los niveles III y IV, que son los que mayor número presentan, podemos destacar, como se ve en la fig. 6, predominio de talones preparados (afacetados, punctiformes y diedros) frente a los lisos en el nivel IV, en tanto que la proporción de talones lisos que encontramos en el nivel inmediatamente superior es mayor.

En el aspecto tipológico se nota presencia de tipos de tradición paleolítica como raspadores y buriles (niveles Ib, II y III) y de tipos propiamente postpaleolíticos. Se nota precisamente un aumento de geométricos y laminitas de dorso en el nivel III, como puede apreciarse en la fig. 5. Están ausentes en el yacimiento las puntas foliáceas y las de pedúnculo y aletas, elaboradas con retoque plano, tan frecuentes en los monumentos funerarios megalíticos. Tampoco han aparecido elementos que indiquen una actividad agrícola, aunque estos datos negativos en un yacimiento tan parcialmente excavado deberemos tomarlos con prudencia.

Por último, queremos señalar la gran homogeneidad técnica y tipológica que caracteriza al instrumental lítico de «Padre Areso», indicando cierto aire «conservador» en quienes lo utilizaron, siendo necesario que nos basemos en otros elementos para poder determinar cambios culturales.

Material óseo. Se han encontrado buen número de restos óseos, en su mayor parte de comida, y algunos de identificación determinable, que quedan depositados, con el resto del material arqueológico, en el Museo de Navarra en espera de quien se interese por su estudio. A primera vista, predominan los restos de cabra y de oveja, pudiendo identificar algún molar de cérvido.

De este lote nos interesan, por estar afectados de manera más o menos intencionada por trabajo humano, unos treinta y dos ejemplares, así como dos conchitas perforadas. Lo reducido del lote nos permite una cómoda descripción: —cinco fragmentos de asta de cérvido, quemados y uno con señales evidentes de uso, todos pertenecientes al nivel III; —once esquirlas de los niveles II y III que aparecen tosca e intencionadamente apuntadas; —catorce ejemplares presentan incisiones hechas con sílex del tipo que se suele denominar «marcas de caza», corresponden a los niveles I y III; —un fragmento basal de una probable espátula con rotura antigua; y por último, una espátula, con rotura reciente por tres sitios que casan, de

extremidad proximal apuntada y la distal redondeada y roma. En el anverso presenta incisiones longitudinales ligeramente inclinadas de izquierda a derecha y de arriba abajo, que en ocasiones se entrecruzan formando rombos. Soporte al parecer en costilla de oveja. Dimensiones: longitud 114 mm., anchura máxima 17 mm., espesor 3 mm. Nivel II (figura 8 y lámina III).

No es extraño en la zona ni en el momento cultural a que pertenecen estos materiales el trabajo en hueso. Como ejemplos muy próximos tenemos, en el dolmen de Faulo, un silbato en hueso encontrado por el Dr. Maluquer de Motes [7], y en la próxima cueva de Los Moros de la Foz de Navascués, un punzón perfectamente terminado [8], sin referirnos a otros hallazgos del mundo dolménico, más alejados.

De las dos conchas perforadas, una negra, la otra blanca, recogidas en los niveles III y IV respectivamente, tenemos paralelos cercanos en el ámbito navarro en los niveles I y Ib de la cueva de Zatoya en Abaurrea Alta [9]. (Lámina II).

Además, hemos de señalar la presencia de cristal de roca en los niveles Ib y II, en unos casos en estado natural y en otros utilizado para obtener laminitas. Es bien sabido el valor «religioso» de este material entre los pastores del mundo dolménico, como ha indicado en repetidas ocasiones don José Miguel de Barandiarán. Y, como objeto interesante, del nivel Ib procede un fragmento de roca de grano fino, que en la superficie pulimentada muestra unos grabados de tipo lineal. (Lámina II).

VALORACIÓN.

De una primera campaña no pueden obtenerse muchas conclusiones. Nos mantendremos a la expectativa de los datos que proporcione otra campaña que deberá llevarse a cabo con un equipo más amplio y de mayor duración.

Sin embargo, se observa una clara raíz epipaleolítica en sus ocupantes, en base al material lítico, de facies, al parecer, geometrizante, por la presencia de microlitos geométricos y microburiles a lo largo de los diferentes niveles. Entre los geométricos, las formas presentes son exclusivamente trapecios y triángulos, elaborados con retoque abrupto, con un solo ejemplo de retoque invasor directo como complemento de un retoque abrupto inverso (figura 5, 13).

El nivel IV, cuando se excave en mayor extensión, esperamos que nos aclare su relación con los niveles más recientes, ya que un material procedente de 100 cms.^{2} es a todas luces insuficiente. De momento se observa, con respecto al nivel III, una mayor preparación de talones en lascas y láminas (figura 6).

Careciendo de dataciones absolutas, es menester hacer hincapié en la presencia de cerámica a partir del nivel III. Nivel, que por su claro predominio de material lítico y su tipología, creemos debe atribuirse a la llegada de los modos de vida neolíticos a la zona. Respecto a la cerámica, ya hemos indicado sus características en el análisis de las mismas. Creemos de interés señalar aquí la presencia, en los niveles Ia y Ib, de fragmentos cerámicos con recubrimiento plástico al exterior, trabajado con dedos para crear una decoración de hoyuelos o surcos. Esta cerámica interesa por ser frecuente en cuevas de habitación y funerarias de la zona. Se han encontrado restos de esta variedad en la Cueva del Moro de Aspurz [10] en Valdesoto de Navascués [11], en la cueva de Los Moros de la Foz [12], en la de Abauntz (Arraiz) [13], y en la del Nacedero de Riezu y otras cuevas de Tierra Estella [14].

---

7. MALUQUER DE MOTES, Juan, *Op. cit.*, 1955, p. 298.
8. MALUQUER DE MOTES, Juan, *Op. cit.*, 1955, p. 290.
9. BARANDIARÁN, Ignacio, *El proceso de Transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya*, «Príncipe de Viana», 146-147, Pamplona, 1977, pp. 5-46.
10. MALUQUER DE MOTES, Juan, *Op. cit.*, 1955, p. 298.
11. MALUQUER DE MOTES, Juan, *Op. cit.*, 1955, p. 295.
12. MALUQUER DE MOTES, Juan, *Op. cit.*, 1955 (lámina III). Asociada a frecuentes mamelones y decoraciones incisa y de bandas toscas impresas.
13. UTRILLA, Pilar, *La cueva de Abauntz, en Arraiz, Navarra*, XIV, Congreso Nacional de Arqueología [Vitoria 1975], Zaragoza, 1977.

IDEM, *Excavaciones en la cueva de Abauntz (Arraiz). Campaña de 1976*, en «Príncipe de Viana», 146-147, Pamplona, 1977, pp. 47-63.

14. BEGUIRISTAIN, M.ª Amor, *Cueva del Nacedero de Riezu. Valle de Yerri (Navarra).* En prensa.

Además, en «Tierra Estella» se han recogido abundantes cerámicas de este tipo, en varias cuevas sin excavaciones sistemáticas.

Si analizamos la asociación de esta cerámica parece clara su utilización por gentes que practican el ritual de la inhumación colectiva. Así ocurre en las cuevas de Navascués, que hemos señalado, en la de Abauntz, asociada a cerámicas negras, a foliáceas de retoque plano y de pedúnculo y aletas, a cuentas de collar y a un colgante al parecer de calaita [15] en la citada cueva de Abauntz. Lo que no parece quedar tan claro, es su posición frente a las construcciones dolménicas, ya que no encontramos esta cerámica en ningún dolmen. Sin embargo, la presencia del fragmento de campaniforme inciso, localizado en el nivel superficial del «Padre Areso» puede ser de interés excepcional para establecer su empleo en un momento simultáneo, e incluso anterior, a la llegada del Campaniforme a la zona que nos ocupa. Por tanto, paralelizable con la segunda fase dolménica.

Insistiendo en la provisionalidad de nuestras conclusiones, mantenemos para el Abrigo del Padre Areso una atribución inicial al Epipaleolítico, de facies tal vez geometrizante, con la perduración de técnicas y de tipos líticos en un marco cultural ya del Neolítico, y ocupación del abrigo, como hábitat, por gentes que conocen el ritual funerario de inhumación colectiva, en cuevas y dólmenes. Su empleo como refugio temporal ha perdurado hasta nuestros días.

15. Vide nota 13.

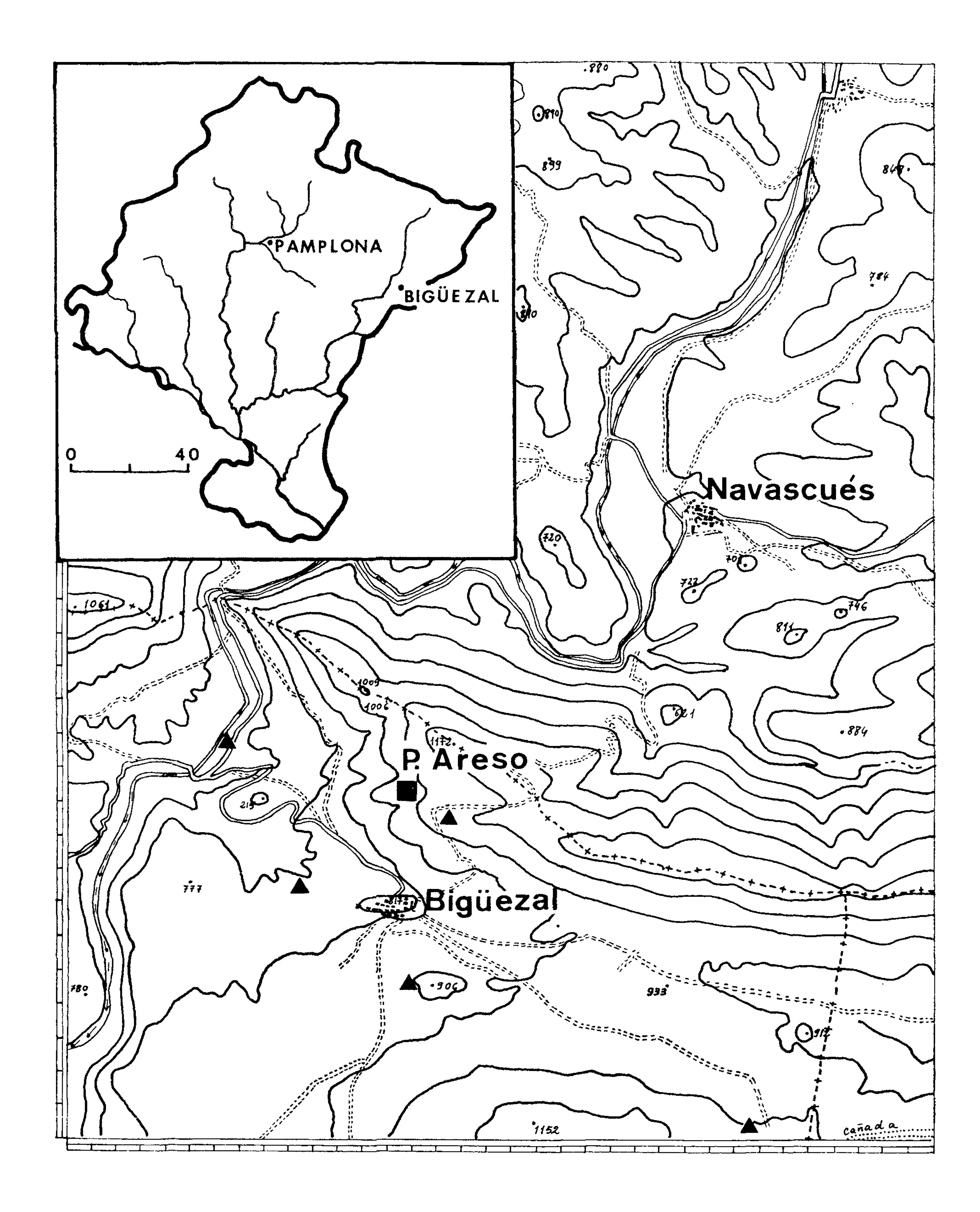


Figura 1. *Localización geográfica del yacimiento* (■) *y de los dólmenes próximos* (▲).

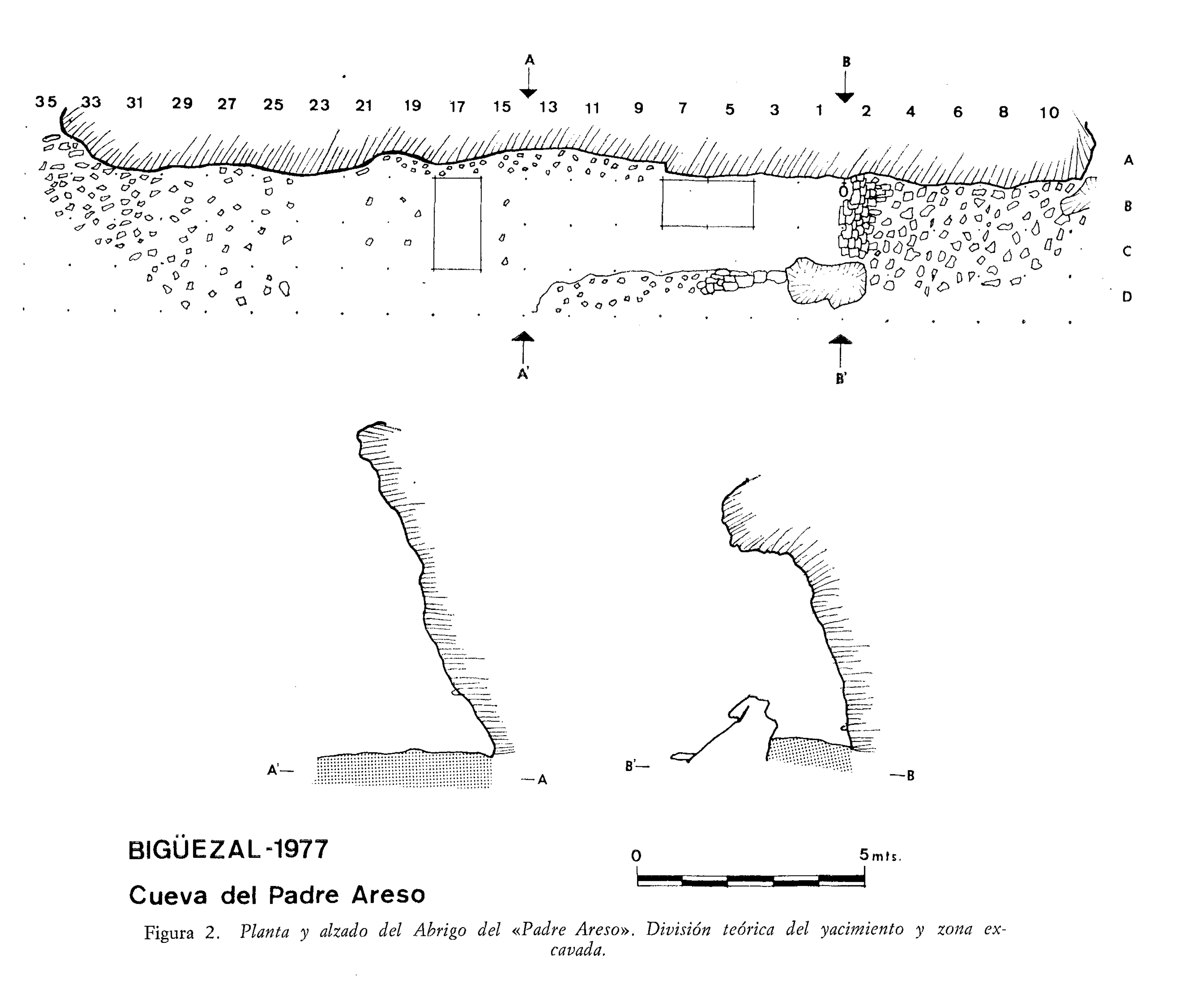


Figura 2. *Planta y alzado del Abrigo del «Padre Areso». División teórica del yacimiento y zona excavada.*

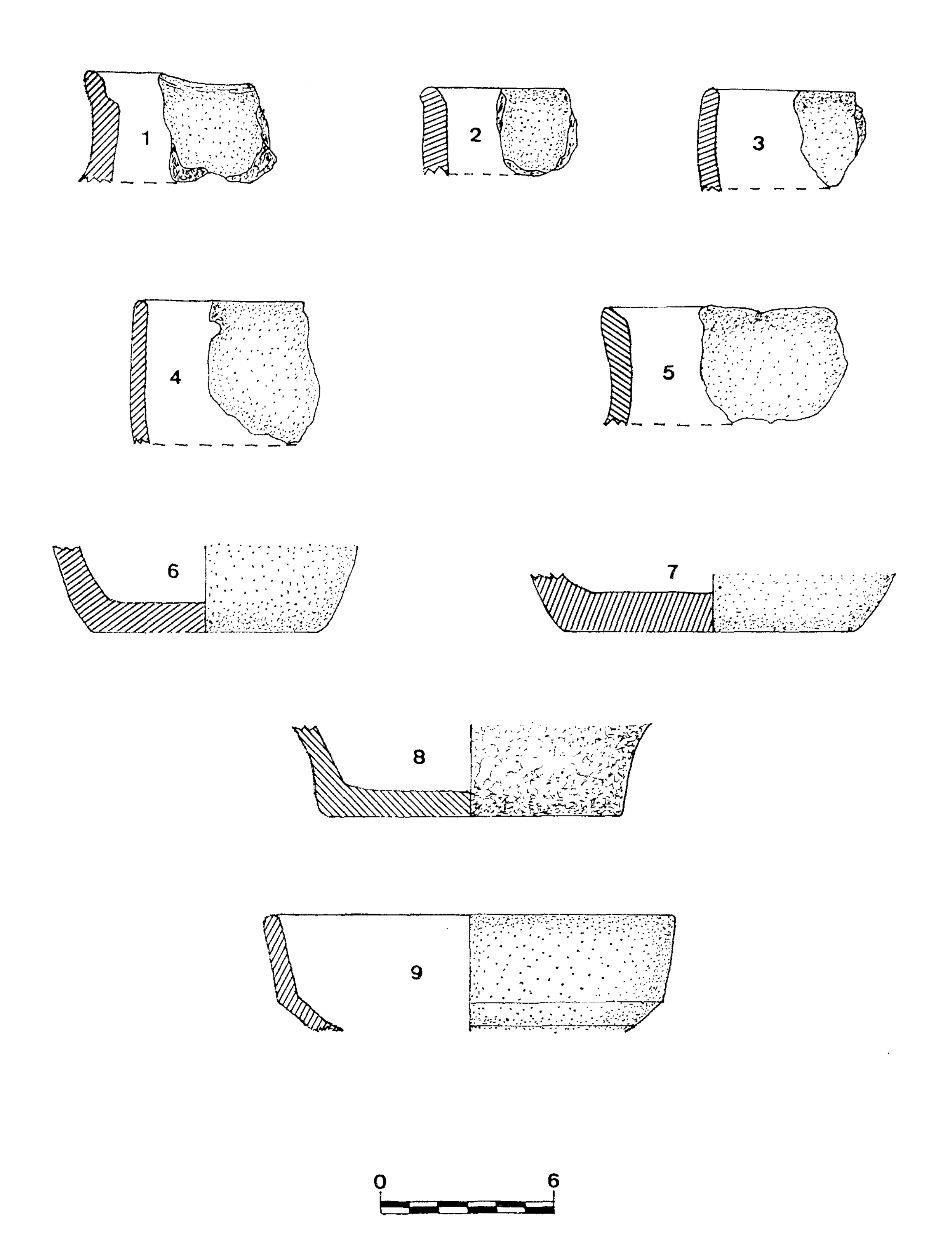


Figura 3. *Material cerámico del «Padre Areso». El* n.º 9 pertenece a los materiales recogidos por J. Ma-*luquer de Motes.*

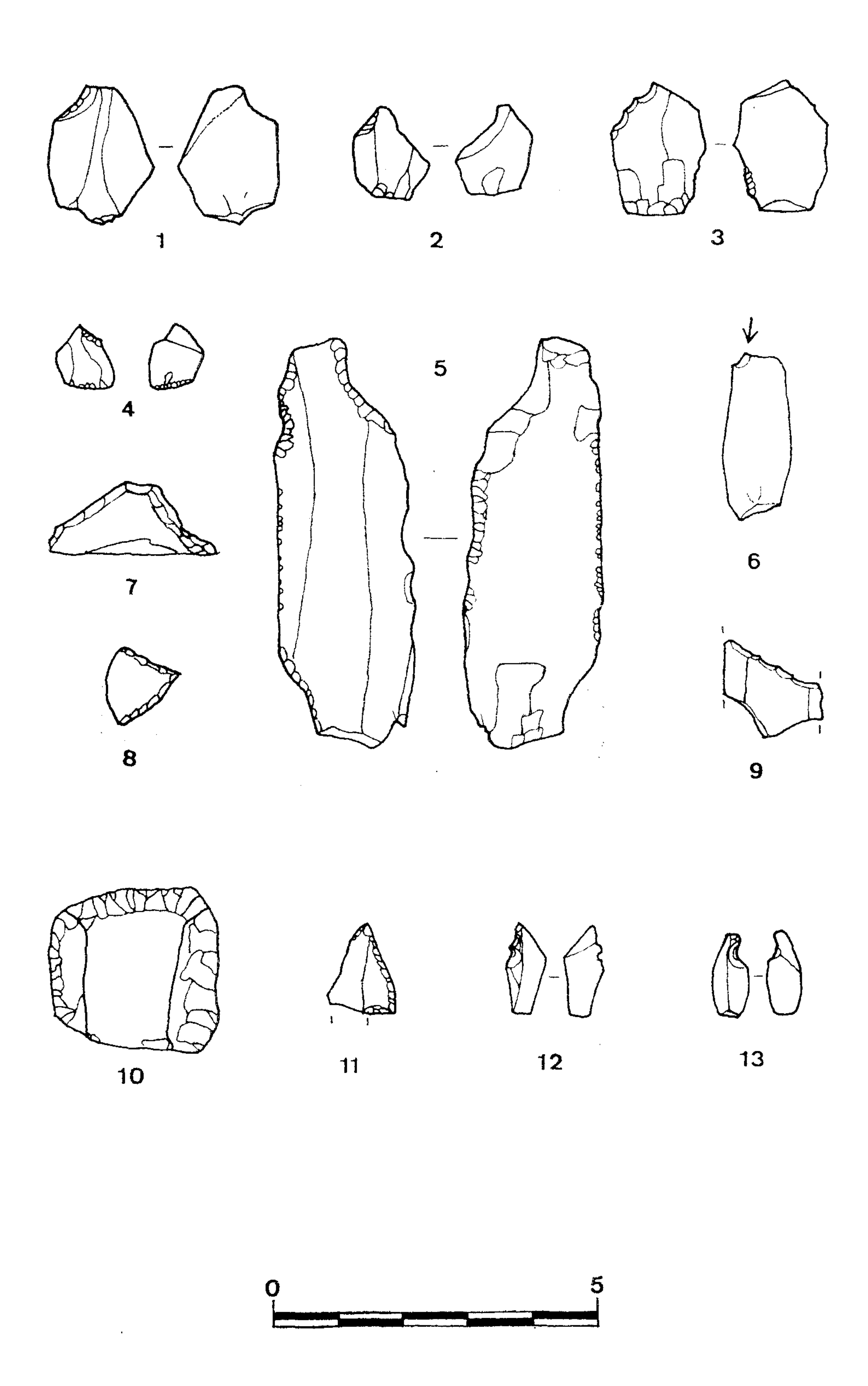


Figura 4. *Piezas líticas de los niveles I y II. N.º 1 a 4 nivel Ia; n.º 5, 6, 8 y 9 nivel Ib; n.º 10 al 13 nivel II.*

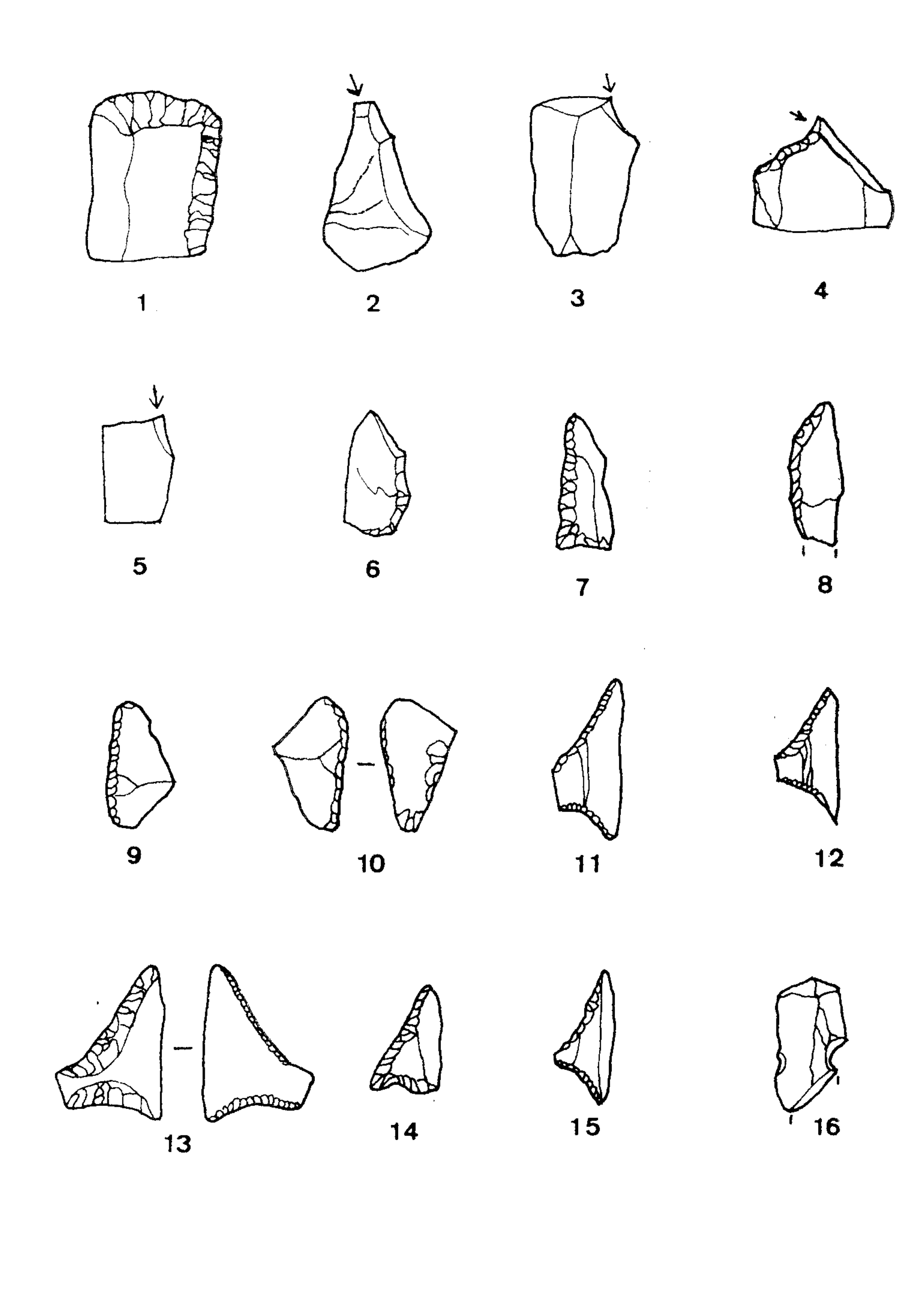


Figura 5. *Piezas líticas del nivel III.*

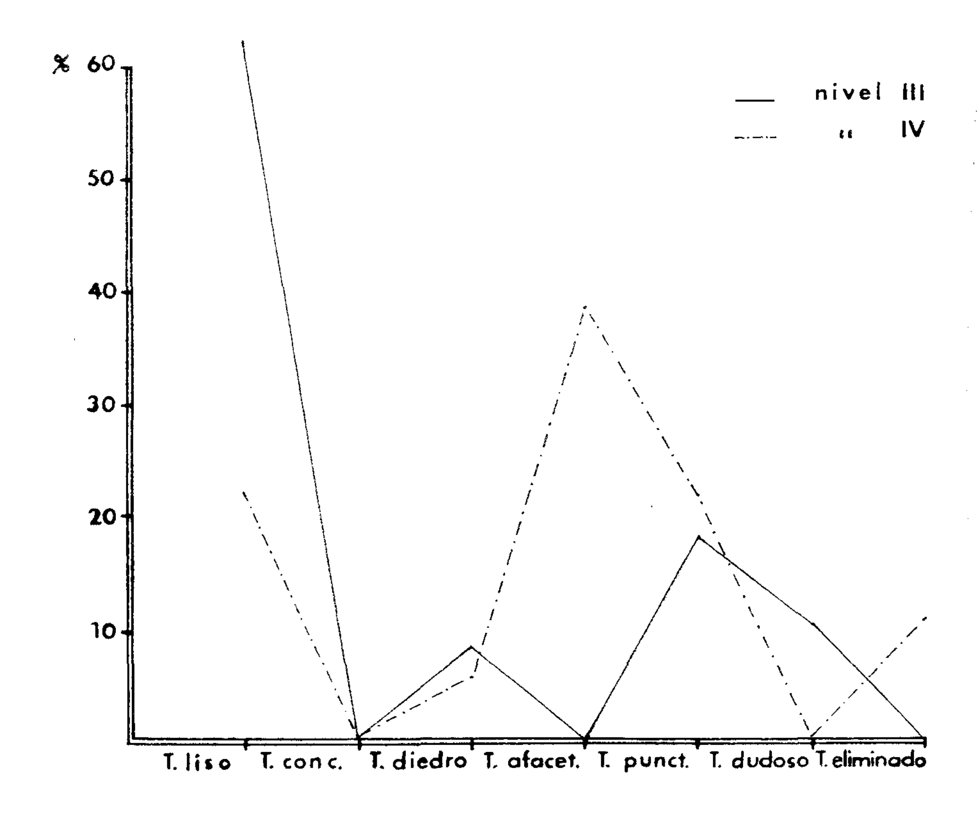


Figura 6. *Comparación porcentual de tipos de talones entre los niveles III y IV.*

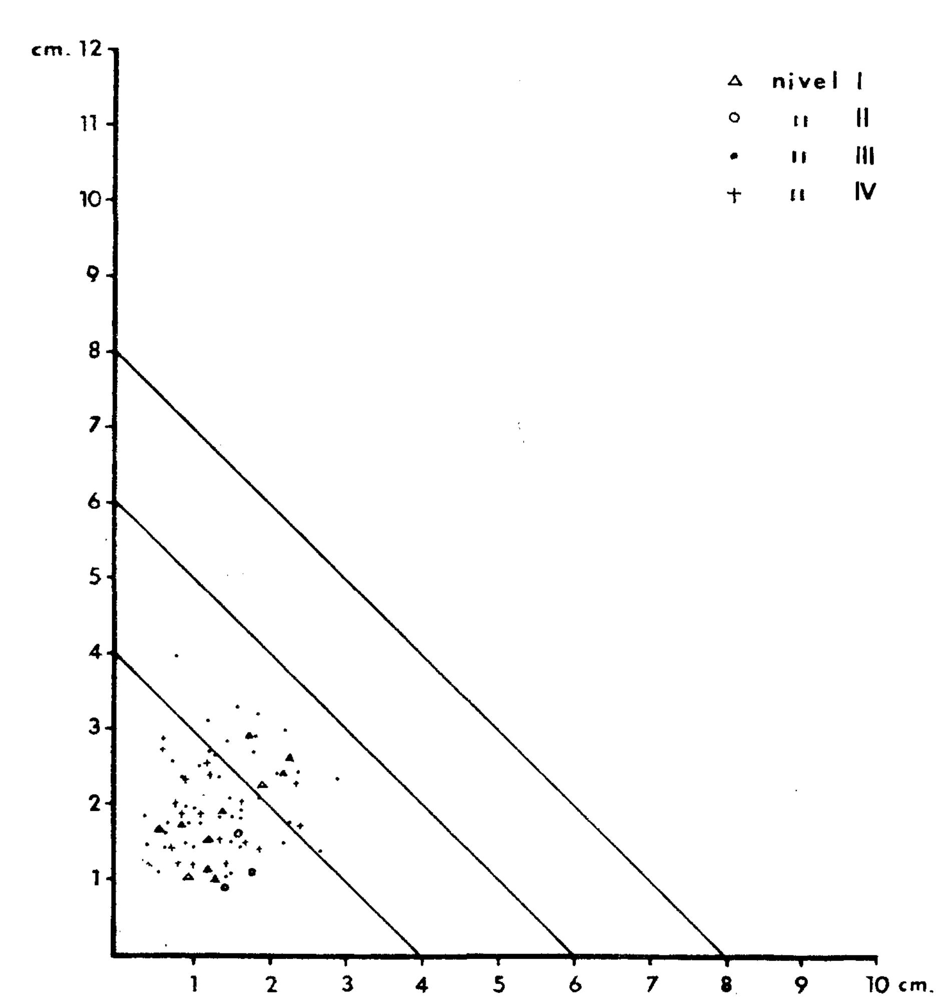


Figura 7. *Aplicación de la gráfica de Bagolini a lascas y láminas no retocadas.*

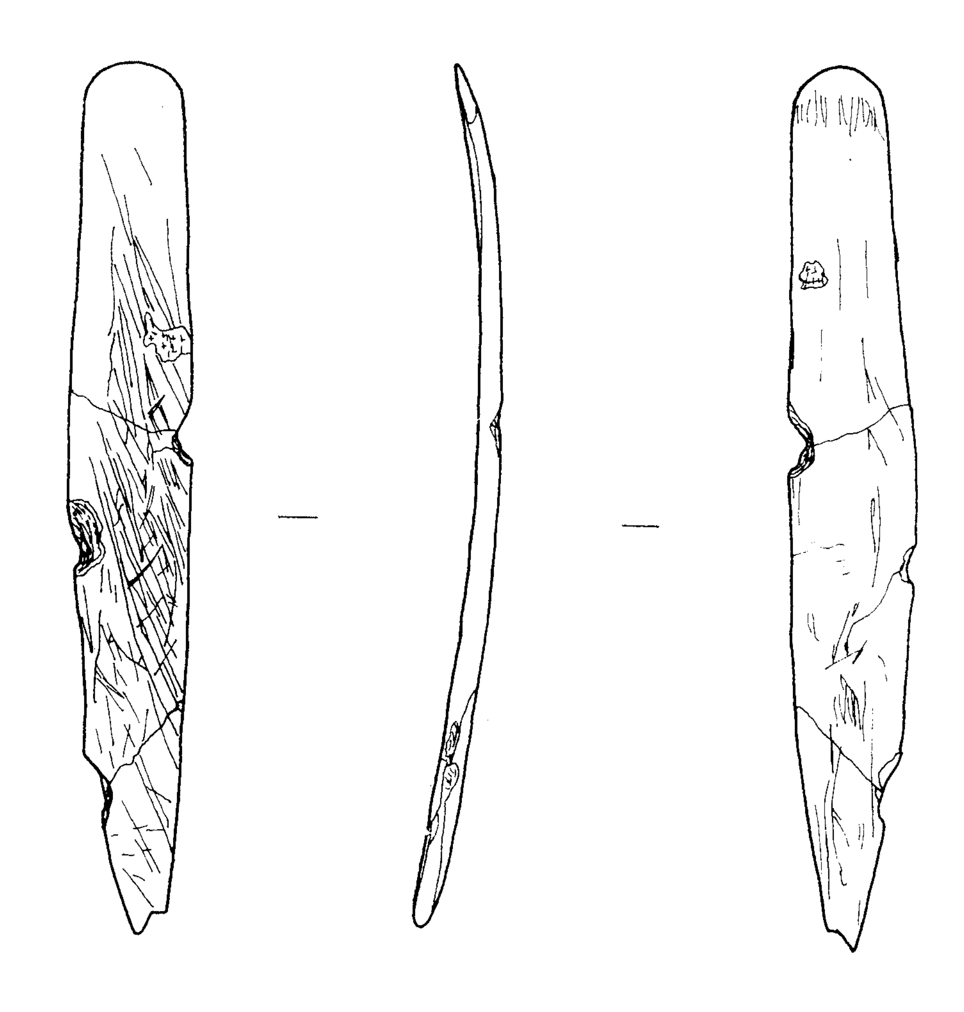




Figura 8. *Industria ósea: espátula del nivel II.*

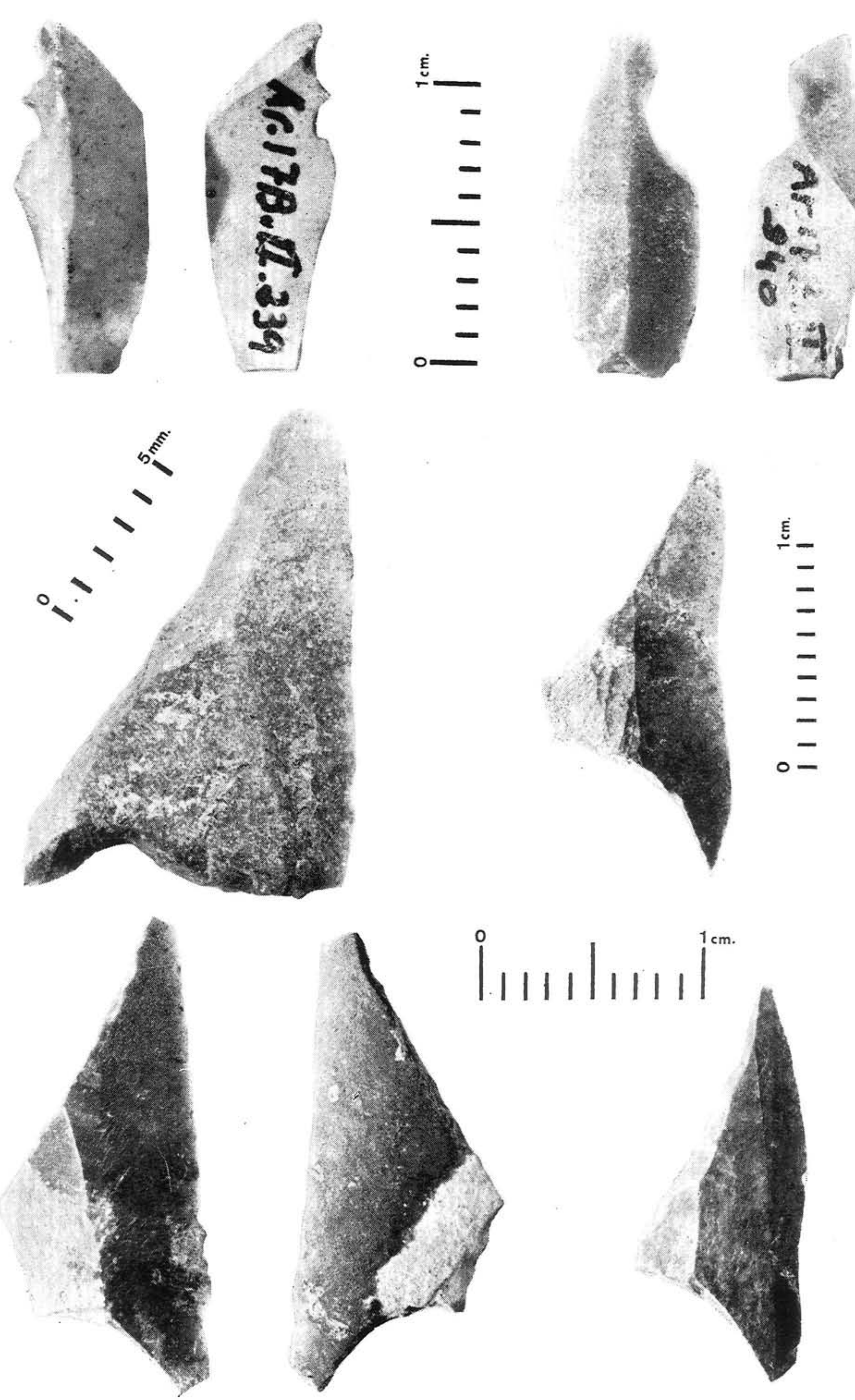


Lámina 1. *Muestreo del material lítico.*

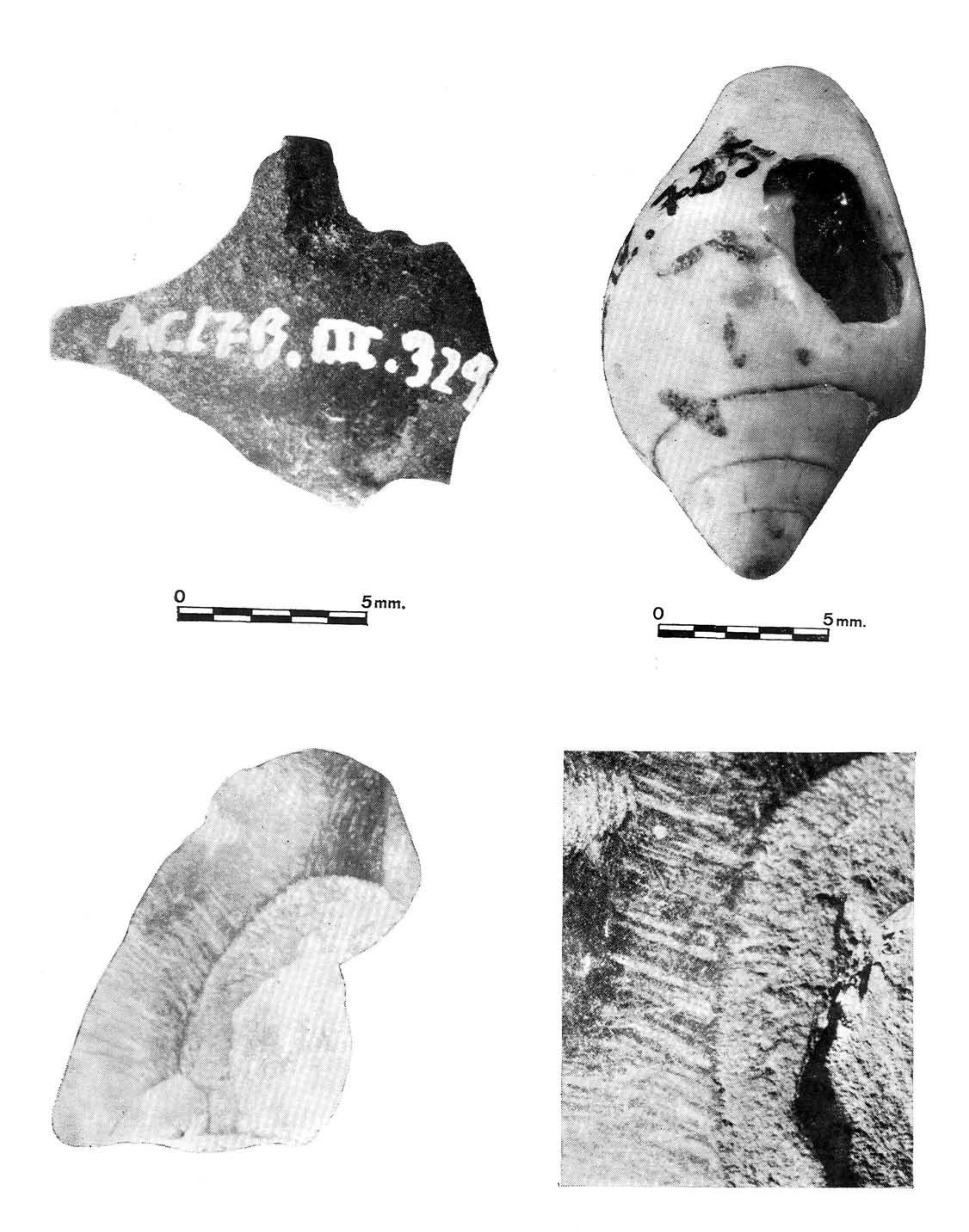


Lámina 2. *Materiales diversos del «Padre Areso».*



Lámina 3. *Espátula del nivel II.*

CUEVA DEL NACEDERO DE RIEZU, VALLE DE YERRI

M.ª AMOR BEGUIRISTÁIN
Seminario de Arqueología
Universidad de Navarra

Presentamos ahora el estudio inicial de una cueva próxima al llamado «Nacedero de Riezu», que fue dada a conocer a la Comisión de Excavaciones y Arqueología de la Institución «Príncipe de Viana» por D. Félix Gil, como miembro del Grupo Montañero de Echavacoiz [1].

Ante el peligro de deterioro del material, parcialmente en superficie, se solicitó el correspondiente permiso de excavación, concedido a la firmante de estas notas por la Dirección del Patrimonio Artístico y Cultural con fecha 2 de agosto de 1977.

La subvención económica para el desarrollo de la tarea de campo corrió a cargo de la Fundación «José María Aristrain Noain».

Localización geográfica. Está situado el yacimiento en la Hoja 140 del M. T. N. a escala 1:50.000, entre las coordenadas geográficas de 42° 46' 30" latitud N. y 1° 42' 57" de longitud, en un medio calizo, del paraje que denominan los habitantes de Riezu «Arbioz» o «Irbioz». Mantenemos sin embargo la denominación dada inicialmente para evitar confusiones. La boca de la cueva se abre aproximadamente en la cota de 645 ms.

Para llegar al lugar es necesario salir del núcleo de Riezu y atravesado el puente sobre el Ubagua tomar el camino a la izquierda que sigue el curso del río hasta llegar al «Nacedero». Una vez aquí se atraviesa el cauce del río y en medio de una zona de campamentos juveniles se continúa hacia un desfiladero. Poco antes de llegar a un canchal hay que desviarse unos 50 ms. del camino para alcanzar, en la pendiente, la boca de la cueva (Figura 1).

Tiene ésta una boca de arco apuntado algo desviado que da acceso a una amplia sala alargada que denominamos vestíbulo. Al fondo se abre un tubo descendente de casi veinte metros de desarrollo que da paso a las cámaras interiores. Su orientación, planta y alzado puede verse en la figura 2.

Desarrollo y método de trabajo. Para el trabajo de campo conté con la ayuda de los licenciados Jesús Beguiristain Gúrpide y Francisco Javier Zubiaur Carreño. También fue muy útil la ayuda de Félix Gil y Antonio Devesa a la hora de levantar la planta del interior de la cueva [2]. Los dibujos del material cerámico han sido realizados en su totalidad por la licenciada Carmen Jusué Simonena, contando además con la colaboración de alumnos de segundo curso de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Navarra para la clasificación y siglado de los materiales [3].

---

1. Quiero desde aquí reconocer el ejemplar comportamiento de los miembros de este grupo al dar a conocer y entregar estos materiales al Museo de Navarra, permitiendo así que la cueva del Nacedero de Riezu no permanezca inédita como sucede con tantas otras.

2. Posteriormente, D. Isaac Santesteban nos ha facilitado el plano de esta cueva levantado por miembros del grupo de Espeleología de la Institución «Príncipe de Viana». Incluimos este último por considerarlo más correcto que el nuestro. Hemos respetado los datos de localización de materiales que recogió y anotó dicho grupo, añadiendo mediante letras lo recogido por nosotros.

3. Estos alumnos son: Pedro Arrese, Mercedes Chocarro, Juan Ignacio Erce, María Gembero, Lourdes Gutiérrez, Francisco Labe y Marta Larumbe.

El trabajo de campo, tuvo dos zonas de acción, una en el interior de la cueva y otra en el vestíbulo.

El Interior, constituido por tres cámaras de orientación NE-SW, presenta un estrecho y difícil acceso descendente como puede verse en la Figura 2. La gran cantidad de cantos angulosos que cubren el suelo dificultaba aún más el trabajo. Procedimos a levantar las plantas de dichas cámaras y a la vista del medio arcilloso del suelo, localizamos en el plano aquellos objetos que por aflorar en superficie pudieran atraer la curiosidad de futuros visitantes. Se observó que a menudo, especialmente en el centro de la cámara que denominamos A y en el divertículo oriental que presenta la cámara B, la arcilla amarillenta presentaba manchas negras, pero no se ha encontrado ningún hueso calcinado. Puede ser interesante, más adelante, realizar una cata en esta zona sirviéndose de un equipo electrógeno pues de otro modo se corre el peligro de no ver bien determinados materiales arqueológicos que puedan encontrarse. Creemos que no tendrá mucha potencia el suelo fértil ya que parece tratarse de una cueva sepulcral con simple depósito de los cadáveres sin recubrir. Da la impresión de haber sido, tanto los restos óseos como los cerámicos, desplazados por corrientes de agua y a la vez recubiertos, en parte, por las arcillas. Tampoco se puede descartar la posibilidad de que existiera otro acceso más cómodo que el utilizado por nosotros. De no ser así hay que considerar que ciertas vasijas —con diámetro superior a 36 cms.—, se depositarían rotas.

No presentó tantas dificultades el trabajo en el Vestíbulo que por su disposición parece el lugar idóneo para un habitat. Tras levantar su planta y secciones longitudinal y transversal se procedió a realizar una pequeña cata de sondeo de 100×100 cms. que no nos permitió alcanzar una profundidad mayor de 110 cms. Nuestro objetivo era comprobar si efectivamente esta zona de la cueva había tenido el uso que sospechábamos y en qué época. Como resultado de la prospección llegamos a diferenciar los siguientes niveles:

— *a.* Superficial.— De 30 cms. de espesor, tierra marrón con piedras angulosas y restos de madera quemada, sobre todo al comienzo del nivel.

— *b.* Espesor de 8 a 10 cms. Color blanquecino de descomposición de calizas. Entre los sectores 2-3 aparece una piedra horizontal, bien asentada que mide 36 × 40 × 20 cms.

— *c.* Potencia del nivel de 25 a 27cms. aproximadamente. Es de color marrón con tierra suelta arenosa.

— *d.* Desdoblamos este nivel por la textura de la tierra pero pensamos que pueden unirse. Lo que llamamos d', con un espesor de 17 cms., presenta color marrón de contacto con el nivel c, pero es cada vez más arcilloso. El llamado d'' es totalmente arcilloso. De éste se levantaron hasta 30 cms. sin que se llegara a la roca. Grandes bloques de caliza desprendidos dificultaban el trabajo impidiendo continuar. Bajo una de las piedras salieron caracoles y carbones.

(Vid. Figura 3).

Material recuperado. Consideramos conveniente mantener la dicotomía Interior-Vestíbulo a la hora de analizar el material recuperado para establecer después de las posibles relaciones.

INTERIOR.

Se han recogido sobre todo restos cerámicos y en menor medida óseos. Todos ellos se pueden agrupar en tres apartados:

1. *Restos antropológicos.* Comprenden varios fragmentos de un mismo cráneo de la cámara A (señalado en la figura 2 con el símbolo H1), cuatro fragmentos de cráneo en una fisura de la pared occidental de la cámara B (figura 2, H_2) y en el divertículo oriental unas vértebras señaladas en el plano con la letra H_3.

2. *Restos de fauna.* Se recogieron restos óseos de diferentes animales, en general muy fragmentados, algunos roídos, seguramente muchos de ellos arrastrados por las aguas hacia

el interior[4]. (Los materiales recuperados se señalan en el plano general de la cueva con la letra F).

Estos restos son: en la *Cámara A* un pequeño lote formado por un molar de rumiante, seis fragmentos de huesos largos, algunos roídos, y tres fragmentos no identificables (F_1). En el centro de esta misma cámara, hasta diecinueve fragmentos de difícil identificación y siete identificables (F_2). En la *Cámara B* se ha recogido cierto número de restos en el divertículo oriental (F_3). Son veintidós fragmentos perfectamente identificables y cuatro esquirlas. Destaca un colmillo de jabalí con pulimento, probablemente natural y pequeñas incisiones. En la figura de la pared occidental también había dos fragmentos de huesos largos de gran animal, tal vez un bóvido, junto a unas esquirlas (F_4). También en el estrechamiento entre las Cámaras B y C había doce piezas óseas clasificables y nueve esquirlas (F_5).

3. *Ajuar cerámico.* Es el material más abundante y mejor conservado. Se han podido reconstruir formas y recuperar fragmentos de bordes, paredes y fondos que permiten su representación gráfica (Figuras 4 a 8). En la *Cámara A,* nada más entrar, a la derecha, entre dos columnas estalagmíticas se recogieron cinco fragmentos de una vasija de gran diámetro, con decoración de impresión digital, sobre cordón, en el arranque del cuello y decoración de hoyuelos y surcos hechos con los dedos sobre arcilla tierna en la panza. (Vid. Figura 8, n.º 1). Junto a este vaso, más de una docena de fragmentos de cerámicas rugosas o simplemente alisadas, que por su tamaño no se puede deducir la forma. Del mismo lugar es un pequeño fragmento de borde de cerámica rugosa (Figura 8, n.º 4) y el fondo plano también de paredes rugosas de la figura 7, n.º 2 (Vid. Figura 2, V_1). Del centro de esta cámara proceden la mayor parte de los restos antropológicos. Como hemos indicado, iban asociados a fragmentos de vasos con paredes lisas (Figuras 4 n.º 4, 6 n.º 1 y 7 n.º 4), con paredes rugosas (Figura 8, n.º 2 y 6) de formas más o menos identificables, y catorce fragmentos de ambas variedades de paredes, de tamaño pequeño.

El paso a la cámara B lo marca un fuerte descenso. En esta *Cámara B* se recogieron diferentes lotes. En el divertículo oriental, junto a los restos óseos y a un canto rodado que mide 27 × 25 × 19 mms., había los siguientes materiales cerámimos: 11 fragmentos de pared de grandes vasos espatulados y algunos con carena (Figura 7 n.º 5); 1 fragmento con pequeño mamelón (Figura 4 n.º 3) y varios de pastas similares que pegan entre sí dando la forma de cuenco abierto (Figura 5 n.º 2). Parte de estos materiales estaban depositados sobre una repisa de piedra. En este lugar la tierra, al igual que en el centro de la cámara A se mostraba negruzca y grasa. Por último, de la *Cámara C* son cuatro fragmentos de un fondo liso (Figura 7 n.º 3), un arranque de pared desde el fondo, un borde con pared y asa, espatulados en pasta de color negro (Figura 4, n.º 5) y otros dos fragmentos de borde, también espatulados, uno de ellos con baquetón realzado e impresión digital (Figura 4, n.º 7), y el otro sin decoración (Figura 4, n.º 6). Además, cerámicas de paredes rugosas entre las que figura un borde con pared de color negruzco.

VESTÍBULO:

Al comienzo del pasadizo, procedentes seguramente del interior, se recogieron algunos fragmentos cerámicos. Por su parte, en la cata que practicamos, los hallazgos —que describimos a continuación—, fueron pobres:

nivel a o superficial: de él proceden una esquirla ósea con marcas, cinco esquirlas óseas no identificables, una pieza dentaria de cáprido y cerámicas vidriadas y sin vidriar. Se trata de nivel de ocupación ocasional moderno;

nivel b: veintiún esquirlas óseas no identificables, dos fragmentos de molar, una esquirla ósea identificable, en cerámica varios fragmentos torneados y sin tornear. Puede atribuirse el nivel, a juzgar por los restos cerámicos de perduración en época medieval;

nivel c: restos óseos, algunos determinables, y fragmentos cerámicos entre los que figuran: siete pertenecientes a paredes rugosas o ligeramente alisadas que pertenecen a cuatro o cinco vasos diferentes, un fragmento de cerámica peinada, todos ellos hechos a mano y ade-

4. El material óseo, junto con el resto del ajuar, fue depositado en el Museo de Navarra en espera de quien se interese por su estudio.

más un fragmento de pared con «raspador», de vaso torneado de tipo «celtibérico». Corresponde a la Forma 1 de la tipología de A. Castiella [5].

Parece corresponder el nivel a la Edad del Hierro o su perduración.

nivel d_1: presenta grandes bloques de piedra entre los que se encuentran restos minúsculos de hueso y un fragmento de cerámica espatulada. Apenas puede diferenciarse del *nivel llamado* d_2, donde se han recogido restos de roedores, caracoles y como material arqueológico, una lasca de caliza, dos fragmentos de cerámica hecha a mano —uno rugoso y otro de pared espatulada—, y un canto rodado.

Ambos creemos que pueden ser coetáneos del momento en que empezó a utilizarse el interior de la cueva con fines sepulcrales.

Es evidente la pobreza de restos localizados en la cata de control, pero no descartamos que en otro lugar del vestíbulo aparezcan en mayor abundancia.

Paralelos y valoración. Como puede deducirse de lo visto hasta aquí, nos encontramos ante un yacimiento en cueva de doble utilización: una en la boca o vestíbulo y otra en las cámaras del interior. La primera zona, debió ocuparse como lugar de habitación, al menos desde el momento en que se empleó el interior con fines sepulcrales. La utilización de la boca que perduró hasta época histórica, no debió ser nunca muy numerosa ni prolongada, a juzgar por los restos recuperados.

Por su parte, el interior sirvió como lugar de enterramiento colectivo practicándose inhumaciones, al parecer, superficiales. En cuanto a la presencia en la *Cámara A* y en el divertículo de la *Cámara B,* de manchas negruzcas y grasas, no parecen corresponder a la práctica de ritual de incineración ya que no se ha encontrado ningún resto óseo calcinado, ni ningún otro indicio que lo confirme. Mas bien creo que obedezcan a la necesidad de iluminación del interior o tal vez podría deberse a fuegos rituales.

Este tipo de yacimientos, como es sabido, es relativamente abundante en la cuenca alta del Ebro, especialmente en su margen izquierda. La presencia de covachos naturales en las vertientes meridionales de los Montes Vascos y del Prepirineo fue aprovechada con fines sepulcrales o de habitación. Por citar algunos ejemplos podemos señalar las cuevas alavesas de Las Calaveras (Carcamo), El Lechón (Artaza), Gobaederra (Subijana) y Solacueva (Lacozmonte) en la Sierra de Arcamo; las de Obenkun y Arratiandi cerca de sendos afluentes del Ega; más al sur, el interesante covacho de Los Husos (Elvillar) y ya en Navarra, en la misma «Tierra Estella», la cueva de Urbiola o de «Los Hombres Verdes» y un número elevado de lugares inéditos. Más orientales, las cuevas de Almirantío de Navascués de diferente utilización (La de Valdesoto, Moros de la Foz, Ososki, Padre Areso...). Algunas se emplearon exclusivamente con fines sepulcrales, así la de Gobaederra, Las Calaveras, El Lechón, Arratiandi, Obenkun, Mairuelegorreta III, Abauntz, Urbiola, y Moros de la Foz. Otras sirvieron de refugio o vivienda permanente como la cueva de la Iglesia y Covairada en Alava o las de Valdesoto y Ososki en Navarra. Pero las hay también con el doble uso, como la de Riezu, tal es el caso de Solacueva de Lacozmonte. También este doble uso está atestiguado en Los Husos I pero en diferentes momentos.

Queda por precisar la cronología de estos yacimientos. El uso de las cuevas se remonta por su simplicidad a los tiempos más remotos de la prehistoria. Por tanto el tipo no es específico de un período concreto. Como dice Teresa Andrés, refiriéndose a lo sepulcral: «El rito funerario en cuevas podría calificarse de impersonal...» [6]. Esta definición puede hacerse extensiva también al habitat.

Ante la pobreza de restos en la cata de comprobación del vestíbulo nos centraremos en los ajuares funerarios para establecer paralelos. Estos ajuares de la cueva del Nacedero de Riezu son prácticamente cerámicos. Un colmillo de jabalí y una lasca de sílex negro, sin huellas de uso ni retoque, son la excepción.

Frente a la escasez de material lítico y óseo, cabe destacar la riqueza en número y variedad del material cerámico. Esta variedad, en formas y acabados es la que define el conjunto. Se trata de vasos hechos a mano que se pueden agrupar para su estudio en dos blo-

---

5. CASTIELLA RODRÍGUEZ, Amparo, *La Edad de Hierro en Navarra y Rioja,* en «Excavaciones en Navarra», VIII, Pamplona, 1977.

6. ANDRÉS, Teresa, *Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas,* en «Príncipe de Viana», n.º 146-147, Pamplona, 1977, pp. 114-115.

ques: los de paredes espatuladas o simplemente alisadas y los de paredes rugosas. Entre los de *paredes espatuladas* diferenciamos las siguientes formas:

— varios cuencos completos o fragmentos algunos con mamelón de suspensión (Figuras 4 y 5)
— un fragmento con asa de cinta en el borde (Fig. 4.5)
— varios fragmentos de vasos globulares con cuello iniciado o desarrollado y vuelto (Figs. 4.6 y 5 n.º 3 y 6)
— otros con marcada carena (Fig. 5.4), algunos de gran tamaño y con asa de puente en la misma carena (Fig. 6).
— varios fondos planos (Fig. 7).
— Entre las variedades con *paredes rugosas* destacan dos tipos de acabados, la cerámica «peinada» y la de «revestimiento plástico». De la primera puede verse el ejemplar de la figura 8.3 con incisiones profundas (Lámina I.3). En cuanto a la segunda variedad varios fragmentos reconstruyen, en parte, una vasija con cuello espatulado del que se pasa, tras un verdugón con impresión digital, a una panza totalmente recubierta de barro plástico sobre el que se han hecho hoyuelos pellizcando y presionando con los dedos, en la pasta tierna (Fig. 8.1 y Lámina 2).
— Se han recogido asimismo fragmentos de cuellos con verdugones con impresiones digitales de los que desconocemos el acabado y forma de sus panzas (Fig. 8.2).
— También entre la cerámica rugosa hay fondos planos (Fig. 7 n.º 1 y 2).

Todas estas variedades y formas cerámicas tienen paralelos en yacimientos conocidos. La forma de cuenco o casquete hemiesférico, por su simplicidad es de una cronología amplia, desde yacimientos neolíticos hasta avanzadas las épocas del metal. Menos frecuente es el cuenco con asa aunque lo tenemos controlado en un par de cuevas inéditas de Tierra Estella. Tal vez pueda asimilarse este vaso al Tipo 9 establecido con las cerámicas de «Los Encantados» de Belchite [7]. Las formas carenadas descritas tienen también sus paralelos en la cueva sepulcral de Obenkun, tanto el vaso carenado de la figura 5 como los grandes vasos de la figura 6 [8]. Tal vez los grandes fondos planos de la citada cueva de Los Encantados de galbo muy abierto correspondan a formas carenadas similares a las nuestras de la figura 6.

También la cerámica «peinada» tiene paralelos en cuevas. Concretamente la encontramos en las cuevas navarras del Moro (Aizpún, Valle de Ollo), en la cueva del Moro de la Foz (Navascués) y, en estratigrafía, en la cueva alavesa de Los Husos I [9]. Pero es bien sabido que esta variedad de acabado es típica en los poblados de la Edad del Hierro.

Por último nos referiremos a la cerámica con revestimiento plástico. Es un tipo de acabado que lo encontramos en las cuevas sepulcraces de Arratiandi, Los Hombres Verdes de Urbiola y en la del Moro de la Foz de Navascués, y en las de habitación de Padre Areso (Bigüezal) y Los Husos I [10]. Pero no es exclusiva de yacimientos en cuevas. La hemos controlado en los poblados de La Cuesta de La Iglesia A y B de Buñuel [11] cuya ocupación debió tener lugar durante el Bronce Pleno con fuertes raíces del Bronce Antiguo.

Por lo visto hasta el momento creemos que queda claro el empleo de las cámaras interiores de la cueva del Nacedero de Riezu con fines sepulcrales. Este empleo, basándonos exclusivamente en las características tipológicas de la cerámica, creemos que queda bastante bien enmarcado en unas coordenadas cronológicas que se situarían entre un momento Eneolítico tal vez antiguo y la plena Edad del Bronce.

Menos precisa nos parece la ocupación de la boca y con una perduración más amplia que la señalada para el interior. Consideramos, sin embargo, que sería aconsejable practicar una excavación más amplia en otro lugar del vestíbulo para llegar a conclusiones más firmes.

---

7. BARANDIARÁN, Ignacio, *La cueva de Los Encantados (Belchite, Zaragoza)*, en «Noticiario Arqueológico Hispánico», n.º XVI, Madrid, 1971, p. 46.

8. APELLÁNIZ CASTROVIEJO, Juan María, *Las cuevas sepulcrales de Obenkun (San Vicente de Arana) y Arriatandi (Atauri), en Alava*, en «Estudios de Arqueología Alavesa», n.º 4, Vitoria 1970, p. 61, fig. III.5 y p. 63, fig. IV.2.

9. APELLÁNIZ, J. M., *El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco*, en E. A. A., n.º 7, Vitoria, 1974; concretamente aparece esta cerámica en el nivel $IIBsub_2$ considerado como un Bronce I.

10. En la citada cueva de Los Husos en los niveles IIC y $IIBsub_4$ ambos atribuidos a un Eneolítico avanzado. En Padre Areso también tiene esta misma atribución cultural.

11. Estos poblados, emplazados en sendos montículos amesetados, muy próximos el uno del otro, permanecen inéditos. En el primero practicamos una cata de comprobación en compañía de A. Castiella comprobando que tenían un único nivel de ocupación que lo consideramos de los inicios del Bronce pleno, tipológicamente «preargárico».



Figura 1. *Cueva del Nacedero, localización geográfica.*

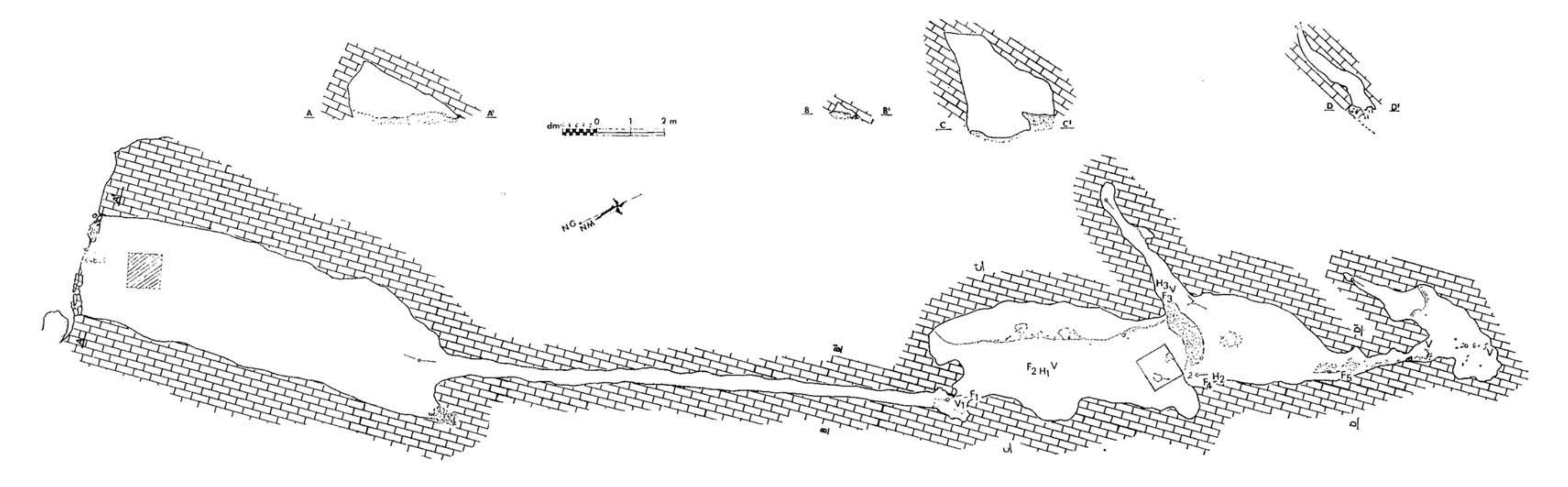


Figura 2. *Planta y secciones de la cueva del Nacedero. En letras la localización de los restos tal como se indica en el texto, y la ubicación de la cata.*

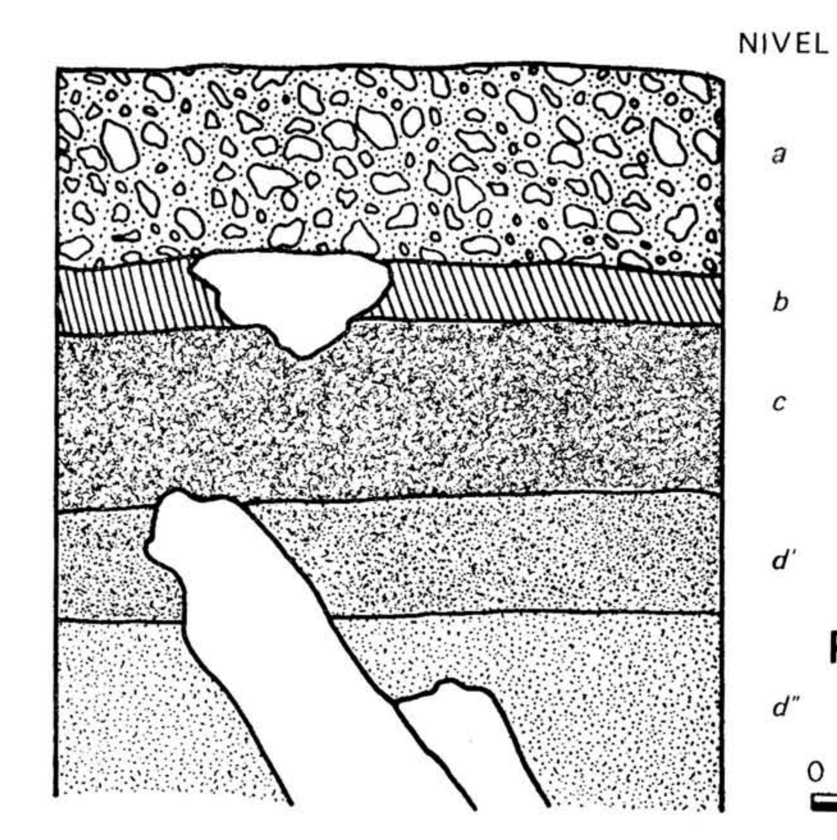


Figura 3. *Corte estratigráfico en la cata de control del vestíbulo.*

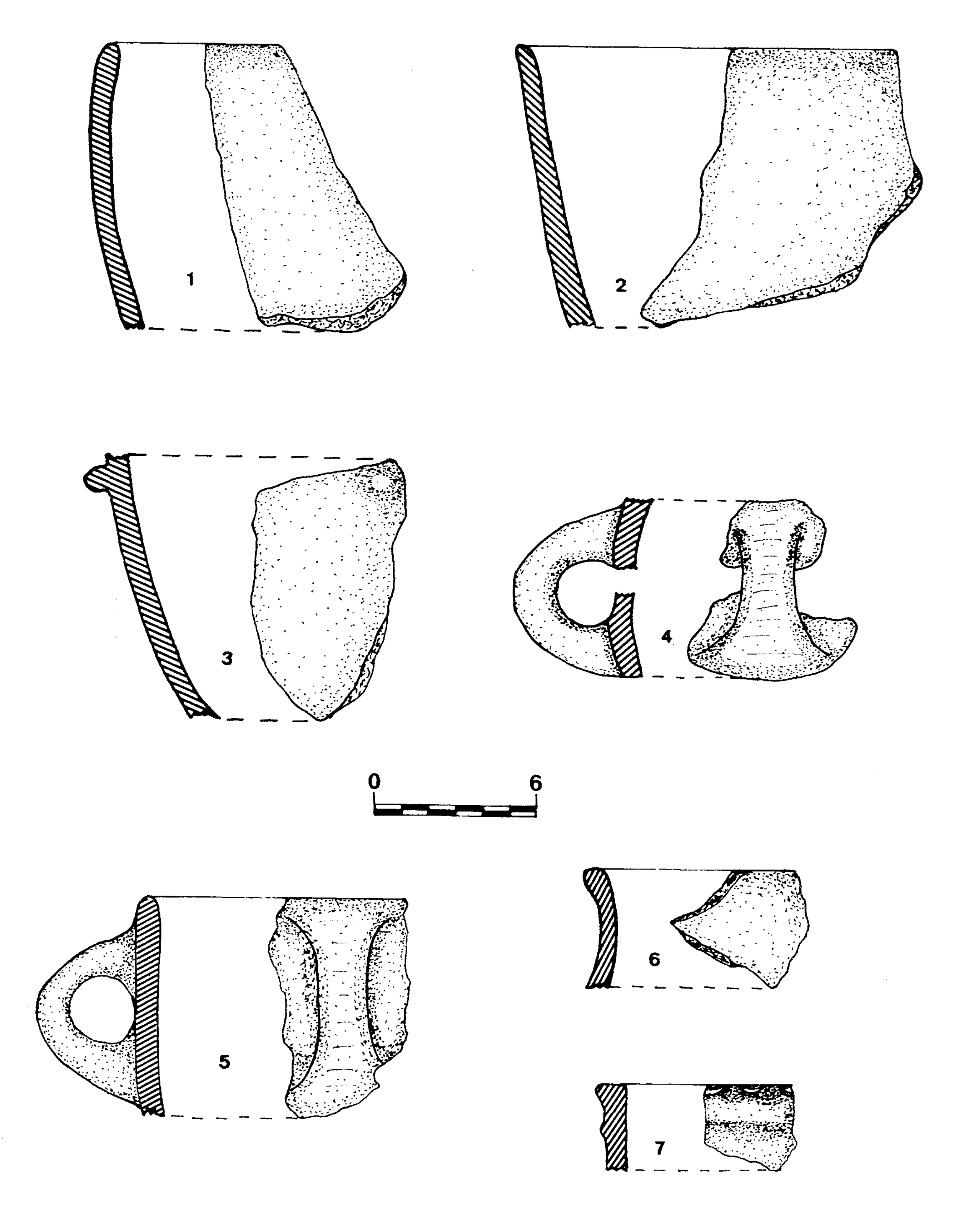


Figura 4. *Cerámica alisada del interior. Nos 1, 2, 5, 6 y 7 de la Cámara C; n.º 3 de la Cámara B; n.º 4 de la Cámara A.*

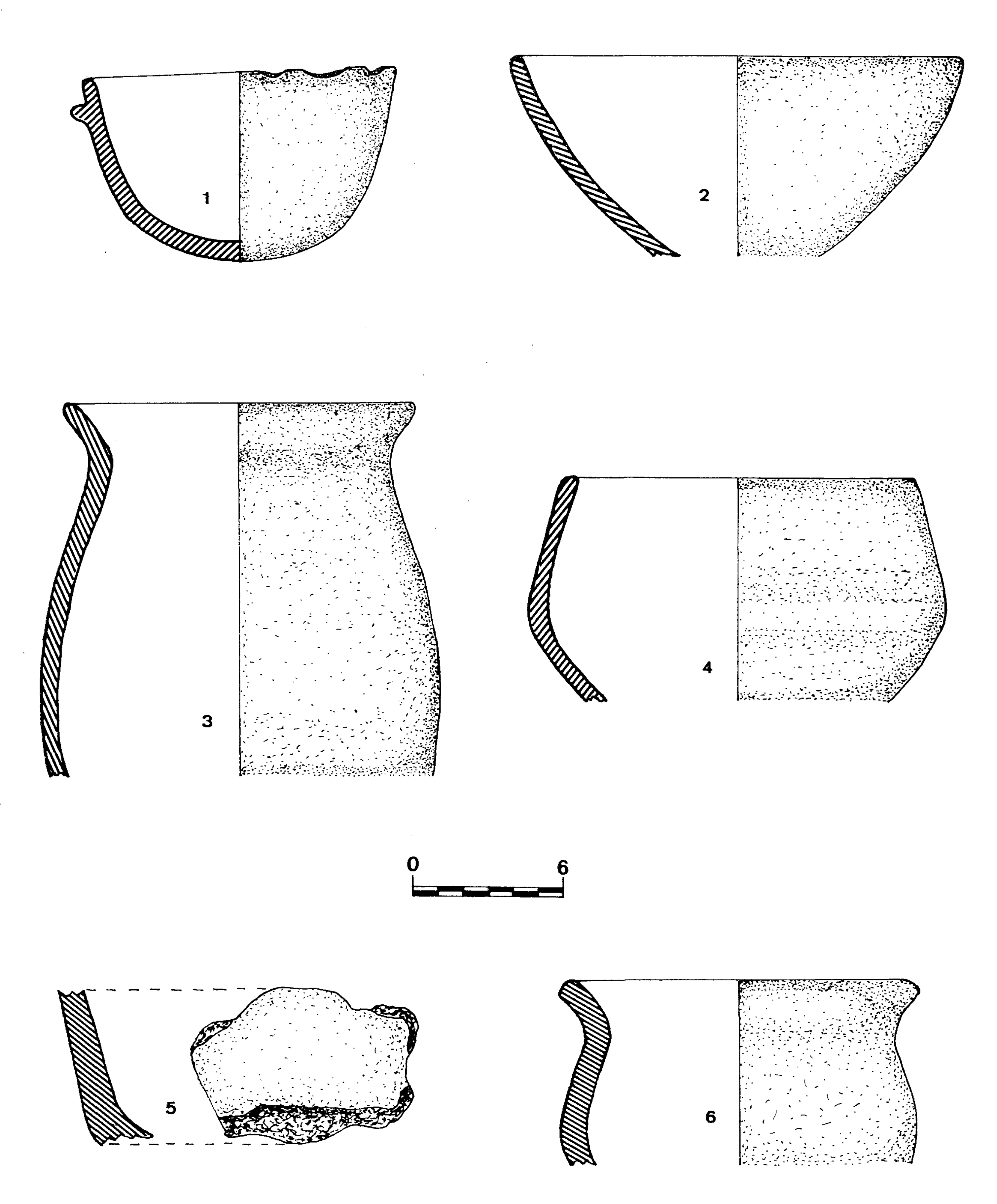


Figura 5. *Cerámica de paredes espatuladas del interior.*

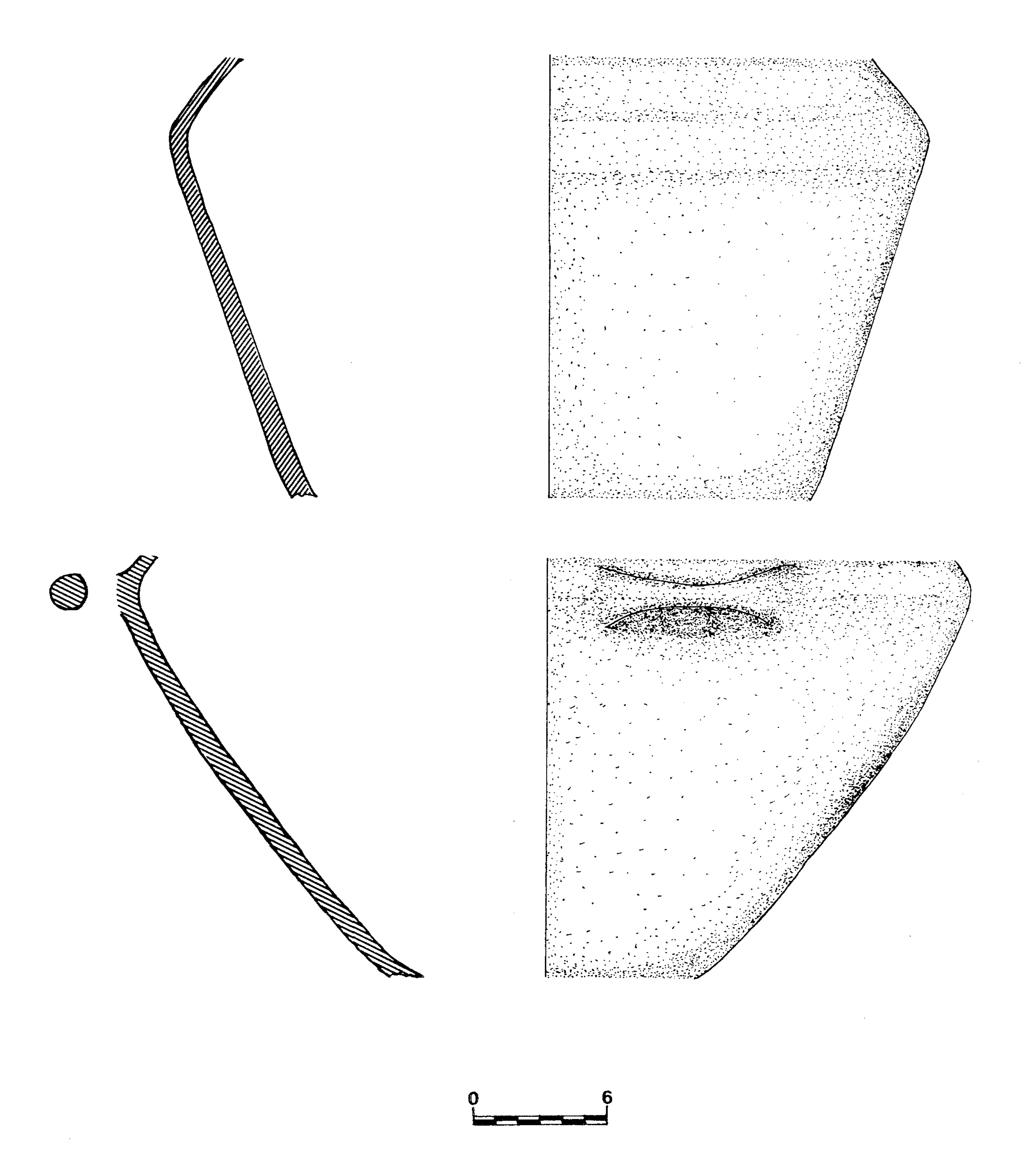


Figura 6. *Vasijas de paredes espatuladas de la Cámara A.*

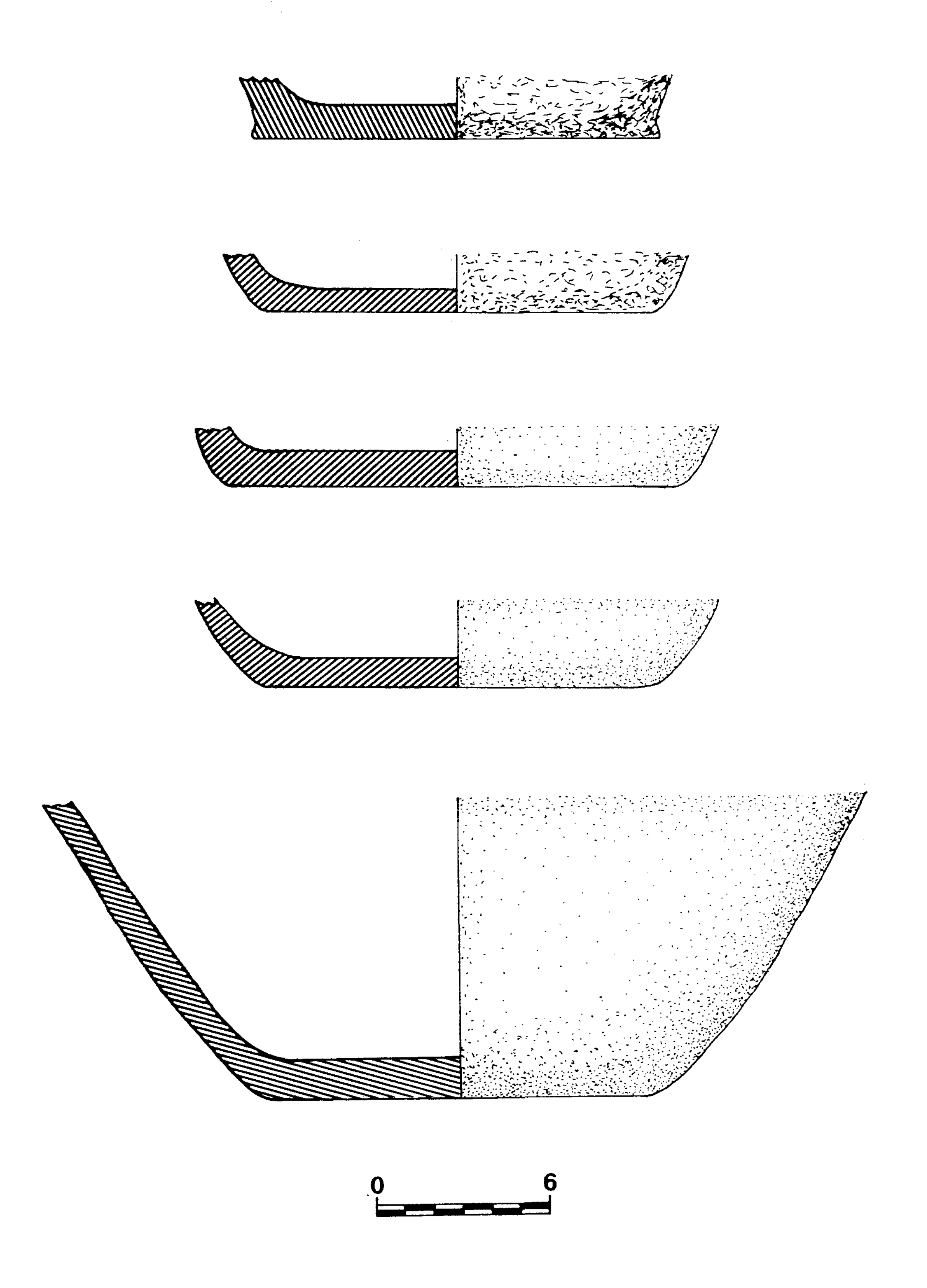


Figura 7. *Riezu: Fondos planos de las cámaras interiores.*

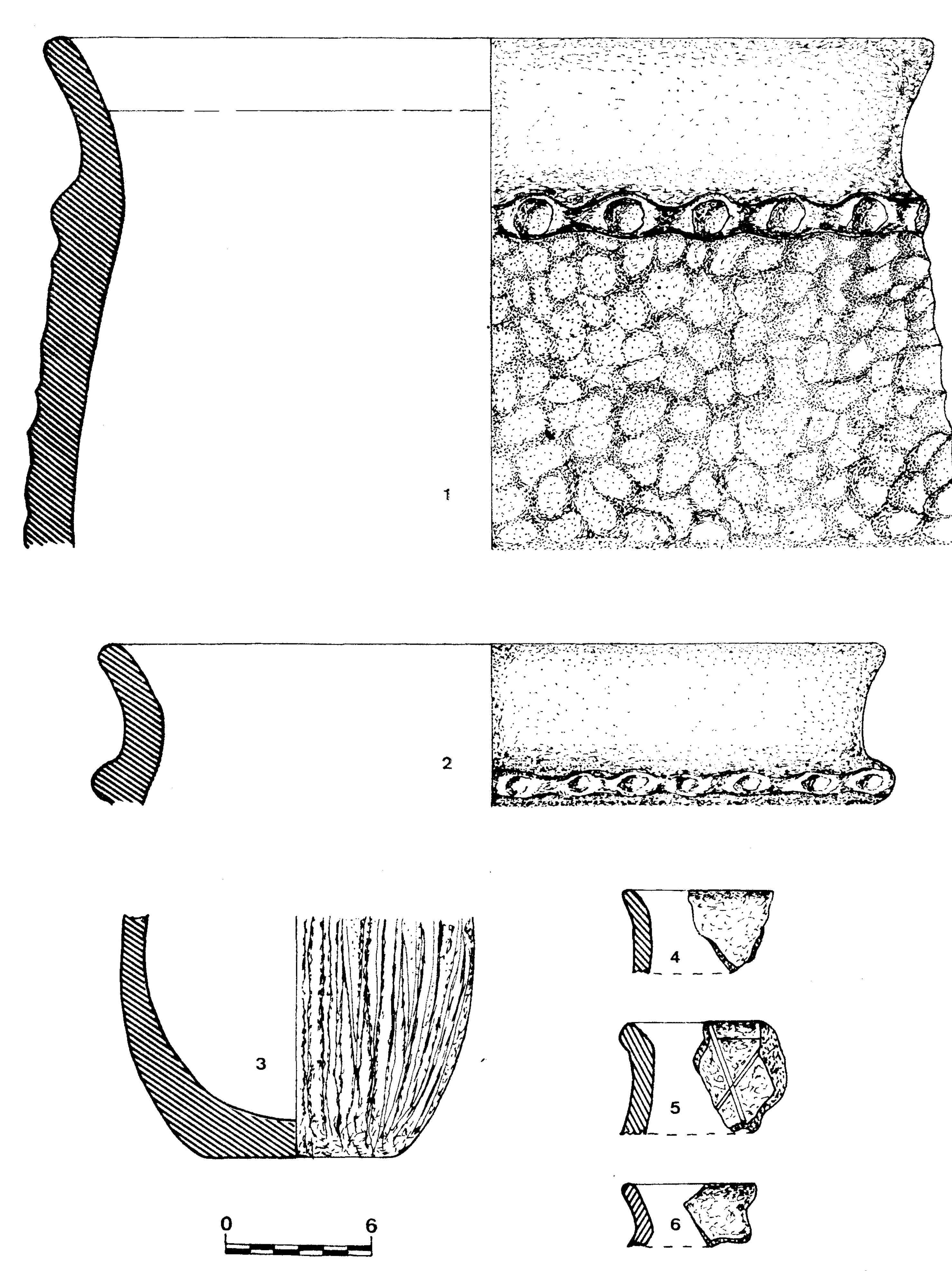


Figura 8. *Riezu. Cerámicas de la Cámara A con superficies rugosas: de revestimiento plástico, peinada o simplemente rugosa.*

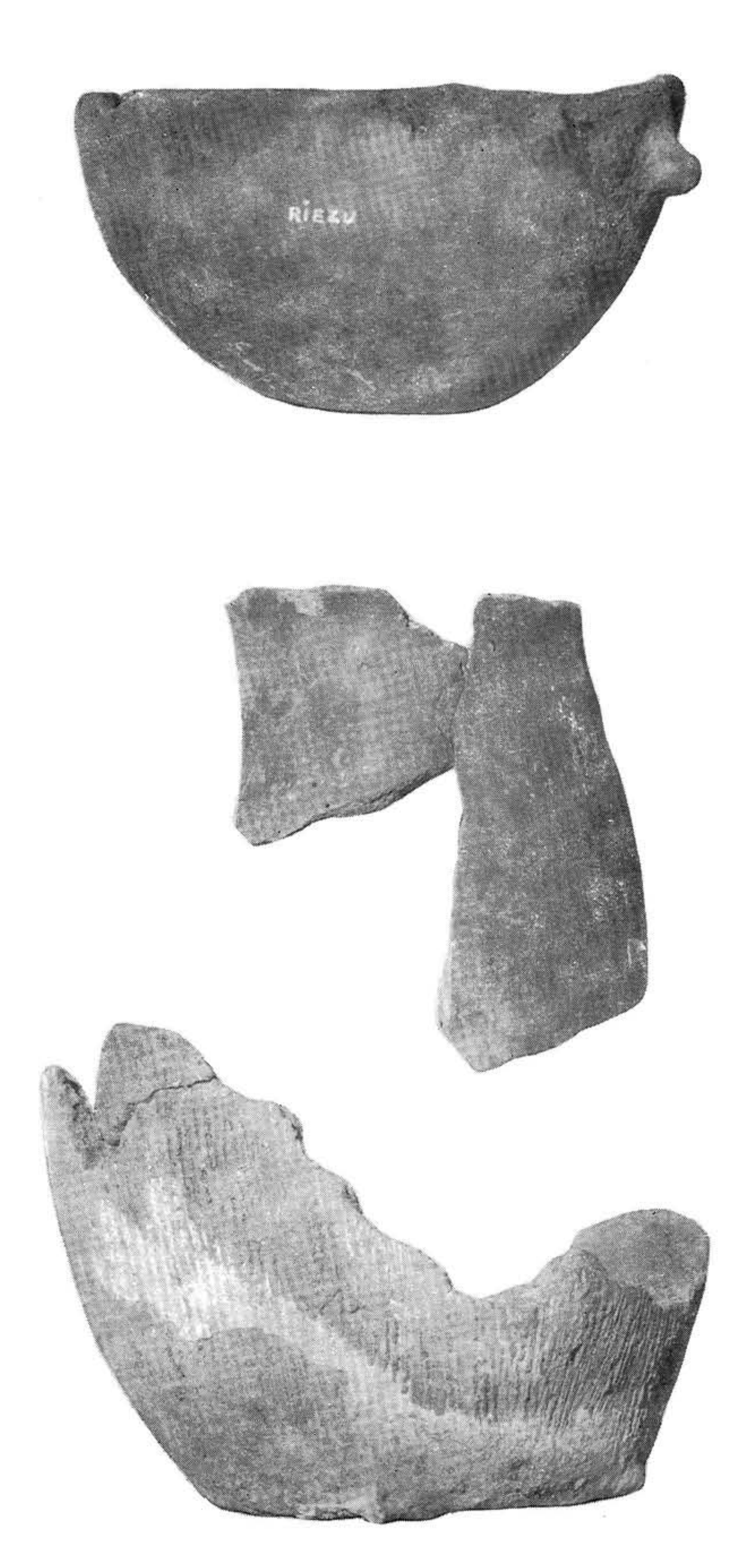


Lámina 1. *Vasijas de las cámaras interiores.*

MEMORIA DE LOS TRABAJOS ARQUEOLOGICOS REALIZADOS EN EL POBLADO PROTO-HISTORICO DE EL CASTILLAR (MENDAVIA)

DRA. AMPARO CASTIELLA RODRÍGUEZ
Seminario de Arqueología
Universidad de Navarra

I) INTRODUCCIÓN.

Por el momento, en El Castillar de Mendavia hemos realizado dos cortas campañas de excavación, en los veranos de 1977 y 1978 [1], que cabe considerar el comienzo de una larga serie que pensamos emprender en dicho lugar, dado su enorme interés, con el objeto de completar el estudio de su habitat, modos de vida, útiles, etc.; estos datos nos permitirán ampliar el conocimiento de las gentes que habitaron dicho emplazamiento en la etapa protohistórica de la Edad del Hierro.

El proyecto, concebido a largo plazo, forma parte del programa de investigaciones que viene cumpliendo la Comisión de Excavaciones arqueológicas de la Institución «Príncipe de Viana», dependiente de la Excma. Diputación Foral de Navarra.

Los materiales, ya estudiados, han sido depositados en el Museo de Navarra.

II) SITUACIÓN GEOGRÁFICA Y DESCRIPCIÓN DEL YACIMIENTO.

Mendavia es una localidad de la Ribera Navarra del Ebro, en cuyo término municipal se localiza el cerro denominado «El Castillar» [2]. Como se desprende de la observación de la figura 1, se encuentra algo alejado del casco urbano. El camino de acceso resulta penoso por sus malas condiciones, debido en parte a que atraviesa una zona pantanosa y de balsas [3]. «El Castillar» se pierde en el paisaje del conjunto, pero a pesar de estar rodeado de otras elevaciones pequeñas, queda aislado de ellas (Vid. Lám. I, 1), y desde su cota máxima se divisa una amplia panorámica en todas direcciones. El acceso ofrece un desnivel de 50 mts. en total y resulta difícil en todo su perímetro, salvo por el flanco Nororiental, que ha sido modificado por los trabajos de cultivo de cereal. No se observan en su contorno restos de protección de muro, si es que los tuvo.

El abastecimiento de agua no debió presentar problemas a sus habitantes, ya que, como

---

1. Contamos con la ayuda de seis licenciados en Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra: Carmen Jusué (autora de los dibujos que acompañan esta Memoria), Ana Ardanaz, María Oscoz, M.ª José Arazuri, Esther Miranda y M. Pérez, además de seis obreros.

En el verano de 1972, bajo la dirección de Rafael García Serrano, se realizó la 1.ª campaña. Colaboré tanto en la labor de campo como en el estudio posterior de la cerámica, publicando, con su autorización, algunos resultados en A. CASTIELLA, *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja.* Excavaciones en Navarra VIII. Pamplona, 1977, p. 107.

2. Su localización y primera recogida de materiales arqueológicos se debe al mendaviés Angel Elvira.

3. En la publicación referida en la nota 1, lamentamos el error de localización de «El Castillar».

hemos apuntado, se encuentra enclavado en una zona de balsas. A los pies del cerro corre el barranco denominado «Los Torcos del Castillar»; próximo a él se localizan la balsa «de la Parra» y algunos pozos, hoy en día secos. Con estos datos podemos pensar que antaño fue una zona con gran abundancia de agua, que su aspecto nada tendría que ver con la sequedad actual, si no que por el contrario se divisaría un paisaje frondoso y fértil.

III) Resumen de la excavación efectuada.

1. *Introducción.*

Antes de iniciar los trabajos arqueológicos, comenzamos levantando el plano topográfico del cerro, a escala 1: 250, con diferentes secciones para estudiar su perfil, dato a tener en cuenta para el análisis tipológico-formal del mismo. Ayudados también por el topógrafo [4], procedimos a cuadricular la última terraza del cerro. Dimos a la retícula una medida de 4 $\times$ 4 mts., dejando pasillos de 1,50 mts.

2. *Método.*

El método seguido, en base a la retícula marcada, consistió en ir levantando estratigráficamente las cuadrículas elegidas. Comenzamos por el extremo oriental del cerro, por ser en ese lugar donde los buscadores ocasionales habían comenzado su «trabajo», poniendo de manifiesto la riqueza de la zona. Nos dividimos en grupos de tres personas especializadas y dos obreros en cada cuadrícula. (Vid. Lám. 1). La excavación discurría lentamente, ya que una vez quitada la primera capa, a continuación se barría toda la cuadrícula antes de seguir profundizando, pues los muros de tapial, hogares y pavimentos, requieren un gran cuidado. El cribar la tierra en determinadas zonas, aumentaba esta aparente lentitud. Los materiales recuperados: cerámica, huesos, pesas, etc. se recogían señalando exactamente su procedencia, estrato, profundidad. Las piezas recuperadas en un mismo estrato, se introducían en la misma bolsa, previamente siglada.

3. *Proceso.*

Los resultados alcanzados se pueden resumir del siguiente modo:

— *ZANJA 4*: Se encuentra junto a la amplia zona donde se iniciaron los trabajos años atrás [5] (Vid. situación fig. 1). Procedimos levantando las primeras capas con gran cuidado; en seguida, a los 60 cms. advertimos la presencia de un muro de adobe que arrancaba de la mitad de la cara AC. A medida que profundizábamos en toda la extensión de la cuadrícula, se aprecia distinta textura de la tierra en el sector que mira a la Cara DC, que en el de la cara AB. En este último en seguida se dibuja la presencia de un hogar u horno, que pegado a la cara AB, dibuja un semicírculo. Junto a él aparece una arcilla floja calcinada, entre la que se encuentran dos decenas de pesas de telar (Vid. Lám. I, 6). El horno se apoya en el muro de «lajas de yesón» —tan abundante en la zona—, que descansa a su vez en el ya citado murete de adobe. Queremos destacar en este sector la presencia de un tubo de arcilla, en sección rectangular, con las esquinas romas, que está pegado al muro de adobe frente al horno (Vid. Lám. II, 1 y 2). Su aspecto recuerda a una chimenea, aunque por el momento desconocemos la función que pudo tener —parece ser que las chimeneas eran necesarias en hornos que alcanzaban altas temperaturas, y de momento no sabemos si era el caso del que ahora nos ocupa—. El muro de tapial hace ángulo recto con el de yesón que corre paralelo a la cara BD, y termina en seguida formando claramente una esquina redondeada (Vid. Lám. II, 3). En el sector de la cara DC profundizamos hasta los 1,40 mts. apareciendo una tierra fuertemente apelmazada y sin apenas cerámica. (Vid. fig. 2).

Las cerámicas recuperadas, salvo tres fragmentos pequeños hechos a torno de la variedad

4. D. Emilio de Hita Hita.
5. Por esta razón esa zona se quedó sin cuadricular.

celtibérica, están hechos a mano. Suman en total 149 fragmentos, correspondiendo 41 a vasijas de superficies pulidas, y 108 de superficie exterior sin pulir. En general son de tamaño reducido, lo que dificulta enormemente su reconstrucción. La mayor parte se recuperó en el sector del supuesto horno. En la figura 3 podemos ver los perfiles y fragmentos identificados con las Formas 5,1 y 13 en vasijas de superficies pulidas, y en la figura 4 algunos ejemplares de la Forma 1, de superficie exterior sin pulir[6].

— *ZANJA 7*: En la primera campaña de excavación se profundizó en esta cuadrícula hasta los 1,30 mts. En ella se pudo distinguir, a partir de los 54 cms., la presencia de un muro de adobe de 50 cms. de ancho (Vid. fig. 5). En la cara que mira hacia el interior de la cuadrícula, pudo comprobarse que el revoco que lo recubrió medía un grueso de 1,5 cms. En el nivel entre los 54 cms. y 1 mt. se recoge un molino barquiforme, el más plano de los recuperados (Vid. fig. 27 n.º 4) y abundante cerámica aunque muy fragmentada, como podemos ver en las correspondientes figuras: con superficies pulidas hemos identificado piezas y fragmentos de la Forma 1 (Vid. figs. 6); Forma 5 (Vid. fig. 7 n.º 1, 2 y 3); Forma 9 (Vid. fig. 8 n.º 1); Forma 12 (Vid. fig. 9); Forma 13 (Vid. fig. 8, n.º 2, 3 y 4 y fig. 10). De superficie exterior sin pulir, los fragmentos recuperados corresponden a la Forma 1, como podemos ver en la figura 11.

En la última campaña procedimos profundizando en toda la extensión, pero al tratarse de una tierra fuertemente apelmazada y sin cerámica, decidimos señalar una pequeña cata de 1,20 mts. con base en la cara BD y hasta el muro (Vid. fig. 5). En este sector, a partir de los 2,50 mts. comienza una tierra gris oscura, con abundante ceniza. De este punto hasta los 2,85 mts. recuperamos una azuela pulida (Vid. fig. 13 y Lám. III, n.º 3), un fragmento de pulsera de cobre (Vid. Lám. III, n.º 8) y cerámica hecha a mano de superficie pulidas (Vid. fig. 12) y sin pulir, elaboradas con pastas más compactas y mejor trabajadas que las localizadas en niveles superiores. Creemos que este lote de materiales que acabamos de enumerar procedentes del nivel F, pueden considerarse del Bronce Final.

— *ZANJA 8*: Fue la primera cuadrícula que comenzamos a excavar y los trabajos se desarrollaron en el verano de 1977. Entonces, con el fin de conseguir una sucesión estratigráfica que nos marcara la pauta a seguir en el resto de las cuadrículas, abrimos una pequeña cata de 1,50 mts. a partir de la cara BD (Vid. fig. 14) donde profundizamos hasta 1,50 mts. Esta zona estaba ocupada por un muro de «yesón» y nos impidió seguir ahondando.

En el resto de la cuadrícula, después de una capa de tierra floja de unos 50 cms. de espesor, nos encontramos entre los 80 y 85 cms. un posible hogar formado por varios adobes y abundante tierra roja refractaria. Completa este nivel, en toda la extensión de la cuadrícula, un pavimento formado por pequeños cantos de río y cal, que saltan con gran facilidad.

El material recuperado es escaso: una pesa de telar de tamaño pequeño, con dos agujeros (Vid. fig. n.º 4); un molino de piedra, que descansa sobre una larga base plana y con una superficie para moler también muy plana, con dos pequeñas protuberancias producidas probablemente por no usarse hasta los mismos extremos, y tres bolitas de cuarcita (Vid. Lám. III, n.º 4). La cerámica recogida es menos abundante que en otras cuadrículas y en la figura 15 podemos ver los fragmentos de bordes y paredes correspondientes a vasijas de superficie pulidas, pudiendo identificar varios fragmentos de la Forma 1, se recogieron también varios fragmentos de superficie exterior sin pulir, correspondientes a la Forma 1.

— *ZANJA 12*: Iniciamos la excavación de esta cuadrícula en los últimos días de la campaña de 1977, y pudimos distinguir entonces el trazado de un muro de adobe que señalaba una dirección ligeramente paralela a la de la zanja 7 (Vid. fig. 16 y Lám. 1, 3 y 4). Reanudados los trabajos, comprobamos que el muro, de 50 cms. de anchura, llegaba hasta 1,50 mts. de profundidad. Junto a la cara BD, a los 80 cms., se aprecia un pavimento de tierra apisonada, y junto a él, una tierra roja refractaria que debió corresponder a un hogar del que no se conservó nada. Profundizamos en este punto hasta 1,30 mts. En el resto de la cuadrícula, la tierra está muy dura y apelmazada y no tiene cerámica.

Los materiales recuperados son 1.457 fragmentos cerámicos, correspondiendo 162 a vasijas de superficies pulidas, y el resto sin pulir. En la figura 17 hemos recogido los perfiles correspondientes a la Forma 1 destacando la decoración incisa de los fragmen-

6. Seguiremos en este trabajo la tipología elaborada pormí. Vid. A. CASTIELLA, *op. cit.*, figs. 178 a 180.

tos 3, 4, 5 y 11, y la excisa del n.º 13); Forma 9 (Vid. fig. 18, n.º 1 y 2); Forma 12 (Vid. fig. 18, n.º 5); Forma 13 (Vid. fig. 18, n.º 3 y 4). En las vasijas de superficie exterior sin pulir, predomina la Forma 1 (Vid. fig. 19, 20 y 21) decorada con motivos impresos e incisos, sobre cordón o directamente en la pared y localizados en distintas zonas del vaso, como es lo habitual en esta Forma. Queremos destacar del conjunto la decoración del fragmento n.º 6 de la figura 20, por ser un motivo poco frecuente. Aunque no corresponde a la Forma que tratamos, el fragmento n.º 1 de la figura 25, nos ofrece asimismo una decoración poco habitual en esta variedad, siendo más propio de las vasijas de superficies pulidas. Finalmente anotaremos que tanto en el galbo como en la decoración de la vasija n.º 1 de la figura 20, se advierten aspectos más cercanos al Bronce Final. De la misma procedencia es una pieza ósea elaborada en media caña (Vid. Lám. III n.º 5 y 6); un botón de cobre (Vid. fig. 13, n.º 3); y un pequeño fragmento de cobre que pudo pertenecer a una fíbula (Vid. Lám. III n.º 7).

— *ZANJA 13*: Se inició con la intención de comprobar la continuidad y terminación del muro de adobe que encontramos en la Zanja 12. Eliminada la primera capa de tierra revuelta, pudimos comprobar, tras profundizar entre los 0,90 y 1,20 mts. que no se encontraba el esperado muro. La tierra, muy dura, de destrucción de adobes, no contenía apenas cerámica. La situación final de la cuadrícula es como sigue (Vid. fig. 22): hacia el centro, en una profundidad de 60 cms., una hilada de piedras que convergen en ángulo recto; junto al ángulo C de la cuadrícula, a los 67 cms. de profundidad, un posible pavimento semejante al de la Zanja 12.

De los 74 fragmentos cerámicos recuperados, 41 son de superficies pulidas, y el resto sin pulir. En la figura 23 hemos recogido los ejemplos más significativos de vasijas pulidas, pudiendo identificar algunos galbos de la Forma 9, n.º 1, 2, 3 y 6; Forma 1, n.º 4, 5, 7, 8, 9, 10, 11 y 13; y Forma 12, n.º 12.

IV) Análisis de los materiales.

Como es habitual en excavaciones de este tipo, la mayor parte de las piezas exhumadas son cerámicas. No obstante contamos también con un buen número de pesas, molinos de mano, pequeñas bolitas de piedra, algunos objetos de adorno y un hacha pulida. Todo ello lo describiremos a continuación.

1. *Cerámica.*

La casi totalidad de las vasijas recuperadas (en su mayoría fragmentos), están hechas a mano; los escasos fragmentos fabricados a torno —unos 80— fueron recogidos en superficie [7].

El estudio meticuloso de la cerámica recuperada —hecha a mano— nos permitió contar un total de 5.396 fragmentos. De las dos variedades diferenciadas atendiendo al tratamiento de la superficie exterior —pulida y sin pulir— se aprecia una ligera superioridad numérica de las superficies sin pulir, sumando éstas 3.380 fragmentos, mientras que las pulidas alcanzan los 2.016. Ambas variedades tuvieron una utilización simultánea, en el hogar o despensa —vasijas con superficie exterior sin pulir— y la vasija fina de mesa —las pulidas—.

Pastas. Indudablemente se elaboraron con arcillas de procedencia cercana. En las vasijas de superficie pulidas, son pastas bien compactas, aunque se advierte en su composición gruesos desgrasantes, perceptibles en algún caso en superficie y más frecuentemente en la fractura. El pulido exterior adquiere, en ambas ocasiones, un brillo excepcional, sobre todo en los fragmentos procedentes del nivel F de la Zanja 7, considerados del Bronce Final.

Decoración. En las vasijas de paredes pulidas es escasa. Destacaremos del conjunto una pieza cuyo motivo exciso podemos ver en la figura 17 n.º 13 y lámina II n.º 5, y algunos fragmentos y vasijas decorados con la técnica de la incisión (Vid. fig. 15 y 17). Ambos motivos decoran únicamente la Forma 1, el resto de las formas se encuentran sin decorar.

7. Por el momento hemos advertido en la recogida de material de superficie, que la cerámica torneada celtibérica es más abundante en el otro extremo del cerro.

En las vasijas y fragmentos de superficie exterior sin pulir, encontramos que la única forma recuperada, Forma 1, está ricamente decorada, aunque no en todos los casos, sí en la mayoría. Los motivos, como es habitual, consisten en impresiones directamente sobre la pared (Vid. fig. 11, n.º 11) o sobre cordón (Vid. fig. 19, n.º 1); incisiones asimismo sobre la pared (Vid. fig. 19, n.º 4) o sobre cordón (Vid. fig. 11, n.º 15); se localizan en el borde del vaso, siempre directamente sobre la pared, parte interior (Vid. fig. 19, n.º 3); en el mismo borde (Vid. fig. 11, n.º 3); y en el exterior, que también puede ir sobre cordón (Vid. fig. 20, n.º 4). Directamente sobre la pared o sobre cordón, al final del cuello (Vid. fig. 19, nº. 5, fig. 4 n.º 13), en el mismo saliente de la panza (Vid. fig. 20, n.º 6); en el fondo (Vid. fig. 4, n.º 3). En algunos casos el motivo inciso no consiste en puntos más o menos profundos y de tamaños diversos, o unguiculaciones, sino en líneas quebradas (Vid. fig. 21, n.º 1).

Formas. Las vasijas cuyos galbos más o menos completos hemos podido reconstruir, corresponden, siguiendo la tipología elaborada por nosotros, a las siguientes formas. En las vasijas de superficies pulidas:

FORMA 1.

Es un galbo frecuente (Vid. fig. 24 donde se refleja su dispersión en Navarra), y en El Castillar la encontramos en número elevado respecto a otras formas. En los ejemplares completos se advierte que el fondo es una continuación de la pared inferior con un ligero entrante «umbilicado». Esta forma, salvo en los casos arriba reseñados, no lleva decoración.

FORMA 5.

Menos abundante que la anterior, y también con una dispersión en el suelo navarro más reducida (Vid. fig. 24). Los fragmentos identificados no ofrecen novedades, salvo la presencia de dos orificios en la base de la vasija que reproducimos en la figura 3, n.º 1.

FORMA 9.

Corresponde a la escudilla; su presencia es habitual en los menajes de las casas (así como en las necrópolis, utilizadas de tapaderas) (Vid. fig. 24). En El Castillar se han recuperado bastantes ejemplares de esta forma, de ellos queremos destacar el pie bastante desarrollado en algunos casos, que nos indica un momento avanzado dentro del Hierro I.

FORMA 12.

La identificamos con la tapadera. Se han recuperado numerosas piezas correspondientes a este galbo. Algunas de ellas ofrecen la particularidad de tener un ligero reborde o baquetón en el máximo diámetro de la pieza, aspecto no advertido en otros ejemplares identificados con anterioridad en distintos yacimientos navarros [8].

FORMA 13.

Se identifica con un recipiente normalmente de gran tamaño, denominado «vaso de cuello cilíndrico». Se encuentra en la mayoría de los yacimientos de la zona (Vid. fig. 24). Es un galbo característico del momento, que nos habla de la relación habida con distintos puntos al otro lado de los Pirineos, señalándonos su presencia el camino recorrido por las gentes portadoras de la cultura céltica. Entre los fragmentos recuperados no hemos podido completar ningún galbo.

Las vasijas recuperadas de superficie exterior sin pulir corresponden a la

FORMA 1.

Las conservadas completas oscilan entre los 46 y 28 cms. de altura. Caracteriza a esta forma, como ya apuntábamos, su pasta de mala calidad, la delgadez de sus paredes respecto al tamaño y el tener una rica decoración. Su presencia es habitual en la mayoría de los yacimientos navarros correspondientes a este momento (Vid. fig. 24).

8. A. CASTIELLA, *Op. cit.*, p. 261.

2. *Pesas de telar.*

De las veintidós pesas recuperadas, veintiuna se encontraron junto al horno de la Zanja 4 y otra en la Zanja 8, como ya indicábamos con anterioridad. Están hechas con arcilla y en su composición llevan abundante materia orgánica, que al desaparecer ésta, ocasiona una pasta muy porosa y ligera. Pudieron secarse al sol o cocerse a no muy alta temperatura.

En cuanto a la forma de estas piezas, tenemos dos tipos, el más abundante el alargado (19 ejemplares) que pueden tener uno (18 ejemplares) o dos agujeros (1 ejemplar) y en forma de U mayúscula (3 ejemplares) con un agujero en cada extremo (Vid. fig. 25, n.º 1, 2 y n.º 3). El tamaño oscila, en el primer grupo entre los 4,5 y 6 cms. de anchura por 12 y 16 cms. de alto y 5 a 7 de grueso. El segundo grupo presenta una proporción casi cuadrada: 19,5 por 19 y 18 por 20 cms. Su perfil irregular nos indica que no fueron hechas con molde, sino a mano, respetando un tamaño similar (Vid. fig. 25 y 26).

Pensamos que el hallazgo de este nutrido lote de «pesas» junto al horno puede indicar que fuera lugar donde se habían cocido.

3. *Molinos.*

Tenemos seis molinos de mano, procedentes dos de la Zanja 4 —uno en superficie y otro en 55 cms. de profundidad— en el sector correspondiente al horno; uno procedente de la Zanja 7; otro de la Zanja 8 —a 85 cms. de profundidad—; y dos de la cuadrícula 13, uno en superficie y otro a 50 cms. de profundidad junto al ángulo C.

La observación de la figura 27 nos permite hacer algunas consideraciones en cuanto a sus perfiles. La superficie de moler es plana en todos ellos y termina en los extremos en suaves elevaciones, dato que puede indicarnos que el rebaje ocasionado, lo ha sido por el uso. Por tanto aquellos molinos cuya superficie es totalmente plana incluidos los extremos, han sido utilizados durante poco tiempo. En general el desgaste en todos ellos es bastante escaso.

Por otra parte el tamaño reducido de estas piezas (el mayor tiene 47 cms. de longitud, y el más pequeño 28 cms.) nos hace pensar que podían utilizarse como piedra de cocinar, para majar y no necesariamente moler: esto explicaría algo su escaso desgaste.

4. *Objetos de adorno.*

Se reducen a:

— Un fragmento de *pulserita,* de cobre (Vid. lám. III, n.º 8) que se recuperó en la Zanja 7, nivel F. Consiste en dos finos aros retorcidos entre sí, que se rematan con un nudo. El contexto en que apareció cabe considerarlo del Bronce Final [9].

— Un *botón,* también en cobre, de perfil hemiesférico, tan frecuente en la necrópolis de Valtierra y en el poblado de Cortes (Vid. fig. 13, n.º 3).

— un *hueso plano* (Vid. fig. 13, n.º 2 y lám. III, n.º 2), de 2 mm. de grueso, en forma ovalada, con los contornos redondeados y una perforación de 2 mm. de diámetro a 1,4 cms. de un extremo y 2,3 cms. del otro. Aunque no sabemos la finalidad concreta que pudo tener, lo incluimos entre los objetos de adorno, por considerar que de algún modo pudo cumplir esta función.

— Una *pieza ósea,* elaborada en media caña, de 8 cms. de largo por 2 cms. de ancho, que presenta la zona de la cara exterior dividida del siguiente modo: respetando la altura propia del hueso hay tres franjas de 1 cm. de anchura que se localizan en el centro y a 0,5 cms. de los extremos. Las zonas intermedias resultantes tienen doble anchura y se encuentran suavemente rebajadas. En la parte central de las tres franjas de 1 cm. puede distinguirse unos rebajes que dibujan, en la central un hexágono de tendencia rectangular, y en los extremos, un pentágono de tendencia asimismo alargada (Vid. lám. III, n.os 5 y 6). En la cara interior se aprecia un rebaje marcando más la acanaladura del hueso; en los bordes se distinguen claramente abundantes incisiones, hechas al parecer con sílex, semejantes a las llamadas «marcas de caza».

9. Las pulseras localizadas hasta el momento en la provincia —Cortes y Valtierra— aunque también en bronce, no corresponden a este tipo.

5. *Restos óseos de animales.*

En casi la totalidad de las cuadrículas estudiadas se recuperaron restos óseos, muy fragmentados, dato que dificulta enormemente su identificación. Las piezas más completas han sido enviadas para su estudio a especialistas en la materia y esperamos contar en breve con un avance de los resultados.

6 *Bolitas de piedra y fusayola.*

En total se recuperaron cinco bolitas de piedra (cuarcita), tres en la Zanja 12 (Vid. lám. III, n.º 4) y dos en la Zanja 8. Los diámetros oscilan entre los 2,4 y 3 cms.

Se admiten distintas funciones para estas piezas como calzar los pucheros en la lumbre, calentar los alimentos, juguetes. Por el momento no podemos precisar su función, ya que no se encontraron dentro de un contexto suficientemete explícito.

La única fusayola recuperada (Vid. fig. 13, n.º 4 y lám. III, n.º 2) es de caliza, por lo que se encuentra algo deteriorada en su perfil. Se localizó en la Zanja 12.

7. *Azuela.*

Azuela de forma rectangular, espesa, de caras convexas y bordes facetados en corte convexo y sección cuadrangular. Está elaborada mediante pulimento total, conservación deficiente en el tranchant y talón. Medidas en mm. L= 64; Lp= L; Lb= 30; A= 45; Amed= 44; Amin= 38; Ab= 42; Afb= 7; E= 24; Emed= 44; Emin= 38. (Vid. Lám. III, n.º 3 y fig. 13, n.º 1).

V) VALORACIÓN.

Creemos que el interés de los trabajos realizados hasta el momento en «El Castillar» de Mendavia, residen, en primer lugar, en el hecho de haber planteado, por primera vez en suelo navarro la excavación de un poblado de la Edad del Hierro, de una manera sistemática, en base al levantamiento del plano topográfico del cerro y el trazado de su retícula en la terraza superior. Esta labor nos permitirá en campañas sucesivas, proceder a su excavación de una manera adecuada.

En segundo lugar, las breves tareas de campo realizadas, se han visto compensadas con los siguientes resultados, que confirman la importancia del lugar.

Desde el punto de vista constructivo (lo excavado corresponde al mismo momento de ocupación) podemos destacar que el material empleado en la construcción de las casas era simultáneamente el adobe y la piedra (denominada por los del lugar «yesón»). Los muros de adobe, con una anchura de unos 50 cms. corren todos ellos ligeramente paralelos en dirección NE-SW, mientras que los levantados en piedra —también de 50 cms. de ancho— llevan dirección NW-SE. Creemos, aunque son escasos los indicios, que los muros de adobe corresponden a las divisiones interiores de las viviendas mientras que los de piedra serían exteriores, y advertimos que el muro de piedra de la Zanja 4 remata claramente en puerta, indicando que estamos en una zona de acceso. En el muro de adobe de la Zanja 7 se comprueba la presencia del revoco que lo cubrió.

Aunque no se ha podido completar ninguna planta hasta el momento, se trata de vivienda de tendencia rectangular. Los pisos de estas casas estuvieron formados —como es habitual— de tierra fuertemente apelmazada, mezclada en ocasiones con pequeños cantos (Vid. Zanjas 8, 12 y 13); se encuentran todos a profundidades similares. Las viviendas disponían de un hogar, aunque no se haya localizado ninguno completo; pensamos que su forma es ligeramente alargada, construidos por adobes y abundante tierra refractaria.

Consideramos de gran interés el hallazgo del horno de la Zanja 4, en planta semicircular lo excavado hasta ahora. Con una altura de aproximadamente 50 cms., se apoya en un muro de lajas de «yesón» y parece tener relación con una supuesta chimenea que se encuentra enfrente y adosada al muro de adobe[10]. En esta zona se recuperaron 20 pesas de telar.

10. Esperamos completar el año próximo la excavación del horno para culminar su estudio, buscar parelelos, etc.

Respecto a las techumbres de las casas, hay indicios para suponer que sería de cañas y ramajes amasados con barro como se puede ver en algunos bloques que aún conservan las improntas (Vid. lám. IV, 5).

En cuanto a los materiales no constructivos, hemos hecho ya su descripción detallada, pero ahora podemos concluir con su valoración global.

Creemos que la *agricultura* pudo constituir una importante base de subsistencia como lo demuestran la presencia de seis molinos de mano, además de los restos de cereales.

La *ganadería* tendría también su importancia a juzgar por el número de restos óseos recuperados. Esperamos poder ofrecer pronto su valoración exacta, en cuanto nos sean proporcionados los datos por los especialistas en la materia.

La producción *cerámica* resulta importante y adquiere, dentro del contexto general de la Edad del Hierro, unas características propias que vienen dadas por la arcilla utilizada en la elaboración de las vasijas de superficie exterior sin pulir [11]. Los galbos reconstruidos (Vid. tabla general en la figura 28) no ofrecen novedades a los ya conocidos, aunque es curiosa la abundancia de tapas.

Todos los *objetos* considerados de *adorno* tienen su importancia, indicando, aunque no sean abundantes en comparación a otros materiales, cómo era el gusto de aquellas gentes.

Con lo dicho hasta aquí podemos afirmar que se trata de un poblado de la I Edad del Hierro, con la particularidad de que a partir de los 2,5 mts. de profundidad creemos que lo habitaron en un Bronce Final, de comprobarse este dato en campañas sucesivas, como es nuestro deseo, aumentaría el interés y la importancia de «El Castillar» de Mendavia en el contexto de la protohistoria navarra.

Pamplona, febrero 1979

11. Ya expusimos las peculiaridades características de su composición. A. CASTIELLA, op. cit., p. 270.

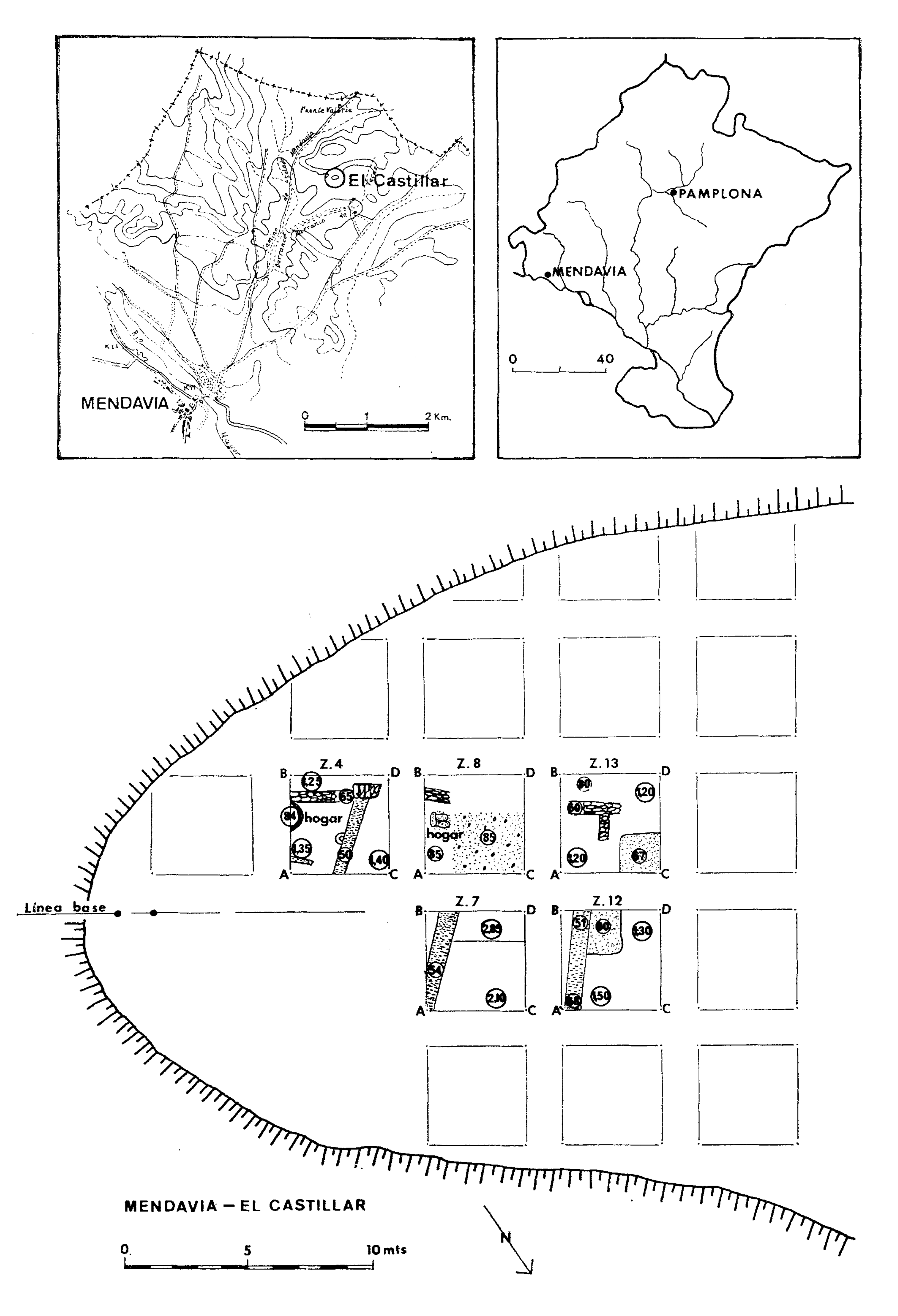


Figura 1. *Localización de Mendavia y «El Castillar». Detalle de la última terraza del Cerro con la retícula efectuada.*

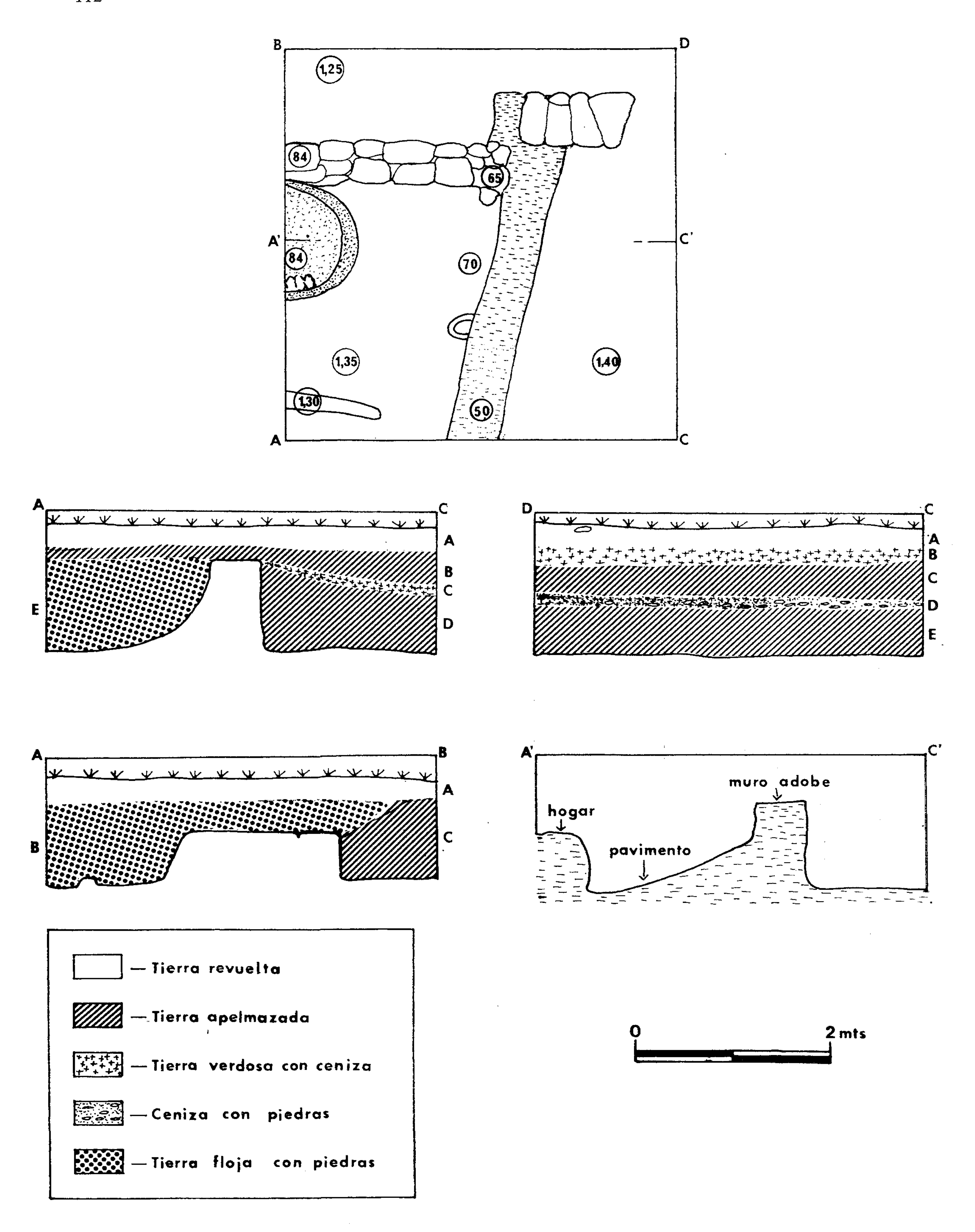


Figura 2. *Plantas y secciones de la Zanja 4.*

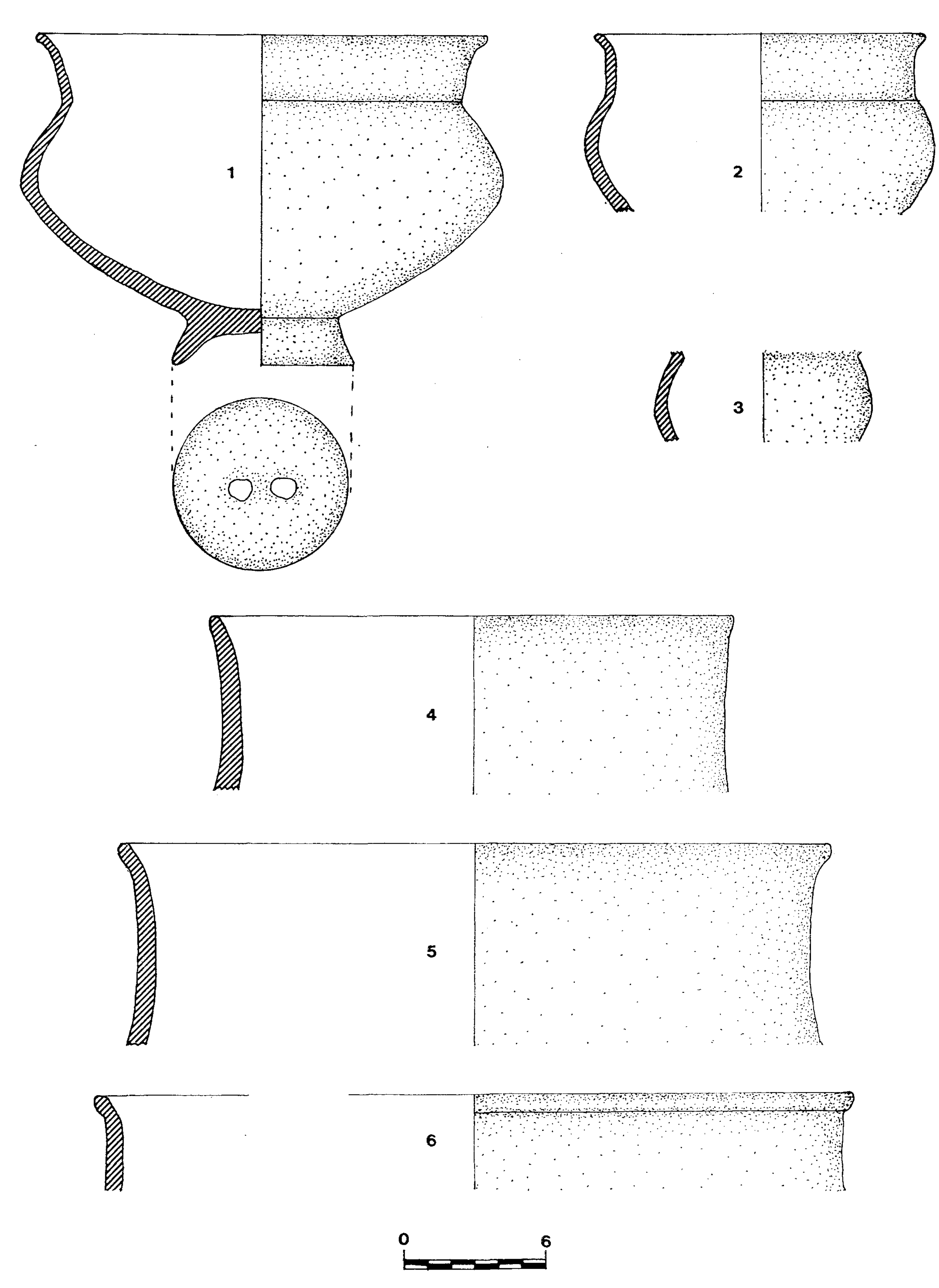


Figura 3. *Cerámica de superficies pulidas de la Zanja 4. N.º 1, Forma 5; n.º 2 y 3, Forma 1 y n.º 4, 5 y 6, Forma 13.*

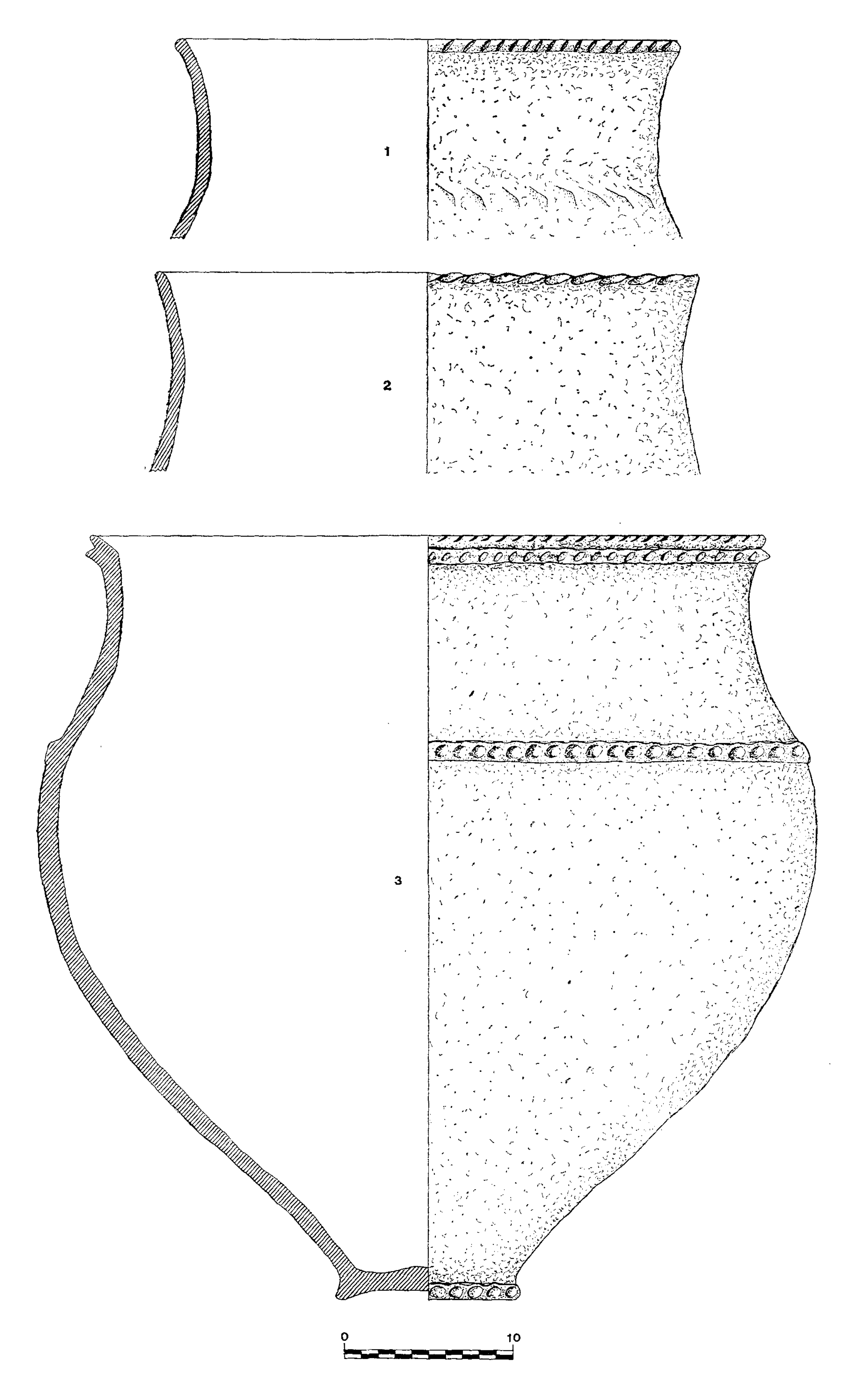


Figura 4. *Vasijas de superficie exterior sin pulir recuperadas en la Zanja 4. Forma 1.*

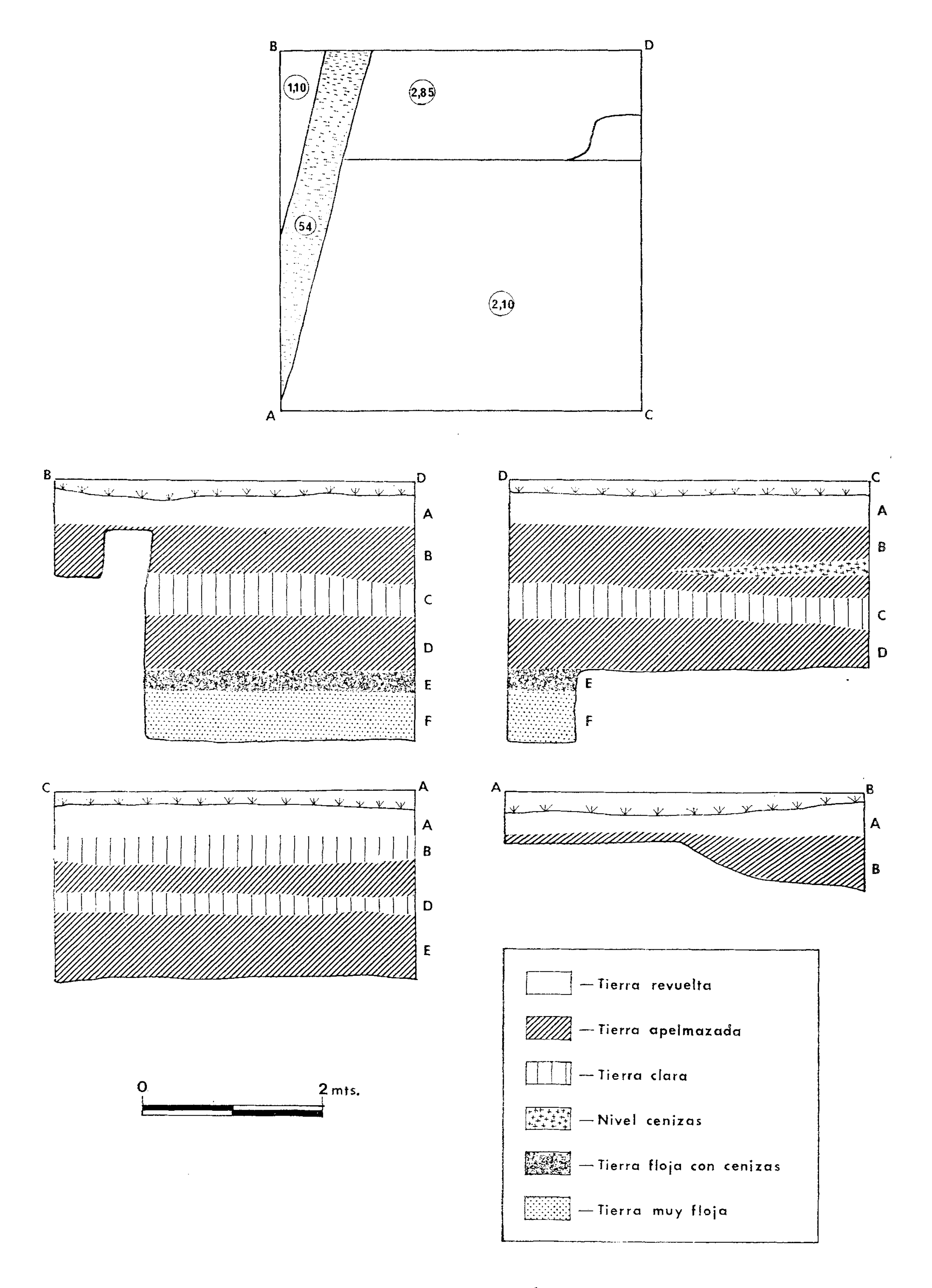


Figura 5. *Planta y secciones de la Zanja 7.*

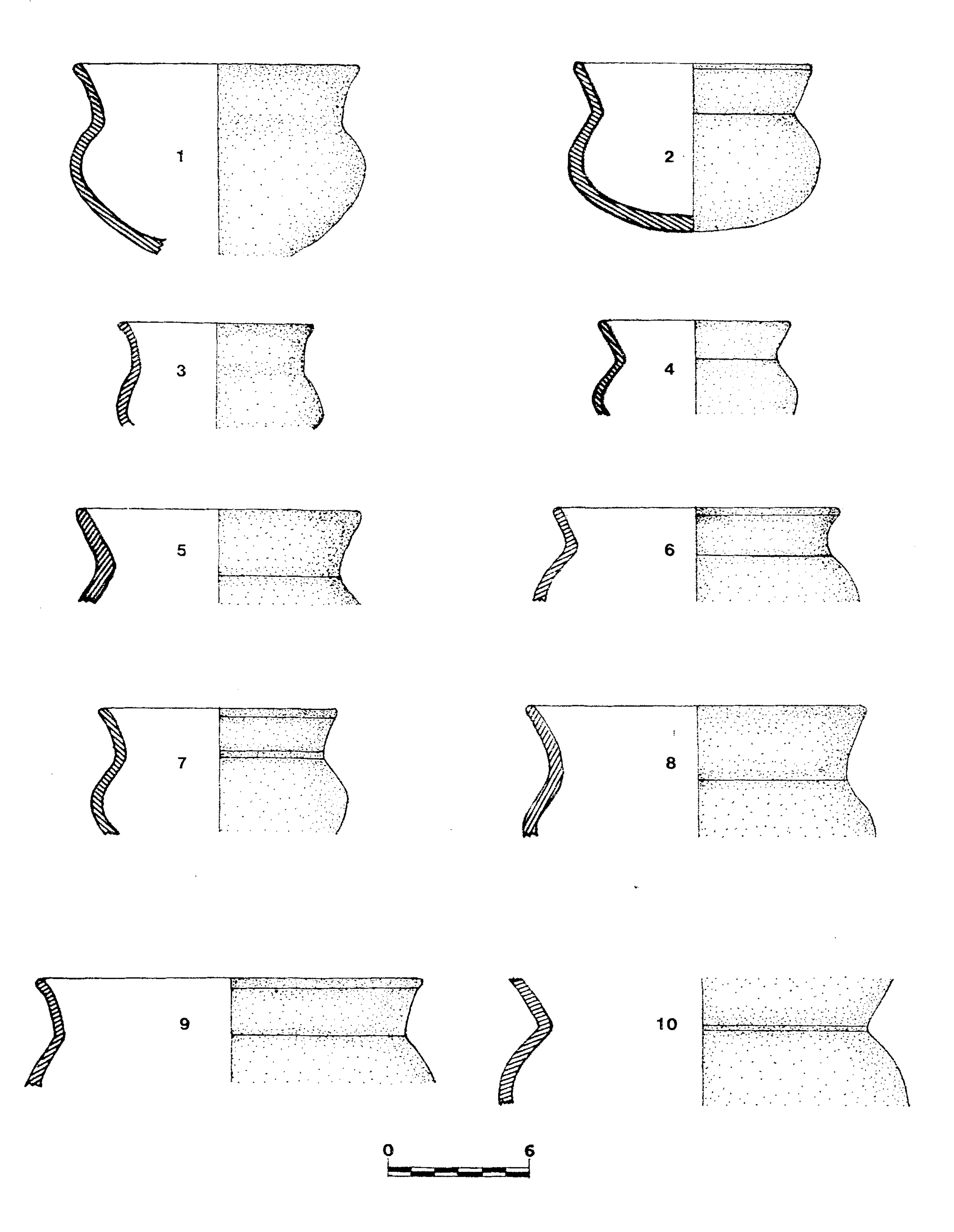


Figura 6. *Fragmentos de vasijas de superficies pulidas correspondientes a la Forma 1. Zanja 7.*

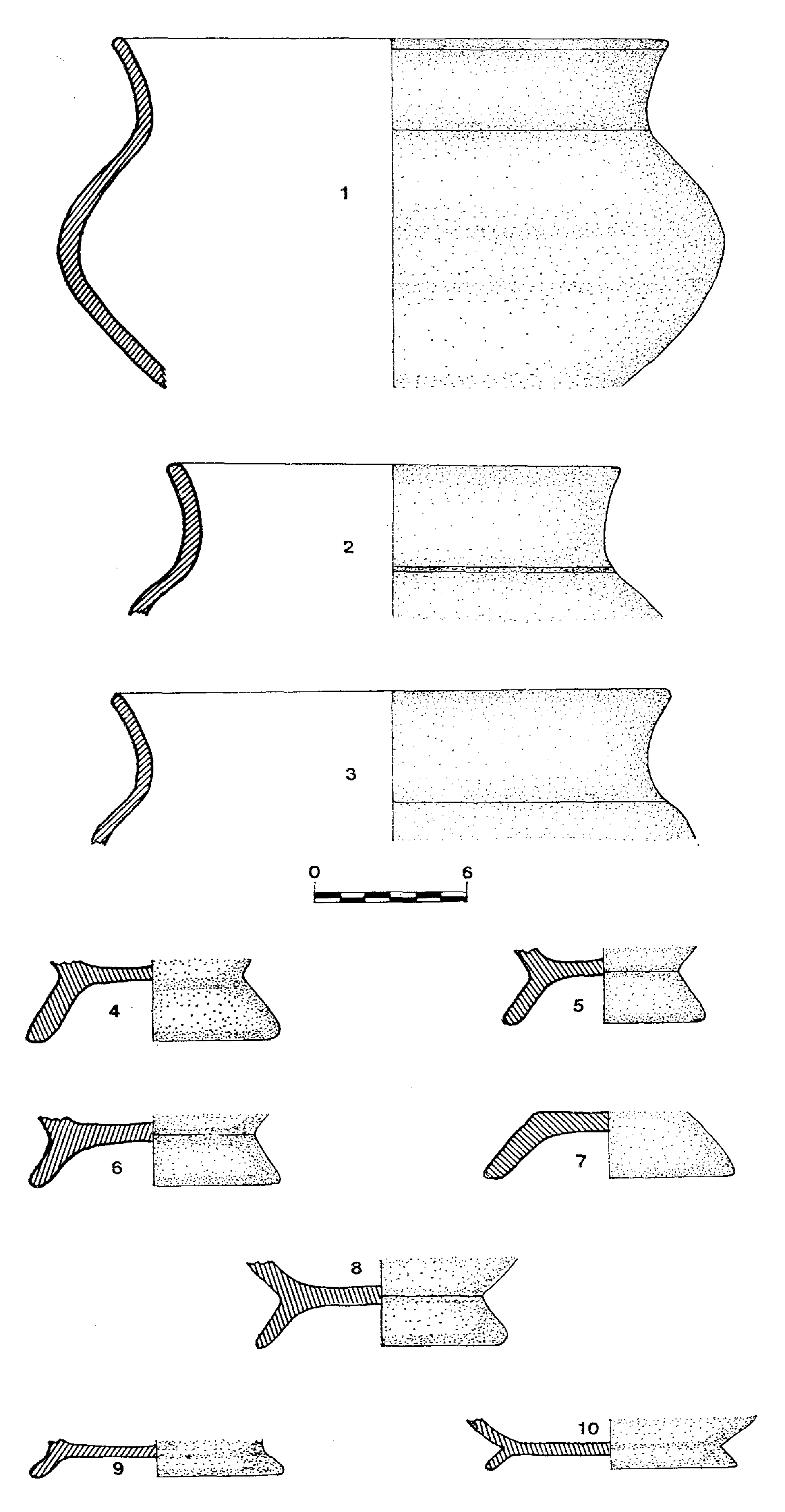


Figura 7. *Fragmentos de vasijas de superficies pulidas, n.º 1 al 3, Forma 5; el resto fragmentos de fondos correspondientes a vasijas de galbo diverso.*

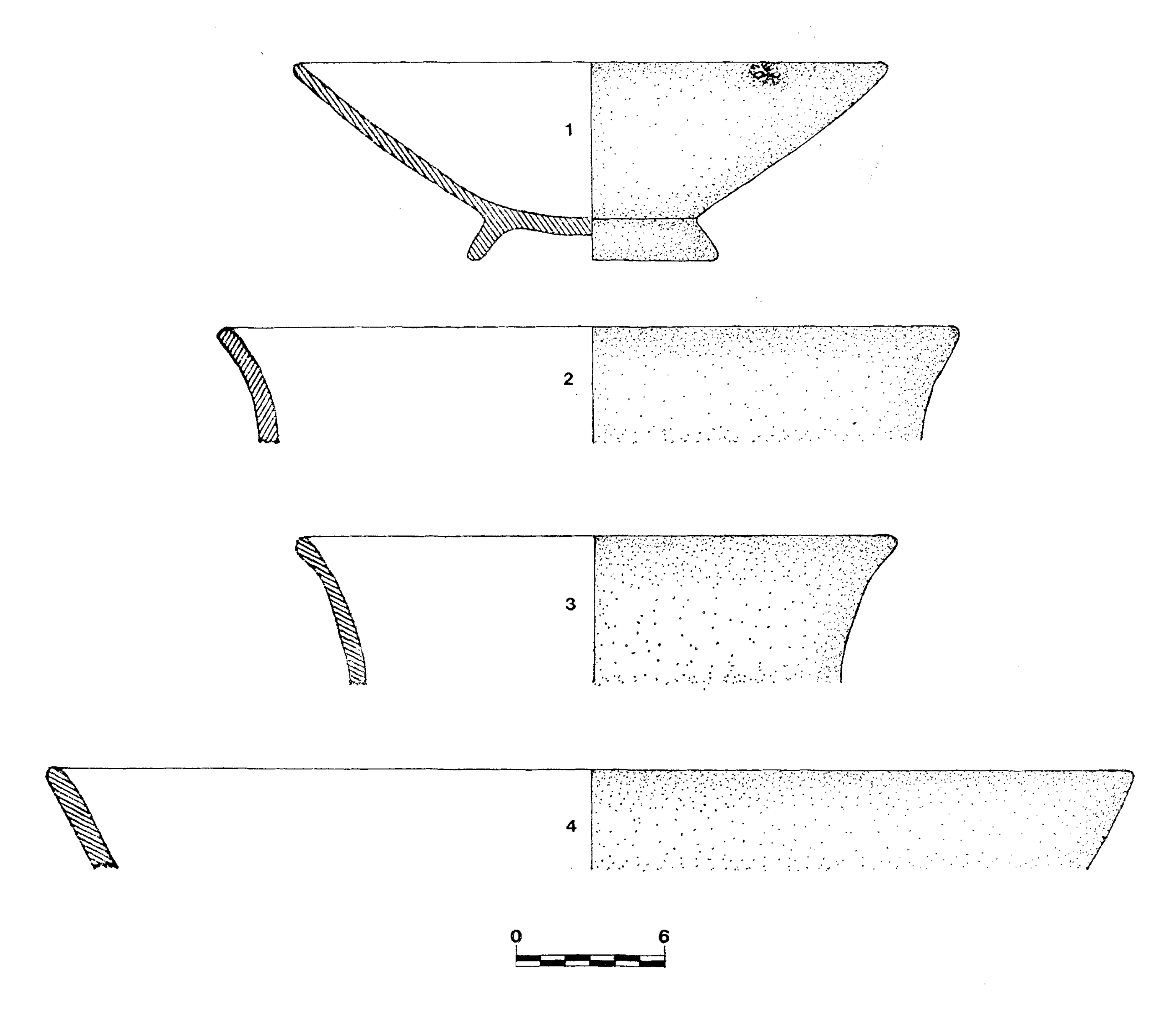


Figura 8. *Vasijas y fragmentos de superficies pulidas recuperadas en la Zanja 7, n.º 1 Forma 9; el resto, Forma 13.*

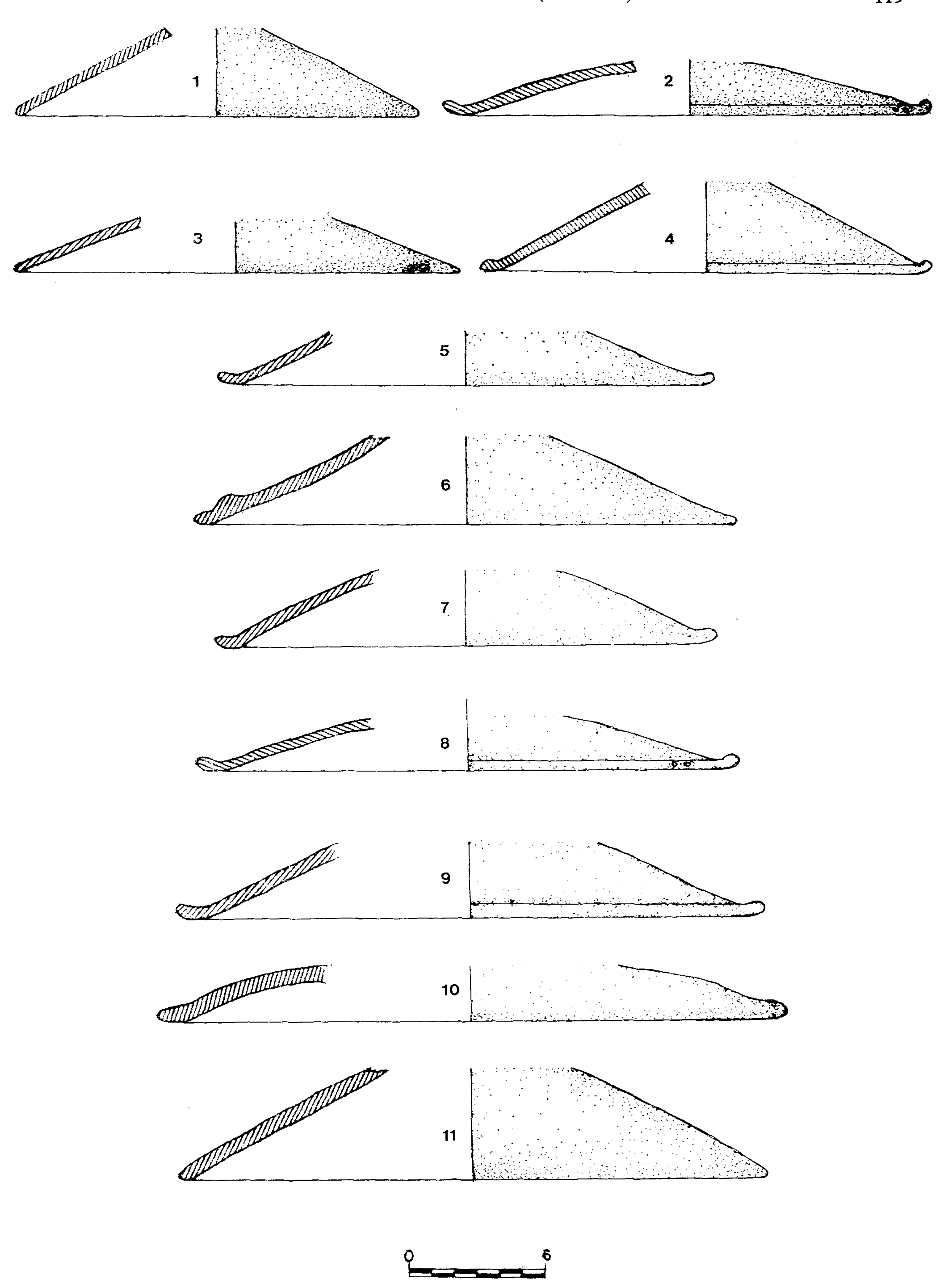


Figura 9. *Tapaderas, Forma 12, procedentes de la Zanja 7.*

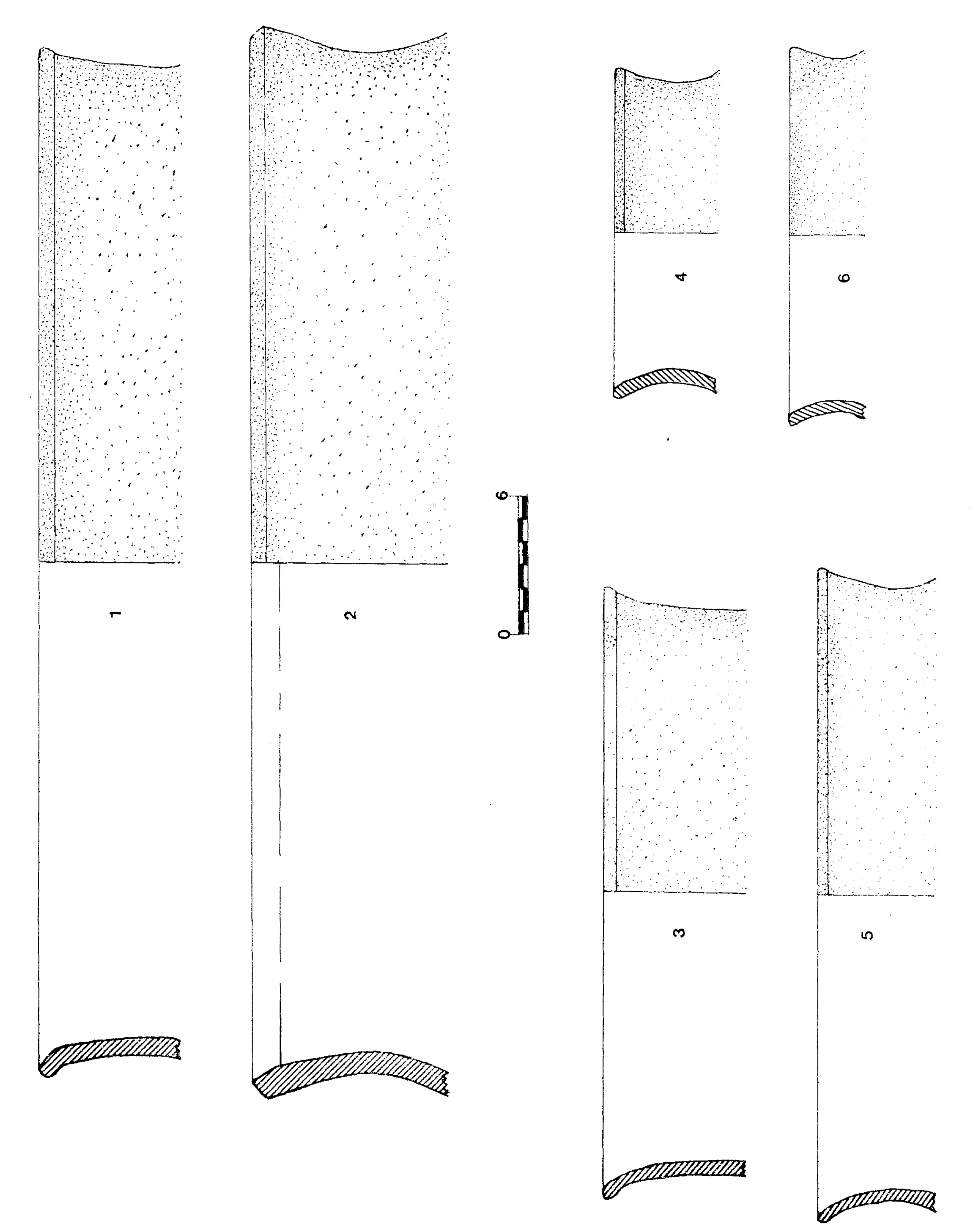


Figura 10. *Fragmentos de bordes correspondientes a la Forma 13 encontrados en la Zanja 7.*

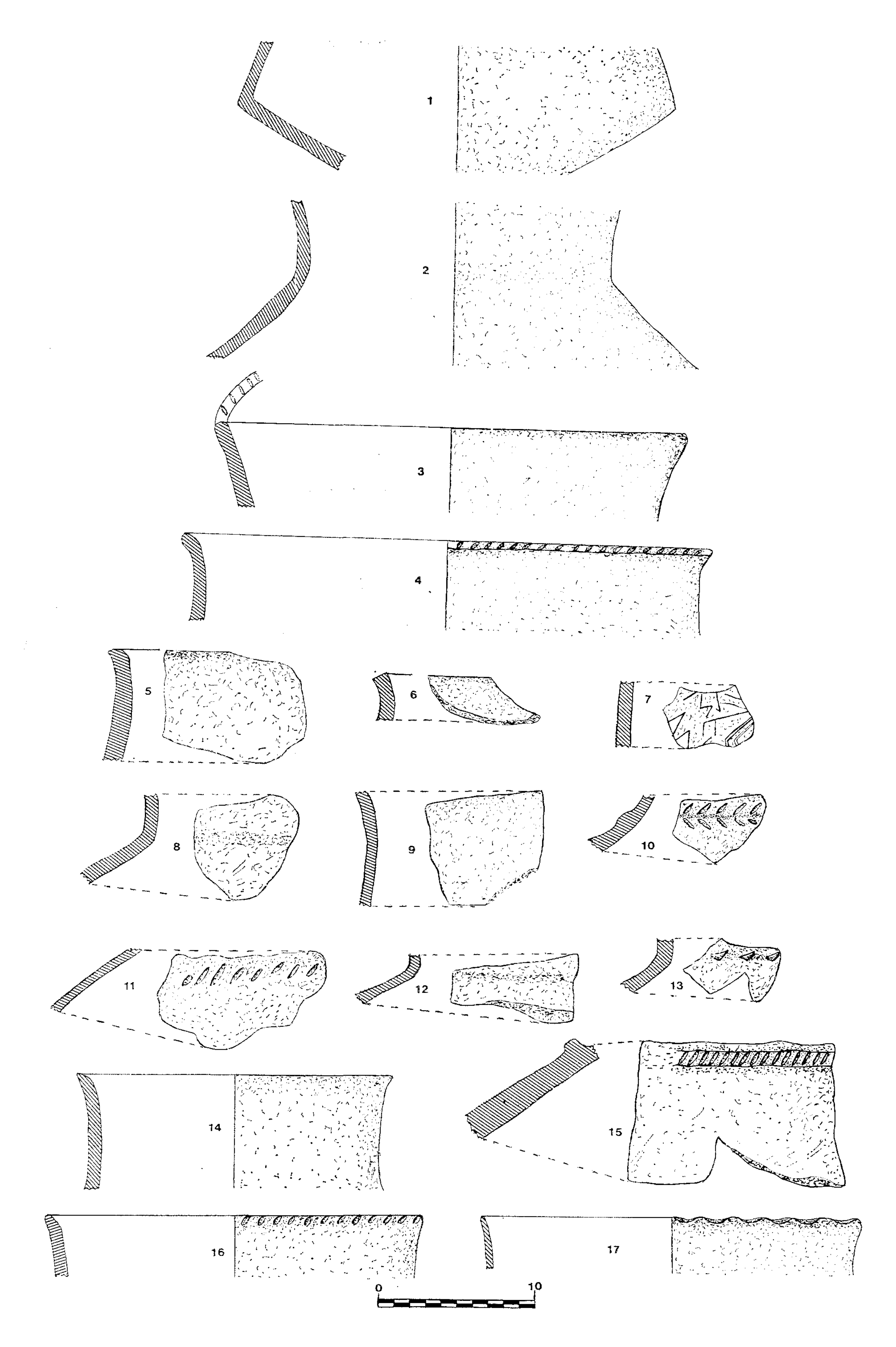


Figura 11. *Fragmentos de vasijas de superficie exterior.*

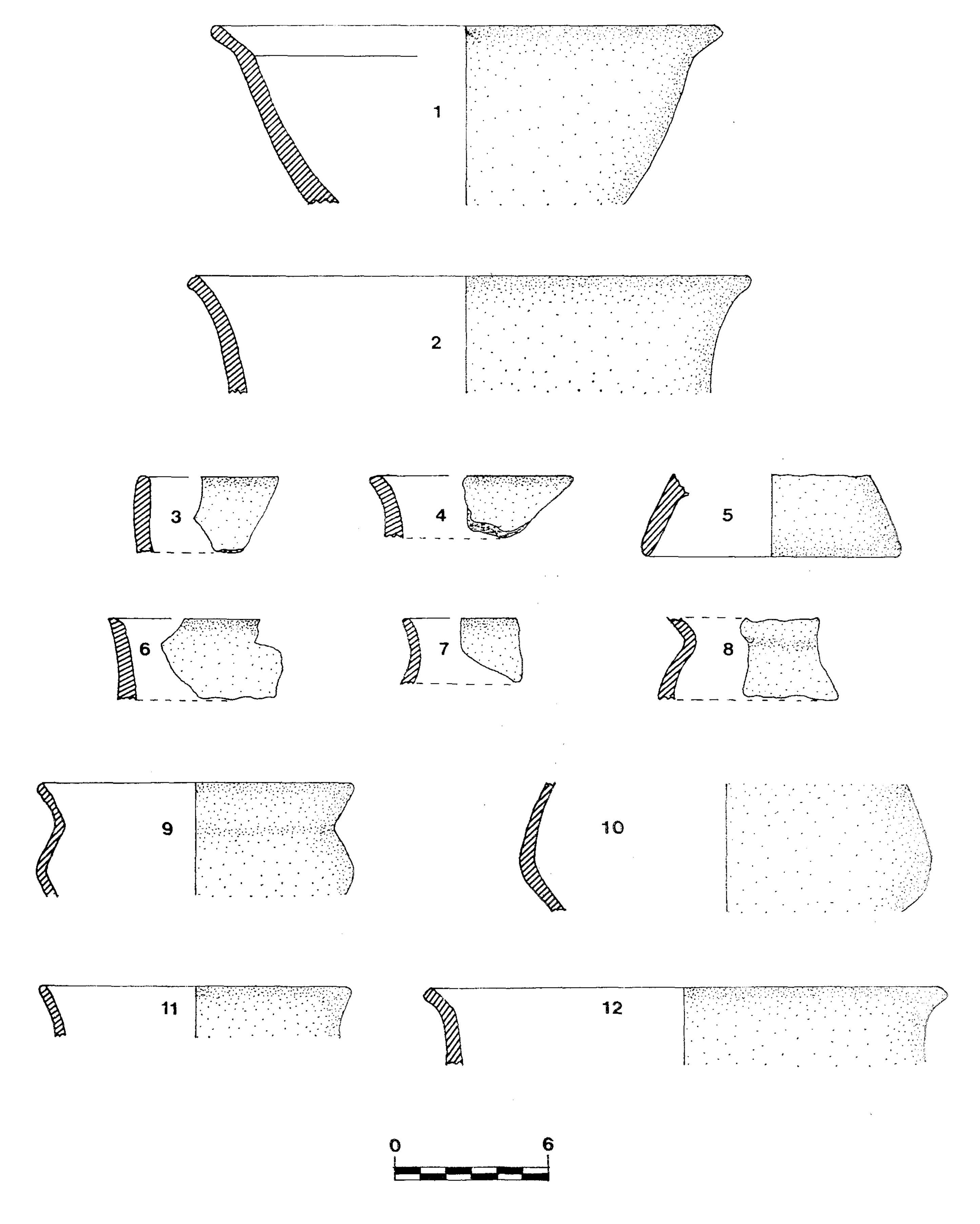


Figura 12. *Fragmentos Cerámicos procedentes del Nivel F de la Zanja 7.*

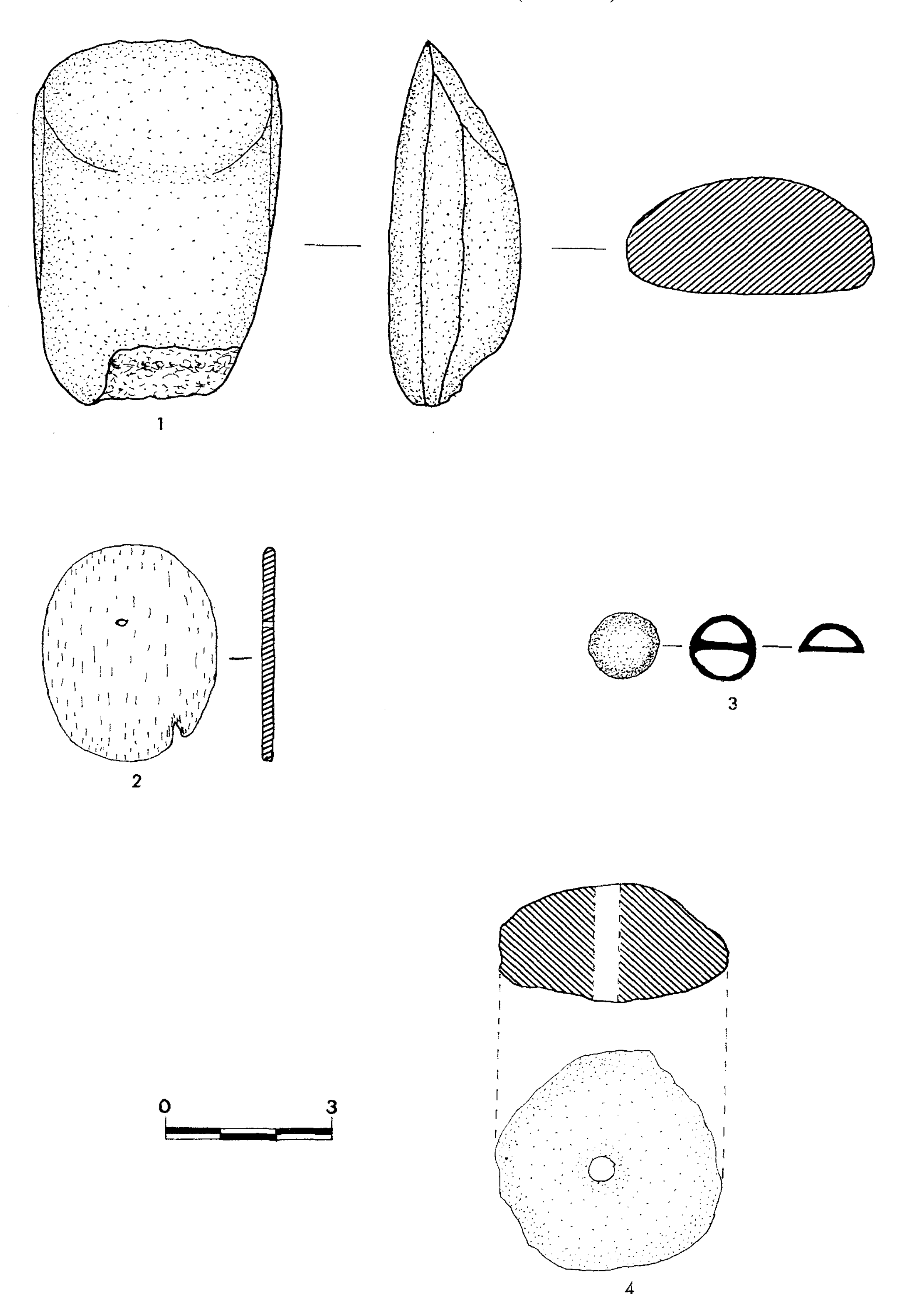


Figura 13. *N.º 1. Azuela, procedente de nivel F de la Zanja 7. N.º 2. Plaquita de hueso encontrada en la Zanja 12. N.º 3. Botón de cobre procedente de la Zanja 12 y N.º 4. Fusayola localizada asimismo en la Zanja 12.*

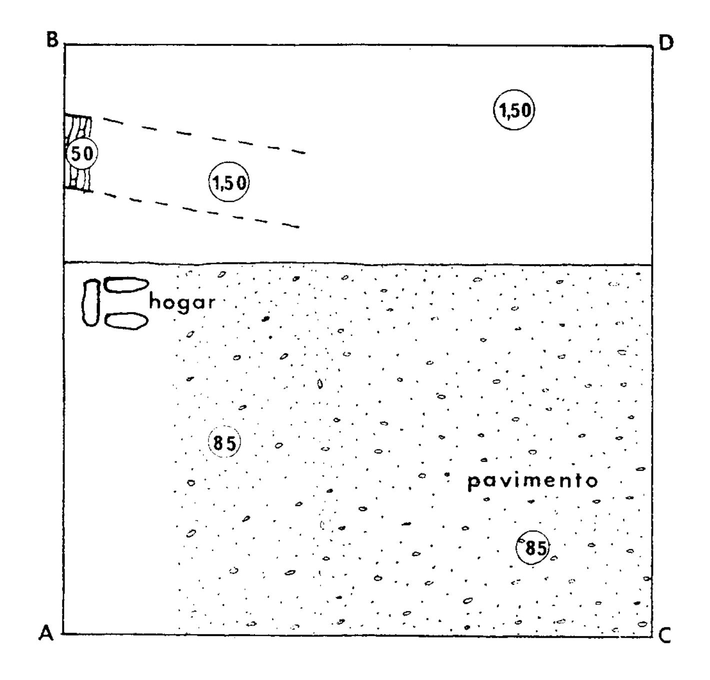


Fig. 14. *Planta y secciones de la Zanja 8.*

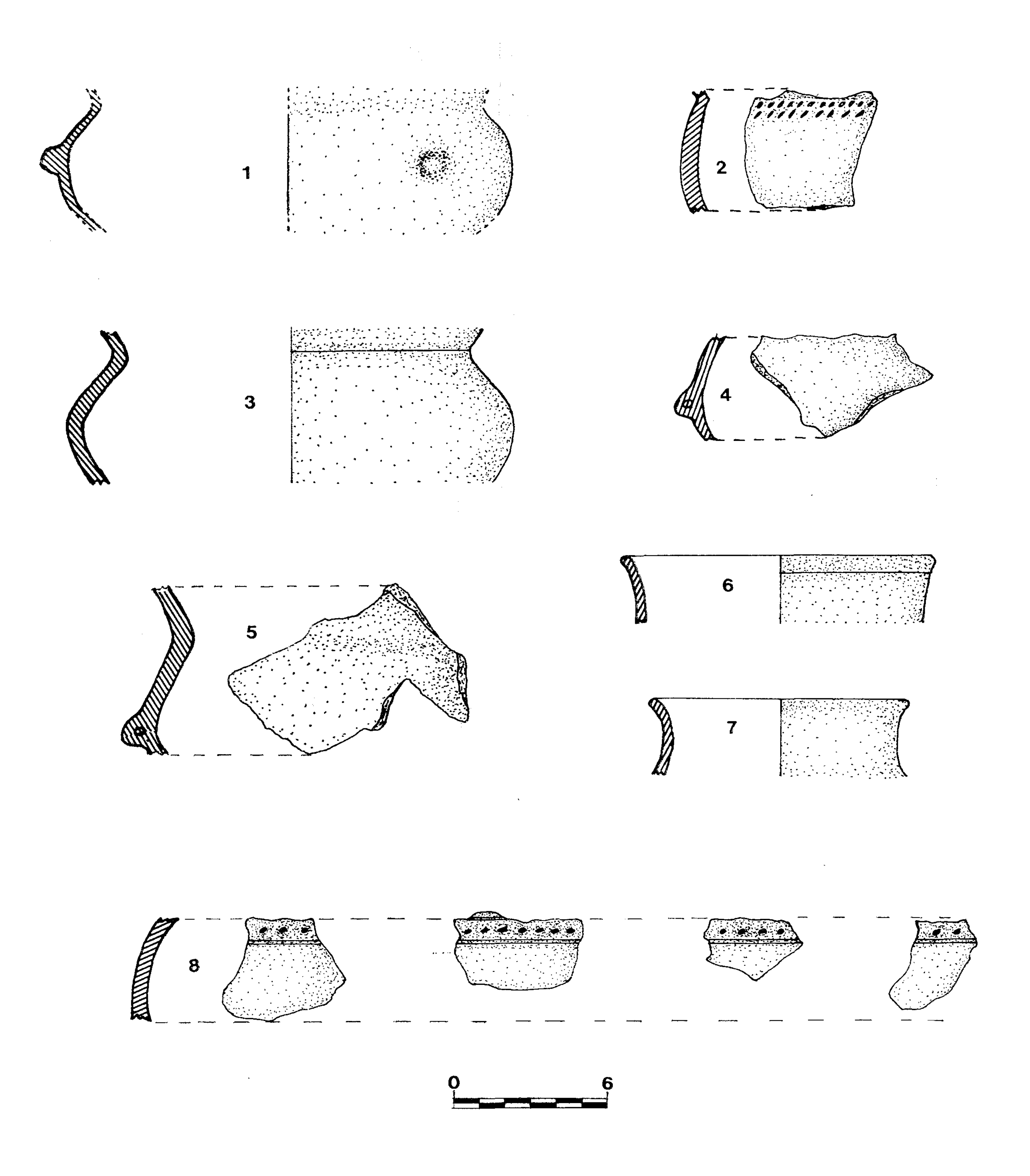


Fig. 15. *Fragmentos cerámicos de superficies pulidas procedentes de la Zanja 8.*

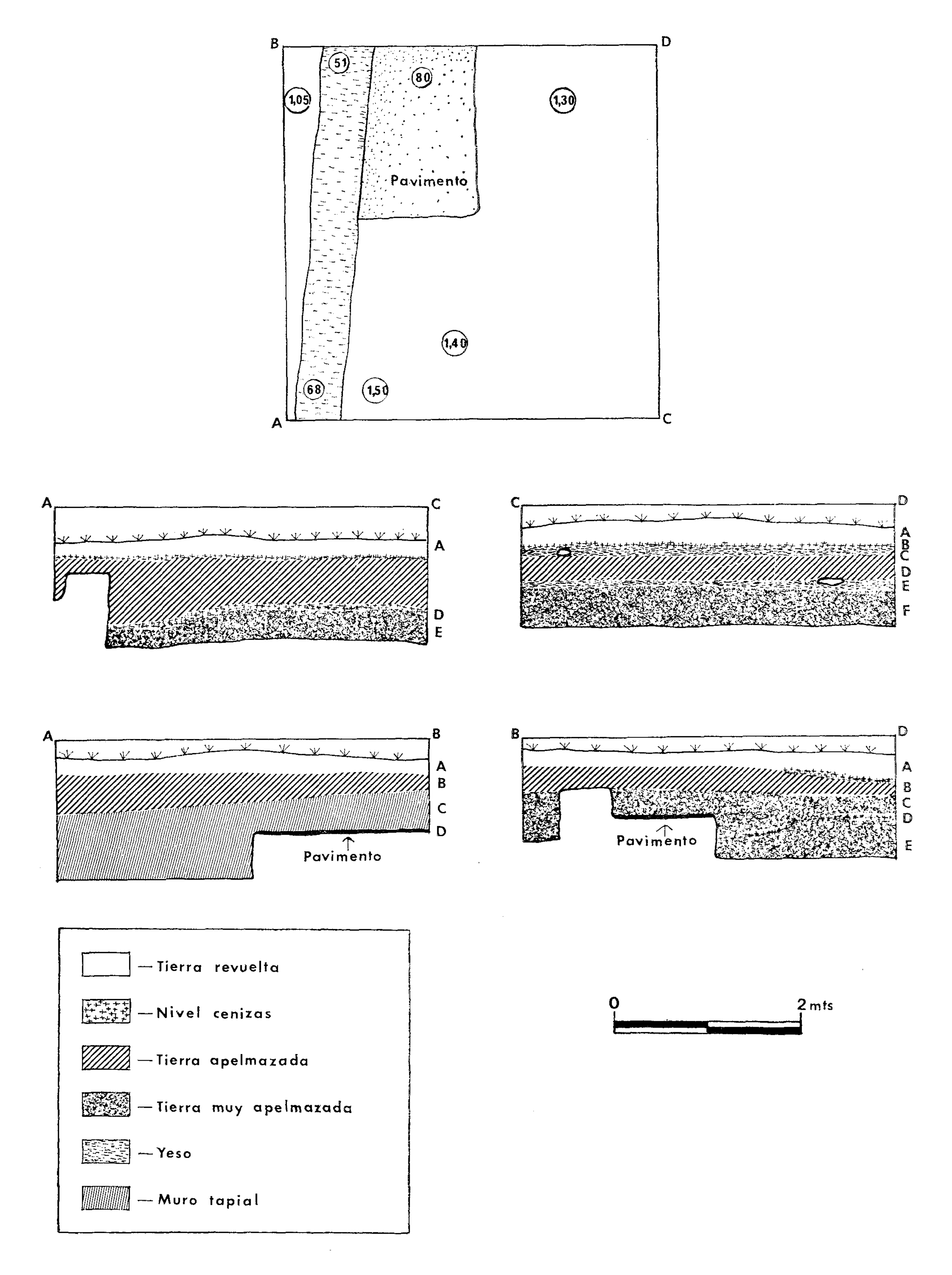


Fig. 16. *Planta y secciones de la Zanja 12.*

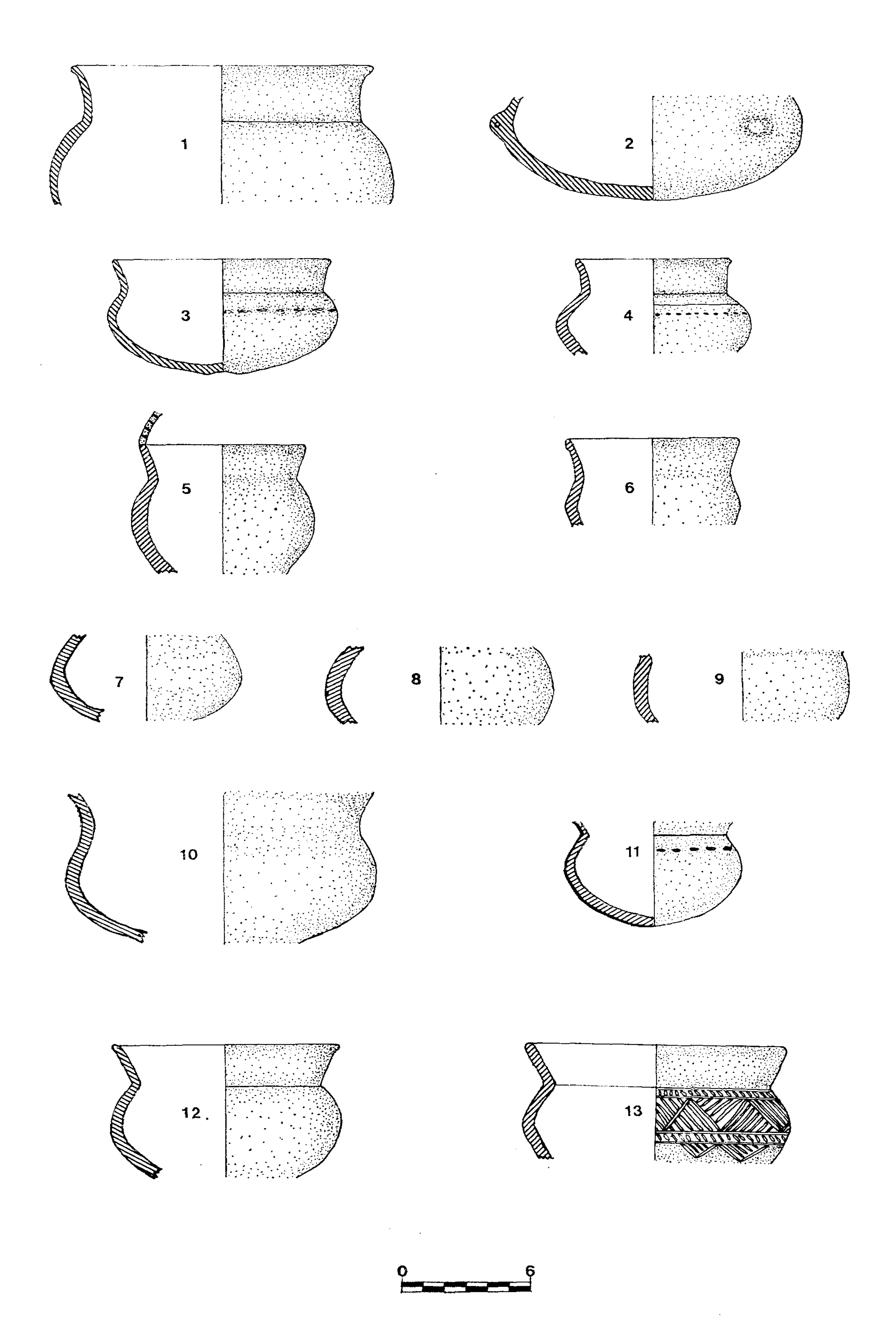


Fig. 17. *Fragmentos de vasijas de superficies pulidas correspondientes a la Forma 1. Zanja 12.*

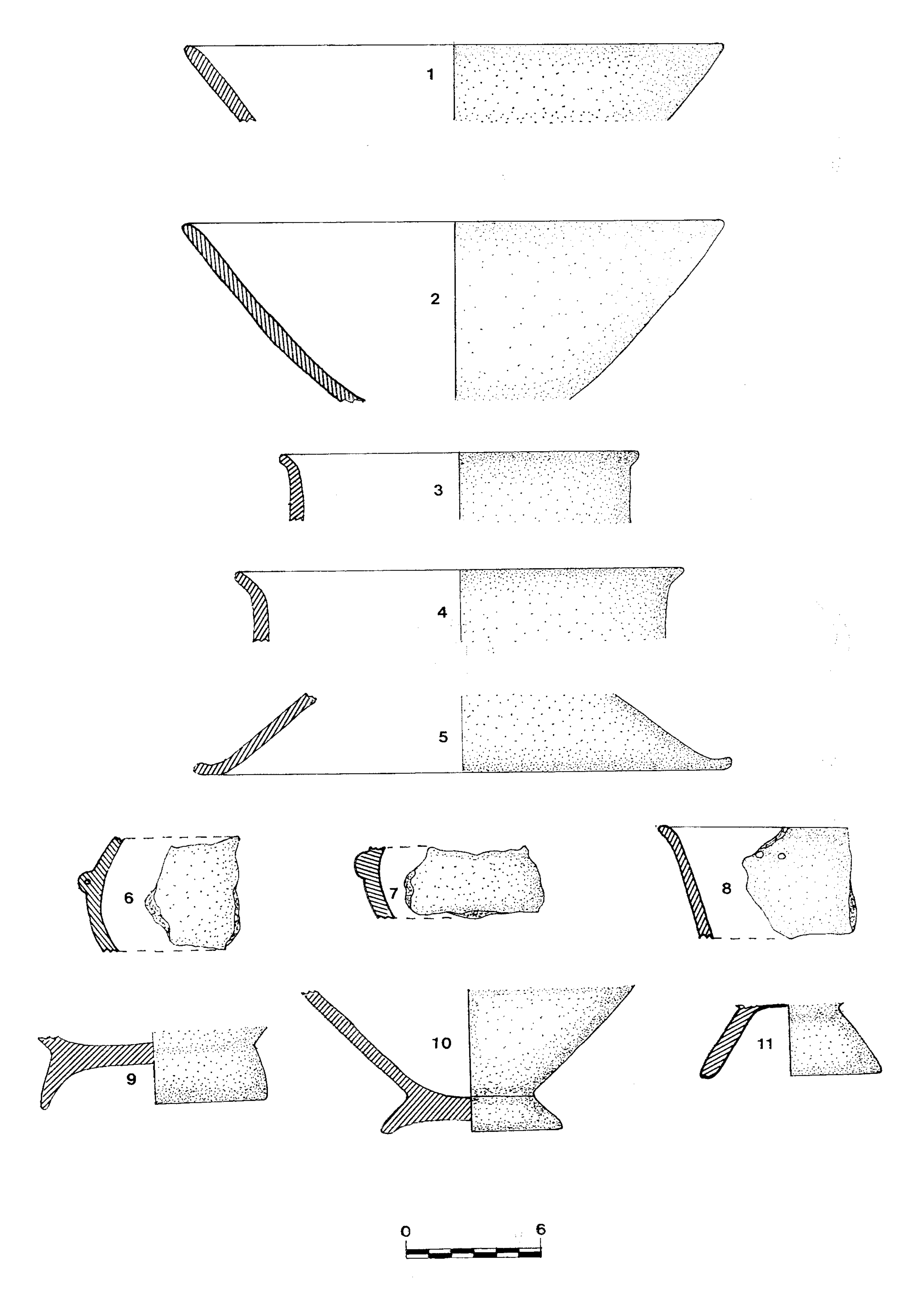


Fig. 18. *Fragmentos de vasijas de superficies pulidas recuperadas en la Zanja 12.*

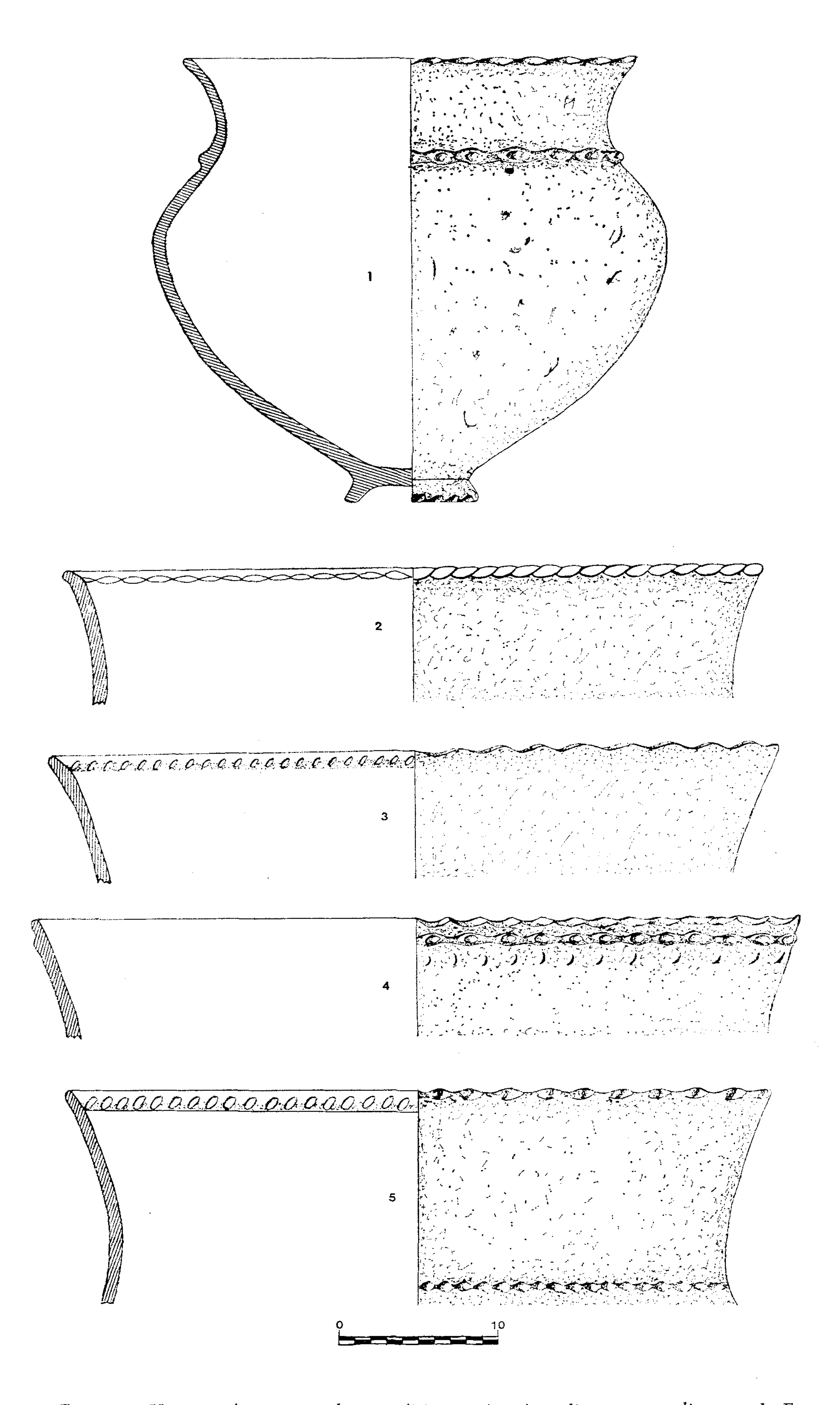


Fig. 19. *Zanja 12. Vasija y fragmentos de superficie exterior sin pulir, correspondientes a la Forma 1.*

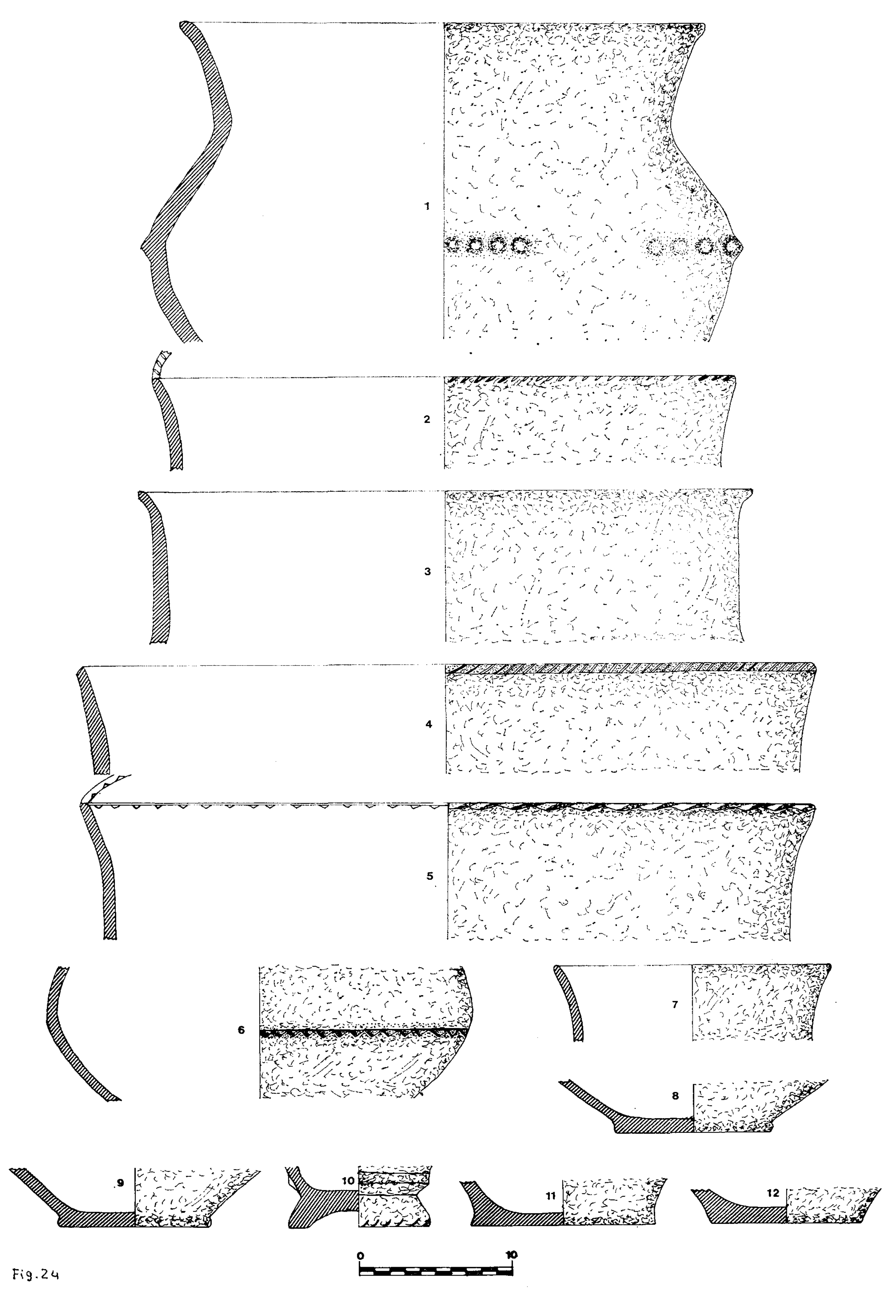


Fig. 20. *Fragmentos de vasijas correspondientes a la Forma 1, Zanja 12.*

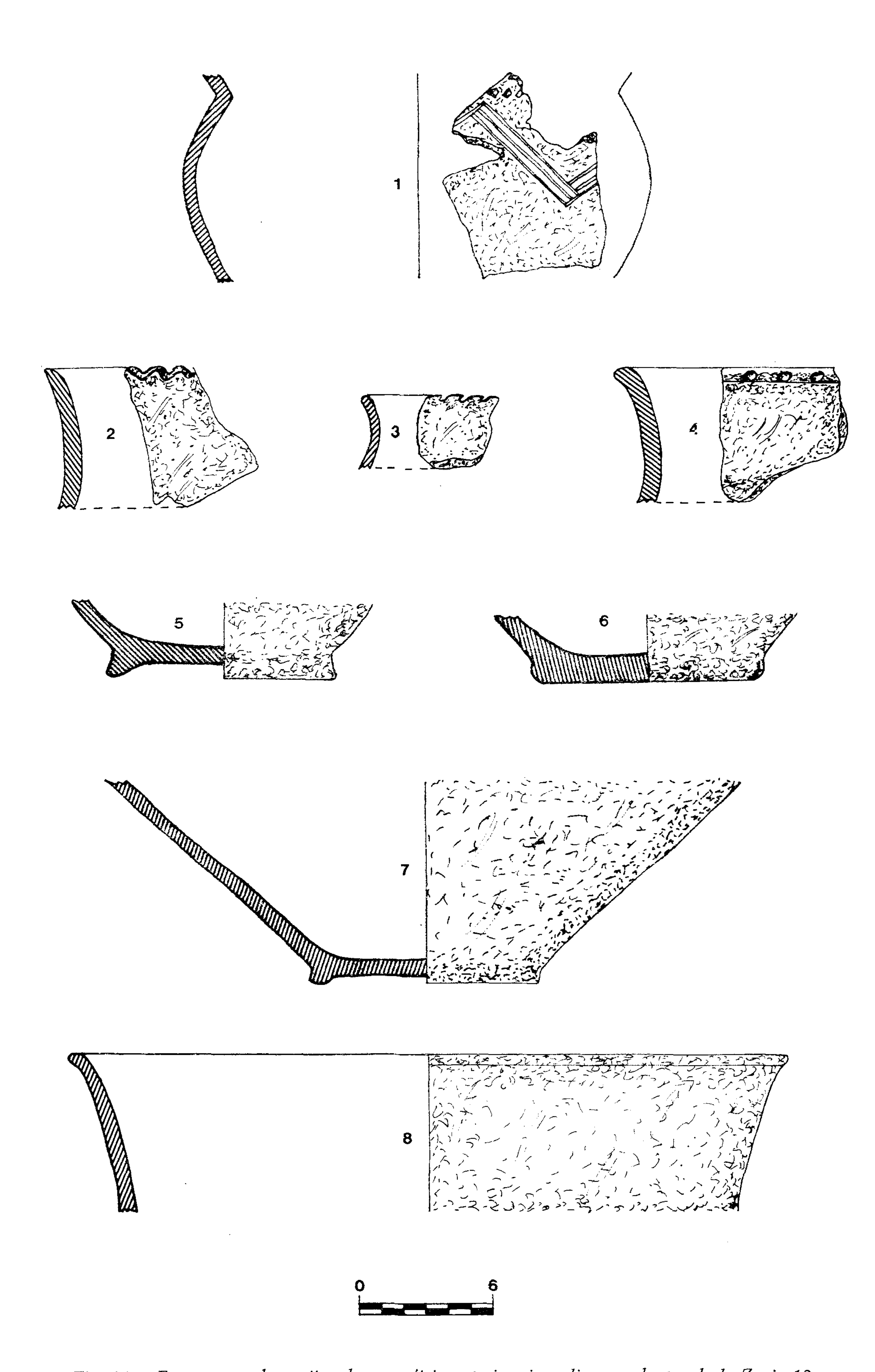


Fig. 21. *Fragmentos de vasijas de superficie exterior sin pulir procedentes de la Zanja 12.*

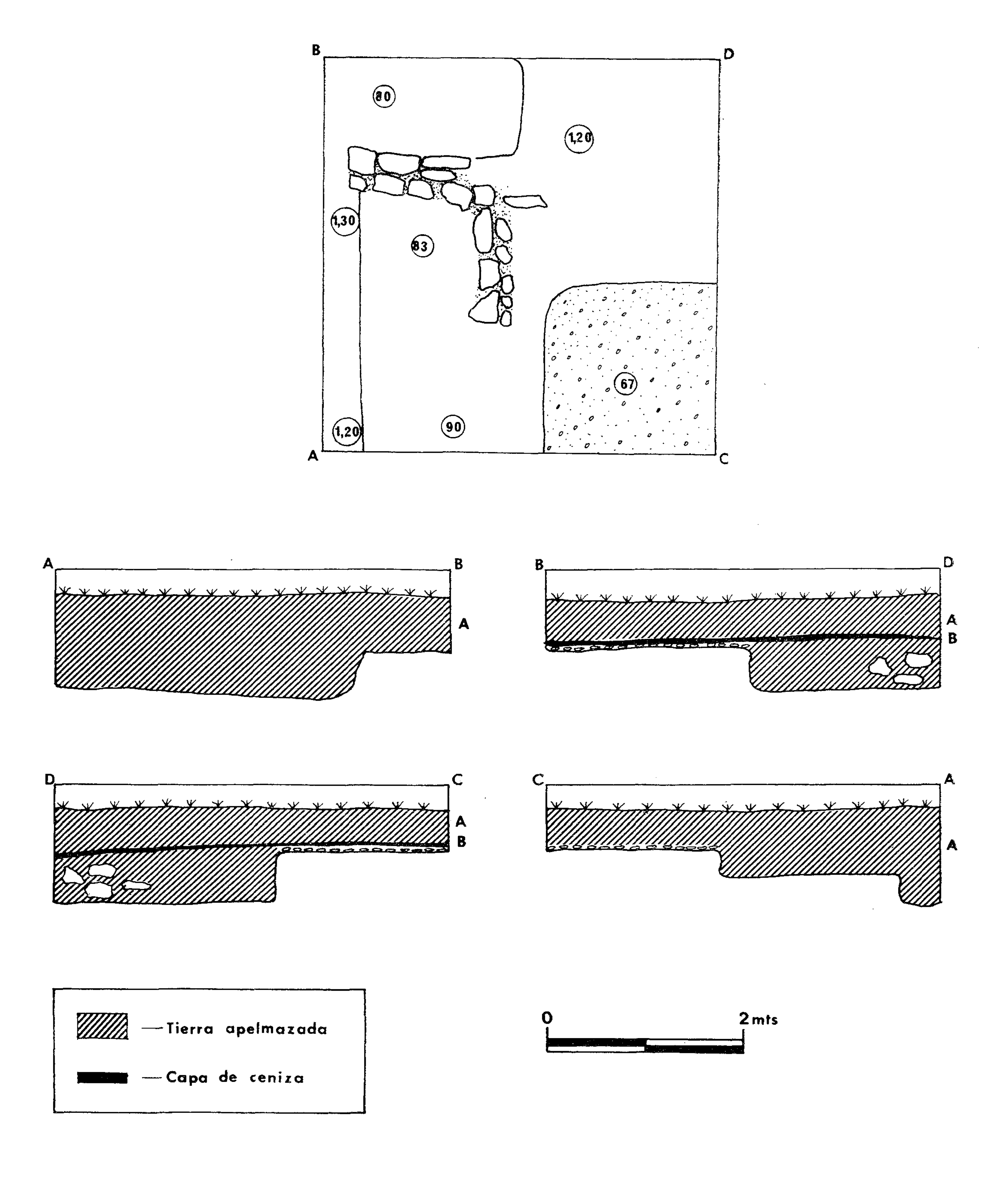


Fig. 22. *Planta y secciones de la Zanja 13.*

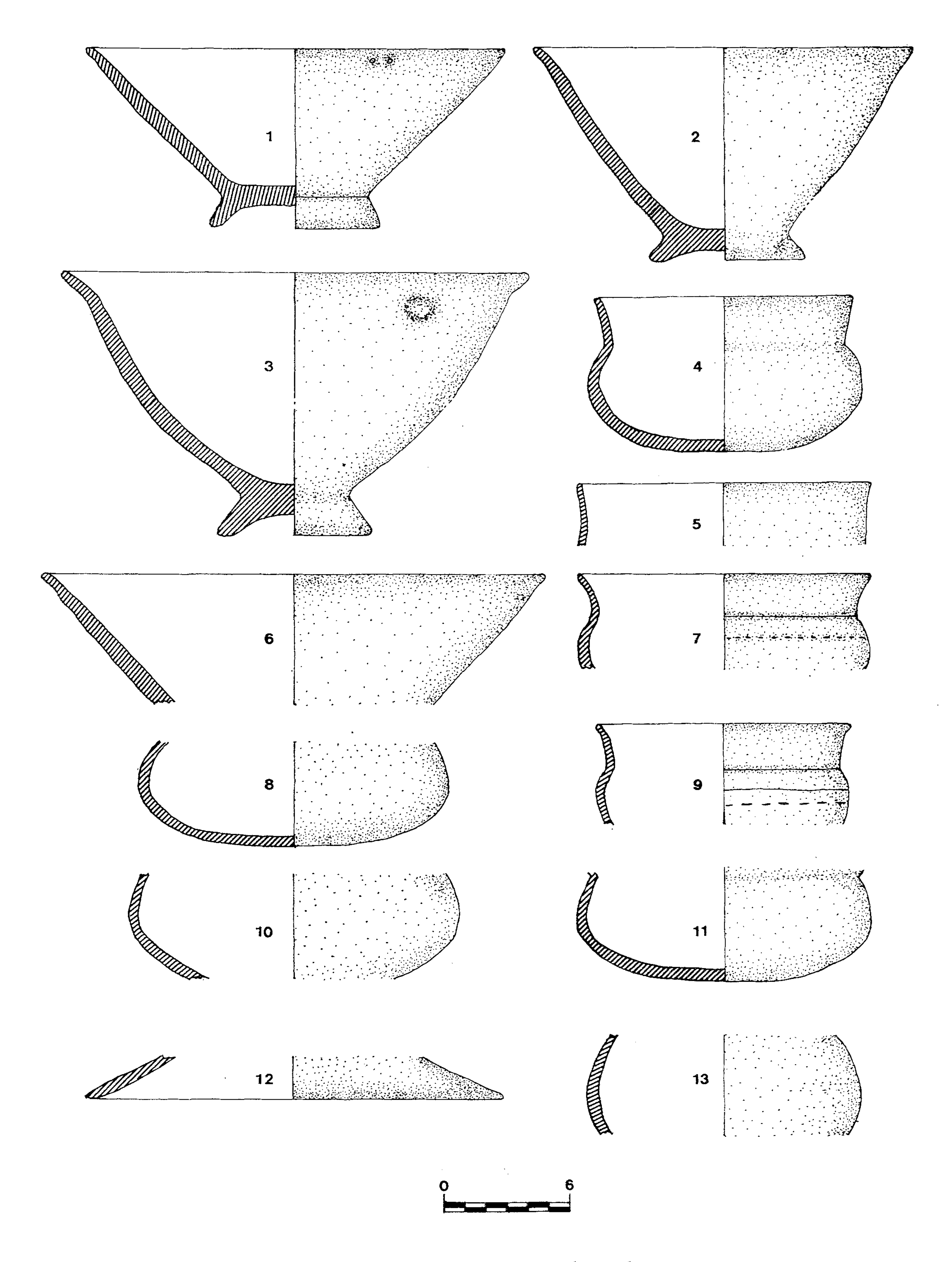


Fig. 23. *Algunos fragmentos cerámicos procedentes de la Zanja 13.*

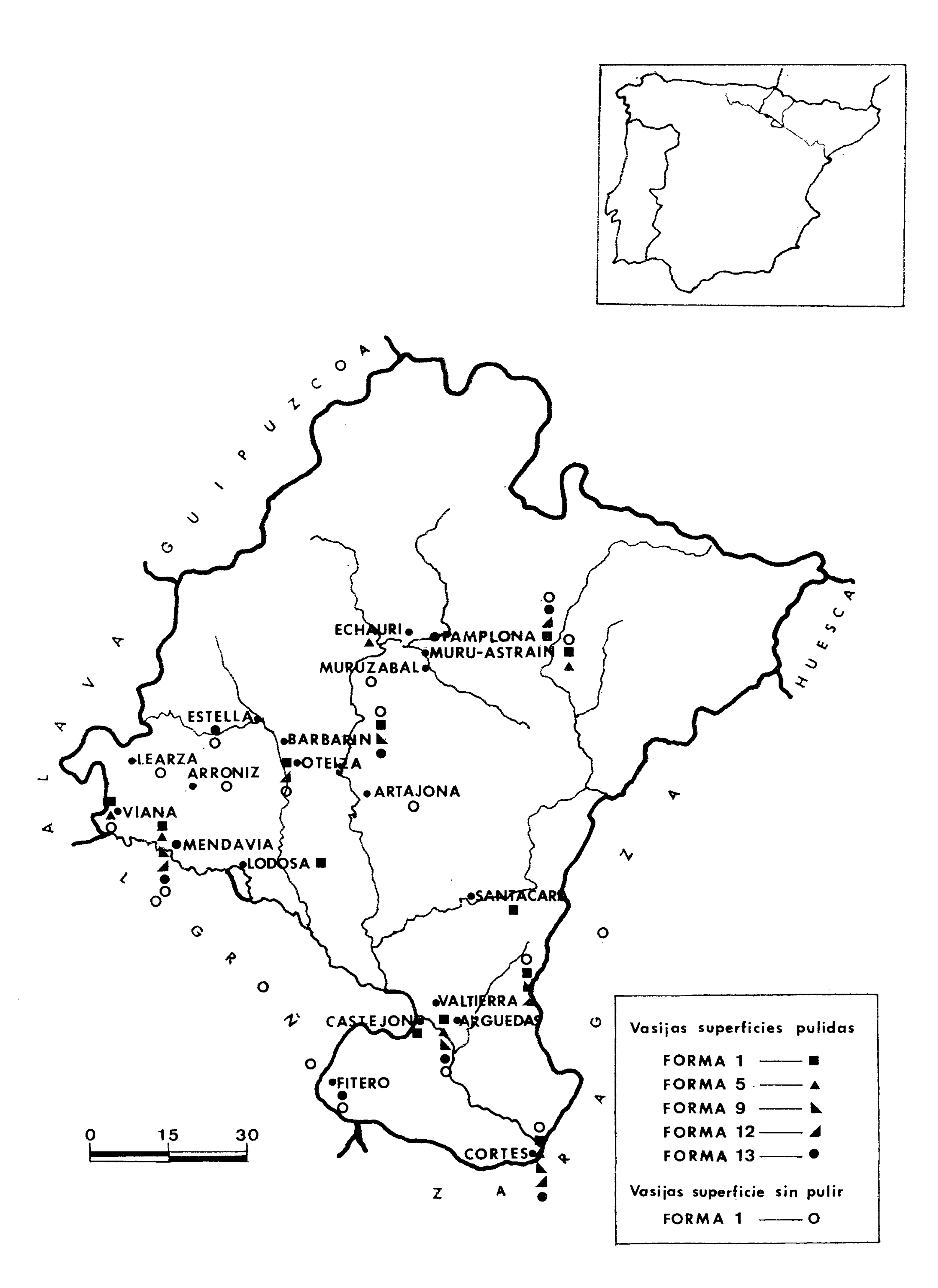


Fig. 24. *Dispersión sobre el suelo navarro de las formas localizadas en «El Castillar».*

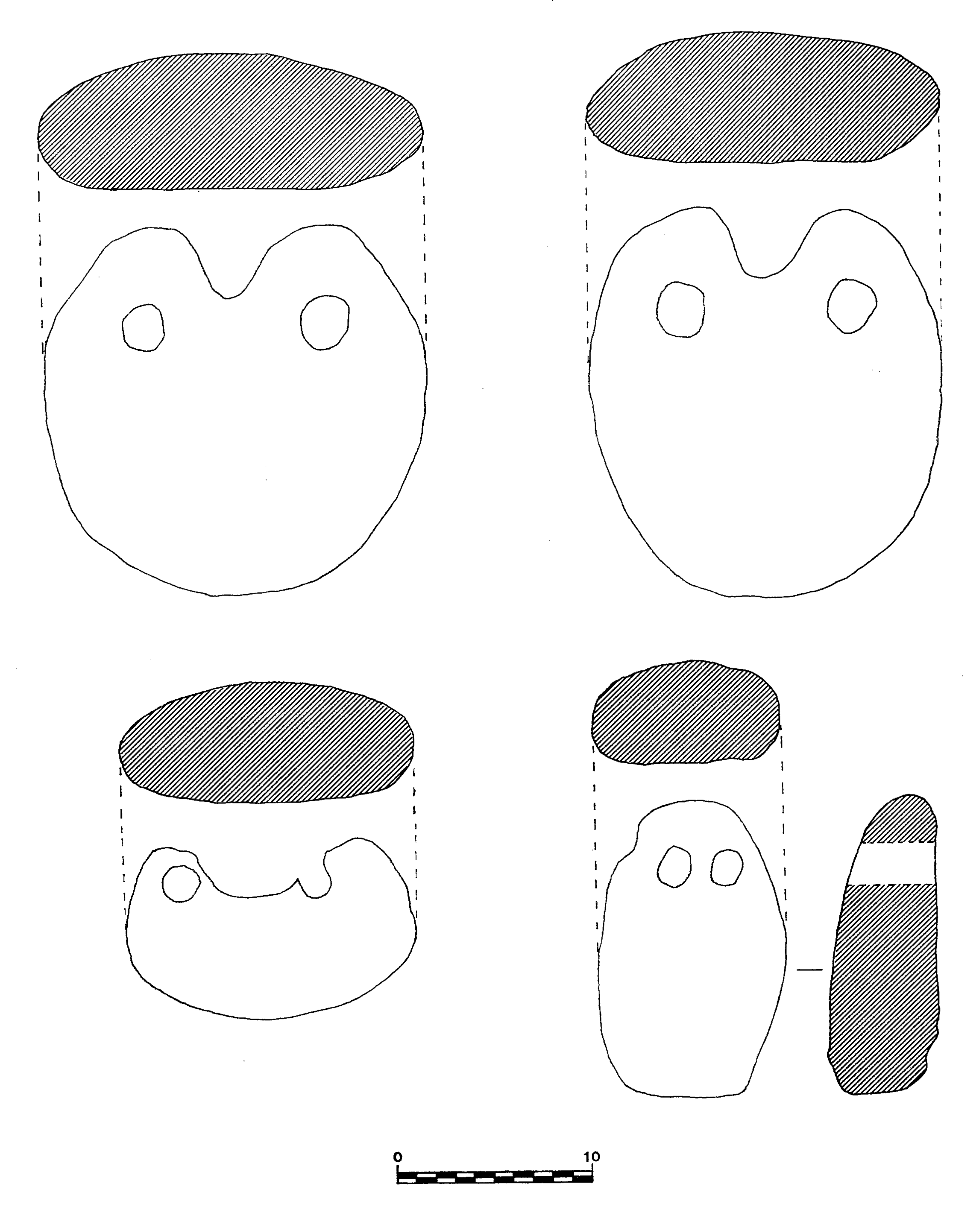


Fig. 25. *Pesas de telar.*

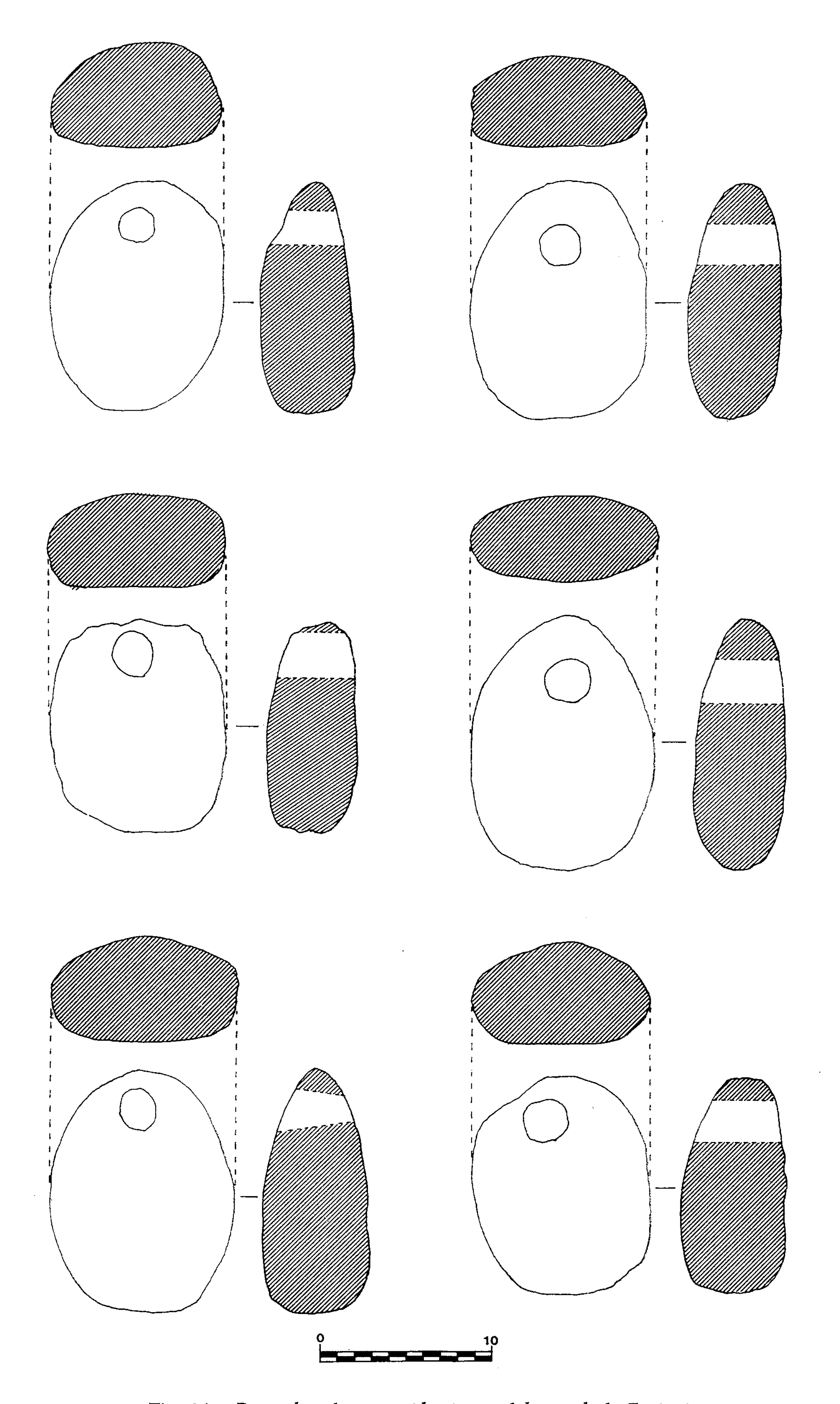


Fig. 26. *Pesas de telar, recogidas junto al horno de la Zanja 4.*

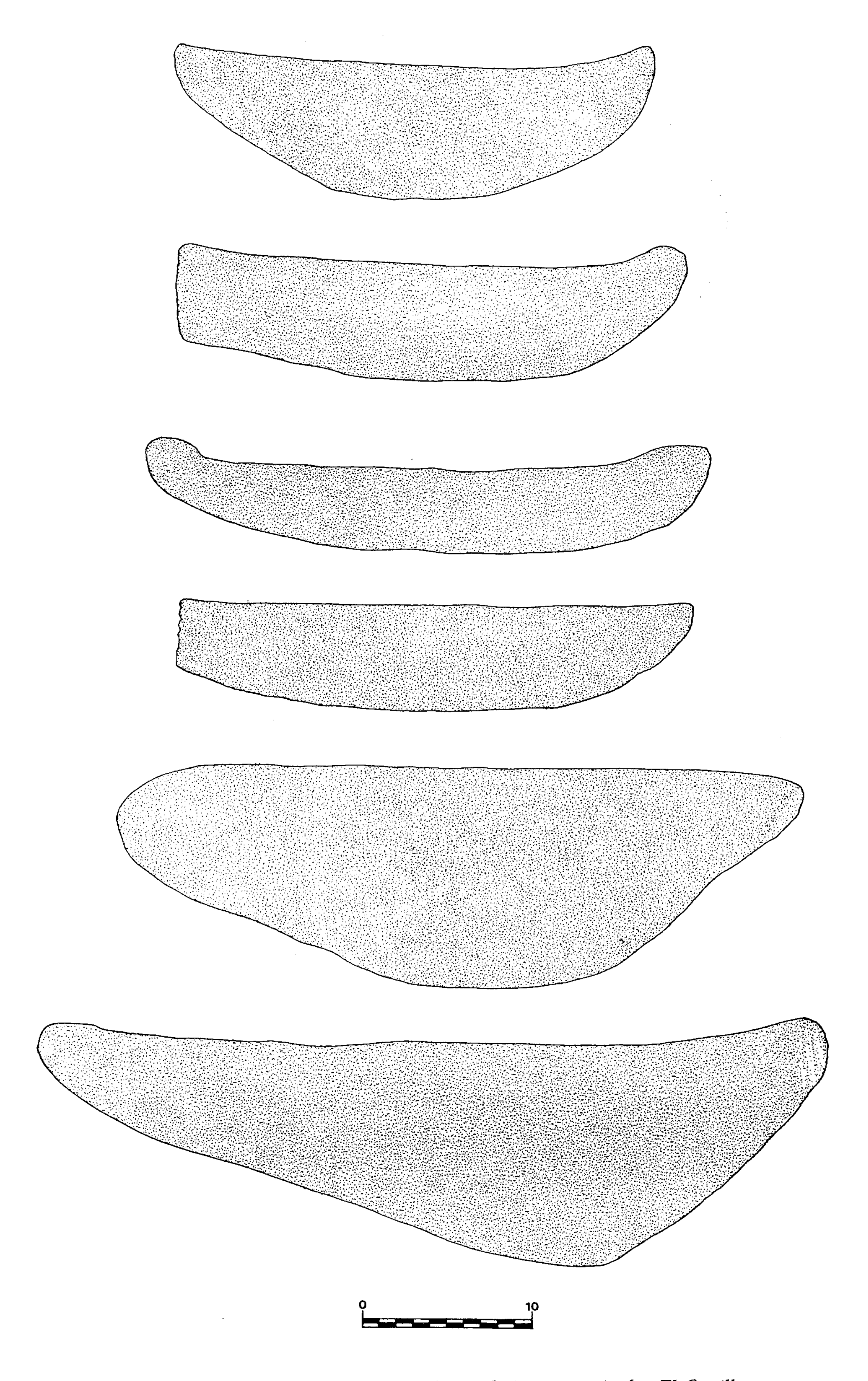


Fig. 27. *Molinos de mano procedentes de la excavación de «El Castillar».*

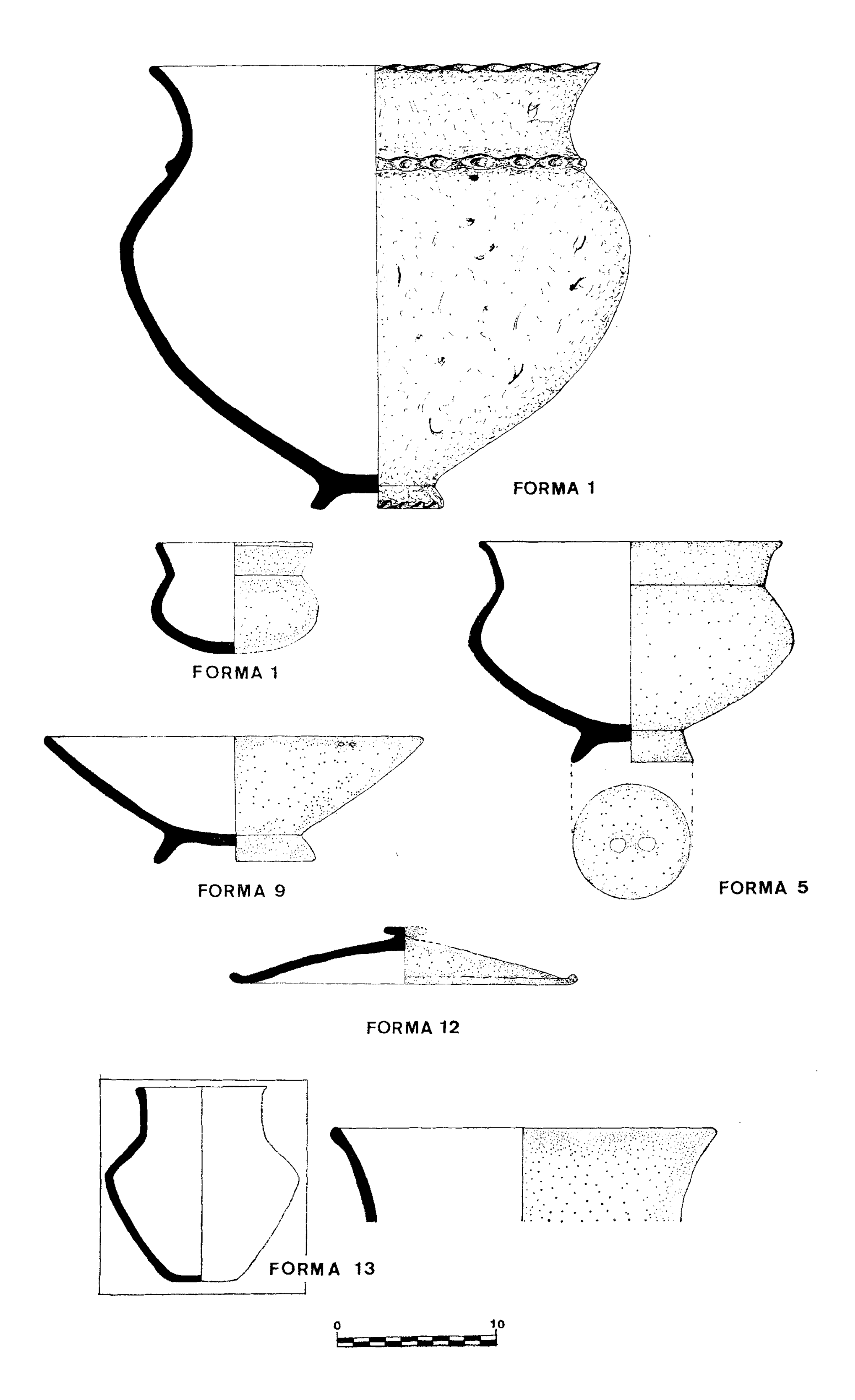
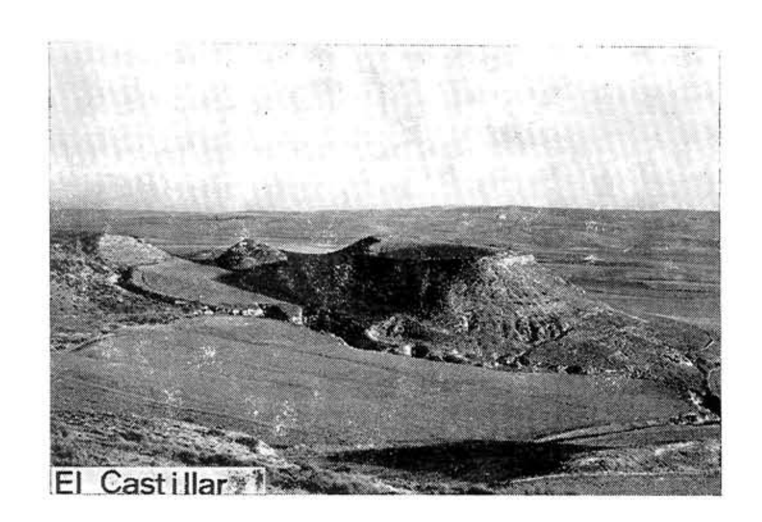
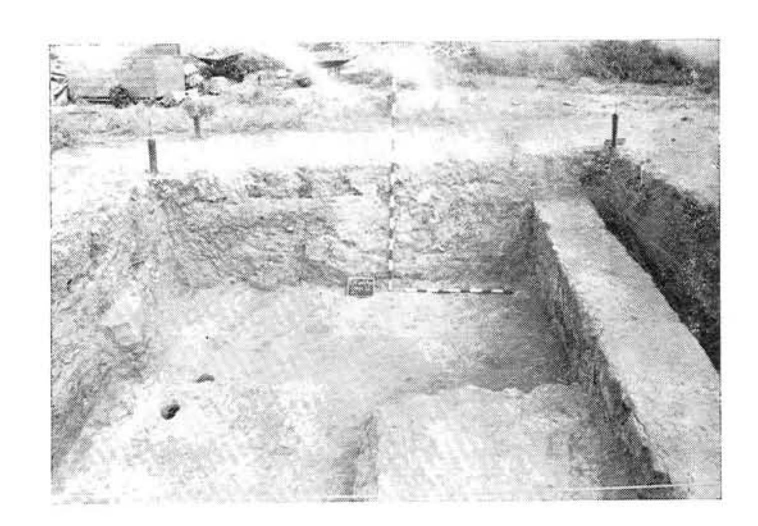


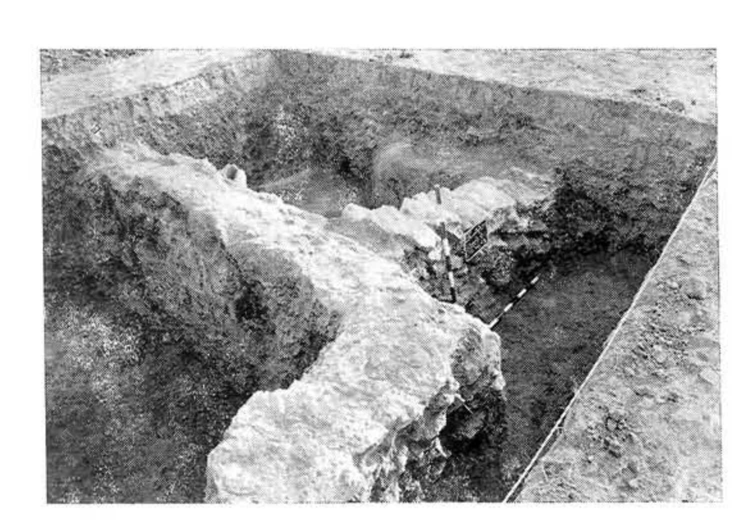
Fig. 28. *Tabla general de los galbos identificados hasta el momento en «El Castillar».*











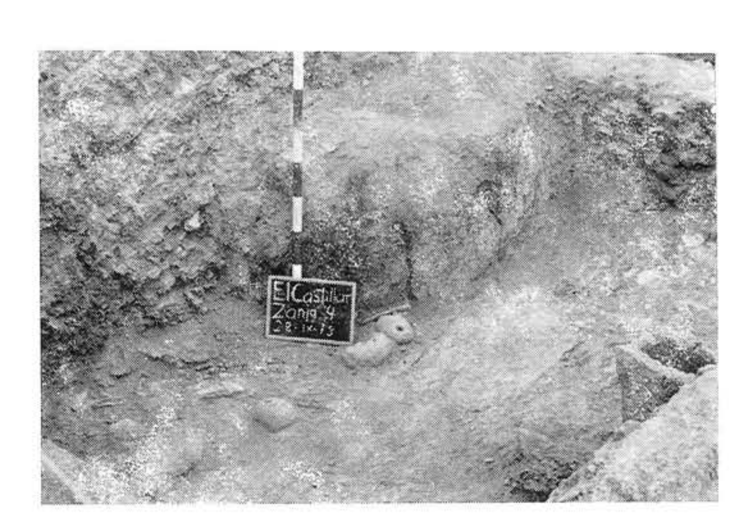
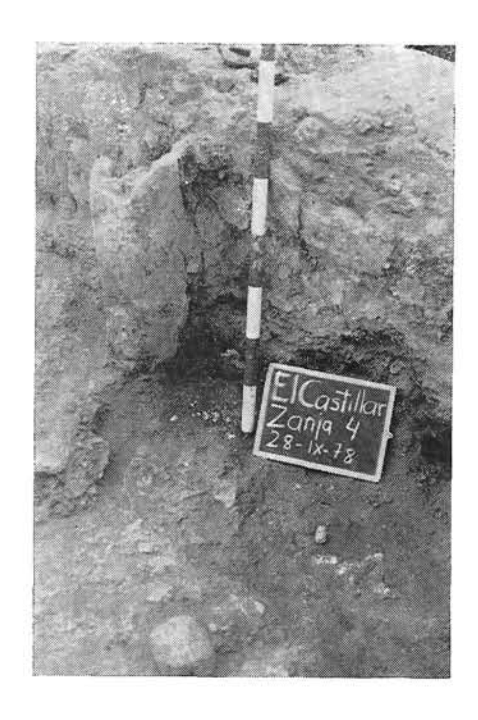


Lámina 1. 1. *Aspecto de «El Castillar».* 2 y 3. *Escenas de excavación.* 4. *Muro de adobe y pavimento de la zanja 12.* 5. *Aspecto general de la zanja 4.* 6. *Detalle del horno de la zanja 4, con algunas pesas.*













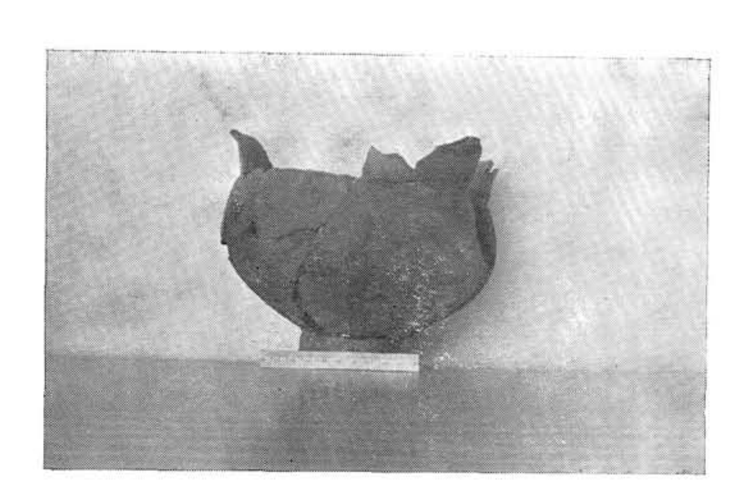


Lámina 2. 1 y 2. *Aspecto de la supuesta chimenea, adosada al muro de adobe*. 3. *Terminación del muro de yesón de la zanja 4*. 4. *Vasija de superficie pulida correspondiente a la Forma 1*. 5. *Forma 1 con decoración excisa*. 6. *Escudilla, Forma 9*. 7. *Forma 5*.

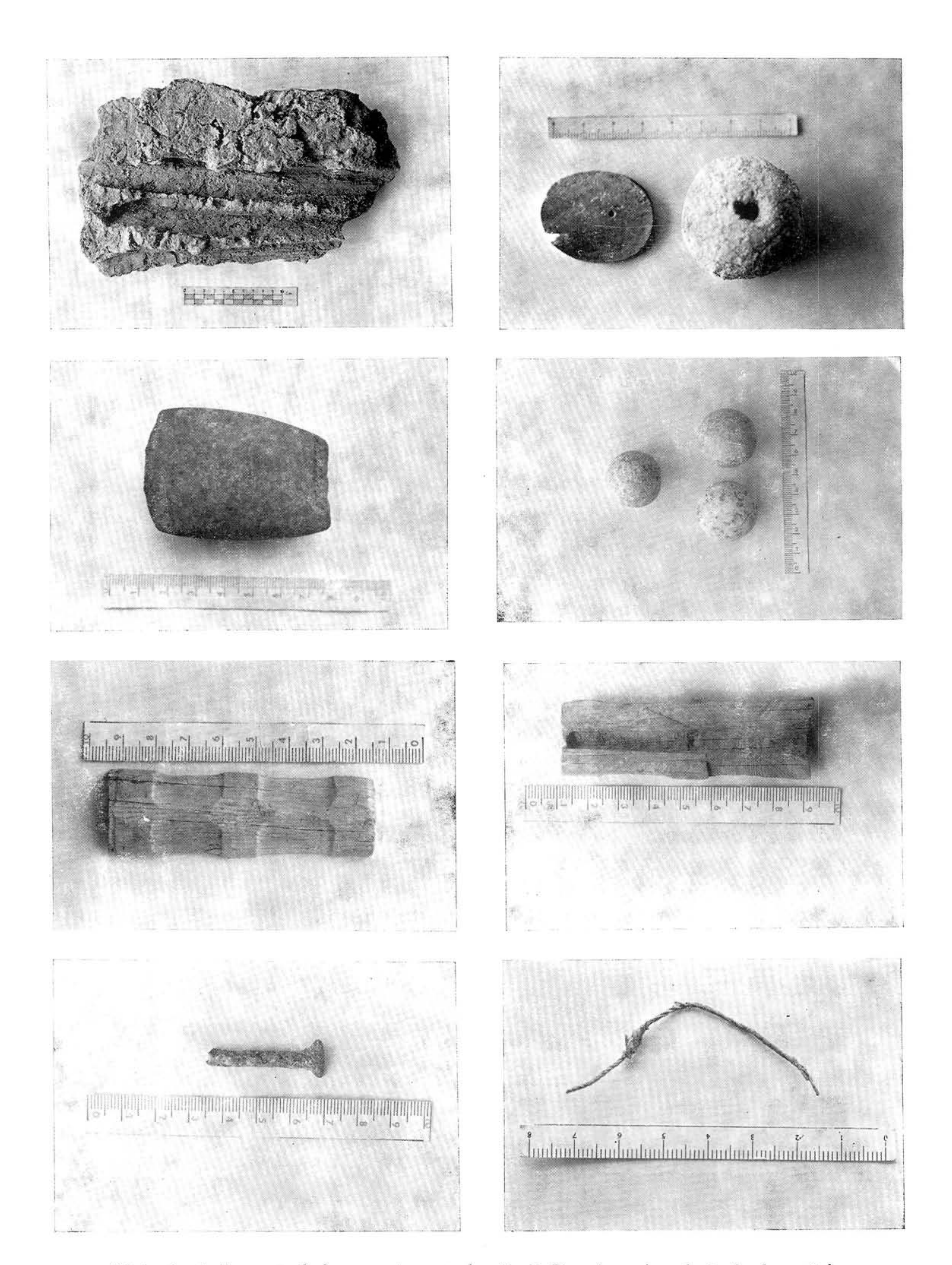


Lámina 3. 1. *Fragmento de barro con impronta de cañas.* 2. *Pieza ósea y fusayola.* 3. *Azuela en piedra pulida.* 4. *Bolitas de cuarcita.* 5 y 6. *Anverso y reverso de la misma pieza ósea.* 7. *Fragmento de fíbula.* 8. *Fragmento de pulserita de cobre.*

EL ACUEDUCTO DE ALCANADRE-LODOSA

M.ª ANGELES MEZQUÍRIZ IRUJO

El agua es un elemento indispensable para la vida del hombre. Por ello, desde la más remota antigüedad, los lugares de habitación se han construido cerca de los ríos o fuentes. También se ha conducido el precioso elemento desde los manantiales a las ciudades por medio de acueductos.

Los romanos tuvieron al agua como una divinidad. Heredaron la técnica hidráulica de Oriente y Grecia, así como de sus antecesores etruscos, habiendo empleado el canal a nivel, superficial o enterrado en galería, y también el sifón. Pero la verdadera innovación romana fue el acueducto sobre arcadas, para salvar los desniveles del terreno.

Una de estas obras de la ingeniería romana es la que subsiste en el límite provincial entre Navarra y Logroño, habiendo aparecido restos en término de los pueblos de Alcanadre y Lodosa, más próximos al primero, que indudablemente debe su nombre a este acueducto romano. En la zona es conocido como el «puente de los moros». Creemos que se trata de una conducción de aguas que servía a la ciudad de *Calagurris* y su paso alzado sobre el Ebro es la obra conocida hasta ahora, que en 1972 fue publicada dentro de un tratado general sobre los acueductos romanos en España [1].

Las gentes ancianas del lugar recuerdan todavía los pilares que emergían dentro del cauce, hoy cubiertos por el agua, ya que hacia 1940 se construyó una presa de derivación a unos 200 metros aguas abajo, que elevó notablemente el nivel en esta zona. Otro dato que hemos podido recoger de testigos presenciales, es el de que con motivo de la construcción de dicha presa y a fin de aprovechar la piedra de los arcos, dinamitaron un buen número de ellos, lo que explica que parte del acueducto se encuentre desgajado y volcado. Sin embargo, la resistencia de la fuerte obra romana les hizo abandonar esta lamentable operación destructiva.

En 1977, el Servicio de Excavaciones y Arqueología de Navarra, abordó el estudio del acueducto mediante la realización de trabajos de excavación en la búsqueda de nuevos datos que ampliasen el conocimiento de este monumento. Los trabajos ocuparon el otoño de 1977 y la primavera de 1978. También se ha realizado un rastreo de la toponimia, todo lo cual nos proponemos dar a conocer en el presente estudio.

DESCRIPCIÓN DE LA OBRA ELEVADA.

Actualmente las ruinas se componen de trece arcos, empezando por unos semienterrados, con menos de medio punto, hasta alcanzar los cinco arcos completos sobre pequeños pilares. El resto puede seguirse no sólo en los trozos volcados y removidos por la dinamita, sino también por los restos de cimentaciones que aparecen perfectamente alineados hasta la orilla del río. (Lám. 1).

---

1. FERNÁNDEZ CASADO, C., *Acueductos romanos en España.* Madrid 1972.

Todos estos restos se hallan entre el Ebro y la carretera de Lodosa a Los Arcos. Por otra parte es evidente que el acueducto fue cortado por la construcción de dicha vía, quedando a su derecha parte del estribo, apreciándose solamente el arranque de los muros, que desaparecen al irse enterrando conforme va subiendo la ladera. Es decir, se conocía lo conservado en la margen izquierda del Ebro, situado en el término municipal de Alcanadre. Sin embargo, la parte conservada en la margen derecha era desconocida [2], ya que el acceso no es fácil y se encontraba cubierta por grandes arbustos.

La construcción en esta parte puede seguirse desde la orilla del río a lo largo de 70 metros, presentando en algunos puntos una altura de unos cinco metros, que sería la necesaria para alcanzar la horizontalidad con respecto a las arcadas de la otra margen del río. Este tramo del acueducto fue cortado por la línea del ferrocarril Castejón-Bilbao, quedando media arcada a la vista. (Lám. 3).

Podemos, por tanto, seguir la construcción romana en ambas márgenes del río, desde el mismo cauce, habiendo podido hacerse la reconstrucción de la obra elevada del acueducto, que constaría de 108 arcos, ya que como es característico en estas construcciones, serían todos del mismo tamaño. (Fig. 5).

Dos hechos llaman la atención al estudiar el acueducto de Alcanadre-Lodosa. Por un lado, las dimensiones de los pilares, que en la mayoría de los acueductos conocidos son más estilizados. Hemos de pensar que generalmente se suele tratar de cruzar un barranco o un desnivel, y mediante esta obra conseguir la horizontalidad, construyendo uno o varios pisos de arcos. Sin embargo, en el caso del acueducto que estudiamos, el desnivel a salvar es el cauce del río Ebro, y sus pilares deben poder soportar no sólo la fuerte corriente habitual, sino también las frecuentes avenidas que amplían notablemente las dimensiones del cauce del río. Otro dato destacable es la anchura entre los dos paramentos del acueducto, y por tanto, la del *specus*. Sus dimensiones son mucho mayores de lo habitual, y existe la posibilidad de que fuera utilizado también a modo de puente, como medio para cruzar el Ebro.

La dimensión de las arcadas es de 4,80 metros de luz en los que alcanzan el medio punto. Los pilares tienen 1,10 metros de ancho, siendo la distancia entre los paramentos de 3 metros. El ancho del *specus* es de 1,50 m., con muretes de 0,65 m. de ancho y el espesor de las dovelas oscila alrededor de 0,12 m., siendo el tamaño medio de las piedras de 0,30 m. por 0,12 m. El tipo de construcción se compone de un revestimiento de sillarejo que forma la caja con una fábrica interna *cementiciae* que está compuesta por un aglomerado de mortero y cal. Siguiendo a Fernández Casado [3] habría que relacionarlo mejor con la morfología de los puentes que con la de los acueductos. (Lám. 2).

TRABAJOS DE EXCAVACIÓN.

Campaña de 1977.

En la primera campaña de 1977 realizamos unas catas junto a las cimentaciones, sin haber podido hallar ni un solo fragmento de cerámica o cualquier otro elemento de datación. En segundo lugar, la excavación se dedicó a seguir el trazado, descubriendo la parte enterrada hacia la ladera, para tratar de encontrar el punto en que ésta se introdujera en túnel, como parecía lógico. Los hallazgos nos demostraron que esta hipótesis era equivocada, ya que en primer lugar encontramos un murete transversal al *specus*, semiderruido, que quedaba alineado con una construcción exterior y perpendicular a la canalización. Dicha obra estaba compuesta por dos grandes sillares paralelos, labrados, que presentan unas acanaladuras perfectamente ejecutadas, preparados, sin duda alguna, para llevar unas compuertas. (Lám. 4).

Por otra parte, la conducción continúa en trazado rectilíneo durante algunos metros hacia la ladera, pero en lugar de introducirse en túnel, forma una amplia curva de algo más de 90º, orientándose la canalización en sentido aproximadamente paralelo a la carretera Lodosa-Los Arcos. La anchura de este canal a cielo abierto oscila entre 2 metros y 2,50 metros, y la altura conservada de las paredes entre 1 y 2 metros en la misma curva. El modo de ejecución parece ser el corte de la caja en el terreno, revistiendo las paredes con piedra. La obra es

2. Debemos la noticia a la Dra. A. Castiella, que nos acompañó en la primera prospección de esta zona.
3. FERNÁNDEZ CASADO, *op. cit.*

de sillarejo, que en la zona de la curva presenta un revestimiento de un fuerte mortero, hecho con cal hidráulica que lo impermeabiliza, ya que la presión del agua sería mayor en esta parte. (Lám. 5).

Nos parece evidente que el sistema de compuertas hallado es un aliviadero para regular el caudal del agua en el momento de encañonarla en las tuberías cerámicas que posiblemente ocupaban el *specus*. Fernández Casado dice que el acueducto de Alcanadre «era en realidad un puente sifón, siendo su caja una galería visitable donde las aguas venían encauzadas en tuberías cerámicas» [4]. Este dato de las tuberías lo recoge de una referencia de Taracena, que había notado el hecho singular de la abundancia de tuberías en las inmediaciones. Hoy no queda ni un solo resto de estas tuberías, pero no dudamos en considerar válido el dato de Taracena, que explica además la existencia de un aliviadero para regular el caudal del agua al entubarla. Posiblemente el agua sobrante era aprovechada para riego.

También durante la campaña de 1977 realizamos la limpieza y excavación de los restos del acueducto en la margen derecha del Ebro, en término de Lodosa. Existe cerca del cauce un gran fragmento del que queda solamente la fábrica interior y alguna pieza de revestimiento de piedra. Sus dimensiones son muy grandes, tanto en anchura como en altura. Siguiendo estos restos del acueducto, desde el río, a pocos metros se halla cortado por la línea férrea y junto a la misma vía comienza a verse parte de un arco, el último de aquel lado, ya que todo el estribo hasta apoyar en la ladera es macizo. En esta zona se limpió un tramo del *specus*, que mantiene la misma anchura que en la margen izquierda, habiendo también limpiado de matorrales todos los restos para apreciarlos y poder fotografiarlos debidamente.

Campaña de 1978.

En la segunda campaña tratamos de comprobar y ampliar los datos obtenidos en el otoño de 1977, sobre todo en lo que se refiere a la trayectoria de la canalización en ambos lados del Ebro. En la margen izquierda, es decir, junto a la carretera Lodosa-Los Arcos, habíamos visto que existía una conducción a cielo abierto, en unos 50 metros de longitud a partir del aliviadero. Por ello decidimos continuar vaciando el canal, dejando al descubierto un tramo de 150 metros, lo que nos ha permitido conocer su trazado en 200 metros. (Fig. 4). Forma una serie de curvas que se adaptan al terreno a fin de alcanzar las cotas precisas. Está construido con paredes de piedra que se han conservado a altura variada, y presenta en algunos puntos abultamientos, consecuencia de la presión que ejercen las tierras de la ladera. El suelo del canal no es de obra y está constituido por el terreno natural, muy arcilloso y prácticamente impermeable. El material de construcción es piedra de color rojizo y procede indudablemente de canteras cercanas, en término de Sesma, que han estado explotadas hasta época reciente. (Lám. 6).

Esta canalización se encontraba rellena con más de 1 metro de espesor de tierra por encima de los muros y cubierta de vegetación, por lo que no quedaba ninguna huella de su trazado. Sin embargo, conociendo ahora su posible trayectoria y modo de ejecución, puede seguirse en algunos restos que afloran donde el terreno está más erosionado. La conducción parece seguir en un amplio tramo paralela a la carretera Lodosa-Los Arcos, en su parte derecha, sin embargo, hemos hallado el punto en que para mantener el nivel adecuado el canal romano aparece a la izquierda, con restos de los apoyos de un pequeño paso elevado para salvar un barranco. A 4 kilómetros de distancia, en término de Mendavia, en el paraje del Barranco Salado [5], se ha descubierto un tramo de 15 ms. de la canalización que presenta las dimensiones y modo de ejecución ya descrito. También en el cauce del citado barranco hemos observado restos de cimentaciones incrustados en el terreno, debido a que en este lugar pudo existir una pequeña obra elevada para salvar el desnivel. (Fig. 3).

En la margen derecha del Ebro, término de Lodosa, se han realizado también descubrimientos interesantes. En primer lugar se ha seguido excavando en el *specus*, notándose que la obra se interrumpe bruscamente. Parece evidente que en este lado la conducción no era subterránea, como en principio habíamos supuesto, dado el fuerte escarpe del terreno. Hemos lle-

4. FERNÁNDEZ CASADO, *op. cit.*

5. Debemos este descubrimiento a D. Javier Pipaon y D. Javier Marrodán, de Lodosa, eficaces prospectores, cuya ayuda en la localización del trazado del acueducto ha hecho posible el trabajo que presentamos.

gado a la conclusión de que se trata de una conducción a cielo abierto que se apoya en la ladera y que posiblemente debió seguir una dirección aproximada a la de la vía del ferrocarril actualmente. El hecho de que las paredes se interrumpan poco después de finalizar la conducción elevada, creemos que es debido a algún fuerte corrimiento de tierras en esta parte. Observada la topografía del terreno parece este hecho evidente, de ahí que las paredes hayan quedado desgajadas, apreciándose en la parte conservada un agrietamiento que debió producirse al sufrir un brusco tirón por derrumbarse el resto. (Lám. 7).

Finalmente, pasado el kilómetro 37 de la carretera de Lodosa a Calahorra, hemos descubierto [6] y vaciado unos 30 metros de canalización, de características semejantes. Solamente se diferencia en que es algo más estrecha, y una de sus paredes está reforzada, ya que el terreno en este lugar ofrecía menos resistencia. (Fig. 3). Es de señalar que en las proximidades se ha observado la existencia de un topónimo muy sugestivo, «Camino de los romanos», y cuyo origen, debe estar relacionado con la obra que estudiamos. (Lám. 8).

Siguiendo la dirección a Calahorra han sido localizados [7] algunos pequeños restos de paramentos de piedra en la orilla del Ebro, cuya relación con la conducción romana parece evidente. (Lám. 9).

ITINERARIO DE LA CONDUCCIÓN.

La hipótesis tradicional hacía arrancar la conducción en Santa Cruz de Campezo (Alava) [8]. Fernández Casado dice que el agua procedía de unos manantiales en el término de Estella [9]. Nosotros creemos poder precisar que el origen de las aguas está en la Sierra de Codés, donde nacen dos ríos, el Linares y el Odrón, que circulan por dos valles diferentes, viniendo a juntar sus aguas en término de Mendavia, junto al límite de Lazagurría.

Hemos intentado rastrear todo el trayecto, verificando algunos topónimos, como el citado por Fernández Casado, de «Los arquillos». En realidad se trata de un barranco llamado «del Arco», en término de Sansol, en el que habiendo realizado una prospección personal de toda la zona no hemos podido hallar ningún resto de construcción que justifique el nombre de este lugar.

En nuestra opinión, el agua discurría desde los manantiales, por su cauce natural formando los ríos Linares y Odrón hasta la unión de ambos en término de Mendavia, lo que no excluye que hubiera alguna canalización parcial en esta zona para la mejor recogida de las aguas. Son abundantes los topónimos referentes a manantiales, como Mirafuentes, en el valle de Lana, u otros, como Aras, Piedramillera, etc., que acusan una importante tradición romana.

En el lugar de unión del Odrón y el Linares han sido localizados recientemente [10] restos de una construcción antigua embutidos dentro de una obra de hormigón moderna, realizada para el aprovechamiento del agua de estos ríos. Es decir, creemos que la presa actual no hace sino seguir una tradición antigua, romana, y que en este lugar debió existir un dique para recoger las aguas, de cuya obra nos ha quedado algunos sillares y un arco. De este modo sería posible regular el caudal de la conducción romana, que se iniciaría posiblemente en este punto. (Fig. 1).

El volumen de agua de estos ríos no podemos saberlo con exactitud, ya que no tienen estación de aforo, sin embargo la aportación podría estimarse por comparación con otros ríos navarros controlados, de unos 30.000.000 de metros cúbicos al año.

Actualmente existe una canalización para riego a partir de la presa, que atraviesa todo el término de Mendavia y llega hasta Lodosa, siguiendo una trayectoria semejante a la que debió seguir el canal romano, puesto que en algunos tramos antiguos descubiertos coincide casi perfectamente. Es lógico que tanto hoy como en época antigua existan unos condiciona-

---

6. También este descubrimiento se debe a la noticia ofrecida por D. Javier Pipaon y D. Javier Marrodán.

7. Debemos agradecer una vez más a D. Javier Pipaon y D. Javier Marrodán la localización de estos restos, así como su ayuda y compañía, mostrándonos personalmente sus descubrimientos.

8. MORET, *Investigaciones sobre las antigüedades del Reino de Navarra.* Pamplona 1766.
ALONSO GARCÍA, D., *Apuntes históricos de la villa de Alcanadre.* «Berceo» n.º 41, 1956, pág. 422.

9. FERNÁNDEZ CASADO, *op. cit.*

10. Una vez más debemos este importante descubrimiento a D. Javier Pipaon y a D. Javier Marrodán, a quienes debemos hacer público nuestro agradecimiento.

mientos impuestos por el terreno que hace preciso llevar una cota altimétrica parecida para que el agua discurra normalmente.

Respecto a los topónimos de la zona, hemos de destacar el nombre de «El Charcal», en término de Lazagurría. Se trata de una zona pantanosa que según nuestra hipótesis recogería las aguas para abastecer al acueducto romano.

Podemos seguir, por tanto, perfectamente el itinerario de la conducción romana desde la presa hasta la obra elevada que atraviesa el Ebro. Del mismo modo, desde la orilla derecha hacia Calahorra ha quedado determinado por los hallazgos efectuados junto a la carretera de Calahorra, a unos tres kilómetros de Lodosa, y finalmente, los restos de pilares de la misma construcción que quedan a la entrada de la ciudad, en la carretera de Arnedo. Estos restos ya son conocidos y se ha dado noticia de ellos [11] en varias ocasiones. Parece seguro que se trata de la misma obra que la del acueducto sobre el Ebro, pues presenta igual tipo de fábrica e idénticas dimensiones que aquélla. (Lám. 10).

Finalmente, hemos de hacer notar el topónimo «Murillo de Calahorra», pequeña localidad situada a unos 4 kilómetros de Calahorra, precisamente en la trayectoria que pudo seguir la conducción romana. Existe en este lugar un yacimiento romano, y su nombre podría tener relación con una gran construcción de esta época.

Habíamos señalado que la conducción desde Mendavia a Lodosa sigue aproximadamente el trazado del canal de riego actual, que nace en la presa citada. Del mismo modo, desde la otra margen del río Ebro la canalización romana siguen en muchos puntos paralela a la del actual canal de Lodosa, que se inicia precisamente a pocos metros del paso del acueducto sobre el río, del que toma las aguas. Por otra parte, la vía del tren Bilbao-Castejón, sigue una dirección parecida, todo lo cual viene a corroborar que en todos los tiempos las condiciones de la topografía del terreno han impuesto el trayecto más adecuado para estas obras.

La longitud total de la canalización romana, desde la presa, en la unión de los ríos Odrón y Linares, hasta Calahorra, sería de unos 30 kilómetros. Evidentemente se trata de una obra monumental, no extraña en la ingeniería romana, ya que existen numerosas obras de estas dimensiones y aún mayores. Para poder determinar la largura del recorrido se ha utilizado la carta topográfica habiéndose hecho una medición ideal, por lo que no puede ser exacta, dadas las abundantes ondulaciones de la canalización, como hemos comprobado en el tramo descubierto.

DATOS TECNOLÓGICOS.

La pendiente.

Un elemento importante para la finalidad de esta obra es la pendiente dada a la conducción por los constructores romanos, es decir, la *mensura declivitatis*. Para la búsqueda de la pendiente hemos utilizado las cotas altimétricas de los diversos lugares con restos, localizadas a base del relieve topográfico.

El interés del conocimiento de los valores de la pendiente del conducto está directamente relacionado con sus características generales, ya que el movimiento de las aguas resulta solamente como consecuencia de la gravedad. Conviene recordar que los romanos, que tenían gran experiencia en estos problemas, buscaban siempre con las construcciones, evitar la excesiva velocidad del agua, por la presión sobre las paredes de la conducción, lo que podía llevar consigo gastos grandes de mantenimiento y peligros. Para ello utilizan depósitos intermedios o aumentaban artificialmente la largura del conducto, con introducción de alternativas a la línea recta, haciendo ángulos y a veces sifones, como ya hemos visto en el acueducto que estudiamos. De tales correcciones tecnológicas encontramos noticias en Vitrubio, que en su madurez, fue uno de los primeros «arquitectos» de la administración de las aguas públicas de Roma.

En «De Arquitectura», de Vitrubio, encontramos que la *mensura declivitatis* era fijada en un 0,5 por ciento [12], mientras Plinio la aconseja de valor mucho menor [13]. Prescindiendo de

11. GUTIÉRREZ ACHUTEGUI, P., *Historia de la muy noble, antigua y leal ciudad de Calahorra.* «Berceo» n.° 38, 1956, pág. 80.
12. VITRUBIO, *De Arquitectura,* VIII, 108.
13. PLINIO, *Nat. Hist.,* XXXI, 31.

las codificaciones que como siempre dejan un amplio margen de posibilismo operativo, y estudiando algunas conocidas conducciones romanas, se nota que la pendiente, aun en un mismo acueducto, puede variar de tramo en tramo como consecuencia de las diversas condiciones ambientales, de la morfología y naturaleza de los terrenos atravesados, e incluso por razones económicas. Hay que tener en cuenta también la variabilidad de los elementos climáticos del recorrido, principalmente por las posibles heladas invernales que obligarían a aumentar la pendiente para impedir que el agua se helase.

En el acueducto Alcanadre-Lodosa y en la parte de recorrido que podemos controlar exactamente, observamos estas variaciones en la pendiente. En la mayor parte del recorrido, la pendiente es 1 ‰, sin embargo en el tramo descubierto en la finca de Imaz, término de Mendavia, es más acusada, alcanzando el 1 %.

Volumen de agua transportada.

Calcular la cantidad de agua que llevaba la conducción presenta mayor dificultad que otros elementos tecnológicos. En principio pudiera parecer fácil si se conoce la sección y la pendiente, pero hay muchos factores condicionantes. La anchura de la sección del canal varía, según los tramos, entre 1,80 y 2,50, del mismo modo que la pendiente, como ya hemos indicado anteriormente. Por otra parte, no sabemos con exactitud la altura que alcanzaba el agua en el canal. El único dato que poseemos es haber podido observar, en la zona próxima al aliviadero, restos de carbonato de calcio hasta 1,10 metros de alto, que pudiera ser la marca del nivel normal del agua.

Hay que tener en cuenta finalmente que en gran parte del trayecto la unión de las piedras de las paredes deja espacios que supondrían una indudable pérdida durante el recorrido, reduciendo notablemente el agua de llegada.

Teniendo en cuenta todas estas circunstancias y tomando como datos los de un punto determinado de la canalización, el P-11 marcado en el levantamiento topográfico realizado, aplicaremos entre las muchas fórmulas que existen, la de Ganguillet y Kütter,

$$V = \frac{100\sqrt{R}}{M + \sqrt{R}} \sqrt{R\,J}$$

V — Velocidad del agua, expresada en metros por segundo.
R — Radio hidráulico, es el resultado de dividir la superficie de la sección por el perímetro mojado.
J — Pendiente. En el punto escogido es de 0,001.
M — Coeficiente de pérdida de las paredes. En la tabla aportada por Ganguillet y Kütter es de 1,00.

Por tanto sustituyendo los valores

$$V = \frac{100\sqrt{0{,}585}}{1 + \sqrt{0{,}585}} \sqrt{0{,}585 \times 0{,}001} = 1{,}048 \text{ m/s.}$$

Q = Metros cúbicos por segundo.
S = Sección del curso de agua.
$Q = S \times V = 2{,}75 \times 1{,}048 = 2{,}882 \text{ m}^3/\text{s}$.

Las dimensiones del canal son realmente extraordinarias incluso insólitas para el abastecimiento de agua a una ciudad antigua. Los restos que hoy se encuentran a la entrada de Calahorra, en la carretera de Arnedo, debían conservarse en mejor estado en el siglo XVIII, y posiblemente esta prueba de un abastecimiento de aguas tan abundante, junto con el hallazgo de «conductos de plomo por donde se encaminaba el agua al circo» hizo suponer al P. Moret[14] el empleo de este edificio como Naumaquia. También Llorente[15] se muestra de acuer-

14. MORET, *op. cit.*, pág. 42.
15. LLORENTE, J. A., *Monumento romano descubierto en Calahorra en el día 4 de marzo del año 1788*. Madrid 1789 (recogido por GOVANTES, *Diccionario histórico de la Academia. II Sección. Suplemento.* Madrid 1851, pág. 5).

do con esta interpretación y dice de la conducción a la ciudad «la suficiente para la bebida y el riego». No se puede precisar lo que se refiere al *Castellum Aquae* y sistema de llegada de las aguas del acueducto, aunque posiblemente estuvo situado en la parte baja de la ciudad.

CRONOLOGÍA.

Al abordar la excavación del acueducto, el interés primordial estaba centrado en el hallazgo de elementos arqueológicos que permitieran precisar la datación de la obra. En este punto hemos quedado defraudados, ya que solamente se ha hallado un fragmento de Sigillata Hispánica. Parece lógico que dentro del canal, relleno de tierra por el paso del tiempo, no hubiera resto alguno, ya que en el momento de su utilización llevaba agua y no es probable que se depositaran en él materiales arqueológicos, sin embargo, la excavación de los cimientos de los pilares podía habernos aportado algún elemento interesante. La fecha del fragmento de Sigillata Hispánica puede ser el siglo II, por su barniz rojo anaranjado y brillante, pero al tratarse de un único fragmento su valor cronológico es escaso.

Tendremos que tener en cuenta para la datación, por tanto, sus características formales. Fernández Casado lo fecha en el siglo II por comparación con otros acueductos conocidos. Señala cierto ruralismo, semejante al de Valencia de Alcántara, fechado en el siglo I, así como alguna semejanza con el de la Pineda, fechado en el siglo III.

La tesis de Fernández Casado, datándolo en el siglo II, coincide con la fecha del único fragmento cerámico hallado, pudiendo pertenecer a la época de Trajano-Adriano, que fue propicia a favorecer la construcción de obras públicas en Hispania, o quizá a la de los Severos, que sabemos realizaron diversas obras públicas en algunas provincias del Imperio.

Aunque la finalidad de este acueducto, parece ser la de proporcionar agua a la ciudad de Calagurris, sin embargo, dada la capacidad de la canalización, creemos posible que mediante las oportunas concesiones oficiales, ya que estas obras públicas dependían del Emperador, se utilizase parte del agua para fines agrícolas, a lo largo de su trayecto.



Figura 1. *Itinerario de la conducción romana.*

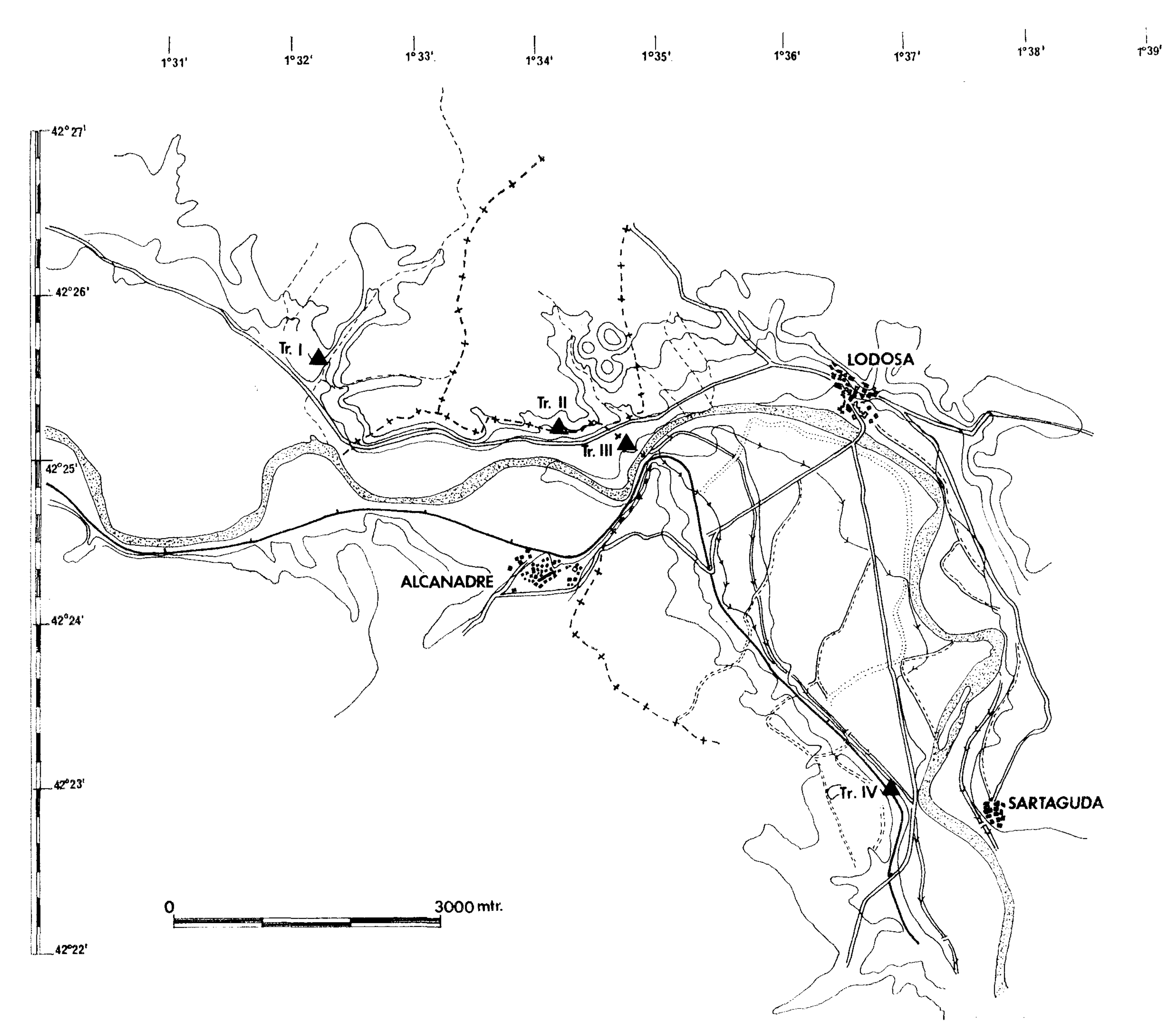


Figura 2. *Situación de los tramos excavados.*

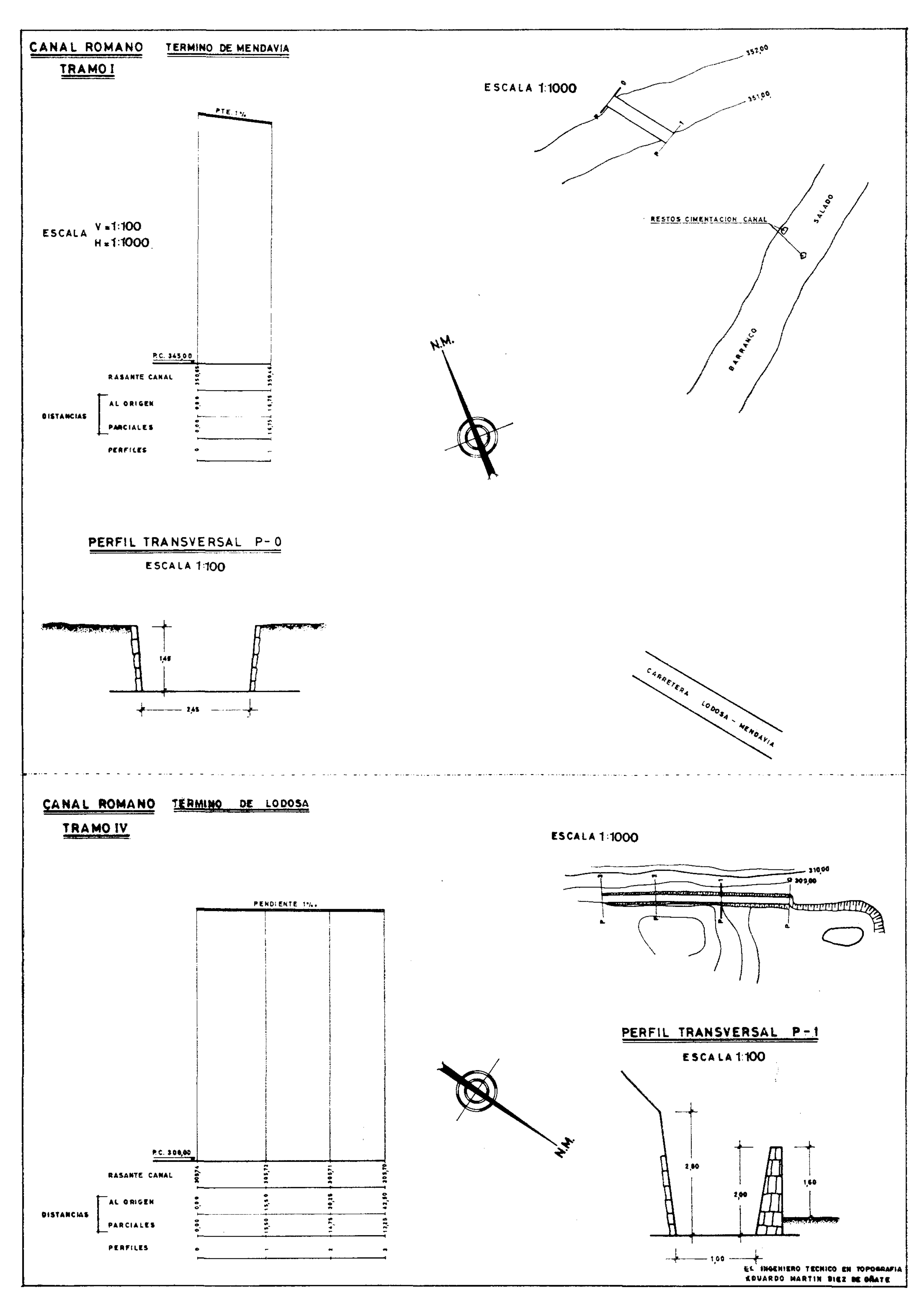


Figura 3. *Levantamiento topográfico de los tramos I y IV.*

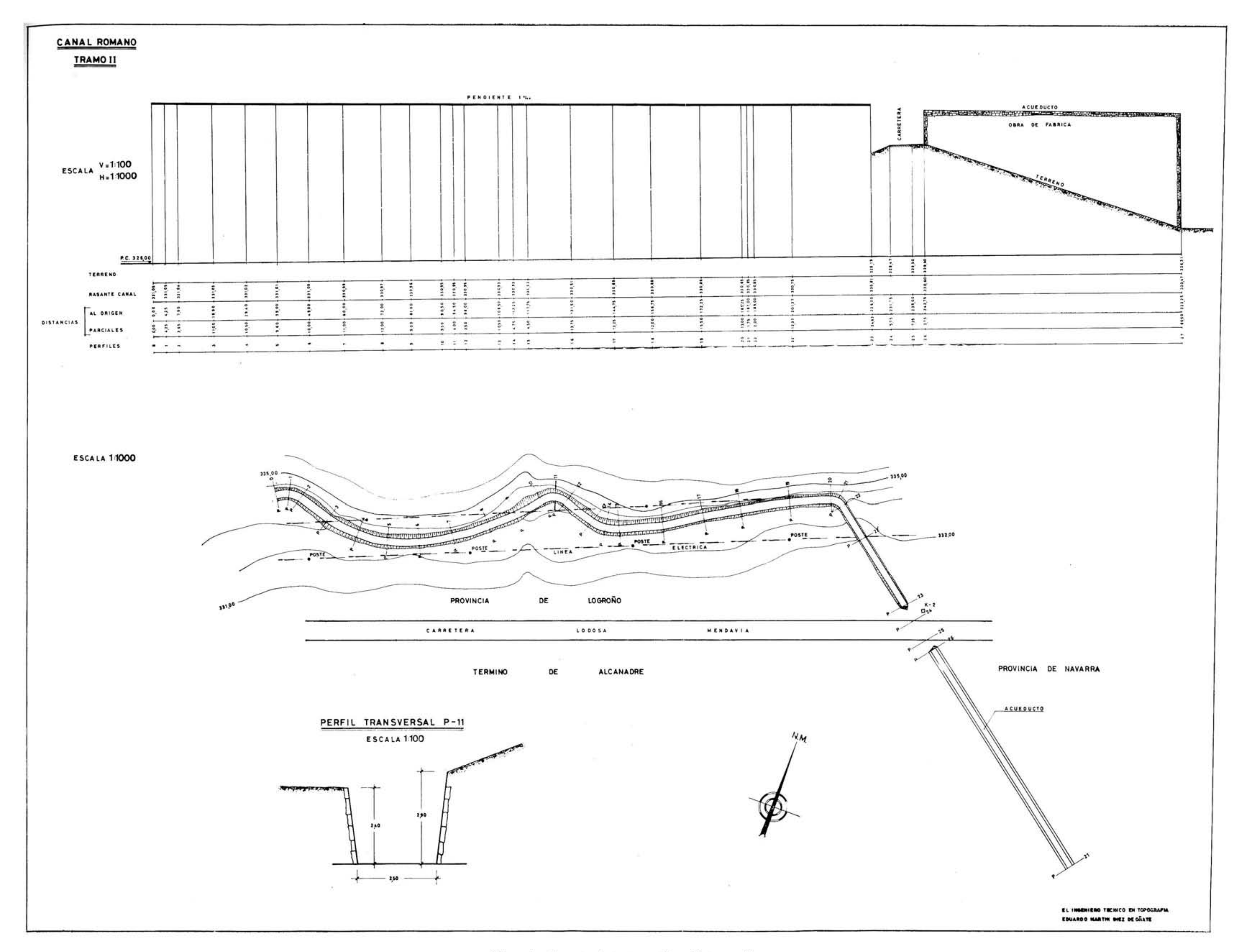


Figura 4. *Levantamiento topográfico del tramo II.*

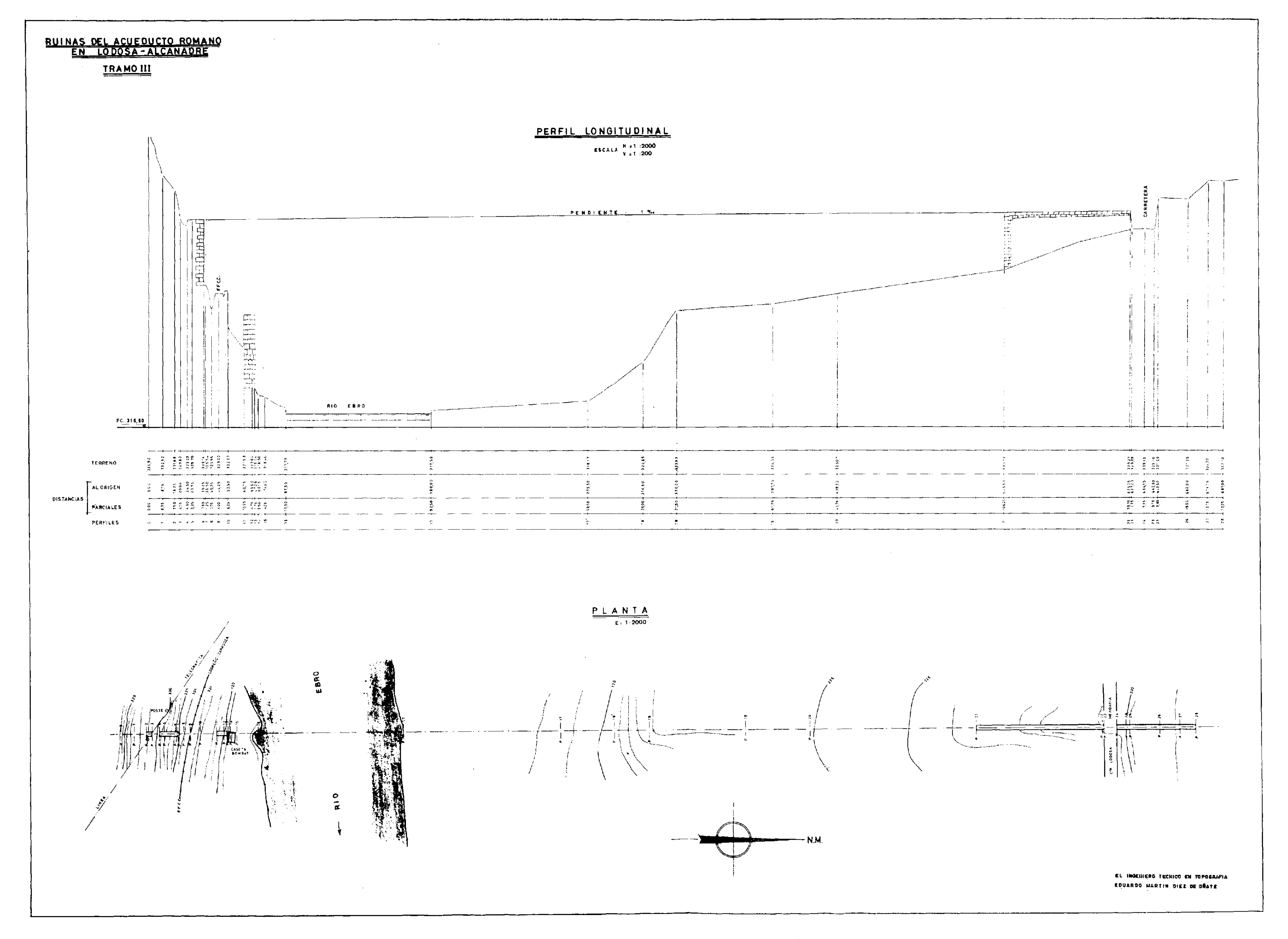
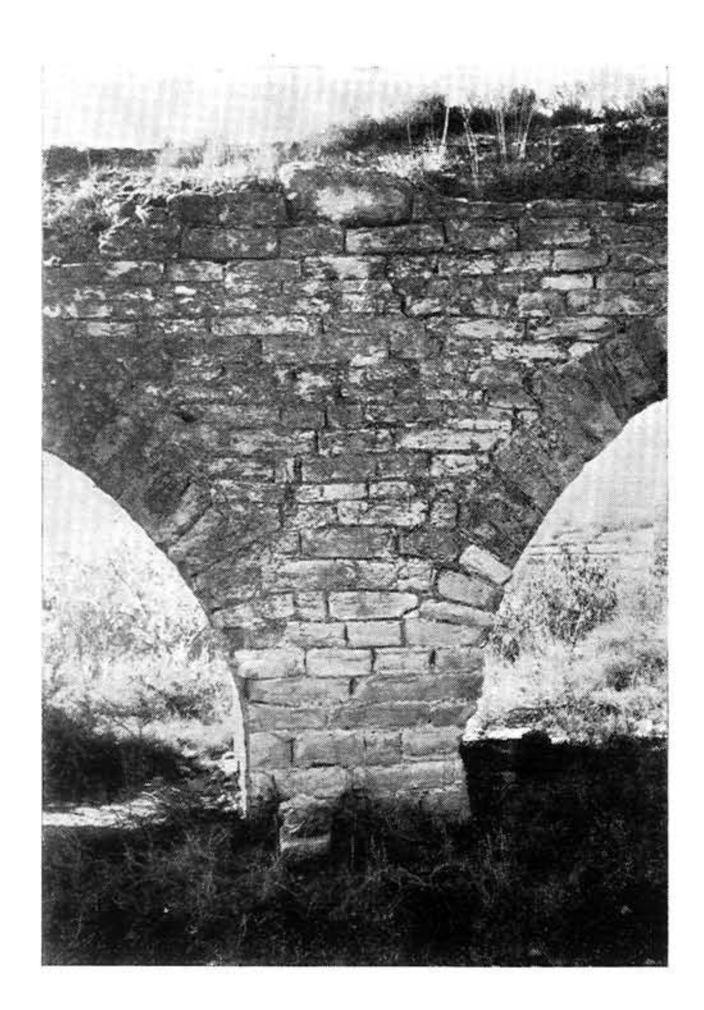


Figura 5. *Levantamiento topográfico del tramo III (obra elevada).*





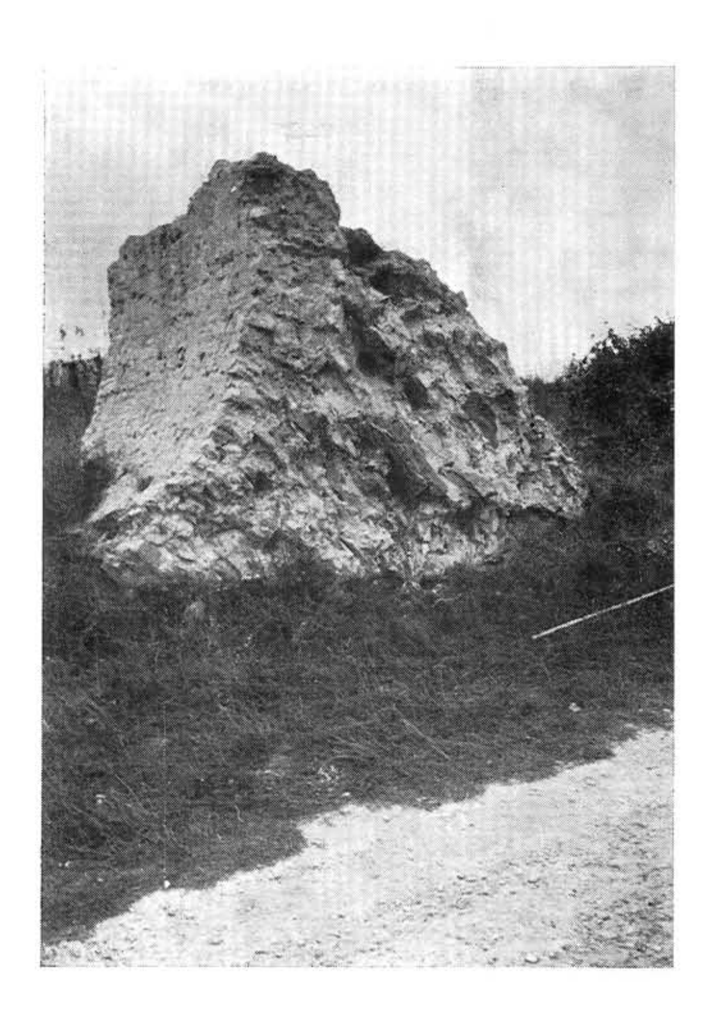


Lámina 1. *Vista del conjunto de las arcadas conservadas. Detalle del aparejo. Vista de uno de los restos dinamitados.*

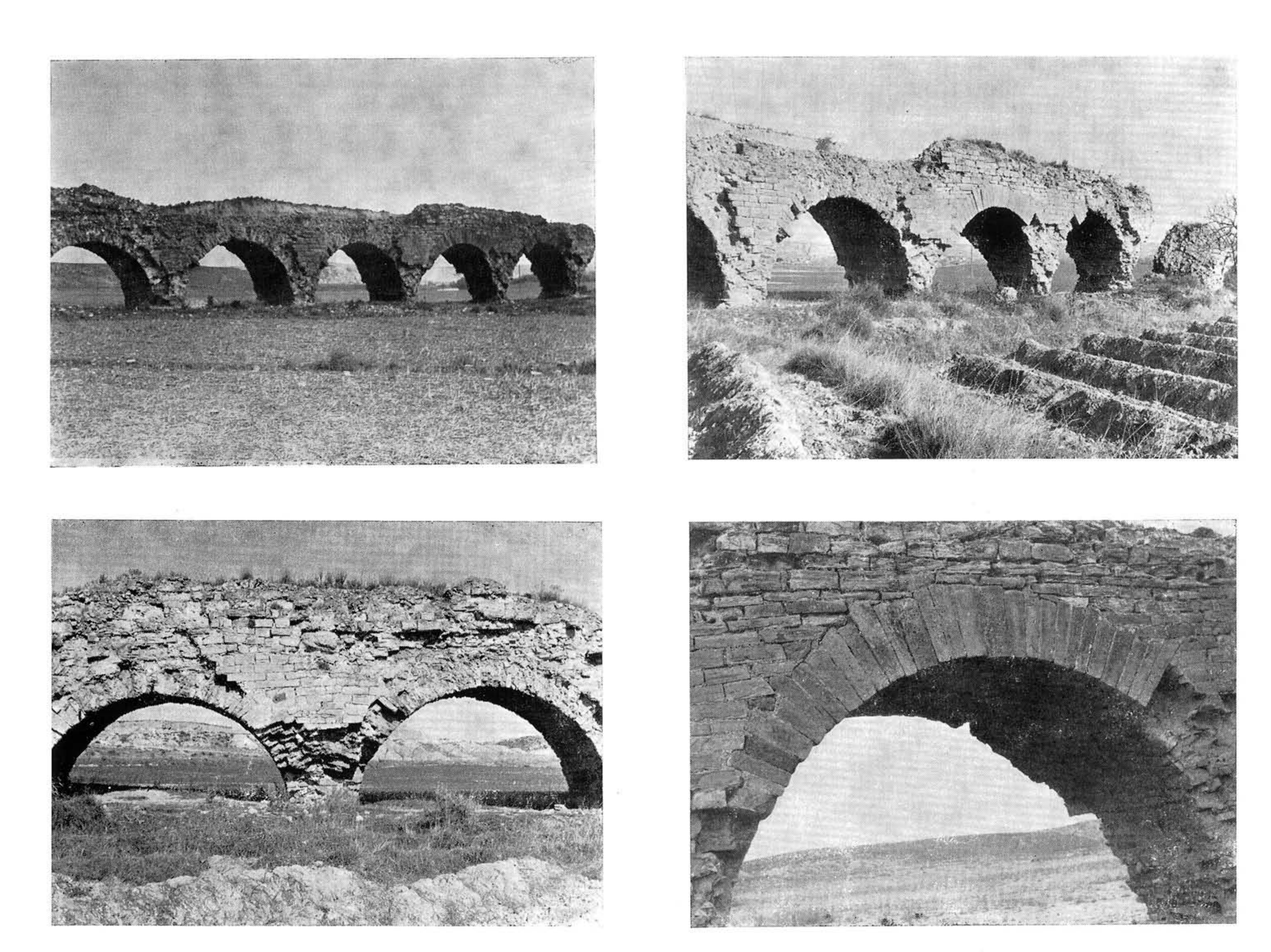
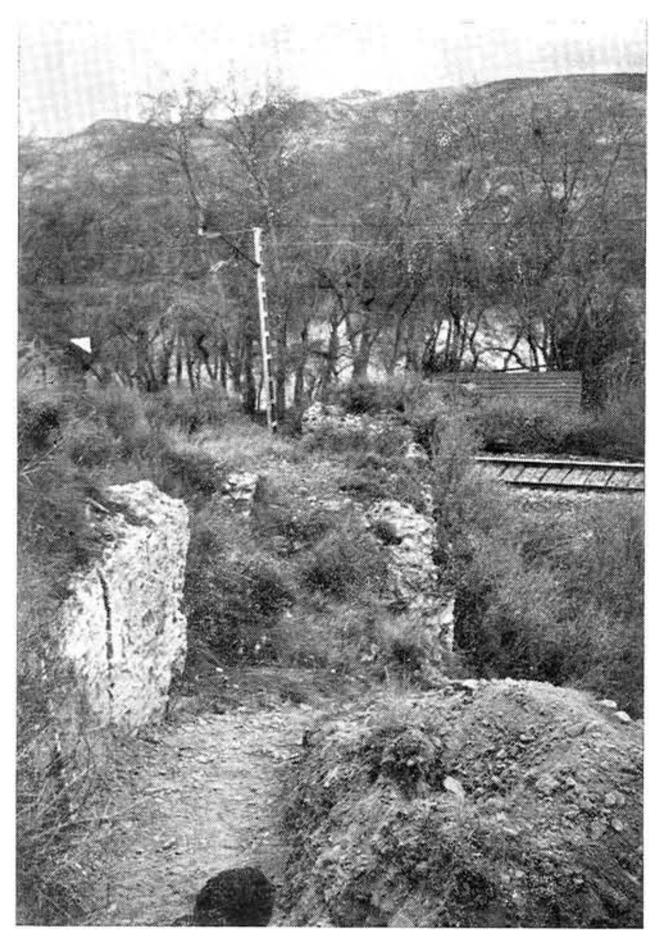
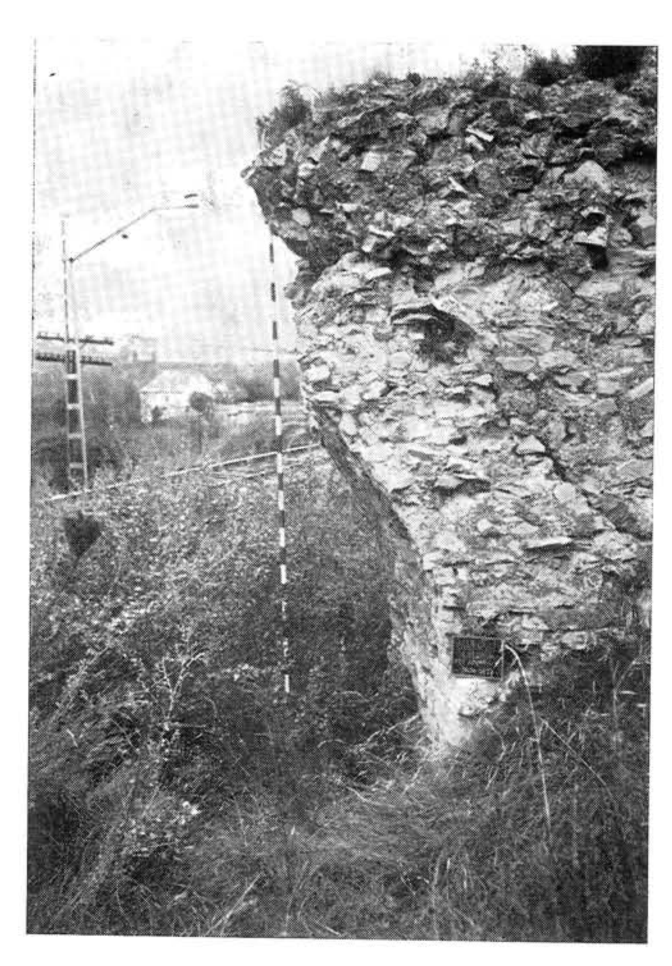


Lámina 2. *Diversos detalles sobre dimensiones y tipo de construcción de las arcadas.*





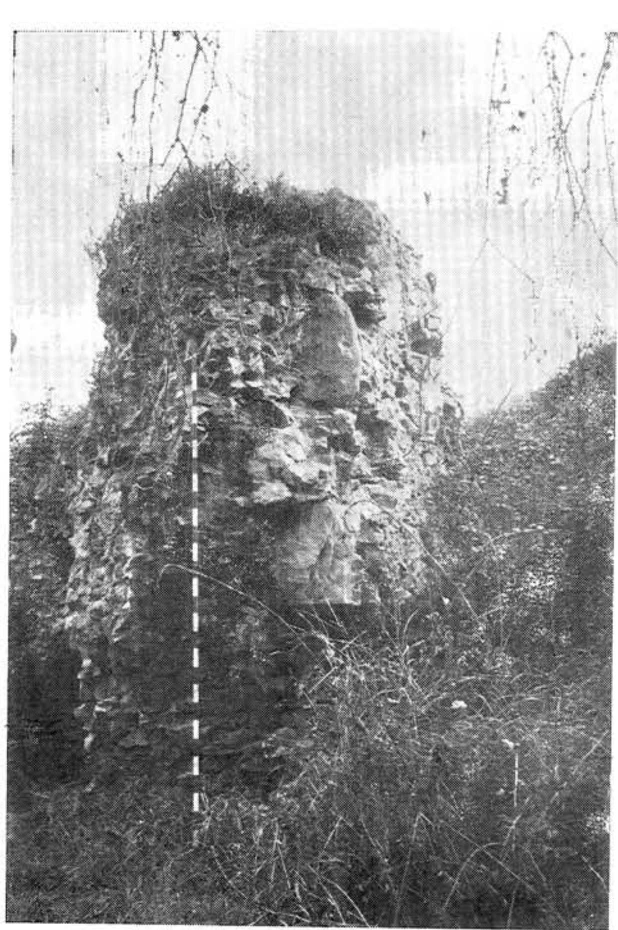


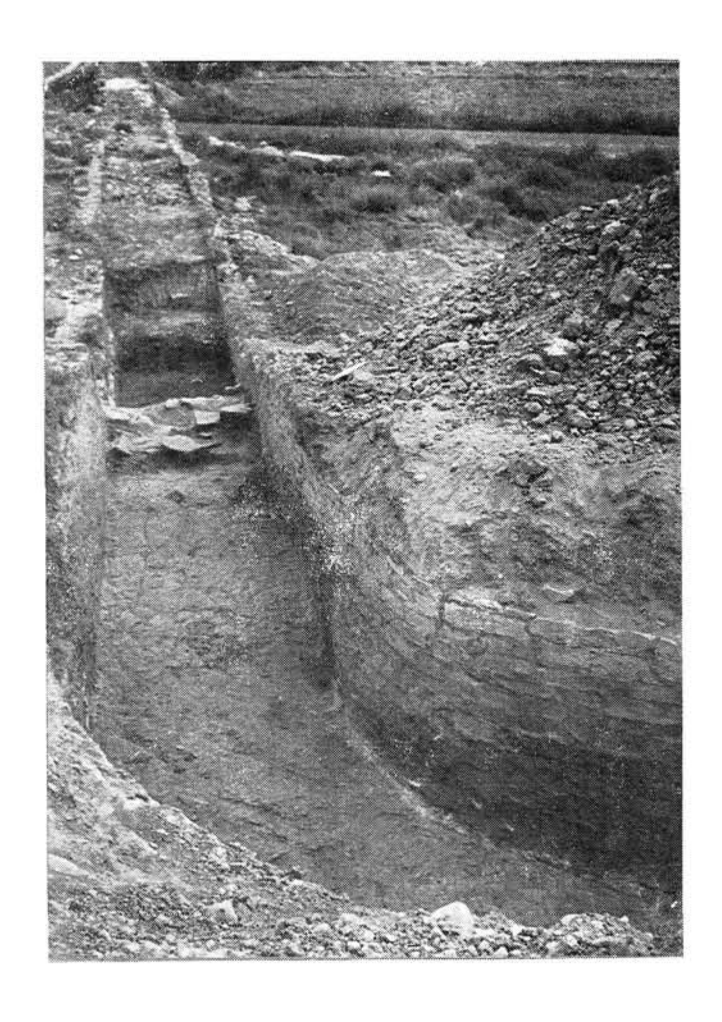
Lámina 3. *Restos de la margen derecha del Ebro (término de Lodosa).*

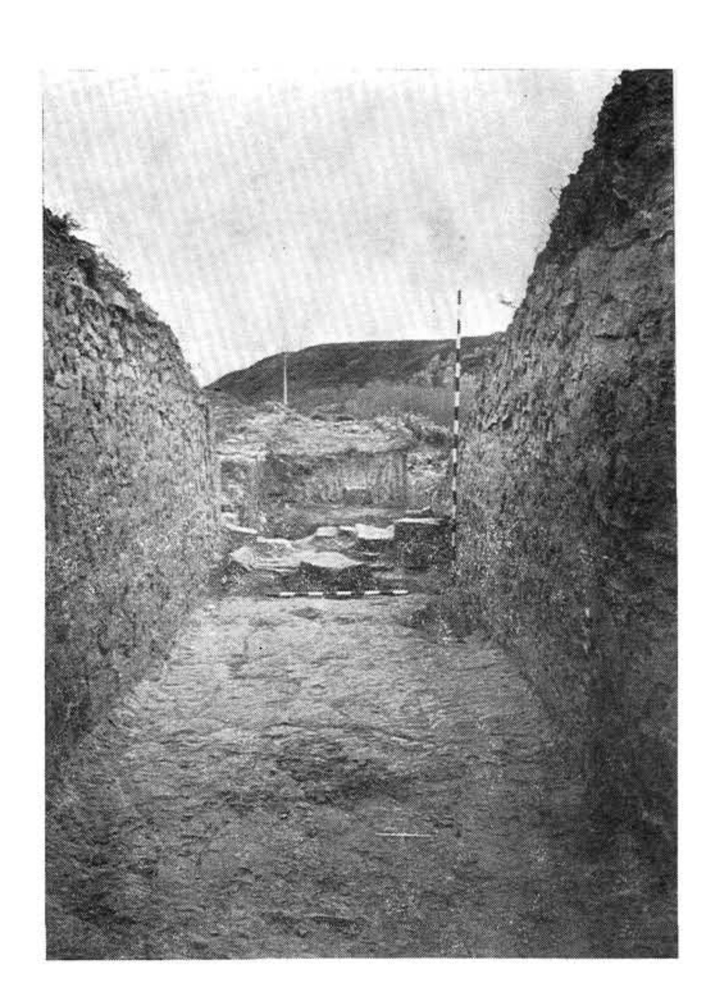






Lámina 4. *Detalles del aliviadero.*





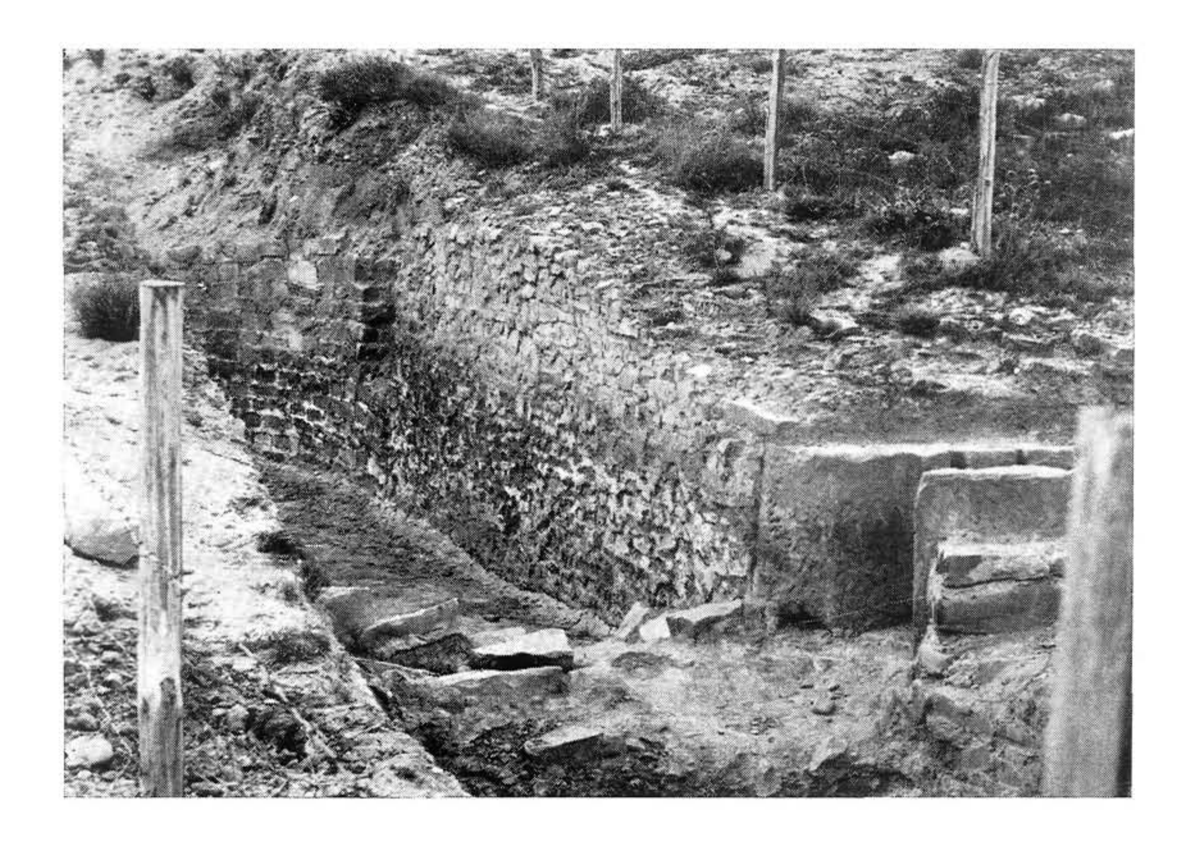


Lámina 5. *Vistas de la canalización en la zona del aliviadero.*







Lámina 6. *Diversos aspectos de la canalización. Trazado y modo de ejecución.*

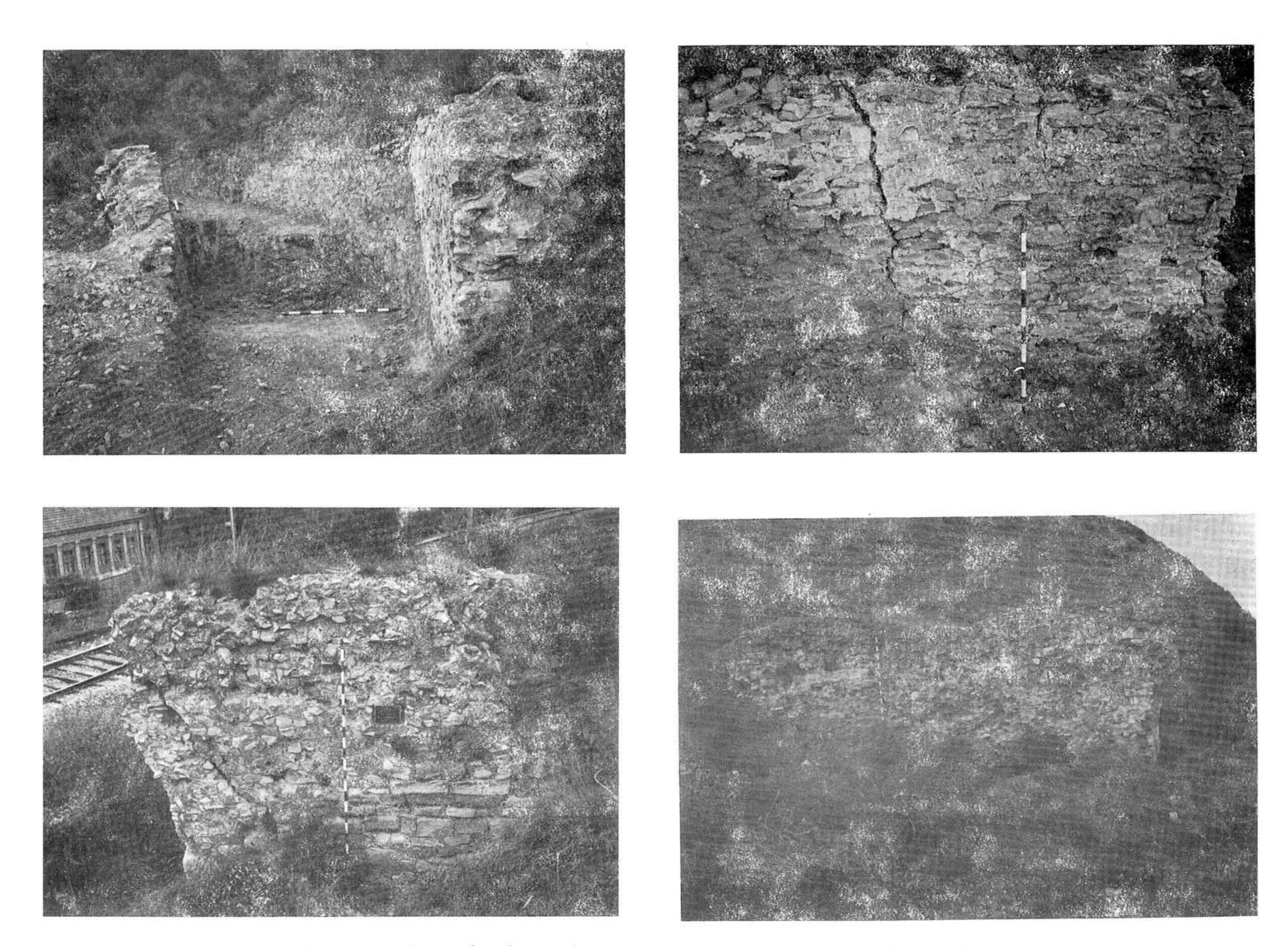
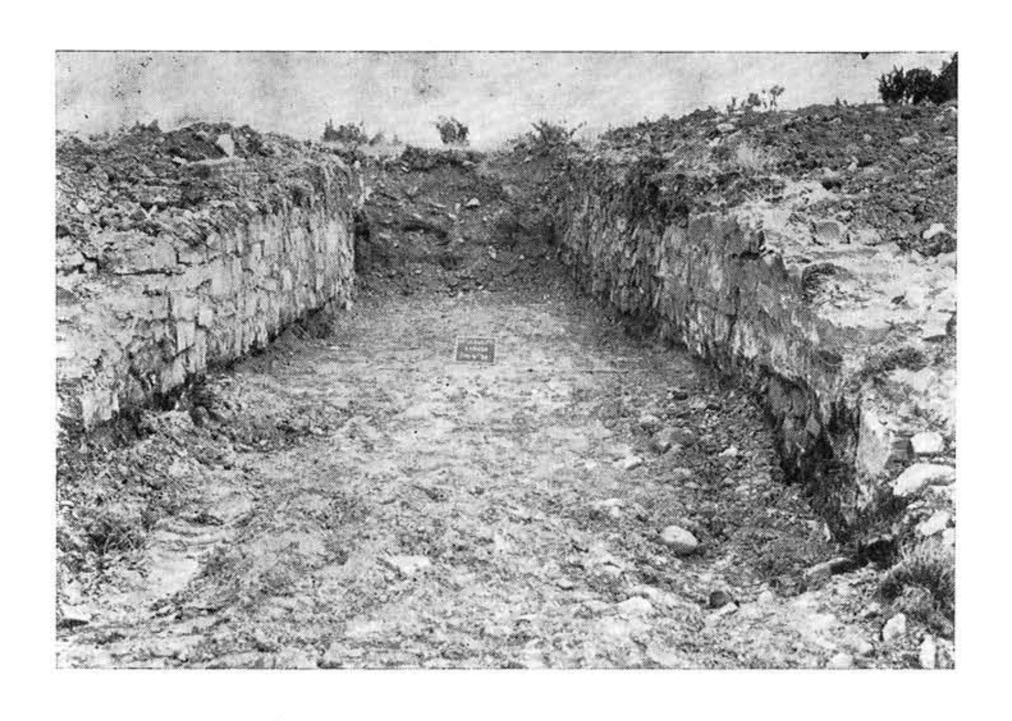
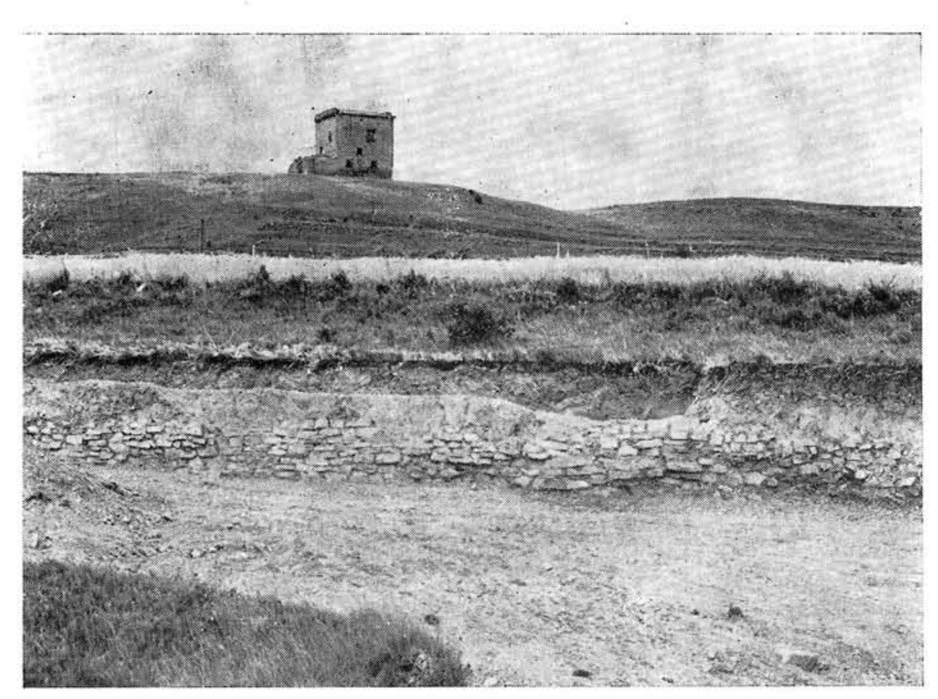


Lámina 7. *Restos descubiertos durante la excavación en la margen derecha del Ebro.*





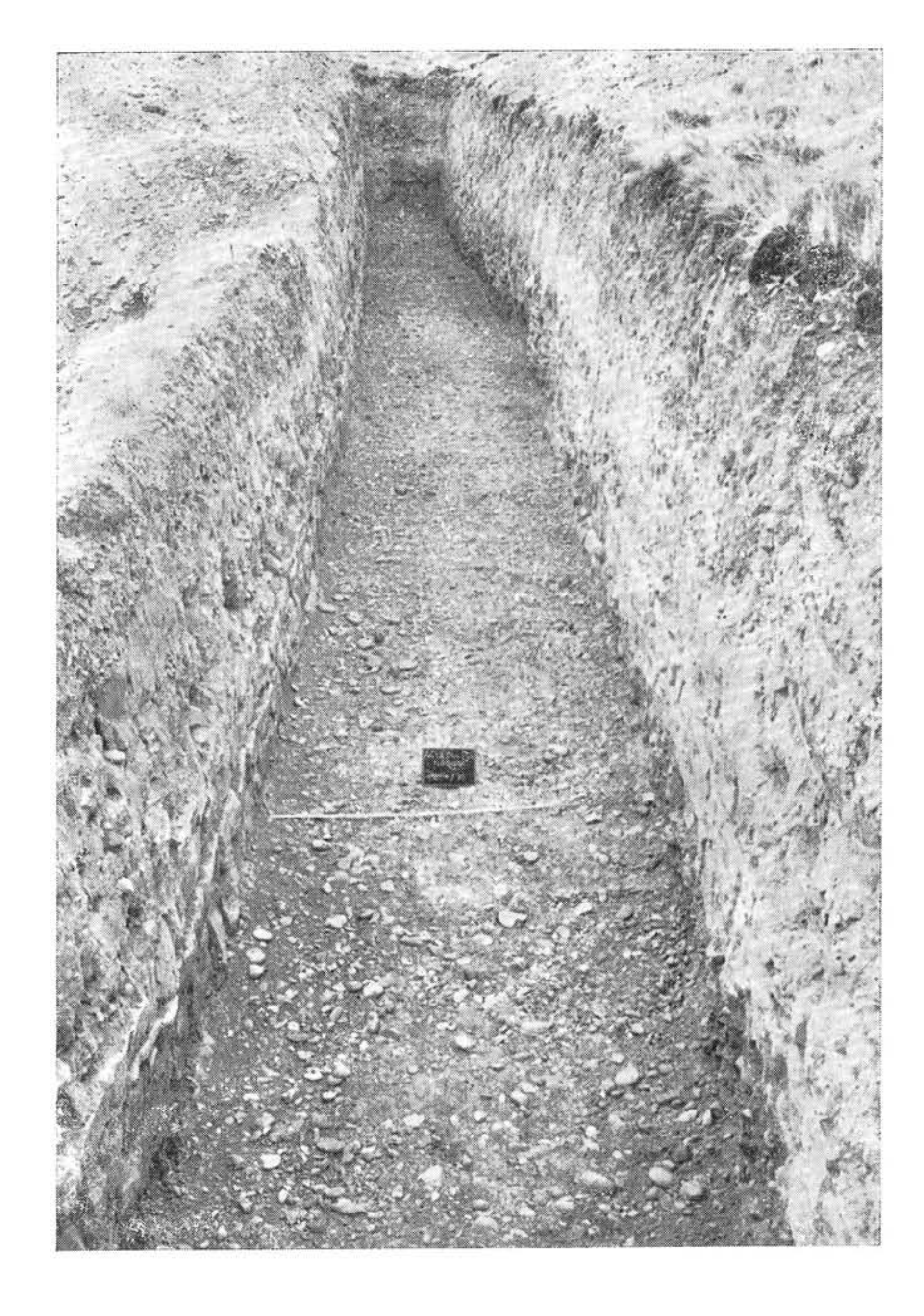


Lámina 8. *Restos de la canalización, excavados junto a la carretera Lodosa-Calahorra.*





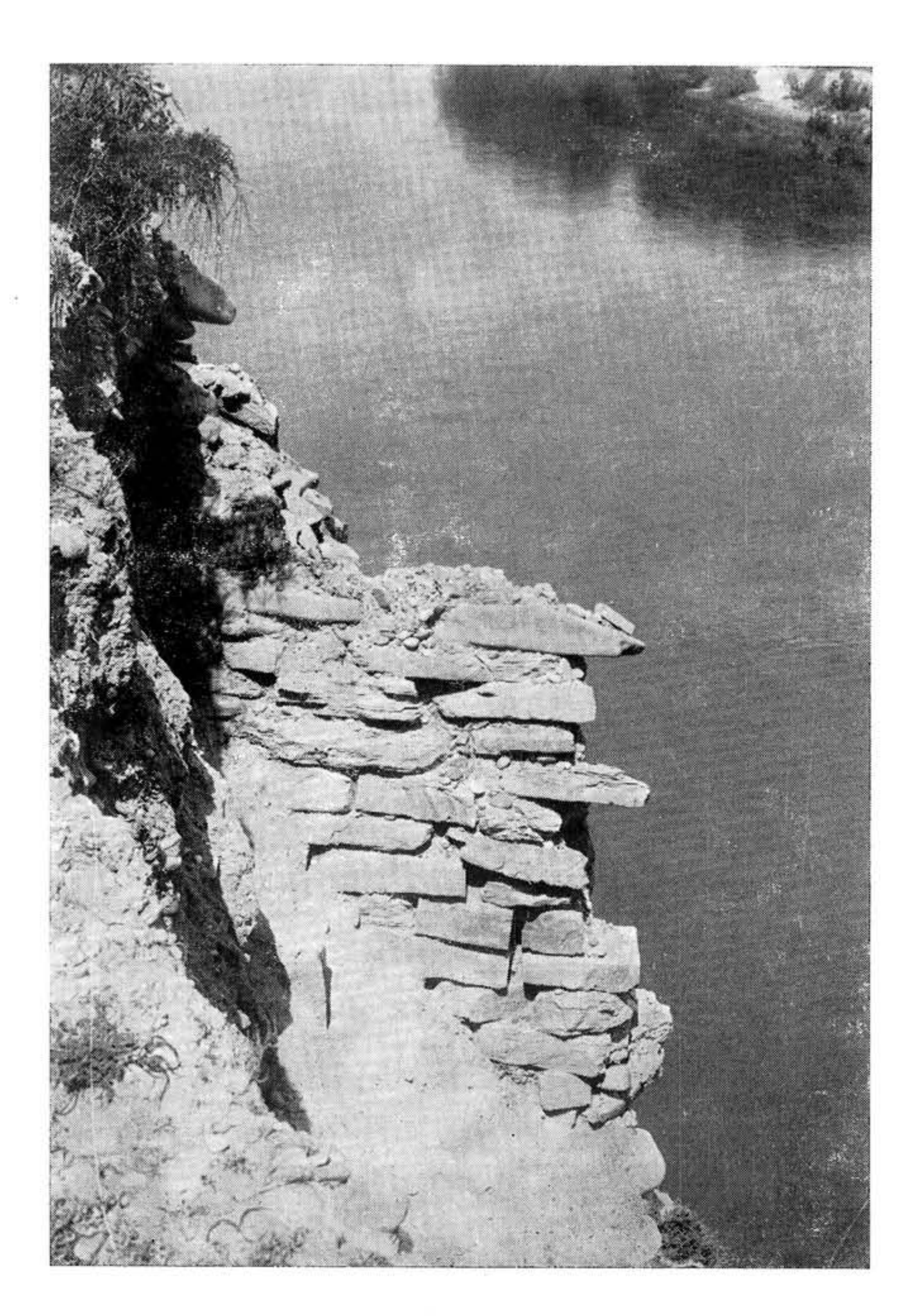


Lámina 9. *Diversos restos localizados a la orilla del Ebro, próximos a Sartaguda.*

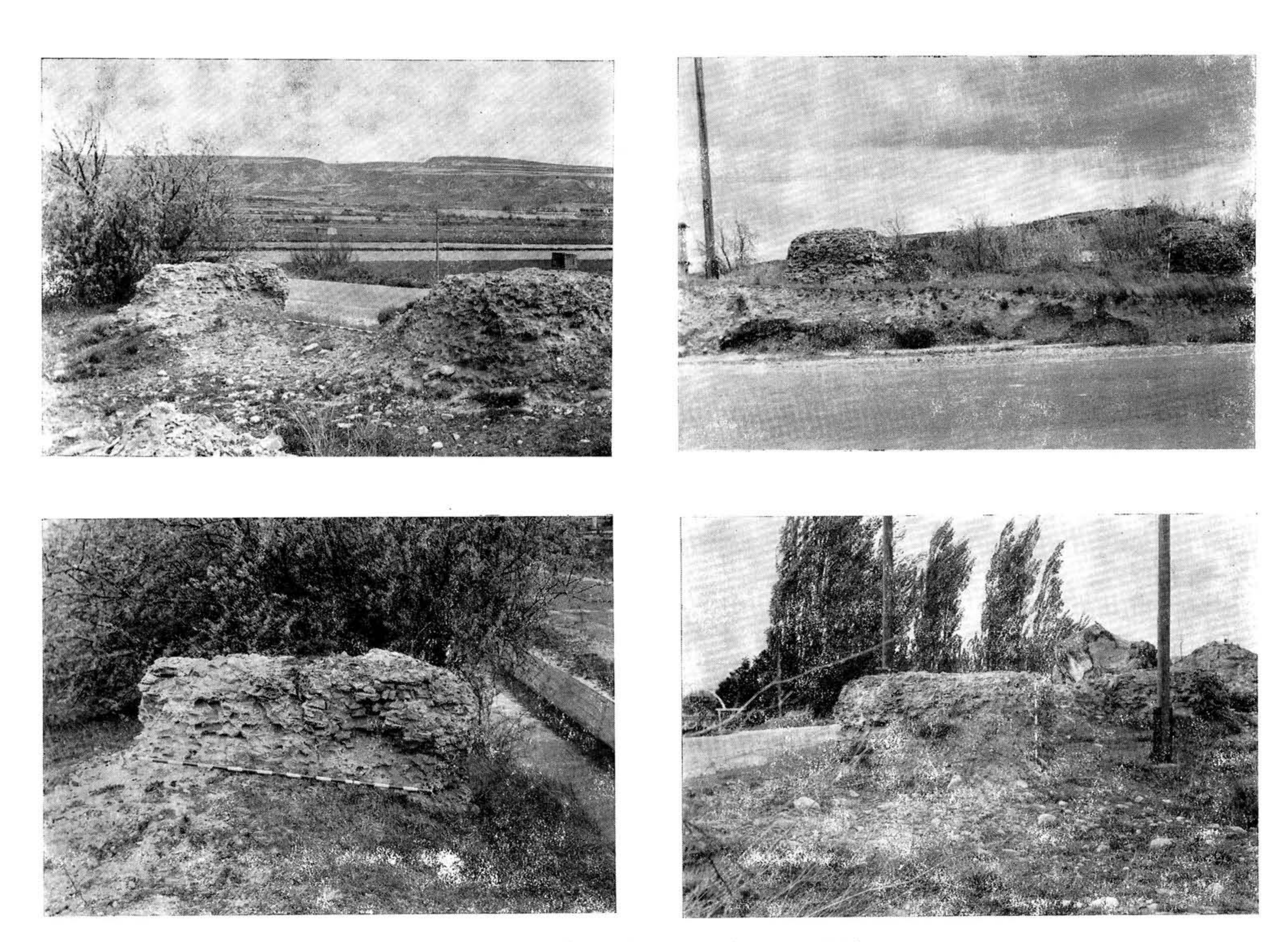


Lámina 10. *Restos del acueducto localizados junto a Calahorra.*



Lámina 11. *Diversas vistas aéreas en las que se aprecia el trazado del acueducto: canalización, restos junto al Ebro y obra elevada.*

UTILES PULIMENTADOS PREHISTORICOS EN NAVARRA*

CÉSAR GONZÁLEZ SAINZ

I. INTRODUCCIÓN Y MÉTODO.

La idea de elaborar un repertorio de útiles pulimentados en un área geográfica concreta no es nueva en la historiografía arqueológica, ni tampoco lo era en Navarra, donde la profesora M.ª A. Beguiristain había ya comenzado a estudiar y recopilar algunas hachas pulimentadas que sirvieron como punto de arranque al presente Catálogo [1].

No vamos a desarrollar ahora las razones que hacen conveniente la elaboración de un Catálogo de útiles pulimentados ni la escasa relevancia que, en general, se les ha dado a estas piezas en los diferentes estudios arqueológicos. Unicamente señalaremos, en el caso de Navarra, el carácter inédito de buena parte del material que presentamos, y la enorme dispersión de sus depósitos actuales, lo cual justifica de por sí la tarea de agrupar estas piezas en un Catálogo, única forma por otra parte de que el material proporcione algunos datos de valor arqueológico (distribución geográfica y densidades, morfología y técnicas empleadas...).

El método de trabajo se resume por tanto, de una parte, en la confección de un repertorio del material existente en Navarra, y de otra, en el establecimiento de unos criterios de clasificación y análisis, a través de los que posteriormente se estudia cada una de las piezas.

El material se encuentra en la actualidad repartido en numerosas colecciones —públicas y privadas— de Navarra. Destaca en primer lugar la del Museo de Navarra, que cuenta con abundante material pulimentado expuesto y en depósito. Además de algunas piezas sueltas muy conocidas, como la de Imarcoain o Bacaicoa, son importantes las series de Lumbier, Sierra de Alaiz y de la Valdonsella, que perteneciendo a la provincia de Zaragoza, está muy próxima a Navarra. El material en depósito, en su mayor parte inédito, está compuesto por 25 útiles de diversa procedencia, a los que quizá haya que sumar los procedentes de la cueva de Arteta y de Erro, que no hemos conseguido localizar.

En el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, también se conservan algunos útiles (23 en total), algunos de ellos en espera de ser enviados al Museo de Navarra. En su mayor parte, estas piezas proceden de algunas prospecciones y excavaciones dirigidas por el Seminario en diversas zonas de Navarra. En Pamplona además, se encuentran recogidos algunos útiles en el Museo Diocesano, en la colección del Padre Viana, S. J., y en las de otros prospectores particulares como D. Miguel Angel Zuazúa.

Fuera de Pamplona destaca el repertorio que mantiene en los Museos de Javier el Padre Recondo, S. J., al menos con 37 piezas pulimentadas, entre las que cabe señalar las procedentes del yacimiento de El Castellar de Javier. Otras dos colecciones importantes son las per-

* Resumen de la Memoria de Licenciatura del mismo título presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, el 21 de septiembre de 1978.

1. Mi agradecimiento a la prof. M. A. Beguiristáin por brindarme el tema del trabajo, así como por la ayuda prestada. También deseo agradecer a la Dra. Castiella, directora de la Memoria, las horas que dedicó a la lectura y corrección de los originales.

tenecientes a D. Francisco Setuain Irigoyen, de Monreal, y a D. Abdón Ansó Doxandabaratx, de Aoiz. El primero de éstos cuenta con una buena colección de materiales procedentes de algunos talleres al aire libre de los alrededores de Monreal y de las Sierras de Alaiz e Izco, sobre todo en su vertiente Norte. D. Abdón Ansó, mantiene por su parte una colección de varios útiles pulimentados de las cercanías de Aoiz.

En Tierra Estella, hay que señalar, entre otras, la colección de D. Segundo Ruiz Roca, quien nos facilitó dieciséis piezas y fragmentos procedentes fundamentalmente de la zona de Muniain de la Solana. También debemos citar el repertorio de D. Angel Elvira, de Mendavia, y el de D. Juan Cruz Labeaga, procedente de los términos municipales de Viana y Sangüesa [2].

En cuanto a las bases metodológicas que anunciábamos, hemos distinguido las características morfológicas y técnicas a señalar como base sobre la que asentar una posterior clasificación, manteniéndonos en la órbita de la tipología analítica cuanto nos ha sido posible, y partiendo de esta forma de los Grupos Tipológicos definidos por A. J. Fandos [3], de indudable utilidad. Sin embargo no aceptamos estos grupos en tanto que pertenecientes a un Orden de Pulimentados, que se añadiría a los seis órdenes definidos por G. Laplace [4], y basados en otros seis modos de retoque. Esto es así puesto que pensamos que los útiles pulimentados son el producto de unas técnicas diferentes a las del retoque o talla, a pesar de que en ocasiones esta técnica sea asumida en los primeros momentos del proceso de fabricación del útil pulimentado. A esto podrían añadirse además, las diferencias culturales, y previsiblemente de mentalidad, implícitas en uno y otro sistema, pero este es ya otro tema.

Por otra parte, hemos mantenido algunos elementos de la terminología tradicional, como son las clasificaciones en «hachas», «azuelas» etc., prescindiendo, en principio, de la función que cada útil pudiera tener, aunque los últimos estudios sobre la función de los útiles pulimentados, parecen confirmar en buena parte las suposiciones que respecto a este tema, mantenían las clasificaciones tradicionales [5].

A. *Grupo de Hachas y Azuelas.*

Las piezas de este primer grupo tipológico están perfectamente definidas por A. J. Fandos como: «instrumentos caracterizados por poseer un fino pulimentado cortante en uno de sus extremos y en sentido transversal respecto al eje mayor de la pieza» [6].

a. *Criterios de clasificación.*

Para el estudio y clasificación de cada una de las piezas de este grupo, hemos distinguido cuatro criterios sucesivos. Son los siguientes:

1. Perfil o forma general.
2. Espesor.
3. Forma de cada uno de los elementos de la pieza.
4. Técnicas de fabricación.

a.1. Forma general. Hemos reducido la clasificación de A. J. Fandos, quizá demasiado abstracta y con problemas de aplicación al material tangible, agrupando de una parte los tipos circular y elíptico en uno solo, y de otra, prescindiendo de las subformas dadas para cada tipo a excepción de tres en el de las formas cuadrangulares. De esta forma la clasificación utilizada es la siguiente:

---

2. Agradecemos también las facilidades que nos ofrecieron para realizar nuestro trabajo la mayor parte de las personas y entidades a las que nos hemos referido.

3. A. J. Fandos, *Nota preliminar para una tipología de las hachas pulimentadas.* En rev. Munibe, año XXV, n.° 2-4. San Sebastián, 1973, pp. 203-208.

4. G. Laplace, *Banques de données Archeologiques.* En «Colloques nationaux du Centre National de la Recherche Scientifique», n.° 932, Marseille, 1972.

5. Nos referimos fundamentalmente a la obra de S. A. Semenov, *Prehistoric Technology.* London, 1964, en pp. 22-26, cuyos resultados han sido aplicados en la Península por G. Delibes de Castro, *Contribución al estudio de las funciones del Hacha pulimentada. Resultados de la aplicación del Sistema Semenov a 130 ejemplares de la Tierra de Campos.* En rev. Zephyrus, n.° XXV, Salamanca, 1974, pp. 151 a 154.

6. A. J. Fandos, *ob. cit.*, p. 203.

1. Piezas Triangulares.
2. » Cuadrangulares.
   a. Trapezoidales.
   b. Rectangulares.
   c. Poligonales.
3. Piezas Elípticas y Circulares (ver fig. 1).

Pueden objetivarse algunos datos desprendidos del empleo de esta clasificación. Así por ejemplo, la estrecha relación entre el talón apuntado y los bordes curvilíneos con la forma triangular, mientras que la trapezoidal tiende a un talón más desarrollado (truncado o redondeado), que suele determinar unos bordes más rectos que en las piezas triangulares. Las piezas elípticas y circulares por su parte, se han clasificado fundamentalmente en función de la no presencia de un ángulo apreciable entre el fin del borde y el comienzo del filo o del talón.

La subjetividad que pese a todo se deriva de la interrelación de unas formas con otras, puede en parte mitigarse con la utilización de los «fenómenos de tendencia» manejados por G. Laplace en su tipología analítica.

a.2. Espesor. Para la clasificación del material en relación a su espesor utilizamos también el índice señalado por A. J. Fandos que equivale al resultado de dividir el doble del espesor máximo por la longitud más la anchura de la pieza:

IE: 2E máx/ L máx + A máx.

Según el valor del índice de cada pieza, esta se clasifica como espesa, media o plana. Para la delimitación de cada grupo partimos de una pieza ideal, que consideramos de proporciones (y por tanto de Indice de Espesor) medias. La anchura de este útil será igual a 3/5 de la longitud y al doble de su espesor, es decir (ver fig. 1):

L: x; A: 3x/5; E: 3x/10.

Dando cualquier valor a «x», el Indice de Espesor será igual a 0,375, por lo que clasificamos a una pieza en el grupo de espesor medio cuando su índice esté comprendido entre 0,35 y 0,40. Cuando el índice sea inferior a 0,35 el útil será plano, y si sobrepasa el de 0,40, espeso.

a.3. Forma de cada uno de los elementos de la pieza. En este tercer criterio, más complejo que los anteriores, se ha de definir la forma de los diferentes elementos de los útiles cortantes en piedra pulimentada, son los siguientes:

a.3.1. CARAS. Como hemos dicho, son las dos superficies fundamentales de la pieza, las cuales determinan mediante su unión en la zona distal, el corte. También mediante su unión determinan en ocasiones el talón en la zona proximal, y los bordes en casi toda la longitud de la pieza.

Las caras pueden tener o no continuidad en sí mismas en una sola pieza. Quiere esto decir que pueden mostrar más de un plano diferenciado en cada una de ellas, teniendo en cuenta que estos planos pueden ser curvos y no necesariamente lisos. Los diferentes planos de cada cara están separados por aristas internas que responden a diferencias en el ángulo de pulimento de cada plano, cuando al pulimentar se ha pasado de uno a otro de forma brusca y no transitoria. Estos planos secundarios de una cara, aparecen generalmente en las piezas completamente pulimentadas, siendo muy raros en las que mantienen buena parte de la superficie en la fase técnica de repiqueteo. Es también interesante señalar, que en ocasiones estos subplanos son de difícil apreciación dada la escasa entidad de las aristas, descubriéndose entonces al tacto o mirando la pieza al contraluz (de la misma manera que las ondas de talla en el sílex).

Además de las aristas internas que pueda haber en una cara, se distinguen otras líneas divisorias de planos, que son aquellas existentes entre dos zonas de la cara terminadas con diferente técnica (repiqueteo y pulimento por ejemplo). Por último señalaremos que cuando uno de estos planos secundarios esté situado en la zona distal de la pieza y tenga como misión reducir el «ángulo de ataque» (formado en la zona del corte por las dos caras), lo llamaremos plano biselado o faceta de bisel, teniendo en cuenta que consideramos bisel a toda la zona del corte o «tranchant», haya o no plano biselado.

En cuanto a la forma de las caras, se puede definir en relación a dos ejes: el longitudinal y el transversal. Hemos prescindido del primero por considerarlo de escaso interés. En

cuanto al transversal, que define las caras en sección, da las siguientes formas para una cara:

1. Convexa (Cx)
2. Cóncava (Cv)
3. Sinuosa (Sin)
4. Rectilínea (Rct)

Cuando ambas caras tengan la misma forma, las llamaremos biconvexas (bcx), bicóncavas (bcv), bisinuosas (bsin) o birrectilíneas (brct), señalando además si son simétricas o no respecto al eje transversal. Por otra parte, las dos caras de una pieza no han de tener necesariamente la misma forma, por lo que surgen varias combinaciones posibles de entre las cuatro formas señaladas más arriba. De ellas reproducimos las más frecuentes (ver fig. 1).

a.3.2. BORDES. Son las zonas no activas que delimitan la pieza lateralmente, o dicho de otra manera, el lugar donde las caras se unen lateralmente. Su clasificación viene dada en primer lugar por la forma que presentan vistos en plano. Esta puede ser:

1. Borde Convexo (Cx)
2. Borde Cóncavo (Cv)
3. Borde Sinuoso (Sin)
4. Borde Rectilíneo (Rct) (ver fig. 1).

La delineación longitudinal (vista la pieza de perfil) del borde, da algunas variantes que conforman el segundo criterio. La delineación será:

1. Rectilínea (Rct)
2. Curva uniforme (C. un)
3. Sinuosa o mixta (Sin) (ver fig. 1).

Por último diferenciamos la forma en que las caras se juntan lateralmente, ya que pueden hacerlo de varias formas:

1. Directamente, sin que el borde tenga entidad espacial. Hay dos variantes:
   a) de forma continuada, sin cambio brusco,
   b) de modo tajante, mediante una arista.
2. Indirectamente, es decir, mediante un plano diferente al de cada cara, y separado de cada una de éstas por una arista.

Las tres variantes citadas, definen respectivamente tres formas de bordes (vistos en sección):

1. Borde redondeado (Red)
2. Borde de arista (Ar)
3. Borde facetado (Fac) (ver fig. 1).

Esta tercera clasificación de los bordes, necesita en ocasiones el empleo de los fenómenos de tendencia, por no ser muy clara la diferencia entre algunos bordes redondeados y facetados de determinadas piezas. Por otra parte, cabe añadir que es posible la presencia de dos tipos de borde en uno solo, sobre todo en piezas pulimentadas distalmente y repiqueteadas en el resto de la superficie. En estos casos se pulimenta normalmente la zona próxima al filo, y por tanto la parte distal de los bordes, facetándolos. En el resto del borde se conserva una forma redondeada, propia del repiqueteo, que es la que le da entidad real al borde. Este fenómeno podemos datarlo en las piezas n.º 3, 22 y 35 del Catálogo entre otras más.

a.3.3. TALON. Este tercer elemento, siempre en la zona proximal, puede tener también en algunas ocasiones entidad autónoma o superficie independientemente de las caras o bordes, aunque es poco frecuente. Su forma, vista de cara, puede ser de muy diferentes maneras, aunque las más frecuentes sean:

1. Talón redondeado (Red)
2. Talón truncado (Trunc)
3. Talón apuntado (Ap)
4. Talón en muesca (Mu) (ver fig. 1).

Un segundo criterio distinguido, viene dado por la forma que el talón posea visto de frente. Las variantes son las mismas que para los bordes, de los que el talón es en ocasiones una mera prolongación:

1. Talón de Arista (Ar)
2. Talón redondeado (Red)
3. Talón facetado (Fac) (ver fig. 1).

En último término, señalaremos además la posible funcionalidad de la zona del talón en algunas piezas de zona activa doble.

a.3.4. CORTE. Es el cuarto elemento de la morfología de los útiles pulimentados cortantes. Podemos definirlo como la parte activa por excelencia, esto es, una línea o arista donde se juntan los dos planos de las caras en rápido acercamiento. Hay varias formas de clasificación del corte; la primera de éstas será la forma que adopta la cuerda del filo o línea de corte. Puede ser:

1. Recta (Rct)
2. Convexa (Cx)
3. Cóncava (Cv)
4. Sinuosa o mixta (Sin) (ver fig. 1).

Cualquiera de estos cuatro tipos puede sei simétrico o asimétrico respecto al eje de simetría de la pieza. De esta forma, una cuerda recta o convexa, asimétrica, equivale a lo que se ha llamado «corte en oblicuo».

El segundo criterio distinguido viene dado, al estudiar el útil de perfil, por la forma de cada cara al juntarse en la zona distal. Esta puede ser: Convexa (Cx), Cóncava (Cv), Rectilínea (Rct) o Sinuosa (Sin), pero dado que son dos caras, llegaremos a la siguiente clasificación:

1. Biconvexo (bcx)
2. Bicóncavo (bcv)
3. Birrectilíneo (brct)
4. Bisinuoso (bsin)
5. Mezcla de dos de las formas simples de cada cara (fig. 1).

La cuerda o línea del filo, tiene además distintas formas visto de frente:

1. Rectilíneo (rct)
2. Curvo uniforme (C. un)
3. Sinuoso (Sin) (ver fig. 1).

Por último, hemos distinguido en la posición del filo dos formas: la regular y la irregular. Hemos considerado regular el filo en el cual, una línea recta (real o imaginaria), trazada desde el punto de arranque hasta el final del corte, sea paralela al eje A y perpendicular al L. El hecho de no cumplir esto (las irregulares), no debe tener en principio una finalidad concreta, debiéndose probablemente a defectos de fabricación, pero con todo, hemos preferido señalarlo.

a.3.5. SECCION. Además de los cuatro elementos fundamentales analizados, hemos creido también conveniente clasificar la sección del útil para completar la visión de cada pieza en cuanto a su morfología, puesto que es un elemento que asume la forma de algunos de los que hemos visto anteriormente, teniendo por esto un especial relieve. Con el fin de unificar criterios, hemos tomado la sección siempre a 1/2 de la longitud de la pieza.

Las formas posibles son muy abundantes, ya que vienen determinadas por las distintas formas de las caras y de los bordes. Creemos que los tipos más importantes son los siguientes:

1. Sección biconvexa (bcx). Formada por caras biconvexas y bordes de arista.
2. Sección elíptica. (elíp). Formada por caras biconvexas y bordes redondeados.
3. Sección cuadrangular (cuadr). Formada por caras biconvexas tendentes a birrectilíneas y bordes facetados.

4. Sección ovoide (ov). Formada por caras bisinuosas o de cualquier tipo pero asimétricas, y bordes de iguales características.

5. Sección en media luna. (M. lu). Formada por caras rectilínea/convexa y bordes normalmente de arista.

6. Sección circular (cir). Formada por caras biconvexas simétricas y bordes redondeados (ver fig. 1).

a.4. Técnicas de fabricación. Parece en principio que deba hablarse, más que de una técnica, de unas técnicas sucesivas de fabricación, aunadas en un proceso más o menos complejo según la finalidad que tenga el objeto a elaborar, y según las características internas de la materia prima [7].

Las fases distinguidas en la elaboración de una pieza pulimentada (teniendo en cuenta que un útil concreto puede no haber sufrido más que algunas de ellas), son: el desbaste del bloque, la talla, el repiqueteo y el pulimento final. A éstas se podrían añadir, por una parte, la aserradura, de carácter bastante especial [8], y por otra, una serie de labores destinadas a conseguir accesorios de enmangue o de otro género, como las perforaciones, muescas, ranuras o surcos.

La primera de estas fases está estudiada por P. Cadenat y Ch. T. Le Roux, quien ha encontrado vestigios de esta labor en el yacimiento de doleritas de Plussulien, en Bretaña [9].

La talla, o segunda fase técnica, es efectuada también por percusión, pero de forma más fina que el anterior desbaste —seguramente cambiando de percutor—, y tiene por finalidad conseguir un boceto aproximado del útil futuro. Está documentada entre otros por J. M. Barandiarán, P. Cadenat y Ch. T. Le Roux [10]. Lógicamente, hemos de pensar que en muchas piezas esta fase de talla no se diferenció de la anterior fase, y además, hemos de anotar que algunos materiales no son susceptibles de ser objeto de esta talla a causa de su peculiar estructura interna. Es el caso de fibrolitas, hornablenditas y epidioritas entre otros materiales.

El boceto de útil que hasta ahora tenemos,vería regularizada su forma posteriormente mediante una acción de repiqueteo por percusión en toda o casi toda la superficie, ya que como señala Le Roux, en algunos materiales, no se efectuaba en el talón y corte por temor a fracturar el útil en estas dos zonas más delgadas. El repiqueteo se practicaba con un percutor que concentrara toda la fuerza del golpe en un pequeño espacio, no desprendiendo sino muy pequeños fragmentos, por lo que ya no puede casi hablarse de un lascado o de talla.

Esta fase que nos ocupa, ha sido de alguna manera admitida por P. Cadenat, J. P. Savary, A. J. Fandos, A. Leori-Gourhan, Ch. T. Le Roux y G. Souville [11], aunque este último piensa que el repiqueteado se practicaba normalmente después del pulimento y en las zonas no afectadas por éste.

Este repiqueteado es el determinante de la forma última del útil, aunque no de su aspecto final, que viene dado por el pulimento. Por esta razón apuntada, es junto al pulimento, la fase susceptible de un análisis más empírico, pudiéndose encontrar abundantes ejemplos en el Catálogo [12].

El pulimento como decimos, es la última fase del proceso de fabricación. Se efectúa en la superficie de la pieza por frotación, mediante pulidores independientes o cubetas de arenisca, aunque éste es un tema poco claro por el momento. El pulimento puede afectar en un mayor o menor grado de intensidad y extensión, la superficie externa del útil. Así, por lo que toca a la intensidad, la pieza acabada puede mostrar una superficie perfectamente puli-

---

7. El tema de la materia prima ha sido analizado entre otros por CH. T. LE ROUX, *Il y a plussiers millénaires... Fabrication et commerce des haches en pierre polie.* En «Les dossiers de l'archéologie», n.° 11, 1975, p. 48. Así, según el tipo de grano del material, el grado de cristalización o la presencia de minerales más o menos fibrosos (fibrolita por ejemplo), podrán aplicarse o no las diferentes técnicas de fabricación.

8. Ver CH. T. LE ROUX, *ob. cit.*, pp. 53-54.

9. P. CADENAT, *Notes de préhistoire tiarétienne, 1- Les haches, herminettes et pilons.*, en rev. Libyca, tom. XII, 1964, p. 225. Para el yacimiento bretón ver CH. T. LE ROUX, *ob. cit.*, pp. 48-49.

10. J. M. BARANDIARÁN, *Breve historia del hombre primitivo,* Extracto del Anuario de Eusko-Folklore, XI, 1931, p. 56; P. CADENAT, *ob. cit.*, p. 49 y CH. T. LE ROUX, *ob. cit.*, p. 49.

11. P. CADENAT, *ob. cit.*, p. 215; J. P. SAVARY, *Elements remarcables du Néolithique Saharien.* En B. S. P. F., tomo LXIV, pp. 831 a 865; A. J. FANDOS, *ob. cit.*, p. 207; A. LEROI-GOURHAN y otros, *La Prehistoria,* Ed. Labor, 2.ª ed., Barcelona 1974, p. 181; CH. T. LE ROUX, *ob. cit.*, pp. 49-53; G. SOUVILLE, *Precisions sur la classification des haches polies du Maghreb.* En «Miscelánea Arqueológica II», Inst. Prehist. Arqueol. de la Univ. de Barcelona, 1974, p. 384.

12. Por ejemplo las piezas n.° 41 y 147. Presentan alternancia externa de pulimento y repiqueteo las n.° 51, 65 y 70 entre otras muchas.

mentada, o bien mantener alguna rugosidad que evidencie el anterior repiqueteo. Esto, aparte de la perfección del trabajo, depende también del tipo de material de que se trate, puesto que por ejemplo, en las rocas de grano fino siempre es más fácil conseguir un mejor acabado que en otros tipos de roca.

En cuanto a la extensión, el pulimento puede afectar a toda la superficie o solamente a una o varias zonas. Cuando sucede así, la parte normalmente pulimentada es la del filo en los útiles cortantes, es decir, su zona útil o activa. En otros grupos este punto es más difícil de determinar, ya que la utilización, por ejemplo en el de martillos y mazas, puede hacer desaparecer completamente el pulimento. Con todo, creemos que en éstos no debió ser la zona útil la mejor acabada, sino la de enmangue, especialmente al incorporar ranuras o perforaciones para tal fin.

Resumiendo todo lo anterior con vistas a una clasificación técnica del útil pulimentado, tendríamos que prescindir de las fases de fabricación que no se reflejan en el útil acabado. Este, o está completamente pulimentado, o mantiene dos zonas: una pulimentada y una segunda donde se mantiene el repiqueteo, o bien, en objetos que no hayan sufrido esta labor, las huellas negativas de la talla. En un segundo plano, habrá que señalar las piezas que presenten cualquier variante: perforaciones, ranuras de enmarque, muescas, etc.

b. *Tipometría.*

b.1. Medidas de longitud.

Longitud máxima (L).

Longitud de bisel (Lb), o longitud de la zona afectada por una faceta de bisel. También tomamos esta medida cuando no habiendo un plano facetado, sí hay una diferencia técnica entre la zona próxima al corte (pulimentada), y el resto (repiqueteado).

La medida la tomamos a calibre y no a cinta, por no aportar esta segunda solución ninguna ventaja y ser más pesada.

Longitud de pulimento (Lp), o longitud de la zona pulimentada. La tomamos en plano, es decir, sin tener en cuenta la curvatura de las caras. De esta forma se puede relacionar rápidamente la longitud de pulimento respecto a la longitud máxima, también tomada de plano.

Longitud de la cuerda del filo (Lcf). Se mide a cinta.

Longitud de la faceta del borde (Lfb). Se toma a calibre.

b.2. MEDIDAS DE ANCHURA.

Anchura máxima (A), tomada de forma perpendicular al eje «L»; y paralela al «A».

Anchura media (Amed), tomada a 1/2 de la longitud máxima.

Anchura mínima (Amin), tomada a 1/5 de la longitud máxima.

Anchura de bisel (Ab), o anchura del corte. Es la medida existente entre el comienzo y final de la arista del filo. La tomamos a calibre.

Anchura de la faceta del borde (Afb). Se toma la máxima anchura, que suele coincidir a la mitad de la longitud de la faceta.

b.3. MEDIDAS DE ESPESOR.

Espesor máximo (E).

Espesor medio (Emed), tomado a 1/2 de la longitud.

Espesor mínimo (Emin), tomado a 1/5 de la longitud.

Espesor de bisel (Eb). Sólo se podrá tomar cuando la pieza tenga al menos una faceta de bisel o bien una diferencia de acabado en la zona útil (ver fig. 1).

b.4. OTRAS MEDIDAS.

Además de las citadas, algunos autores han recomendado el tomar el peso, volumen, densidad, perímetro, ángulo de ataque y otras más. De éstas, sólo hemos adoptado el perímetro, ya que las demás están más relacionadas con el tipo de material de que se trate, que con su morfología y técnica.

c. *Tipos primarios.*

A la vista de la historiografía referente al tema, y de los materiales del Catálogo, sólo podemos individualizar en principio tres tipos primarios dentro de este grupo de útiles cortantes: las hachas, azuelas y cinceles, estos últimos con ciertas reservas dado su escaso número. Estos tres tipos primarios no agotan necesariamente las múltiples formas de los útiles cortantes, puesto que con nuevos materiales, podría llegarse al establecimiento de otros tipos nuevos.

c.1. *Hachas.* Sin duda son las piezas más abundantes, tanto en el grupo de los útiles cortantes, como en el conjunto de los materiales pulimentados.

La forma del filo, visto de perfil, es el primer dato propio de las hachas. Esta forma es preferentemente biconvexa y simétrica. Derivado de esto, su ángulo de ataque es más amplio que el de las azuelas y cinceles. Por otra parte, la cuerda del filo vista de frente y de cara, aunque puede presentar todas las variantes, da una mayor intensidad de las formas rectilíneas.

En cuanto a los bordes, suelen ser redondeados vistos en sección y la sección elíptica en la gran mayoría de los útiles. Por lo que toca a las dimensiones, aunque muy variables, suelen ser mayores que las de las azuelas. Por último, tanto el grosor como el índice de espesor, son en general mayores que en el resto de los tipos. Técnicamente están peor acabadas que azuelas y cinceles, quizá por ser su función menos especializada.

c.2. *Azuelas.* La personalidad de este segundo tipo primario estriba esencialmente en la asimetría del corte visto de perfil, y esto, por la presencia de un plano biselado más o menos liso en una de las caras. Esta característica está señalada hace ya bastante tiempo, desde finales del pasado siglo [13]. Posteriormente está documentada, entre otras, en las obras de B. Berdichewsky, P. Cadenat y de G. Souville [14].

Además de la característica señalada, podemos añadir una tendencia al filo curvilíneo visto de frente y en plano. En cuanto a las dimensiones máximas, rara vez alcanzan el tamaño normal de las hachas, siendo generalmente más reducidas. Esto influye en la relación entre la longitud y anchura, cuyo resultado es mucho menor en las azuelas que en las hachas. Por otra parte, el índice de espesor es también menor.

Por último, como señala P. Cadenat [15], la posición del corte de estas piezas (sobre todo de las más grandes), debía ser perpendicular al mango, a diferencia de las hachas, que lo tenían en paralelo.

c.3. *Cinceles.* Sobre este tercer tipo primario ya hemos expresado nuestro recelo, debido a que sólo contamos con dos ejemplares claros. Sin embargo, lo hemos admitido como integrantes de un nuevo tipo primario por conocer bastantes piezas similares a través de algunas publicaciones [16].

Los cinceles se caracterizan por un filo que, visto en plano, es de forma rectilínea o convexa tendente a rectilínea. Visto de frente es recto, y desde el tercer punto de vista, el perfil, el corte suele ser birrectilíneo simétrico. En cuanto a la forma general, siempre cuadrangular, es rectangular o trapezoidal y muy alargada. Por lo que toca al talón, suele ser truncado y afecetado, sirviendo en ocasiones de percutor o bien de plano pasivo donde recibir el golpe que habría de transmitir al filo distal. Por último, parece que no debieron enmangarse nunca, a diferencia de la mayor parte de las piezas de los otros dos tipos primarios estudiados.

B. *Grupo de Martillos y Mazas. Otras piezas.*

Este segundo grupo tipológico de útiles en piedra pulimentada, está caracterizado por la posesión de, al menos, un extremo de forma plana o redondeada. Teniendo en cuenta su fun-

13. Así en el Catálogo del Museo Arqueológico Nacional Sección 1.ª, tomo I, Madrid 1883, p. 25. Aquí se clasifican las «hachas de un solo bisel o azuelas». También se refiere a esto J. DECHELETTE, *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine, 1.* Paris 1908, p. 515.

14. B. BERDICHEWSKY SCHER, *Los enterramientos en cuevas artificiales del Bonce I Hispánico.* En Biblioteca Praehistorica Hispana, vol. VI, C. S. I. C., Madrid 1964, p. 183; P. CADENAT, *ob. cit.*, p. 213, y G. SOUVILLE, *ob. cit.*, p. 384.

15. P. CADENAT, *ob. cit.*, pp. 216-217.

16. L. BERNABO BREA, *Gli scavi nella caverna delle Arene Candide.* Ist. di Studi Liguri, Bordighera 1964, lám. LVIII. También P. CADENAT, *ob. cit.*, p. 212 y A. M. MUÑOZ AMILIBIA, *La Cultura neolítica catalana de los «sepulcros de fosa».* En Publicaciones Eventuales n.° 9 del Inst. Prehist. y Arqueol. de la Univ. de Barcelona, Barcelona 1965, pp. 276-277.

ción práctica, evidente por la forma y huellas de uso de la mayoría de las piezas, es posible deducir a priori su aspecto, técnicamente peor acabado y más funcional que en otros grupos tipológicos.

Como ya adelantábamos, no podemos hacer un estudio más o menos detallado sobre estos útiles debido a que son escasos los que hemos podido incluir en nuestro Catálogo. Por esta razón, para el estudio de cada ejemplar, haremos extensibles los criterios morfológicos y técnicos desarrollados para el grupo de «Hachas y Azuelas», cuando éstos sean válidos con los nuevos útiles.

Sin embargo, podemos señalar en términos generales, y desde un prisma funcional, que estos martillos y mazas debieron tener en principio una menor precisión que los útiles cortantes. Derivado de esto, la diversidad de formas determinadas por una función en particular, o varias en algunos casos, será menor. En todo caso, morfológicamente no podemos hablar de unos arquetipos tan claros como en el grupo de los útiles cortantes, con los ejemplares que de este nuevo grupo tenemos por el momento en Navarra. Sin embargo hay tipos primarios más o menos definidos por la historiografía con algún paralelo en Navarra. Son las mazas, las majas y los martillos.

El primero de estos tipos estaría definido por su forma abultada y pesada, con dos fuertes bulbas de percusión en los dos extremos. Debido a su fuerte peso y al volumen, su enmangue necesita de unos surcos que, a modo de cuello, rodean la pieza en su zona medial. Estos útiles, que se han relacionado con la industria metalúrgica, estarían representados en Navarra por dos ejemplares (n.º 74 y 221), siendo mucho más abundantes en algunas zonas del Sur de la Península, donde se desarrolló mucho más la actividad metalúrgica.

En cuanto a las majas, han sido individualizadas por P. Cadenat [17], y su nombre deriva de la función que se les ha atribuido, esto es, la de machacar algunos alimentos en un recipiente del tipo del actual almirez. La forma, siguiendo a Cadenat, no suele ser excesivamente basta (seguramente en relación con los otros tipos de útiles de este grupo), y sí bastante alargada. En cuanto a su número, no es muy abundante, quizás por la existencia de otros útiles en piedra no pulimentada destinados al mismo fin. Además, señala Cadenat que no iban enmangados, deduciendo esto de la forma y función previsible en estas piezas.

Para finalizar, hay una serie de útiles, pertenecientes a este grupo tipológico, de dimensiones más reducidas que las mazas ya comentadas, y que siguen un esquema muy parecido al de los útiles cortantes en cuanto a morfología, con la diferencia esencial señalada en la parte activa, que es plana o redondeada, y forma siempre un plano diferenciado del de las caras. Estos útiles, a los que se suele llamar «martillos», carecen de aditamentos destinados a asegurar el enmangue, emparejándose en esto con la gran mayoría de las piezas cortantes, con las que también comparten las mismas variantes en cuanto a la forma de las caras, bordes y talón, así como algunas peculiaridades técnicas, a pesar de que estos «martillos» estén por lo general peor acabados.

Además de estas piezas encajables en el grupo tipológico de «martillos y mazas» definido por A. J. Fandos [18], hemos aludido en el encabezamiento de este apartado a otras piezas no pertenecientes a los dos grupos tipológicos examinados. De éstas, podemos señalar en Navarra, por una parte, un disco perforado y pulimentado, procedente de Erro que ha sido estudiado por J. M. Barandiarán [19] y que encaja perfectamente en el grupo tipológico de «Discos y Bolas» también definido por Fandos. Por otra parte, tenemos en el Catálogo una extraña pieza pulimentada (n.º 81) de forma alargada y rectangular, con bordes y cara redondeadas y sin parte activa o útil claramente delimitable, que teóricamente tendría que ir junto con los útiles de extremo aplanado o redondeado, esto es, el grupo de martillos y mazas, a pesar de que a esto se resista el criterio funcionalista que tanto cuesta relegar.

II. Catálogo de útiles pulimentados en Navarra.

Los materiales pulimentados recogidos en Navarra, han sido distribuidos para el estudio que a continuación hacemos, siguiendo las divisiones en regiones y comarcas establecidas

17. P. Cadenat, *ob. cit.*, p. 215.
18. A. J. Fandos, *ob. cit.*, p. 203.
19. J. M. Barandiarán, *En el Pirineo Vasco. Prospecciones y excavaciones prehistóricas.* En rev. Munibe XIV, San Sebastián 1962, pp. 297-298.

por A. Floristán[20]. Las regiones son las siguientes (ver fig. 7): Navarra húmdea del N. W. (I), Valles Pirenaicos (II), Cuencas prepirenaicas (III), Navarra Media Occidental (IV), Navarra Media Oriental (V), Ribera Occidental (VI) y Ribera Oriental (VII).

En el repertorio se incluyen un total de 257 piezas y fragmentos, de los cuales pertenecen a Navarra 222, ya que el resto no tienen procedencia conocida o bien pertenecen a zonas próximas a Navarra. En otro orden, del total de piezas y fragmentos que incluimos, sólo 207 han sido directamente estudiados. En cuanto a los restantes, que por motivos de diversa índole no hemos podido analizar, aprovechamos para su inclusión algunos estudios ya realizados o bien las noticias que sobre su existencia tengamos.

Por lo que toca al estudio de cada útil, lo hemos dividido en dos partes; en la primera de éstas se detallan la procedencia, depósito actual, estado de conservación y definición de la pieza o fragmento en base a su forma, espesor y técnica, estudiándose además los subplanos abiselados o de otro tipo que el útil pueda presentar. Esta primera parte se complementa con los Cuadros de Morfología, donde en forma abreviada —tal como hemos visto en el capítulo de Metodología—, se definen cada uno de los elementos de la pieza (caras, bordes, talón y corte, así como la sección).

A. *Distribución y análisis del material.*

1. NAVARRA HUMEDA DEL N. W.

Valle de Basaburúa Mayor. En el término municipal de Ichaso, junto al río Basaburúa, afluente del Araquil, fueron recogidos en prospección cinco ejemplares de útiles pulimentados, uno de ellos (n.º 5), en relación con industrias de sílex de superficie. Sus descubridores fueron D. Miguel Angel Zuazua y Gisela Wegener, de Pamplona, quienes los conservan en su colección. Las cinco piezas fueron publicadas en 1974 por E. Vallespí[21], y son las siguientes:

1. Hacha de forma trapezoidal y espesor medio, completamente pulimentada. Presenta el talón y filo ligeramente estropeados. (Fig. 3; C. Morfológico).
   Med.—L: 94, Lp: L, Lfb: 80, Lcf: 50, A: 45, Amed: 40, Amin: 30, Ab: 44, Afb: 16,5; E: 25, Emed: 25, Emin: 18, P: 242, Peso: 0,75 Kg. IE: 0,35.
2. Hacha trapezoidal plana y ligeramente pulimentada. Está fabricada sobre un material derivado o relacionado con la pizarra. Su color es negruzco oscuro, y el grano muy fino. En cuanto al filo, se conserva bastante estropeado por golpes dados desde una y otra cara (Fig. 3; C. Morf.).
   Med.—L: 92, Lp: L, Lcf: 62, Lfb: 17, A: 55, Amed: 50, Amin: 36, Ab: 59, Afb: 12, E: 24, Emed: 23, Emin: 19,5, P: 232, Peso: 0,79 Kg. IE: 0,32.
3. Hacha de forma elíptica tendente a trapezoidal, espesa y pulimentada en la zona próxima al filo distal. El resto de la pieza mantiene la fase de repiqueteo. Está fabricada sobre ofita, y su estado de conservación es bastante bueno (Fig. 3; C. M.).
   Med.—L: 101, Lb: 34, Lp: 30, Lcf: 38, A: 43, Amed: 40, Amin: 28, Ab: 38, E: 32, Emed: 31, Emin: 20, Eb: 30, P: 252, Peso: 0,88 Kg., Ie: 0,44.
4. Fragmento medial-distal de hacha completamente pulimentada y muy plana. Además de la fractura medial, el corte está ligeramente estropeado por algunos golpes (Fig. 9; C. M.).
   Med.—L: 87, Lp: L, Lcf: 51, Lfb: 68 (b.2) y 64 (b.1), A: 49, Amed: 48, Amin: 45, Ab: 44, Afb: 8, E: 16, P: 233, Peso: 0,73 Kg.
5. Fragmento proximal de una pieza en ofita que posiblemente no se acabara de pulimentar, pues el fragmento conservado, mantiene la fase de repiqueteo en toda la superficie (C. M.).
   Med.—L: 85, A: 55, Amed: 46, Amin: 37, E: 30, Emed: 26, Emin: 19, P: 258, Peso: 0,80 Kg.

Valle de Imoz.

6. En la «Casa Aldave» de Múzquiz (tno. municipal de V. de Imoz), apareció un hacha pulimentada en una de las ventanas del desván, orientada al S. O., en el transcurso de unas obras de acondicionamiento. Tanto esta pieza como la n.º 13 del Catálogo, procedente de Echarri

20. A. FLORISTÁN, *Regiones comarcales de Navarra.* En «Homenaje a José Manuel Casas Torres», Zaragoza 1972, pp. 135-140.

21. E. VALLESPÍ, *Yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra.* En Cuadernos de Trabajos de Historia de la Univ. de Navarra, n.º 3, Pamplona 1974, p. 30.

Aranaz, están en relación directa con las antiguas creencias sobre las propiedades mágicas de las hachas, de amplia y conocida tradición en todo el País Vasco. La pieza es un hacha de forma trapezoidal espesa, pulimentada en la zona del corte y en las caras, manteniendo el repiqueteo en los bordes y parte del talón. El filo por su parte, está prácticamente destruido por el uso. (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 111, Lp: L (aprox.), A: 54, Amed: 49, Amin: 33, Ab: 49, E: 34, Emed: 34, Emin: 26, P: 283, IE: 0,41.

Sierra de Aralar. De esta comarca proceden dos piezas pulimentadas halladas en los dólmenes de Moskordi y Garraztita, ya conocidas hace bastante tiempo.

7. El dolmen de Moskordi se sitúa en el Realengo Meridional de Aralar, a 1.070 m. de altitud y muy cerca del collado de Moskordi. Sus coordenadas son: 1° 41' 55" de longitud, y 42° 57' 34" de latitud. Fue descubierto en 1915 por Telesforo Aranzadi y Florencio Ansoleaga, publicándose su exploración en 1918 [22]. Sin embargo el hacha apareció posteriormente, y se encuentra hoy en propiedad privada, por lo que al no haber conseguido examinarla directamente, nos remitimos al estudio realizado por J. M. Apellániz [23]. Según este autor, es un hacha de esquisto duro, de tipo rectangular y sección oval. En cuanto a su índice de espesor, deduciendo las medidas del dibujo, es igual a 0,30, es decir, plano.
8. El dolmen de Garraztita también está situado en el Realengo de Aralar, a 1.178 m. de altitud, con las siguientes coordenadas: 1° 40' 30" de long. y 42° 59' 12" de lat. Fue también descubierto en 1915 por T. Aranzadi y F. Ansoleaga, quienes lo incluyen en su trabajo de 1918 con el nombre de Zeuntza, aunque no citan el hacha, que es encontrada en la excavación efectuada cinco años más tarde por T. Aranzadi, J. M. Barandiarán y E. Eguren, y publicada en 1924 por los dos primeros [24], que describen la pieza como: «hachita votiva, al parecer de fibrolita, algo rota en la contera de 44×23×6».
Según la reproducción de Apellániz, se trata de una azuela pulimentada muy plana, con un plano distal abiselado. Actualmente está depositada en el Museo de San Telmo de San Sebastián.

La Burunda. Hay tres piezas pulimentadas conocidas en esta comarca, procedentes de Bacaicoa, Urdiain y del dolmen de Balenkaleku N.

9. El hacha de Bacaicoa es una de las primero conocidas como tales en Navarra. Fue entregada a la Comisión de Monumentos por D. Pedro Emiliano Zorrilla en 1922 [25], junto a la pieza n.° 10 que sigue a ésta. El hacha que comentamos aparece citada en algunos estudios de J. M. Barandiarán, M.ª A. Mezquíriz y E. Vallespí [26]. Actualmente está depositada en el Museo de Navarra.
En concreto, se trata de un hacha de grandes dimensiones, de forma elíptica y plana. El pulimento tiene en la pieza una distribución un tanto arbitraria: está muy bien acabado en la zona útil distal de la cara A y en algunas zonas de la B. El resto de la pieza presenta huellas del repiqueteo previo, sobre todo en las zonas medial, y distal de los bordes. En cuanto a su estado de conservación, es bastante aceptable a pesar de algunos golpes en el talón. (C. M.).
Med.—L: 331, Lcf: 64, Lfb: 315, A: 94, Amed: 92, Amin: 68, Ab: 55, Afb: 24 (b.1) y 28 (b.2), E: 63, Emed: 62, Emin: 50, P: 745, IE: 0,29.
10. Se trata de un «estilete» procedente de Urdiain, al que ya hemos aludido como compañero del hacha de Bacaicoa en la donación de D. Pedro Zorrilla a la Comisión de Monumentos. De este «estilete» no conocemos más que su existencia, pues no está depositado en el Museo de Navarra, al menos como tal «estilete» de Urdiain.
11. El hacha perforada en ofita de Balenkaleku N. es sin duda una de las más interesantes piezas pulimentadas de Navarra. El dolmen de donde procede, está situado en el Monte Areetza (trno. municipal de Alsasua), a 905 m. de altitud y a 1° 28' 35" de long. y 42° 56' 46" de lat. [27]. Fue descubierto en 1917 por J. M. Barandiarán, y excavado tres años más tarde por

22. T. ARANZADI, F. ANSOLEAGA, *Exploración de catorce dólmenes del Aralar.* Pamplona 1918, p. 22.
23. J. M. APELLÁNIZ, *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de las cuevas del País Vasco Meridional,* en Munibe, suplemento n.° 1, San Sebastián 1973, n.° 31-3, pp. 277-278 y fig. 217-B.
24. T. ARANZADI, J. M. BARANDIARÁN, *Exploración de ocho dólmenes de la Sierra de Aralar.* Pamplona 1918, p. 398.
25. B. C. M. H.-A. de Navarra, 2.ª Epoca, tomo XIV, Pamplona 1923, Acta de la Sesión del día 28-X-1922, p. 5.
26. J. M. BARANDIARÁN, *El hombre primitivo en el País Vasco.* Ed. Itxaropena, San Sebastián 1934, p. 391, y en *Catalogue des stations préhistoriques des Pyrénées Basques.* En rev. Ikuska n.° 1, Sare 1946, p. 33; M. A. MEZQUIRIZ, *Museo de Navarra,* Inst. «Príncipe de Viana», Pamplona 1968, p. 35; E. VALLESPÍ, *Hallazgos líticos sueltos de Alava, Navarra y Logroño.* E. A. A., n.° 6, Vitoria 1974, p. 62, y del mismo autor, *Investigación de la Prehistoria Navarra. Historiografía y Bibliografía.* En rev. Príncipe de Viana n.° 138-139, Pamplona 1975, p. 74.
27. J. ELÓSEGUI, *Catálogo dolménico del País Vasco.* En rev. Pirineos n.° 28, 29 y 30. Zaragoza, 1953, p. 255.

éste junto con T. Aranzadi y E. Eguren, quienes lo publican, analizando el hacha, en 1921 [28]. Posteriormente, el hacha ha sido traida a cuento, entre otras, en algunas obras de J. M. Barandiarán, J. Elósegui, J. Maluquer de Motes, J. M. Apellániz, E. Vallespí y T. Andrés Rupérez [29].

En cuanto al estudio morfológico y técnico, aprovechamos la descripción de sus descubridores, puesto que sólo hemos podido ver la pieza a través de la vitrina del Museo de San Telmo, donde actualmente se halla depositada.

Se trata de una hacha perforada mediante un agujero hacia la mitad del cuerpo, por donde está fracturada, no conociéndose con exactitud si era una hacha doble o una hacha martillo, que son variantes bastante frecuentes en este tipo de piezas. La descripción de sus descubridores es la siguiente: «Su largura, medida desde el extremo más retirado del filo hasta el centro del agujero, es de 78 mm. y desde el otro extremo del filo 80; desde la convexidad del filo hasta el borde del agujero, 84. El diámetro de éste 23 y la anchura exterior del hacha en este punto 42; es decir, que el borde del agujero, es a un lado y a otro, de 9 y 1/2 de espesor. El filo es de 40 y la altura del agujero de 32. En éste que es cilíndrico hay desde la mitad de la altura, o sea 16, hasta los 22 hacia la cara, que se encorva algo para dar más desarrollo al filo en forma de proa, un surco de 6 mm. de ancho, como para dar espacio a un tendón o tira, que rodease el mango y se hinchase al mojarlo después de enmangar el hacha de esta manera quedaría el hacha sujeta al cordón y éste a su vez lo estaría al mango mediante un surco respectivo en el último».

Uno de los puntos más debatidos respecto a este hacha, ha sido su procedencia y las posibles relaciones culturales y comerciales que podría suponer con otras zonas (como Bretaña y el Centro y Norte de Europa en general) donde este tipo de hacha es más frecuente. La influencia de que hablamos parece innegable al comparar el hacha con las series que, procedentes de Bretaña y cuencas del Sena y Loira, ha estudiado Ch. T. Le Roux [30]. Sin embargo estas hachas están normalmente fabricadas en hornablendita, a diferencia de la de Balenkaleku que es de ofita, por lo que T. Aranzadi, J. M. Barandiarán y E. Eguren, deducen que se fabricó en el país (la ofita es el material más empleado en los útiles pulimentados Navarra), señalando no obstante la influencia del Norte, posiblemente relacionada con el pastoreo trashumante de la época megalítica [31]. Por otra parte, el hacha de Balenkaleku se diferencia de las series bretonas en el surco que posee en la mitad de la perforación.

En cuanto al carácter de la pieza, parece según Le Roux, que dada la escasez de este tipo de hachas, debían llevar aparejadas alguna idea de distinción social, lo que a la postre seguiría apoyando la hipótesis del profesor Maluquer de Motes, el cual piensa que en el área Vasco Navarra, el ritual funerario megalítico no obligaba al depósito de hachas, por lo que sólo entrarían en el ajuar las de un marcado carácter personal [32].

La Barranca.

12. Azuela en fibrolita, de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Procede de Huarte Araquil y está depositada en la colección del Padre Viana, S. J. de Pamplona. Lo más característico es el plano biselado distal y transversal que presenta la pieza por la cara A, así como algunos desperfectos en el talón y zona proximal del borde 2 (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 63, Lp: L, Lb: 6 (A), Lcf: 38, Lfb: 55 (b.1), A: 40, Amed: 36, Amin: 25, Ab: 36, Afb: 2, E: 11, Emed: 10, Emin: 6, Eb: 7, P: 176, IE: 0,21.
13. Según noticia que nos proporcionó D. José Miguel Barandiarán, en el verano de 1977, apareció un hacha completamente pulimentada y de sección oval en Echarri Aranaz, al derribar o modificar la pared de una casa que limitaba con los terrenos comunales en la salida hacia Ataún. No hemos podido examinarla directamente, por lo que nos limitamos a señalar su existencia.

Sierra de Urbasa. De esta zona proceden dos piezas pulimentadas pertenecientes al yacimiento de superficie de Aranzaduya, que presenta materiales en sílex del Paleolítico Medio

28. T. Aranzadi, J. M. Barandiarán y E. Eguren, *Exploración de ocho dólmenes de Altzania,* San Sebastián 1921. También en «Obras completas de J. M. Barandiarán», tomo VIII, Bilbao 1975, pp. 11 a 83.

29. J. M. Barandiarán, *ob. cit., Breve historia...,* p. 57, y en *ob. cit., El hombre primitivo...,* p. 405; J. Elósegui, *ob. cit.,* p. 255; J. Maluquer de Motes, *Notas sobre la cultura megalítica navarra.* En rev. Príncipe de Viana, n.° 92-93, Pamplona 1962, p. 138; J. M. Apellániz, *ob. cit.,* pp. 227-228, y fig. 158-B; E. Vallespí, *ob. cit., Investigación...,* p. 74; T. Andrés Rupérez, *Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas.* Un resumen de esta tesis se publicó en rev. Príncipe de Viana, n.° 146-147, Pamplona 1977. Ver pp. 101-102.

30. Ch. T. Le Roux, *ob. cit.,* pp. 50 y 52.

31. T. Aranzadi, J. M. Barandiarán y E. Eguren, *ob. cit.,* p. 47. El estudio petrográfico lo realizó el Dr. Miguel de la Cámara.

32. J. Maluquer de Motes, *ob. cit.,* p. 138.

y de la Edad del Bronce, a los que deben corresponder los pulimentados. Estos fueron descubiertos por D. Emilio Redondo, de Zudaire, y actualmente están depositados en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (n.º 14) y en el Museo de Navarra (n.º 15).

14. Hacha de pequeñas dimensiones, que aunque presenta la zona proximal rota, debió ser de forma triangular. Está completamente pulimentada (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 31,5, Lp: L, Lcf: 31, A: 28 Amed: 24, Amin: 16, E: 7, Emed: 7, Emin: 5, P: 93.
15. Azuela sobre fibrolita de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Presenta un plano abiselado distal en cara A, que lo define como azuela (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 42, Lp: L, Lb: 17, Lfb: 30, Lcf: 38, A: 34, Amed: 31, Amin: 24, Ab: 33, E: 13, Emed: 12, Emin: 8, Eb: 13, P: 94, IE: 0,34.

2. VALLES PIRENAICOS

Valle de Erro.

16. Según J. M. Barandiarán, en 1934 le fue regalado en Erro un «disco de asperón perforado por el centro y finalmente pulimentado» [33], que más tarde entregó al Museo de Navarra, donde no hemos podido localizarlo. Tipológicamente esta pieza encaja en el grupo de «Discos y Bolas» y por lo que respecta a su utilidad, J. M. Barandiarán no toma partido entre las teorías que ven estos discos como mazas y las que mantienen su finalidad religiosa [34].
El disco es una pieza única en Navarra, pero tiene paralelos en Francia, donde según el trabajo citado de J. M. Barandiarán, se los ha incorporado a la cultura campiñiense y postcampiñiense (estos últimos en piedra pulimentada). Las dimensiones de la pieza son: 86 mm. de diám. máx., 37 de diám. máx. de la perforación y 13 de diám. mín.

Valle de Salazar. En este valle se han recogido dos hachas: una en Ochagavía (n.º 17), descubiertas en prospección por Carlos Gúrpipe y hoy depositada en el seminario de Arqueología de la Univ. de Navarra, y una segunda (n.º 18) de procedencia desconocida dentro del valle, que se conserva en la colección de D. Miguel Angel Zuazúa, de Pamplona. Ambas piezas han sido ya tratadas por E. Vallespí [35].

17. Fragmento distal de hacha completamente pulimentada. Sin embargo, en el borde 2 perdió, quizá por desconche, buena parte del pulimento primitivo, y parece que se volvió a pulimentar encima (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 62, Lp: L, Lcf: 54, Lfb: 15 (b.2), A: 54, Amed: 53, Amin: 42,5, Ab: 51, Afb: 4 (b.2), E: 26, Emed: 25, Emin: 26, P: 193.
18. Hacha de forma triangular plana, con un bajo índice de espesor, que está determinado por su longitud fundamentalmente. Presenta un buen pulimento en la zona distal, y alternancia de pulimento y repiqueteo en el resto de la superficie (C. M.).
Med.—L: 192, Lcf: 62, A: 60, Amed: 56, Amin: 40, Ab: 49, E: 42, Emed: 42, Emin: 33, P: 450, IE: 0,33.

3. CUENCAS PREPIRENAICAS

Valle de Goñi.

19. Hachita de forma rectangular plana y completamente pulimentada. Procede de Azanza, y actualmente se conserva en el Museo Diocesano de Pamplona. Posee un pequeño plano biselado distal en la cara A, aunque tanto este plano como la arista que lo separa del general de la cara, son apenas perceptibles a la vista (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 38,5, Lp: L, Lcf: 12, Lfb: 35 (b.1) y 34 (b.2), A: 17, Amed: 17, Amin: 13, Ab: 10, Afb: 4, E: 9, Emed: 9, Emin: 7, Eb: 5, P: 93, IE: 0,32.

Valdechauri. En esta comarca existen algunos restos arqueológicos con los que podrían estar en relación los dos útiles pulimentados que conocemos. Por una parte están los cuatro yacimientos de la Edad del Hierro de San Quiriaco, Castro de Leguin, Leguin Chiqui y Sto.

---

33. J. M. Barandiarán, *ob. cit., En el Pirineo...*, pp. 331-332. El disco es también reseñado por E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 64.
34. J. M. Barandiarán, *ob. cit., En el Pirineo...*, p. 332. Entre los que defienden la utilización como mazas de estas piezas está L. R. Nougier, en B. S. P. F., tomo XLVI, 1949, p. 428.
35. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.

Tomás, reconocidos por B. Taracena y L. Vázquez de Parga [36]. De esta misma época son también los materiales publicados por P. Boch Gimpera en 1921 [37]. Por otra parte, Taracena y Vázquez de Parga citan un yacimiento neolítico en la cumbre de la sierra, del que sólo conocen existencia a través de don José Uranga, que lo había visitado acompañando al profesor Obermaier. Los dos útiles que conocemos son los siguientes:

20. Azuela en forma trapezoidal con tendencia a triangular, plana y completamente pulimentada. Procede de Echauri y está depositada en los fondos del Museo de Navarra. Su adscripción al tipo primario de las azuelas, le viene dada por un plano biselado distal sobre la cara B.
    El bloque o módulo de material de donde se sacó, no es de la mejor calidad, ya que presenta algunas depresiones en la superficie de las caras. Por lo que toca a su estado de conservación, además de los golpes que presenta en el talón, tiene un filo bastante estropeado por el uso. Tanto este desgaste como el tamaño de la pieza, apoyarían la hipótesis de que la pieza hubiese sido utilizada como azada (Fig. 3; C. M.).
    Med.—L: 138, Lp: L, Lcf: 78, Lb: 41 (B), A: 74, Amed: 63, Amin: 41, Ab: 74, E: 36, Emed: 33, Emin: 23, Eb: 36, P: 353, IE: 0,33.
21. Se trata de un percutor o una maza en ofita, de forma elíptica y espesor medio, con acomodación para su enmangue por retoque en la zona medial. La zona útil, está repiqueteada por el uso; el resto de la pieza presenta un pulimento natural.
    Este útil fue descubierto por D. Joaquín del Valle Lertxundi (quien lo conserva actualmente), en el barranco de Artecua, de la Cendea de Olza. Sus coordenadas, según noticia de su descubridor, eran: 1° 51' 20" de long. y 42° 49' 25" de lat.
    Med.—L: 131, A: 85, Amed: 83, Amin: 81, E: 40, Emed: 37, Emin: 33, P: 369, IE: 0,37.

C. de Ansoain.

22. En Artica, camino de Berriozar, apareció un curioso útil con mezcla de caracteres del grupo de los útiles cortantes y del de martillos y mazas. Fue descubierto en 1947 o 1948 por el Padre capuchino Francisco Ondárroa, quien lo entregó en 1964 al Museo de Navarra.
    Su clasificación no es fácil, pues pudo ser un hacha sin filo acabado y utilizada como percutor (seguramente una maja), o bien es posible que el filo original esté completamente desgastado. Su forma es rectangular espesa, y presenta pulimentada la zona distal, mientras que el resto de la pieza está dominada por un repiqueteo bastante fino (Fig. 3; C. M.).
    Med.—L: 81, Lcf: 58 (?), Lp: 41, A: 56, Amed: 56, Amin: 49, Ab: 50, E: 38, Emed: 38, Emin: 36, Eb: 36, P: 239, IE: 0,55.

Valle de Ollo.

23. De la cueva de Arteta, en la localidad del mismo nombre, procede según Maluquer de Motes [38], una hachuela hallada por el Sr. Santesteban y depositada en el Museo de Navarra. Esta noticia, que está posteriormente recogida por J. M. Apellániz [39], no podemos confirmarla por no haber hallado la pieza en el Museo, al menos con indicación de procedencia.

Pamplona.

24. Hacha en forma trapezoidal plana, completamente pulimentada y muy bien conservada. Fue hallada en el curso de una de las campañas de excavación del yacimiento romano de Pamplona, dirigida por M.ª Angeles Mezquíriz. Actualmente está depositada en el Museo de Navarra. (Fig. 3; C. M.).
    Med.—L: 41, Lp: L, Lcf: 37, Lfb: 35 (b.1) y 32 (b.2), A: 34, Amed: 27,5, Amin: 21, Ab: 34, Afb: 7 (b.1 y b.2), E: 13, Emed: 12,5, Emin: 9, P: 118, IE: 0,34.

Valle de Aranguren.

25. Util de extremo distal cortante, en forma trapezoidal espesa. Técnicamente presenta pulimentada la zona distal y repiqueteadas las restantes. La pieza, que procede de Zolina (trno. mu-

36. B. Taracena Aguirre, L. Vázquez de Parga, *Excavaciones en Navarra II. Una prospección en los poblados de Echauri.* Rev. Príncipe de Viana, n.° 19, Pamplona 1945, pp. 185-206.

37. P. Bosch-Gimpera, *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica.* En Bol. Soc. Española de Excursiones, tomo XXIX, 1921, pp. 248-301. El mismo autor vuelve sobre los hallazgos de Echauri en *Etnología de la península Ibérica,* en «Arqueologia i Art iberics», Barcelona 1932, p. 521.

38. J. Maluquer de Motes, *ob. cit.,* p. 26.

39. J. M. Apellániz, *ob. cit.,* n.° 86 (I).

nicipal de V. de Aranguren) y está depositada en el Museo del Castillo de Javier, parece un tipo de útil cortante sin enmangue, similar al n.º 22, de Artica. Aparece citado en algunos trabajos de F. Escalada y E. Vallespí [40]. (Ver fig. 9; C. M.).
Med.—L: 73, Lp: 6, Lb: 9, Lcf: 82, A: 60, Amed: 58, Amin: 50, Ab: 60, E: 36, Emed: 33, Emin: 35, P: 216, IE: 0,54.

26. De Labiano, en el Valle de Aranguren, hay algunas referencias en la historiografía navarra sobre la existencia de hachas pulimentadas [41], aunque nunca se ha citado su depósito, por lo que en realidad nadie las ha estudiado.

Valle de Egüés.

27. Hacha trapezoidal plana y completamente pulimentada. Procede de Elcano, y está depositada en la colección de D. Miguel Angel Zuazúa, de Pamplona (Fig. 3; C. M.).
Med.—L: 53, Lp: L, Lcf: 38, Lfb: 38 (b.1), A: 38, Amed: 35, Amin, 25, Afb: 5 (b.1), E: 13, Emed: 13, Emin: 8, P: 150, IE: 0,28.

Cendea de Galar.

28. Hacha en forma triangular tendente a trapezoidal, procedente de Galar y depositada en los fondos del Museo de Navarra. Aparece pulimentada en el tercio distal, manteniendo repiqueteada la superficie restante, que también presenta modificadas varias zonas por golpes y desconche (C. M.).
Med.—L: 179, Lp: 25, Lcf: 77, A: 77, Amed: 70,5, Amin: 50, E: 52, Emed: 52, Emin: 42, P: 440.

29-30. Según noticia de M.ª A. Beguiristáin, en la Colección Huarte, se conservan dos hachas pulimentadas, una de ellas incompleta, procedentes de Esparza de Galar. La primera de ellas sería de forma trapezoidal y sección elíptica. La segunda, también de sección elíptica, habría perdido la extremidad distal.

Valle de Elorz.

31. Hacha de forma trapezoidal espesa y completamente pulimentada si exceptuamos los bordes. Fue hallada por D. Luis Aranguren, de Pamplona, quien la conserva actualmente, en el camino entre Imarcoain y Noain. Su estado de conservación es bastante bueno, ya que solo presenta un ligero desconche en el borde 1 (C. M.).
Med.—L: 102, Lp: L, Lcf: 47, A: 51, Amed: 46, Amin: 31, Ab: 50, E: 37, Emed: 37, Emin: 28, P: 260, IE: 0,48 (Ver fig. 4).

32. La pieza pulimentada de Imarcoain, depositada en el Museo de Navarra, es quizá la más interesante de todo el repertorio. Se trata de un útil cortante en forma triangular, muy alargado y plano, que está fabricado sobre cuarzo de color blancuzco, veteado con algunas motas negras. Técnicamente, además de un pulimento completo, presenta dos ranuras o surcos de distinta longitud sobre ambas caras. Tipológicamente no encaja en los tipos distinguidos de hacha, cincel o azuela, sin embargo encajaría entre las piezas que la historiografía ha denominado «rejas de arado», teniendo en cuenta que no pudieron utilizarse como tales [42], como se puede deducir de la fragilidad derivada de la longitud y débil anchura y espesor de la pieza, y esto al margen de que no le hayamos apreciado huellas de uso en el filo. En este sentido, A. M.ª Muñoz clasificó como «rejas de arado» algunas piezas de los ajuares de los sepulcros neolíticos catalanes, de entre las cuales, una procedente de la Bovila d'En Joca (Montornés del Valles, Barcelona), que está fabricada en diorita y mide 342×47×19 mm., se asemeja mucho a la de Imarcoain.
En un ámbito geográfico, y seguramente cultural, más cercano, podemos señalar otro paralelo en una pieza exhibida (sin citar procedencia), en el Museo Arqueológico de Vitoria, la cual, aunque está fracturada y posee una anchura de bisel superior a la anchura media, es muy semejante a la de Imarcoain, tanto en el material, como en la morfología y técnica de fabricación.
La pieza que comentamos, fue donada a la Comisión de Monumentos de Navarra por D. Pe-

40. F. ESCALADA, *La Arqueología en la Villa de Javier y sus contornos,* Ed. Leyre, Pamplona 1943, p. 49. De este mismo autor existe en el Museo de Javier un Libro de Notas que dice acerca de esta pieza: «n.º 16, de Zolina, 7×6 cms. aceitunado». La pieza también es recogida por E. VALLESPÍ, *ob. cit., Hallazgos líticos...,* p. 64.

41. La noticia parte de J. ITURRALDE Y SUIT, *La Prehistoria en Navarra,* vol. II de «Obras completas de D. Juan Iturralde y Suit», Pamplona 1911, p. 4. Posteriormente es recogida por J. ALTADILL, *Provincia de Navarra,* en «Geografía General del País Vasco-Navarro». Barcelona 1915-1921, p. 644, y por E. VALLESPÍ, *ob. cit., Hallazgos líticos...,* p. 63.

42. E. SANGMEISTER, *Síntesis del Neolítico de Europa Central I.* En rev. Caesaraugusta, n.º 6, Zaragoza 1955, p. 19.

dro Riezu en 1910. Posteriormente ha merecido la atención de algunos investigadores, así Julio Altadill que la clasifica como navaja por la punta (extremo proximal), y arma contundente y cortante por el extremo opuesto. También es estudiada por José Miguel de Barandiarán entre las piezas clasificadas en el Neolítico del País Vasco. Por último se ocupó de ella E. Vallespí, que la clasifica como puñal [43] (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 347, Lp: L, Lcf: 51, Lfb: 337 (b.1) y 328 (b.2), A: 44,5, Amed: 40,5, Amin: 33,5, Ab: 40,5, Afb: 8 (b.1) y 7 (b.2), E: 20, Emed: 19,5, Emin: 15, P: 736, IE: 0,10.

33. De Andricáin (trno. municipal de V. de Elorz), procede un fragmento medial y proximal de útil pulimentado, seguramente cortante, hoy depositado en la colección de D. Francisco Setuáin, de Monreal. La pieza está pulimentada en la zona distal y repiqueteada en el resto de la superficie (C. M.).
Med.—L: 89, Lp: 15, A: 47, Amed: 40, Amin: 35, E: 31, Emed: 29, Emin: 22, Eb: 30 (?), P: 237.
34. Hacha de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Fue descubierta en los alrededores de Guerendiain, y actualmente se conserva en la colección del Padre Viana, S. J., en Pamplona. Posee dos planos abiselados distales, uno en cada cara, aunque las aristas que los delimitan no están bien marcadas (C. M.).
Med.—L: 60, Lp: L, Lb: 15 (A) y 13 (B), Lcf: 38, Lfb: 55 (b.1) y 50 (b. 2), A: 39, Amed: 33, Amin: 23, Ab: 35, Afb: 7, E: 15, Emed: 15, Emin: 10, Eb: 13, P: 166, II: 0,30 (Ver Fig. 3).

Monreal. De esta comarca procede un considerable número de útiles pulimentados, hallados siempre en superficie. La primera de estas piezas (n.º 35) se conserva en el Museo de Navarra, una serie más numerosa en la colección de D. Francisco Setuain (n.º 36 a 58), y por último, dos útiles más depositados en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (n.º 59 y 60).

35. Hacha de forma triangular espesa. Su pulimento ocupa las 2/3 partes de la superficie, en concreto la zona medial y distal, manteniéndose el repiqueteo anterior en la proximal. Cabe señalar también la presencia de algunas huellas de uso en el filo (Ver fig. 3; C. M.).
Med.—L: 112, Lp: 70, Lcf: 47, A: 47, Amed: 43, Amin: 30, Ab: 40, E: 33, Emed: 32, Emin: 24, P: 263, IE: 0,41.
36. Fragmento distal de hacha completamente pulimentada y con algunas huellas de uso en el filo (C. M.).
Med.—L: 48, Lp: L, Lcf: 61, Lfb: 28 (b.2), A: 55, Amed: 54, Amin: 50, Ab: 55, Afb: 16 (b.2), E: 33, Emed: 27,5, Emin: 32, P: 182.
37. Hacha de forma elíptica y espesa. Técnicamente se presenta totalmente pulimentada excepto en algunas zonas en las que aún se adivina el anterior repiqueteo, fundamentalmente en la zona medial y proximal de la cara B y en los bordes (C. M.).
Med.—L: 96, Lp: L, Lcf: 55, A: 53, Amed: 47, Amin: 35, Ab: 43,5, E: 36,5, Emed: 36, Emin: 31, P: 257, IE: 0,48.
38. Hacha trapezoidal plana, pulimentada en zona del corte, que está apretado por varios golpes, y repiqueteada en el resto (C. M.).
Med.—L: 123, Lp: 30, Lb: 33 (A), A: 57, Amed: 49, Amin: 36, Ab: 55, E: 30, Emed: 30, Emin: 25, Eb: 28, P: 308, IE: 0,33.
39. Fragmento medial-distal de hacha pulimentada en la zona del corte, manteniendo repiqueteada la superficie restante. Su estado de conservación es bastante deficiente: ha perdido buena parte del corte y de la superficie de la cara B (C. M.).
Med.—L: 82, Lp: L (A), A: 55, Amed: 50,5, Amin: 40, Ab: 55 (aprox.), E: 39,5, Emed: 35, Emin: 39, P: 236.
40. Fragmento (medial-distal) de útil pulimentado, seguramente un hacha bastante plana, que se conserva prácticamente destruido por desgaste y golpes posteriores. El pulimento parece completo, excepto en algunas zonas aisladas de las caras y bordes (C. M.).
Med.—L: 89, Lp: L, A: 57, Amed: 56, Amin: 51, Ab: 48, E: 30, Emed: 30, Emin: 28, P: 263.
41. Hacha de forma triangular espesa, sin resto de pulimento, ya que no debió acabarse de fabricar, puesto que toda la superficie aparece repiqueteada (C. M.).

---

43. B. C. M. H.-A. de Navarra, 2.ª Epoca, Cuaderno n.º 2, Pamplona 1910, p. 50; J. ALTALDILL, *ob. cit.*, *Provincia de...* pp. 663-664. Del mismo autor, *Datos para la Historia del Arte en Navarra III*, en B. C. M. H.-A. de Navarra, 2.ª Epoca, tomo X, Pamplona 1919, pp. 113-117; J. M. BARANDIARÁN, *ob. cit.*, *El hombre primitivo...*, p. 391 y E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 64.

Med.—L: 83, Lcf: 33, A: 39, Amed: 33, Amin: 21, Ab: 28, E: 30, Emed: 30, Emin: 23, P: 206, IE: 0,49 (Ver pág. 9; C. M.).

42. Fragmento distal de hacha completamente pulimentada, excepto los bordes que mantienen el repiqueteo (C. M.).
Med.—L: 58, Lp: L, Lcf: 43, A: 53, Amed: 49, Amin: 41, Ab: 38, E: 25, Emed: 24, Emin: 15, P: 188.
43. Fragmento medial-distal de hacha pulimentada en la zona del corte, que se conserva muy desgastado, y repiqueteada en el resto de la superficie (C. M.).
Med.—L: 80, Lcf: 39, A: 47, Amed: 46, Amin: 46, Ab: 32, E: 34,5, Emed: 33,5, Emin: 34,5, P: 225.
44. Fragmento lateral distal de hacha fabricada en ofita y pulimentada en las caras. Por el contrario, el borde que se conserva mantiene el repiqueteado (C. M.).
Med.—L: 52, A: 44, E: 35.
45. Fragmento medial de útil completamente pulimentado, aunque mantiene indicios de repiqueteo en los bordes, que son convexos y redondeados (C. M.).
Med.—L: 92, A: 47, E: 32.
46. Fragmento lateral medial de útil pulimentado.
Med.—L: 55, A: 50, E: 30.
47. Fragmento medial de útil repiqueteado sobre el que se pulimentó muy débilmente. Sólo puede deducirse la forma de una cara, que era convexa.
Med.—L: 99, A: 48, E: 21.
48. Fragmento distal de útil pulimentado en ofita, fracturado transversal y longitudinalmente. Se le advierte un comienzo de faceta en la zona distal del borde conservado. El filo debió de ser convexo visto de cara.
Med.—L: 33, A: 25, E: 28.
49. Esquirla perteneciente a una cara de forma convexa de útil pulimentado, al parecer en ofita.
Med.—L: 36, A: 30, E: 8.
50. Fragmento medial-distal de útil pulimentado muy desgastado y con numerosos golpes. Al parecer debió de ser un hacha.
Med.—L: 61, A: 51, E: 29.
51. Esquirla perteneciente a la cara de un útil con restos de pulimento.
Med.—L: 53, A: 57, E: 10.
52. Esquirla perteneciente al borde de una pieza pulimentada. El borde era redondeado.
Med.—L: 31, A: 24, E: 22.
53. Fragmento medial de útil pulimentado. Conserva dos bordes y parte de las dos caras, todo ello redondeado, sin aristas.
Med.—L: 33, A: 24, E: 19.
54. Fragmento proximal de una pieza repiqueteada y débilmente pulimentada (C. M.).
Med.—L: 44, A: 34, Amed: 29, E: 26, Emed: 22,5.
55. Fragmento proximal de útil pulimentado con algunos desperfectos, además de la fractura (C. M.).
Med.—L: 52, A: 36, Amed: 33, E: 29, Emed: 27.
56. Hacha de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Presenta en las dos caras una faceta de bisel distal, apenas perceptible a la vista. Respecto a su estado de conservación, es perfecto, no habiéndosele encontrado huellas de uso en el filo. Dentro del término municipal de Monreal, es casi segura según su descubridor, su adscripción a la Higa (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 28, Lp: L, Lb: 10 (A) y 8 (B), Lcf: 37, Lfb: 22 (b.1) y 24 (b.2), A: 36,5, Amed: 33, Amin: 28, Ab: 36, Afb: 5 (b.1 y b.2), E: 9,5, Emed: 9,5, Emin: 8, P: 114, IE: 0,29.
57. Hecha de forma seguramente triangular y plana, fracturada en la zona proximal y en la distal. Está completamente pulimentada, y como la anterior, procede probablemente de la Higa de Monreal (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 28, Lp: L, Lfb: 26 (b.1), A: 25, Amed: 21, Afb: 3 (b.1), E: 7, Emed: 7.
58. Se trata de un fragmento lateral distal de útil pulimentado, seguramente un hacha por la simetría de bisel, fracturado transversal y longitudinalmente. El corte debió de ser convexo, y el borde, que mantiene restos de repiqueteo, redondeado.
Med.—L: 48, A: 29, E: 11.
59. Hacha de forma trapezoidal plana, pulimentada en la zona distal y repiqueteada en el resto de la superficie. El filo aparece muy gastado, así como el talón, que está astillado (Fig. 4, C. M.).
Med.—L: 109, Lp: 25 (aprox.), Lcf: 57, A: 59, Amed: 52, Amin: 37, Ab: 55, E: 25, Emed: 25, Emin: 20, P: 287, IE: 0,29.
60. Fragmento proximal de una pieza débilmente pulimentada (C. M.).
Med.—L: 66, A: 53, Amed: 53, E: 33, Emed: 31.

Sierra de Alaiz. Esta zona de la sierra de Alaiz no es distinguida como comarca por A. Floristán, ya que pertenece en parte a la Cendea de Galar, Valle de Elorz y Monreal por el Norte, y a Valdizarbe y la Valdorba por el Sur. Sin embargo, la hemos distinguido a efectos prácticos como comarca por la existencia en el Museo de Navarra de una buena serie de materiales hallados allí, y probablemente también en la cercana Sierra de Izco. A estos materiales se han referido ya J. Iturralde y Suit en su «Prehistoria de Navarra», y más tarde J. Altadill, basándose en la obra anterior, cuando hace una recopilación del material arqueológico entonces conocido en Navarra, y habla de las «hachas de piedra, puntas de flecha y cuchillos de sílex hallados en la sierra de Alaiz, cercanías de Monreal y montes de Labiano». Posteriormente estos materiales han sido tratados al menos en dos ocasiones por J. M. de Barandiarán, y ya más recientemente por E. Vallespí [44].

61. Hacha en forma trapezoidal espesa, completamente pulimentada y en buen estado de conservación. Presenta la zona distal abiselada por las dos caras, aunque los planos sean bastante leves, es decir, sin aristas muy marcadas y sin llegar al bisel plano (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 121, Lp: L, Lb: 37, Lcf: 45, A: 52, Amed: 47, Amin: 35, Ab: 44, E: 46, Emed: 45, Emin: 35, Eb: 38, P: 295, IE: 0,53.
62. Hacha de forma elíptica espesa, completamente pulimentada si exceptuamos un leve repiqueteo en los bordes. Como la anterior, muestra el inicio de dos planos biselados distales (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 117,5, Lp: L, Lcf: 63, A: 59, Amed: 57, Amin: 50, Ab: 52,5, E: 40, Emed: 39, Emin: 37, P: 284, IE: 0,45.
63. Fragmento medial y distal de una maza o martillo, completamente repiqueteada y sin pulimento apreciable. Está bastante mal conservado, pues además del talón, le falta la zona distal de la cara B. En la zona activa-distal, presenta algunos golpes y huellas de uso derivadas de su utilización (C. M.).
Med.—L: 105, A: 48, Amed: 45, Amin: 35, E: 33, Emed: 33, Emin: 28.
64. Hacha de forma tropezoidal plana. Su estado de conservación es bastante deficiente, ya que al parecer, le ha saltado, posiblemente por desconche, prácticamente todo el pulimento que teóricamente debía tener en la zona distal. De ese primitivo pulimento, sólo quedan dos pequeñas zonas sobre el borde 2 distal y el lateral derecho distal de la cara A. Además presenta un filo bastante modificado, con un buen golpe sobre la cara B (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 76, Lcf: 59, A: 52, Amed: 46, Amin: 33, Ab: 50, E: 22, Emed: 22, Emin: 17, P: 170, IE: 0,34.
65. Hacha en forma trapezoidal de espesor medio. El pulimento sólo afecta a la mitad distal de las caras, manteniéndose el resto de la superficie, zona distal de los bordes incluida, en la fase técnica de repiqueteo (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 110, Lp: 50, Lcf: 51, A: 53, Amed: 45, Amin: 31, Ab: 49, E: 32, Emed: 31, Emin: 24, P: 274, IE: 0,39.
66. Maza de forma trapezoidal espesa completamente pulimentada si exceptuamos ciertos restos de repiqueteo en los bordes y en la extremidad proximal de las caras (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 98, Lp: L, A: 58,5, Amed: 50, Amin: 39, E: 47, Emed: 45, Emin: 36, P. 223, IE: 0,60.
67. Fragmento medial-distal de hacha pulimentada en la zona distal y repiqueteada en el resto de la superficie, la cual evidencia una materia prima bastante granulosa. El filo por su parte, se presenta afectado por numerosos golpes (C. M.).
Med.—L: 134, Lp: 36 (A) y 15 (B), Lcf: 61, A: 60, Amed: 57, Amin: 46, Ab: 56, E: 43, Emed: 42,5, Emin: 35, P: 330.
68. Hacha de forma triangular tendente a trapezoidal, espesa, completamente pulimentada y bastante bien conservada. (C. M.).
Med.—L: 131, Lp: L, Lcf: 50, A: 58, Amed: 51, Amin: 27, Ab: 49, E: 39, Emed: 36,5, Emin: 29, P: 324, IE: 0,41.
69. Hacha en forma elíptica tendente a trapezoidal, espesa, y pulimentada en la zona distal solamente. Presenta una débil arista transversal en la zona distal de la cara A, pero apenas es perceptible a la vista, y no tiene influencia práctica en la forma del filo visto de perfil. En cuanto a su estado de conservación, muestra un par de golpes en el filo por la cara A (C. M.).
Med.—L: 92, Lp: 37 (A) y 39 (B), Lcf: 33, Lb: 42 (A) y 39 (B), A: 45, Amed: 42, Amin: 31, E: 30, Emed: 30, Emin: 24, Eb: 29,5, P: 231, IE: 0,43.
70. Hacha de forma trapezoidal, espesor medio y sólo ligeramente pulimentada en la zona

44. J. ITURRALDE Y SUIT, *ob. cit.*, p. 4; J. ALTADILL, *ob. cit.*, *Provincia de...*, pp. 643-644; J. M. BARANDIARÁN, *ob. cit.*, *El hombre primitivo...*, p. 391, y por último E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 63.

distal. El resto de la pieza está repiqueteado. En lo concerniente al estado de conservación, éste no es muy aceptable, ya que el filo está bastante desgastado por el uso, presentando además algunos golpes (C. M.).
Med.—L: 107, Lp: 16 (A), Lb: 18 (A), Lcf: 36, A: 44, Amed: 39, Amin: 27, Ab: 34, E: 29, Emed: 29, Emin: 22, Eb: 21, P: 265, IE: 0,38.

71. Hacha probablemente en ofita, de forma trapezoidal plana. Aparece pulimentada en la zona útil-distal y repiqueteada en el resto de las caras. Los bordes y el talón parecen desmantelados o fracturados, aunque con todo, da la impresión de que no se alejan mucho de la forma original (C. M.).
Med.—L: 93, Lp: 15 (aprox.), Lb: 15 (A) y 14 (B), Lcf: 57, A: 58, Amed: 54, Amin: 42, Ab: 56, E: 17, Emed: 16, Emin: 16, Eb: 13, P: 265, IE: 0,22.

72. Hacha trapezoidal espesa, pulimentada en zona distal de ambas caras y en la proximal de la cara A. La forma de la pieza está ligeramente modificada por algunos golpes en el talón y filo, además de las huellas de uso en este último (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 98,5, Lp: 25 (distal) y 52 (proximal cara A), Lb: 23 (A) y 17 (B), Lcf: 41, A: 43, Ames: 41,5, Amin: 30, Ab: 39, E: 31, Emed: 31, Emin, 21, Eb: 23,5, P: 240, IE: 0,43.

73. Hacha trapezoidal espesa, completamente pulimentada y en bastante buen estado de conservación (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 119, Lp: L, Lcf: 54, A: 49, Amed: 42, Amin: 28, Ab: 46, E: 37, Emed: 36, Emin: 25, P: 290, IE: 0,44.

74. Maza de forma cuadrangular, muy espesa. Presenta dos bulbas o zonas activas opuestas de forma elíptica o convexa, aunque con fuerte tendencia al plano recto. En ellas hay abundantes huellas de uso, sobre todo en la bulba A. Técnicamente, la maza fue someramente pulimentada en toda la superficie, pero sobre todo en la zona central, que está atravesada por un surco para facilitar el enmangue. De todas formas se aprecian restos de repiqueteo en algunas zonas (Ver fig. 5).
Med.—L: 132, Lp: L, A: 111, A del surco en la zona distal: 36, y en la zona proximal: 39; la profundidad del surco es de 8 mm. (distal) y 7 (proximal), E: 87, IE: 0,71.

Valle de Unciti.

75. Hacha trapezoidal plana, fabricada sobre fibrolita y completamente pulimentada. Procede de Cemborain, y está depositada en el Museo del Castillo de Javier con algunos desperfectos en el corte (Ver fig. 6; C. M.).
Med.—L: 84, Lp: L, Lcf: 55, A: 52, Amed: 45, Amin: 29, Ab: 52, E: 19, Emed: 18, Emin: 13, P: 212, IE: 0,27.

Valle de Ibargoiti. De esta zona proceden seis útiles, todos ellos descubiertos en los alrededores de algunas localidades del valle por D. Francisco Setuáin Irigoyen, quien los conserva en su colección de Monreal. Las piezas son las siguientes:

76. Hacha en forma trapezoidal espesa, procedente de Lecaun. Aunque pulimentada en toda la superficie, se observa en algunas zonas aisladas, restos del anterior repiqueteo (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 43, Lp: L, Lb: 20, Lcf: 35, Lfb: 38, A: 39, Amed: 35, Amin: 25, Ab: 38, Afb: 15 (b.1), E: 25, Emed: 25, Emin: 21, Eb: 23, P: 126, IE: 0,60.

77. Fragmento medial-distal de hacha completamente pulimentada y procedente de Izco. Aunque el pulimento es, como decimos, total, su perfección es mayor en la zona del corte que en el resto de las caras, donde a su vez, el pulimento está mejor acabado que en los bordes. El filo distal está bastante bien conservado, presentando algunas huellas de uso (C. M.).
Med.—L: 83, Lp: L, Lb: 12, Lcf: 61, A: 61, Amed: 54, Amin: 59, Ab: 42, E: 31, Emed: 28, Emin: 31, Eb: 17, P: 258.

78. Hacha en forma trapezoidal espesa. La superficie se presenta totalmente pulimentada, aunque con algunos restos de repiqueteo. El ejemplar, que procede de Equisoain, presenta así mismo algunas huellas de uso en el filo (C. M.).
Med.—L: 80, Lp: L, Lcf: 62, A: 55, Amed: 47, Amin: 35, Ab: 54, E: 34, Emed: 31, Emin: 28, P: 233, IE: 0,50.

79. Maza en forma triangular espesa, totalmente pulimentada, aunque manteniendo también algunos restos de repiqueteo en algunas zonas aisladas de los bordes y caras. La zona activa distal está formada por un plano pulimentado con algunos desperfectos atribuibles al uso, a pesar de que no parece que se utilizara mucho como percutor, ya que el pulimento de la zona teóricamente activa se conserva bastante bien (Ver fig. 9; C. M.).
Med.—L: 80, Lp: L, A: 54, Amed: 45, Amin: 28, E: 31,5, Emed: 31,5, Emin: 24, P: 226, IE: 0,47.

80. Fragmento medial-distal de un hacha en ofita, también procedente de Equísoain. La pieza debió estar completamente pulimentada, pero actualmente se muestra prácticamente destruida por numerosos golpes en la zona medial y distal. Quizá lo más notable sea un pequeño subplano distal en cara A, junto al borde 1, seguramente para conseguir un borde de arista (C. M.).
Med.—L: 83, Lp: L, A: 59, Amed: 56, Amin: 45, Ab: 45, E: 32, Emed: 32, Emin: 27, P: 252.
81. Se trata de un objeto totalmente pulimentado, de forma elíptica plana, hallado en Zabaleta. Es posible que fuera utilizado como alisador (C. M.).
Med.—L: 180, Lp: L, A: 44, Amed: 43, Amin: 40, E: 38, Emed: 35, Emin: 30, P: 390, IE: 0,33.

Valle de Urraul Bajo.

82, 83. En esta comarca podemos señalar el descubrimiento de dos hachas pulimentadas por el prof. Eslava, de Pamplona, en un cerro de los alrededores de Tabar. Próxima a ellas, y también en superficie, apareció un hacha de talón en bronce y algunos restos de industria lítica en sílex. Aceptando la idea de un solo conjunto, la aparición del hacha de bronce, retardaría la posible cronología de este taller a los finales de la Edad del Bronce.
Respecto a las dos hachas en piedra pulimentada que vimos, pero no pudimos estudiar detalladamente, una es de pequeñas dimensiones y completamente pulimentada. La segunda, parecía mantener restos de repiqueteo en los bordes, y en cuanto a sus dimensiones, eran bastante mayores que las de la anterior.

Aoiz. De este término municipal y comarca, proceden seis útiles pulimentados que conserva en su colección D. Abdón Ansó Doxandabaratx, de Aoiz. En cuanto a los datos de la Historiografía, basándose en J. Iturralde, E. Vallespí señaló también la imprecisa existencia de algunos materiales en la zona [45]. Las piezas de D. Abdón Ansó, son las siguientes:

84. Hacha en forma rectangular plana, completamente pulimentada y muy bien conservada. Presenta dos facetas de bisel en cada cara, en la zona distal. En este sentido muestra algunas relaciones con el tipo primario distinguido de los cinceles, al igual que las piezas n.° 19, 124 y 187, procedentes respectivamente de Azanza, Viana y Javier (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 44, Lp: L, Lb: 6, Lcf: 14, Lfb: 29 (b.1) y 32 (b.2), A: 17, Amed: 16, Amin: 12, Ab: 13, Afb: 4 (b.1) y 3 (b.2), E: 7, Emed: 7, Emin: 5, P: 106, IE: 0,22.
85. Hacha de forma trapezoidal plana, totalmente pulimentada y presentando un comienzo de faceta de bisel en cara B. Esta faceta no está con todo suficientemente definida como para clasificar la pieza como azuela (Ver fig. 3; C. M.).
Med.—L: 40, Lp: L, Lb: 16, Lcf: 32, Lfb: 28, A: 32, Amed: 30, Amin: 24, Ab: 31, Afb: 3, E: 9, Emed: 9, Emin: 6, Eb: 9 (aprox.), P: 121, IE: 0,25.
86. Hacha en forma triangular plana, pulimentada en las caras y repiqueteada en bordes y talón. El filo se conserva bastante desgastado y con abundantes huellas de uso (Ver fig. 7; C. M.).
Med.—L: 60, Lp: 56 (aprox.), Lcf: 45, A: 44, A, ed: 34, Amin: 22, Ab: 44, E: 16, Emed: 16, Emin: 13, P: 167, IE: 0,30.
87. Hacha en forma trapezoidal espesa. Mantiene el repiqueteo en el borde 1 y la zona proximal y proximal-medial de las caras A y B respectivamente. En otro orden de cosas, presenta una faceta de bisel sobre la cara A que no ocupa toda la anchura de bisel como es lo normal (Ver fig. 5; C. M.).
Med.—L: 74, Lp: L, Lcf: 36, Lfb: 68 (b.1) y 71 (b.2), A: 45, Amed: 41,5, Amin: 28, Ab: 32, Afb: 17, E: 26, Emed: 26, Emin: 21, P: 206, IE: 0,43.
88. Hacha de forma trapezoidal tendente a triangular, completamente pulimentada. Presenta el filo y el talón modificados por el uso y algunos golpes (C. M.).
Med.—L: 130, Lp: L, Lcf: 56 (aprox.), A: 66, Amed: 63, Amin: 44, Ab: 58 (aprox.), E: 37, Emed: 36, Emin: 27, P: 339.
89. Hacha en forma elíptica plana y completamente pulimentada. Conserva algunas huellas de uso en el filo distal (C. M.).
Med.—L: 190, Lp: L, Lcf: 50, A: 53, Amed: 52, Amin: 37, Ab: 40, E: 36, Emed: 36, Emin: 29, P: 415, IE: 0,29.

Lumbier. De esta zona se conocen diez útiles pulimentados, de los que ocho (n.° 90 a 97), se encuentran expuestos en el Museo de Navarra, e inéditos. El noveno, (n.° 98), pertenece a

45. J. Iturralde y Suit, *ob. cit.*, p. 4; E. Vallespí, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos*..., p. 63.

la colección del Castillo de Javier, y ya fue reseñado por F. Escalada en 1943, y por E. Vallespí en 1974, al igual que el último ejemplar (n.º 99), del que desconocemos su actual depósito [46].

90. Azuela de forma trapezoidal irregular, plana y totalmente pulimentada. Lo más característico de esta pieza son sus planos abiselados: presenta uno apenas perceptible en la cara A, y dos más en la B. Estos últimos son perfectamente paralelos al filo, y están separados del plano general de la cara y entre ellos mismos, por dos aristas. Quizá el segundo de estos planos, es decir, el más cercano al filo, sea el resultado de un reavivado del corte (Ver fig. 4; C. M.).
Med.—L: 47,5, Lp: L, Lb: 3,5, Lcf: 25, Lfb: 20, A: 29, Amed: 26, Amin: 17, Ab: 25, Afb: 3, E: 10, Emed: 9, Emin: 7, Eb: 4,5, P: 129, IE: 0,26.

91. Se trata de una pieza en principio emparentada con el tipo de las hachas, aunque su morfología no es muy corriente. Es de forma rectangular y de espesor medio. Respecto al pulimento, es completo si exceptuamos algunas zonas aisladas en caras y bordes, las cuales mantienen cierto puntillado. Al margen de su forma, quizás lo más peculiar en la pieza sea la gran complejidad de subplanos de pulimento que presenta: dos biselados distales en la cara A y en la B, así como una serie de pequeños planos en la zona proximal de la cara B, cortados por el talón. A éstos habría que añadir los bordes, que son afacetados (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 37, Lp: L, Lb: 8, Lcf: 37, Lfb: 35 (b.1) y 30 (b.2), A: 39, Amed: 39, Amin: 32, Ab: 35, Afb: 6,5 (b.1) y 7 (b.2), E: 15, Emed: 15, Emin: 12, Eb: 9, P: 129, IE: 0,39.

92. Hacha probablemente de doble zona útil, y forma poligonal plana. El pulimento es completo, aunque no haya llegado a la zona proximal derecha de la cara B, que está rehundida quizá por defecto del bloque de material del que se partió. El doble uso a que hemos aludido, está justificado por ser dos las zonas activas: la distal, con un filo normal de hacha, y la proximal. En esta última hay un pequeño filo formado por la intersección del plano general de la cara B, y un pequeño plano abiselado sobre la cara A, en cierta forma continuación de la faceta del borde 1, aunque no lo consideramos como tal faceta, por cambiar considerablemente el ángulo de pulimento respecto al de la cara A (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 79, Lp: L, Lb: 2 (proximal), Lcf: 26 (distal) y 11 (proximal), Lfb: 65, A: 39, Amed: 38, Amin: 27, Ab: 23 (distal) y 10,5 (proximal), Afb: 3, E: 13,5, Emed: 13,5, Emin: 10, Eb: 3,5 (proximal), P: 195, IE: 0,22.

93. Hacha en forma trapezoidal plana, completamente pulimentada y con algunas huellas de uso en el corte distal (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 81, Lp: L, Lcf: 51, A: 46, Amed: 40, Amin: 29, E: 22, Emed: 22, Emin: 19, P: 206, IE: 0,34.

94. Hacha en forma rectangular espesa, con las dos caras pulimentadas. Su estado de conservación es bastante deficiente, pues presenta varios golpes en el filo, talón y bordes (C. M.).
Med.—L: 90, Lp: L, Lcf: 27, Lfb: 81 (b.1), A: 30, Amed: 29,5, Amin: 26, Ab: 28, E: 37, Emed: 37, Emin: 29, P: 244, IE: 0,61.

95. Azuela trapezoidal plana, completamente pulimentada y muy estropeada, sobre todo en el talón y bordes. La cara A, presenta un plano biselado distal (C. M.).
Med.—L: 63, Lp: L, Lb: 10, Lcf: 35, Lfb: 54 (b.1) y 55 (b.2), A: 33, Amed: 27, Amin: 19,5, Ab: 33, Afb: 6,5 (b.1) y 5 (b.2), E: 12, Emed: 11,5, Emin: 7, Eb: 7, P: 168, IE: 0,25.

96. Cincel de forma trapezoidal y espesor medio. Está totalmente pulimentado si exceptuamos algún leve resto de repiqueteo en la cara B y el talón, que al utilizarse como percutor, o bien como plano pasivo de percusión, lo ha perdido (Ver fig. 6; C. M.).
Med.—L: 85, Lp: L, Lb: 11, Lcf: 12, A: 24, Amed: 21, Amin: 24, Ab: 12, E: 20, Emed: 16, Emin: 19, Eb: 12, P: 194, IE: 0,35.

97. Hacha en forma triangular, muy plana. Se presenta completamente pulimentada y ligeramente estropeada en el talón. Asimismo, conserva algunas huellas de uso sobre el filo.
Sobre la cara B, lleva la siguiente sigla: «Hacha de piedra. Encontrada en las cercanías de Lumbier (Navarra). Regalada por Dn. (F)eli(x) U(r)rizburu, de Lumbier, a J. Iturralde, en 19 Junio 1896». Pensamos que ésta es la pieza a la que hace referencia el Boletín de la Comisión de Monumentos de 1910, cuando señala el donativo de un hacha que había pertenecido a D. Juan Iturralde, por parte de su viuda [47] (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 115, Lp: L, Lcf: 95, A: 82, Amed: 73, Amin: 47, Ab: 81, E: 22,5, Emed: 22,5, Emin: 15,5, P: 329, IE: 0,22.

46. F. ESCALADA, *ob. cit.*, pp. 48-49, y E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 64.
47. B. C. M. H.-A. de Navarra, 2.ª Epoca, Pamplona, 1910, en «Donativos», p. 35.

98. Hacha en ofita de forma trapezoidal plana, totalmente pulimentada excepto en los bordes y algunas zonas de la cara B. Está fracturada por el filo y el talón, aunque puede reconstruirse aproximadamente la forma de ambas partes [48] (C. M.).
Med.—L: 100, Lp: L, Lcf: 58, A: 53, Amed: 51, Amin: 38, Ab: 50, E: 25, Emed: 24, Emin: 20, P: 245, IE: 0,32.

99. Con este número hacemos referencia al útil pulimentado señalado por E. Vallespí en Lumbier, y del que no conocemos el depósito actual [49].

4. NAVARRA MEDIA OCCIDENTAL

Las Améscoas.

100. Martillo en forma trapezoidal plana, pulimentado en la zona distal (igual que los útiles cortantes), próxima a la parte activa. Esta parte activa, está formada en esta pieza por un plano afacetado, posiblemente de percusión. Sin embargo es posible también que se trate de un hacha sin acabar de pulir y sin formar filo. Esto lo basamos en que el posible plano distal de percusión, es más estrecho en su parte central que en las laterales. La pieza fue descubierta por M. A. Zuazúa (que la conserva en su colección de Pamplona), en el camino de San Martín (trno. municipal de Améscoa Baja), al río Bildana (C. M.).
Med.—L: 96, Lp: 31, A: 43, Amed: 39, Amin: 30, E: 19, Emed: 19, Emin: 13, P: 281, IE: 0,27.

101. Martillo en forma trapezoidal espeso y completamente pulimentado. Este pulimento no es regular, ya que los bordes están peor acabados que las caras. Por lo que toca al talón y plano distal, parece que fueron empleados como percutores. La pieza procede de Urra (trno. municipal de Améscoa Baja), y también se encuentra depositada en la colección Zuazúa de Pamplona.
Med.—L: 112, Lp: L, Lfb: 99 (b.2), A: 55, Amed: 53, Amin: 40, Afb: 19, E: 35, Emed: 35, Emin: 30, P: 280, IE: 0,41 (Ver Fig. 7; C. M.).

102. De la localidad de Urra (Améscoa Baja), procede según E. Vallespí, «un hacha de bordes con ejes convergentes convexos y sección elíptica». No conocemos su actual depósito y no hemos podido estudiarla directamente [50].

103. Fragmento proximal en ofita de un útil pulimentado. Con todo, este pulimento no fue lo suficientemente fuerte como para hacer desaparecer totalmente el repiqueteo. Procede de Baquedano (Améscoa Baja), y se conserva en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra. Por otra parte, es muy probable que sea el mismo útil al que se refiere E. Vallespí, como también procedente de Baquedano, en ofita y sección ovalada, casi circular (C. M.) [51].
Med.—L: 48, A: 48, Amed: 42, Amin: 35, E: 39, Emed: 36, Emin: 30, P: 155.

104-105. E. Vallespí señala, en la misma obra, además del fragmento anterior, dos útiles más de Baquedano (aunque sin señalar su depósito actual): un hacha «de tamaño grande, 21 cms. de longitud, con bordes de ejes levemente convergentes convexos, sección biconvexa de bordes cortados y perfil de filo doble convexo simétrico, recogida esporádicamente en un covacho del Nacedero del Urederra». Del segundo ejemplar a que nos referimos, sólo da noticia de su existencia.

106. E. Vallespí recoge también la existencia de otro ejemplar pulimentado procedente de Eulate, aunque sin citar tampoco su actual depósito.

Tierra Estella.

107. Hacha de forma triangular tendente a trapezoidal, plana y totalmente pulimentada. Presenta una doble faceta de bisel distal y algún golpe en el filo. Fue descubierta por D. Segundo Ruiz, de Estella, en el camino de Iranzu a la Sierra, cerca de la Fuente de Donipietri y en la misma zona de los dólmenes de Lizarrate. Actualmente se conserva en la colección de su descubridor, y ha sido reseñada por E. Vallespí [52] (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 60, Lp: L, Lb: 12, Lcf: 44, Lfb: 40 (b.1) y 53 (b.2), A: 44, Amed: 37, Amin: 26, Ab: 43, Afb: 5 (b.1) y 3,5 (b.2), E: 14, Emed: 14, Emin: 9, Eb: 10, P: 179, IE: 0,26.

---

48. Está depositada en el Museo del Castillo de Javier con la sigla n.° 29. En el Cuaderno de Notas de F. Escalada, dice «n.° 29, de Lumbier, 10×6 cms. aceitunado».
49. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 64.
50. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.
51. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.
52. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.

108. De Abárzuza procede además, siguiendo a E. Vallespí, un fragmento de hacha de sección aplanada, del que no podemos añadir nada más por el momento.

109. Fragmento medial-distal de hacha pulimentada en el filo y caras, y repiqueteada en los bordes. Está muy desgastada, especialmente en el filo distal. El fragmento procede de la «cueva de los Cerdos» en las Peñas de Lizabiorra, en Azcona (trno. municipal de V. de Yerri), y está depositada en el Museo de Navarra (C. M.).
Med.—L: 88, Lp: L, Lcf: 56, A: 58, Amed: 57, Amin: 57, Ab: 54, E: 33, Emed: 33, Emin: 31, P: 201.

110. Del Pelao de Aguinaga, en la localidad de Eraul, procede, según E. Vallespí, un «hacha de tamaño mediano, bordes convergentes convexos y sección transversal lenticular biconvexa de bordes cortados y perfil del borde doble convexo simétrico» [53].

111-112. De igual forma, según E. Vallespí proceden de Guembe (trno. municipal de Guesálaz), «dos hachas, una de ellas de ofita y ambas de tamaño grande, bordes de ejes convergentes convexos y sección transversal elíptica» [54].

113. Por último, de los alrededores de Estella procede un hacha de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada, descubierta y conservada por D. Segundo Ruiz, de Estella (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 81, Lp: L, Lcf: 47, A: 46, Amed: 44, Amin: 30, Ab: 41, E: 16, Emed: 15, Emin: 10, P: 218, IE: 0,25.

Val de Mañeru.

114. De Cirauqui procede un hacha de forma trapezoidal y espesor medio, totalmente pulimentada y con algunos golpes en el filo. Fue propiedad de M.ª Socorro Dallo, de Cirauqui, hasta su donación al Museo de Navarra, en cuyos fondos se guarda (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 98, Lp: L, Lc: 47, A: 51, Amed: 46, Amin: 29, Ab: 45 (aprox.), E: 26,5, Emed: 26, Emin: 20, P: 257, IE: 0,35.

115. Hacha en forma rectangular espesa. El pulimento ocupa la zona distal y medial de la cara B, y parte del borde 2. El resto de la pieza mantiene el repiqueteo, con algunos desperfectos posteriores en el borde 1 y en el talón. Procede de Arguiñáriz (trno. municipal de Guirguillano), y se conserva en el Museo Diocesano de Pamplona (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 80, Lp: 64 (A) y 35 (B), Lct: 60, Lfb: 36 (b.2), A: 67, Amed: 67, Amin: 58, Ab: 56, Afb: 18 (b.2), E: 41, Emed: 39, Emin: 37, P: 251.

116. Fragmento medial-distal de hacha totalmente pulimentada. Como la anterior, procede de Arguiñáriz (Guirguillano), y está depositada en el Museo Diocesano de Pamplona. El hacha, está abiselada por la cara A, pero sin llegar a formar una faceta de bisel (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 146, Lp: L, Lb: 70, Lcf: 78, A: 77, Amed: 72, Amin: 56, Ab: 70, E: 52, Emed: 51, Emin: 42, Eb: 50, P: 388.

Valle de Aguilar.

117. Azuela de fibrolita de forma posiblemente triangular. (Ha perdido por fractura parte del talón y del borde 1). Técnicamente está completamente pulimentada, y presenta un plano abiselado distal por la cara A. Procede del Alto de la Dehesa, en Desojo, y se conserva en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra. Seguramente se trata del mismo ejemplar que el citado por E. Vallespí como hachita votiva de Desojo [55] (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 51, Lp: L, Lb: 9, Lcf: 37, Lfb: 47 (b.2), A: 37,5, Amed: 31, Amin: 16, Ab: 37, Afb: 7 (b.2), E: 13, Emed: 13, Emin: 9, Eb: 8,5, P: 145.

La Berrueza. En esta comarca hemos localizado cuatro piezas: tres en la Balsa de Mendaza, en Mendaza (n.º 118 a 120), y una cuarta en Asarta, que conserva el Padre Viana, S. J. de Pamplona (n.º 121). Los tres primeros ejemplares fueron descubiertos por D. Miguel Angel Zuazúa, de Pamplona, que los conserva en su colección, y han sido publicados por E. Vallespí como procedentes de un taller de superficie de la Edad del Bronce, con industria lítica en sílex y piezas pulimentadas [56].

53. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.
54. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.
55. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.
56. E. Vallespí, *ob. cit., Yacimientos de superficie...*, pp. 32-34, fig. 5.

118. Azuela en forma seguramente triangular, plana y completamente pulimentada. Ha perdido por fractura parte del borde 2, y parte del corte. El talón está asimismo mal conservado. (C. M.).
Med.—L: 31, Lp: L, Lfb: 23 (b.1), A: 28, Afb: 3, E: 8, Emed: 8, Emin: 5, Eb: 7,5.

119. Fragmento proximal-medial de útil pulimentado plano de muy reducidas dimensiones. Sólo conserva el talón, parte de un borde y caras.
Med.—L: 30, Lfb: 17, A: 15, Afb: 3, E: 7.

120. Fragmento de útil pulimentado con varias superficies de pulimento separadas entre sí por aristas. Debió de ser de dimensiones muy reducidas.
Med.—L: 36, A: 20, E: 8.

121. Hacha en ofita de forma trapezoidal y espesor medio. La superficie está totalmente pulimentada, y en el filo, excepto unos pequeños golpes, no hemos apreciado otras posibles huellas de uso (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 104, Lp: L, Lcf: 65, Ffb: 90, A: 51, Amed: 48, Amin: 31, Ab: 48, Afb: 12, E: 30, Emed: 29, Emin: 21, P: 196, IE: 0,38.

Somontano Viana-Los Arcos. De esta nueva comarca de la Navarra Media Occidental proceden al menos nueve útiles pulimentados, los cuales se distribuyen de la siguiente manera: en primer lugar, tenemos noticia del hallazgo de algunos útiles en Bargota (n.º 122); sin embargo, la mayor parte de las piezas de la comarca, proceden del término municipal de Viana, donde fueron descubiertas por Juan Cruz Labeaga en los yacimientos de la Castellana (n.º 129) y la Custodia (n.º 123 al 128), encuadrados por su descubridor en la Edad del Bronce y del Hierro respectivamente [57]. Por último, hemos de referirnos a un hacha procedente de Los Arcos y depositada actualmente en el Museo del Castillo de Javier (n.º 130).

122. En el Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra, se cita el hallazgo de «varias hachas de piedra y un hermoso pulidor encontrados en Bargota», los cuales debían ser propiedad de D. Estanislao Aranzadi, que prometía donarlos a la Comisión [58].

123. Hacha en forma trapezoidal plana, completamente pulimentada y muy bien conservada. Es característico la gran complejidad de planos que hay sobre las caras, aunque las aristas que los separan son muy débiles (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 58, Lp: L, Lcf: 41, Lfb: 54 (b.1) y 56 (b.2), A: 40, Amed: 36, Amin: 26, Ab: 40, Afb: 4 (b.1 y b.2), E: 11, Emed: 11, Emin: 9, IE: 0,22.

124. Se trata de un útil cortante de pequeñas dimensiones, más de acuerdo con el tipo de los cinceles que con el de las hachas. Su forma es rectangular plana, y está totalmente pulimentado (Fig. 4; C. M.).
Med.—L: 43, Lp: L, Lcf: 12, Lfb: 39 (b.2), A: 15,5, Amed: 15, Amin: 11, Ab: 11, Afb: 4,5 (b.2), E: 7, Emed: 7, Emin: 5,5, P: 106, IE: 0,23.

125. También del yacimiento de la Custodia procede un probable útil pulimentado de forma rectangular y espesor medio, fabricado sobre un canto de río acondicionado con un doble bisel distal, aunque no mediante pulimento. La zona que parece pulimentada artificialmente, es la del borde 1, que es afacetado a diferencia del dos, que está redondeado y con el mismo tipo de pulimento natural que las caras y el talón (C. M.).
Med.—L: 53, Lb: 17 (A), y 12 (B), Lcf: 61, Lfb: 3,7 (b.1), A: 63, Amed: 62, Amin: 55,5, Ab: 60, Afb: 7, P: 199, IE: 0,29.

126. Fragmento distal de útil pulimentado en ofita verdosa. Sólo conserva parte de un borde y el comienzo de un filo.
Med.—L: 16,5, Lfb: 10 (b.1), A: 42, Afb: 7 (b.1), Ab: 2,8, E: 15.

127-128. Por último, y según J. C. Labeaga [59], también aparecieron en el yacimiento de la Custodia, dos percutores con resto de pulimento.

129. Del yacimiento de superficie de la Edad del Bronce de La Castellana (Viana), procede un fragmento medial-distal de hacha totalmente pulimentada. Esta pieza había sido ya citada por E. Vallespí, como perteneciente a un taller de sílex en superficie. Posteriormente es incluida por su descubridor, J. C. Labeaga, en la Carta Arqueológica del Término municipal de Viana (C. M.) [60].

57. J. C. Labeaga Mendiola, *Carta Arqueológica de término municipal de Viana.* Inst. «Príncipe de Viana», Pamplona 1977, pp. 41, 42 y 80.
58. B. C. M. H.-A. de Navarra, tomo VIII, 1917, p. 5.
59. J. C. Labeaga Mendiola, *ob. cit.,* p. 80.
60. E. Vallespí, *ob. cit., Yacimientos de superficie...,* p. 41; J. C. Labeaga Mendiola, *ob. cit.,* pp. 41-42.

Med.—L: 54, Lp: L, Lcf: 58, Lfb: 47 (b.1) y 46 (b.2), A: 54, Amed: 53, Amin: 47, Ab: 53, Afb: 19 (b.1 y b.2), E: 24,5, Emed: 24, Emin: 24,5, Eb: 22, P: 197.

130. Hacha de forma trapezoidal espesa. Aparece pulimentada en la zona del bisel, caras y talón de la cara A, y en la zona distal de la cara B; en el filo distal presenta bastantes huellas de uso. La pieza procede de Los Arcos, y está depositada en el Museo del Castillo de Javier, donde fue estudiada por F. Escalada, quien la cita en su obra de Arqueología de Javier. Posteriormente es también citada por E. Vallespí (C. M.) [61].
Med.—L: 86, Lp: L (A) y 1,7 (B), Lb: 28 (A) y 22 (B), Lcf: 67, A: 57, Amed: 51, Amin: 37, Ab: 55, E: 29, Emed: 28, Emin: 21, Eb: 27, P: 242, IE: 0,40 (Ver fig. 6).

Piedemonte Meridional de Montejurra. En esta comarca hemos controlado seis útiles y fragmentos en piedra pulimentada, a los que habrá que sumar tres más procedentes de Montejurra. De entre todos ellos destacan en primer lugar los hallados en Arellano (n.º 131 a 135), hoy conservados en el Museo de Navarra (n.º 131 a 132), en el Museo del Castillo de Javier (n.º 133), y en la colección de D. Segundo Ruiz, de Estella (n.º 134 y 135). Tenemos también noticia de un útil de Arróniz (n.º 136), y por último hemos estudiado dos piezas más de Montejurra (n.º 137 y 138), a las que añadiremos algunas noticias referentes a otras piezas de esta zona.

131. Hacha en forma trapezoidal plana y totalmente pulimentada. Presenta algunos desperfectos en el corte y sobre la cara B (Fig. 5; C. M.).
Med.—L: 45, Lp: L, Lb: 20 (B), Lcf: 40, A: 30, Amed: 26, Amin: 19, Ab: 30, E: 13, Emed: 12, Emin: 11, Eb: 13, P: 95, IE: 0,34.

132. Hacha en forma trapezoidal espesa. Técnicamente, mantiene la fase de repiqueteo en casi toda la superficie, aunque parece que debió pulimentarse ligeramente sobre las caras (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 89, Lcf: 36, A: 42, Amed: 37, Amin: 27, Ab: 34, E: 32, Emed: 32, Emin, 24, P: 248, IE: 0,48.

133. Hacha de forma trapezoidal espesa. Solamente fue pulimentada en la zona distal, próxima al filo, manteniéndose en el resto de la superficie la fase de repiqueteo. Por lo que toca al corte, está bastante estropeado por el uso.
Esta hacha de Arellano, conservada en el Museo de Javier, fue estudiada por F. Escalada, que la cita en su trabajo de 1943. Posteriormente, es también señalada por E. Vallespí [62].
Med.—L: 122, Lp: 36 (A) y 18 (B), Lb: 38 (A) y 22 (B), Lcf: 63, A: 73, Amed: 60, Amin: 42, Ab: 57, E: 42, Emed: 41, Emin: 30, Eb: 39, P: 309, IE: 0,43 (Ver fig. 7; C. M.).

134. Fragmento de útil repiqueteado, posiblemente basáltico, del que no podemos deducir siquiera su situación en la pieza completa.
Med.—L: 54, A: 50, E: 21.

135. Fragmento de una pieza prácticamente destrozada, aunque quedan restos de pulimento. Se fabricó sobre ofita.
Med.—L: 35, A: 15, E: 3,5.

136. E. Vallespí cita en su recopilación de hallazgos líticos sueltos de Alava, Navarra y Logroño [63], la existencia de un útil pulimentado procedente de Arróniz, del que posteriormente no se han señalado más noticias.

137. De Montejurra procede un fragmento distal de azuela totalmente pulimentada. En la zona distal presenta un plano facetado de forma triangular, perfectamente liso y de aristas muy marcadas. La pieza que tratamos es propiedad de su descubridor, D. Segundo Ruiz, de Estella (C. M.).
Med.—L: 48, Lp: L, Lb: 29 (A), Lcf: 64, A: 68, Ab: 62, E: 26.

138. También de Montejurra, y depositado en la colección de D. Segundo Ruiz, procede el fragmento distal de una pieza pulimentada, seguramente de pequeñas dimensiones, y fabricada sobre fibrolita.
Med.—L: 19, A: 23, E: 10.

139. Por último, a través de D. Joaquín del Valle, conocemos la existencia de algunos útiles pulimentados procedentes de Montejurra, que conserva el párroco de Dicastillo.

---

61. F. ESCALADA, *ob. cit.*, p. 49. Este autor explica en su Cuaderno de Notas: «n.º 17: Los Arcos (Piedras Mornas), de 9×6, color aceitunado»; E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 63.

62. F. ESCALADA, *ob. cit.*, pp. 48-49. En su Cuaderno de Notas dice «n.º 27: Arellano, 11×5 cms., enviada por su párroco en 1930». E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 63.

63. E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 63.

La Solana. Conocemos la existencia de nueve piezas y fragmentos pulimentados en esta zona. Los dos primeros (n.º 140 y 141) fueron recogidos en las cercanías del yacimiento de Tuturmendia (de la Edad del Bronce final y Hierro), en Oteiza, y se conservan en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra. De Morentin proceden asimismo tres útiles (n.º 142, 143 y 144), descubiertos y conservados por D. Segundo Ruiz, al igual que las piezas procedentes del término municipal de Muniáin de la Solana. De este término de Muniáin, conocemos tres piezas (n.º 146, 147 y 148) procedentes del lugar de La Plana, cuatro procedentes de Zamacarí (n.º 149, 150, 151 y 152), y dos últimas de adscripción confusa dentro del término (n.º 145 y 153). Algunas de estas piezas han sido ya estudiadas por E. Vallespí [64].

140. Fragmento medial-distal de azuela totalmente pulimentada. Presenta una faceta de bisel paralela al corte en la zona distal de cara A. En el corte, conserva algunas huellas de uso, a lo que habría que añadir algunos golpes sobre los bordes (Ver fig. 5; C. M.).
Med.—L: 57, LP: L, Lb: 7 (A), Lfb: 57, A: 37, Amed: 37, Amin: 33, Ab: 28, Afb: 7, E: 11, Emed: 11, Emin: 7,5, Eb: 8, P: 161 (Ver fig. 5).
141. Fragmento de útil pulimentado en ofita. Parece que la zona que conserva el pulimento debió corresponder a un borde.
Med.—L: 24,5, A: 26, E: 18.
142. Fragmento distal de hacha totalmente pulimentada. Está fabricada en ofita, y en cuanto a su zona activa, sólo conserva parte del filo (muy desgastado), y de un borde, donde el pulimento es de peor calidad.
Med.—L: 72, A: 31, E: 35.
143. Fragmento distal de hacha pulimentada en ofita, con algunos restos aislados de repiqueteo (C. M.).
Med.—L: 62, Lcf: 32, A: 46, Ab: 29, E: 33.
144. Hacha de forma trapezoidal espesa, con alternancia técnica de pulimento y repiqueteo, aunque este último domina más en los bordes y caras. El filo está prácticamente destruido por el uso y numerosos golpes (C. M.).
Med.—L: 87, A: 48, Amed: 42, Amin: 29, Ab: 44 (aprox.), E: 32, Emed: 31, Emin: 20,5, Eb: 30 (aprox.).
145. Fragmento pulimentado en ofita del que no podemos deducir su situación en el útil completo.
Med.—L: 43, A: 33, E: 13.
146. Fragmento de borde de útil pulimentado con restos de pulimento. Está fabricado, al parecer, sobre ofita alterada.
Med.—L: 70, A: 42, E: 32.
147. Hacha de forma trapezoidal espesa, completamente repiqueteada (Ver fig. 7; C. M.).
Med.—L: 115, Lcf: 55, A: 55, Amed: 47, Amin: 33, Ab: 56, E: 36, Emed: 34, Emin: 25, P: 285, IE: 0,42.
148. Fragmento distal de un hacha totalmente pulimentada, aunque se adivine el repiqueteo anterior en la zona de los bordes, donde el pulimento fue de peor calidad (C. M.).
Med.—L: 55, Lp: L, A: 64, E: 45.
149. Fragmento pulimentado de útil en ofita, del que no podemos deducir su situación en la pieza completa.
Med.—L: 70, A: 58, E: 42.
150. Fragmento de útil en ofita, con alternancia de pulimento y repiqueteo.
Med.—L: 55, A: 57, E: 34.
151. Fragmento perfectamente pulimentado en las dos superficies que conserva, probablemente pertenecientes a las caras.
Med.—L: 92, A: 38, E: 25.
152. Fragmento pulimentado de útil sobre ofita.
Med.—L: 55, A: 25, E: 23.
153. Según E. Vallespí, también procede de Muniáin de La Solana, «una pieza entera probablemente de ofita alterada, de sección ovalada y superficie sin pulimentar» [65].

La Valdega. Los únicos útiles pulimentados conocidos en esta comarca, fueron hallados en el Señorío de Learza (trno. municipal de Etayo), cuya carta Arqueológica elaboró D.

64. E. VALLESPÍ, *ob. cit., Yacimientos de superficie...*, pp. 36-40.
65. E. VALLESPÍ, *ob. cit., Yacimientos de superficie,* p. 38, fig. 7.

Alberto Monreal Jimeno. En este trabajo se estudian diez piezas y fragmentos procedentes de los yacimientos de superficie de la Edad del Bronce de «Encina de Fresno II» (n.º 154 del Catálogo), «Los Graneros» (n.º 155) y «Muga de Etayo I» (n.º 156 y 157. Asimismo, se analizan algunas hachas sueltas procedentes de lugares como «La Fuente» (n.º 158), «Las Charas» (n.º 159) y otras dos piezas de procedencia desconocida dentro del Señorío (n.º 160 a 161). Por último, A. Monreal incluye en su obra dos piezas pertenecientes al yacimiento romano de San Pabiles (n.º 162 y 163). Todos ellos los incluimos a continuación, con la numeración señalada, basándonos en el estudio de A. Monreal [66].

154. Fragmento posiblemente distal de una pieza pulimentada en ofita. Además de A. Monreal, el fragmento ha sido ya tratado por E. Vallespí [67].
Med.—L: 40, A: 15, E: 10.

155. Fragmento de hacha pulimentada sobre roca volcánica básica, tal vez diabasa.

156. «Pequeño fragmento de cuarcita metamórfica de 3,5×2 cms., posiblemente perteneciente a la cara de un hacha».

157. «Pequeño fragmento de silexita de forma indefinida».

158. «Fragmento probablemente proximal de útil totalmente pulimentado, con bordes facetados».
Med.—L: 58, Lp: L, A: 43, Amin: 28, E: 17, Emin: 4 mm.

159. Hacha de forma posiblemente elíptica y completamente pulimentada. Las caras son ligeramente convexas, y los bordes facetados. El corte y talón se presentan algo estropeados.
Med.—L: 88, Lp: L, A: 35, Amed: 32, Amin: 14, E: 18, Emed: 17, Emin: 8, P: 185, IE: 0,29.

160. Azuela en ofita de forma trapezoidal, posiblemente plana, y completamente pulimentada. Las caras son convexas y los bordes afacetados.
Med.—L: 84, Lp: L, A: 58, Amed: 52, Amin: 21, E: 20, Emed: 12, P: 180, IE: 0,28.

161. Fragmento en ofita, muy estropeado, de una pieza de grandes dimensiones.

162. Fragmento del extremo de un útil pulimentado en ofita, de sección oval. La forma activa, quizá de un percutor, aparece martilleada.

163. Util de la familia de los martillos y mazas, probablemente pulimentado en las dos caras y bordes.

5. NAVARRA MEDIA ORIENTAL

Valdizarbe.

164. Fragmento distal de un útil cortante, posiblemente un hacha de reducidas dimensiones, completamente pulimentado. Fue descubierto en 1967 por M. A. Zuazúa (quien actualmente lo conserva en su colección de Pamplona), en la vaguada de la Corraliza de Tirapu, junto a restos de industria lítica en sílex y una pieza de metal. Todo el material fue estudiado y publicado por E. Vallespí, quien clasificó el yacimiento dentro de los de superficie de la Edad del Bronce en Navarra [68] (C. M.).
Med.—L: 24, Lp: L, Lcf: 17, Lfb: 23, A: 20, Afb: 4, E: 8.

165. Hacha de forma trapezoidal plana, totalmente pulimentada. En lo referente a su conservación, no le hemos apreciado huellas de uso en el filo, aunque el talón sí está ligeramente modificado. Fue descubierta por D. Gregorio Lamberto Yoldi en Itacayo (trno. municipal de Añorbe), cerca de los dólmenes de Artajona. Actualmente está depositada en el Museo de Navarra (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 53, Lp: L, Lcf: 45, A: 45, Amed: 39, Amin: 25, Ab: 43, E: 13, Emed: 13, Emin: 0,9, P: 161, IE: 0,26.

166. Fragmento distal de útil cortante completamente pulimentado. Fue también descubierto por G. Lamberto Yoldi en Itacayo, y también se conserva hoy en el Museo de Navarra.
Med.—L: 24, Lp: L, Lcf: 33 (aprox.), A: 43, E: 11,5.
Por último, dentro de la comarca de Valdizarbe, y según noticia de M.ª A. Beguiristáin, debemos señalar el descubrimiento en Obanos de un hacha pulimentada en ofita, al menos de 240 mm. de longitud, que fue transformada por su descubridor, D. Jesús Vélez, en piedra de afilar.

66. A. Monreal Jimeno, *Carta Arqueológica del Señorío de Learza (Navarra).* Inst. «Príncipe de Viana», Pamplona 1977. El autor analiza las distintas piezas en pp. 52, 64, 65, 86, 87 y 103.
67. E. Vallespí, *ob. cit., Yacimientos de superficie...*, pp. 35-36.
68. E. Vallespí, *ob. cit., Yacimientos de superficie...*, pp. 47-48 y fig. 14.

La Valdorba.

167. De esta comarca sólo conocemos un hacha procedente de Barasoain, de forma triangular muy alargada y plana. La superficie está completamente pulimentada y bien conservada. La pieza fue comprada por M. A. Zuazúa, que la conserva en su colección, en un anticuario de Pamplona (C. M.).
Med.—L: 234, Lp: L, Lcf: 63, A: 67, Amed: 63, Amin: 40, Ab: 57, E: 48,5, Emed: 48, Emin: 36, P: 473, IE: 0,32.

Piedemonte Tafalla-Olite.

168. Fragmento medial-distal de hacha en forma probablemente rectangular plana y totalmente pulimentada. Fue descubierta en los alrededores de Olite, y actualmente es propiedad de D. Javier Corcín Ortigosa, de Olite (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 90, Lp: L, Lcf: 39, Lfb: 79 (b.1) y 85 (b.2), A: 45, Amed: 45, Amin: 41, Ab: 38, Afb: 16 (b.1) y 17 (b.2), E: 25, Emed: 25, Emin: 19, P: 242.

169. Hacha en forma elíptica espesa, pulimentada en la zona distal próxima al corte. Este está prácticamente destruído por diferentes golpes, presentando un aspecto denticulado. La pieza procede también de Olite, y fue descubierta en el término de Baretón por D. Alberto Cañada. Hoy está depositada en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 91, Lp: 17, Lb: 22 (A) y 16 (B), Lcf: 52 (aprox.), A: 58, Amed: 46, Amin: 43, Ab: 43, E: 42, Emed: 41, Emin: 39, Eb: 25, P. 251, IE: 0,56.

170, 171, 172. Del poblado de Farangortea (Artajona), próximo al dolmen del Portillo de Enériz, proceden de una pieza pulimentada y dos fragmentos, descubiertos en prospección dirigida por J. Maluquer de Motes en 1961. Según el estudio de este mismo autor [69], se trata de una hachuela de fibrolita y dos fragmentos de hachas mayores, uno de sección cilíndrica y otro con tendencia a rectangular. El primero de los fragmentos sólo conserva el talón, y el segundo el filo. Después de J. Maluquer, las piezas han sido tratadas por J. M. Apellániz y E. Vallespí [70], que tampoco pudieron añadir nada nuevo por no disponer del material. Las medidas, deducidas de la reproducción de J. Maluquer, son:
n.º 170: L: 35, A: 27, E: 6,5.
n.º 171: L: 68, A: 33.
n.º 172: L: 43, A: 45, E: 21.

173. Hacha pulimentada en ofita de forma trapezoidal, plana. Procede de Artadia (situado al Este del trno. municipal de Artajona), y ha sido estudiada y publicada por J. M. Jimeno Jurío [71].
Med.—(deducidas de la reproducción de J. M. Jurío): L: 103, A: 43, E: 25, IE: 0,34.

174. Dentro del término municipal de Artajona, habrá que incluir por último varios ejemplares sin controlar, según noticia de E. Vallespí [72].

175. Fragmento medial-distal de un hacha, al parecer en ofita, que alterna el pulimento y repiqueteo de forma bastante confusa en toda la superficie. Procede de San Martín de Unx, y está depositada en el Museo de Javier con la sigla n.º 28. La pieza aparece también citada en el trabajo de F. Escalada sobre la Arqueología de Javier [73] (C. M.).
Med.—L: 90, Lcf: 46, A: 45, Amed: 44, Amin: 33, Ab: 39, E: 32, Emed: 32, Emin: 26, P: 220.

Valle de Aibar.

176. Hacha en forma trapezoidal plana y totalmente pulimentada. Presenta dos planos biselados transversales en la zona distal, zona que por otra parte está fracturada en uno de sus laterales. La pieza procede de Gardalain (trno. municipal de Ezprogui), y es propiedad de su descubridor, D. Francisco Setuain, de Monreal (C. M.).
Med.—L: 33, Lp: L, Lb: 8 (A) y 6 (B), Lfb: 26 (b.1) y 31 (b.2), A: 31, Amed: 28, Amin: 21, Afb: 4 (b.1 y b.2), E: 8, Emed: 8, Emin: 7, Eb: 7, P. 105, IE: 0,25.

177. Fragmento medial de útil totalmente pulimentado, en ofita, aunque con algunos restos de re-

---

69. E. MALUQUER DE MOTES, *ob. cit.*, p. 125.
70. J. M. APELLÁNIZ, *ob. cit.*, p. 146; E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Yacimientos de superficie...*, p. 44.
71. J. M. JIMENO JURÍO, *Datos para la etnografía de Artajona.* En Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra, n.º 4, Pamplona 1970, p. 6 y lám. 1 (p. 114).
72. E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos líticos...*, p. 64.
73. F. ESCALADA, *ob. cit.*, pp. 48-49. En su Cuaderno de Notas dice: «n.º 28: de San Martín de Unx. 90×45 mm. Hallada entre dos aras».

piqueteo repartidos indiscriminadamente en las caras y bordes. Procede de Leache Moriones, y es propiedad de D. José Cruchaga, que lo incluye en su Carta Etnográfica de la Valdorba (en prensa) (C. M.).
Med.—L: 74, Lp: L, A: 45, Amed: 38, Amin: 30, E: 38, Emed: 33, Emin: 26, P: 212.

178. Hacha en forma trapezoidal espesa, totalmente pulimentada y con el filo prácticamente destruido. Fue descubierta en Sada, y está depositada en el Museo de Javier con la sigla n.° 18 [74] (C. M.).
Med.—L: 95, Lp: L, Lcf: 42 (aprox.), A: 49, Amed: 43, Amin: 31, Ab: 39 (aprox.), E: 35, Emed: 35, Emin: 28, P: 256, IE: 0,48.

179. Hacha de forma trapezoidal, muy plana, y completamente pulimentada. Su estado de conservación es inmejorable, aunque presente algunas huellas de uso en el filo. Procede también de Sada, y está depositada en el Museo de Javier con la sigla n.° 22 [75] (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 47, Lp: L, Lcf: 39,5, Lfb: 40 (b.2), A: 38, Amed: 37, Amin, 29, Ab: 36, Afb: 2 (b.2.), E: 8, Emed: 7, Emin: 6, P: 141, IE: 0,18.
Hemos de señalar también como procedentes del término municipal de Sada, tres cantos rodados de río fracturados que quizá sirvieran como útiles (al menos uno de ellos parece haber sido utilizado como percutor), aunque lo más probable sea lo contrario. Están depositados en el Museo de Javier con las siglas n.° 19, 20 y 21, y miden respectivamente: 150×51×45, 83×43×41 y 83×44×38 mm.

180. Fragmento medial-distal de hacha bien pulimentada en las caras y repiqueteada en los bordes. Fue hallada en Aibar, y posteriormente ingresada en el Museo del Castillo de Javier, donde se guarda con la sigla n.° 23 [76] (C. M.).
Med.—L: 92, Lcf: 43, A: 53, Amed: 52, Ab: 42, E: 39, Emed: 38.

Tierra de Sangüesa. Esta es una de las comarcas navarras con una mayor densidad de útiles pulimentados, lo cual se debe, seguramente entre otras razones, a la labor de recogida efectuada por los regidores del Museo de Javier. En este Museo están depositadas al menos ocho piezas del yacimiento de El Castellar de Javier (n.° 181 a 188), tres del Cuadrón de Javier (n.° 189 a 191), una de Peña (n.° 192) y tres de Liédena (n.° 193 a 195) [77]. Por otra parte, se encuadran en la comarca cuatro piezas de Petilla de Aragón depositadas en el Museo de Navarra (n.° 196 a 199) y dos más de El Sasillo de Sangüesa, descubiertas por J. C. Labeaga y hoy en estudio en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (n.° 200 y 201). Las piezas de las que hemos hablado, en el orden citado, son las siguientes:

181. Hacha en forma trapezoidal plana, completamente pulimentada y ligeramente modificada en la zona proximal (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 162, Lp: L, Lcf: 48, A: 55, Amed: 52, Amin: 35, Ab: 46, E: 34, Emed: 34, Emin: 26, P: 365, IE: 0,31.

182. Hacha en forma posiblemente triangular plana y totalmente pulimentada. Presenta en la zona distal el comienzo de un plano biselado en cada cara, aunque éstos no llegan a formarse. Por otra parte, el talón está fracturado, y el filo cuenta con algunas huellas de uso (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 99, Lp: L, Lcf: 60, Lfb: 90 (b.1) y 72 (b.2), A: 60, Amed: 54, Amin: 38, Afb: 10 (b.1) y 8 (b.2), E: 27, Emed: 25,5, Emin: 18, P: 264.

183. Hacha completamente pulimentada y muy mal conservada: el filo está gastado por el uso y el talón, parte del borde 1 y de la cara B, han desaparecido por diversos golpes (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 124, Lp: L, Lcf: 54 (aprox.), A: 63, Amed: 62, Amin: 47, Ab: 70 (aprox.), E: 33, Emed: 33, Emin: 29, P: 309.

184. Azuela de forma rectangular tendente a elíptica y plana. Está totalmente pulimentada y presenta dos planos abiselados superpuestos en la cara B. Por su parte, la cara A muestra otro plano abiselado, de menor personalidad, que tampoco llega a formar arista continua (C. M.).

74. F. ESCALADA anota en su Cuaderno: «n.° 18, de Sada (Cercada de Franquete), de 9×5 cms. Color aceitunado».

75. Según el Cuaderno de Notas de F. ESCALADA, «n.° 22 de Sada, de 45×35 mm., precioso amuleto beteado».

76. Según el Cuaderno de Notas de F. ESCALADA, «n.° 23, de Aibar (Cinco Corrales), de 8×5 cms., aceitunada, un poco rota».

77. Transcribimos aquí la descripción que F. Escalada hizo de las piezas del Castellar, Cuadrón, Peña, y Liédena en su Cuaderno de Notas, hoy guardado en los Museos del Castillo de Javier:

La mayor parte de las piezas pertenecientes al Castellar y Cuadrón de Javier, Peña y Liédena, aparecen descritas en el Cuaderno de Notas de F. ESCALADA, hoy depositado en el Museo de Javier. Su relación con nuestro Catálogo es como sigue: n.° 181 (n.° 2 del Cuaderno), 182 (n.° 3), 183 (n.° 4), 184 (n.° 6), 185 (n.° 7), 186 (n.° 8), 187 (n.° 12), 188 (esta pieza no se relaciona en el Cuaderno de F. Escalada, pero aparece siglada en una de las caras: n.° 67, del Castellar); 189 (n.° 10), 190 (n.° 11), 191 (n.° 63), 192 (n.° 31), 193 (n.° 24), 194 (n.° 25), 195 (n.° 26). Estas piezas, aunque no todas, están también reseñadas en F. ESCALADA, *ob. cit.*, pp. 46-49, y en E. VALLESPÍ, *ob. cit.*, *Hallazgos de superficie...*, p. 64.

Med.—L: 80, Lp: L, Lcf: 51, Lb: 15 (A) y 19 (B), A: 50, Amed: 48, Amin: 40, Ab: 45, E: 18, Emed: 18, Emin: 14, Eb: 15, P: 220.

185. Azuela en fibrolita de forma trapezoidal plana y totalmente pulimentada. Presenta varias huellas de uso en el corte y algunos golpes en el talón. Por otra parte, cuenta con un plano biselado sobre la cara B, que aunque no llega a formar arista, define la pieza como azuela (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 60, Lp: L, Lcf: 50, Lfb: 53 (b.1) y 55 (b.2), A: 49, Amed: 42, Amin: 31, Ab: 50, Afb: 4, E: 13, Emed: 12, Emin: 8, Eb: 11,5, P: 177, IE: 0,23.

186. Hacha en ofita de forma trapezoidal y espesor medio. Presenta una doble faceta de bisel distal, lo que determina un corte simétrico visto de perfil. La pieza está completamente pulimentada, y se le aprecian algunas huellas de uso en el corte (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 66, Lp: L, Lcf: 47, Lb: 16, A: 47, Amed: 39, Amin: 28, Ab: 47, E: 16, Emed: 16, Emin: 11, Eb: 15, P: 189, IE: 0,39.

187. Azuela en fibrolita de muy reducidas dimensiones, forma rectangular plana, y superficie completamente pulimentada. El corte se presenta abiselado por la cara A, con algunas huellas de uso sobre la cuerda (Ver fig. 6; C. M.).
Med.—L: 35, Lp: L, Lcf: 13, Lb: 8, Lfb: 3 (b.2), A: 15, Amed: 15, Amin: 12, Ab: 13, Afb: 4 (b.2), E: 8, Emed: 7,5, Emin: 6, Eb: 7, P: 89, IE: 0,32.

188. Azuela en forma triangular tendente a trapezoidal, muy plana. Está completamente pulimentada, presentando por otra parte algunos desperfectos en el talón y el corte. En cuanto a la zona distal, muestra un plano biselado por la cara A que no llegará a formar arista continua (debido a la extrema delgadez del útil), pero que define la pieza como azuela por la asimetría del corte visto en perfil (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 88, Lp: L, Lcf: 46, Lfb: 48 (b.1), A: 41, Amed: 38, Amin: 26, Ab: 41, Afb: 2 (b.1), E: 13, Emed: 13, Emin: 8, P: 221, IE: 0,20.

189. Hacha en forma triangular espesa, pulimentada en las caras y talón, y repiqueteada en los bordes. Presenta dos planos abiselados distales que forman un corte simétrico visto de perfil. En cuanto al estado de conservación, la pieza está afectada por algún golpe sobre la cara B el borde 2 (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 67, Lp: L, Lb: 18 (A y B), Lcf: 31, A: 42, Amed: 38, Amin: 25, Ab: 31, E: 24,5, Emed: 24, Emin: 17, Eb: 21, P: 181, IE: 0,44.

190. Hacha en forma elíptica plana y totalmente pulimentada. Mantiene ligeramente modificado el filo por varios golpes y huellas de uso (C. M.).
Med.—L: 59, Lp: L, Lcf: 34, A: 34, Amed: 32,5, Amin: 24, Ab: 29, E: 10, Emed: 9,5, Emin: 7, P: 154, IE: 0,24.

191. Azuela en forma trapezoidal plana y totalmente pulimentada. Está abiselada por la cara A, y mantiene algunas huellas de uso en el filo (Ver fig. 7; C. M.).
Med.—L: 76, Lp: L, Lcf: 44, Lb: 20, A: 40, Amed: 39, Amin: 28, Ab: 37, E: 18, Emed: 18, Emin: 13,5, Eb: 15, P: 199, IE: 0,31.

192. Hacha en forma trapezoidal espesa. Está pulimentada en la zona distal de las caras y en el corte, manteniendo el repiqueteo en el resto de la superficie. La cuerda del filo, por último, presenta algunas huellas de uso (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 92, Lp: 48 (A) y 37 (B), Lcf: 50, Lb: 51 (A) y 40 (B), A: 48, Amed: 45, Amin: 32, Ab: 47, E: 32, Emed: 31, Emin: 22, Eb: 30, P: 216, IE: 0,45.

193. Fragmento proximal de útil repiqueteado, al parecer sólo con un ligerísimo pulimento encima (C. M.).
Med.—L: 77, A: 39, Amed: 34, E: 32, Emed: 32.

194. Util cortante, al parecer sobre fibrolita, bastante estropeado y rodado, pero que conserva dos bordes facetados originales y la forma del filo distal (C. M.).
Med.—L: 34, Lp: L, Lcf: 31, Lfb: 20, A: 32, Amed: 31, Amin: 28, Ab: 30, Afb: 3, E: 9, Emed: 8, Emin: 9, P: 114.

195. Fragmento proximal de útil repiqueteado (C. M.).
Med.—L: 76,5, A: 44, Amed: 35,5, E: 25.

196. Hacha en forma trapezoidal plana y totalmente pulimentada. El filo distal está muy desgastado por el uso (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 140, Lp: L, Lcf: 68 (aprox.), A: 63, Amed: 60, Amin: 44, Ab: 58, E: 34, Emed: 33, Emin: 26, P: 352, IE: 0,33.

197. Martillo de forma trapezoidal espesa. Técnicamente está completamente repiqueteado, aunque también se le aplicó cierto pulimento (sobre todo en cara A), que no llegó a ocultar la fase de repiqueteo. La zona activa distal, presenta abundantes huellas de uso (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 78, A: 42, Amed: 39, Amin: 39, E: 30, Emed: 30, Emin: 26, P: 201, IE: 0,50.

198. Fragmento proximal de útil pulimentado. Presenta algunos golpes sobre las caras (además de la fractura) (C. M.).
Med.—L: 78, Lp: L, A: 42, Amed: 36, Amin: 29, E: 36, Emed: 32, Emin: 26, P: 192.

199. Fragmento proximal completamente pulimentado. Este pulimento es de mejor calidad en las zonas correspondientes a las caras que en los bordes (C. M.).
Med.—L: 61, Lp: L, A: 43, Amed: 36, Amin: 24, E: 31, Emed: 27, Emin: 18.

200. Hacha pulimentada en forma trapezoidal plana, bastante modificada por golpes en el filo, talón y caras.
Med.—L: 63, Lp: L, Lcf: 26, A: 26, Amed: 18,5, Amin: 16, Ab: 26, E: 10, Emed: 9,5, Emin: 7, P: 156 (Ver fig. 7; C. M.).

201. Fragmento lateral distal de un útil cortante pulimentado, seguramente una hachita de reducidas dimensiones (C. M.).
Med.—L: 19, Lp: L, Lfb: 15 (b.1), A: 12, Afb: 3 (b.1), E: 6.

6. RIBERA OCCIDENTAL

Ribera Estellesa del Ebro. De esta comarca proceden doce piezas o fragmentos de útiles pulimentados, aparecidos casi exclusivamente en la zona de Mendavia, en la que D. Miguel Elvira (de Mendavia) ha descubierto en prospección algunos yacimientos al aire libre con asociación de piezas pulimentadas. Entre estos yacimientos están los de Beraza y Valoria, correspondiendo al primero las piezas n.º 202 y 203 del Catálogo, y al segundo, de la 204 a la 211. Todas estas piezas se mantienen en la colección de su descubridor.

Por otra parte, en la campaña de 1977 de excavación del yacimiento de la Edad del Hierro de Mendavia, dirigida por A. Castiella, apareció un posible útil (n.º 212), hoy conservado en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, al igual que la pieza n.º 213, procedente de San Adrián y al parecer descubierta en superficie y de forma aislada. Los materiales que hemos anticipado son los siguientes:

202. Azuela en forma triangular tendente a trapezoidal y totalmente pulimentada. Presenta un plano biselado distal y medial sobre la cara A (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 33, Lp: L, Lcf: 38, Lfb: 38 (b.2), Lb: 17 (A), A: 36, Amed: 31, Amin: 20, Ab: 35, Afb: 4, E: 10, Emed: 10, Emin: 6,5, P: 119, IE: 0,28.

203. Se trata de una pieza pulimentada en forma circular, la cual tuvo probablemente un filo en la zona distal que coincidiría con la dirección que sigue el astillado actual (C. M.).
Med.—L: 35, Lp: L, A: 35, Amed: 35, Amin: 28, E: 12, Emed: 12, Emin: 11, P: 126.

204. Fragmento medial-distal de hacha totalmente pulimentada. Presenta un plano secundario distal sobre la cara A, pero no llega a ser abiselado ni a modificar la simetría del filo visto de perfil. El estado de conservación de la pieza es bastante defectuoso (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 32, Lp: L, Lfb: 25 (b.1), A: 30, Amed: 28, Amin: 23, Ab: 28 (aprox.), Afb: 3 (b.1), E: 9, Emed: 8, Emin: 6.

205. Util cortante de forma poligonal plana y completamente pulimentado. Presenta una doble zona útil: una distal semejante a la de aquellas piezas que hemos definido como hachas, y una segunda zona útil cortante proximal, formada por dos pequeños planos abiselados paralelos al corte. Este último filo, que quizá se utilizara como cuchillo (es decir, trabajando por presión y no por percusión), es rectilíneo asimétrico visto de cara, birrectilíneo de perfil y rectilíneo visto de frente (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 58, Lp: LL, Lb: 3 (corte proximal), Lcf: 26 (corte distal) y 19 (proximal), Lfb: 39 (b.1) y 25 (b.2), A: 39, Amed: 39, Amin: 30, Ab: 23 (distal) y 18 (proximal), Afb: 2 (b.1) y 3 (b.2), E: 12, Emed: 11, Emin: 10, Eb: 5 (proximal), P: 161, IE: 0,24.

206. Fragmento de objeto pulimentado. Sólo conserva parte de una faceta plana (seguramente de un borde afacetado), de 2 mm. de espesor, por lo que la pieza debió de ser de reducidas dimensiones.
Med.—L: 16, A: 34, E: 3,5.

207. Hacha en forma triangular plana y completamente pulimentada. Presenta algunos pequeños desperfectos sobre el borde 2 y el talón (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 48, Lp: L, Lcf: 36, Lfb: 22 (b.1), A: 30,5, Amed: 27, Amin: 16, Ab: 30, Afb: 2 (b.1), E: 11, Emed: 10, Emin: 6, P: 128, IE: 0,28.

208. Fragmento distal de hacha pulimentada, de dimensiones más bien reducidas.
Med.—L: 29, Lp: L, Lcf: 14 (aprox.), Lfb: 13 (b.1) y 9 (b.2), A: 32, Amed: 27, Amin: 13, Ab: 22 (aprox.), Afb: 1 (b.1) y 3 (b.2), E: 8.

209. Fragmento medial-distal de hacha completamente pulimentada. En la zona distal de ambas caras, se dibuja el inicio de un plano biselado que no incidirá apenas en la morfología de útil C. M.).
Med.—L: 25, Lp: L, Lb: 7 (A, aprox.), y 14 (B, aprox.), Lcf: 38, Lfb: 19 (b.2), A: 35, Amed: 32, Amin: 26, Ab: 34, Afb: 3,5 (b.2), E: 9, Emed: 9, Emin: 9.

210. Fragmento posiblemente medial y distal de una pieza cortante totalmente pulimentada. Está prácticamente destruida por varias fracturas, astillado y rodamiento, manteniéndose el pulimento que parece originario en los bordes, que son afacetados y de delineación rectilínea (C. M.).
Med.—L: 28, Lfb: 20 (b.1) y 17 (b.2), A: 28, Afb: 1,5 (b.1) y 1 (b.2), E: 5.

211. Hacha en forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Presenta un corte distal birrectilíneo en perfil, que está determinado por dos facetas de bisel sobre la cara A y B. La primera de estas facetas cuenta además con un subplano intermedio entre la faceta y el plano general de la cara. Por último, se le pueden apreciar algunas huellas de uso en el filo (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 36, Lp: L, Lb: 19 (A) y 14 (B), Lcf: 21, Lfb: 25 (b.1) y 30 (b.2), A: 32, Amed: 28, Amin: 22, Ab: 29, Afb: 3 (b.1) y 4 (b.2), E: 10, Emed: 10, Emin: 6,5, Eb: 10, P: 112, IE: 0,29.

212. Se trata de un canto rodado de cuarcita que pudo servir como útil cortante, ya que presenta una forma parecida a la de estos útiles, y además un plano biselado distal, seguramente conseguido por percusión o fractura, sobre el cual, junto al filo, aparecen algunas huellas de uso.
Med.—L: 100, Lcf: 47, A: 55, Amed: 45, Amin: 35, Ab: 45, E: 27, Emed: 26, Emin: 25, P: 267, IE: 0,34.

213. Hacha de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Muestra algunos desperfectos en el talón y pequeñas huellas de uso en el filo (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 75, Lp: L, Lcf: 47, A: 45, Amed: 41, Amin: 32, Ab: 42, E: 14, Emed: 14, Emin: 10, P: 207, IE: 0,23.

Ribera del Ega.

214. De esta comarca sólo podemos señalar la noticia que da E. Vallespí [78], sobre el hallazgo de un útil pulimentado en Lerín, sin controlar.

7. RIBERA ORIENTAL

Ribera del Alhama.

215. Del yacimiento en superficie de Cintruénigo B, explorado y estudiado por M. A. Beguiristáin [79], procede una pequeña azuela de forma trapezoidal plana y completamente pulimentada, que además presenta una doble faceta de bisel no simétrica, puesto que la faceta que incide sobre la cara A, apenas profundiza en la superficie de la cara (Fig. 6; C. M.).
Med.—L: 25, Lp: L, Lb: 6 (A) y 5 (B), Lcf: 18, Lfb: 25 (b.1) y 24 (b.2), A: 18, Amed: 15, Amin: 10, Ab: 18, Afb: 2, E: 6, Emed: 5, Emin: 4, Eb: 6, P: 63, IE: 0,27.

Ribera tudelana del Ebro. De esta comarca proceden al menos siete útiles pulimentados, que en su mayor parte fueron hallados en el yacimiento de Cortes de Navarra (n.º 216 a 221). Estas piezas las conocemos de forma indirecta, a través de los estudios que se han realizado sobre el yacimiento, por lo que nos limitaremos a reproducir su estudio [80].

216. «Hachita pulida, con extremidad aguda y la opuesta redondeada. Una de las caras es casi plana. Longitud: 73, Anchura máxima: 30». Pertenece al estrato II (Z), de los distinguidos por B. Taracena en el yacimiento.

217. «Hachita pulida. Longitud: 47». Pertenece a la habitación n.º 44 del estrato IV (B).

218. Se trata de otra hacha de 47 mm. de longitud, también perteneciente a la habitación 44 del estrato IV (B).

219. «Piedra oval, pulida. Diám. máx.: 42». Habitación n.º 49 del estrato IV (B).

---

78. E. Vallespí, *ob. cit., Hallazgos líticos...*, p. 63.
79. M.ª A. Beguiristáin, *Nuevos yacimientos de superficie en Navarra,* en Cuadernos de Trabajos de Historia de la Univ. de Navarra, n.º 3, Pamplona 1974, pp. 96-97.
80. O. Gil Farrés, *Campañas realizadas en el «Alto de la Cruz» de Cortes de Navarra entre 1950 y 1952.* En rev. Príncipe de Viana, n.º 50-51, Pamplona 1953. Las piezas aparecen descritas en pp. 91, 113, 116 y 119.

220. «Piedra oval, pulida. Diám. máx.: 63». Habitación 43, estrato IV (B).

221. Se trata de una maza de forma elíptica con dos zonas activas opuestas. Entre estas zonas se desarrolla un cuello o surco de enmangue en forma circular. Pertenece al Poblado Medio o incendiado (P. IIb) del yacimiento de Cortes de Navarra, según J. Maluquer de Motes, quien además, relaciona la pieza con la industria metalúrgica [81].

222. Por último, dentro de la «Ribera tudelana del Ebro», es preciso señalar un fragmento de hacha pulimentada encontrada en prospección por D. Julio García Pérez (de Tudela), en el camino de la Albea (sobre el río Queiles, cerca de Tudela), junto a otros materiales. E. Vallespí incorporó este conjunto a la red de talleres en superficie de la Edad del Bronce, y definió la pieza como «fragmento de hacha pulimentada plana, de filo abierto» [82].

8. UTILES DE PROCEDENCIA DESCONOCIDA

En este nuevo grupo de piezas, hemos integrado un total de 19 útiles sobre los que desconocemos algún dato respecto a su procedencia. De esta forma hemos dividido las piezas en tres grupos: las que sabemos descubiertas en Navarra, las procedentes de Navarra o Aragón, y en un tercer lote, las de procedencia absolutamente desconocida.

Utiles de procedencia desconocida dentro de Navarra.

En este apartado encajan siete piezas, seis de las cuales (n.° 223 al 229) están depositadas en el Museo del Castillo de Javier, sin siglar o bien con la sigla repetida, por lo que no podemos conocer su procedencia. Sin embargo, según nos aseguró el P. Recondo, S. J., todas ellas fueron halladas en Navarra. Por otra parte, es muy probable que las dos primeras (n.° 223 y 224), procedan del yacimiento de El Castellar de Javier, aunque no podemos asegurarlo. Por último, estudiaremos con el n.° 229, una azuela pulimentada que posee el profesor D. Juan Manuel Villar (de San Sebastián), descubierta en Navarra según nos comunicó.

223. Azuela en forma triangular tendente a trapezoidal plana y completamente pulimentada. Sobre la cara B muestra un plano biselado distal que la define como azuela, a pesar de que la arista es muy débil y el plano conseguido no llega a ser liso (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 58, Lp: L, Lb: 12, Lcf: 42, A: 35, Amed: 31, Amin: 19, Ab: 33, E: 16, Emed: 16, Emin: 11, Eb: 12 (aprox.), P: 158, IE: 0,34.

224. Hacha trapezoidal plana, totalmente pulimentada y muy bien conservada. Está fabricada sobre ofita (C. M.).
Med.—L: 105, Lp: L, Lcf: 74, A: 62, Amed: 52, Amin: 35, Ab: 62, E: 25, Emed: 24, Emin: 17, P: 296, IE: 0,29.

225. Hacha en forma triangular tendente a trapezoidal plana. El pulimento es también completo, y en cuanto a su estado de conservación, ha perdido buena parte del filo distal. Está fabricada, al parecer, sobre fibrolita (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 102, Lp: L, Lfb: 88 (b.1) y 86 (b.2), A: 57, Amed: 49, Amin: 31, Ab: 63 (aprox.), Afb: 11 (b.1) y 10 (b.2), E: 27, Emed: 27, Emin: 20, P: 252, IE: 0,33.

226. Hacha en forma trapezoidal espesa. Presenta pulimentada la zona distal, y con menor intensidad, zonas sueltas de las caras. El resto de la superficie mantiene la fase de repiqueteo. En cuanto al filo, está ligeramente desgastado, con abundantes huellas de uso (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 125, Lp: 26 (A) y 30 (B), Lcf: 58, Lb: 24 (A) y 28 (B), A: 54, Amed: 49, Amin: 31, Ab: 52, E: 38, Emed: 37, Emin: 29, Eb: 30, P: 295, IE: 0,42.

227. Hacha en forma elíptica tendente a trapezoidal espesa. Parece que no se pulimentó en absoluto, manteniéndose toda la superficie en la fase de repiqueteo (C. M.).
Med.—L: 136, Lcf: 33, A: 48, Amed: 45, Amin: 31, Ab: 31, E: 38, Emed: 37, Emin: 26, P: 314, IE: 0,41.

228. Cincel en forma trapezoidal e índice de espesor plano. Está completamente pulimentado, y presenta una doble faceta de bisel transversal junto al filo distal (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 125, Lp: L, Lcf: 36, Lb: 8 (A) y 11 (B), Lfb: 121 (b.1) y 115 (b.2), A: 40, Amed: 35, Amin: 32, Ab: 35, Afb: 17, E: 25, Emed: 22, Emin, 23, Eb: 13, P: 307, IE: 0,30.

---

81. J. MALUQUER DE MOTES, *El yacimiento Hallstático de Cortes de Navarra. Estudio Crítico I.* En «Excavaciones en Navarra», IV, Pamplona 1954, lám. LXXVI.

82. E. VALLESPÍ, *Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco Meridional.* En E. A. A., n.° 3, Vitoria, 1968, p. 19. Esta noticia es posteriormente incorporada a la tesis doctoral de J. M. APELLÁNIZ, *ob. cit.,* p. 146 y a otro trabajo del mismo E. VALLESPÍ, *ob. cit., Yacimientos de superficie...,* en p. 57.

229. Se trata de un útil cortante que hemos clasificado como azuela por la forma del corte visto de perfil, aunque no muestre un plano claramente biselado en la zona distal. Su forma es trapezoidal y muy plana. Presenta además algunas huellas de uso en la zona útil distal (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 78, Lp: L, Lcf: 53, Lfb: 62 (b.1) y 60 (b.2), A: 50, Amed: 44, Amin: 28, Ab: 47, Afb: 3 (b.1 y b.2), E: 12, Emed: 12, Emin: 8, Eb: 8, P: 209, IE: 0,18.

Utiles de procedencia desconocida dentro de Navarra o Aragón.

Con este título agrupamos siete piezas (n.°230 a 236) que se encuentran expuestas en el Museo de Navarra bajo el rótulo de «Navarra y Aragón» [83]. Son las siguientes:

230. Hacha en forma triangular espesa. Fue pulimentada en la zona distal de las caras, manteniendo el resto de la superficie repiqueteada. En cuanto a su estado de conservación, es muy bueno, aunque con huellas de uso en el filo (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 195, Lp: 84 (A) y 60 (B) (aprox.), Lb: 92 (A) y 64 (B), Lcf: 65, A: 77, Amed: 74, Amin: 52, Ab: 68, E: 57, Emed: 57, Emin: 44, Eb: 57, P: 459, IE: 0,43.

231. Se trata de un canto rodado de río de forma elíptica e índice de espesor medio, sobre el que comenzó a fabricarse un útil cortante mediante dos facetas de bisel pulimentadas en la zona distal. Sin embargo, no está formado el filo (quedan 2,5 mm. de espesor en la línea del corte) (C. M.).
Med.—L: 106, Lp: 25 (A) y 20 (B), Lb: 27 (A) y 22 (B), A: 52, Amed: 50, Amin: 42, Ab: 28 (?).

232. Maza de forma elíptica espesa. El pulimento ocupa toda la superficie de la pieza, aunque no es de muy buena calidad (sobre todo en los bordes, donde se mezcla con restos de repiqueteo) (Ver fig. 8; C. M.).
Med.—L: 98, Lp: L, A: 48, Amed: 44, Amin: 38, Ancura de la zona activa: 45, E: 31, Emed: 31, Emin: 28, P: 243, IE: 0,42.

233. Hacha en forma triangular plana. Es de grandes dimensiones, y está fabricada sobre un material muy tenaz. Técnicamente, está pulimentada sobre la zona medial-distal de las caras y distal de los bordes. El resto de la superficie mantiene el repiqueteo. Por otra parte, presenta dos facetas de bisel distales, aunque no llegan a formar arista con el plano general de las caras (Ver fig. 8, C. M.).
Med.—L: 225, Lp: 102 (A) y 115 (B), Lb: 17 (A) y 20 (B), Lcf: 70, A: 70, Amed: 64, Amin: 44, Ab: 58, E: 47, Emed: 46, Emin: 33, Eb: 24, P: 485, IE: 0,31.

234. Hacha en forma trapezoidal y espesor medio, completamente pulimentada, aunque manteniendo cierto repiqueteo en zonas arbitrariamente repartidas. El filo, que está muy desgastado por el uso, se formó mediante un doble plano abiselado, aunque no llegue a formar arista clara, en la zona distal de la cara A (C. M.).
Med.—L: 111, Lp: L, Lb: 28, Lcf: 60 (aprox.), A: 59, Amed: 49, Amin: 35, Ab: 57, E: 33,5, Emed: 32,5, Emin: 26, Eb: 31, P: 269, IE: 0,39.

235. Hacha en forma triangular plana, bastante atípica. Su superficie está completamente pulimentada. La principal característica de la pieza, viene dada por la gran complejidad de subplanos que presentan sus caras: sobre la A, muestra un plano biselado distal, y otro longitudinal, en la zona proximal del borde 1. Por su parte, en la cara B se aprecia un doble plano biselado distal transversal al corte (Fig. 7; C. M.).
Med.—L: 56, Lp: L, Lb: 18,5 (A) y 7 (B), Lcf: 39, Lfb: 55 (b.1) y 63 (b.2), A: 40, Amed: 36,5, Amin: 24, Ab: 38,5, Afb: 7 (b.1 y b.2), E: 14, Emed: 13, Emin: 8,5, Eb: 14, P: 159, IE: 0,29.

236. Hacha de forma trapezoidal y espesor medio. Su pulimento es parcial: ocupa la zona distal y proximal, manteniéndose el repiqueteo en la medial. Por lo que respecta a sus caras, presentan como la pieza anterior, una gran complejidad de planos: dos abiselados en la cara A, transversales al corte distal el primero y al talón el segundo. Por otro lado, se advierten varios planos de pulimento en forma de huso y posición longitudinal, sobre la zona medial y proximal de la cara. La cara B por el contrario, presenta una menor diversificación de planos, ya que sus aristas están bastante peor definidas. En cuanto al estado de conservación de la pieza, es bastante deficiente: el filo aparece modificado por el uso, y el talón por algunos cortes (C. M.).
Med.—L: 71, Lp: 17 (distal) y 32 (proximal), Lcf: 40, Lfb: 61 (b.1) y 65 (b.2), A: 47, Amed:

83. Es probable que estos siete útiles hayan sido descubiertos en Navarra, pues junto a ellos se exponen otros, siglados, procedentes de la provincia de Zaragoza. Estos últimos los estudiamos en el apartado 9.

46, Amin: 34, Ab: 41, Afb: 5 (b.1 y b.2), E: 23, Emed: 22,5, Emin: 15, Eb: 13, P: 203, IE: 0,38.

Utiles de procedencia totalmente desconocida.

Hemos catalogado también cinco piezas pulimentadas sin ningún tipo de dato respecto a su procedencia. Estos útiles se conservan en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra (n.° 237) y en el Museo de Navarra (n.° 238 a 241). Son los siguientes:

237. Hacha de forma aproximadamente rectangular e índice de espesor medio. El pulimento debió ser completo, pero está levantado en algunas zonas con pequeños golpes. A este respecto, el material sobre el que está fabricado el hacha, no es muy corriente, ya que es bastante blando (Ver fig. 8; C. M.).
Med.—L: 174, Lp: L, Lcf: 34, Lfb: 157, A: 58, Amed: 57,5, Amin: 43, Ab: 39, Afb: 30, E: 42, Emed: 42, Emin: 30, P: 405, IE: 0,36.
238. Util cortante en forma posiblemente trapezoidal en origen. Técnicamente, la pieza aparece totalmente repiqueteada. Por otra parte, presenta todo el filo destruido por numerosos golpes (C. M.).
Med.—L: 130, A: 60, Amed: 50, Amin: 36, E: 35, Emed: 34, Emin: 30, P. 329.
239. Al igual que la pieza anterior, también se trata de un útil cortante, seguramente un hacha, con la zona distal prácticamente destruida por golpes y desconche. Sin embargo en este ejemplar, se aprecian dos pequeñas superficies originales en medio de la zona afectada por desconche, y están pulimentadas. Según esto, el pulimento original ocuparía solamente la zona distal de caras, manteniéndose el resto de la superficie repiqueteada (Fig. 8, C. M.).
Med.—L: 108, Lp: 42 (aprox.), A: 54, Amed: 46, Amin: 32, E: 34, Emed: 33, Emin: 25, P: 271.
240. Hacha en forma trapezoidal espesa y completamente pulimentada (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 95, Lp: L, Lcf: 54, A: 47, Amed: 37, Amin: 28, Ab: 47, E: 29, Emed: 29, Emin: 22, P: 244, IE: 0,40.
241. Hacha en forma trapezoidal espesa y también totalmente pulimentada, aunque este pulimento no acabe de cubrir completamente el repiqueteo anterior. Lo más característico en la pieza es el comienzo de un doble plano biselado distal en la cara A y otro en la B (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 75, Lp: L, Lcf: 43, Lb: 36, A: 43, Amed: 36, Amin: 26, Ab: 42, E: 32, Emed: 32, Emin: 24, Eb: 71, P: 198, IE: 0,54.

9. UTILES DE ZONAS PERIFERICAS CONSERVADOS EN NAVARRA

En este último capítulo de nuestro Catálogo incluimos un total de dieciséis piezas, la mayor parte de ellas procedente de la provincia de Zaragoza. Sólo la pieza n.° 242 pertenece a Logroño (fue descubierta en el taller de Las Escalerillas, en la zona de Haro, y está depositada en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra).

En el Museo del Castillo de Javier se conservan por su parte, una pieza (n.° 243) de Campo Real (Sos. Zaragoza), dos de Sos (n.° 244-245) y una última de Ruesta, también en Zaragoza (n.° 246). De una zona muy próxima, también en la provincia de Zaragoza, proceden un fragmento de útil pulimentado encontrado por D. Francisco Setuáin Irigoyen (de Monreal) en Undués (n.° 247), así como los distintos materiales de Gordues, Lobera y Sierra de Luesia que detallamos a continuación: los tres primeros útiles (248-250), fueron hallados en el taller de sílex en superficie del Campo del Saso, en Gordues (trno. municipal de Navardún, Zaragoza), la pieza n.° 251 procede del Cerro Polite, de Lobera, y la n.° 252, del lugar de Campol, también en Lobera. Todos estos materiales fueron descubiertos en prospección por D. Eduardo Jiménez, y actualmente se conservan en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra [84]. Para finalizar, en el Museo de Navarra, se encuentran expuestos 3 útiles de Lobera (n.° 253-255) y dos de la Sierra de Luesia (256-257).

242. Hacha en forma trapezoidal plana, completamente pulimentada y con algunas huellas de uso en el filo (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 65, Lp: L, Lb: 8 (A) y 9 (B), Lfb: 26 (b.2), A: 37, Amed: 36, Amin: 24, Ab: 34, Afb: 5 (b.2), E: 10, Emed: 8, Emin: 6,5, Eb: 10, P: 168, IE: 0,19.

84. J. J. ENRÍQUEZ, J. FERNÁNDEZ, C. GONZÁLEZ y J. C. LABEAGA, *Datos para la Carta Arqueológica de la Valdonsella (Zaragoza)*, en rev. Caesaraugusta n.° 41-42, Zaragoza 1977, pp. 210, 211, 237, 238 y 239.

243. Hacha en ofita de forma trapezoidal espesa. Está completamente pulimentada, manteniendo algunos golpes en la zona distal, y una depresión medial por la cara B, debida a la mala calidad de la materia prima (C. M.).
Med.—L: 115, Lp: L, Lcf: 63, A: 59, Amed: 54, Amin: 39, Ab: 58, E: 32, Emed: 31, Emin: 24, P: 282, IE: 0,36.

244. Hacha de forma trapezoidal e índice de espesor medio. Aparece pulimentada en la zona ocupada por el bisel de ambas caras, y repiqueteada en el resto de la superficie. Lo más notable es una doble faceta de bisel simétrica por ambas caras, quizás debido a un reafilado. El filo distal por su parte, presenta algunos golpes y huellas de uso (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 88, Lp: 48, Lcf: 55 (aprox.), Lb: 45 (A) y 42 (B), A: 56, Amed: 45, Amin: 33, Ab: 56, E: 31, Emed: 31, Emin: 23, Eb: 31, P: 227, IE: 0,43.

245. Hacha en forma rectangular tendente a elíptica, de índice de espesor plano y grandes dimensiones. El pulimento es completo, pero sólo está bien acabado en la zona distal y medial de las caras. En el resto de la pieza, aunque se pulimentó, afloran aún restos de repiqueteo (C. M.).
Med.—L: 241, Lp: L, Lcf: 56, A: 62, Amed: 60, Amin: 42, Ab: 45, E: 46, Emed: 46, Emin: 32, P: 552, IE: 0,30.

246. Fragmento medial-proximal de útil fabricado sobre fibrolita. El fragmento se conserva muy estropeado por fractura y rodamiento, de forma que sólo puede reconocerse un borde facetado de 3 mm. de anchura y una pequeña parte del filo.
Med.—L: 52, A: 34, Amed: 33,5, E: 9.

247. Fragmento proximal de útil pulimentado. Conserva algunos restos de repiqueteo (C. M.).
Med.—L: 69, Lp: L, A: 52, Amed: 48, Amin: 31, E: 40, Emed: 37, Emin: 30.

248. Fragmento de objeto pulimentado muy fracturado. Sólo conserva dos aristas, y es difícil deducir su situación en la pieza original.
Med.—L: 67, A: 36, E: 23.

249. Fragmento de útil pulimentado, también muy estropeado. Conserva parte de dos caras pulimentadas y un borde.
Med.—L: 27, A: 18,5, Afb: 2, E: 9.

250. Fragmento lateral distal de una pieza, seguramente un hacha, pulimentada. Sólo conserva el arranque de la cuerda del filo, parte de las caras y la zona distal de un borde, que es redondeado.
Med.—L: 50, A: 28, E: 20.

251. Fragmento medial distal de hacha pulimentada en la zona distal de las caras y repiqueteada en el resto de la superficie (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 79, Lp: L (A) y 47 (B), Lcf: 53, A: 48, Amed: 43, Amin: 36, Ab: 47,5, E: 29, Emed: 28, Emin: 26,5, P: 216.

252. Fragmento de borde redondeado de un útil pulimentado, aunque con restos de repiqueteo:
Med.—L: 52, A: 32, E: 34.

253. Hacha en forma trapezoidal espesa. Aparece pulimentada solamente en la zona distal próxima al filo, que se conserva bastante gastado (Ver fig. 9; C. M.).
Med.—L: 93, Lp: 43 (A) y 39 (B), Lb: 46 (A) y 40 (B), Lcf: 47, A: 46, Amed: 42, Amin: 32, Ab: 43, E: 33, Emed: 33, Emin: 27, Eb: 31,5, P: 240, IE: 0,46.

254. Hacha de parecidas características a la anterior: su forma es trapezoidal, espesa, y sólo aparece pulimentada en su zona distal (Ver fig. 9; C. M.).
Med.—L: 97, Lp: 29, Lb 30 (A) y 31 (B), Lcf: 58, A: 53, Amed: 47, Amin: 33,5, Ab: 52, E: 33, Emed: 33, Emin: 28, Eb: 31, P: 249, IE: 0,44.

255. Hacha trapezoidal plana de reducidas dimensiones. El pulimento es completo, y su estado de conservación bastante deficiente por desgaste, sobre todo en el filo (C. M.).
Med.—L: 31,5, Lp: L, Lcf: 34, Lfb: 28 (b.1) y 26 (b.2), A: 30, Amed: 27,5, Amin: 20, Ab: 30, Afb: 3 (b.1 y b.2), E: 9, Emed: Emin: 7, P: 103, IE: 0,29.

256. Hacha en forma triangular espesa. El pulimento sólo aparece terminado en la zona distal, manteniéndose en el resto de la superficie la fase de repiqueteo. El filo, por último, aparece afectado por varios golpes y huellas de uso.
Med.—L: 106, Lp: 14 (A) y 17 (B), Lcf: 38, Lb: 14 (A) y 21 (B), A: 40,5, Amed: 39, Amin: 26, Ab: 35, E: 31, Emed: 31, Emin: 22,5, Eb: 21, P: 257, IE: 0,42 (Ver fig. 9; C. M.).

257. Hacha en forma trapezoidal plana y completamente pulimentada. Es característica la irregularidad morfológica de la pieza, derivada de algunas deficiencias en la materia prima: así presenta un borde (b.2) prácticamente cóncavo, y algunas zonas de las caras rehundidas, las cuales provocaron varias aristas cuando se pulimentó la superficie (Fig. 8; C. M.).
Med.—L: 47, Lp: L, Lcf: 40, Lfb: 40, A: 34, Amed: 30, Amin: 20, Ab: 32,5, Afb: 15 (b.1) y 20 (b.2), E: 11, Emed: 10,5, Emin: 8, P: 130, IE: 0,27.

III. Conclusiones.

A. *Morfología y técnica.*

Del total de 257 piezas y fragmentos pulimentados agrupados en el Catálogo, sólo 178 han podido ser clasificadas en alguno de los grupos tipológicos distinguidos por A. J. Fandos [85] y de los tipos primarios que señalábamos en el apartado de Metodología.

La distribución de las piezas en grupos tipológicos evidencia un enorme predominio del grupo de Utiles Cortantes (92,13 % del total), lo cual parece indicar una relación casi determinante entre las técnicas del pulimento y la fabricación de utillaje de arista cortante continua, puesto que los otros grupos tipológicos alcanzan porcentajes mínimos. Esto se explica, en el caso de las Mazas y Martillos pulimentados (6,74 %), por la posibilidad de emplear para el mismo fin, materiales más o menos adaptados, pero sin pulimentar, y en el de los demás grupos tipológicos, por la escasa relevancia que debieron tener al ser poco empleados (al menos en Navarra). En este sentido sólo hemos podido catalogar una pieza en el grupo de Discos y Bolas (0,56 %), y ninguna en el de Piezas de Extremo Apuntado. A éstas hay que añadir una última pieza (0,56 %), que aunque de extremo redondeado, no parece conveniente agrupar junto a los Martillos y Mazas [86].

En cuanto a la clasificación de los materiales de cada grupo tipológico en tipos primarios, sólo la hemos efectuado, siguiendo las claves dadas en el apartado de Metodología, en el grupo de Hachas y Azuelas o piezas de extremidad cortante, por ser el único grupo que por su relevancia ofrecía posibilidades. En este sentido, las hachas son las piezas más numerosas en el Grupo (81 % de las útiles cortantes), con diferencia sobre las azuelas y azadas (12,2 %) y los cinceles (1,2 %). A estos tres tipos distinguidos hemos de añadir nueve fragmentos que aunque integrables en la serie de las piezas cortantes, no permiten una clasificación más concreta (5,6 %).

Acotando más el tema, el tipo primario de las hachas se ha caracterizado por un mayor polimorfismo o posibilidad de variantes morfológicas y técnicas que el resto de los tipos distinguidos, debido seguramente a un menor grado de especialización. Este hecho resulta patente en las formas generales de las piezas, donde aún mostrando un fuerte predominio de las trapezoidales (58,6 %) y en menor medida de las triangulares (19 %), aparecen también las formas elípticas y circulares (10,6 %), rectangulares (9,6 %) y poligonales (1,9 %), que en otros tipos de útiles cortantes no tienen apenas entidad. En cuanto al espesor, las hachas aparecidas en Navarra muestran el índice más alto (0,35) de los tipos primarios distinguidos en el grupo tipológico de las Piezas Cortantes. La distribución de este espesor es como sigue: el 56,3 % de las hachas son planas, el 32,7 % espesas, y sólo un 10,9 % presentan un índice de espesor medio.

En la forma de cada uno de los elementos de la pieza, las hachas de nuestro Catálogo vuelven a mostrar una mayor diversidad de soluciones, sobre todo en los bordes (generalmente convexos convergentes, de delineación rectilínea y redondeados) y en el corte (convexo o rectilíneo visto de cara, biconvexo de perfil —muy pocos ejemplares son birrectilíneos—, y rectilíneo visto de frente). Por lo que toca a las técnicas de fabricación y acabado de las piezas, el 56,7 % de las hachas aparecen completamente pulimentadas, el 40,2% muestran una alternancia de pulimento y repiqueteo, y el 3,1 % no muestran ningún rastro de pulimento, presentando una superficie totalmente repiqueteada.

En cuanto a las azuelas y azadas, muestran como ya hemos anunciado unos caracteres más uniformes que las hachas. De esta manera, la forma general de las piezas es casi exclusivamente trapezoidal (64,2 %) y triangular (28,5 %), puesto que en las demás formas sólo encaja un ejemplar elíptico (7,3 %). Por lo que toca al espesor general, el índice medio de este tipo de piezas es sensiblemente más bajo (0,27) que el de las hachas y cinceles, debido a una mayor tendencia al útil aplanado, que a su vez está basada en motivaciones de uso de una parte, y a los planos abiselados, que suelen reducir el espesor, de otra. De esta forma, la totalidad de las azuelas de Navarra han dado un índice de espesor plano, no apareciendo por el momento ningún ejemplar espeso o de índice medio.

Los elementos que forman la pieza suelen ser, excepto en el corte, parecidos a los de las

85. A. J. Fandos, *ob. cit.*, p. 203.
86. Se trata de la pieza n.° 81, procedente de Zabalza.

hachas, quizá con un mayor número de bordes y talones afecetados. Esto, como veremos, está en estrecha relación con el acabado de la pieza, ya que en aquellas que presentan una superficie totalmente pulimentada, como es el caso de las azuelas, son mucho más abundantes este tipo de bordes y talones facetados. Por lo que toca al corte, es casi exclusivamente convexo de cara, convexo/rectilíneo de perfil y curvo uniforme de frente.

En cuanto a las técnicas de acabado, volvemos a encontrar una gran uniformidad, ya que todas las piezas que hemos clasificado como azuelas en Navarra, aparecen completamente pulimentadas.

Sobre el tipo primario de los cinceles, último del grupo de Piezas de Extremo Cortante, ya hemos advertido anteriormente de lo reducido del tipo en Navarra, y por tanto de la subjetividad que puede entrañar el derivar conclusiones. Las dos piezas estudiadas son de forma trapezoidal, índice de espesor medio igual a 0,32 y superficie totalmente pulimentada. En cuanto a sus elementos, presentan una sección cuadrangular, o tendente a cuadrangular, caras planas y bordes más o menos facetados en sección. Los talones son truncados y facetados, y el filo rectilíneo visto de cara, birrectilíneo o biconvexo de perfil, y rectilíneo de frente.

Junto a estas dos piezas, hemos de hacer referencia a cuatro útiles [87], que presentan una mezcla de caracteres propios de los cinceles por una parte y de las hachas y azuelas por otra, por lo que ante la duda, los hemos incluido a efectos de estadística junto a las hachas (los tres primeros) y las azuelas, en base fundamentalmente a la forma del filo.

Estas cuatro piezas son de dimensiones muy reducidas, forma rectangular, índice de espesor plano y superficie totalmente pulimentada. En cuanto a sus elementos morfológicos, los bordes son convexos no convergentes, de delineación rectilínea y facetados en sección, el corte es convexo visto de cara, birrectilíneo o biconvexo de perfil y rectilíneo visto de frente. Por lo que toca a caras y talones, no son tan característicos, ofreciendo bastantes variantes.

En el segundo grupo tipológico utilizado, el de los Martillos y Mazas o piezas de extremo aplanado, no hemos podido distinguir tipos primarios como en el caso de los útiles cortantes, pero sí podemos sacar algunas características comunes a todas las piezas halladas en Navarra, aparte de la zona útil aplanada o redondeada que las caracteriza. De esta manera, su forma es generalmente trapezoidal (50 %), aunque entran también alguna elíptica (25 %), rectangulares (12,5 %) y triangulares (12,5 %). El índice de espesor medio es bastante alto (0,46), sensiblemente superior por tanto al de los útiles cortantes. Por último, estas mazas presentan una menor perfección en el acabado técnico, lo cual se refleja en un 66,6 % para las piezas con alternancia de pulimento y repiqueteo, y un 16,6 % para las totalmente pulimentadas y para las que tan sólo presentan repiqueteo en su superficie, con el mismo porcentaje.

Para finalizar, hemos de hacer también referencia al disco perforado de Erro y al posible alisador de Zabalza, los cuales no permiten más que el estudio individual que hemos realizado ya en el Catálogo.

B. *Petrografía.*

Ya hemos aludido antes al caso relieve que le hemos dado a este punto en el presente trabajo, a causa de nuestros escasos conocimientos sobre el tema. Sin embargo pensamos que un estudio petrográfico de los materiales pulimentados navarros que presentamos en el Catálogo, y de su distribución geográfica, puede dar luz sobre los centros de fabricación, difusión y previsible importación de piezas cuya materia prima no se encuentra en la zona.

Por la razón comentada, en este apartado simplemente vamos a referirnos a una de estas materias primas de los útiles pulimentados, la única que hemos distinguido en el Catálogo (con algunas dudas en ciertos casos), y la más importante de las empleadas en Navarra por su abundancia en la zona: la ofita.

La formación de estas ofitas durante el Triásico (Era Secundaria) está asociada a la de los diapiros existentes en Navarra, localizándose por tanto estos materiales en su estado virgen en las afloraciones de sales, yesos y arcillas y otros materiales que señalan los diapiros, y en concreto, en los bordes de éstos.

87. Son los núms. 19, 84, 124 y 187 del Catálogo, procedentes respectivamente de Azanza, Aoiz, La Custodia (Viana) y El Castellar (Javier).

Los principales diapiros con ofitas de Navarra son los de Salinas de Oro, al S. E. de la Sierra de Urbasa y al W. de la Cuenca de Pamplona, el de Larraun, muy cerca del puerto de Azpíroz, y el de Alloz, al Sur del embalse del mismo nombre. Además de en estos centros, aparecen ofitas, no asociadas a diapiros, sino metamorfizadas con el roce provocado en la formación de una falla, en la Navarra Húmeda del N. W., siguiendo una dirección W.-S. W. a E.-N. E., desde el diapiro de Larraun y zona Norte de Leiza, por Elizondo, hasta la frontera de Baztán con Francia.

Parece lógico pensar que estos yacimientos, alguno de ellos explotados hoy para pavimentaciones, lo fueran ya en épocas antiguas, durante la Edad del Bronce, dado el buen número de útiles pulimentados sobre ofita de esta época que aparecen en Navarra. En este sentido, parecen en principio mucho más aprovechables para este fin, las ofitas procedentes de los diapiros que las que aparecen junto a las fallas de la Navarra Húmeda del N. W., por ser estas últimas menos duras.

La distribución geográfica de los útiles pulimentados prehistóricos sobre ofita en Navarra es muy amplia, apareciendo ejemplares desde Ichaso, en el Valle de Basaburúa Mayor, a Viana, en el Somontano Viana-Los Arcos, en la zona Occidental de la provincia, así como en toda la zona Media y Cuencas Prepirenaicas Orientales. Sin embargo, puede apreciarse una mayor densificación de hallazgos en la Navarra Media Occidental, con abundantes piezas sobre ofita en las comarcas de La Solana (Muniáin, Morentin), Tierra Estella (Guembe), Améscoas (Baquedano) etc., es decir, en las zonas más próximas, dentro de esta Navarra Media, a los diapiros de Alloz y Salinas de Oro, lo que parece confirmar la hipótesis presentada anteriormente.

De todas formas, hemos de volver a considerar la necesidad de un estudio serio de la petrografía de los materiales pulimentados en Navarra, el cual, acompañado de mapas de distribución de cada material, podrá establecer una serie de datos que nosotros sólo podemos entrever.

C. *Conclusiones Histórico-Culturales.*

A pesar de que la mayor parte de los materiales pulimentados navarros han sido localizados de forma aislada y en superficie, una parte no desdeñable de ellos han aparecido asociados a otros restos arqueológicos en diferentes tipos de yacimientos, lo que permite una datación relativa de nuestros materiales. Comprobamos de esta manera, que la tenencia de piezas pulimentadas se extiende en Navarra desde el Eneolítico o comienzos de la Edad del Bronce, hasta la Romanización del país, es decir, desde finales del III Milenio a los primeros siglos de nuestra Era.

Esta afirmación hemos de matizarla de dos formas: por una parte, la tenencia de estas piezas debió obedecer a diferentes motivos según las épocas: utilitarios (o de finalidad material) y quizá rituales, durante la Edad del Bronce, para posteriormente, conforme van apareciendo nuevas soluciones, acrecentarse el valor mágico, e incluso etnográfico, en época romana, de estas piezas.

De otra parte, es obvio que la intensidad de los hallazgos de piedra pulimentada es tanto mayor cuanto más nos acercamos, dentro del período señalado, a la Edad del Bronce, época relacionada de forma prácticamente determinante con la fabricación de utillaje pulimentado en Navarra.

Tradicionalmente, los materiales pulimentados habían gozado de la categoría de fósil director, siendo datados generalmente en el Neolítico. Sin embargo, vemos que la inmensa mayoría de las piezas datables —de forma relativa—, en Navarra, aparecen en conjuntos arqueológicos integrables en la Edad del Bronce, lo que desde luego no excluye la posibilidad de que con nuevos hallazgos, se retrotraiga su aparición al Neolítico.

En este sentido, los conjuntos navarros datados en el Neolítico, nivel I de la Cueva de Zatoya (Abaurrea Alta)[88], base de la Cueva del Padre Areso (Bigüezal)[89], Cuesta de la Iglesia de Buñuel[90] y quizá algunos talleres de sílex en superficie, no han librado por el momento restos de material pulimentado.

---

88. I. BARANDIARÁN, *El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la cueva de Zatoya.* Rev. Príncipe de Viana, n.° 146-147, Pamplona 1977, pp. 5-46.
89. En estudio por M.ª A. BEGUIRISTAIN.
90. En estudio por A. CASTIELLA y M.ª A. BEGUIRISTAIN.

Dentro de la Edad del Bronce, no se pueden distinguir por el momento en Navarra más que dos tipos de yacimientos con asociación de piezas pulimentadas: los sepulcros megalíticos, levantados en el Eneolítico y utilizados durante toda la Edad del Bronce (y quizá parte de la del Hierro), y los yacimientos de superficie o talleres.

Respecto a los dólmenes, ya hemos hablado de la poca frecuencia con que suelen acompañarse sus ajuares de objetos de piedra pulimentada en el área vasco-navarra, a diferencia de otras zonas megalíticas de la península. De esta forma, de todos los sepulcros excavados o simplemente explorados, de Navarra, sólo en tres han aparecido piezas pulimentadas: en el de Moskordi (pieza n.º 7), Garraztita (n.º 8), y Balenkaleku N. (n.º 11). Este hecho ha sido explicado en diferentes ocasiones por J. M. Barandiarán, en base a la apetencia popular hacia estas piezas, consideradas tradicionalmente como amuletos. J. Maluquer de Motes, lo explica a su vez considerando que el ritual funerario de la zona no debía establecer la necesidad de asociar hachas y otros objetos en piedra pulimentada a la inhumación de los cadáveres, y que cuando esto sucedía, eran piezas de «carácter estrictamente personal» [91].

En cuanto a los yacimientos de superficie, son numerosos los que han librado útiles de piedra pulimentada entre sus restos, aunque el porcentaje de estos yacimientos respecto del total de los talleres no es muy elevado. De todos estos yacimientos sólo dos pueden considerarse por el momento como «fondos de cabaña»: Farangortea, en Artajona (piezas n.º 170 a 172), y La Plana (en Muniáin de la Solana) (n.º 146 a 148, y 153). El resto de los talleres con asociación de piezas pulimentadas son: Ichaso (pieza n.º 5) en la Navarra Húmeda del N. W.; algunos yacimientos de localización aún no concretada de la red existente en las estribaciones de las Sierras de Alaiz e Izco (n.º 35 a 80), en las Cuencas Prepirenaicas; los talleres de la Dehesa de Sansol, en Desojo (n.º 117), Balsa de Mendaza (Mendaza) (n.º 118 a 120), La Castellana (Viana) (n.º 129), Encina del Fresno II (n.º 154), Los Graneros (n.º 155) y Muga de Etayo I (n.º 156), del Señorío de Learza, en la Navarra Media Occidental; la Vaguada de la Corraliza de Tirapu (n.º 164), en la Navarra Media Oriental; Valoria (n.º 4 a 11) y Beraza (n.º 2 y 3), de Mendavia, en la Ribera Estellesa del Ebro, y el taller de Cintruénigo B (n.º 215), y Camino de la Albea (Tudela) (n.º 222), en la Ribera Tudelana. A estos yacimientos habrá que sumar los hallazgos de Echauri (pieza n.º 20), el Castellar de Javier (n.º 181 a 188) y de Oteiza de la Solana (n.º 140), que aun perteneciendo a la Edad del Hierro, parecen mostrar un substrato de la Edad del Bronce.

Por lo que toca a la Edad del Hierro y Romanización, han aparecido piezas sobre piedra pulimentada en los yacimientos de la Custodia (Viana) (piezas n.º 123 a 128) y en el de Cortes de Navarra (piezas n.º 215 a 221), pertenecientes a la primera de las épocas citadas, y en los de Pamplona (n.º 24) y San Pabiles (Señorío de Learza) (n.º 162 y 163), de época romana.

Un problema derivado de la amplitud cronológica de la tenencia de útiles en piedra pulimentada de una parte, y de la variedad de sus formas de otra, es la posibilidad de establecer una evolución técnica y morfológica de estas piezas en las diferentes épocas en que fueron utilizadas, fundamentalmente como hemos dicho, la Edad del Bronce.

En principio hay que pensar que Navarra es una zona suficientemente alejada de los centros innovadores o difusores de novedades técnicas, como para suponer que estas técnicas de pulimento llegaron a esta zona ya completamente elaboradas. A partir de aquí se podría haber evolucionado, o bien adoptado nuevas ideas, de forma paralela a la de zonas vecinas en lo referente a la morfología fundamentalmente.

A este respecto, J. M. Barandiarán y D. Fernández Medrano, con los datos proporcionados por la excavación del dolmen de San Martín (Alava), expusieron la posibilidad de que las secciones cuadrangulares en las piezas pulimentadas del País Vasco, fueran posteriores a la primera fase dolménica o Eneolítico [92]. Sin embargo, esta posibilidad se basa solamente en la aparición de una única pieza cortante pulimentada de sección cuadrangular en el nivel superior del dolmen, lo cual sólo permite a estos autores, y a duras penas, plantear la hipótesis.

Por otra parte, como ya ha señalado T. Andrés Rupérez [93] es muy dudosa la validez de la forma de las secciones como criterio a utilizar en una seriación de piezas pulimentadas. He-

91. J. Maluquer de Motes, *ob. cit.*, pp. 137-138.
92. J. M. Barandiarán, D. Fernández Medrano, *Excavación del dolmen de San Martín (Alava)*. En «Investigaciones Arqueológicas en Alava, 1957-1968», Vitoria 1971, pp. 148-173.
93. T. Andrés Rupérez, *ob. cit.*, pp. 101-102.

mos de tener en cuenta que las secciones de los útiles están determinadas por la forma de los bordes y de las caras, elementos variables según la función que haya de tener la pieza, y según las técnicas de fabricación empleadas. De este modo, piezas que como las azuelas, sobre todo las más pequeñas, suelen estar completamente pulimentadas, presentan generalmente unos bordes de arista o facetados, rara vez redondeados (éstos son mucho más frecuentes en piezas con alternancia de pulimento y repiqueteo), y por tanto unas secciones biconvexas o cuadrangulares.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede deducir que la sección de una pieza pulimentada, más que un elemento en sí mismo, es el resultado de la conjunción de dos de ellos (bordes y caras), y que su forma está en estrecha relación con las técnicas empleadas y la función que se quiera dar al útil, por lo que no parece lógico pensar que un tipo más o menos corriente de sección pueda aparecer en un momento determinado si no va acompañado de una nueva modalidad técnica o de un nuevo tipo de útil.

Con esto no queremos negar la posibilidad de establecer algunos criterios que permitan una seriación de los útiles pulimentados, sino mostrar que estos criterios no podrán estar basados en la forma de la sección, sino más bien en elementos *morfológicos* muy concretos, como un tipo especial de perforación o un talón característico. Desgraciadamente, y volviendo a nuestro tema, este tipo de elementos faltan por el momento en Navarra, donde existe una notoria uniformidad morfológica dentro de cada tipo de útil. Por otra parte, y es lo esencial, son prácticamente inexistentes las piezas pulimentadas aparecidas en estratigrafía, todo lo cual imposibilita por el momento cualquier intento de seriación morfológica de los útiles pulimentados analizados en el Catálogo.

En cuanto a la distribución geográfica de nuestras piezas, aún ocupando casi todas las zonas de la provincia, evidencia unas densidades mayores de hallazgos en toda la Navarra Media y Cuencas Prepirenaicas (vertiente Norte de las Sierras de Alaiz e Izco por el Este, y de las de Urbasa y Andía por el Oeste), con densidades mucho más débiles en las prolongaciones a las áreas dolménicas del N. W. (Sierra de Aralar) y N. E. (Valle de Salazar), así como en toda la zona ribereña del Ebro.

Esta distribución de densidades coincide con lo señalado por E. Ripoll [94], para la provincia de Lérida, donde incluso la diversificación de densidades es menor, al corresponder la práctica totalidad de los hallazgos a la zona media o Somontano. Volviendo a nuestra zona comprobamos también que esta difusión preponderante de los materiales en la zona media, coincide en buena parte con la zona de mayor densidad de yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra, si exceptuamos la red de yacimientos de la Ribera Tudelana, y en menor medida de la Ribera Estellesa del Ebro.

De todo ello hemos de deducir, como en cierta forma ha señalado E. Vallespí, la estrecha relación entre los hallazgos sueltos de piezas pulimentadas y los talleres de superficie de una parte, y de otra, reasumir la relación que entre estas piezas pulimentadas y la población constructora de los dólmenes, ha demostrado J. Maluquer de Motes en base al estudio de los sepulcros megalíticos de Artajona [95].

En otro orden de cosas, parece también lógico pensar en un notable incremento demográfico durante la Edad del Bronce de, sobre todo, la zona Media de Navarra, ahora en relación con corrientes culturales procedentes del W.-S. W. peninsular, o del Norte, como parece poder deducirse de la forma del hacha pulimentada de Balenkaleku N. [96].

En cuanto al carácter mismo de los útiles pulimentados, en su mayoría piezas cortantes, se ha relacionado tradicionalmente con el trabajo de la madera y la puesta en cultivo de nuevas tierras, es decir, con una economía de tipo agrario, que al menos en la zona que nos ocupa, debió complementarse con una actividad ganadera trashumante como ha señalado en repetidas ocasiones J. M. de Barandiarán. Sin embargo, la funcionalidad de útiles sobre piedra pulimentada debe abarcar un espacio mayor (por ejemplo el metalúrgico de las mazas pulimentadas con cuello medial para enmangue), que aún no está suficientemente conocido. No obstante, basándonos en los valores antes señalados, podríamos explicarnos la mayor densidad de piezas pulimentadas aparecidas en la zona Media de Navarra, quizás la más

94. E. Ripoll Perelló, *Hachas pulimentadas de la provincia de Lérida.* Rev. Ilerda, n.º 19, Lérida 1955, pp. 38-39.
95. J. Maluquer de Motes, *ob. cit.*, p. 138.
96. A este respecto hemos de pensar que la zona de montaña del N. W. de la provincia, pudo servir para los pastos de verano, tanto de la población establecida en la zona Media de Navarra, como para la que pudo existir más al Norte.

apta para la agricultura, y la relativa escasez que muestran las zonas ribereñas del Ebro (donde sin embargo parece haber una buena red de yacimientos de superficie de la Edad del Bronce), por las menores necesidades de deforestación y trabajo de la madera en general que debieron tener estas tierras de la Ribera por su mayor sequedad.

Podríamos concluir este trabajo pues, con la valoración de los útiles pulimentados en sentido amplio, como piezas características de la Edad del Bronce, con perduraciones en el Hierro y Romanización, y preferentemente relacionadas con las técnicas del trabajo de la madera y la tierra en la zona Media de Navarra principalmente.

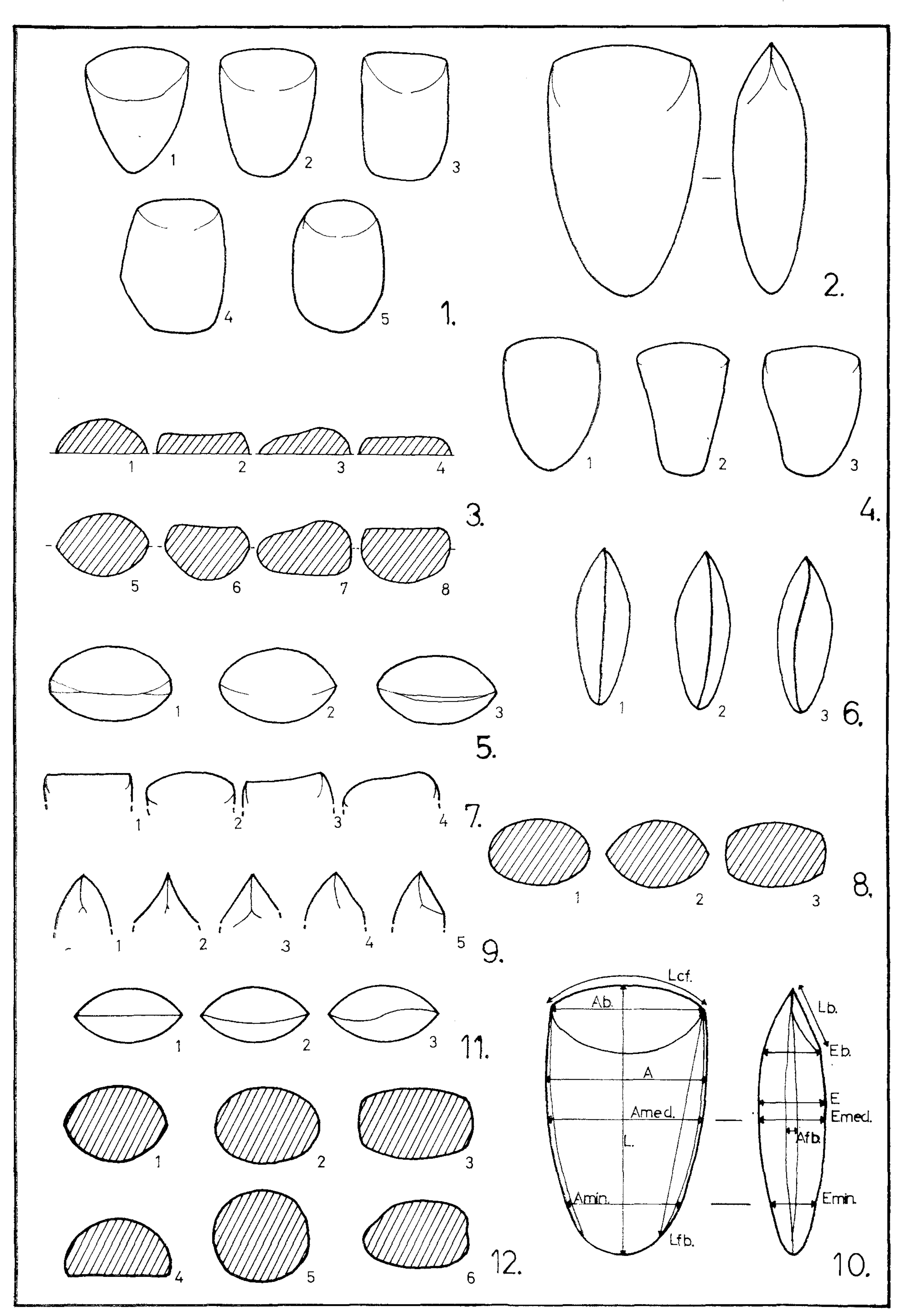


Figura 1. *a) Formas generales: 1.Tr, 2.Tz, 3.Rec, 4.Po, 5.Elip; b) Pieza de I.E. Medio (0,375); c) Formas de las caras: 1.Cx, 2.Cv, 3.Sin, 4.Rect, 5.Cx/Cx, 6.Cv/Cx, 7.Sin/Rect, 8.Rect/cx; d) Bordes vistos de cara: 1.bcx, 2.Cv/Rect, 3.Sin/Cx; e) Talones vistos de frente: 1.Ar, 2.Red, 3.Fac; f) Bordes vistos de perfil: 1.Rect, 2.C.un, 3.Sin; g) Corte visto de cara: 1. Rect, 2.Cx, 3.Cv, 4.Sin; h) Bordes vistos en sección: 1.Red, 2.Ar, 3.Fac; i) Corte visto de perfil: 1.Bcx, 2.Bcv, 3.Brct, 4.Cx/Sin, 5.Cx/Rct; j) Tipometría. Principales medidas; k) Corte visto de frente: 1.Rct, 2.C.un, 3.Sin; l) Algunas secciones: 1.Bcx, 2.Elip, 3.Cuadr, 4.Media luna. 5.Circul, 6.Ov.*

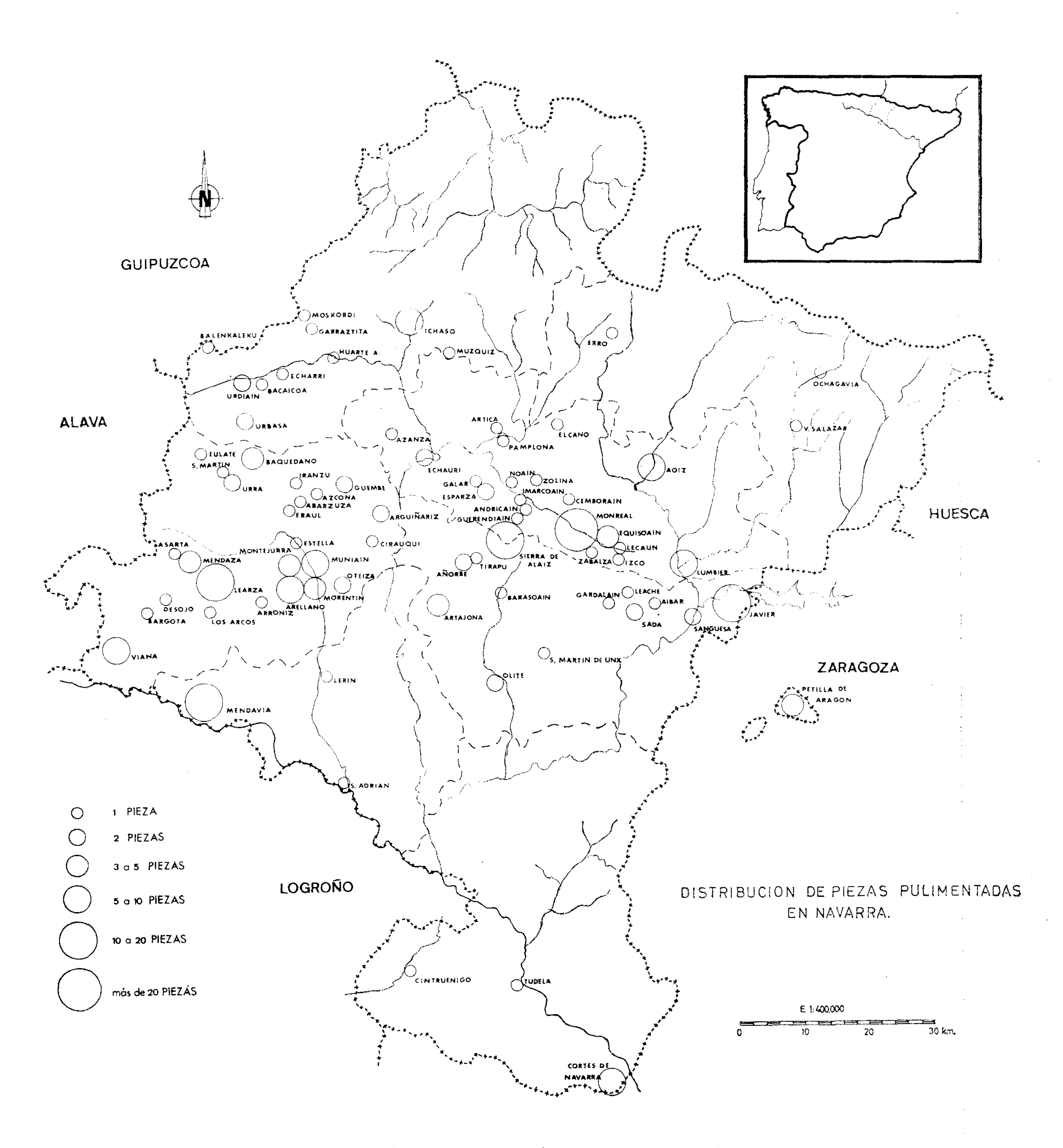


Figura 2. *Distribución geográfica del material pulimentado de Navarra.*

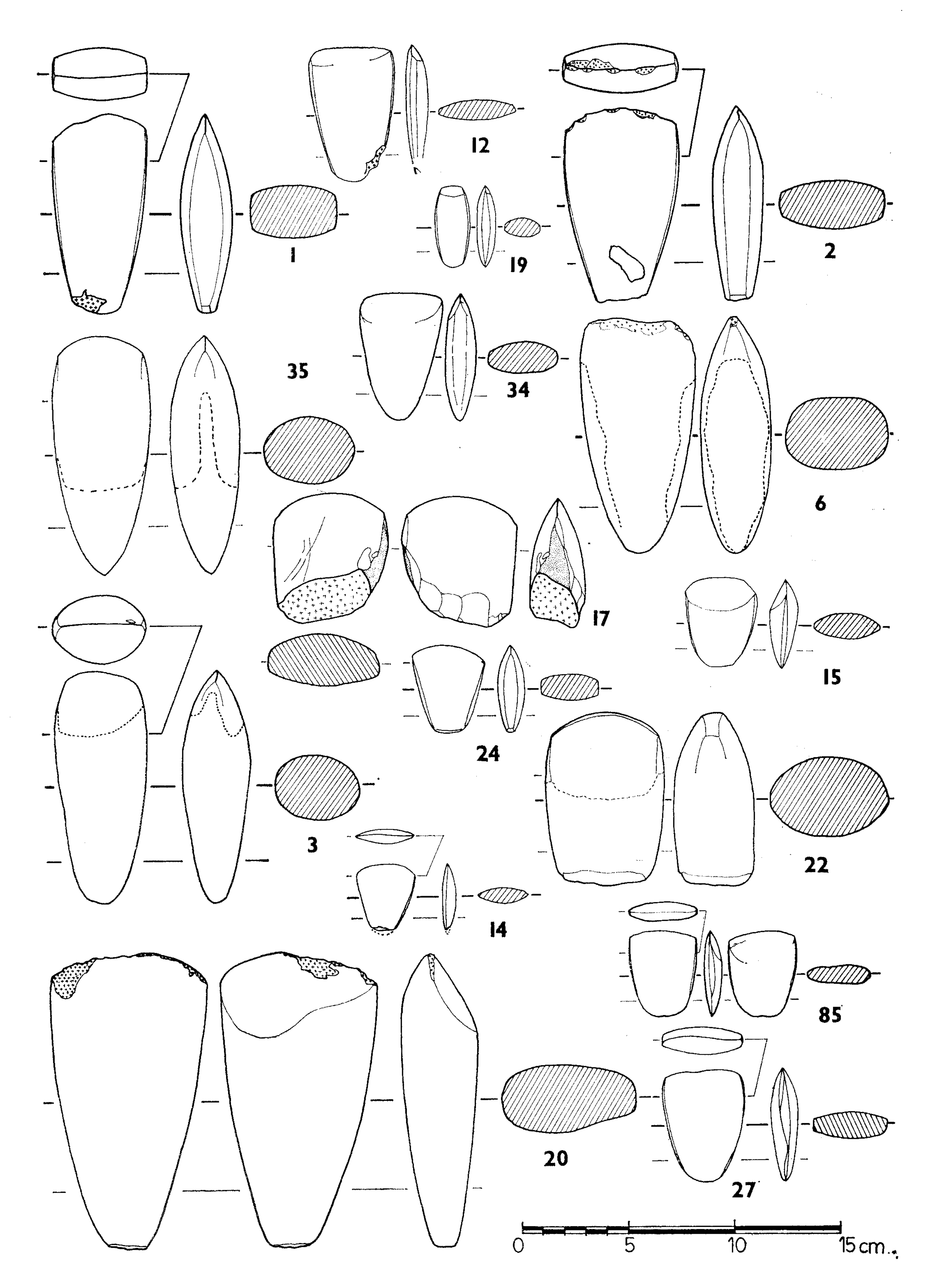


Fig. 3

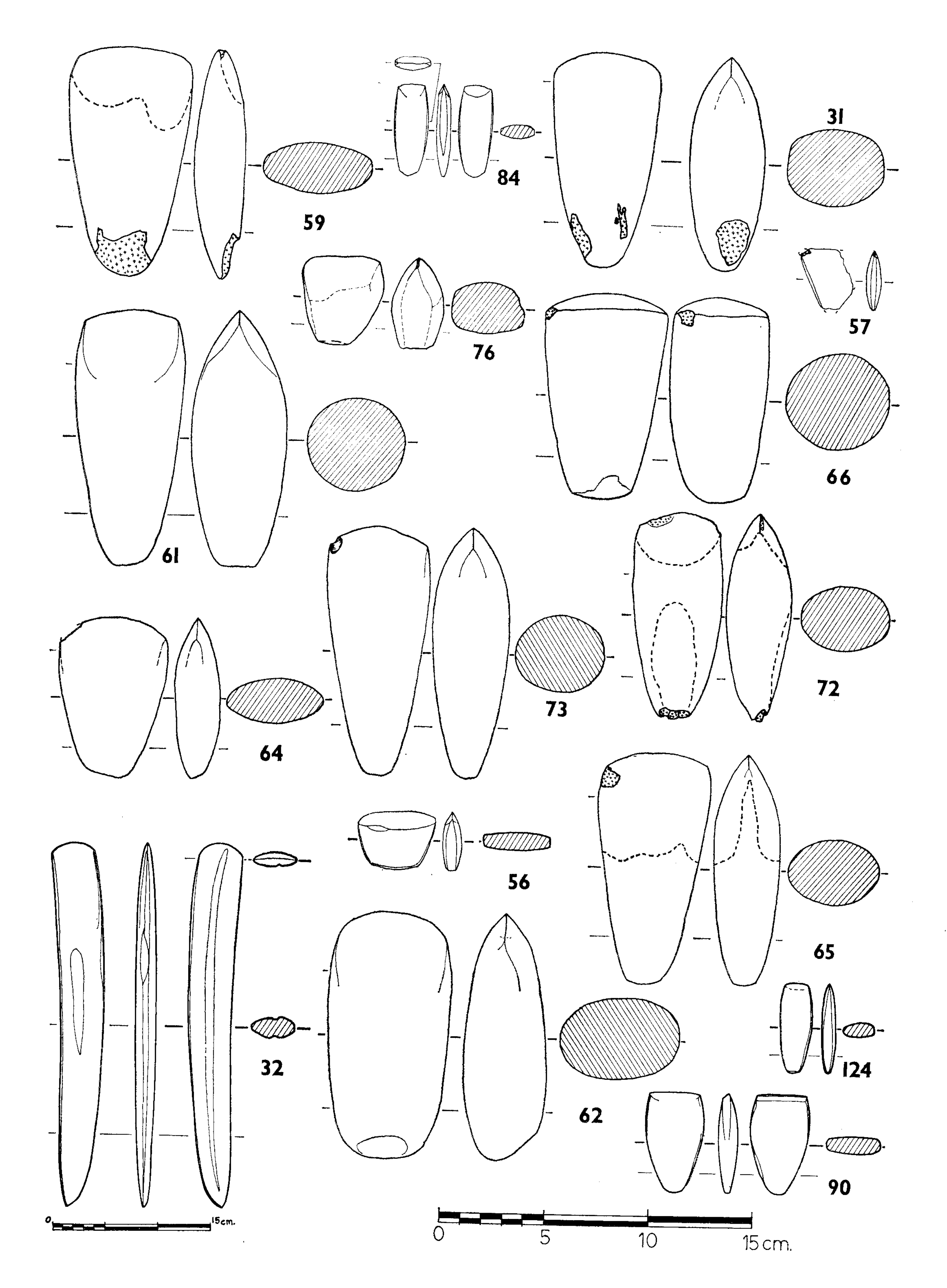


Fig. 4

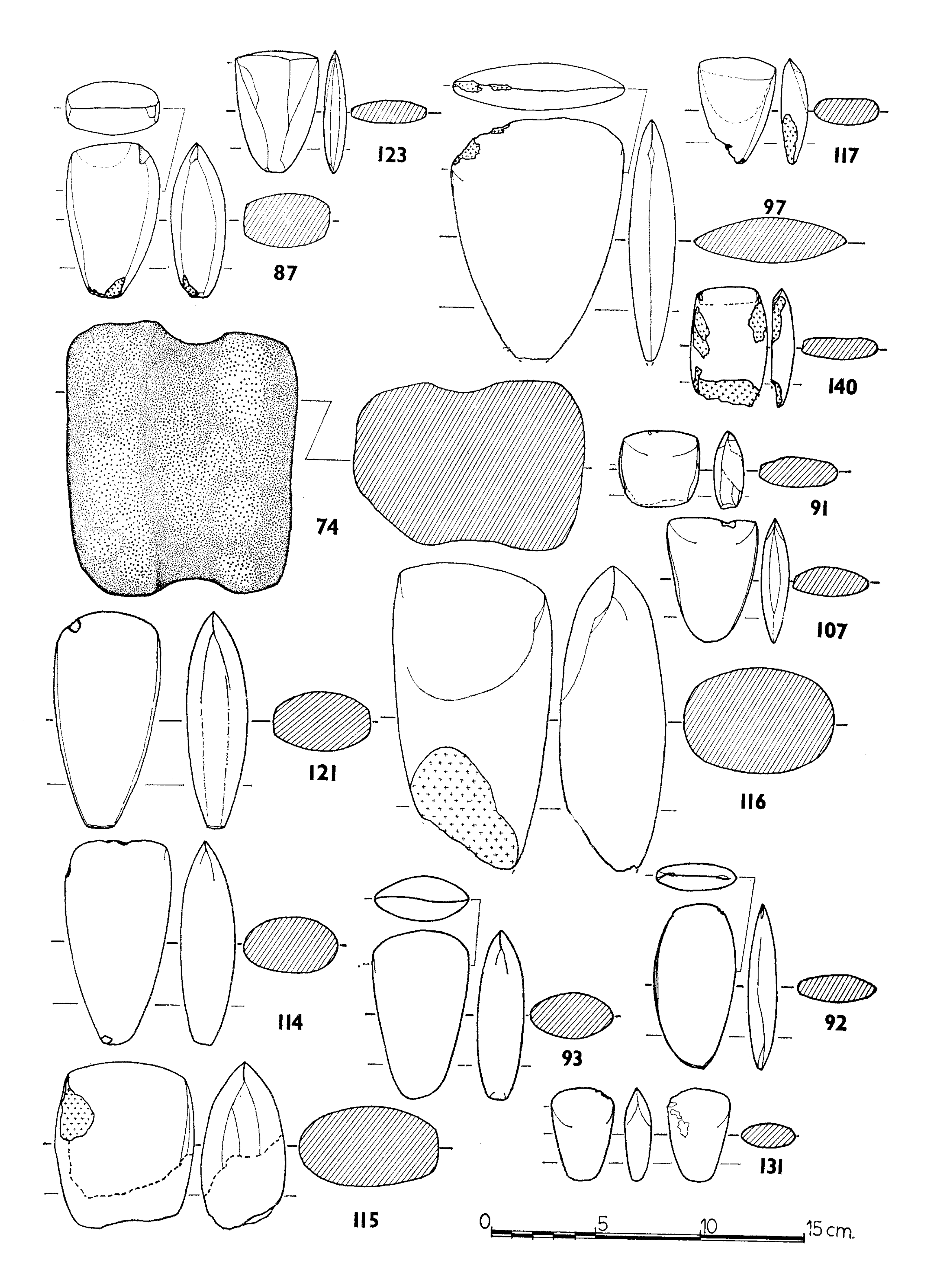
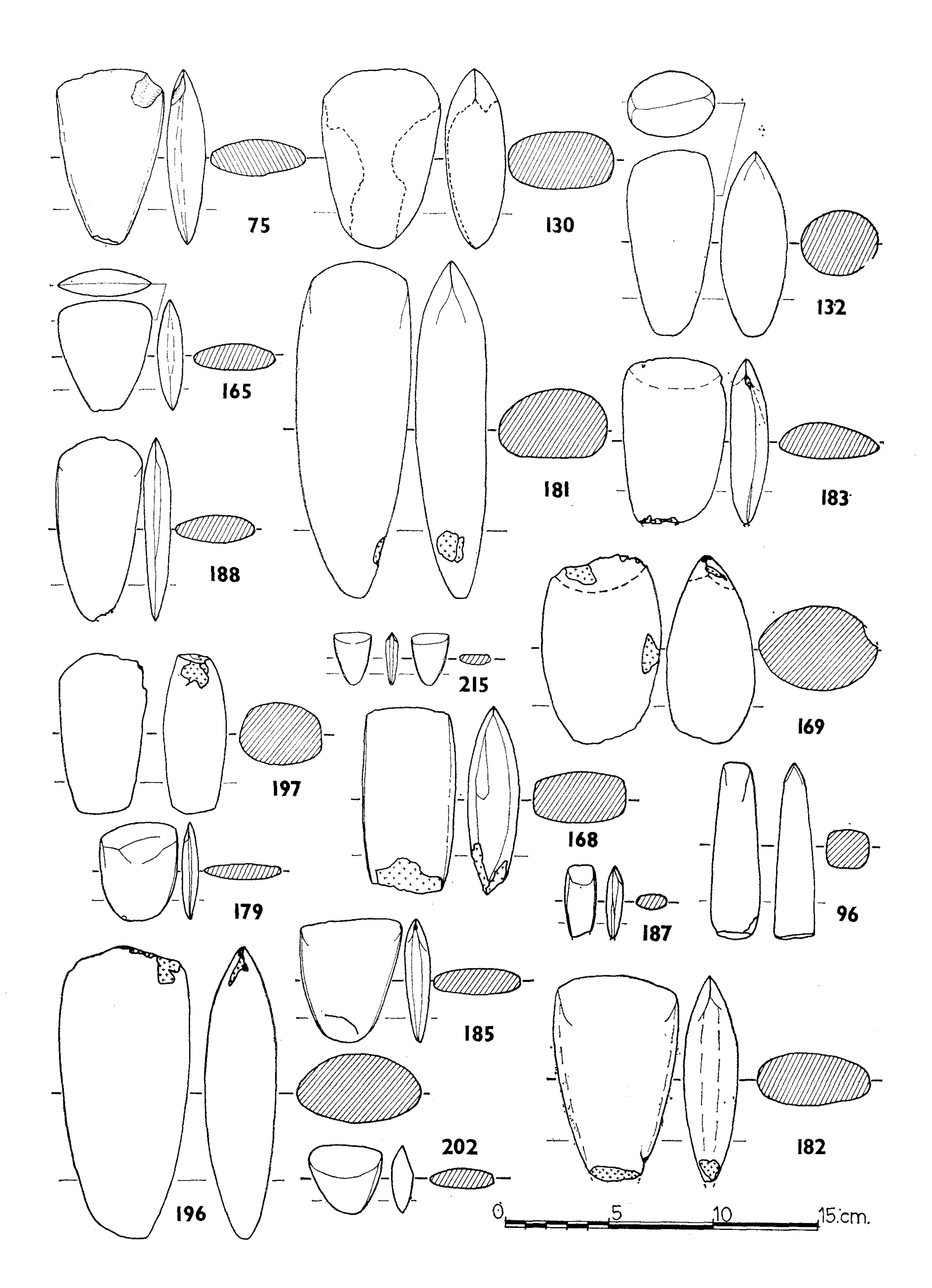


Fig. 5



75
130
132
165
181
183
188
215
169
197
168
96
179
187
185
202
182
196
0
5
10
15 cm.

Fig. 6

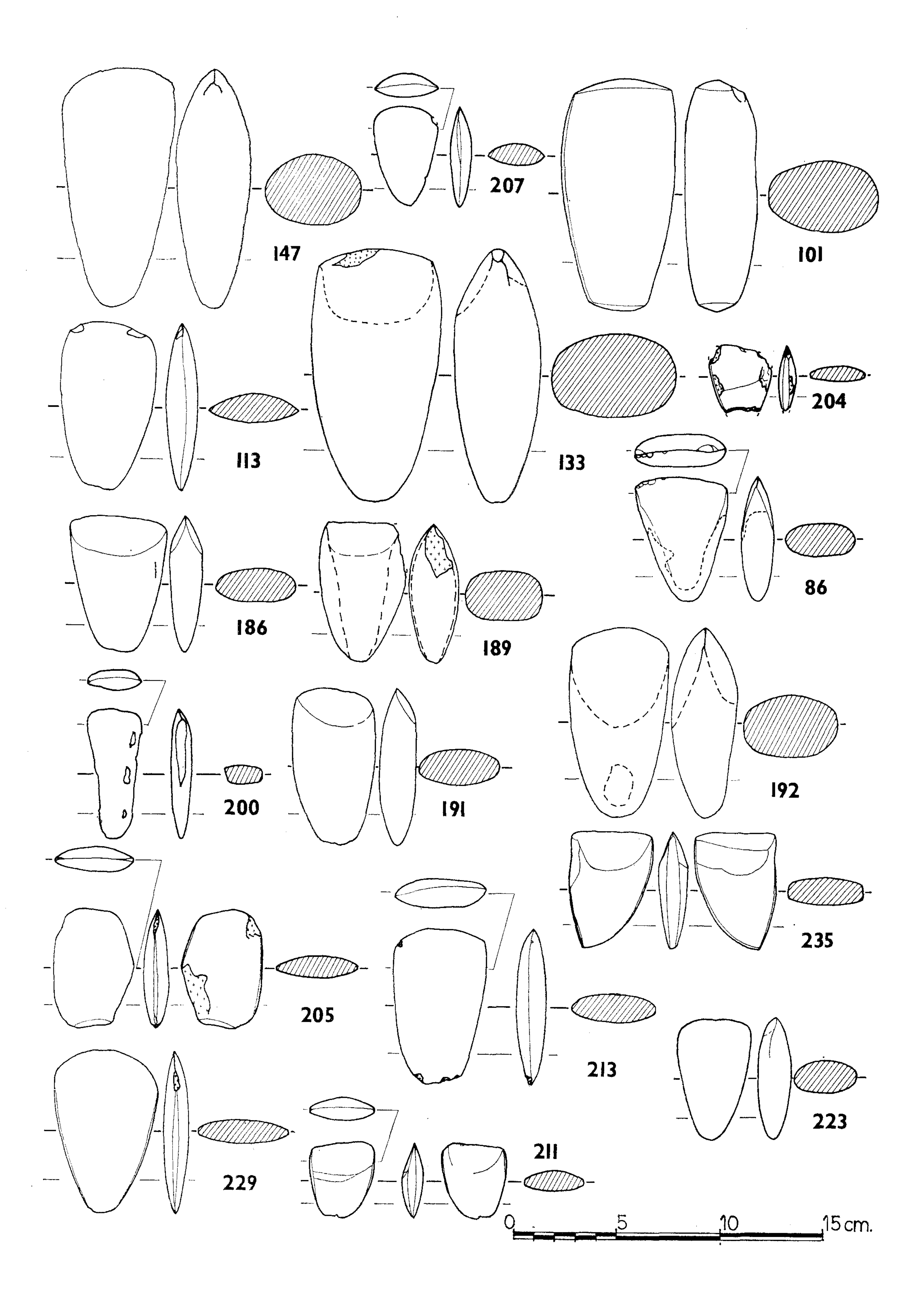

147
207
101
113
133
204
86
186
189
192
200
191
235
205
213
223
229
211
0
5
10
15 cm.

Fig. 7

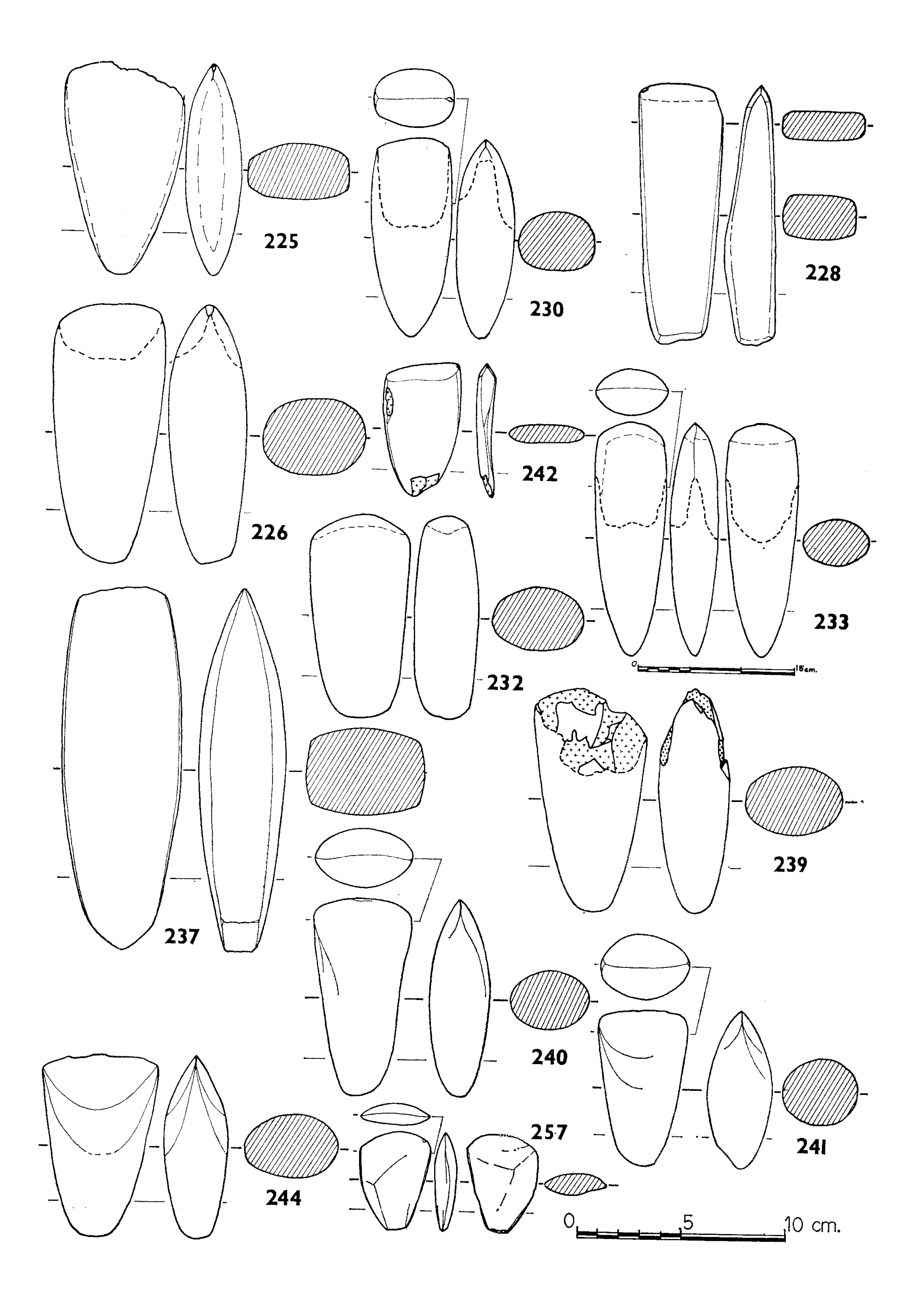


Fig. 8

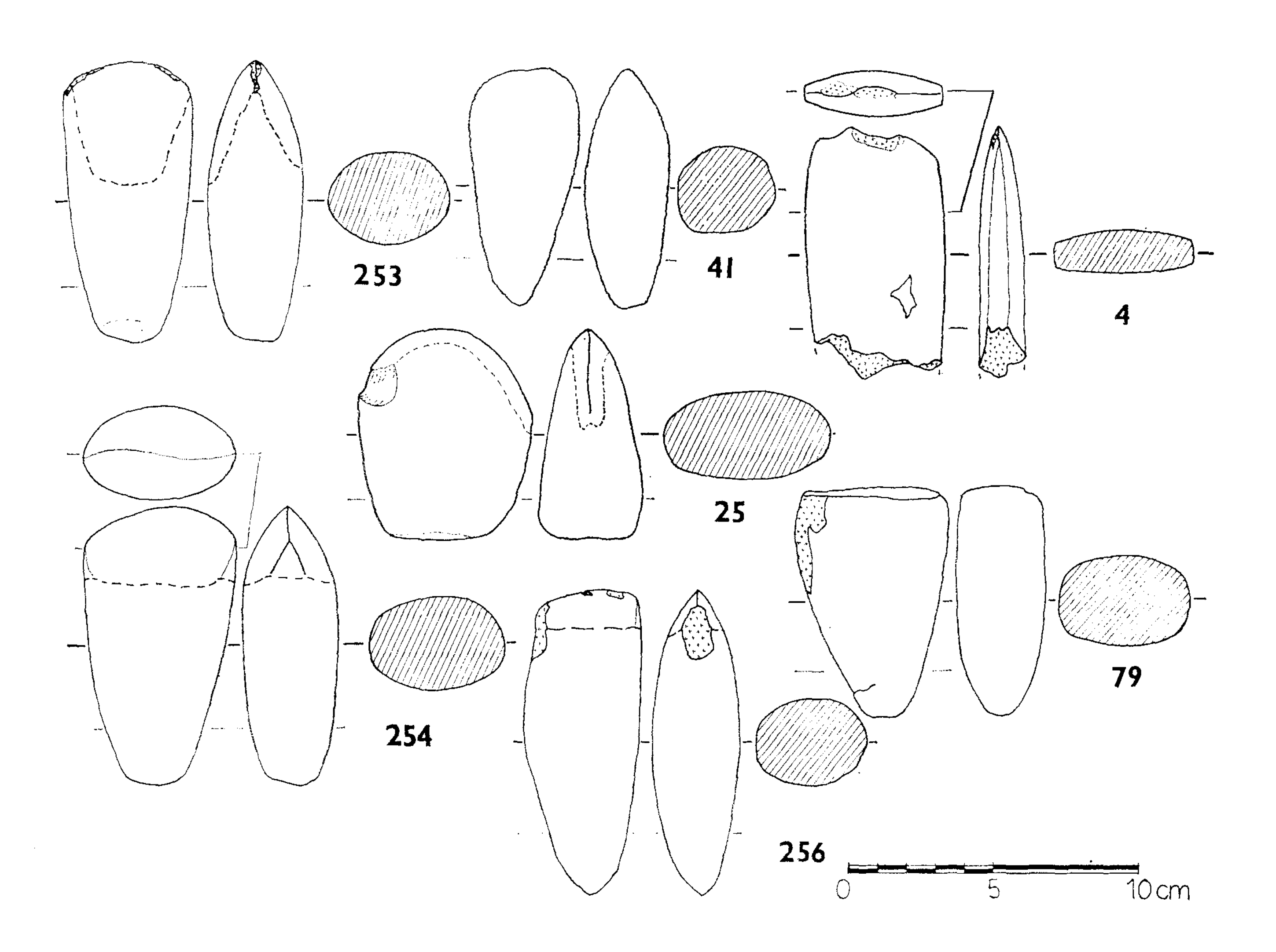


Fig. 9

nº	CARAS	BORDES			TALON		CORTES				SECCION
		cara	perfil	sección	cara	frente	cara	perfil	frente	posición	
1	bcx S	Cx/Cx S	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx A	bcx S	C.un	Irreg	Cuadr.
2	bcx A	Cx/Cx S	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx S	bcx S	C.un	Reg	Cuadr.
3	bcx A	Sin/Cx	-	Red	Red	Red	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elíp → Ov.
4	bcx → bret	Cx/Cx A	Rct	Fac	-	-	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
5	bcx A	Rct/Rct A	Rct	Red → Fac	Trunc	red	-	-	-	-	Elíp.
6	bcx → brct	Cx/Cx S	Rct	Red	Red	Red	Rct	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
9	bcx S	Cx/Cx S	Rct	Fac	Red ?	Fac?	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp → Cuad.
12	bcx S	Rct/Cx	C.un	Fac	Red	Ar	Cx → Rct	Cx/Rct	Sin	Reg	Cuadr.
14	bcx A	Cx/Cx S	Rct	Ar/Ar → Fac	-	-	CxS	bcx A	Sin	Reg	bcx.
15	bcx S	Cx/Cx	Rct	Fac	Trunc	Ar	Cx S	Rct/Cx	C.un	Reg	bcx.
17	bcx S	Rec/ -	-	Red	-	-	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
18	bcx S	Cx/Cx S	-	Red	Ap	Red	Cx S	bcx S	C.un	Reg	Elíp.
19	bcx S	Cx/Cx S	Rct	Fac	Red	Ar	Cx A	bcx A	Rct	Reg	Cuad → Elíp.
20	Cx/Sin	Cx/Cx	C.un	Red	-	-	Cx S	Cx/Rct	-	Reg	Ov.
22	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Trunc	Red	Cx S	-	-	-	Elíp.
24	bcx S	Rct/Rct	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx A	bcx	Rct	Reg	Cuadr.
25	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Trunc	Fac	Cx A	bcx	Rct	Reg	Elíp.
27	bcx S	Cx/Cx	Sin	Fac	Red	Red	Sin A	bcx S	Sin	Reg	Cuadr.
28	bcx S	Cx/Cx	-	Red	-	-	Cx S	bcx S	C.un	Reg	Elíp.
31	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Cx S	bcx S	Rct	Irreg	Elíp.
32	bcx A	Cv/Cx	Rct	Fac	Ap	Ar	Cx A	bcx	C.un	Reg	Elíp.
33	bcx	Rct/Rct	-	Red	Red	Red	-	-	-	-	Elíp.
34	bcx	Cx/Cx	Rct	Fac	Red	Red	Rct → Cx	bcx → brct	Rct	Reg	Cuadr.
35	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Ap	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
36	bcx	Rct/Rct	Rct	Red	-	-	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
37	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Cx S	bcx	Rct	Reg	Elíp.
38	bcx S	Cx/Rct	-	Red	Red	Red → Ar	Cx ?	bcx	-	Reg ?	Elíp.
39	bcx S	bcx → brct	Rct	Red	-	-	Cx ?	bcx	Rct	Reg	Elíp.
40	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	Cx S ?	bcx	-	-	Cuadr.
41	Cx/Rct	Cx/Cx	-	Red	Ap	Red	Cx A	bcx	Rct	Reg	Ov.
42	bcx	Cx/Cx ?	-	Red	-	-	Cx A	bcx	Rct	Reg	Elíp.
43	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	Cx S	bcx S	Rct	Irreg	Elíp.
44	-	Cx/ -	Rct	Red	-	-	Cx ?	bcx S	Rct	-	-
45	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	-	-	-	-	Elíp.
54	bcx	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	-	-	-	-	Elíp.
55	bcx	Cx/Cx	-	Red → Fac	Red	Red	-	-	-	-	Elíp.
56	bcx → brct	Cx/Cx	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx A	bcx → brct	Rct	Reg	Elíp.
57	brct → bcx	Rct/Rct	Rct	Fac/Ar	-	-	Rct	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
59	bcx S	bcx → brct	Rct	Red	Red	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
60	bcx	-	-	Red	Trunc	Red	-	-	-	-	Elíp.

Cuadro Morfológico

61	bcx S	Sin/Cx	-	Red	Red	Red	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Circular.
62	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Cx A	bcx	Sin	Reg	Elíp.
63	bcx	Cx/Cx	-	Red	-	-	Cx	-	-	-	Elíp.
64	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	Red	Fac	Cx	bcx	Rct	Reg	Elíp.
65	bcx	Rct/Rct	Rct	Red	Red	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
66	bcx	Rct/Rct	-	Red	Trunc	Red	Cx S	-	-	-	Elíp.
67	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	Cx	bcx	Rct	Reg	Elíp.
68	bcx	Sin/Cx	-	Red	Red	Red	Cx A	bcx	Rct	Reg	Elíp.
69	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	Red	Red	Cx A?	bcx	C.un	Reg	Elíp.
70	bcx	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Rct?	bcx?	-	-	Elíp.
71	brct	Rct/Rct	Rct?	Fac?	Trunc	Fac?	Cx	bcx	Rct	Reg	Cuadr.
72	bcx S	Cx/Cx A	-	Red	Trunc	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
73	bcx S	Cx/Cx A	Rct	Red	Red	Fac	Cx A	bcx S	C.un	Reg	Elíp.
75	bcx	Cx/Cx S	C.un	Fac Red	Trunc?	Ar ?	Cx A	bcx S	C.un	Irreg	Elíp Cuadr
76	bcx A	Rct/Cx	Rct	Fac	Trunc	Fac	Rct A	bcx S	Rct	Irreg	Cuadr.
77	bcx A	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
78	bcx S	Rct/Rct	Rct	Red	Trunc	Red	Cx A	bcx S	C.un	Reg	Elíp.
79	bcx S	Cx/Rct	-	Red	Ap Red	Red	-	-	-	-	Elíp.
80	bcx?	Cx/Rct	Rct	Red	-	-	Rct A	bcx	Rct?	Reg?	Elíp?.
84	Cx/Rct Cx	Cx/Cx	Rct	Fac	Ap	Red	Cx A	brct	Rct	Reg	Cuadr.
85	bsin	Cx/Cx	Rct	Fac	Red	Ar	Cx A	bcx A	Sin	Reg	Ov.
86	bcx brct	Rct/Rct	-	Red	Red Ap	Red	Cx A	bcx S	Rct?	Reg	Elíp.
87	bcx	Cx/Cx	Rct	Fac Red	Trunc	Fac	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
88	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Trunc	Red	Rct?	brct bcx	Rct	Reg	Elíp.
89	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Ap	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
90	bcx	Cx/Cx	Rct	Fac	Red	Fac	Rct	Rct/Cx	Rct	Reg	Cuadr→Elíp.
91	bsin	Cx/Cx	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx S	bcx	C.un	Reg	Ov→Cuadr.
92	bcx	Cx/Cx	Sin	Ar/Fac	Ap	Fac	Cx A	bcx S	Rct	Reg	bcx→Cuadr.
93	bcx S	Rct/Rct	-	Red	Red	Fac	Cx A	bcx S	Sin	Reg	bcx→Elíp.
94	bcx→brct	Rct/Rct?	Rct	Fac?	Red?	Red?	Cx A	bcx S	Rct	Irreg	Cuadr.
95	bcx A	Rct/Cx	Rct	Fac	Red	Ar	Cx A	Cx/Rct	C.un	Reg	Cuadr→Elíp
96	Cx/Rct	Rct/Rct	Rct	Fac	Trunc	Fac	Rct	brct→bcx	Rct	Reg	Cuadr.
97	bcx S	Cx/Cx	C.un	Ar	Red	Ar	Cx A	bcx→brct	C.un	Reg	bcx.
98	bcx S	Cx/Cx	-	Red	-	-	-	bcx S	-	-	Elíp.
100	Cx/Rct	Cx/Cx	Rct	Red	Red	Ar→Red	-	-	-	-	Elíp.
101	bcx A	Cx/Cx A	-	Red	Trunc	Fac	-	-	-	-	Elíp.
103	bcx S	-	-	Red	Red	Red	-	-	-	-	Elíp.
107	bcx S	Cx/Cx A	Rct	Fac	Red	Ar→Red	Rct A	bcx→brct	Rct	Reg	Cuadr→Elíp
109	brct	Cx/Cx S	Rct	Red	-	-	Cx A?	bcx?	-	-	Elíp.
113	bcx S	Cx/Cx A	Sin	Ar	Red?	Ar	Cx A	bcx	Rct→C.un	Reg	bcx.
114	bcx A	Cx/Cx S	Rct	Red	Red	Red	Cx S?	bcx	C.un	Reg	Elíp.
115	bcx	Cx/Cx	Rct	Red/Fac	Trunc	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Cuadr→Elíp.

Cuadro Morfológico

116	bcx	Cx/Cx	-	Red	-	-	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
117	bcx→brct	Cx/Cx	-	Red/Fac	-	-	Cx	Cx/Rct	C.un	Reg	Elíp.
118	bcx	Cx/Cx S	Rct	Fac	Red	Ar	Cx?	Cx/Rct	-	-	-
121	bcx	Cx/Cx	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
123	bcx	Cx/Cx S	Rct.	Fac	Red	Ar'	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
124	Cx/Rct	Cx/Cx A	Rct	Red/Fac	Trunc	Fac	Cx S	bcx→brct	Rct	Reg	Ov.
125	brct	Rct/Cx	Rct	Fac/Red	Red	Red	Cx	brct	Rct	Reg	Cuadr→Elíp.
129	bcx→brct	Cx/Cx	Rct	Fac	-	-	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Cuadr.
130	bcx	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Cx	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
131	bcx S	Rct/Rct	Rct	Red	Red	Red	Cx S	bcx→brct	C.un	Reg	Elíp.
132	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Cx A	bcx S	Rct	Irreg	Elíp.
133	bcx	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	Cx S	bcx S	C.un	Reg	Elíp.
137	-	Cx/ -	-	Ar	-	-	Cx S	Cx/Rct	C.un	Reg	-
140	Rct/Cx	Cx/Cx	C.un	Fac	-	-	Cx A	bcx	Rct	Reg	Cuadr.
143	bcx	-	-	Red	-	-	Cx	bcx	Rct	Reg	Elíp.
144	bcx S	Cx/Cx	Rct	Fac→Red	Red	Red	-	-	-	-	Elíp.
147	bcx	Cx/Cx Rct	-	Red	Red	Red	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
148	bcx	-	-	Red	-	-	-	bcx	Rct?	Reg?	Elíp.
164	bcx?	Cx/Cx ?	Rct	Fac	-	-	Cx S	bcx	Rct	Reg	Cuadr.
165	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red→Fac	Trunc	Ar	Cx→Rct	bcx	C.un	Reg	Elíp.
167	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Ap	Red	Cx A	bcx S	C.un	Irreg	Elíp.
168	bcx S	Cx/Cx	Rct	Fac	-	-	Cx→Rct	bcx	Rct	Reg	Cuadr.
169	bcx	Cx/Cx	-	Red	Red	Red	-	bcx S	Rct?	Reg?	Elíp.
175	bcx	Cx/Cx	-	Red	-	-	Cx	bcx	Rct	Reg	Elíp.
176	brct	Cx/Cx	Rct	Fac	Red	Fac	Rct→Cx	brct S	Rct	Reg	Cuadr.
177	bcx	Cx/Cx	-	Red	-	-	-	-	-	-	Elíp.
178	bcx	Rct/Rct	Rct	Red	Red	Red	Rct?	bcx	Rct?	Reg?	Elíp.
179	bcx	Cx/Cx	C.un	Ar/Fac	Red	Ar	Cx A	Cx→Rct/Cx	C.un	Reg	bcx→Cuadr.
180	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	Cx?	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
181	Cx/Rct	Cx/Cx A	Rct	Red	Ap?	Fac	Cx	bcx	Rct	Reg	1/2 luna
182	bcx A	Cx/Cx	Rct	Fac	-	-	Cx A	bcx S	C.un?	Reg	Elíp.
183	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	-	-	Cx→Rct	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
184	bcx A	Cx/Cx A	C.un	Ar	-	Red?	Cx S	Cx/Rct	C.un	Reg	bcx.
185	bcx	Cx/Rct	Rct	Fac	Red	Ar	Rct A	bcx→Cx/Rct	C.un?	Reg	Cuadr.
186	bcx	Cx/Cx–Rct	Rct	Red	Red	Ar	Cx A	brct	C.un ?	Reg	Elíp.
187	bcx	Cx/Cx	Rct	Fac	-	-	Cx S→Rct	Cx/Rct	Rct	Reg	Cuadr→Elíp.
188	bcx	Cx/Cx–Rct	Rct	Fac/Red	Red?	Ar?	Cx S	bcx→Cx/Rct	C.un	Reg	Elíp.
189	bcx→brctS	Cx/Cx S	Rct	Red	Ap	Red	Rct	brct→bcx	Rct	Reg	Elíp→Cuadr.
190	bcx A	Sin/Cx	Rct?	Ar	Red	Ar	Cx A?	bcx→brct	C.un	Reg	Elíp.
191	bcx S	Cx/Cx A	Rct	Red	Red	Red	Cx A	Cx/Rct	C.un	Reg	Elíp.
192	bcx A	Cx/Cx	Rct	Red	Red	Red	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elíp.
193	bcx S	Cx/Cx	-	Red	Ap	Red	-	-	-	-	Circular.

Cuadro Morfológico

194	bcx→brct	Cx/Cx	Rct	Fac	-	-	Rct A	bcx?	Rct?	Reg?	Cuadr.
195	bcx	Cx/Cx→Rct	-	Red	Red	Red	-	-	-	-	Elip.
196	bcx	Cx/Cx	Rct	Red	Red→Ap	Red	Cx S	bcx	C.un	Reg	Elip.
197	bcx	Cx/Rct	Rct	Red	Trunc	Red?	-	-	-	-	Elip→Cuadr
199	bcx	Cx/Cx	-	Red	Red ?	Red?	-	-	-	-	Elip→Ov.
200	bcx A	Cv/Rct ?	Rct	Fac ?	Red	Red	Cx A	bcx→Cx/Rct	C.un	Reg	Cuadr.
201	-	-	Rct	Fac	-	-	Cx ?	bcx	-	-	-
202	bcx	Cx/Cx A	Rct	Red/Fac	Red	Red	Cx A	Cx/Rct	C.un	Reg	Elip.
203	bcx	Cx/Cx S	-	Red/Fac	Red	Red	-	-	-	-	Elip.
204	bcx	Cx/Cx A	Rct	Fac/Red	-	-	Sin→Rct	bcx	Rct	Reg	Elip.
205	bsin	Cx/brct	Rct	Fac	Trunc	Ar	Rct A	bcx	Rct	Reg	Elip.
207	bcx	Cx/Rct	C.un	Fac	Ap	Ar	Cx A	bcx	C.un	Reg	bcx.
208	-	-	Rct	Fac	-	-	Cx A	bcx	Rct	Reg	-
209	bcx	-	Rct	Fac→Red	-	-	Cx S	bcx	C.un	Reg	Elip→Cuadr.
210	-	-	Rct	Fac	-	-	Cx	bcx	Rct	Reg	-
211	bcx	Cx/Cx A	Rct	Fac	Rct A	Ar→Red	Rct A	brct	C.un	Reg	Elip.
213	bsin	Cx/Sin	C.un	Red→Ar	Red→T$_{r}$un	Ar	Cx S	bcx	Sin	Irreg	Elip.
215	Cx/Rct	Cx/Cx	Rct	Fac	Red	Fac	Cx A	Cx/Rct	C.un	Reg	Cuadr.
223	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Red	Red	Cx	bcx→Rct/Cx	C.un	Reg	Elip.
224	bcx S	Cx/Cx→Rct	Rct	Red→Ar	Red	Ar→Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elip.
225	bcx A	Cx/Cx	Rct	Fac	Ap	Red	Cx A ?	bcx S	Rct ?	Reg ?	Cuadr.
226	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Trunc	Fac	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elip.
227	bcx A	Cx/Cx A	Rct ?	Red→Ar	Ap ?	Ar	Cx→Rct A	bcx	C.un	Reg	Elip.
228	brct	Rct/Rct	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx S	brct	Rct	Irreg	Cuadr.
229	bcx	Cx/Cx	Rct	Fac	Red	Ar	Cx A	bcx A	C.un	Reg	Cuadr→bcx.
230	bcx A	Cx/Cx S	Rct	Red	Ap	Red	Cx A	bcx S	Rct	Reg	Elip.
231	bcx	Sin/Sin	-	Red	Red	Red	Cx S	bcx→brct S	Rct	Reg	Cuadr.
232	bcx	Cx→Rct/Rct	-	Red	Red	Red	-	-	-	-	Elip.
233	bcx S	Cx/Cx S	Rct	Red	Ap	Red	Cx S	bcx→brct S	C.un	Reg	Elip.
234	bcx	Cx/Cx→Rct	Rct	Red	Red ?	Red	Cx A ?	bcx ?	-	-	Elip.
240	bcx S	Cx/Sin	Rct	Red	Red	Red	Cx S	bcx S	C.un	Reg	Elip.
241	bcx A	Rct/Cx	Rct	Red	Red	Red	Cx→Rct	bcx	C.un	Reg	Elip.
242	Cx/Rct	Cx/Cx A	C.un	Fac	Ap ?	Ar ?	Rct A	brct	Rct	Irreg	Elip.
243	bcx A	Cx/Cx	Rct	Red	Red	Red	Cx ?	bcx S	Rct ?	Reg ?	Elip.
244	bcx S	Rct/Rct	Rct	Red	Red	Red	Cx S→Rct	bcx→brct	Rct	Reg	Elip.
245	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Red ?	Red ?	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elip.
247	bcx S	Cx/Cx	-	Red	-	-	-	-	-	-	Elip.
251	bcx S	Sin/Rct	Rct	Red→Fac	-	-	Cx A	bcx S	Rct	Irreg	Elip.
253	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Trunc	Red	Cx S	bcx S	Rct	Reg	Elip.
254	bcx S	Cx/Cx	Rct	Red	Trunc	Fac	Cx A	bcx S	Sin	Reg	Elip.
255	bcx→brct	Cx/Cx A	Rct	Fac	Trunc	Fac	Cx Rct	bcx ?	Rct ?	-	Cuadr.
256	bcx	Cx/Cx A	Rct	Red	Ap	Red	Cx A	bcx	Rct→Sin	Reg ?	Elip.
257	bcx A	Cx/Rct	Sin	Fac	-	-	Cx A	bcx S	Sin	Reg	bcx.

Cuadro Morfológico

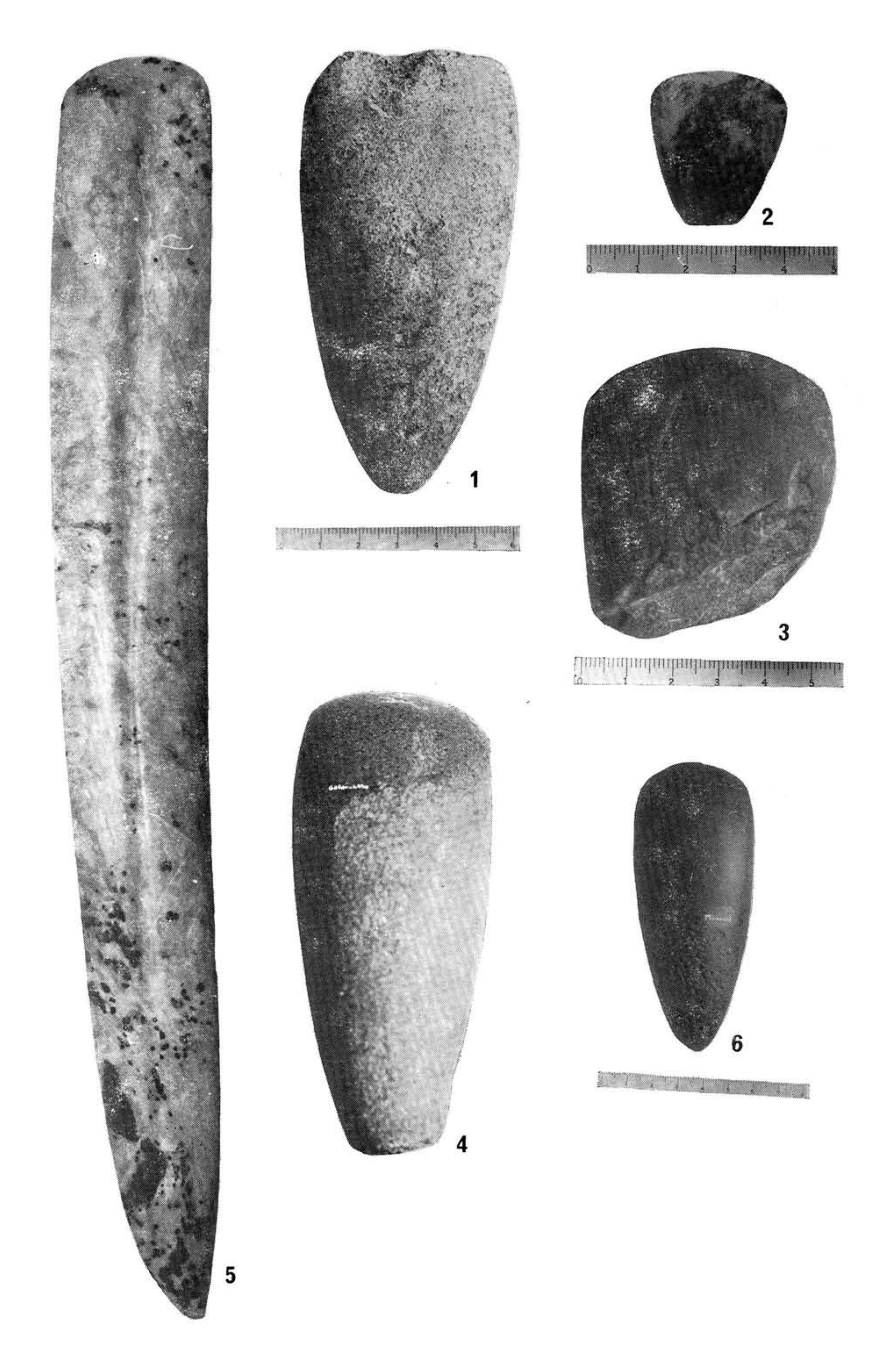


Lámina 1. *Piezas pulimentadas de 1. Múzquiz (6), 2. Urbasa (14), 3. Ochagavía (17), 4. Galar (28), 5. Imarcoain (32), 6. Monreal (35).*



Lámina 2. *Utiles pulimentados de la Sierra de Alaiz. 1.* (66), *2.* (67), *3.* (74), *4.* (62).

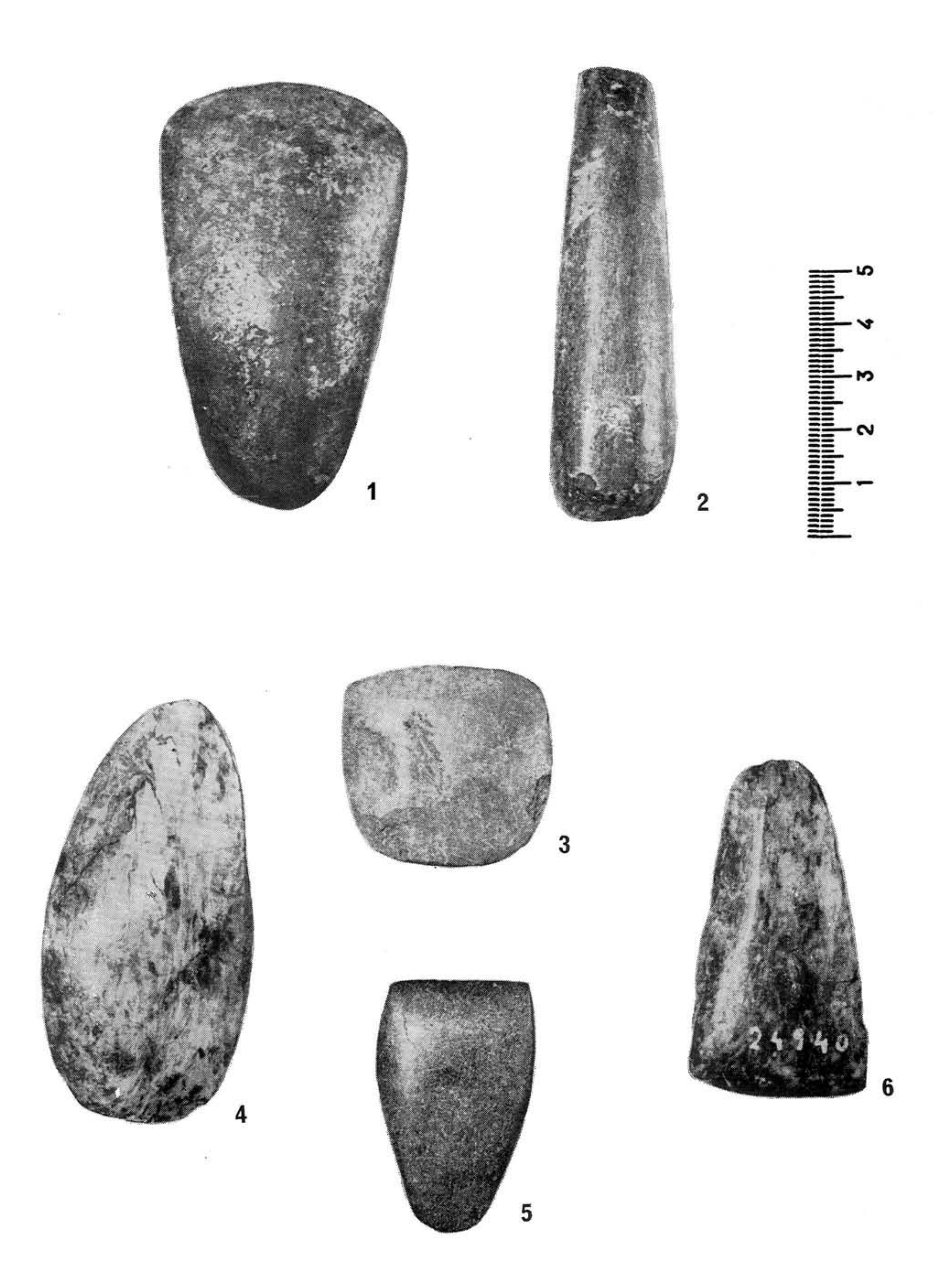


Lámina 3. *Piezas pulimentadas de Lumbier. 1.* (93), *2.* (96), *3.* (91), *4.* (95). *5.* (90), *6.* (92).

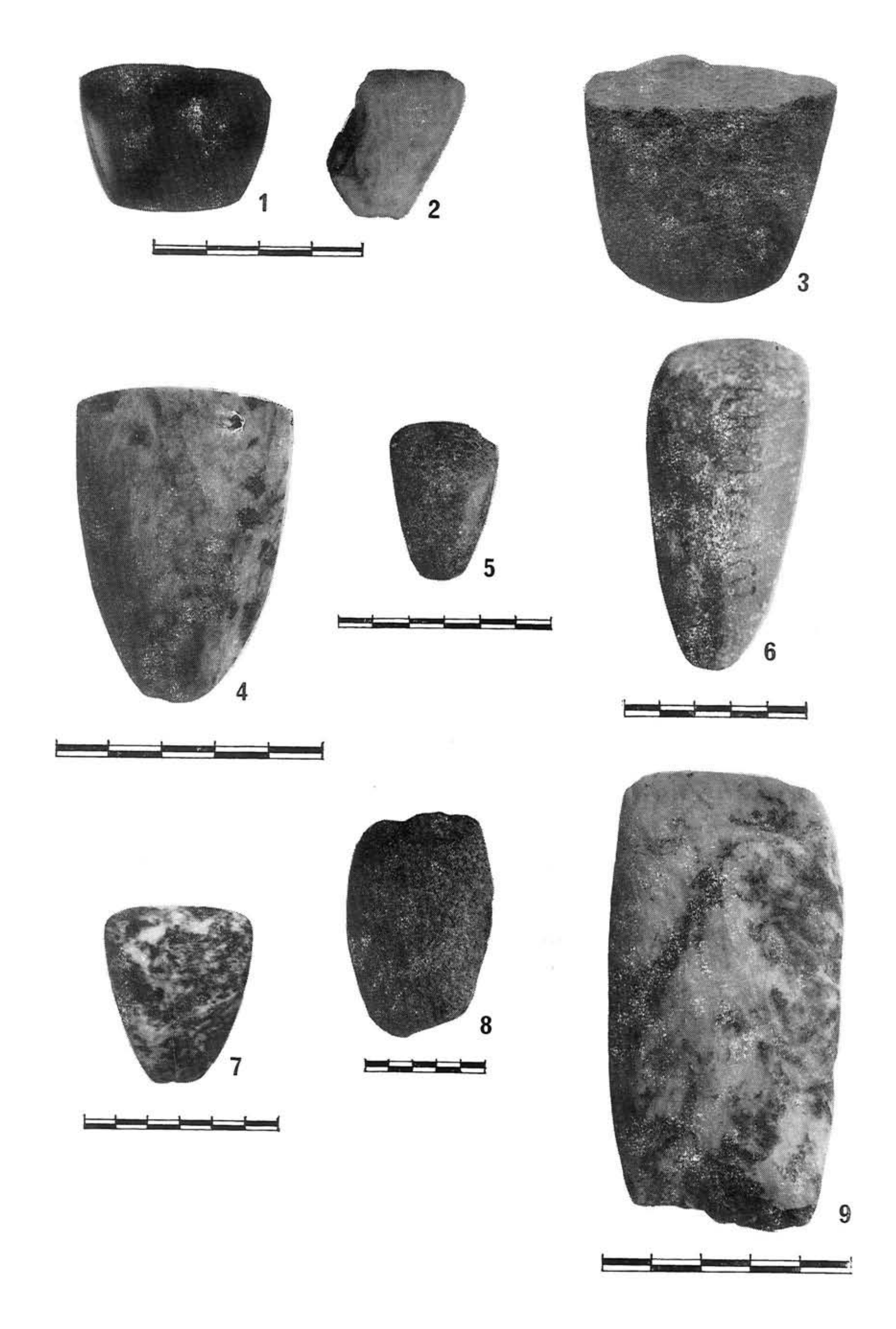


Lámina 4. *Piezas pulimentadas de: 1 y 2. Monreal (137 y 138), 3. Baquedano (103), 4. Viana (123), 5 y 6 Arellano (131 y 132), 7. Añorbe (165), 8 y 9 Olite (168 y 169).*

LAS ESTELAS DECORADAS DE EPOCA ROMANA EN NAVARRA

FRANCISCO MARCO SIMÓN.
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Una de las manifestaciones más claras de la romanización en Navarra viene dada por la epigrafía, al tiempo instrumento capital para el estudio de aquélla. De entre todo el elenco lapidario existente, una larga cuarentena de piezas presenta una decoración de motivos diversos, cuya presentación y estudio es el objeto de este trabajo.

Hasta Taracena y Vázquez de Parga no surgió ningún estudio que ofreciera en su conjunto las estelas navarras de época romana, incluídas en el *Corpus* general epigráfico existente [1]. Anteriormente, y aparte la recogida de algunos de estos monumentos por Moret, Ceán y otros investigadores, diversas piezas habían sido objeto de publicación, en especial en artículos de Baráibar, Fita, P. Paris, Altadill o Escalada [2]. En 1949, García y Bellido incluía algunos ejemplares en su serio estudio de síntesis con respecto a las estelas del Norte peninsular [3]. Después han salido a la luz publicaciones de mérito debidas a Marcos Pous, García Serrano y Gamer, entre otros; Albertos, por su parte, se ha referido a las estelas navarra desde el punto de vista lingüístico [4]. Lo que pretendemos es estudiar estos materiales —más otros inéditos— en su conjunto, analizando sus diversos aspectos internos y externos —tipológicos, iconográficos, lingüísticos, epigráficos en suma—, con la intención de que ello arroje nuevos datos al fenómeno de la romanización de esta zona.

---

1. B. TARACENA y L. VÁZQUEZ DE PARGA, *Epigrafía romana en Navarra,* en «La Romanización», «Excavaciones en Navarra», I, Pamplona, 1947, 122-151.

2. *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra por el P. Joseph de Moret de la Compañía de Jesús, natural de Pamplona, chronista del mismo Reyno,* Pamplona, Imprenta de Pascual Ibáñez, 1766. A. CEÁN BERMÚDEZ, *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España,* Madrid, 1832, 144, 150, 153, etc.; F. BARÁIBAR, *Lápidas romanas inéditas de Nabarra y Alaba,* Euskal-Erría, XXXII (1895), 218-222; F. FITA, *Inscripciones romanas de Villaricos, Villatuerta y Carcastillo,* BRAH, L (1907), 466-470; ibid., *Lápidas romanas en Gastiain (Navarra),* BRAH, LXIII (1913), 556-566; P. PARIS, *Monumentos ibero-romanos del Museo de Navarra,* BCMN, X (1919), 46-50; J. ALTADILL, *De re geographico-historica: Vías y vestigios romanos en Navarra,* en «Homenaje a Carmelo Echegaray», San Sebastián, 1928, 465-556; F. ESCALADA, *La arqueología de la villa de Javier (Navarra),* BRAH, CIV (1934), 269-286; ibid., *La arqueología en la Villa y Castillo de Javier y sus contornos,* Pamplona, 1943.

3. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Esculturas romanas de España y Portugal,* Madrid, 1949, 379 ss.

4. A. MARCOS POUS, *Una nueva estela funeraria hispanorromana procedente de Lerga (Navarra),* Príncipe de Viana, 80-81 (1960), 319-333; L. MICHELENA, *Los nombres indígenas en la inscripción hispanorromana de Lerga (Navarra),* Príncipe de Viana, 82-83 (1961), 65-73; I. BARANDIARÁN, *Tres estelas del territorio de los vascones,* Caesaraugusta, 31-32 (1968), 199-225; J. C. ELORZA, *Un taller de escultura romana en la divisoria de Alava y Navarra,* CEEHAR, XIII (1969), 55 ss.; A. MARCOS POUS y R. GARCÍA SERRANO, *Un grupo unitario de estelas funerarias de época romana con centro en Aguilar de Codés (Navarra),* Estudios de Deusto, XX, fasc. 46 (1972), 317-328; G. GAMER, *Römische Altarformen in Bereich der Stelengruppen Burgos und Navarra,* MM, 15 (1974), 209-253; M. L. ALBERTOS, *La antroponimia en las inscripciones hispano-romanas del País Vasco. Reflejos de la onomástica personal en los topónimos alaveses,* Estudios de Deusto, XX (1972), 335-356.

INTRODUCCIÓN: EL SUBSTRATO.

Atendiendo a las fuentes escritas, el territorio de la actual Navarra lo ocupaban los vascones en época romana, e incluso excedían sus límites actuales, para comprender también el extremo NE. de Guipúzcoa y parte de Logroño, Zaragoza y Huesca, con Jaca y Ejea incluídas [5]. Dejando a un lado la cuestión del límite oriental de los vascones y su fluctuación en época romana [6] —por cuanto cae fuera de los actuales límites provinciales—, el problema radicaría en lo que atañe a este trabajo en la determinación de la divisoria occidental con los várdulos. De acuerdo con los textos grecorromanos, poseemos cuatro puntos de referencia en esta zona, que son los siguientes: *Oiasso, Araceli, Curnonion* y el *Vasconum Ager*.

Oiasso se encontraba, según Estrabón, en la terminación de la vía que unía a los vascones con *Tarraco*, sobre el mismo océano, en la frontera de Iberia y Aquitania [7]. Plinio, que presenta a los vascones desde la costa E. de los Pirineos hasta la desembocadura del río Oyarzun, cita el puerto de *Olarso*, situado obviamente en dicho punto [8]. Ptolomeo, por su parte, cita a *Oiasso* como ciudad vascona del interior, que correspondería a la actual Oyarzun, donde ha aparecido la única manifestación epigráfica guipuzcoana de época romana [9], y a *Oiarso*, puerto en la desembocadura del río antedicho [10].

Araceli aparece citada en el *itinerario* [11], como mansión de la vía *Ab Asturica Burdigalam*, situada a XXI millas —unos 30 Kms.— de la anterior *Alba*, que sabemos várdula por Plinio y Ptolomeo [12]. Schulten da la ciudad de *Aracelium* del río Araquil como perteneciente a los várdulos [13], lo que es palmariamente imposible, por cuanto los aracelitanos, según Plinio, pertenecían al convento cesaraugustano y los várdulos al cluniense [14]. *Araceli* se identifica geográficamente con la actual Huarte-Araquil, en virtud de su distancia de Alba.

La mención más antigua que se conoce de los vascones procede de Tito Livio, al narrar éste las campañas del año 76; aludiendo al itinerario seguido por Sertorio —*Bursao, Cascantum, Graccurris, Calagurris, Vareia*— se hace expresa mención del *Vasconum Ager* [15], situado, según el propio fragmento, en la margen izquierda del Ebro.

Gómez Moreno mantuvo la tesis, insostenible como ya viera G. de Pamplona [16], de que «a la parte occidental no traspasaban los vascones el río Ega, por lo menos en su curso bajo, estacionándose a la parte contraria los bardietas o várdulos» [17]. El fragmento de Livio la descalifica plenamente, al referir —antes de la alusión al *Vasconum Ager*— que, llegado Sertorio a *Calagurris*, estableció su campamento al otro lado del río [18]. De aceptarse la tesis de Gómez Moreno, la ciudad de *Curnonium*, vascona según Ptolomeo [19], caería dentro del territorio várdulo. Se ha localizado esta ciudad en la medieval Curnoino, junto a Mendavia, en la orilla izquierda del Ebro [20].

Parece evidente, entonces, que los vascones ocupaban la parte baja y central del curso del Ega, hasta la frontera alavesa. Las únicas zonas cuya adscripción a vascones o várdulos —dentro de Navarra— no es segura serían el alto valle del Ega, que discurre por Marañón

5. Vid. A. SCHULTEN, *Las referencias sobre los vascones hasta el año 810 después de J. C.*, RIEV, 18 (1923), 225-240; J. M. BLÁZQUEZ, *Los vascos y sus vecinos en las fuentes literarias griegas y romanas de la Antigüedad*, IV SPP, Pamplona, 1966, 177-205, con abundante bibliografía.

6. G. DE PAMPLONA, *Los límites de la Vasconia hispano-romana y sus variaciones en época imperial*, IV SPP, Pamplona, 1966, 207-221; G. FATÁS, *Aproximación al estudio de la expansión vascona en los ss. II y I antes de Cristo*, Estudios de Deusto, XX (1972), 382-390.

7. Str., III, 4, 10. G. de Pamplona (1966, 212) no admite la grafía *Oiasouna*, sino *Oidasouna*, basándose en la ed. de Müller de 1853-1857. De ella surgiría claramente el hidrónimo Bidasoa, en cuya desembocadura estaría situada la ciudad vascona, «...en la frontera misma de Iberia y Aquitania...».

8. Plin., NH, IV, 110.

9. Barandiarán Maestu, 1968, 200 ss., con abundante bibliografía.

10. Ptol., G., II, 6, 66 y II, 6, 10.

11. *It. Ant.*, 455, 3. (Ed. Weiss).

12. Plin., NH, III, 26; Ptol., G., II, 6, 9. Se trata de la actual Albéniz, en las cercanías de Salvatierra.

13. A. SCHULTEN, *Los cántabros y astures y su guerra contra Roma*, Madrid, 1943, 143.

14. Plin., NH, III, 23.

15. Liv., fragm. 91: «...ipse profectus per Vasconum agrum ducto exercitu in confinio Beronum posuit castra».

16. G. de Pamplona, 1966, 218.

17. M. GÓMEZ MORENO, *Los Iberos y su lengua*, en «Homenaje a R. Menéndez Pidal», III, Madrid, 1925, 477.

18. Liv., fragm. 91: «...ad Calagurrim Nasicam sociorum urbem uenit transgresssusque amnem propinquum urbi ponte facto castra posuit».

19. Ptol., G., II, 6, 66.

20. G. de Pamplona, 1966, 218.

y Aguilar de Codés; el vecino valle de Lana (Gastiain, Ulibarri, etc.), y quizás la comarca de la Burunda, desde el límite alavés a las cercanías de Echarri-Aranaz, cuyo dialecto actual es el guipuzcoano [21]. Por ella pasaba el tramo de la vía a Aquitania entre las ya reseñadas mansiones de *Alba* y *Araceli.*

La arqueología presenta unos monumentos muy interesantes en estas zonas marginales del territorio navarro occidental, de cuyo substrato cabría dudar a través de las fuentes. Se trata de estelas con elementos iconográficos comunes, a ambos lados de la divisoria actual de Navarra y Alava: en efecto, ejemplares de Aguilar de Codés y Marañón presentan figuraciones trinitarias que se manifiestan de manera técnicamente muy próxima a la cercana localidad alavesa de Sta. Cruz de Campezo [22], y las representaciones vitícolas, dominantes en el grupo de Gastiain, aparecen tratadas de forma idéntica en localidades alavesas vecinas, especialmente en Contrasta [23]. Es lícito pensar, por ello, en la posible adscripción de estas zonas al elemento várdulo.

Los escritores clásicos hacen implícitamente una doble división del territorio vascón: el *Vasconum Ager,* ya citado, y el *Saltus Vasconum*: «... a Pyrenaeo per Oceanum Vasconum Saltus» [24]. Esta distinción responde a dos zonas de claro significado geoeconómico, patente en la historia posterior —la Montaña y el Llano—, y en ellas la romanización actúa de forma desigualmente intensa. En efecto, los restos arqueológicos se manifiestan especialmente en la zona meridional de la provincia (la Ribera, cuencas del Aragón, Arga y Ega), así como la concentración de la mayoría de las ciudades vasconas [25]. Atendiendo a Plinio, que nos habla del *status* de éstas, se parecía la mayor categoría de las más meridionales [26].

I. Tipología de las estelas.

A. *Material.*

De los 42 ejemplares existentes en Navarra poseemos datos con respecto a 33 de ellos. Los demás, o bien han desaparecido, o no se consigna el material en su publicación, habiéndonos sido a nosotros imposible examinarlos directamente. Las estelas de Navarra presentan en este punto un equilibrio notable: 19 son de caliza y 13 de arenisca, con sólo un ejemplar pizarroso procedente de Javier. Si bien la caliza parece predominar en las piezas occidentales (Aguilar de Codés, Gastiain, Iruñuela, Larraona, Villatuerta) y la arenisca en las más orientales (Javier, Lerga, Pamplona, etc.), se trata de un predominio que no pasa de ser relativo, pues las excepciones son muy claras —materiales de arenisca en Marañón, Bearin, Urbiola, Arróniz; caliza en Santacara—.

El estado de conservación es, en general, mejor en los ejemplares de piedra caliza que en los de arenisca. La piedra de grano es más fácilmente exfoliable y presenta a menudo (N32, 33, 33, 38, etc.) un aspecto más deteriorado, al actuar más los agentes externos sobre las formas angulares de la decoración, lo que se traduce en un redondeamiento de las mismas bastante típico y, en general, en un deficiente estado de los epígrafes.

B. *Tipometría.*

Sólo 12 de las piezas catalogadas se conservan enteras o prácticamente completas, y sobre ellas hay que conjugar fundamentalmente —y de forma exclusiva en lo que a la altura se refiere— los datos métricos para llegar a algún resultado significante. El tipo medio

21. G. de Pamplona, 1966, 217.
22. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 317-328.
23. Elorza, 1969, 55 ss.
24. Plin., NH, IV, 20, 10; asimismo, Ausonio, *Ep.,* XXIX, 50-52; San Paulino, *Ep.,* X, 202-220.
25. Para la romanización vid., además de las obras anteriores: J. Caro Baroja, *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica,* Madrid, 1942; ibid., *Los pueblos de España,* Barcelona, 1946; ibid., *Materiales para un estudio de la lengua vasca en su relación con la latina,* Salamanca, 1945; ibid., *Etnografía Histórica de Navarra,* I, Pamplona, 1971, 35 ss.; A. Marcos Pous, *Esquema sobre la relación cultural de vascos, indoeuropeos y romanos en la región navarra,* IV SPP, Pamplona, 1966, 169-172; M. A. Mezquíriz, *Romanización,* en «Navarra. Temas de cultura popular», 37 (1969); A. Marcos Pous, *La romanización en Navarra,* Estudios de Deusto, XX (1972), 259-264.
26. Plin., NH, III, 3, 24.

responde a las siguientes medidas: 1,15 m. de altura, 0,58 de anchura y 0,215 de grosor. Los ejemplares extremos serían los de Santacara —2,06 × 0,72 m.— y Arbeiza —0,47 × 0,21 m.— El valor medio precitado se aproxima al del conjunto de las estelas en los conventos cesaraugustano y cluniense: 1,21 × 0,50 × 0,21 m.[27]. Los ejemplares navarros presentan una anchura mayor, así como una altura relativamente menos acusada.

C. *Morfología.*

Las estelas navarras son de forma prismática, más o menos regular y alargada en el sentido de la altura, faltando piezas discoideas o monumentos funerarios oikomorfos, frecuentes en otras regiones[28]. En su conjunto, y de acuerdo con la forma del testero, se aprecian dos categorías fundamentales:

a) Estelas de cabecera horizontal. De las 22 piezas tomadas como base, 11 presentan la cabecera plana, como ponen de manifiesto ejemplares de Aguilar de Codés, Gastiain, Urbiola o Villatuerta.

b) Cabecera redondeada. Con claridad en 8 estelas, de Arróniz, Estella, Javier, Pamplona y Santacara. Dos variantes se acusan en este grupo, según que el remate sea semicircular (N7, 10, 25, 36, 37) o simplemente redondeado, sin llegar al semicírculo (N6, 8, 26).

c) Sólo una estela de Javier (N24) presenta el testero con la forma triangular típica de los monumentos greco-latinos de este tipo, que, no obstante, se manifiesta muy escasamente en las áreas vecinales a la nuestra[29].

d) Una variante tipológica de gran interés, por responder a monumentos de carácter no funerario, la dan dos ejemplares de Javier (N27) y Marañón (N31), que tienen forma de ara. Especialmente interesante es el remate del primero, con tres cuerpos —paralelepípedo, cuerpo cóncavo con volutas y otro triangular—. El perfil ondulado con volutas del segundo se repite en una estela segoviana de Roda de Eresma[30].

D. *Disposición de los elementos esculpidos.*

Ante la imposibilidad de manejar todos los ejemplares, muchos de ellos fragmentados, se han tomado como base 30 de ellos: no todos se conservan enteros, pero al menos es posible localizar lo que resta en el conjunto de la pieza original.

	Zona Alta	*Zona Media*	*Zona Baja*	*Total*
Discos	17	1	2	20
Crecientes	8	—	5	13
Arquerías	4	1	1	6
F. Humanas	11	4	2	17
F. Animales	5	2	2	9
Dec. Vegetal	3	1	—	4
Otros	10	1	2	13
Inscripciones	1	24	5	30

A la vista del cuadro precedente se ve claramente la localización casi exclusiva de la iconografía astral básica —discos, rosetas y estrellas— en la parte superior de la piedra. Ello vale asimismo para el único caso de representación de «escuadras de albañil» —N36—. En cuanto al creciente, resalta su relativamente frecuente ubicación en la parte baja de la pieza, bien que dominan los ejemplares que lo presentan en la zona superior.

Exactamente contrario es el caso de la localización de los epígrafes. Con una excepción

27. F. Marco Simón, *Tipología y técnicas en las estelas decoradas de tradición indígena de los Conventos Cesaraugustano y Cluniense*, Zaragoza, 1976, 6-8.
28. Marco Simón, 1976, 8 ss.
29. Marco Simón, 1976, 8-9 y 11.
30. J. M. Navascués, *Las inscripciones de Roda de Eresma*, Estudios Segovianos, I (1949), 237-238.

—Javier, N25—, aparecen en la parte media-baja de la piedra. En las estelas con una distribución zonal triple, la inscripción se lee en 16 eemplares en la zona media y en 5 en la baja. Las otras 9 piezas consideradas presentan una distribución dual, en cuyo caso el epígrafe se labrará lógicamente en la zona baja. Esta tónica es la normal en monumentos de este tipo, salvo en las estelas salmantinas, donde las inscripciones aparecen en la zona media o media-alta [31].

La disposición de las arquerías, en el remate de la pieza, es similar a la de las estelas vizcaínas y alavesas, que, como las navarras que presentan este motivo, son de testero plano. Hay que destacar el hecho, por cuanto en las estelas de remate redondeado, cual es el caso de las cántabras, las arquerías aparecen en el tercio inferior, lo que respondería mejor a la interpretación que ve en ellas representación de las puertas del Hades, a que luego aludiremos.

La mayoría de los restantes elementos iconográficos —figuraciones humanas, en especial los grupos trinitarios; animales, objetos de culto, representaciones vegetales— tienen una mayor frecuencia en la mitad o el tercio superior de la estela, sobre la inscripción en los casos en que ésta acompaña.

Habría que preguntarse si existe alguna relación entre la ubicación de los elementos temáticos y su iconología; bien que sea aventurado establecerla para todos y cada uno de los mismos, pensamos que en el caso del simbolismo astral —presentado, como se ha visto, en la parte alta de la estela— dicha relación existe aunque sea de forma mediata: lo que es seguro es la identificación, en un determinado momento, entre los elementos aludidos y los componentes del «mundo superior».

II. TÉCNICAS.

Un doble carácter desde el punto de vista técnico afecta a las estelas funerarias hispánicas en general y, más concretamente, de Navarra:

1. Frente al mayor bulto de la escultura clásica —o de ámbito ibérico costero—, estos ejemplares presentan unas formas de relieve muy bajo, muchas veces con la incisión —que en diversas piezas constituye el procedimiento técnico primordial— asociada para constituirse en vehículo expresivo de lo no substantivo. Resalta una predilección hacia el dibujo que relaciona más, como apuntara Bianchi [32], esta técnica con la tradición céltica de La Tène que con la escultura romana.

2. Características de estos ejemplares serían una abstracción, inorganicidad, disociación y simbolismo, en conceptos de Ferri, Blanc y otros [33]. Es evidente la orientación hacia lo esquemático y expresionista y, en definitiva, la abstracción y el geometrismo que se observan en estas piezas continuarían en época medieval.

En las estelas navarras se distinguen cuatro procedimientos técnicos distintos, si bien de muy desigual importancia:

A. *Bajorrelieve*. La mayoría de estos monumentos presentan los elementos temáticos en relieve muy bajo; es ésta una característica común también, como se ha dicho, a áreas limítrofes a las que nos ocupa. Cierta distinción de intensidad puede hacerse, entre piezas de relieve prácticamente inexistentes, casi plano, los contornos nítidos y perfectamente recortados en tendencia dibujística para destacar del fondo. Es el caso de las estelas de Aguilar de Codés (N1 a N5), alguna de Gastiain (N11, 12, 14, 22), Iruñuela (N23) o Santacara (N37). En otros casos el relieve adquiere un bulto relativamente más pronunciado, sin abandonar las características antedichas: ejemplos serían los de Estella (N9), Javier (N25), Pamplona

31. J. M. NAVASCUÉS, *Caracteres externos de las antiguas inscripciones salmantinas. Los epitafios de la zona occidental*, BRAH, CLIII (1963), 168.

32. R. BIANCHI BANDINELLI, *Roma. El fin del arte antiguo*, Madrid, 1971, 192.

33. G. BECCATTI, *Dell'organicitá e dell'astrazione*, Parola del Passato, fasc. 55 (1957), 281; A. C. BLANC, *Dall'astrazione all'organicitá*, Roma, 1958; G. DORFLES, *Organicitá dell'astrazione*, Aut-Aut, 38 (1957), 147; S. FERRI, *Organicitá, astrazione, composizione. Problemi di arte preistorica e protostorica*, en «Accademia Nazionale dei Lincei. Stratto dai Randiconti della Clase de Science morale, storiche e filologiche», Serie VIII, XIV, 1-2 (1959), 17-38; Bianchi, 1971, 110.

(N36), Villatuerta (N39). Y en algún caso, como en la estela interesantísima de Lerga (N30), aparece un sentido más apreciable de lo orgánico y volumétrico.

B. *Incisión.* Aparte de los ejemplares en que traduce lo adjetivo —rasgos faciales, detalles en determinados elementos temáticos—, aparece en diversas piezas como técnica dominante: tal en la estela de Iunia Ambata, de Gastiain (N16), y en otras de Javier (N24 y 26), Marañón (N31, 32, 33) y Larraona (N28 y 29).

C. La *inscultura,* nunca como técnica general, conforma, no obstante, algunos elementos de carácter eminentemente cultual, como es el caso de las páteras de las estelas de Gastiain (N11, 12, 14, 20, etc.).

D. La técnica del *bisel,* tan importante en los ejemplares burgaleses y cántabros, juega mucho menor papel en las estelas navarras —lo que se puede hacer extensivo también a las alavesas y, en general, a las del grupo que hemos llamado oriental—. Sólo en una estela de Gastiain (N12) aparece con claridad: de tal modo se presenta una svástica de radios curvos sinistrógiros, a la que el bisel da aspecto de turbina. La labra a dos vertientes característica de la técnica a bisel, con planos que se cortan por finas aristas, produce un claroscuro típico que acentúa los efectos lumínicos. Sólo tres ejemplares de la vecina Alava ofrecen esta variante técnica [34], y dos de ellos, procedentes de Contrasta —muy cerca de Gastiain, como el tercero de Sta. Cruz de Campezo— contienen una svástica similar, que aparece biselada sobre todo en estelas salmantinas [35].

A través de lo dicho es obvio que apenas si hay un ejemplar con un solo procedimiento técnico; por el contrario, en la mayor parte de las piezas coexisten dos y hasta tres técnicas distintas. Baste para confirmarlo la más hermosa estela de nuestra serie, la de Antonia Buturra de Gastiain (N11), en la que el relieve casi plano asocia secundariamente la incisión —en los detalles anatómicos de las figuras humanas y animal, en los peines, en las hojas de vid—, la inscultura de las pateras o del arco sobre fondo rebajado para resaltar más la figura de la difunta, o incluso el biselado menor que compone la retícula del arco.

III. Temas.

Linckenheld establecía tres clases de motivos iconográficos en las estelas oikomorfas de la Galia [36]:

1. Los derivados del carácter de «casa» que tiene la estela: puertas, acróteras, etc.
2. Los que resultan del carácter funerario del monumento: páteras, coronas, palmetas, retrato del difunto, escenas de la vida cotidiana, banquete funerario, etc.
3. Los símbolos astrales: soles, crecientes, estrellas, rosetas, svásticas, etc.

De todos ellos contienen nuestros ejemplares navarros. Comencemos con los elementos relacionados con lo astral, para seguir con el resto de los motivos.

1. *Discos.*

De entre todos los temas, es éste el que aparece con una mayor asiduidad. Se da en 23 ejemplares, de Aguilar de Codés, Arróniz, Bearin, Estella, Gastiain, Ibero, Javier, Larraona, Marañón, Pamplona y Santacara. Hay que pensar, con todo, que su número sería superior, al localizarse fundamentalmente en el remate de la estela, como se ha visto. El motivo no es idéntico en todos los casos, sino que se dan una serie de variantes que es preciso tener en cuenta para comprender mejor su significación.

La representación del sol, es una técnica primitiva, se reduce primero a un simple disco; después se plasma en una rueda o roseta. De ahí que hayamos incluido en este punto tanto los discos radiados, rosetas o svásticas, como los sencillos.

34. J. C. Elorza, *Estelas romanas decoradas en la provincia de Alava,* EAA, IV (1970), 240 y 248.
35. Navascués, 1963, *passim.*
36. E. Linckenheld, *L'ornamentation des stèles,* 15th. Congress of Anthropology and Prehistoric Archaeology, II, París, 1931, 493.

A. *Discos sencillos.*

La variante menos numerosa, aparece sólo en la estela de Arróniz (N7), con disco en relieve y umbo central, en otra de Bearin (N8) y en el ejemplar en forma de ara de Javier (N27). En el caso de Bearin adoptan una disposición especial, orlando la estela hasta la parte baja, de forma análoga a lo que sucede en una estela de Miranda-do-Douro y en otra procedente de Zamora [37].

B. *Discos radiados.*

B. 1. *Radios rectos.* Su frecuencia es máxima, al igual que, en general, en las estelas funerarias de la Península. En Navarra se dan en 17 ejemplares de forma segura. Atendiendo al número de radios, de la estrella, algunas variantes se dan en nuestros ejemplares:

a) Predominan los discos o estrellas de seis radios, a los que en el catálogo se denominan normalmente «roseta hexapétala» por presentar unas hojas o radios lanceolados. Es el tipo absolutamente dominante en la decoración de las estelas hispánicas, y su forma aparece de manera prevalente en monumentos similares de otras regiones. Esta variante se da en ejemplares de Aguilar de Codés (N2), Gastiain (N11, N15), Larraona (N28), Pamplona (N36) y Santacara (N37). En una estela de Estella se presentan los extremos unidos por otras hojas, lo que también sucede en algún otro ejemplar de Burgos y Cantabria.

b) En media docena de ejemplares el número de los radios es superior a seis; su número no es fijo —12, 15, etc.—, y adoptan el aspecto general de una margarita, con umbo central marcado, dejando aparecer entre sus hojas las puntas de otras. Estas flores multipétalas son características del grupo de Gastiain (N11, 14, 15, 19, 20), y en un caso presentan los pétalos nervados (N14).

c) En dos piezas de Gastiain (N13 y 14) las rosetas presentan menos de 6 radios: concretamente 3 y 5 respectivamente, en este último caso no inscritos en círculo alguno.

Por lo que respecta a la morfología de los radios rectos, aparecen las variedades siguientes, a veces coexistiendo en un mismo ejemplar:

1. Radios reducidos a una simple línea incisa (N19).
2. En forma geométrica de punta de lanza. La variedad dominante en nuestros ejemplares y también en los alaveses (N10, 11, 14, 15, 28, 36, 37).
3. Hojas anchas, de forma carnosa. Si bien constituyen la mayoría en los ejemplares cántabros y burgaleses, en nuestra provincia su entidad es mínima (N2, 11, 15). Es la modalidad más interesante desde el punto de vista estético, debido a cierto juego lumínico de claroscuro que les presta la técnica derivada del bisel.
4. Radios petaliformes, que dan al conjunto forma de flor. Bastante frecuentes en monumentos similares de la Galia, Italia o Panonia, son escasos en las estelas hispánicas, y en Navarra se dan sólo en dos ejemplares de Gastiain (N13 y 14).

B. 2. *Radios curvos.* La svástica se da en sólo dos estelas de Gastiain (N11 y 12). Es en la de Iunius Paternus (N12) donde se aprecian palmariamente los caracteres técnicos de este motivo: esculpidas, modeladas como si fueran las ruedas de una turbina por el bisel, presentan múltiples brazos. En los dos casos son sinistrógiras, cualidad de la que participan también los ejemplares alaveses. En cambio, en el grupo occidental —Burgos, Palencia, Salamanca— domina el sentido dextrorso [38].

2. *Creciente lunar.*

Aparece en 12 de las 42 estelas catalogadas, lo cual supone un porcentaje relativo ampliamente superior al de, por ejemplo, Cantabria, Burgos o incluso Alava. En todos los casos

37. M. Gómez Moreno, *Catálogo Monumental de España. Zamora,* Madrid, 1927, 47, fig. 9.
38. Navascués, 1963, 170.

aparece el creciente con los cuernos hacia arriba. Sólo en una estela de Javier (N24) se presenta invertido, forma extremadamente rara: crecientes similares aparecen en una estela del Museo de Vigo y en dos portuguesas de los de Leite de Vasconcelos y Braganza [39]; los ejemplares con creciente invertido, que son escasos en el ámbito extrapeninsular, se dan sobre todo en el Norte de Africa [40].

El ejemplar de Domitia Semproniana, de Gastiain (N14), presenta una variante de gran interés, con creciente sobre soporte de base cóncava, decorado en espina de pescado y acabados los cuernos de forma redondeada. Elementos similares se dan en estelas de Logroño, Burgos, Asturias y León, y son frecuentes fuera de la Península en monumentos de Asia Menor, Panonia, Galia y Roma. Es muy posible que tal variante del creciente tenga un significado ritual, como ya apuntara Cumont [41].

3. *Escuadras.*

El término «escuadras de albañil» de debe a García y Bellido [42], y a partir de él ha venido aplicándose, por la mayor parte de los autores. Leite de Vasconcelos las llama «emblemas angulosos» [43].

En efecto, se trata de unos motivos en forma de ángulo recto, que se presentan opuestos por uno de sus lados. Aparecen siempre pareados y asociados a otros elementos de clara índole escatológica astral. Normalmente se localizan en la parte superior de la piedra, ocupando las enjutas inferiores del campo semicircular del remate, por lo que presentan el vértice hacia afuera. No obstante, el único ejemplar navarro —de Pamplona —en que aparecen los presenta invertidos (N36), en una variante que se repite en la cercana Contrasta [44], y en dos estelas, de Salamanca y Portugal [45].

Que los motivos que tratamos pueden tener un carácter meramente decorativo lo demuestran algunas estelas. Tal sucede con la de Bearin (N8), con los pequeños círculos orlando el borde de la piedra. No puede admitirse al respecto la teoría a que hace alusión Cumont [46], sin aceptarla, de que la idea de los escultores fuera representar mediantes estos y otros circulitos similares —y según una doctrina filosófica estoica— las almas que, elevadas al cielo, adoptarían una forma esférica, viviendo en el espacio que rodea a la luna transformadas en astros. El mismo carácter decorativo, perdida ya la significación simbólica, tendrían también las rosetas que surgen en algún ejemplar, como el de Domitia Semproniana, de Gastiain (N14), o los circulitos de una de las estelas de Javier (N27).

No obstante, el contenido simbólico de los elementos que analizamos se evidencia en los ejemplares en que aparecen éstos claramente relacionados. Veamos, pues, las *asociaciones* de motivos existentes, que contribuyen sin duda a hacer más diáfano su sentido.

1. El caso más normal es el del creciente lunar —que nunca aparece sólo— entre dos rosetas. Sucede esto en estelas de Gastiain (N13, N18), Larraona (N28) y Santacara (N37). Este esquema se halla ampliamente difundido en Asia Menor y en la región danubiana, en Germania y menos en Galia. Cumont [47] lo interpreta para Oriente como la triada babilónica Sin-Shamash-Ishtar (el Sol, la Luna y Venus), y en España como el Sol en su ascenso, cénit y ocaso, basándose en una interpretación de Jullian [48]. Idéntica es la opinión de Goblet d'Aviella, que busca para esta asociación paralelos indios [49].

2. El tímpano semicircular de la estela de Pamplona (N36) constituye el ejemplo más

39. D. Juliá, *Etude épigraphique et iconographique des stéles funéraries de Vigo,* Heidelberg, 1971, n.° 11, p. 25; Leite de Vasconcelos, *Religiôes da Lusitania,* III, Lisboa, 1913, 428.
40. A. M. Bisi, *Le Stele Puniche,* Studi Semitici, XXVII, Roma, 1967, figs. 26, 27, 34, 35, etc. ... Juliá, 1971, 29.
41. F. Cumont, *Recherches sur le symbolisme funéraire des Romains,* París, 1966, 222.
42. 1949, 342-343.
43. Leite de Vasconcelos, III, 1913, 406.
44. Elorza, 1970, 240.
45. Navascués, 1963, fig. 5, n.° 54; Leite de Vasconcelos, 1913, 412, fig. 181.
46. Cumont, 1966, 227.
47. Cumont, 1966, 226.
48. C. Jullian, REA, XII (1910), 87; cfr. Cumont, 1966, 226.
49. C. Goblet d'Alviella, *La migrations des Symboles,* París, 1891, cap. II; cfr. Cumont, 1966, 226.

rico no ya sólo en cuanto a la iconografía astral de las estelas navarras, sino por lo que respecta a su composición y organización de sus elementos. El motivo dominante es, en este caso, una gran luna creciente, entre cuyos cuernos aparece una estrella. Esta íntima asociación aparece en otras estelas peninsulares, de Galicia, Burgos, León y Cáceres. Fuera de España es muy frecuente en Asia Menor, Noricum y Panonia, y sobre todo en las estelas púnicas de Numidia y Cerdeña. Entre estas últimas es muy frecuente la variante del creciente invertido que cobija el disco, manifestada en la Península por un ejemplar lusitano de Trancoso [50]. Ambas modalidades parecen los símbolos de Saturno y Tanit, respectivamente, en la religión púnica [51].

La presencia del elemento anterior rodeado de tres discos en triángulo aparece también en otras piezas similares de León, Galicia, Galia, Roma, etc. Este esquema lo pone Cumont en relación con la idea del triángulo como signo funerario de la inmortalidad, debida a los pitagóricos [52], pero es harto dudoso que la tuviera viva el artista del ejemplar que nos ocupa, en el caso que tuviera este origen.

Una última asociación entre los elementos astrales de la estela que nos ocupa viene manifestada por las dos «escuadras» invertidas que flanquean el creciente; de su contenido se hablará después, al aludir al significado de estos motivos.

3. En una estela de Oteiza de la Solana, dedicada a un *Calaetus* y actualmente desaparecida (N35), aparecía el creciente asociado a una cabeza de bóvido. La relación e identificación, en último caso, de la cornamenta de los toros y otros animales, como el rebeco, con la Luna a través del creciente ha sido ya puesta de manifiesto; en Navarra viene confirmada arqueológicamente por algunos ejemplares de la espléndida serie de aras taurobólicas existentes, en parte procedente de la vecina provincia de Zaragoza [53]. En una de Artajona, aparece un creciente entre los cuernos del toro, que imitan perfectamente la forma de la media luna en otra pieza de Eslava. Otros ejemplares de la serie presentan a dicho animal asociado a discos y estrellas, que aparecen entre sus cuernos, como en dos ejemplares de Sos, o bien decorando el fondo de la piedra en otro de Sofuentes. En cualquier caso, la relación del toro con el elemento astral es evidente a través de la serie.

4. La aparición del creciente entre las siglas D M se atestigua en un ejemplar de Marañón con remate en forma de ara (N31), de modo idéntico al de dos estelas alavesas, de Narvaja y Sta. Cruz de Campezo [54]; dicha aparición habla a las claras de la influencia de la luna sobre la vida póstuma.

5. Determinadas piezas presentan elementos de tan clara simbología astral como el creciente o estrellas asociados a otros de índole cultual. Tal es el caso de las páteras que acompañan al creciente (N14) o a la svástica (N12) en estelas de Gastiain; de jarras de libaciones que aparecen en piezas de la misma procedencia (N11 y 12) y en un fragmento de Larraona (N28) —en este caso se trata de vasos que acompañan a un creciente—; o del elemento fitomorfo de una estela de Estella (N10) —se trata de una ramita sobre un árula, idéntica a la que presenta la lápida leonesa de Viladecanos— y de otros motivos triangulares que, evidentemente, no son sino estilizaciones del anterior, en piezas de Arróniz (N7) y Santacara (N37). En los tres casos últimos mencionados este motivo se asocia a la roseta o disco y, en opinión de García y Bellido, se trata de un símbolo atribuible al culto de Zeus Dolicheno [55].

Es evidente la importancia de la escatología astral en las creencias y los monumentos funerarios de la Antigüedad. El Sol aparece como luz suprema y fuente de vida; uno de sus símbolos capitales es la svástica, cuyo carácter de «porte-bonheur» ha sido manifiestamente señalado [56], y la rueda o roseta hexapétala, tan frecuente en nuestros ejemplares, parecen ha-

---

50. Leite de Vasconcelos, 1916, III, 408, 177 a.
51. Bisi, 1967, 27.
52. Cumont, 1966, 222.
53. J. E. URANGA, *Vestigios del culto al toro en Sos,* BCM Navarra, 1926, págs. 415-421; ibid., *El culto al toro en Navarra y Aragón,* IV SPP, Pamplona, 1966, 223-231.
54. Elorza, 1970, 247-248, fot. 42 y 44, respectivamente.
55. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Júpiter Dolichenus y la lápida de Villadecanos,* Zephyrus, XI (1960), 199-204.
56. M. MÜLLER, *L'emploi et la signification dans l'antiquité du signe dit croix gammée,* 1877; R. P. GREG, *On the meaning and origin of The Fylfot and Svastika,* Arch. Brit., 1885, 292; C. GOBLET D'ALVIELLA, *Lacroix-gammée ou Svastica. Etude de symbolisme comparée,* en *La migration des symboles,* 1891; WILSON, *The Svastica,* «Annual Report of the Board and regents of Smithsonian Institution», Washington, 1896.

ber sido los símbolos del Júpiter galo [57]. La luna es el emblema de la protección sobrenatural, en opinión de Nock [58], o de la esperanza, como cree Leglay [59], si bien su carácter de morada de los muertos está ampliamente difundido en la Antigüedad [60]. Respecto del origen de estos motivos, se ha aludido a su procedencia africana [61] u oriental [62]. En nuestra opinión, que coincide aquí con las de Leite y García y Bellido [63], se trata de elementos arquetípicos, que implicarían una superposición de símbolos alóctonos sobre los índigenas. Otro carácter tendrían las «escuadras de albañil», que, al igual que la forma «culta» de representar el creciente —sobre peana—, serían introducidas en la Península, a través del foco de Panonia, por el elemento legionario de la VII Gemina, como apuntara Cumont [64]. De las interpretaciones dadas a este motivo —medias lunas estilizadas [65], montantes de las puertas celestes [66], brazos de Atlante soportador de la bóveda celeste [67], cerraduras de las puertas del cielo [68]— es, a nuestro entender, más probable esta última: el ojo de la cerradura aparece representado de esta forma en las tumbas frigias en forma de puerta [69], y en la Antigüedad se considera a la luna «porta coeli». Es difícil pensar que las «escuadras» sean estilización de los brazos de Atlante, cuando en ocasiones, como en la estela de Pamplona, aparecen invertidas, o bien en número de cuatro, como en alguna lusitana [70].

4. *Arquerías y estructuras arquitrabadas.*

Se constatan los arcos en 11 estelas, de Aguilar de Codés, Estella, Gastiain, Marañón, Santacara y Villatuerta. Por su forma se distinguen dos tipos perfectamente definidos:

a) Arcos de medio punto. El término es convencional y no implica que todos tengan necesariamente esta forma, pues algunas estelas los presentan claramente rebajados (N5, N19, N33). Predominan de manera casi absoluta, con una sola excepción, al contrario de lo que sucede en Cantabria y en la vecina Alava, donde se observa una mayor frecuencia relativa de los ultrasemicirculares. En ningún caso se da la representación de los capiteles.

b) Arcos ultrasemicirculares. En sólo un ejemplar, el dedicado a Antonia Buturra, de Gastiain (N11), se presenta esta forma, enmarcando a la difunta; es el único caso en que el arco descansa sobre columnas, en las que la basa y el capitel —de clara filiación corintia, si bien estilizado— aparecen perfectamente definidos.

Estos motivos no se presentan siempre con el mismo número e idéntica disposición, sino que hay unas variantes a considerar:

a) Un solo arco. En cinco ejemplares, se localiza siempre en la parte alta de la pieza. Lo más normal es que sirva para enmarcar a figuras humanas, lo que se pone de manifiesto en estelas de Aguilar de Codés (N5), Gastiain (N11 y N19) y Marañón (N33).

b) Dos arcos aparecen en una estela de Estella (N10), con doble moldura en el intradós.

c) Tres arcos alineados. Lo normal es que se sitúen en la parte alta de la estela (N2, N13, N16), pero en dos piezas de Santacara (N37) y Villatuerta (N39) se disponen en el tercio inferior. Sirven para cobijar figuras humanas en dos de los monumentos antedichos (N2 y N40).

---

57. E. Espérandieu, *Recueil général des bas-reliefs, statues et bustes de la Gaule Romaine,* IX, París, 1908, 6.843; Linckenheld, 1931, 494; Cumont, 1906, 225.

58. A. D. Nock, *Sarcophagi and Symbolisme,* AJA, L (1946), 142.

59. M. Leglay, *Saturne Africaine,* París, 1966, 173.

60. Cfr. Eliade, 1970, I, 205.

61. J. Déchelette, *Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine. II. Archéologie celtique ou protohistorique,* París, 1950, 453 ss.; J. Toutain, *Les symboles astraux sur les monuments funéraires d'Afrique du Nord,* REA, XIII (1911), 165-175.

62. J. I. Marquet de Vasselot, *Les Influences Orientales,* en «Histoire de l'Art», I, A. Michel, París, 395 ss.; cfr. Puig y Cadafalch, *L'Arquitectura romànica a Catalunya,* I, Barcelona, 1909, 248; Cumont, 1966, 120 ss.

63. Leite de Vasconcelos, 1913, 434; García y Bellido, 1949, 332.

64. Cumont, 1966, 233; García y Bellido, 1949, 343.

65. Leite de Vasconcelos, 1913, 406.

66. C. Jullian, REA, XII (1910), 89; Mahler, *Orientalische Literaturzeitung,* 227, n.º 2; cfr. Cumont, 1966, 233.

67. J. M. Blázquez, *Diccionario de las religiones primitivas de Hispania,* Madrid, 1975, 183.

68. Schober, 1923, 218 ss.

69. W. M. Calder y J. M. R. Cormack, *Monumenta Asiae Minoris Antiqua, VIII: Monuments from Lycaonia. The Psido-Phrygian Borderland, Aphrosias,* Manchester, 1962, 165, fig. 71, etc.

70. Leite de Vasconcelos, 1913, fig. 192.

Frente a la ubicación normal de las arquerías en el tercio inferior de la estela, sobre todo en monumentos de remate redondeado —Cantabria, Burgos, etc.— en Navarra, y lo mismo en las vecinas Alava y Vizcaya, se disponen en lo alto, con algunas excepciones como las de Santacara y Villatuerta mencionadas. La aparición de estos motivos en Navarra y zonas limítrofes tienen lugar por lo general en estelas de testero plano [71].

La identificación de las arquerías como forma erudita de representar las puertas del cielo ha sido consignada por autores como Macchioro, Altmann, Linckenheld o Cumont [72], y creemos que este es el significado de las que exhiben nuestros ejemplares —crecientes lunares aparecen sobre los arcos en la estela de Santacara (N37), y éstos se asocian a una escena de apoteosis en la de Villatuerta (N40)—. Un caso especial lo constituye, con todo, el único arco ultrasemicircular de la serie (N11), cuya significación quizá se atenga a la que Mansuelli da a este tipo de figuraciones, en el sentido de que la arquería sería una transposición del arco honorífico en cuanto monumento, cargado de sentido conmemorativo [73].

En tres ejemplares navarros aparecen estructuras arquitrabadas. En las de Lerga (N30) son dos columnas con capitel dórico y alta basa las que sostienen el arquitrabe, en un esquema que se repite en Javier (N25). En la estela de Bearin (N8) es un edículo arquitectónico rematado por un frontón triangular, como en dos burgalesas de Peñalba de Castro y Revilla del Campo [74].

Sobre el origen de estos elementos se puede pensar, con alto grado de probabilidad, en una procedencia oriental o helenística. De Oriente pasarían a las regiones danubianas, donde son muy frecuentes [75], y llegarían después a Galia y España.

5. *Figuraciones humanas.*

Uno de los rasgos principales de las estelas navarras, desde el punto de vista iconográfico, es la importancia —estadística y significativa— de las representaciones humanas, común también a la vecina Alava y al grupo burgalés, frente a los monumentos similares de Cantabria o las zonas más occidentales. En concreto son 18 los ejemplares en que aquellas aparecen, en la mayoría de los casos no asociadas a animales. Veamos éstos en primer lugar.

5.1. *Representaciones humanas no asociadas a animales.*

El tema presenta variantes diversas, y su significado cambia igualmente:

a) Solamente en cuatro ejemplares (N8, N11, N19 y N24) aparece un personaje representado, en piezas muy interesantes. La estela de Bearin lo contiene estante, bajo un edículo arquitectónico, lo mismo que un fragmento de Gastiain, en que un arco de medio punto lo cobija. En el ejemplar de Antonia Buturra, por el contrario, aparece sedente, los pies apoyando sobre un escabel. No es seguro que las figuraciones humanas bajo templetes se refieran siempre a divinidades y pensamos, por el contrario, que la mayoría de las representaciones en nicho o edículo aluden al difunto. Pero en los casos de Bearin y de Gastiain creemos que se debe pensar en unos difuntos ya heroizados, como ya apuntara Barandiarán [76]. Así lo prueba la asociación de elementos simbólicos con valor claramente funerario, como el creciente y la palma en el ejemplar de Bearin (N8), o la corona que, en forma de arco ultrasemicircular, rodea a la figura de Gastiain (N11), con seguridad la Antonia Buturra del epígrafe.

En la estela de Javier (N24) aparece sólo representada la cabeza del difunto. Una especie de creciente lunar invertido cobija los rasgos faciales —nariz, ojos, boca— todo ello inciso. Escalada pensó, a la vista de la figura, en una representación de la diosa luna [77]. En realidad,

71. Marco Simón, 1976, 23.
72. V. Macchioro, *Il simbolismo nella figurazione sepolcrali romana. Studi di ermeneutica*, Roma, 1911, 73 ss.; W. Altmann, *Die römischen Grabaltare der Kaiserzeit*, Berlín, 1905, 13 ss.; E. Linckenheld, *Les stèles funéraires en forme de maison chez les mediomatriques et en Gaule*. Paris, 1927, 9 ss.; Cumont, 1966, 13 ss. y 213.
73. G. A. Mansuelli, *El arco honorífico en la arquitectura romana*, AEA, XXVII (1954), 93-178; J. C. Elorza, *Esculturas romanas en la Rioja*, Logroño, 1975, 60.
74. García y Bellido, 1949, 359, lám. 261; Abásolo, 1974, 148, lám. C, 2.
75. Schober, 1923, figs. 22, 31, 37, 57, 58, etc.
76. Barandiarán Maestu, 1968, 225.
77. Escalada, 1935, 240.

no se trata de tal creciente, sino de la traducción ingenua del tocado o cabello. Que esto es así lo prueba otra estela lusitana, prácticamente idéntica a la que nos ocupa, procedente de Cárquere [78]. En realidad, esta tendencia hacia la «pars pro toto» es un fenómeno característico del arte céltico. Lambrechts cree que no debe hablarse de «cabezas cortadas» sino de la «exaltación de la cabeza» en el pensamiento y en el arte de los celtas [79], manifestada en la frecuencia de las representaciones de enemigos decapitados —el rito céltico de las cabezas-trofeo—, de dioses reducidos a la cabeza, o de difuntos, que sería nuestro caso.

La tendencia a representar la parte por el todo se traduce también en el gran volumen de la cabeza, o en la negligencia en el tratamiento de la parte inferior del cuerpo de las figuras; y ello es perfectamente visible en nuestros ejemplares, se presente un solo personaje o sean dos o tres los que aparezcan.

b) El caso de dos figuras representadas se da en 3 ejemplares. En ellos la actitud de los personajes es estante; es posible que en la estela de Aguilar de Codés fueran tres las figuras existentes, pues falta parte de la piedra y es el único ejemplar de esta procedencia que no sigue la línea trinitaria de los otros (N1). Las otras piezas son de Marañón (N33) y de Lerga (N30). Esta última, una de las de mejor arte de todas las hispánicas, presenta a dos personajes —entre las dos columnas que sostienen el entablamento sobre el que se yergue un jinete— que exhiben un objeto en lo alto. Para Marcos Pous [80] sería una urna con las cenizas del difunto. No obstante, y a la vista de una escena idéntica en la estela alavesa de Narvaja [81], en la que aparecen además tallos de vid, creemos que se trata de un objeto relacionable con el banquete celestial —tema ampliamente difundido en las estelas del grupo burgalés e inédito en Navarra—, y asimismo con los monumentos de los «equites singulares» —entre los que se cuenta el de Lerga—: la cista mística, que aparece en las escenas dionisíacas [82], y que pertenece a los misterios que dan a sus adeptos la seguridad de participar en el festín eterno.

c) Mucho más numerosas son las representaciones de tres personajes, que se dan en diversos ejemplares. Proceden estos de Aguilar de Codés (N2, 3, 4 y 5), Arbeiza (N6), Estella (N9), Marañón (N32), Urbiola (N38) e Iruñuela (N23), éste último inédito. En el Museo de Navarra se conserva otro (N41), que, a juzgar por sus características, debe ser originario de Aguilar de Codés o sus aledaños.

Características comunes a estos ejemplares son un acusado esquematismo, primariedad y tosquedad técnica. Con la excepción de una estela de Marañón, de técnica incisa (N32), domina el relieve casi plano. Las figuras, estantes y en posición frontal, visten traje talar hasta la rodilla (N3, 8, 39), o se presentan aparentemente desnudas (N2, 7). Representaciones trinitarias se atestiguan en zonas próximas a la nuestra: en la estela alavesa de Sta. Cruz de Campezo [83], en las vizcaínas de Galdácano y Zaldu de Gordejuela [84] o en la logroñesa de Montemediano [85]. Marcos Pous y García Serrano se dieron cuenta de la unidad existente entre todas estas piezas [86]; sin embargo cabe poner dudas a la existencia de un solo taller, a la vista de las diferencias técnicas e iconográficas entre las estelas de Aguilar de Codés y las de, por ejemplo, Sta. Cruz de Campezo, Urbiola o Arbeiza.

5.2. *Escenas cinegéticas.*

La caza se constituye en motivo capital de dos interesantes estelas. Una de ellas, inédita, de Iruñuela (N23), presenta en el tercio inferior de la piedra una escena en la que el hombre armado, a la izquierda, hostiga con una lanza a un jabalí, al que acosa otro animal por de-

78. Leite de Vasconcelos, 1913, 455, fig., 237a.
79. P. LAMBRECHTS, *L'exaltation de la tête dans la pensée et dans l'art des Celtes,* Brujas, 1954, 21.
80. Marcos Pous, 1960, 333.
81. Elorza, 1970, fot. 42.
82. AMELUNG, *Catal. Vatic., Gallerie Lapidaria,* I, 266 ss.; CIL VI, 3186, 3200, 3208, 3214, etc.; cfr. Cumont, 1966, 434-435.
83. Elorza, 1970, 248, fot. 44; Marcos Pous, 1972, 320 y 326.
84. J. M. DE UGARTECHEA y SALINAS, *Notas sobre estelas, lápidas e inscripciones vizcaínas,* AEF, XIX (1962), 159-160 y 168; Marcos Pous y García Serrano, 1972, 320-321, fot. 1.
85. A. GONZÁLEZ y V. ESPINOSA, *Más epigrafía romana en Cameros Nuevo,* Berceo, 87 (1974), 233; Elorza, 1975, 52.
86. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 317-328.

trás, con seguridad un perro. El estado de conservación es bastante deficiente, pese a lo cual la vivacidad y soltura de las actitudes resultan evidentes.

El otro ejemplar es el conocido de Octavia, procedente de Villatuerta (N40). También en el tercio inferior, y bajo el arco de medio punto central, aparece un guerrero armado con una espada en la diestra y lo que parece un escudo visto de perfil —mejor que una lanza— en la mano izquierda; lo flanquean dos cuadrúpedos, muy toscamente ejecutados, que parecen ciervos. La temática cinegética es bastante escasa en las estelas peninsulares; sólo cuenta relativamente en el grupo de Burgos.

El valor religioso y místico de la caza, igual en la Céltica que en el mundo grecorromano, ha sido puesto de manifiesto por Aymard [87]. Su contenido ético como actividad excelente para la formación física y espiritual va parejo a su significación como *ponos* tendente a alcanzar la apoteosis, a través de la lucha peligrosa del hombre contra la fiera. De ahí su aparición en los monumentos funerarios.

5.3. *Representaciones ecuestres.*

En la estela de Lerga (N30), sin duda una de las más importantes de nuestra serie, aparece la figura de un jinete hacia la derecha. Lamentablemente no se conserva la cabeza del caballo, como tampoco el cuerpo del jinete, a excepción de las piernas, por lo que es imposible saber si estaba armado o no. En cualquier caso, la estela de Lerga es quizá la de mejor arte de toda la serie, con un relieve mucho más acusado, un naturalismo y una organicidad que están ausentes en la mayor parte del resto de los ejemplares.

Los paralelos más próximos de la estela de Lerga se hallan en la alavesa de Iruña [88] y en el único ejemplar guipuzcoano en época romana, procedente de Oyarzun [89], bastante alejado éste último de nuestro ejemplar, no obstante.

Se ha señalado el carácter sagrado del caballo en la heroización ecuestre, como símbolo de la inmortalidad y la apoteosis del difunto [90]. De las dos vertientes iconográficas existentes —caballero sobre su montura y guerrero estante ante el caballo— la estela de Lerga respondería a la primera. El tema es originario de Tracia [91], donde son numerosas las estelas con esta decoración, en las dos modalidades de héroe caballero y héroe cazador que se dan en las estelas hispánicas, de Burgos especialmente.

En una estela de Ibero, hoy desaparecida, aparecían dos figuras humanas, una de las cuales asía las riendas de un caballo, según Moret (N22). La asociación de figuras humanas y équidos vuelve a darse en un ejemplar alavés de Baños de Ebro, con dos personajes flanqueando un caballo con riendas, sobre las iniciales D. M. [92]. Equidos aislados se constatan, por último, en la estela de Urbiola (N38), con otro cuadrúpedo indeterminado en el borde izquierdo de la pieza.

6. *Representaciones de animales.*

Aparte, naturalmente, de las figuraciones de équidos antedichas, otros animales aparecen en las estelas de Navarra:

6.1. *Bóvidos.*

Se constatan en 4 ejemplares, dos de los cuales han desaparecido. De estos últimos, el de Ibero presentaba dos cabezas de toro (N22), y en el de Oteiza de la Solana (N35) era una cabeza de buey la que se asociaba a un creciente lunar. Las representaciones más interesantes, sin embargo, se dan en estelas de Iruñuela (N23) y Gastiain (N11): en ambos casos son dos toros, muy próximos estilísticamente, los que aparecen hacia la derecha —la cabeza de este último en posición frontal—.

87. J. AYMARD, *Les chasses romaines,* París, 1951, 483-522.
88. G. NIETO, *El oppidum de Iruña* (*Alava*), Vitoria, 1958, 205, lám. LXXVII.
89. Barandiarán Maestu, 1968, 200 ss.; J. M. REZOLA, *La variante «tesserarius» de la estela romana de Andrerreguía en Oyarzun*, BRSV, XXVII (1971), 257-292.
90. Benoit, 1954, 31; J. M. BLÁZQUEZ, *Caballo y ultratumba en la Península ibérica,* Ampurias, XXI (1959), 281-302.
91. Bianchi, 1971, 309.
92. Elorza, 1970, 248.

Con las estelas antedichas hay que relacionar la serie de aras taurobólicas procedentes de nuestra provincia y la parte Norte de Zaragoza: Artajona, Eslava, Ujué, Sofuentes, Sádaba, Sos, etc. [93]. La de mayor interés es una de las dos de Sos del Rey Católico, que presenta una escena de sacrificio, con una gran cabeza de toro y dos discos entre los cuernos. En Alava contamos con paralelos próximos en las estelas de Contrasta, Laguardia y Ocáriz [94].

La presencia de todas estas lápidas y aras taurobólicas plantea el problema de la existencia de un posible culto al toro. Atestiguado en la Península por Diodoro [95], Blanco cree que radicaría en el poder genésico y físico de este animal [96]. El toro se presentaría, así, como símbolo de fecundidad y de pujanza, y su representación en la estela de Iruñuela deja ver claramente los testículos. Símbolo solar para Leglay [97], se relaciona también con la luna —asociación al creciente en la estela de Oteiza y el ara de Eslava— y, en última instancia, con las aguas y la fecundidad [98]: en la estela de Antonia Buturra (N11) aparece claramente asociado a árboles; simbiosis que ha perdurado en nuestra zona hasta una época tan tardía como la de fines del gótico, según atestiguan los símbolos cultuales de la torre de Iturriotz, interpretados por Satrústegui como una escena que expresa el culto a la fertilidad [99].

6.2. *Ciervos.*

En la estela de Octavia, de Villatuerta (N40) aparecen dos animales flanqueando a un personaje armado que han sido interpretados como posibles équidos, lo que relacionaría la escena con el *potnios hippon* de tipo del «domador estante» de los relieves de Sagunto y Mogón [100]. Sin embargo, y a pesar de lo inhábil de su ejecución, la cornamenta hace pensar que se trata de ciervos. Su relación con el mundo de ultratumba es clara, como emblema de fecundidad y abundancia, pero, al mismo tiempo, de regeneración y longevidad [101]. No es extraño que en Villatuerta, como en otras piezas burgalesas, el animal aparezca en una escena de caza: el ciervo entrena a los cazadores a través de los caminos desconocidos hacia el Más Allá [102].

6.3. *Jabalí.*

Aparece en una escena de caza, como en diversos ejemplares burgaleses, de la interesantísima estela de Iruñuela (N23). Animal de carácter infernal y funerario por excelencia, su papel de bestia indomable y rabiosa ayuda a dar a la caza de que es objeto un carácter moral [103], que explica su aparición en multitud de monumentos funerarios de época romana, así como su perduración en los cristianos.

6.4. *Perro.*

Participa de la escena cinegética anterior (N23), acosando al jabalí. Cumont cree que la verdadera razón de la presencia del perro en los monumentos funerarios hay que buscarla en el hecho de que sigue siendo el mejor amigo del hombre en el Más Allá [104]. Para Linckenheld, el perro es el animal de los muertos [105]. En cualquier caso, su presencia en la estela de Iruñuela, auxiliando a su dueño en la caza, queda perfectamente justificada.

6.5. *Serpiente.*

Representada sólo en la estela de Urbiola (N39), en la parte derecha del remate. Animal uno de los símbolos más importantes de la imaginación humana, su contenido apuntaría

93. Uranga, 1966, 223-231.
94. Elorza, 1970, 245; ibid., *Dos nuevas estelas alavesas,* EAA, V (1972), 139; ibid., 1969, 56.
95. Diod., IV, 18, 3.
96. A. Blanco, *El toro ibérico,* en «Homenaje al Prof. Cayetano Mergelina», Madrid, 1962, 172.
97. Leglay, 1966, 134 ss.
98. Deonna, *Genava,* XIX, 158 ss.; cfr. De Vries, 1963, 188.
99. J. M. Satrústegui, *Símbolos cultuales de la torre de Iturriotz,* CEEN, 8 (1972), 105-112.
100. Barandiarán Maestu, 1968, 207.
101. De Vries, 1963, 81.
102. A. Grenier, *Les Gaulois,* París, 1970, 295.
103. L. Rubio, *San Paciano,* Barcelona, 1958, 55; cfr. Blázquez, 1957, 19.
104. Cumont, 1966, 405.
105. Linckenheld, RHR, XCIX (1929); Cfr., De Vries, 1963, 190.

en una triple dirección[106]: transformación temporal, regeneración y símbolo de inmortalidad; fecundidad; y animal chtónico y funerario por excelencia.

6.6. *Aves.*

Uno de los ejemplares de Gastiain, el de M. Iunius Paternus (N12), muestra dos aves gallináceas, posiblemente un pavo con su cría —ésta en actitud de picotear un racimo de vid—, entre dos jarras rituales. La asociación con la vid vuelve a repetirse en dos estelas alavesas de Luzcando y San Román de San Millán[107].

La significación de las aves es clara, como símbolos del refrigerio del alma en el otro mundo[108]; no es de extrañar, por ello, su aparición acompañando a la vid —como en la estela de Gastiain— o a recipientes diversos. Señalemos, en cualquier caso, que este elemento iconográfico es de importación, su carácter «culto» confirmado ante los motivos con los que se asocia —cráteras, coronas, racimos de vid, etc.—.

7. *Elementos vegetales.*

7.1. *Vid.*

Esta planta aparece de forma casi exclusiva, entre las estelas hispánicas, en más de una veintena de ejemplares alaveses y navarros: en nuestra provincia son 5, procedentes de Iruñuela (N23) y Gastiain (N11, 12, 14 y 20). El resto son de localidades alavesas: Araya, Contrasta, Ibarguren, Luzcando, Ocáriz, San Román de San Millán, Ilárduya. La proximidad geográfica, temática y estilística de todas estas estelas ha sido repetidamente puesta de manifiesto, y analizada últimamente por Elorza[109].

Los tallos vegetales adoptan una ubicación marginal, recorriendo los bordes de la estela; presentan un ritmo alternante, con un pámpano y un racimo correspondientes a cada curva. Los ejemplares de Gastiain —el de Iruñuela se encuentra fragmentado, faltando la parte media superior de la pieza— muestran una disposición invariable que no se observa en los alaveses, a excepción de una estela de Ocáriz: los racimos se disponen siempre hacia el interior y las hojas nervadas hacia afuera; en la de Antonia Buturra, de Gastiain (N11), los tallos arrancan de sendos recipientes, lo que sucede también en otra alavesa de Luzcando que se conserva completa. No obstante, no hay que suponer que esto ocurriría en el resto de los ejemplares, a la vista del de Iruñuela.

La significación inequívoca de estos elementos iconográficos queda asegurada en las piezas en que flanquean un ara en la cabecera del monumento (N11, N12), así como en la aparición de jarras o páteras en la mayoría de los ejemplares.

Una ornamentación análoga a la de nuestros ejemplares presentan los relieves de los «Casquilletes de San Juan», de Gallipienzo, que se conservan en el Museo de Navarra[110]. Como expresión vegetal de la inmortalidad[111], la representación de la vid es general en todo el mundo romano, apareciendo como símbolo dionisíaco de profunda escatología. Su papel es similar al del banquete funerario en la serie burgalesa, para traducir que el vino abre el camino del conocimiento y la felicidad eterna.

7.2. *Arboles.*

Representados en la estela de Antonia Buturra (N11), flanqueando a un toro. Los árboles, que se manifiestan especialmente en ejemplares vadinienses y en algunos del área burgalesa, aparecen también estilizados en San Martín de Galvarín, Alava[112]. El significado fu-

106. Durand, 1960, 340.
107. Elorza, 1970, 243 y 246, fot. 28 y 37.
108. Macchioro, 1911, 70 ss.
109. Vid. Fita, 1913, 556-566; Altadill, 1928, 465-556; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 122-151; Elorza, 1969, 55 ss.
110. J. M. Blázquez, *Relieves de los «Casquilletes de San Juan» de Gallipienzo*, Príncipe de Viana, 84-85 (1961), 121-126.
111. Eliade, 1974, II, 59.
112. Elorza, 1970, 248, fot. 45.

nerario del árbol puede ser explicado en el sentido en que lo hace Cumont: todas las especies de hoja perenne que, como el pino, el ciprés o el laurel, permanecen verdes cuando la naturaleza se muere, se convierten por este motivo en plantas funerarias [113]. Este y no otro es el significado de los árboles de la estela de Gastiain, cuya característica principal es, además, el exhibir hojas de *yedra*, planta cuya perennidad le asegura un simbolismo de inmortalidad, beneficencia y vida futura.

7.3. *Palma y corona.*

Como la hoja de yedra, la palma pertenece a la simbología báquica, encerrando un poder de renovación y de triunfo del alma sobre la muerte, lo mismo que la corona, el laurel o la guirnalda [114]. La palma, asociada al creciente lunar, aparece sobre «podía» en la estela de Bearin (N8), y la corona se encuentra formando un arco ultrasemicircular en la de Gastiain (N11).

8. *Otros motivos.*

8.1. *Objetos de culto.*

Representaciones de *aras* se atestiguan en tres ejemplares de Gastiain: se sitúan en la cabecera de la pieza, entre las terminaciones de los tallos de vid que recorren sus bordes (N11, 12 y 20).

Las *páteras* aparecen en cuatro estelas (N11, 12, 14 y 20) de la misma procedencia y siempre se muestran por pares. Destinadas ante todo a libaciones en honor de la divinidad, se asocian en nuestros ejemplares a las *jarras de libaciones*, *cráteras* y *oinochoe* (N11 y 12). En una de las estelas de Larraona (N29) se muestran, además, dos *vasos* destinados a idéntica función, flanqueando un creciente lunar. En el monumento de Lerga, en fin, aparece otro objeto de índole inequívocamente cultual, la *cista mística* antes aludida, mejor que urna contenedora de las cenizas del difunto.

Parece clara la relación de todos estos objetos —páteras, jarras, aras— con el culto báquico, contenidos como están en estelas con figuraciones de la vid. Lo mismo sucede en los ejemplares alaveses —Contrasta, Luzcando, Narvaja, Ocáriz, etc.—, cuya identidad con la serie de Gastiain es obvia.

Dos elementos fitomorfos palmiformes se disponen, sobre sendas aras, en el tímpano de una estela de Estella (N10). Otros dos ejemplares de la serie navarra —Arróniz (N7) y Santacara (N37)— presentan un motivo triangular que, sin duda, se trata de una estilización del anterior. García y Bellido, al estudiar la lápida leonesa de Viladecanos, en la que aparece un motivo idéntico al de Estella, piensa que se trata de un elemento del culto a *Jupiter Dolichenus*, ante la estrecha semejanza con las laminillas de plata de Mauer, si bien admitiendo que laminillas de tipo triangular se dedican a divinidades sincréticas, como Mitra, Marte o Vulcano [115]. La constatación de este motivo en las tres estelas navarras no resulta extraña, en nuestra opinión, en una zona donde está bien atestiguada la presencia del toro en monumentos funerarios y votivos, animal ligado frecuentemente al culto de Zeus y Mitra.

8.2. *Instrumentos de trabajo.*

La estela de Urbiola (N38) presenta una serie de objetos que se relacionan con el mundo del trabajo. Aparte de dos lanzas, que se disponen en la cabecera y el borde derecho de la pieza, atestiguadas también en la estela de Lerga, aparecen sobre las tres figuras unos motivos que deben representar, de izquierda a derecha, a un martillo, una posible sítula, un aro de significación dudosa —como en un fragmento de Aguilar de Codés (N2)— y un hacha o azuela. En otra estela de Arbeiza (N6) hay un instrumento de más difícil identificación. Nuevamente es en Alava donde se encuentra el paralelo más acusado y próximo: elementos similares a los de Urbiola se dan en ejemplares de Ocáriz o Sta. Cruz de Campezo [116].

113. Cumont, 1966, 219-220.

114. F. Cumont, *La stèle du danseur d'Antibes et son décor vegétal. Etude sur le symbolisme funéraire des plantes*, París, 1942, 15 ss.; H. I. Marrou, *Palma et Laurus*, Mélanges d'Archéologie et d'Histoire, LVIII (1941-1946), 109-131.

115. García y Bellido, 1960, 199-204.

116. Elorza, 1967, 165 y 174, fot. 40.

Objetos relacionados con el mundo del trabajo aparecen con relativa frecuencia en monumentos funerarios similares a los nuestros en el mundo romano, y con una significación idéntica, para simbolizar el trabajo sencillo y penoso merecedor de recompensa en el Más Allá. Con este contenido ha pasado su representación al mundo cristiano, y estos motivos son extraordinariamente frecuentes en las estelas discoideas vasco-navarras de época medieval y moderna.

8.3. *Peines.*

Surge este motivo en una de las estelas de Aguilar de Codés (N2), entre las manos de dos personajes, y cuatro peines aparecen en otra de Gastiain (N11). Su similitud morfológica con la carda ha hecho que a veces se lo haya identificado con ésta. No obstante, su ubicación junto a cabezas humanas en ejemplares alaveses de Contrasta y Sta. Cruz de Campezo [117] aclara su significado. El motivo perdura hasta época moderna en el arte popular navarro, como se ve en un escudo del valle de Bértiz, que presenta una sirena o «lamia» con un espejo y un peine [118].

No creemos que los peines de los ejemplares alaveses y navarros hagan alusión a la profesión del difunto, como sucede en los representados en las estelas funerarias romanas de *tonsores* y *ornatrices* [119]. En la estela de Antonia Butura (N11) el peine se relaciona claramente con motivos como la pátera o corona. Cabría pensar que su presencia en los monumentos funerarios se explica por ser un objeto de uso normal en la vida terrena del difunto. Pero tal como se muestran los tres peines en la estela de San Román (117) es posible que contengan una significación especial, como símbolo de la dignidad del difunto.

9. *Elementos decorativos.*

Veamos a continuación, aunque sea de forma breve, los elementos decorativos existentes en nuestras estelas. Quede claro que caen dentro de este apartado sólo aquellos, tanto de índole geométrica como vegetal, que tienen una función exclusivamente ornamental o decorativa, lejos del contenido simbólico manifestado, la mayor parte de las veces, por los anteriores.

Hay que resaltar la manifiesta diferencia existente en este punto entre nuestros ejemplares y los del grupo burgalés, algunos de los cuales despliegan un elenco ornamental de una riqueza y variedad única, con una espléndida abstracción sobre la base de la técnica a bisel.

9.1. *Decoración geométrica.*

a) *Molduras.* En la mayoría de nuestros ejemplares aparecen molduras lisas (N2, 5, 12, 13, 25, 28, 32, 37, etc.). Sin embargo, alguna estela hay que las presenta cóncavas (N7, 10, 11, 15, 36) y aún convexas (N14).

b) *Sagueado*: en la estela de Lerga (N30).

c) *Orla de rombos*, en relieve, aparece en el ejemplar de Iruñuela (N23).

d) Decoración en *espina de pescado*, en los bordes de la estela de Antonia Buturra (N11).

e) *Círculos*: en piezas de Bearin (N8) y Javier (N27).

f) *Líneas rectas*, incisas, aparecen en esta última estela, que contiene, además, *volutas* —como en otra de Marañón (N31)— y *triángulos*. Mención aparte merecen las rectas incisas que separan los renglones de alguna que otra inscripción (N12, 13, 25, 28, 29, etc.).

9.2. *Decoración vegetal.*

Prácticamente inexistente, al excluir a las rosetas hexapétalas o multipétalas, a cuyas connotaciones iconográficas se ha aludido. Papel meramente ornamental debe tener un mo-

117. Elorza, 1970, fot. 39, 44 y 38, respectivamente.

118. Caro Baroja, 1972a, fig. 71.

119. CH. DAREMBERG y E. SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, IV, París, 1892, figs. 5334 y 5428.

tivo fitomorfo que aparece en un ejemplar de Gastiain (N18), así como otros florales en tres estelas de la misma procedencia (N14, 15 y 19).19).

IV. Aspectos epigráficos.

De las 30 estelas tomadas como base, 20 presentan sus epígrafes completos, aunque en un estado de conservación muy variable. La inscripción se contiene en cartelas en 9 ocasiones, y de éstas en 4 aparece el tipo de *ansata* (N8, 11, 31 y 38).

La capital cuadrada es la variante que predomina en estos ejemplares. Sin embargo, la estela de Lerga (N30) y la de Picula, procedente de Javier (N27) dan inscripciones claramente rústicas, y rasgos rústicos —C, T, etc.— aparecen en algún otro ejemplar (N12). En 7 casos (N12, 13, 25, 28, 29, 31, 33) se presentan las letras separadas por renglones, lo que es indicio de una cronología relativamente tardía.

La dedicatoria a los Manes se da en 13 estelas, siempre al comienzo, según es norma. Como en Alava, destaca claramente la expresión del difunto en nominativo, concretamente e 15 ejemplares —7 en dativo—. En un tercio de las piezas se constata el nombre del dedicante. Las siglas H. S. E. aparecen con gran frecuencia, hasta en 13 casos, lo que es normal asociadas como están o la fórmula del difunto en nominativo: tan sólo en dos ocasiones (N25 y N36) aparecen referidas a un difunto en dativo. En alguna estela se dan abreviadas: H(ic) S(itus) (N12, N37), H(ic) S(ita) (N11); o con el orden invertido: H(ic) E(st) SI(ta) (N29). Dos de los ejemplares presentan doble enterramiento: proceden de Marañón (N31) y Pamplona (N36), en este último con las siglas H(ic) S(iti) S(unt).

La expresión de la edad del muerto se constata en 22 estelas, y sólo en una de ellas aparece un *elogium* acompañando a su nombre: *carissimae* (N27). Llama la atención la inexistencia de fórmulas para expresar el origen del difunto, sea la tribu, el clan o la ciudad. El hecho de que no se consigne la primera es, como sabemos, un dato de cronología tardía, a partir del s. II o principios del III. Otro rasgo característico es la ausencia de las siglas S. T. T. L.

Muy escasas son las fórmulas usuales F(aciendum) C(uravit) (N31) y F(aciendum) C(uraverunt) (N36); F(ecit) (N22, N37), FECIT (N32). En otras ocasiones se da la forma P (osuit) (N8, 24 y 27). En cambio, y este es otro de los rasgos de estas piezas, es considerable la frecuencia de la consignación de las condiciones en que se erigió el monumento: P(ecunia) S(ua) (N8), D(e) P(ecunia) S(ua) (N35), D(e) S(uo) (N22), H(eredes) D(e) S(uo) (N36), D(e) S(uo) SE VIVO (N37), T(itulum) P(osuit) S(umptu) S(uo) (N30).

El ejemplar de Oteiza de la Solana, actualmente desaparecido, indicaba (N35) las circunstancias extraordinarias de la muerte de *Calaetus*, «a latronibus occisus», hecho éste verdaderamente insólito en este tipo de monumentos funerarios.

Signos de interpunción aparecen en la mayor parte de las piezas. La de Lerga (N30) presenta «haederae distinguentes» con esta función; en un ejemplar de Gastiain (N12) es un círculo ovalado; otras veces son puntos (N3, 7, 14), y las más de forma triangular (N14, 27, 31, 37, 40). Los nexos se dan también, siendo el de la abreviatura AN el más frecuente (N7, 12, 13, 28, 29, etc.); AE y MA se observan en el de Arróniz (N7). Es de destacar una estela de Marañón, con caracteres de gran perfección y elegancia (N31), donde aparecen hasta nueve nexos diferentes: AN, AM, AT, AE, ET, TE, MA, LX y XXX, estos dos últimos en numerales; una ligadura ANT de tres letras se observa en la estela de Antonia Butura (N11).

El análisis de los tipos de letras permite extraer una serie de caracteres comunes a la mayor parte de nuestros ejemplares: por ejemplo, la presencia de M de astas divergentes, o la N de trazos muy oblicuos. Más interesantes son los casos que permiten establecer alguna conclusión de tipo cronológico, según los ejemplos de Hübner[120]. La C con una larga cabeza curvada, frecuente en España en los ss. II y III aparece en un ejemplar de Gastiain (N12); una G de rasgos cursivos se da en otros ejemplares (N24 y 30), en forma que aparece desde el s. II; la F con el trazo vertical vuelto a la izquierda en su parte inferior es típica del s. III (N8); una variante de la L que aparece en varios ejemplares (N8, 24, 25), formando ángulo obtuso con el primer trazo vertical, es rara antes del s. III, al igual que la P cerrada (N7, 8,

120. A. Hübner, *Exempla Scripturae Epigraphiquae Latinae*, Berlin, 1885, LIII ss.

38). La R abierta de algunas inscripciones (N11, 24, 30, 33, 36, 37, 38) es típica de la segunda mitad del s. II y de los ss. III y IV.

Algunas estelas se distinguen por la rudeza de sus tipos, arcaizantes o degenerados, con letras irregulares e inhábiles: tal sucede con las de Aguilar de Codés (N1), Bearin (N8), Javier (N24) o Iruñuela (N25). Barandiarán data la segunda en una época que iría del s. I a principios del III [121]; en nuestra opinión sería de entrado el s. II o de la primera mitad del III, si nos atenemos a algunos rasgos como los de las letras A, F y L. Al s. II deben responder las otras.

Las estelas que presentan unos caracteres más perfectos, plenamente ortodoxos —lo cual constituye una excepción en nuestra serie— son dos procedentes de Marañón (N31) y Villatuerta (N40). Las letras son muy cuidadas, con caracteres que parecen del s. I o principios del II para la de Villatuerta y una época ligeramente más avanzada para el ejemplar de Marañón, donde se dan las siglas DM.

V. Aspectos lingüísticos.

La antroponimia de las inscripciones navarras fue objeto de serio estudio por parte de M. L. Albertos, en un trabajo sobre la onomástica personal hispanorromana del País Vasco y su reflejo en los topónimos alaveses [122]. Lo que sigue trata de completar aquél, con referencia a los nombres prerromanos y latinos, a los caracteres y sistemas onomásticos, relaciones de parentesco, vulgarismos, etc. Aspectos todos importantes desde el punto de vista de la romanización en la zona.

V.1. *Antroponimia prerromana.*

ABISVN, ABISVNHARI: N30, Lerga.

La primera forma corresponde a la lectura de Marcos Pous y la segunda a la de Michelena. En ambos casos se trata de un antropónimo no indoeuropeo. La duda cabe entre el ibero o el aquitano. Michelena se inclina por esta posibilidad, a la vista de la *h* intervocálica e inicial en éste y otros nombres de la estela.

ACNON: N35, Oteiza de la Solana.

Posiblemente relacionado con el radical *ak—*, «agudo», «puntiagudo» o *akka—*, «madre», atestiguados en la mayor parte de las lenguas i. e. [123]. Albertos piensa en la posibilidad de una confusión gráfica n/m, y que el nombre original sea Acmon, del griego *akmé*, «punta» [124].

AMBATA: N13, Gastiain.

AMBATI (gen.): N31, Marañón.

Estas formas se distribuyen por Celtiberia, Asturia y Lusitania Oriental, cubriendo un área que coincide casi exactamente con la de las gentilidades [125]. Gómez Moreno consideró ligur este nombre, uno de los de uso más extendido en la Península; sin embargo parece clara la relación con el término céltico *ambactos*, «servidor», derivado del radical *mbh—*, «alrededor», «por ambos lados», con una formación participial sobre la raíz *ag—*, «hacer mover». La formación —t— sobre esta raíz se da en griego, latín y céltico, donde *mbh—* ha dado vocalismo *a* [126]. Este nombre se ha conservado en español: «embajador», etc.

AVNIA: N16, Gastiain.

Se trata de un nombre frecuente en España y es casi exclusivamente femenino. El radical está también representado en el gentilicio cántabro *Auniganium*, que da el actual Ongayo [127].

---

121. Barandiarán Maestu, 1968, 311-314.
122. Albertos, 1972, 335-356.
123. J. Pokorny, *Indogermanische Etymologische Wörterbuch*, Berna, 1959, 23.
124. M. L. Albertos, *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1966, 8.
125. J. Untermann, *Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua*, Madrid, 1965, mapa 6.
126. Pokorny, 1959, 34 ss.
127. A. Tovar, *Cantabria prerromana*, Madrid, 1955, 38.

BVTVRRA: N11, Gastiain.

Un *Buturati* aparece en Barcelona. Es posible su relación con el radical *guou—*, a la vista del bóvido representado bajo la figura femenina. Fuera de España se encuentra en Aquitania y Britania [128].

CAELIO (dat.): N31, Marañón.

Nombre que aparece en todas las zonas de la España indoeuropeizada, salvo en la Lusitania Occidental [129]. J. Costa lo relaciona con *caelia*, voz con que designan los autores antiguos una bebida elaborada por los hispanos. Quizás deriven de la raíz *kilo—*, «sano», «intacto», con representaciones en céltico y germano, fundamentalmente [130].

CALAETVS: N35, Oteiza de la Solana.

Antropónimo atestiguado en su forma original *Calaitos* en Peñalba de Villastar [131]. Otras variantes: *Calaitus*, en Lusitania (EE IX, 31) y *Chalaetus* en Linares (CIL II 3298). Hay un gentilicio *Calaetig(um)* en Avila. Estos nombres derivan del i. e. *kal—*, «duro», atestiguado el céltico, eslavo, latín y albanés [132].

CANTABRI (gen.): N11, Gastiain.

Es probable, como piensa Palomar Lapesa, que se relacione con el radical *kantho—*, «ángulo», «borde», que aparece casi exclusivamente en regiones célticas [133], y que se asocie con él el nombre de los cántabros [134].

CELTI (gen.): N31, Marañón.

Nombre de origen étnico muy extendido en la Península, sobre todo en Lusitania. Su raíz, la misma que la del nombre de los celtas, es ampliación participial —t— de un elemento original *kel—*, «levantarse», «elevarse», atestiguada también en lenguas bálticas [135].

CLIASTELVLIMO: N24, Javier.

DOITENA: N31, Marañón.

Uno de los nombres más típicos de la España prerromana, en especial en Cantabria y Lusitania, con una amplia gama de variantes: *Douiterus, Dobiterus, Douiderus, Doiterus, Doiderus*; en femenino, y aparte de nuestra forma, *Douitenia, Dobiteina, Doidena, Douidena, Douideara*. Albertos las relaciona con el celta *douis*, «fuerte», bueno», sobre el radical *deu—* (*dou—*), *du—*, «ser fuerte», «venerar algo» [136].

EQVESI (gen.): N35, Oteiza de la Solana.

Parece derivar de la raíz *eku—*, «caballo», atestiguada en céltico, latín, germánico y en nombres propios ibéricos [137]. La forma *Equaesus* se da también en Extremadura, Avila y Zamora [138].

GESELADION: N24, Javier.

HARI (gen.): N30, Lerga.

De acuerdo con la lectura de Marcos Pous. No conocemos forma similar en Hispania.

HOMICINO (dat.): N23, Iruñuela.

Hapax en la península. Un *Homuna* se atestigua en la cercana Uncastillo (CIL II 2978), y *Homullus* en Gandía (CIL II 3603), Isona (CIL II 4473) y León (CIL II 5084).

128. M. L. Albertos, *Alava prerromana y romana. Estudio lingüístico*, EAA, IV (1970), 131.
129. Untermann, 1965, mapa 19.
130. J. Costa, *La religión de los celtíberos*, Madrid, 1879; cfr. Palomar, 1957, 38; Pokorny, 1959, 520.
131. M. Gómez Moreno, *Misceláneas: Historia, Arte, Arqueología*, I, Madrid, 1949, 3, 4 y 5.
132. Pokorny, 1959, 524.
133. Pokorny, 1959, 526.
134. Tovar, 1955, 18 ss.
135. Pokorny, 544.
136. Albertos, 1966, 108; Pokorny, 1959, 218.
137. Pokorny, 1959, 301 ss.
138. Palomar, 1957, 72-73; BIDEA, VIII, 474, n.° 15.

LEO (dat.): N8, Bearin.

Relaciondao con Lea, de Hinojosa de la Sierra, Leonus, de Fuenlabrada y Leona, de Astorga. El masculino Leus aparece en Italia, cerca de Trento [139].

NARHVNGESI: N30, Lerga.

Relacionado con un *Narueni,* dativo femenino de Cinco Villas [140].

SEGONTI (gen.): N16, Gastiain.

El radical *seg—*, formado sobre el tema *sego,* «victoria», es frecuentísimo en la onomástica céltica y se repite mucho en la Península, especialmente en la Celtiberia nordoriental y en Asturia. Sobre la raíz *segh—*, seghi—, «sujetar», «vencer» [141]. Como ha indicado Palomar, el sufijo *—nt—* tiene un marcado carácter participial [142]. Al mismo radical pertenecen topónimos como *Segontia.*

VIRIATI (gen.): N11, Gastiain.

Es el único caso atestiguado del nombre del famoso caudillo en el área Norte de España, siendo muy frecuente en la zona galaico-lusitana. Los gramáticos latinos y, más modernamente Hübner, relacionan el nombre con el término *uiriae,* «brazaletes», que es celta según Plinio [143]. Palomar lo relaciona con *uiros,* «varón», que aparece en céltico, itálico y germano, y se atestigua en celtibérico en Peñalba de Villastar [144].

VIRONI (gen.): N13, Gastiain.

Sobre el mismo nombre base que el anterior.

VMME, VMMESA: N30, Lerga.

Corresponden a las lecturas de Michelena y Marcos Pous, respectivamente. Su estructura es claramente no i. e. y puede estar relacionada con el elemento ibérico *umar.* Michelena lo relaciona con la voz vasca *ume,* «crío», «muchacho».

V.2. *Antroponimia latina.*

ANTONIA: N11: Gastiain.

ANTONIVS: N26, Javier; N36, Pamplona (gen.).

Nombres latinos frecuentísimos. En la toponimia alavesa han dejado nombres como Antoñana, vasquizado en Andoain [145].

APRVNCLA: N27, Javier.

ASINO (dat.): N23, Iruñuela.

Cognomen bastante infrecuente en la Península. *Asinius* aparece en media docena de epígrafes, uno de ellos de Iruña (CIL II 5819).

CECILIA: N25, Javier.

Gentilicio muy abundante en Hispania.

DOMITIA: N14, Gastiain.

FELIX: N26, Javier; N37, Santacara.

Uno de los *cognomina* más atestiguados en la Península, de origen adjetival, al igual que los siguientes.

FESTA: N36, Pamplona.

FESTO (dat.): N7, Arróniz.

139. Palomar, 1957, 71.
140. Albertos, 1966, 167.
141. Pokorny, 1959, 888.
142. Palomar, 1957, 97.
143. Plinio, NH, XXXIII, 40.
144. Palomar, 1957, III; M. Lejeune, *Celtibérica,* Salamanca, 1955, 27 ss.
145. Albertos, 1970, 145.

FLAVO (dat.): N31, Marañón.

FLAVINO (dat.): N31, Marañón.

Flauus y *Flauius*, con sus derivados patronímicos *Flauinus* y *Flauiana*, son *cognomina* de origen adjetival muy frecuentes en Hispania. Albertos supone, a la vista de su intensidad, que ha podido recubrir a otro nombre no latino, como el céltico *Elauus* [146].

IVNIA: N13, Gastiain.

LEVCADIO: N24, Javier.

MARCVS: N26, Javier; N31 (dat.), Marañón.

Prenomen muy frecuente en España.

MINICIA: N16, Gastiain.

IVNIVS: N12, Gastiain.

OCTAVIA: N40, Villatuerta.

PALYDINO (dat.): N7, Arróniz.

Hapax en la Península. Un *Paluster* se atestigua en una lápida del Museo de Lisboa (CIL II 5175).

PATERNVS: N12, N15, Gastiain.

Nombre frecuentísimo en la España romana, parece haber sustituido a antropónimos indígenas basados en *Atta*, «padre». Ha originado numerosos topónimos: Paderne, Villapadierna, Paternina en Alava, Trespaderne en Burgos, etc. [147].

PICVLE (dat.): N27, Javier.

PORCIVS: N37, Santacara.

Atestiguado especialmente en la zona no i. e. de la Península [148].

PVDENTIS (gen.): N40, Villatuerta.

RVSTICA: N36, Pamplona.

SEMPRONIANA: N14, Gastiain.

Formación de carácter hipocorístico sobre el siguiente.

SEMPRONIVS: N1, Aguilar de Codés.

SERENVS: N36, Pamplona.

SEVERVS: N15, Gastiain.

SEXTILLVS: N36, Pamplona.

SILO: N36, Pamplona.

STRATONICE: N36, Pamplona.

Según la lectura de Fita. El nombre, cuyo carácter griego es indudable, aparece también en Cádiz (CIL II 1744) y Adra (CIL II 1989).

TERTIOLA: N17, Gastiain.

Derivado de *Tertius*, cognomen de origen numeral muy frecuente.

VIBIA: N17, Gastiain.

VILLANI (gen.): N17, Gastiain.

Tales son los antropónimos contenidos en las 23 estelas tomadas como base. De ellos, pertenecen 22 a la onomástica prelatina: en su inmensa mayor parte son indoeuropeos de tipo céltico: excepciones serían las constituidas por los nombres de Lerga y algunos otros como *Buturra* —quizás relacionables con lo aquitánico—. Más intensidad tiene la onomástica latina, que se da en 33 casos. A destacar también la ausencia de gentilicios indígenas, contra lo que sucede en las áreas vecinas más occidentales.

---

146. Albertos, 1970, 146.
147. Albertos, 1970, 148.
148. Untermann, 1965, mapa 64.

V.3. *Caracteres onomásticos.*

a) Sólo 3 inscripciones presentan todos los nombres indígenas: N8, *Leo*; N30, *Vmme Sahar, Narhungesi Abisunhari*; N35, *Calaetus Acnon mater.*

b) Más numerosos son los epígrafes en los que alternan antropónimos indígenas y latinos, lo que sucede en 7 de la serie. Se tratará de familias semi-romanizadas desde el punto de vista lingüístico. En dos casos se muestra claramente la adopción de la onomástica romana por parte de los hijos, conservando los padres los nombres indígenas: N12, *M. Iunius Paternus, Cantabri f.*; N16, *Minicia Aunia, Segonti F.* Constituyen otra variante aquellas inscripciones en que coexisten para un mismo individuo nombres indígenas y latinos, lo que refleja el completo fenómeno que supone la romanización a través de la onomástica: N11, *Antonia Buturra, Viriati f.*; N13, *Iunia Ambata, Vironi f.*; N25, *Caecilia Geseladion*; N23, *Homicino Asino* o *(Cr)asino*. En otras piezas aparecen individuos que responden a nombres prerromanos o latinos: N24, *Leucadio, Cliastelulimo*; particularmente interesante es la estela de Marañón (N31), en la que *Doitena*, hija de un *Ambatus Celtus*, dedica el monumento a *M. Caelio Flavino* y a *M. Caelio Flavo*, su marido y su suegro: ejemplo típico del matrimonio de una indígena con un romano que, al igual que su padre, muestra los *tria nomina*; se trataría de un soldado o funcionario, probablemente, y los caracteres epigráficos de esta pieza son insólitos por su perfección en la serie navarra.

c) El mayor grupo es el de las inscripciones con todos los nombres latinos —o, en algún caso, griegos—: N7, *Festo Palydino*; N14, *Domitia Semproniana*; N15, *Severus Paternus*; N22, *Severa*; N26, *M. Antonius Felix*; N27, *Picule sorori Apruncla*; N36, *Sextillus Silo, Antoni, Serenus et Stratonice, Festa et Rustica*; N40, *M. Felixs Kresis.*

V.4. *Sistemas onomásticos.*

Muy pocos de los nombres que aparecen en las estelas navarras adoptan la triple estructura de la onomástica latina —nombre personal, gentilicio y familiar, éste fijado desde época sulana— y, en cualquier caso, tampoco es única la expresión del nombre del individuo.

De los 23 nombres considerados, 9 de ellos tienen un solo elemento, siendo de éstos 4 indígenas (N8, 30, 31 y 35) y 5 latinos (N22, 24, 27, 36 y 39). Nombres de dos elementos hay otros 10, y en ningún caso ambos son indígenas, pudiendo ser latinos (N7, 14, 15, 17 y 36) o indígena y latino (N11, 13, 16, 23 y 25). Tan sólo en 4 inscripciones, por último, se constata la posesión de los *tria nomina* por parte del difunto, y, naturalmente, éstos son siempre latinos (N12, 26, 31 y 37).

La filiación se especifica en 10 estelas. Unicamente en la de M. Iunius Paternus, de Gastiain (N12) acompaña a un nombre romano completo, y en este caso el nombre del padre es claramente prerromano: *Cantabri.* La filiación se reparte entre los nombres de uno o dos elementos y, atendiendo a los caracteres onomásticos, acompaña en 3 ejemplares a nombres indígenas (N30, 31 y 35), en otros 3 a antropónimos del grupo b (N11, 13, 16) y en 4 estelas aparecen nombres latinos con expresa alusión al padre (N12, 17, 36 y 39). Un caso especial lo constituye la dedicante de una estela de Marañón (N31), cuya filiación se expresa a través de dos nombres: *Doitena, Ambati Celti f.* En ninguna ocasión se asiste a una filiación por línea femenina, como sucede en alguna estela de Burgos o Alava [149].

Albertos ha señalado la menor densidad de epígrafes y de intensidad de romanización de Navarra con respecto a Alava [150]. Lo paradójico de la onomástica navarra es, no obstante, la importancia de los antropónimos latinos en el cómputo global, superando incluso a los del grupo b). Efectivamente, la intensidad de la onomástica indígena es mucho más acusada en Alava que en nuestra provincia, y ello creemos que se debe a dos causas fundamentales:

1. El índice de latinismo onomástico es mayor en esta y otras zonas próximas del *Conuentus Caesaraugustanus* —Logroño, por ejemplo— que en el *Cluniensis.* Con la excepción de los nombres de la estela de Lerga y alguno atribuible a un estadio precéltico, la antroponimia prelatina de Navarra exprime un contenido claramente céltico, y la orientación lin-

149. En Peña Amaya, Lara de los Infantes e Iruña: vid. García Guinea-González Echegaray y S. Miguel, 1966, 308; Abásolo, 1974, 84 y 129-130; Elorza, 1970, 237.
150. Albertos, 1972, 347-348.

güística hacia Occidente —Cantabria, Asturia, Lusitania— es evidente, y en este sentido la proximidad de Alava es mayor.

2. Quizás sea no ajena a la importancia que el elemento romano tiene en la onomástica navarra la política benefactora de que gozó el pueblo vascón por parte de Roma en época tan antigua como el s. II a. de J. C., y que le permitía una clara expansión oriental a costa de sus pueblos vecinos [151]. La pronta romanización del *Ager Vasconum* es bien expresiva también en este sentido.

La estructura de los sistemas onomásticos de nuestras estelas se caracteriza, como hemos visto, por su simplicidad, con un equilibrio relativo entre nombres de uno y de dos elementos (9 y 10 casos, respectivamente). Frente a lo que es la tónica en el grupo cántabro —foco de gran indigenismo lingüístico, con acusado predominio de los nombres prerromanos formados por un solo elemento—, la antroponimia indígena y la fórmula más sencilla del sistema onomástico no se corresponden en la mayoría de los casos, y tampoco la filiación aparece especialmente unida a aquélla, hecho que hemos constatado como norma general en las estelas de los Conventos Cesaraugustano y Cluniense [151 bis] en las que, por otra parte, predominan los nombres de dos elementos.

V.5. *Relaciones de parentesco.*

En las estelas navarras se asiste a una mayoría de inscripciones dedicadas a los hombres —en 16 casos—, siendo el difunto femenino en 10 ejemplares. La expresión de la relación existente entre dedicante y dedicado, tiene una frecuencia relativa en la serie navarra, donde consta de 10 piezas. Casi la mitad de éstas se erigen en la memoria del difunto por parte de su esposa (N18, 22, 24 y 31). De Marañón procede otra (N33), en la que la *Vxsor...* —interrumpida la lectura por el deficiente estado de la piedra— lo mismo puede ser dedicante que dedicada.

Dos monumentos se consagran al hijo muerto por parte de la madre (N8 y 35). En los casos restantes se erige la estela al padre por parte del hijo (N7), a la hermana (N27) o al suegro (N31), siendo en estas últimas la dedicante femenina. En dos piezas, por último, se alude a la condición servil del difunto: *Verna* (N7, 28).

Señalemos, por último, la presencia de algunos *vulgarismos*: la transformación del diptongo *ae* en *e* se pone de manifiesto en una estela de Javier (N27): *Picule* por *Piculae.* La contratacción de la desinencia *—ii* de genitivo singular aparece en el *Antoni* de la estela de Pamplona (N36). Otras formas no correctas son *uxsor...* por *uxor...* (N33), o *Felixs* por *Felix* (N37).

VI. ASPECTOS DEMOGRÁFICOS.

La expresión de la edad del difunto se consigna en 21 casos seguros, sobre los que, evidentemente, es imposible extraer cualquier tipo de conclusión que se pretenda válida sobre la composición de la población en la Navarra romana. Para cualquier estudio de tipo demográfico es imprescindible contar con un muestreo muy amplio, y ni siquiera la totalidad de las lápidas o epígrafes de época romana en la provincia cumpliría con garantías el presupuesto mínimo. Hasta la fecha sólo ha habido un estudio breve sobre la demografía navarra en la época que nos ocupa, y sobre una base más restringida que la que utilizamos aquí [152]. Los datos arrojados por las estelas decoradas de la provincia no pueden tener, pues, otro valor que el de un indicio levemente aproximativo de lo que serían los resultados reales.

Sobre unos materiales tan exiguos como los existentes, resulta imposible considerar aparte la población masculina y la femenina, y menos aún los individuos que responden a la onomástica indígena y los latinos, a la vista de la mezcla que se observa en las inscripciones.

Como es tónica general en esta clase de monumentos, hay una marcada tendencia a redon-

151. Fatás, 1972, 383-390.

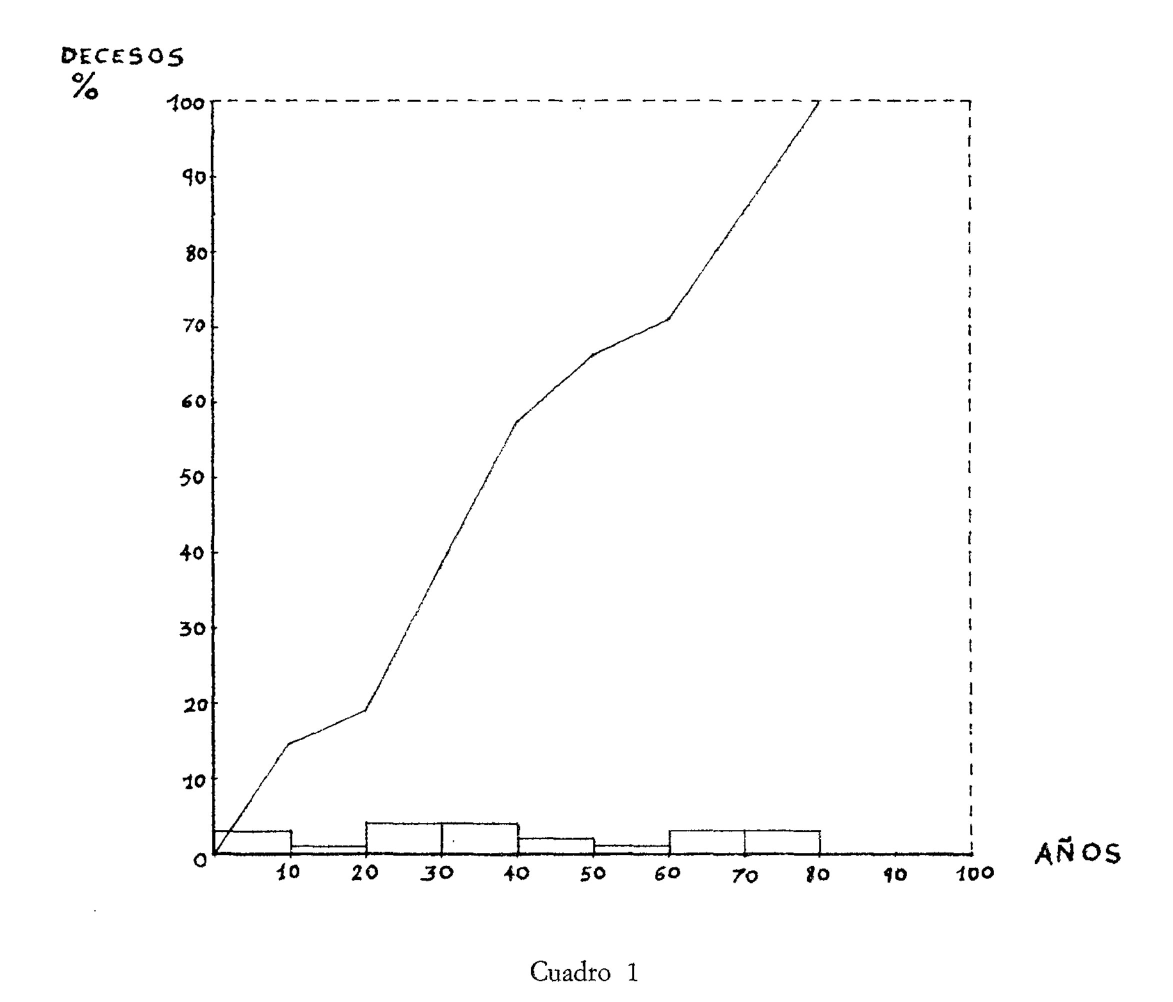
151 bis. F. MARCO, *Las estelas decoradas de los conventos Caesaraugustano y Cluniense,* Zaragoza, 1978, 73 ss.

152. A. BALIL, *La edad de vida media en Navarra en la época romana,* Príncipe de Viana, XVI (1955), 369-373. Sobre la base de 18 inscripciones, da unos valores de 50 años y 9 meses para los hombres y 40 años y 10 meses para las mujeres, lo que, en su opinión, constituiría «un lugar privilegiado en la Hispania romana».

dear la edad del difunto por grupos de 5 a 10 años, siendo escasos los ejemplos que deben expresar la edad exacta (N8, 16 y 36).

Veamos, pues, la estadística de los decesos, ordenados por grupos de 10 años, que dan las estelas:

— De 0 a 9 años: 3 (14,2 %).
— De 10 a 19: 1 (4,7 %).
— De 20 a 29: 4 (19 %).
— De 30 a 39: 4 (19 %).
— De 40 a 49: 2 (9,5 %).
— De 50 a 59: 1 (4,7 %).
— De 60 a 69: 3 (14,2 %).
— De 70 a 79: 3 (14,2 %).



Cuadro 1

A la vista del Cuadro 1, en el que al número de decesos por grupos de 10 años se añaden las tablas acumulativas de mortalidad respectivas, resalta una elevada mortalidad infantil, que hay que considerar normal en esta época. No obstante, el rasgo más acusado es que el máximo se da entre la población de 20 a 40 años, característica que es común a la población del Convento Cluniense [153], y que habla de una población joven, con una mortalidad secundaria entre los ancianos de 60 a 80 años, lo que también sucede de forma aproximada para el Convento Cluniense en conjunto.

153. C. GARCÍA MERINO, *Población y Poblamiento en Hispania Romana: El Conventus Cluniensis*, Valladolid, 1975, 133 y 366.

La edad media de vida es superior para los hombres —37 años y 3 meses— que para las mujeres —28 años y 9 meses— y, en cualquier caso, estos valores son ampliamente inferiores a los que estableciera en su día Balil [154].

VII. Significación y cronología.

Las estelas decoradas de Navarra suponen un capítulo de lo que Bianchi Bandinelli llamara «arte europeo de Roma» [155]. Son arte romano en el sentido en que define a éste Schweitzer, como un conjunto de elementos contenidos en todas las variantes provinciales del arte del Imperio, reelaborando formas antiguas y dando vida a otras nuevas [156]. Caracterizan a nuestros ejemplares un primitivismo evidente, manifiesto en el relieve plano, frontalismo, inorganicidad, esquematismo.

Se ha pensado que alguna de estas características se deben a la copia que por parte de los artesanos locales se hace de los modelos gráficos que circulan por las provincias del Imperio [157]. En realidad, la tipología de nuestras estelas dista bastante de la clásica helenística y romana. Más bien habría que pensar que gran parte de estos elementos formales responden a una tradición indígena bien fundamentada, sobre la que la romanización jugó un papel decisivo al introducir un lenguaje figurado, lo que ya apuntara Schweitzer. En lo tocante a los elementos iconográficos, la evidencia de la aloctonía de algunos temas, absolutamente nuevos en el ámbito indígena —representaciones vitícolas, yedra, corona, objetos cultuales—, es clara, y pensamos que las legiones jugaron un importante papel en su introducción, a la vista de determinadas identidades temáticas ya aludidas. Pero otros muchos motivos —representaciones astrales, animales, figuraciones humanas trinitarias o binarias— son bien frecuentes en la simbología de los pueblos indígenas, bien que su significación sufriera alguna modificación con la llegada del elemento romanizador.

El intento de dar una *cronología* precisa a la mayor parte de las estelas navarras se revela, lo que es normal en este tipo de monumentos, tarea difícil. La ausencia de un contexto arqueológico susceptible de fechar con exactitud a los ejemplares hace que sean los propios caracteres de éstos los elementos sobre los que establecer una datación aproximada. Y, aunque mínimos, contienen algunos indicios claves que deben tenerse en cuenta.

El motivo fitomorfo de la estela de Bearin (N8), y los estilizados de las de Arróniz y Santacara (N7 y 37), se atestiguan también en la lápida de Viladecanos, en León. Si pensamos que son los únicos ejemplares en que aparece dicho elemento, y que la inscripción leonesa está perfectamente datada en el año 224 por la especificación de los cónsules Juliano y Crispino, cabría suponer para los navarros una cronología semejante.

En alguna pieza de la serie (N2) aparecen arquerías sin columnas, muy similares a las de monumentos funerarios de los Pirineos centrales, Galia o Renania. Para Hatt [158] esta modalidad no surge en esta clase de ejemplares antes de la segunda mitad del s. II, y a esta cronología respondería la estela antedicha.

La mayor parte de los elementos cronológicos vienen dados, no obstante, por la epigrafía, y ya se ha visto cómo a través del análisis de las inscripciones respondían fundamentalmente a los ss. II y III. La presencia en una estela de la fórmula «memoria» (N33) apunta a la misma cronología, pues es rara en monumentos anteriores al s. III.

Las estelas de la serie navarra fueron labradas, pues, en un espacio de tiempo comprendido entre los ss. I y IV de la era como límites máximos, y de acuerdo con los rasgos mencionados, especialmente los de tipo epigráfico, parece claro que el grueso de las piezas surgieron en los ss. II y III.

154. Balil, 1955, 373.
155. Bianchi Bandinelli, 1971, 106.
156. B. Schweitzer, *Il significato europeo dell'arte romana*, en «A la ricerca di Fidia e altri saggi sull'arte greca e romana», Milán, 1967, 388 ss.
157. G. A. Mansuelli, *Problemi della scultura romana nell'Emilia*, en «Atti e Memoria della Deputazione de Storia Patria per la provincie di Romagna», IV (1953), 270.
158. J. J. Hatt, *Les monuments funéraires gallo-romains du Comminges et du Couserans*, Annales du Midi, LIV, Toulouse, 1945, 237.

EPÍLOGO: PERDURACIÓN DE LA ICONOGRAFÍA EN LAS ESTELAS DISCOIDEAS TARDÍAS Y OTRAS OBRAS DEL ARTE POPULAR.

Buena parte de los elementos iconográficos que se observan en las estelas navarras de época romana persisten en el arte religioso y popular posterior, medieval y moderno, de estas zonas. En efecto, son muchos los cientos de estelas discoideas los existentes con particular abundancia en el País Vasco-navarro español y francés, recogidas en *corpora* por L. Colas y J. M. de Barandiarán, y son muchas las que siguen apareciendo, a la vista de estudios y publicaciones de Leizaola, Laborde, Otegui, Peña Santiago, Peña Basurto, Satrústegui, Merino Urrutia y Zubiaur, entre otros [159].

Una corriente, que arrancaría de Frankowski [160], sostiene que la forma de la estela discoidea es, en principio, intencionada, respondiendo a una preocupación antropomórfica. Esta significación primaria vendría comprobada por algunos de los nombres éuscaros aplicados a estos monumentos: *Ilarri*, «piedra de difuntos»; *Ilargi*, «luz de los muertos» [161]; *gizona*, «el hombre»; *kurutze-burubeltza*, «la cruz de cabeza negra»; *harri-gizona*, «el hombre de piedra» [162].

Para C. Jullian, «la tombe discoïdale est tout simplement, à son origine la plus lontaine, un menhir perfectionné, un menhir taillé. Au bien de l'homme represénté debout, dans la masse allongée de son corps, elle présente l'homme en la fonction supérieure de sa vie, la tête dominant la buste» [163]. Es posible, pues, que las estelas discoideas deriven de los viejos menhires, si atendemos a su forma y sus nombres actuales. No obstante, conviene no insistir demasiado en este hecho; creemos que se trata de unas manifestaciones culturales que no pueden ser conocidas atendiendo sólo a su semejanza formal, pues, como piensa J. M. de Barandiarán [164], el pensamiento a que obedeció el origen de una función puede quedar inédito, aún después de conocer el material, la forma, etc.

Las estelas discoideas tardías se manifiestan con una profusión asombrosa en el País Vasco-navarro, y su frecuencia es mayor en la Navarra vasca, Guipúzcoa, Basse Navarre y Labourd, y menor en Vizcaya y Soule. En algunos de sus motivos parece claro un origen muy antiguo, que arrancaría de los que presentan nuestros ejemplares de época romana. Los elementos astrales son frecuentísimos, y es aquí donde mejor puede comprobarse la persistencia de unos esquemas culturales. Aparte la interpretación de autores como Frankowski, son muchos los que han visto en estos símbolos una clara perduración de elementos de la España prerromana y romana, entre ellos L. Colas. Estas tradiciones ancestrales arraigarían perfectamente en la región vasco-navarra, que, como sabemos, no se cristianizó sino muy tardíamente. Ejemplar de particular interés es uno de Larzabale: en su anverso aparecen tres svásticas, que se repiten también en el reverso, en el que se aprecia, además, una «escuadra» [165].

Muy frecuente es el *laburu* vasco, realmente una svástica de cuatro brazos, y en alguna estela aparece representada, además, la *tetraskele*. El *laburu* sería, para Jullian, «el problema fundamental de la civilización vasca» [166]. En cualquier caso, ambos se dan en la plástica de la España indígena.

No faltan ejemplares con representaciones humanas. El más notable es uno de Soharpuru [167], que representa al difunto con los brazos en cruz y las piernas separadas, en una actitud prácticamente idéntica a la de alguna estela cántabra de Monte Cildá [168]. En otras ocasiones aparecen aves, a veces afrontadas, tal como era clásico en el simbolismo antiguo.

Interés especial merece un elemento que se da con gran asiduidad: los utensilios e ins-

159. L. COLAS, *La tombe basque*, Biarritz, 1923; J. M. DE BARANDIARÁN, *Estelas funerarias del País Vasco (Zona Norte)*, San Sebastián, 1970; M. LABORDE, *Exposición de catorce nuevas estelas discoideas situadas en la provincia de Guipúzcoa*, en «Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán», I, Bilbao, 1964, 139-155; L. PEÑA BASURTO, *Nuevas estelas discoideas en Navarra*, Munibe, III (1957), 149-151; J. M. DE UGARTECHEA Y SALINAS, *Notas sobre estelas, lápidas e inscripciones vizcaínas*, AEF, XIX (1962), 131-171; etc...

160. E. FRANKOWSKI, *Estelas discoideas de la Península Ibérica*, Madrid, 1920, 11 ss.

161. Barandiarán, 1970, 5.

162. Colas, 1923, 7.

163. C. Jullian, en Colas, 1923, IX.

164. Barandiarán, 1970, 95.

165. Barandiarán, 1970, n.° 712.

166. C. Jullian, en Colas, 1923, X.

167. Barandiarán, 1970, n.° 813 bis.

168. García Guinea, González Echegaray y S. Miguel, 1966, 57, fot. 36.

trumentos de todo tipo, especialmente de labores. Entre las estelas navarras más antiguas (Estella, Olóriz, Azoz, Oriz) se ven cuchillas de cortar cuero, suelas de calzado, martillos y compases de cantero, podaderas de viñas, arados, etc. Tales objetos aluden a la profesión del difunto, y su significado no debía ir muy lejos del que tenían motivos similares de la estela de Urbiola (N39), o de las escenas de género que aparecen en diversos monumentos funerarios de época romana, como *ponoi* de las gentes humildes que les conducirían a la eternidad de la vida de ultratumba simbolizando su dignidad humana [169].

Representaciones de jinetes aparecen en diversas estelas vasco-francesas y en otras obras de arte popular, como arcas, puertas, etc. [170]. Es en estas últimas donde surge uno de los elementos iconográficos claves de nuestros ejemplares de época romana: la representación de hojas y racimos de vid surgiendo de recipientes, con una simetría repetitiva que nos inclina a relacionarlos con los elementos similares de las estelas de Gastiain [171].

Los escudos y dinteles de puertas constituyen capítulo aparte dentro de las obras del arte popular que reflejan la perduración de elementos muy antiguos. Muy frecuentes en la zona vasco-navarra y altoaragonesa, presentan un muestrario muy variado, con estrellas, crecientes lunares —algunos invertidos, como en Iruñuela, recordando nuestro ejemplar de Javier (N24)—, discos y *laburus* como motivos dominantes. Algunos ejemplos son especialmente significativos, por cuanto reflejan un simbolismo que habría que entroncar con el manifestado por las estelas de época romana. Tal sucede con los símbolos cultuales de la torre de Iturriotz estudiados por Satrústegui [172]; con escudos como el del valle de Bértiz, en el que aparece una *lamia* con un peine en la diestra —ya hemos visto su valor en las estelas navarro-alavesas— y un espejo en la izquierda, sobre dos rosetas hexapétalas [173]; o con relieves como el del muro meridional de la iglesia parroquial de Hecho, en el que aparece un guerrero con lanza, esperando la acometida de un jabalí, con técnica muy próxima a la de estelas como la de Villatuerta.

---

169. Hay representaciones de instrumentos profesionales del muerto ya en sepulcros paleocristianos: vid. O. MARUCCHI, *Epigrafía Cristiana,* Milán, 1910, láms. XVI-XVII; cfr. J. CARO BAROJA, *Etnografía histórica de Navarra,* II, Pamplona, 1972b, 206.

170. G. MANSO DE ZÚÑIGA, *Las «kutxas» de caballos,* BRSV, XVIII, 4 (1962), 353-359; cfr. Baroja, 1972b, 254.

171. Caro Baroja, 1972, 341.

172. Satrústegui, 1972, 105-112.

173. Caro Baroja, 1972, fig. 71.

CATALOGO

1. AGUILAR DE CODÉS.

   a. Actualmente en el Museo de Navarra, sala II, inv. n.º 650.
   b. Caliza; 0,415×0,22×0,15 m.
   c. En la parte superior, enmarcadas en un rectángulo, dos figuras toscamente grabadas, sin ninguna identificación de rasgos anatómicos.
   d. Sigue la inscripción, de la que restan tres líneas en deficiente estado de conservación:

      ...SEMPR...
      ...IACO...
      ...C...II...
      ....

   e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 327, fig. 2; Albertos, 1972; 346; Marco Simón 1978, 191.

2. AGUILAR DE CODÉS.

   a. En el Museo de Navarra, sala II, inv. n.º 648.
   b. Caliza; 037×0,47×0,15 m.
   c. Lo conservado pertenece a la parte superior: tres figuras humanas en relieve muy plano sobre fondo rehundido, la de la derecha parcialmente perdida, desnudas y cogidas de las manos, bajo arcos de medio punto que no apoyan sobre columnas. Entre la figura de la derecha y la central, un peine y un aro. En la parte superior de la piedra, restos de un círculo y de las iniciales D. M.
   d. Anepígrafa en su estado actual, a excepción de las siglas antedichas.
   e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 327-328, fig. 5; Marco Simón, 1978, 191, fot. 26.

3. AGUILAR DE CODÉS.

   a. Museo de Navarra, sala II, inv. n.º 645.
   b. Caliza; 0,38×0,27×0,13 m.
   c. Falta el tercio izquierdo de la estela, que muestra, cogidas de las manos, dos figuras humanas, con túnica hasta la rodilla, y parte de otra tercera —restos de la cabeza y del brazo izquierdo que se une al derecho de la segunda por la mano—.
   d. Siglas D. M. sobre la escena antedicha, faltando el resto del epígrafe, que debía aparecer en la parte inferior.
   e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 327, fig. 3; Marco Simón, 1978, 191.

4. AGUILAR DE CODÉS.

   a. Museo de Navarra, sala II, inv. n.º 658.
   b. Caliza; 0,22×0,29×0,14 m.
   c. Tres figuras, en relieve plano, unidas por las manos; los caracteres anatómicos, reducidos a meras incisiones. De la figura estante de la izquierda se conserva sólo parte del costado y el brazo.
   e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 327, fig. 4; Marco Simón, 1978, 191.

5. Aguilar de Codés.

a. En el Museo de Navarra. Sala II, inv. n.º 656.
b. Caliza; 0,55×0,42×0,27 m.
c. En un nicho de cabecera arqueada, en arco de medio punto rebajado, tres figuras estantes, sumamente esquemáticas como todas las de la serie, cogidas de las manos, sin ninguna indicación de rasgos o identificación sexual. Sobre el arco, roseta hexapétala encerrada en circunferencia, en el lado derecho, con restos de otra en el izquierdo.
d. Inscripción reducida a las siglas D. M. entre las rosetas.
e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 326-327, fig. 1; Marco Simón, 1978, 191.

6. Arbeiza.

a. Hallada en las orillas del río Ega, actualmente se conserva en Milagro, empotrada en una casa de la finca de Granjafría.
b. 0,47×0,29 m.
c. Tres personajes estantes, en un marco rectangular rehundido; el de la derecha tiene claramente acusados los rasgos faciales. Las figuras aumentan progresivamente de tamaño hacia la derecha, quizás en intento de representación de una pareja y un niño. Una figura difícilmente identificable, quizás representación de algún instrumento de trabajo, aparece entre el borde de la estela y la figura de la derecha.
e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 322; Iraburu, 1975, 87 ss.; Marco Simón, 1978, 191-192.

7. Arróniz.

a. Se conserva casi completa —salvo la parte superior izquierda del tímpano—, rota en dos mitades que encajan perfectamente; la superior se reutilizó como sillar en un puente de Arra, cerca del pueblo, y la inferior se encontró arando un campo a unos 3 Kms. de aquél. Actualmente en el jardín ante la iglesia parroquial de Arróniz.
b. Arenisca; 1,92×0,66×0,165 m.
c. Remate semicircular; en el tímpano, disco en relieve con marcado umbo central, flanqueado por dos elementos triangulares, sin duda estilización del fitomorfo que aparece en el ejemplar de Bearin. En la parte media y baja se desarrolla la inscripción, en un rectángulo conformado por doble listel, salvo en la base de la pieza.
d. Inscripción en 8 líneas que se conserva casi completa:

DIS.MA(nibus)
FESTO PA
LYDINO
AN(norum) LXV VERNAE
[AN(norum)] XXXIII
KRAVRI(us) (?) ET FIL (ius)
ET AESTIVS
F(aciendum) C(uraverunt).

e. Inédita.

8. Bearin.

a. En las proximidades de Estella, 2 Kms. al Norte. Hoy en el Museo de San Telmo de San Sebastián. Inv. n.º 3.106.
b. Arenisca rosácea; 1,26×0,61 m.
c. Cabecera redondeada, con ocho círculos incisos, cuatro en el remate y dos a cada lado. En el interior del círculo, figura humana estante y frontal, con traje talar hasta debajo de la rodilla. Las piernas, en perspectiva elemental (pies paralelos hacia la izquierda). Tiene en la mano izquierda una lanza con la punta hacia abajo. El edículo arquitrabado se remata con un frontón triangular. Llenando los huecos, un creciente lunar y dos palmas sobre «podia».

d. Sigue la inscripción:
D(iis) M(anibus) (?) FI(lii) SVI...
P(ecunia) S(ua) P(osuit) M(ater) A(nnorum) VIII LEO.

e. Barandiarán Maestu, 1968, 311-314; Marco Simón, 1978, 192.

9. ESTELLA.

a. Actualmente se desconoce su paradero.

c. En un ms. de Eguía y Beaumont se dice: «...Luego se descubrió a pocos pasos un monumento y sobre él una lápida en que estaban tres doncellas asidas de las manos las unas a las otras y los semblantes risueños, la una tenía el rostro descubierto, la otra cubierto del todo y la tercera descubierto en parte y en parte de él cubierto». Iribarren añade que la lápida se halló en Mercataonda, junto al mercado.

d. Nada se dice de la inscripción, si la hubo.

e. Eguía y Beaumont, 1644, 322 (ms.); Iribarren, *Apuntes de Estella,* p. 9; Altadill, 1928, 542; Lacarra, 1945, 351; Marco Simón, 1978, 192.

10. ESTELLA.

a. Empotrada en un muro de la Iglesia de San Pedro.

c. De remate semicircular, con roseta hexapétala inscrita en círculo, las puntas unidas por otras hojas. El tímpano está formado por doble moldura, y dos palmas sobre «podia» flanquean la roseta precitada. Debajo, también con doble moldura en el intradós, dos arcos de medio punto.

d. Restos de inscripción ilegible en el de la derecha.

e. Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 131; García y Bellido, 1949, 379, lám. 273; Marco Simón, 1978, 192.

11. GASTIAIN.

a. Como otras muchas estelas de esta procedencia, estuvo empotrada en la ermita de San Sebastián. Hoy se halla en el Museo de Navarra, sala II, con el n.º de inventario 53.

b. Arenisca amarillenta; 1,56×0,87×0,27 m.

c. Uno de los más espléndidos ejemplares de las estelas peninsulares. De remate horizontal, presenta una disposición en tres zonas, rodeando el conjunto una decoración de pámpanos y racimos en ritmo alternante, que parten de dos recipientes en la base de la piedra para unirse en la cabecera flanqueando un ara. Un listel forma el rectángulo interior dividido por otros tres en cuatro partes. En la superior, figura femenina sedente y en posición frontal, bajo un arco ultrasemicircular relleno con reticulado a bisel, que descansa sobre sendas columnas con basa. La difunta apoya los pies sobre un escabel, a cuyos lados hay dos palmas sobre peana. En las enjutas superiores, dos estrellas inscritas en círculo, junto a las siglas D. M. Inmediatamente debajo, dos peines, y en los ángulos inferiores dos páteras. Sigue la inscripción en cartela con orejetas. A continuación, toro hacia la derecha, con la cabeza en posición frontal, entre dos árboles con hojas de yedra. En el segmento inferior, gran rueda que encierra roseta de múltiples pétalos lanceolados, con svásticas sinistrógiras en los ángulos superiores y, debajo, dos ánforas.

d. D(iis) M(anibus)
ANT(onia) BVTVRRA
VIRIATI FILIA
AN(norum) XXX H(ic).S(ita).

e. *Diccionario...*, 1802, I, 301; Ceán, 1832, 144; C.I.L. II 2.970; Fita, 1913, 560; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 132, lám. XI; García y Bellido, 1949, 385, lám. 274; ibid., A.J.A. (1949), 156, lám. XIIIa; Vives, 1971, 3.544; Albertos, 1972, 345; Marco Simón, 1978, 192-193, fot. 27.

12. GASTIAIN.

a. La misma procedencia de la anterior. Actualmente en el Museo de Navarra, sala I. Inv. n.º 644.

b. Caliza; 0,77×0,88×0,33 m.

c. Se conserva la parte superior, de remate horizontal y con la misma decoración vegetal de la estela anterior, con las dos hojas de la cabecera afrontadas y flanqueando un ara. En el rectángulo interior, gran svástica de radios curvos sinistrógiros, con umbo central, rodeada por cenefa dentada. En las enjutas superiores, dos páteras, y en las inferiores dos jarras, ánfora la de la izquierda y oinochoe la de la derecha. Entre ambas, y bajo la gran rueda, un ave que pica un racimo de uvas y otra mayor que se acerca al oinochoe. Sigue la inscripción, en dos líneas entre renglones, faltando la parte inferior, que sabemos tenía un jinete.

d. M.IVNIVS.PATERVS
CANTABRI FILIVS AN(norum) XXXX
H(ic).S(itus).

e. Traggia, 1802, 301; Ceán, 1832, 144; C.I.L. II 2.781 y 5.832; Fita, 1913, 562; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 134, lám. XII, 1; García y Bellido, 1949, 382, lám. 274; Albertos, 1972b, 150, fot. 1; ibid., 1972a, 345; Marco Simón, 1978, 193.

13. Gastiain.

a. Engastada en la ermita de San Sebastián, pasó luego al Museo de Navarra, donde se conserva en la sala I. Inv. n.º 611.

b. Caliza; 0,85×0,48×0,35 m.

c. Remate horizontal. Falta la parte del borde derecho. En la zona alta, tres arcos de medio punto, parcialmente conservado el de la derecha. Sigue la inscripción, entre renglones. El conjunto queda enmarcado por un baquetón de dos líneas incisas. En la parte inferior, gran creciente lunar, con pequeña roseta de tres pétalos a la izquierda, encerrada por un círculo, debiendo suponer la presencia de otra similar en la parte de la piedra que falta.

d. IVNIA AM
BATA VIRO[ni]
F(ilia) AN(norum) XXV H(ic) S(ita) E(st)

e. C.I.L. II 5.827; Fita, 1913, 564; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 133, lám. XII, 2; Vives, 1971, 6.169; Albertos, 1972a, 345; Marco Simón, 1978, 193.

14. Gastiain.

a. La misma procedencia y localización que las anteriores. Inv. n.º 639.

b. Caliza; 0,98×0,82×0,34 m.

c. Se conserva la mitad superior, con testero plano y la misma decoración vegetal a base de pámpanos y racimos que las anteriores. En el interior del rectángulo, flor multipétala de hojas lanceoladas, entre cuyas puntas aparecen otras, con umbo central, y rodeada por una circunferencia con decoración en espina de pescado. Debajo, creciente lunar sobre peana, con idéntica decoración, acabando las puntas en especie de círculos, que faltan. A los lados hay dos páteras.

d. Sigue la inscripción, de que se conservan tres líneas, en buenos caracteres de capital:
DOMITIA.SEM
PRONIANA
MATER (?)...

e. Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 135, lám. XIII, 1; García y Bellido, 1949, 383, lám. 274; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 193.

15. Gastiain.

a. Idéntica procedencia y localización que las anteriores. Inv. n.º 603.

b. Caliza; 0,68×0,39 ancho máximo × 0,27 de mínimo × 0,31 de grosor.

c. El fragmento corresponde a la parte superior derecha de la piedra, dejando ver una pequeña roseta hexapétala inscrita en círculo, a bisel, sobre un rectángulo que contiene una roseta multipétala de hojas lanceoladas con umbo central, asomando otras por entre las puntas. Debajo, la cartela epigráfica, de la que sólo se conservan parte de las cuatro primeras líneas.

d. D(iis) M(anibus)
SE(uerus).PATE
RNVS.H(ic)...
AN(norum) XXXX...
... ...

e. Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 136, lám. XIV, 1; Vives, 1971, 3.302; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 193.

16. GASTIAIN.

a. Localizada en la misma ermita que las anteriores, actualmente es desconoce su paradero.

c. Según Fita, bajo la inscripción había un creciente lunar. Los renglones estaban separados por líneas horizontales, y un puente de tres arcos ocupaba el testero. Debía ser, pues, similar a la estela de Iunia Ambata.

d. MINICIA AV
NIA.SEGON
TI F(ilia) AN(norum).III.H(ic) S(ita) E(st).

e. C.I.L. II 5.828; Fita, 1913, 564; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 134; Vives, 1971, 6182; Albertos, 1972a, 345; Marco Simón, 1978, 194.

17. GASTIAIN.

a. Con la misma localización original de las anteriores. Actualmente se desconoce su paradero.

c. Según Fita, presencia de una rueda solar debajo de la inscripción, con las siglas rituales en las enjutas superiores de dicha rueda.

d. D(iis) M(anibus)
VIBIA TERT[io]
LA VILLAN[i] F(ilia)
AN(norum) XX...
H(ic).S(ita).E(st).

e. C.I.L. II 5.830; Fita, 1913a, 565; ibid., 1913b, 232; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 134; Vives, 1971, 6.489; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 194.

18. GASTIAIN.

a. En el umbral de la ermita de San Sebastián.

b. Caliza: 0,80×0,24 m.

c. En la parte superior, decoración incisa de triángulos, enmarcada entre dos líneas horizontales. Sigue una roseta muy simple inscrita en círculo, parte de un creciente lunar y, a su derecha, parte de un motivo decorativo, fitomorfo probablemente.

d. En la parte inferior, restos de la inscripción:
...[M]ARITO...
...GAIL...
...[A]NN(orum)...
... ...

e. Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 136, lám. XIII, 2; Marco Simón, 1978, 194.

19. GASTIAIN.

a. Actualmente en el Museo de Navarra, Sala I. Inv. n.º 633.

b. Caliza; 0,29×0,27 de ancho máximo × 0,16 de ancho mínimo × 0,19 de grosor.

c. Figura humana en posición frontal y, al parecer, estante, muy toscamente grabada en relieve, bajo

un edículo de remate redondeado. Fuera de éste, en la parte superior derecha, una roseta multipétala, también en relieve.

e. Taracena y Vázquez de Parga, 1947, lám. XIV, 2; Marco Simón, 1978, 194.

20. Gastiain.

a. Museo de Navarra, sala I. Inv. n.º 643.
b. Caliza; 0,88×0,54×0,22 m.
c. Conservación pésima. La estela es de remate horizontal. En el rectángulo central, roseta multipétala inscrita en una rueda, con otras dos en los ángulos superiores y, entre ambas, un circulito. Dos pateras en las enjutas inferiores. A continuación la cartela epigráfica. El conjunto viene rodeado por la decoración usual de pámpanos y hojas de vid, que se unen en el testero flanqueando un ara.
d. Restos de inscripción ilegibles en su estado actual.
e. Elorza, 1969, 56; Marco Simón, 1978, 195.

21. Gastiain.

a. En el Museo de Navarra, sala I.
b. Caliza; 0,46×0,26×0,21 m.
c. Lo conservado presenta únicamente un arco de medio punto, que descansa sobre dos rosetas. A la izquierda, moldura doble, correspondiente al borde de la estela.
d. Marco Simón, 1978, 195.

22. Ibero.

a. Se hallaba en la ermita de San Martín. Desaparecida en la actualidad.
c. Dice Moret: «...Caja bien labrada de sepulcro con la cubierta y esculpidos en ella, un gran florón, dos cabezas de toro y dos hombres, de los cuales parece va uno llevando de la diestra un caballo».
d. La inscripción decía:

D(iis).M(anibus)
SEVERA.VXOR.FECIT
MARITO.SVO
ANNORV(m)
XXX.D(e).S(uo).F(ecit).

e. Moret, 1665, 102; Ceán, 1832, 153; C.I.L. II 2.961; Altadill, 1928, 533; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 136; Vives, 1971, 4.596; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 195.

23. Iruñuela.

a. Localidad a unos 8 Kms. al Norte de Estella, junto a la carretera de Echarri-Aranaz. El ejemplar aparece empotrado en el muro frontero del cementerio que domina el pueblo, a la derecha de la puerta y a 0,60 m. del suelo.
b. Caliza blanquecina; 0,88×0,56×0,13 de grosor apreciable.
c. Interesantísima pieza, cuyo remate falta, que presenta la decoración desarrollada en tres zonas. En la parte superior, tres figuras estantes, en posición frontal, con traje talar por debajo de la rodilla, siendo imposible la determinación del sexo o cualquier otro detalle por faltar los dos tercios superiores. Sigue en la parte central un rectángulo —si bien el lado derecho aparece curvo— formado por doble listel en la parte alta, sobre la que descansan las figuras antedichas, que es simple en los laterales. En su interior, y debajo de una cenefa de rombos en relieve que se prolonga ante él, un toro hacia la derecha. La tercera zona ofrece una escena de cacería: un hombre provisto de una lanza, las piernas ligeramente flexionadas, espera la acometida de un jabalí, a su derecha, acosado por un perro. Entre ambos animales y el rectángulo anterior, los restos de la inscripción. El conjunto del campo queda enmarcado por dos tallos de vid, dos listeles y cenefas de rombos idénticas a las anteriores.

d. Inscripción en muy mal estado de conservación:
...HOMICINO...
ASINO AN(norum)
...H(ic) S(itus) E(st) (?)

e. Inédita.

24. JAVIER.

a. Hallada en el camino que, al pie del castillo, sube entre Viñas Viejas y el Cuadrón, en 1925. Actualmente en el Museo de Navarra —en el patio exterior—, donde ingresó con las restantes de la misma procedencia en octubre de 1976.

b. 0,86×0,50×0,10 m.

c. De remate redondeado, presenta en la parte superior lo que parece un creciente lunar invertido, que cobija unos rasgos faciales —ojos, nariz y boca— incisos en la piedra. Ello lleva a Escalada a considerar esta estela como dedicada a la diosa luna, lo que no deja de ser aventurado. En realidad, el creciente no es tal, sino que las dos líneas tratan de representar el tocado de la difunta.

d. Sigue la inscripción en toscos caracteres:
DOMINO. CONIV
GI.LEVCADIO.FEMINA
CLIASTE.LVLIMO
POSVIT.MARITO.AN
NORVM.LXXV.

e. Escalada, 1930; ibid., 1934, 270; 1935, 240; 1943, 10; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 137, lám. XV, 2; Vives, 1971, 4.594; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 195.

25. JAVIER.

a. Idéntica localización que la anterior.

b. Arenisca; 0,82×0,51×0,15 m.

c. Remate semicircular; el ejemplar presenta disposición arquitectónica, con un tímpano, que contiene la inscripción, descansando sobre un arquitrabe liso, al que sostienen dos columnas, en las que de forma clara se aprecian los capiteles, dóricos al parecer. El mal estado de conservación de la pieza impide observar resto decorativo alguno en el amplio intercolumnio, si es que lo hubo.

d. Epígrafe de tres líneas, entre renglones:
CAECILIA
GESELADION
H(ic) S(ita) E(st)

e. Albertos, 1972a, 346; 1978, 195.

26. JAVIER.

a. Con la misma procedencia y localización.

b. Arenisca; 0,75×0,76×0,23 m.

c. Testero semicircular, con tímpano formado por un listel simple, fragmentado en la parte superior derecha. Nada se conserva de la probable decoración en él existente. Otro listel lo separa del rectángulo con la inscripción, del que falta la parte inferior.

d. M(arcus).ANTONIVS
FELIX
H(ic) S(itus) E(st)

e. Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 195.

27. JAVIER.

a. Como las anteriores, en el Museo de Navarra.

b. Arenisca; 1,03×0,51 ancho máximo × 0,23 grosor.

c. Monumento funerario en forma de ara, con zócalo basal, prisma central en el que aparece la inscripción y remate de tres cuerpos. El inferior es un paralelepípedo que presenta en su cara frontal una decoración incisa a base de cuatro rectángulos y, en el interior de éstos, dos semicírculos concéntricos, con radio vertical en el menor. El cuerpo superior es cóncavo, rematando lateralmente en volutas, con decoración geométrica de líneas incisas y dos círculos concéntricos en los extremos. Un triángulo, con moldura y eje de simetría, culmina el monumento en el centro.

d. Inscripción en seis líneas, en capital actuaria:

D(iss).M(anibus).
PICVL(a)E SORO
RI CARISSIMAE
ANN(orum).XXV.
APRVNCLA.
SOROR POSVIT.

e. Albertos, 1972*a*, 346; Marco Simón, 1978, 196.

28. Larraona.

a. Fragmento de estela utilizado como sillar de construcción en el interior de la iglesia parroquial, en la pared izquierda del presbiterio, a aproximadamente a 2,5 m. de altura y en posición horizontal.

b. Caliza; 0,46×0,42 m. son sus medidas máximas.

c. Falta el remate. En la parte superior, creciente lunar flanqueado por dos rosetas hexapétalas inscritas en círculo, todo ello inciso, al igual que los restos de las orlas laterales. A continuación, el epígrafe en tres líneas, separadas por doble renglón, siendo deficiente la conservación de la parte izquierda de aquél.

d.
ELC(ia) VE[r]N[a] (?)
AN(norum) LX
H(ic) S(ita) EST

e. Inédita.

29. Larraona.

a. Fragmento empotrado en un muro de contención delante de la ermita de la Virgen Blanca, en el centro del pueblo, a 1,80 m. de altura, en el lado derecho de la puerta y en posición horizontal.

b. Caliza verdosa; 0,52×0,35 m.

c. Lo conservado pertenece a la parte central de la pieza. En la zona alta, tres líneas curvas, que permiten pensar para la parte que falta en tres rosetas, o creciente entre rosetas. Sigue la inscripción en tres líneas separadas por renglones, las dos primeras de muy difícil lectura por el estado de la piedra. Debajo, gran creciente lunar —las puntas arqueadas— y, a la derecha, la representación esquemática de un vaso de libaciones.

d.
[D(iis)] MA(nibus)...
AL M...
AN(norum) LXX H(ic) E(st) SI(ta)

e. Inédita.

30. Lerga.

a. En el Museo de Navarra, sala I. Inv. n.º 613.

b. Arenisca de grano fino; 1,61×0,64×0,26 m.

c. El ejemplar se encuentra roto en el remate. Presenta tres sectores. En la parte alta, representación de caballo con jinete a la derecha, sobre pedestal de escasa altura; del jinete queda sólo la pierna y pie derechos y parte del tronco. Debajo, esquema arquitectónico, formado por dos columnas de base muy desarrollada y capitel, que sostienen un entablamento con una línea de inscripción y una guirnalda en relieve en cada extremo. En el intercolumnio, dos figuras estantes, con túnica que parece «manicata», sosteniendo en lo alto un objeto alargado, quizás cista

mística o urna funeraria. La de la derecha lleva en su mano izquierda, y en posición vertical, una lanza. Un baquetón con decoración funicular separa esta zona de la cartela con la inscripción.

d. Inscripción en cuatro líneas de fácil lectura, con «haederae distinguentes» como signos de interpunción:

VM.ME.SA.HARFI
NAR.HVN.GE.SI.A.BI
SVN.HA.RI.FI.LIO
ANN.XXV.T.P.S.S.

Damos la lectura de Michelena: Umme, Sahar Fi(lio), Narhungesi Abisunhari Filio, Ann(orum) XXV, T(itulum) P(osuit) S(umptu) (Suo).

e. Marcos Pous, 1960, 320-321; Michelena, 1961, 65-74; Germán de Pamplona, 1961, 213-215; Mezquíriz, 1969, 25; Vives, 1971, 3.469; Caro Baroja, 1971, fig. 9; Albertos, 1972a, 344; Marco Simón, 1978, 196, fot. 28.

31. MARAÑÓN.

a. Museo de Navarra, sala II. Inv. n.° 655.

b. Arenisca; 1,06×0,685×0,34 m.

c. Estela en forma de ara. En la parte alta, creciente lunar entre las siglas D. M. Sigue la inscripción en una «tabula ansata» que ocupa la mayor parte de la lápida. En la zona inferior, otro creciente, éste mayor.

d. Epígrafe en elegantes caracteres capitales:

D(iis) M(anibus)
MA(rco).CAE(lio).FLAVI
NO AN(norum).LX.ET
MA(rco).CAE(lio).FLAVO
AN(norum).XXXV.DOITE
NA AMBATI.CEL
TI F(ilia).SOC(cero).ET.M
ARITO.F(aciendum). C(uravit).

e. Baraibar, 1895, 46-49; Fita, 1895, 47-48; Hübner, E. E., VIII, fasc. 3 (1897), 426, n.° 167; Altadill, 1928, 550; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 137, lám. XIX; Mezquíriz, 1969, 26; Vives, 1971, 4.746; Albertos, 1972a, 345; ibid., 1972b, 150, fot. 2; Marco Simón, 1978, 196.

32. MARAÑÓN.

a. Museo de Navarra, sala II. Inv. n.° 647.

b. Arenisca; 0,54×0,45×0,19 m.

c. Falta la parte superior de la estela, que sería probablemente de testero horizontal. Lo conservado presenta dos rectángulos, el superior conteniendo la decoración, de la que se adivinan tres figuras humanas, realizadas con técnica incisa, y a las que faltan las cabezas. A continuación, la cartela con la inscripción.

d. Prácticamente ilegible, dado el pésimo estado de conservación de la pieza. Se lee, no obstante, al final de la penúltima línea FECIT.

e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 328, fig. 8; Marco Simón, 1978, 196.

33. MARAÑÓN.

a. En el Museo de Navarra, sala II. Inv. n.° 646.

b. Arenisca; 0,46 altura máxima × 0,36 × 0,23 m.

c. En la parte superior, dos figuras estantes en posición frontal, incisas en la piedra, muy toscamente grabadas y de cabeza globular; las extremidades señaladas por simples líneas, así como los rasgos faciales —dos puntos para representar los ojos—. Las cobija un tímpano semicircular. Debajo, parte del rectángulo que contiene la cartela epigráfica, con renglones separados por líneas horizontales.

d. La deficiente conservación hace difícil la lectura:

D(iis) M(anibus) (?)
...ON...MEMOR...
A...M...ANINI...
AN(norum) L VXSOR...
NIL... ARES...
....

e. Marcos Pous y García Serrano, 1972, 326, fig. 7; Marco Simón, 1978, 196-197.

34. Marañón.

a. En la pared Norte del cementerio.
c. Según Baraibar «...existen otras dos piedras, que conservan restos de discos, adorno que solía usarse como cabecera en las lápidas romanas de Alava».
e. Baraibar, 1895, 218; Marco Simón, 1978, 197.

35. Oteiza de Solana.

a. Desaparecida en la actualidad.
c. En lo alto había una cabeza de buey y una media luna.
d. A continuación seguía la inscripción:

CALAETVS.EQVES
I.F(ilius).ANNORVM XX
A.LATRONIBVS.OC
CISVS.ACNON.MA
TER.D(e).P(ecunia).S(ua).

e. Sandoval, 1665, cat. f. 3; *Diccionario...*, 1802, II, 217; Ceán, 1832, 150; C.I.L. II 2.968; Fita, 1907, 466; Altadill, 1928, 544; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 141; Vives, 1971, 4.532; Albertos, 1972a, 344; Marco Simón, 1978, 197.

36. Pamplona.

a. Hallada en 1895 en un solar de la calle Navarrería, a unos 2 m. de profundidad. En el Museo de Navarra, sala III. Inv. n.º 594.
b. Arenisca; 1,45×0,82×0,25 m.
c. De testero semicircular, estuvo partida en tres trozos, unidos hoy. En el tímpano, creciente lunar con una estrellita de ocho puntas entre sus cuernos. Encima, y en los ángulos inferiores, tres discos con otras de seis puntas inscritas, y dos «escuadras» invertidas en los lados. Un doble listel conforma el tímpano. Sigue la inscripción, fragmentada y de no fácil lectura:

S[e]XTILLVS SI[lonis]
ANTONI A[n (norum)] XVII
SERENV[s Frater et]
STR [atonice] SOROR
H(ic) S(iti) S(unt)
FESTA ET RVST[ica]
H(eredes) D(e) S(uo)
F(aciendum) C(uraverunt)

e. B.C.M. Navarra, 1895, I, n.º 2, 221-225; Fita, 1897, 519 ss.; E. E., III, 1897, 508-509; n.º 288; Leite de Vasconcelos, 1913, fig. 209; París, 1919, 48-49 y 119; Altadill, 1928, 499; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 141, lám. XXI; García y Bellido, 1949, 383, lám. 274; Cumont, 1966, fig. 54; Vives, 1971, 5.109; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 197.

37. Santacara.

a. En el Museo de Navarra, sala I. Inv. n.º 627.
b. Caliza dura; 2,06×0,72×0,17 m.

c. Remate semicircular, con estrella de seis puntas inscrita en círculo. En las enjutas inferiores, dos a modo de candelabros. Sigue una banda en la que aparece un creciente y dos estrellas de seis puntas, inscritas en círculo, que lo flanquean. A continuación la cartela con la inscripción, otros tres crecientes y, en la parte inferior, tres arcos de medio punto. Todo ello en relieve plano sobre fondo rehundido.

d. Epígrafe de cuatro líneas:

PORCIVS
FELIXS.KRESIS
AN(norum).LXX.H(ic).S(itus).D(e).S(uo)
SE.VIVO.FECIT.

e. B.C.M. Navarra, IV, 108; C.I.L. II 2.962; Fita, 1907, 470; Emiliano Zorrilla y Altadill, 1913, 108; Altadill, 1928, 525; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 129, lám. VIII, 1; García y Bellido, 1949, 380, lám. 273; Mezquíriz, 1969, 22; Vives, 1971, 3.671; Albertos, 1972a, 346; Gamer, 1975, 215, fig. 4. Marco Simón, 1978, 197-198, Fot. 29.

38. URBIOLA.

a. A 10 Kms. al SW. de Estella. Hoy en el Museo Municipal de San Telmo, en San Sebastián. Inv. n.º 3.240.

b. Arenisca; 0,95×0,45×0,155 m.

c. El ejemplar se organiza en dos zonas. En la mitad superior, un cuadrado con tres figuras estantes, que se abrazan por los hombros, con túnica hasta la rodilla, en posición frontal y con los pies en incorrecta perspectiva. Sobre ellas, objetos de no fácil interpretación: los de los extremos son dos martillos, con un aro y un cuadrado en el centro, quizás una urna funeraria éste. En el borde de la estela, dos lanzas o venablos, una serpiente en zigzag y, a la izquierda, restos de una posible representación de cuadrúpedo, muy tosca. Debajo, rectángulo menos profundo, que contiene las figuras de dos cuadrúpedos hacia la derecha, posiblemente équidos.

e. Barandiarán Maestu, 1968, 216 ss.; Marco Simón, 1978, 198.

39. VILLATUERTA.

a. Localidad situada a 2 Kms. al SE. de Estella. Actualmente en el Museo de Navarra, sala I. Inv. n.º 651.

b. Caliza compacta; 1,65×0,805×0,265 m.

c. Falta la parte superior, de la que se conserva la base de un rectángulo que llevaría decoración. Sigue la cartela con la inscripción y, debajo, tres arcos; bajo el central, cazador con espada en la mano derecha y lo que parece un escudo visto de perfil —mejor que una lanza— en la izquierda. Ante él, en el arco de la derecha, un cuadrúpedo, y otro menor en el de la izquierda, tras el personaje.

d. Elegantes caracteres capitales:

OCTAVIA.PV
DENTIS.FILIA
AN(norum).XXX.H(ic).S(ita).E(st).

e. Fita, 1907, 466 ss.; Emiliano Zorrilla y Altadill, 1913, 107; Leite de Vasconcelos, 1913, fig. 208; París, 1919, 47-48; Taracena y Vázquez de Parga, 1947, 117, lám. XXIX, 1; García y Bellido, 1949, 381, lám. 273; Mezquíriz, 1969, 31; Vives, 1971, 2.577; Albertos, 1972a, 346; Marco Simón, 1978, 198.

40. PROC. DESCONOCIDA.

a. Fragmento de procedencia desconocida, aunque probablemente del área de Aguilar de Codés.

b. Caliza; 0,43×0,27×0,15 m.

c. Resta solamente un trozo correspondiente a la parte central de la pieza. En él, sobre fondo rehundido, se ven tres figuras humanas, estantes y en posición frontal, los pies representados hacia la izquierda, por error de perspectiva. Falta parte de la figura de la derecha. A la izquierda, posibles restos de una cuarta. El ejemplar se relaciona, evidentemente, con el grupo de Aguilar, si es que no procede de dicha localidad o de su entorno.

d. Sigue la inscripción, de muy mala conservación y difícil lectura:

...C...OA
...MA...OXIMA (?)
...OP...NVR...OIN
....

e. Inédita.

Estando a punto de concluir este trabajo, hemos tenido noticias de la existencia de dos fragmentos de estela procedentes de Olazagutía, objetos de un artículo de Leizaola, actualmente en prensa [174]. Son los siguientes:

41. Olazagutía.

a. Localizado por Leizaola entre los escombros de la ermita de Nuestra Señora de Belén, como los siguientes.
b. Caliza blanca; 0,38×0,26×0,14 m.
c. Probable extremo superior izquierdo de una estela rectangular. Se observa un creciente lunar, incompleto, y debajo una roseta hexapétala inscrita, en campo enmarcado por doble listel.
d. Anepígrafo en su estado actual.
e. F. Leizaola, 1975.

42. Olazagutía.

a. Con la misma procedencia del anterior.
b. Caliza blanca; 0,39×0,20×0,175 m.
c. Se trata de dos fragmentos de una misma estela. En el campo, rodeado por moldura incisa, se conserva una roseta tetrapétala inscrita en círculo, a la izquierda.
d. Debajo, las dos primeras líneas de la inscripción, separadas por renglón:

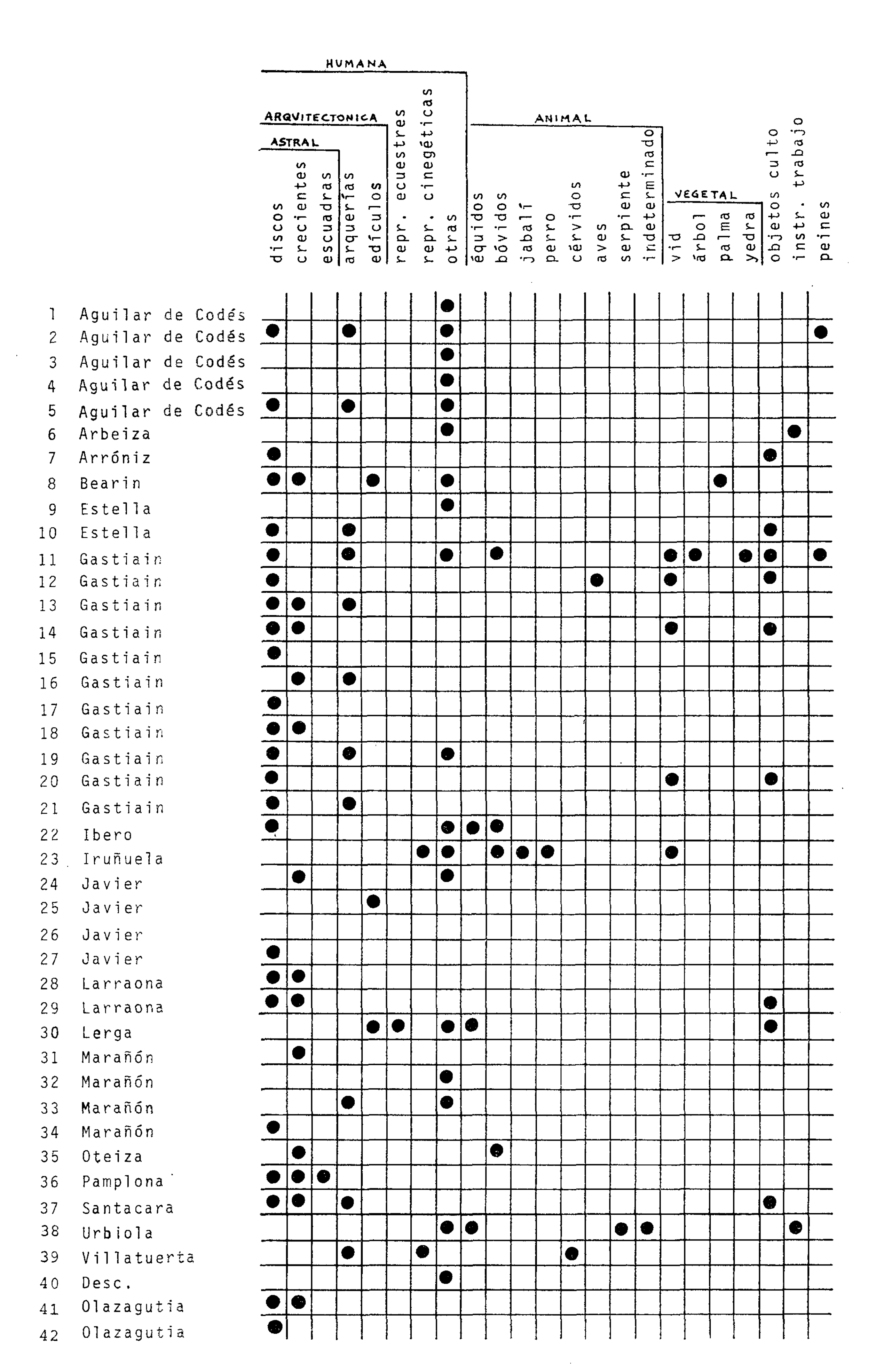
SEC...IECA
AI... N(norum) XXX
....

e. F. Leizaola, 1975.

174. F. de Leizaola, *Fragmentos de lápidas de época romana en el término de Olazagutía (Navarra),* XIV CAN, Vitoria, 1975 (en prensa).

INDICE DE ABREVIATURAS

AEA	Archivo Español de Arqueología. Madrid.
AEF	Anuario de Eusko-Folklore. San Sebastián.
AIEC	Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans. Barcelona.
AJA	American Journal of Archaeology. Nortwood-Princeton.
BCMN	Boletín de la Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de Navarra. Pamplona.
BIDEA	Boletín del Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.
BRAH	Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid.
BRSV	Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. San Sebastián.
CAN	Congreso Nacional de Arqueología.
CEEHAR	Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma.
CEEN	Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra. Pamplona.
CEG	Cuadernos de Estudios Gallegos. Santiago de Compostela.
EAA	Estudios de Arqueología Alavesa. Vitoria.
EAE	Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
ELH	Enciclopedia Lingüística Hispánica. Madrid.
HEMP	Historia de España, dirigida por R. Menéndez Pidal. Madrid.
I.e., Ide.	Indoeuropeo (a).
MAMA	Monumenta Asiae Minoris Antiqua. Manchester.
MM	Madrider Mitteilungen. Heidelberg.
MMAP	Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales. Madrid.
RABM	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.
REA	Revue des Etudes Anciennes. Burdeos.
RIEV	Revista Internacional de Estudios Vascos. San Sebastián.
IV SPP	IV Symposion de Prehistoria Peninsular. Pamplona.



		HUMANA								ANIMAL								VEGETAL						
		ARQUITECTONICA																						
		ASTRAL																						
		discos	crecientes	escuadras	arquerías	edículos	repr. ecuestres	repr. cinegéticas	otras	équidos	bóvidos	jabalí	perro	cérvidos	aves	serpiente	indeterminado	vid	árbol	palma	yedra	objetos culto	instr. trabajo	peines
1	Aguilar de Codés								●															
2	Aguilar de Codés	●			●				●															●
3	Aguilar de Codés								●															
4	Aguilar de Codés								●															
5	Aguilar de Codés	●			●				●															
6	Arbeiza								●														●	
7	Arróniz	●																				●		
8	Bearin	●	●			●			●											●				
9	Estella								●															
10	Estella	●			●																	●		
11	Gastiain	●			●				●		●							●	●		●	●		●
12	Gastiain	●													●			●				●		
13	Gastiain	●	●		●																			
14	Gastiain	●	●															●				●		
15	Gastiain	●																						
16	Gastiain		●		●																			
17	Gastiain	●																						
18	Gastiain	●	●																					
19	Gastiain	●			●				●															
20	Gastiain	●																●				●		
21	Gastiain	●			●																			
22	Ibero	●							●	●	●													
23	Iruñuela							●	●		●	●	●					●						
24	Javier		●						●															
25	Javier					●																		
26	Javier																							
27	Javier	●																						
28	Larraona	●	●																					
29	Larraona	●	●																			●		
30	Lerga					●	●		●	●												●		
31	Marañón		●																					
32	Marañón								●															
33	Marañón				●				●															
34	Marañón	●																						
35	Oteiza		●								●													
36	Pamplona	●	●	●																				
37	Santacara	●	●		●																	●		
38	Urbiola								●	●						●	●						●	
39	Villatuerta				●			●						●										
40	Desc.								●															
41	Olazagutia	●	●																					
42	Olazagutia	●																						

Cuadro 1. *Distribución de la decoración en los ejemplares catalogados.*

	FORMULAS								NOMINA				PARENTESCO					
	D.M.	H.S.E.	F./F.C.	P.	OTRAS	HOMBRES	MUJERES	EDAD	1	2	3	FILIACION	FILIO	PATRI	MARITO	SOCCERO	SORORI	VERNA
2	●																	
3	●																	
5	●																	
7	●		●			●		LX		●				●				●
8	●			●	P(ecunia) S(ua)	●		VIII	●				●					
11	●	●					●	XXX		●		●						
12		●				●		XXXX		●		●						
13		●					●	XXV		●		●						
14							●			●								
15	●	●				●		XXXX		●								
16		●					●	III		●		●						
17	●	●					●	XX...		●		●						
18						●									●			
22	●		●		D(e) S(uo)	●		XXX							●			
23		●				●												
24				●		●		LXXV	●						●			
25		●					●			●								
26		●				●					●							
27	●			●			●	XXV	●								●	
28		●					●	LX	●									●
29	●	●						LXX										
30					T(itulum) P(osuit) S(umptu) S(uo)	●		XXV		●								
31	●		●			●		LX/XXXV			●	●			●	●		
32			●		MEMOR...													
33	●							L										
35					D(e) P(ecunia) S(ua)	●		XX	●			●	●					
36		●	●		H(eredes) D(e) S(uo)	●	●	XVII	●	●								
37		●	●		D(e) S(uo) SE VIVO	●		LXX			●							
39		●					●	XXX	●			●						

Cuadro 2. *Elementos epigráficos y lingüísticos.*

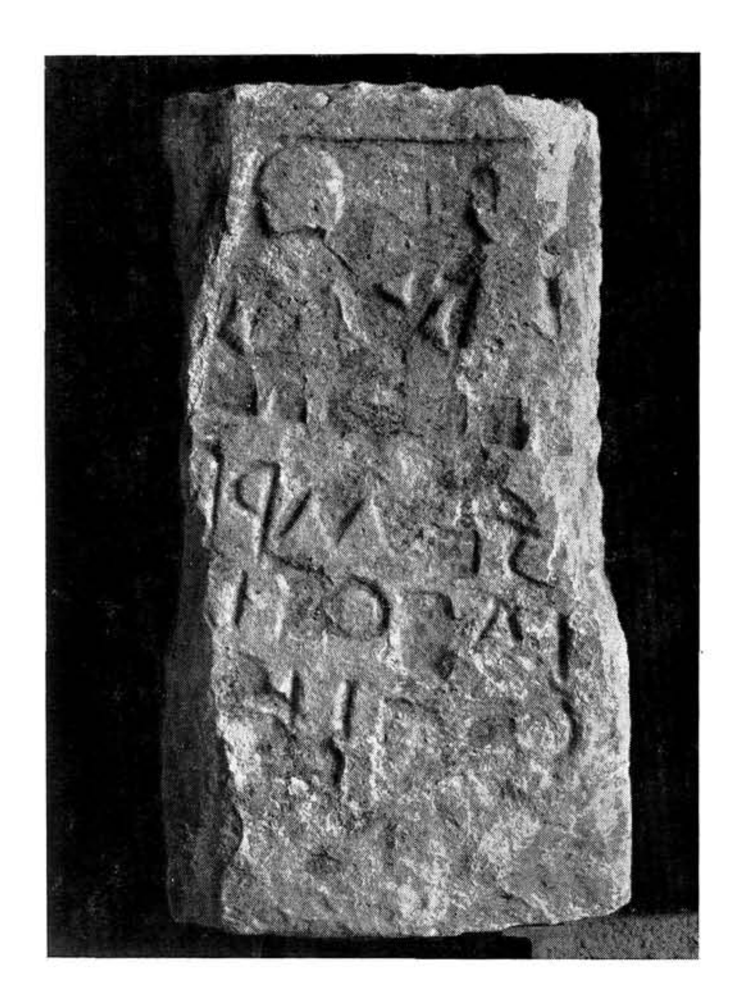


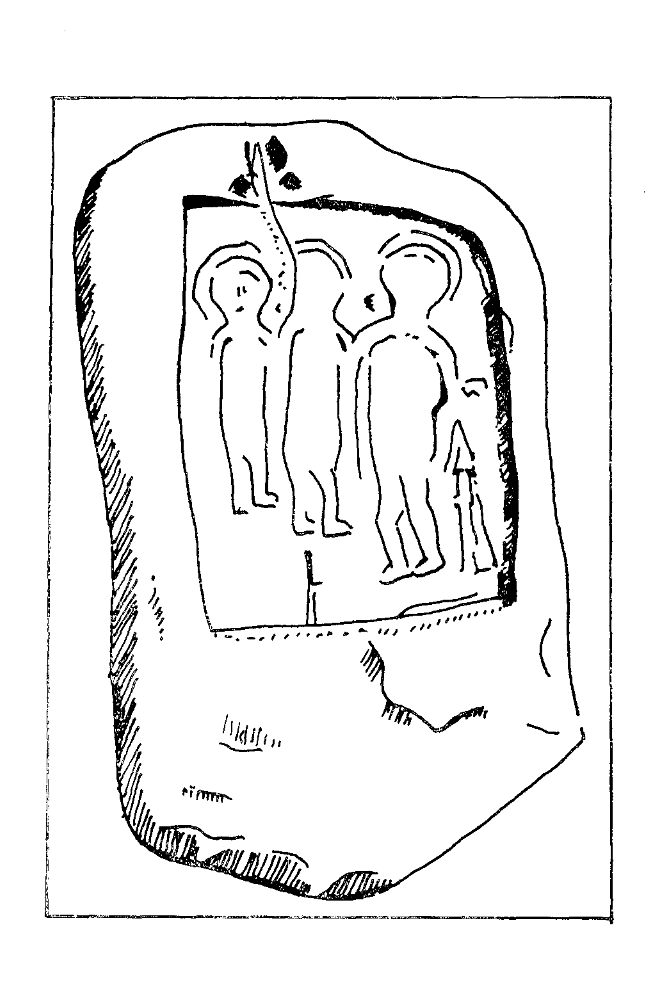




Lámina 1. N 1. *Aguilar de Codés* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*). N 3 *Aguilar de Codés* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*). N 4. *Aguilar de Codés* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*).



Lámina 2. N 5. *Aguilar de Codés* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*).



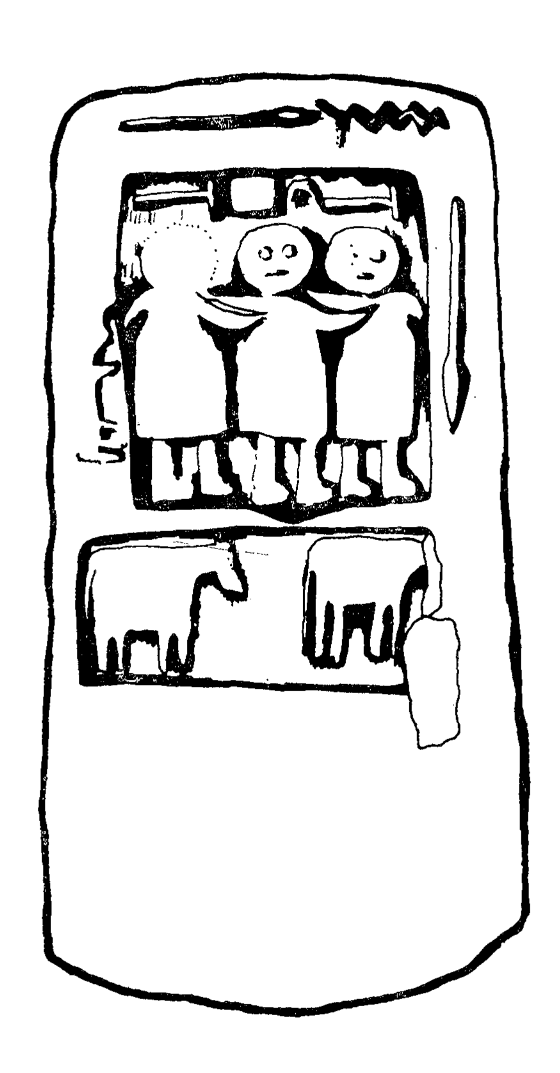


Lámina 3. N 6. *Arbeiza* (*Seg. Iraburu*). N 38. *Urbiola* (*Seg. Barandiarán*).







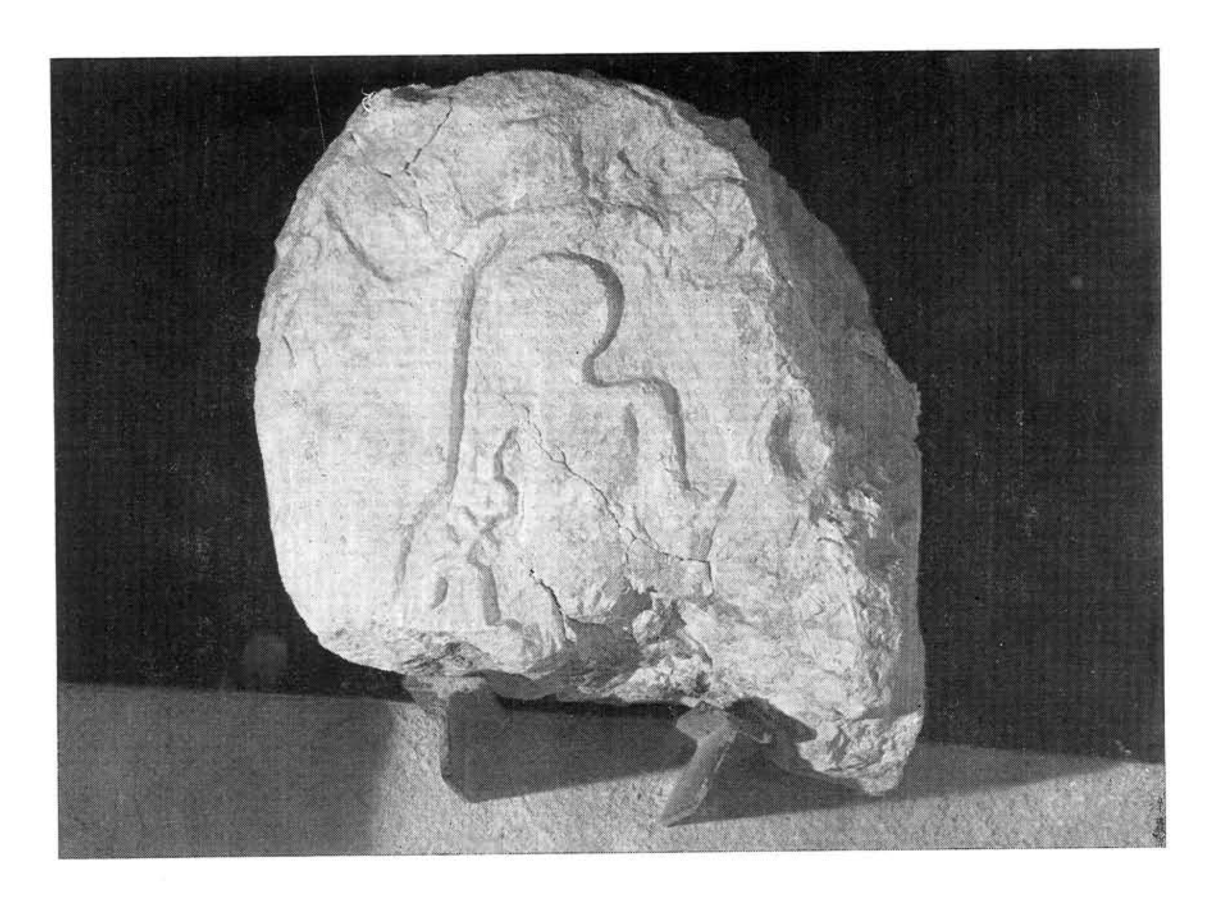
Lámina 4. N 10. *Estella* (*Seg. Taracena*). N 11 *Gastiain* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*). N 12. *Gastiain* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*).







Lámina 5. N 13. *Gastiain (Fot. Arch. Museo de Navarra)*. N 14. *Gastiain (Fot. Arch. Museo de Navarra)*. N 15. *Gastiain (Fot. Arch. Museo de Navarra)*.





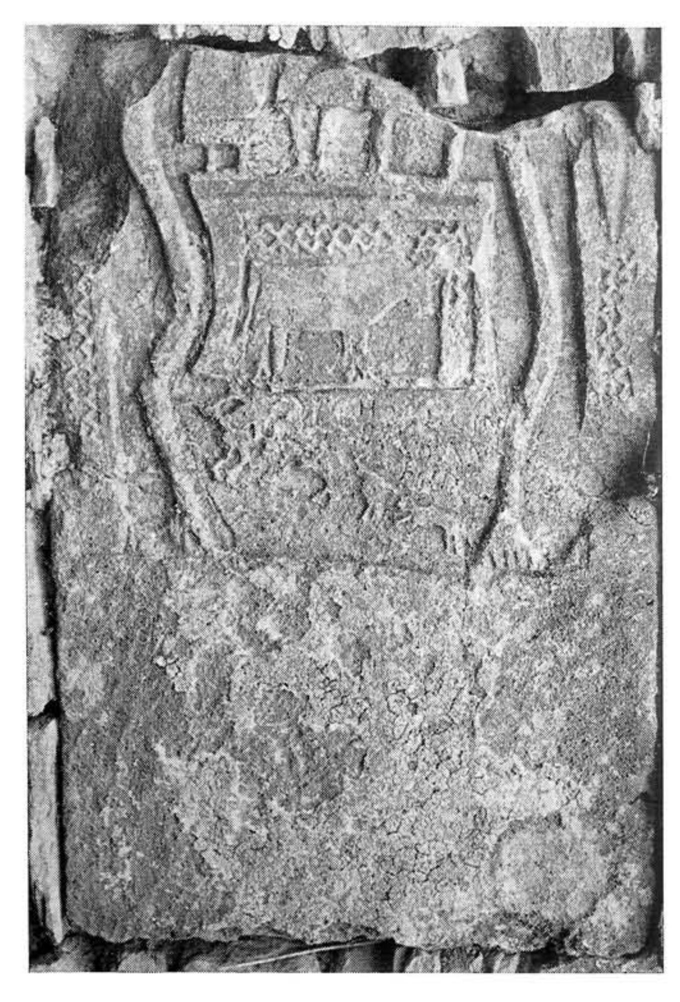


Lámina 6. N 19. *Gastiain* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*). N 20. *Gastiain* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*). N 23. *Iruñuela.*



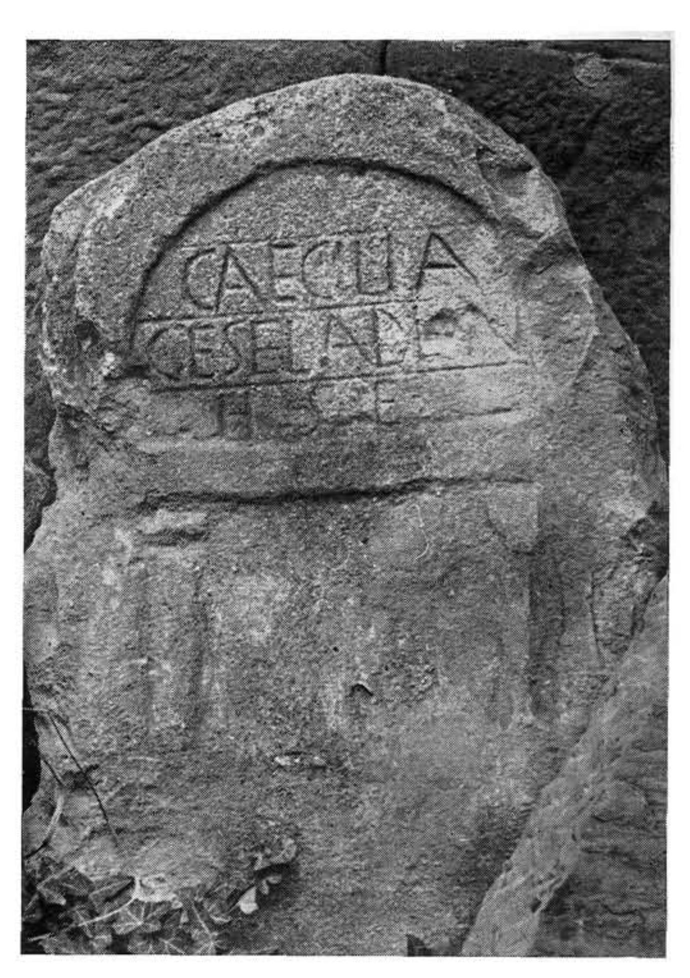




Lámina 7. N 24. *Javier*. N 25 *Erla*. N 8. *Bearin* (*Seg. Barandiarán*).

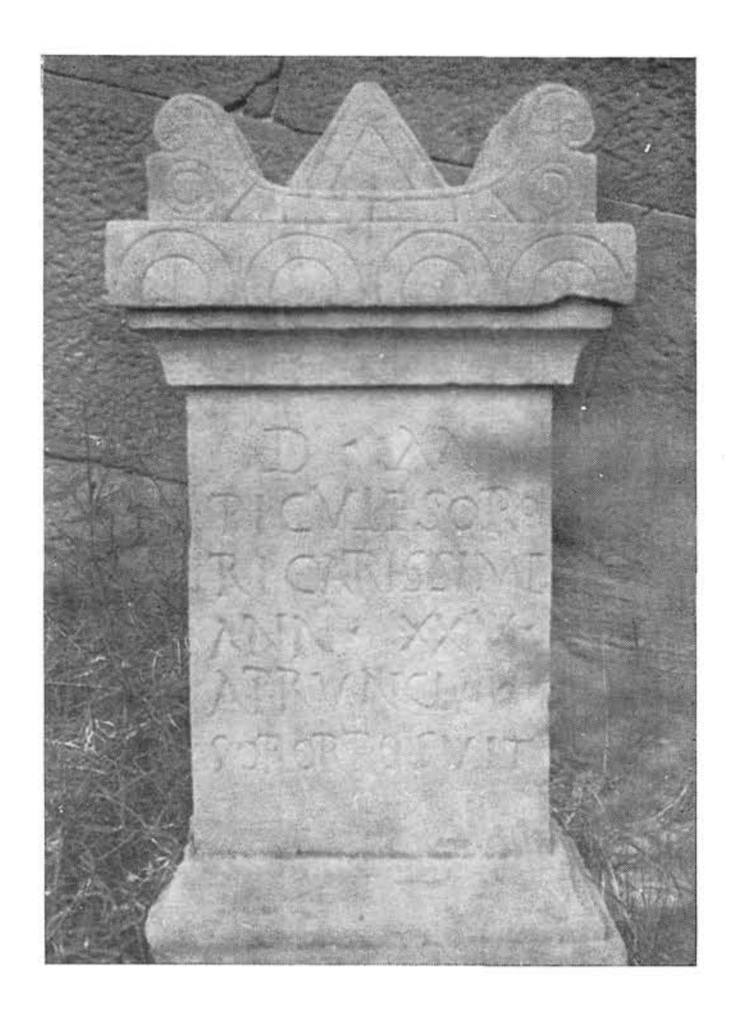


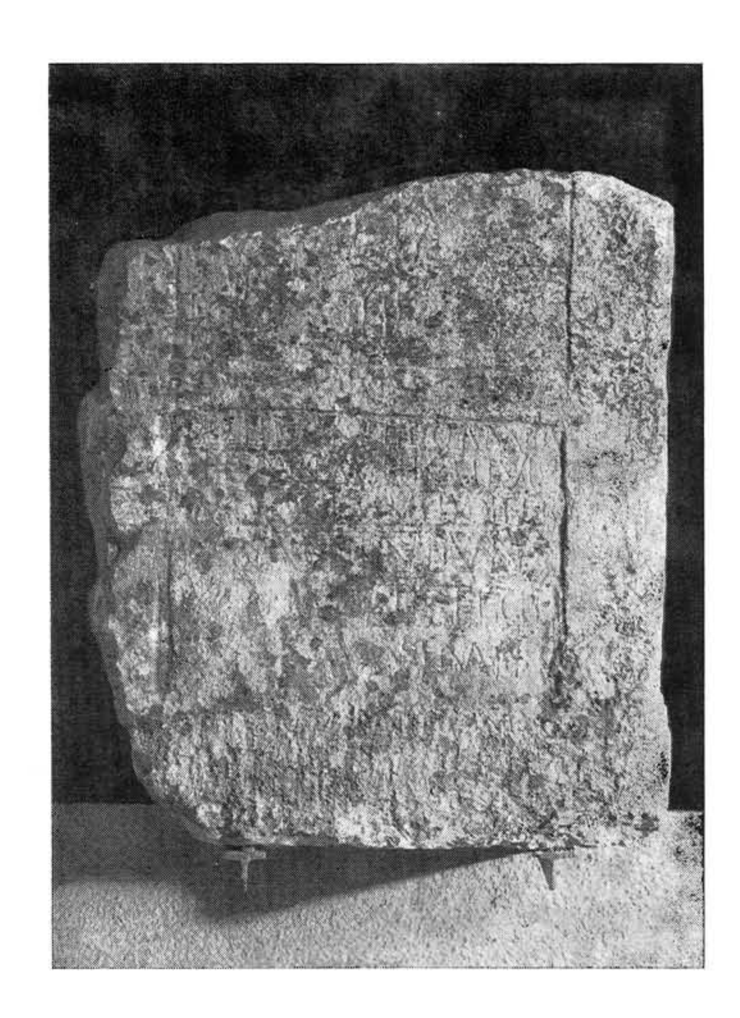






Lámina 8. N 27. *Eslava.* N 28. *Larraona.* N 29. *Larraona.* N. 30 *Lerga* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*).





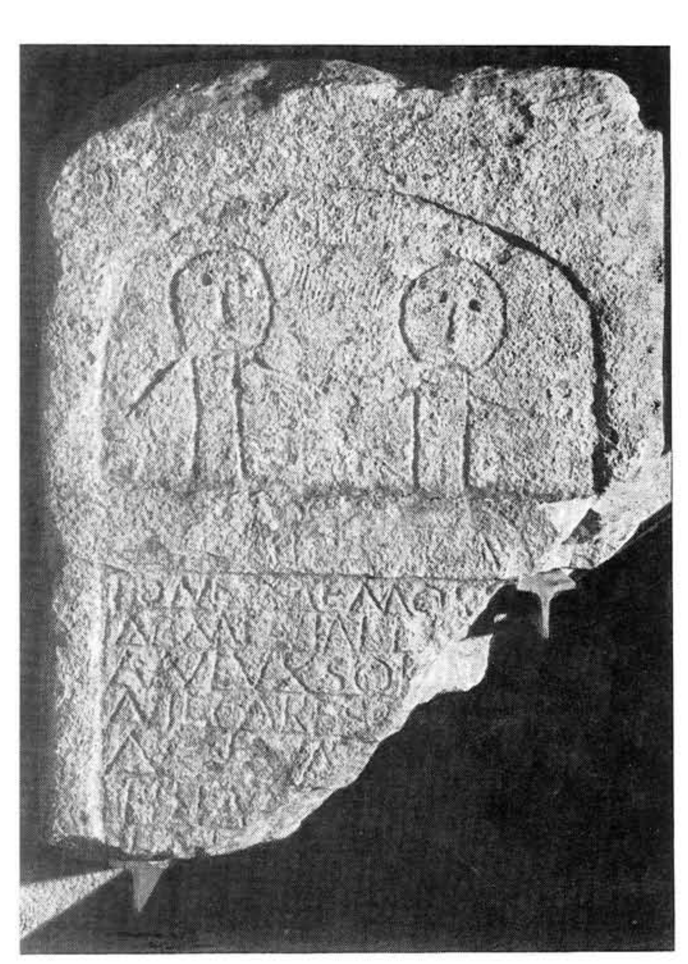




Lámina 9. N 31. *Marañón (Fot. Arch. Museo de Navarra).* N 32. *Marañón (Fot. Arch. Museo de Navarra).* N 33. *Marañón (Fot. Arch. Museo de Navarra).* N 36. *Pamplona (Fot. Arch. Museo de Navarra).*





Lámina 10. N 37. *Santacara* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*). N 39. *Villatuerta* (*Fot. Arch. Museo de Navarra*).

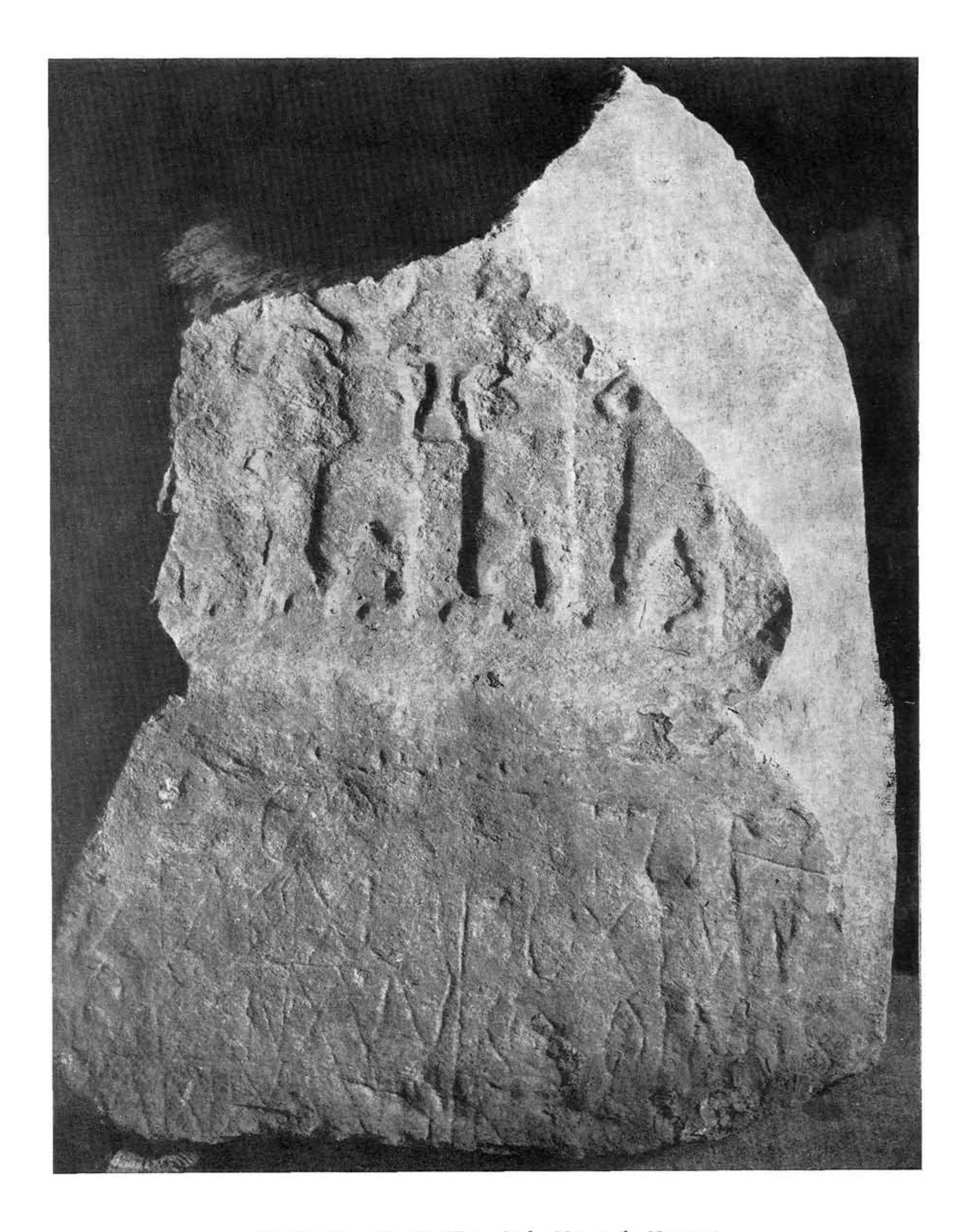
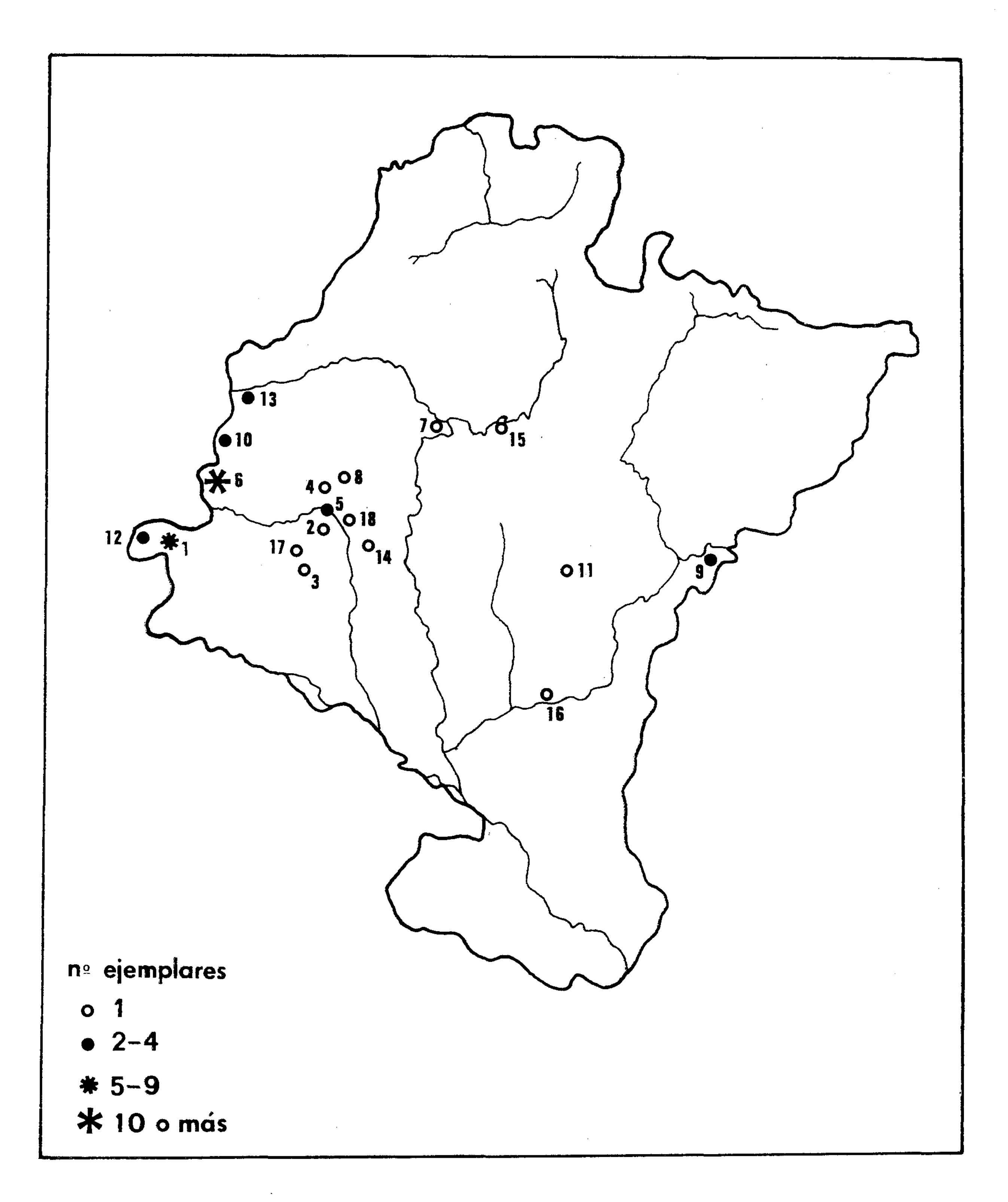


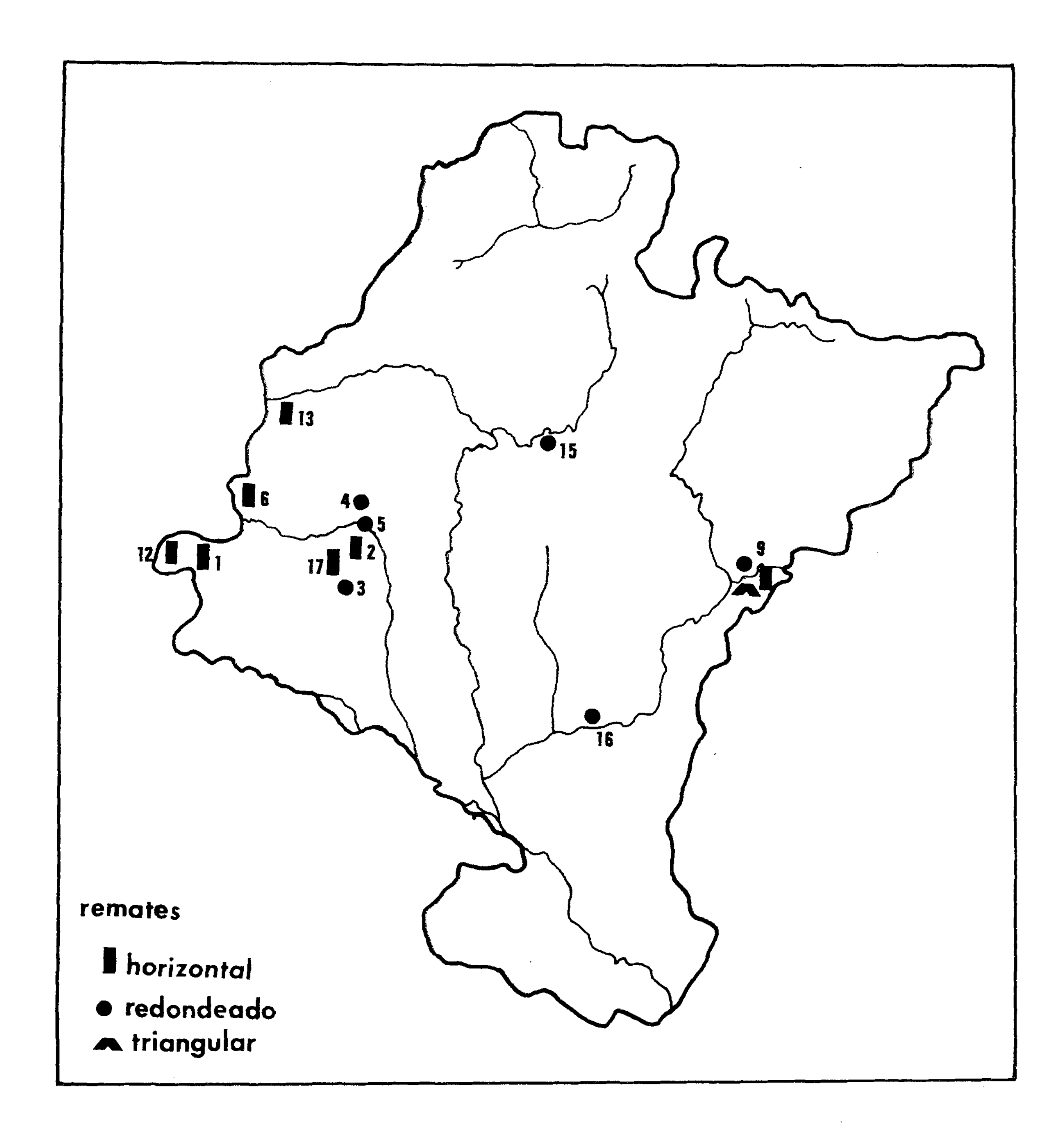
Lámina 11. N 40. (*Fot. Arch. Museo de Navarra*).



INDICE DE LOCALIDADES CITADAS EN LOS MAPAS 1 Y 2

1. Aguilar de Codés
2. Arbeiza
3. Arróniz
4. Bearin
5. Estella
6. Gastiain
7. Ibero
8. Iruñuela
9. Javier
10. Larraona
11. Lerga
12. Marañón
13. Olazagutía
14. Oteiza
15. Pamplona
16. Santacara
17. Urbiola
18. Villatuerta

Mapa 1. *Distribución geográfica de los hallazgos.*



Mapa 2. *Distribución tipológica de los hallazgos.*

CERAMICA PIGMENTADA ROMANA EN NAVARRA

Este estudio fue presentado como Memoria de Licenciatura en el Instituto de Artes Liberales de la Universidad de Navarra. Lo examinó, el día 23 de junio de 1979, el tribunal compuesto por los Profs. Dr. D. Luka Brajnovic (Presidente), Dra. Dña. M.ª Ángeles Mezquíriz (Director y Ponente), y Dra. Dña. Amparo Castiella.

MERCEDES UNZU URMENETA

CARACTERES GENERALES DE LA CERÁMICA PIGMENTADA.

Tradicionalmente se viene dividiendo las cerámicas romanas en dos grandes apartados, bajo la denominación de cerámicas de lujo y comunes, términos que se refieren a las características más sobresalientes de dichas cerámicas. Sin embargo, la ambigüedad de esta terminología es evidente, de tal modo que en cuanto ha de hacerse una clasificación de materiales arqueológicos, se aplican términos más precisos para los diversos tipos de cerámica con un criterio más o menos subjetivo.

De este modo, el uso ha consagrado determinadas nomenclaturas que no responden con exactitud a la cerámica referida. Pensemos en la denominación aplicada a algunos de los más característicos grupos cerámicos en los que su nombre se debe, unas veces, a razones de origen, otras, de morfología, o sencillamente de modalidad decorativa. Otro criterio usado en ocasiones es el que busca diferenciar los productos atendiendo a la «función».

Ninguna de estas denominaciones consiguen definir por completo la categoría tipológica de las vasijas, aunque su enunciado ayuda en ocasiones a hacerse una idea preliminar [1].

El problema de la nomenclatura de la cerámica antigua, es origen algunas veces de confusiones, por lo que creemos importante calibrar con precisión este aspecto. Siendo preciso que las definiciones de las cerámicas describan correctamente el tipo de pasta y circunstancias físicas, evitando la aplicación de términos equívocos, con objeto de que los materiales así publicados, puedan ser utilizados en estudios posteriores sin necesidad de estar revisando constantemente la naturaleza de dichas atribuciones.

En el caso de la cerámica que nos ocupa, hemos adoptado el término «pigmentada», por ser la única característica común a todos los vasos estudiados. Hasta ahora, en la descripción tradicional de estos materiales, se llamaba cerámica de paredes finas a todos los recipientes de pared delgada, tanto si llevaban la superficie pigmentada o no [2], y cerámica común a todas las vasijas que por sus características y factura no eran incluidas en la cerámica de lujo. Dentro de este grupo, quedaban también incluidos los vasos con superficie pigmentada, de tosca elaboración, y de pared gruesa [3]. Nosotros, sin embargo, hemos creido que el dato

1. BELTRÁN LLORIS, M., *Cerámica romana. Tipología y clasificación.* Zaragoza 1978, págs. 28-32.
2. MAYET, F., *Las céramiques a parois fines dans la Péninsule Iberique.* París 1975, págs. 3-7.
3. MEZQUÍRIZ, M. A., *La excavación estratigráfica de Pompaelo I. Campaña 1956,* Pamplona 1958, págs. 277 y 284-286 y *Pompaelo II,* Pamplona 1978, págs. 46-48.
VEGAS, M., *Cerámica común del Mediterráneo Occidental,* Barcelona 1973.
ALARCAO, J., *Ceramica comun, local e regional de Conimbriga.* Coimbra 1974.

más representativo para adoptar una nomenclatura, era precisamente el del pigmento de la superficie, ya que resulta la característica más sobresaliente y que permite una primera clasificación de estos materiales.

El término «pigmentada» nos ha parecido más adecuado que el de barnizada o engobada, usado más frecuentemente, por creer que la técnica usada al cubrir la superficie no corresponde a estas últimas denominaciones [4].

Entendemos por engobe el baño que se aplica a la superficie de la vasija, realizado con arcilla líquida de la misma calidad que la empleada en la confección de la cerámica. Por otra parte, el barniz supone el recubrir la superficie con una sustancia transparente que lleve alguna materia oleosa. Creemos que el material usado para cubrir la superficie de la cerámica que estudiamos son colorantes a base de sustancias minerales o de jugos vegetales, de coloración distinta a la de la arcilla con que fue fabricado el vaso. Por ello un término que también podría aplicarse sería el de «pintada», pero esta nomenclatura está consagrada en el lenguaje arqueológico a las cerámicas «decoradas con pintura», como son los productos ibéricos o celtibéricos [5].

Por ello, a fin de evitar confusiones, hemos adoptado el término pigmentada, es decir, cerámica que lleva aplicado un pigmento en toda su superficie, pudiendo referirse solamente al exterior de la pared o a ambas caras.

La cerámica pigmentada es, sin duda, una de las cerámicas más difíciles de definir. Se distingue claramente dentro del material de una excavación, pero sin embargo, presenta una serie de variedades, tanto en sus características externas, como en su función, que nos obligan a establecer dos grandes grupos. Por una parte, los vasos pigmentados de paredes finas, generalmente destinados a beber, que pueden considerarse como cerámica de mesa, y por otra, los vasos de paredes gruesas, que indudablemente deben ser considerados como cerámica de cocina, teniendo muchas características semejantes a la cerámica común.

El grosor de la pared es por tanto el primer punto a que hay que atender para la clasificación de la cerámica pigmentada romana, distinguiendo dos tipos distintos que denominamos: «cerámica pigmentada de paredes finas» y «cerámica común pigmentada».

A partir de este momento estos dos grupos los analizaremos por separado, aunque paralelamente, de modo que veremos las diferencias y coincidencias de los dos tipos y podremos analizar su personalidad.

Hemos decidido que sea precisamente el grosor de la pared el que en principio nos determine estos dos tipos, por ser el dato más concreto, aunque siempre podemos encontrarnos con casos aislados que sobrepasen estos límites. Entonces será el resto de las características de los otros signos externos los que determinarán su clasificación.

1. Cerámica pigmentada de paredes finas.

Su característica física más destacada es el grosor de la pared, que en estos vasos puede variar de 0,5 a 2,5 milímetros. Sin embargo, excepcionalmente, podemos encontrar tipos extremos en los que se llegue a los 5 milímetros.

La pasta.

Presenta generalmente un aspecto duro, muy compacto. No se aprecian partículas desgrasantes por estar perfectamente decantada, lo que da a las paredes un acabado cuidado y homogéneo. Los fragmentos presentan las fracturas cortantes, produciendo el efecto de ser recientes, ya que por la dureza de la pasta, resiste a ser «alterada o rodada» al cabo del tiempo.

Presenta algunas variedades en el color, siendo los más frecuentes el grisáceo, anaranjado y beige arena.

La superficie externa del vaso queda siempre perfectamente alisada y preparada para la recepción de la pintura. En la cara interna se advierte, generalmente, líneas diagonales en

4. Escyt, *Enciclopedia Salvat de la Ciencia y la Tecnología,* Tomo 2, Barcelona 1964, pág. 157; Tomo 10, págs, 437 y 457.
5. Beltrán, M., *Cerámica romana...*, op. cit., pág. 28.

sentido ascendente, producidas por el estiramiento de la pasta. Este hecho también se puede observar en el exterior de algunos vasos de paredes muy delgadas.

El pigmento.

A pesar de ser uno más dentro de los diversos caracteres físicos externos, tiene unas características tan propias en la cerámica que estamos estudiando, que la individualiza y le da el nombre. Así pues, todos los vasos a los que nos vamos a referir están, parcial o totalmente, cubiertos por pintura.

Los vasos de paredes finas pigmentadas, llevan siempre una pintura de gran calidad. Es homogénea y brillante, muy a menudo con irisaciones metálicas, lo que produce en los vasos un efecto estético indudable.

Como veremos, el color puede ser desde el negro al naranja, pasando por las gamas de los beiges. Hay ejemplares en los que podemos encontrar mezcladas varias tintas, adquiriendo un matiz tornasolado, predominando generalmente los tonos vinosos.

Vamos a tratar de analizar los componentes esenciales en el pigmento: color, brillo, adherencia y calidad.

Color.

Se pueden distinguir dos grandes grupos:

— Vasos pintados de color naranja. Presentan dicho color como base, sin embargo es difícil encontrar un vaso de coloración totalmente uniforme. Los vasos de color-base naranja incluyen casi siempre manchas oscuras, generalmente negras, con brillo metálico. Están constituidas por una delgada capa de pintura, por lo que a veces resulta transparente, originando así esa mezcla de tonos marrones vinosos o tornasolados, de los que ya hemos hablado.

— Vasos pintados de color negro. Estos vasos suelen tener el color más uniforme que los anteriores. El color negro puede cubrir toda la superficie del vaso, sin embargo, cuando disminuye la cantidad de pintura aplicada en algunas zonas, se observa un cambio de tonalidad que puede variar desde el marrón avellana, hasta el beige naranja. Esto se debe a que la arcilla, con su color natural, se transparenta a través de la delgada capa de pintura.

Brillo.

Esta cerámica presenta siempre la superficie muy brillante. Creemos que esta calidad se debe a su proceso de fabricación. Es decir, la pintura era aplicada a los vasos antes de la cocción. Dependerá de la intención del alfarero respecto a la diferente coloración y calidad que pretenda obtener, el grado de temperatura aplicado al horno para someter la cerámica a fuego reductor u oxidante [6].

Muchas veces estos vasos presentan irisaciones metálicas, grafitizadas, sobre todo en los vasos pigmentados en color negro, que ponen de moda el procedimiento de fabricación de las cerámicas Campanienses [7], ya en desuso entonces.

Adherencia.

La gran adherencia de esta pintura es una de las notas que contribuyen a su calidad. Esto se observa en los numerosos hallazgos de excavaciones, y también cuando se trata de materiales recogidos en superficie.

Las zonas en las que se conserva mejor la pintura son las partes cóncavas (molduras, cuello, etc.). Por el contrario, es en las convexas (carenas, etc.) donde ha sufrido más deterioro. Podemos observar también que las zonas más desgastadas por el uso son las más expuestas al

6. BELTRÁN, M., *Cerámica romana...*, op. cit., pág. 36.
7. BELTRÁN, M., *Cerámica romana...*, op. cit., pág. 31.

roce, como el pie y la parte superior del borde. Sin embargo, en los vasos de borde recto y boca ancha, el pigmento se conserva siempre mejor que en el resto de las formas.

Calidad.

La calidad de esta pintura queda de manifiesto con un examen superficial de la cerámica, pues cualquiera puede observar que el brillo se conserva con toda su intensidad, incluso las irisaciones metálicas.

En un mismo contexto arqueológico, nos encontramos fragmentos de otros tipos de cerámica cuya superficie se ha deteriorado apareciendo rayas, concreciones, etc., mientras que la cerámica que estudiamos se halla en buen estado. Por tanto se trata de una pintura que tarda mucho en rayarse, no quedando nunca mate. La aplicación muestra siempre una ejecución muy cuidada.

Zonas pigmentadas.

La observación de numerosos fragmentos nos ha llevado a formar algunas consideraciones que hemos podido comprobar con la presencia de formas completas.

Creemos que la aplicación del pigmento al vaso está hecha por medio del pincel, no por el método de inmersión, ya que, en este caso, todos los interiores quedarían perfectamente pintados.

Los vasos de boca ancha y borde recto, son los que tienen el interior también cubierto por pintura, ya que su superficie queda visible, siendo posible aplicarla a través de la boca. Por lo tanto, cuando se hallan fragmentos desprovistos de pintura interior, pertenecen sin duda a vasos de boca estrecha, en los que no es necesario pintar el interior, ya que este no se ve. Solamente alcanza la pintura a la parte interior del borde y comienzo de la pared.

Es muy frecuente encontrar fragmentos de pared en los que se aprecian gotas de pintura que han escurrido del borde hacia el fondo. Estos goterones a veces han sido detenidos por los dedos del alfarero, quedando perfectamente visible en la pared interior la huella digital.

2. CERÁMICA COMÚN PIGMENTADA.

En principio, vamos a llamar así a toda la cerámica pigmentada cuya pared tenga una sección de 5 milímetros en adelante. Los bordes, la pared y sobre todo los fondos de este tipo de cerámica, adquieren un grosor considerable.

La pasta.

Podemos distinguir dos clases de pasta en este tipo de cerámica, que se corresponde casi siempre al tono de pigmento de que van recubiertas.

Hay unos vasos con pasta beige naranja, de buena calidad, aunque pueden distinguirse fácilmente de la de «paredes finas», no sólo por el grosor sino también por el aspecto de las fracturas.

Hay otros vasos de pastas blanquecinas mucho más blandas, que presentan el aspecto típico del yeso. Estos vasos, generalmente, van pigmentados en color negro.

La superficie externa del vaso presenta el mínimo tratamiento para poder aplicar sobre ella una capa de pintura, sin embargo, se aleja mucho de las paredes perfectamente bruñidas de los vasos pigmentados de paredes finas. Así encontramos huellas de una fabricación poco cuidada, poros, molduras desiguales, estrías y acanaladuras producidas involuntariamente por el torno, etc., lo que no nos extraña, tratándose de una cerámica común.

El pigmento.

El hecho de que esta cerámica vaya recubierta por pintura, de más o menos calidad, la distingue y le confiere una cierta categoría aun dentro de esta denominación de «común»,

por lo que pensamos que su función no era exclusivamente la de cocina o despensa, sino que de alguna forma era una cerámica para ser «vista» o destinada a un propietario exigente.

Color.

Los colores aplicados a la cerámica común son más limitados y austeros, aunque básicamente sean los mismos. Desaparecen los efectos tornasolados y brillos metálicos.

Se pueden distinguir varios grupos:

— Vasos pintados de color naranja. Corresponde a esta coloración la cerámica fabricada con la pasta de mejor calidad, es decir, la beige-anaranjada. También, como en los vasitos de paredes finas, aparecen mezcladas con este color manchas de color oscuro.

— Vasos pintados de color negro. La mayor parte de los vasos que van pintados de negro están fabricados con pasta blanquecina de baja calidad. Como excepción tenemos los vasos correspondientes a las formas n.º 6 y n.º 7 [8], en los que la pasta es dura y compacta, de color ladrillo. Como norma, el negro es intenso, sin coloraciones ni tonos intermedios.

— Vasos pintados de color avellana. Son muy abundantes los recipientes de este color. Es difícil precisar si el recubrimiento que llevan estos vasos es realmente pintura o un engobe coloreado.

— Vasos pintados de color humo. Esta pintura se aplica solamente en zonas concretas y en vasos determinados, como en el caso de la forma n.º 5, en el que aparece pintada la parte superior de la pared y el borde. En la bibliografía moderna aparece como «vajilla con pátina cenicienta y borde ahumado» [9].

Brillo.

La pintura de la cerámica común, salvo excepciones, es mate. Creemos que esta falta de brillo se debe a que estas vasijas recibieron la capa de pintura una vez cocidas, como acabado final en el proceso de fabricación. Esto, unido a la peor calidad de la pasta, produce una superficie coloreada mate, que se distingue fácilmente de la cerámica de paredes finas.

Adherencia.

La pintura de la cerámica común salta y se cuartea con facilidad. Es difícil encontrar un vaso que conserve la pintura de forma uniforme, siempre los hallamos con grandes zonas totalmente desprovistas de pintura. Sin duda, es en los vasos pigmentados de color negro donde más se acentúa esta falta de adherencia, lo que coincide con la mala calidad de la pasta.

Hemos hallado vasos y fragmentos en los que la adherencia es tan baja, que hay que examinarlos con detalle para poder ver los restos de pintura que han quedado en las rayas del torno, molduras y acanaladuras. Por el contrario, es en las asas donde la pintura adquiere gran adherencia, por lo que suponemos que llevaban una capa de pintura más gruesa, para evitar que la perdieran con el uso.

Calidad.

La podemos deducir fácilmente de los apartados anteriores. No podemos compararla con la calidad de los vasos de paredes finas que, como hemos dicho, pertenecen a la vajilla de mesa, pero sí resulta muy aceptable si pensamos que se trata de una cerámica de uso común.

Zonas pigmentadas.

Como en la cerámica pigmentada de paredes finas, la aplicación de la pintura se efectuaba con pincel, nunca por inmersión. La parte interior de la pared de los vasos aparece

8. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., fig. 33; *Pompaelo I*, pág. 287.
9. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit., pág. 26.

siempre sin pigmento. Solamente cuando se trata de platos, como las formas n.º 4 y n.º 5, aparece tratado principalmente el interior.

También, en los jarros o pucheros se encuentran goterones que se han escurrido hacia el interior de la pared, al aplicar el pigmento al borde.

TIPOLOGÍA DE LA CERÁMICA PIGMENTADA ROMANA.

El estudio de los materiales de los yacimientos navarros nos aporta el conocimiento de una serie de formas de cerámica pigmentada romana que nos ha permitido establecer una tipología que ofrecemos como base de comparación para ulteriores hallazgos en otras zonas de la Península. Los yacimientos controlados son los siguientes: Pamplona, Liédena, Andión, Falces, Santacara, Funes, Arguedas y Corella. (Fig. 1).

Hemos encontrado unos tipos de perfiles muy característicos, y alrededor de ellos una serie de variantes. En algunos casos, estas variantes tendrán repercusiones cronológicas, y en otros, se tratará simplemente de ligeras alteraciones debidas al gusto de los alfareros, dentro de una cronología semejante.

Al entrar en el estudio de las diversas formas, seguimos el criterio, ya establecido anteriormente, de separar los vasos de «cerámica pigmentada de paredes finas» de los que llamamos «cerámica común pigmentada». Los prototipos presentados están reproducidos a escala 1:4.

Cerámica pigmentada de paredes finas.

Las formas y su utilidad constituyen el mejor punto común de la «cerámica pigmentada de paredes finas». Hemos podido observar que la producción en general se limita a vasos de tamaño pequeño, tales como cubiletes, tazas, jarritas, etc., no encontrando nunca vasijas planas, ni platos.

La forma más frecuente es posiblemente la de jarrita, con una o dos asas, o en menor proporción, sin ellas, destinada a contener líquidos. Esta forma la encontramos en diferentes tamaños. La mayor parte corresponde a vasos individuales «para beber», cuya capacidad oscila alrededor del cuarto de litro. Excepcionalmente aparecen tamaños mayores, siendo la más grande recogida en la zona que estudiamos, la forma n.º 19, procedente de Funes, con una capacidad aproximada de tres litros.

Creemos que un intento de clasificación de estas formas podría tener en cuenta su función, pero de momento comenzamos por clasificarlas tipológicamente, haciendo dos apartados importantes: formas carenadas, de la forma n.º 1 a la forma n.º 7, y formas de pared curva, de la forma n.º 8 a la forma n.º 18, estudiando los diversos perfiles hallados en cada uno de ellos. Por el momento, creemos que las formas de paredes rectas y carenadas son más antiguas que las globulares. Estas últimas tienen una amplia perduración, continuándose en algunos de los perfiles de la cerámica común pigmentada.

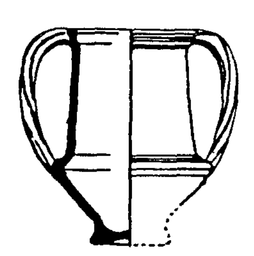
En primer lugar, nos proponemos hacer una relación de las formas encontradas, tratando de buscar su procedencia, para lo cual trataremos de hallar los posibles paralelos en otros yacimientos romanos fuera de Navarra. Por otra parte, tendremos en cuenta la excavación concreta donde se ha hallado la forma que estudiemos, lo cual nos aportará algún dato para establecer su cronología.

Hemos de advertir que los vasos o fragmentos dibujados suponen un muestreo en relación con la abundante cerámica pigmentada hallada en diversos yacimientos. Nos parece una repetición inútil la aportación de series de fragmentos con los mismos perfiles. Por otra parte, haremos referencia a la densidad de hallazgos en los diversos yacimientos navarros, con lo que creemos que puede quedar suficientemente claro, estando su comprobación al alcance de todos los estudiosos de estos temas, que lo deseen.

Finalmente, como un dato de tipo general, diremos que las formas pigmentadas de paredes finas de los yacimientos navarros que a continuación describiremos, presentan en su mayoría pared lisa, limitando la decoración a alguna estría, acanaladura o ruedecilla.

Forma 1.

Descripción.



Jarrita con dos asas. El borde está formado por una serie de molduras y ligeramente exvasado. La pared se compone de una parte superior casi cilíndrica y otra inferior troncocónica. La unión entre las dos forma un ángulo muy marcado.

Es característica de esta forma la presencia de dos asas. Algunas veces son estriadas en forma de churro, que parten del borde y se apoyan en el ángulo de la carena.

Capacidad aproximada de 280-90 centímetros cúbicos.

El modo de ejecución es generalmente cuidado, presentando la pasta muy compacta, sin desgrasantes, en color claro, mientras que el pigmento que recubre la parte externa de la pared es negro.

Difusión.

Esta forma la encontramos en todos los yacimientos romanos de Navarra.

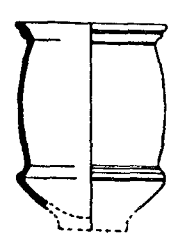
Posiblemente imita a algún tipo de fabricación mediterránea, como el hallado en la necrópolis de Puig de Molins, de Ibiza, cuya datación puede corresponder a principios del Imperio [10]. Este ejemplar es de fabricación más cuidada, tanto en la extrema delgadez de las paredes, como en la armonía de su perfil.

Cronología.

La forma n.º 1 ha sido hallada en el Sector K, estrato V, de Pamplona, que aporta una datación en el siglo I [11].

Forma 2.

Descripción.



Vaso cuyo perfil se compone de una parte superior ovoide, con borde moldurado y abierto, y otra inferior carenada. La unión entre las dos zonas forma un ángulo marcado. Tiene en común con la forma n.º 1 la carena. No lleva asas.

Capacidad aproximada de 350 centímetros cúbicos.

Se trata de vasos generalmente muy cuidados en su ejecución, con pastas de color rosáceo y superficie exterior brillante, en tonos marrón y rojizos, formando manchas.

Difusión.

Esta forma se ha hallado, con perfil completo, solamente en Pamplona [12].

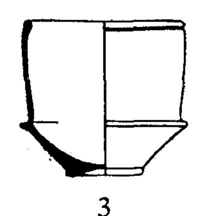
Cronología.

El prototipo estudiado aparece en el estrato V, Sector A, de Pamplona, fechable en el siglo I [13].

10. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...*, op. cit., pág. 57, planche XXVI.
11. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., pág. 138, fig. 96, n.º 32.
12. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., pág. 138, fig. 96, n.º 33.
13. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., pág. 109.

Forma 3.

Descripción.

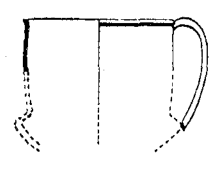


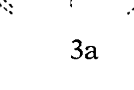
3

El perfil obedece a los mismos modelos que las formas n.º 1 y 2: cuerpo superior de pared vertical, e inferior troncocónico, con la unión entre ambos formando una carena marcada. El ángulo de pared, generalmente muy delgada, se pliega precisamente en esta parte. Sin embargo, en sus proporciones es más achatada. El borde es sencillo, formando un fino baquetón. La pared de este prototipo es extraordinariamente delgada.

Capacidad aproximada de 340 centímetros cúbicos.

Dentro de esta forma hay vasos con dos asas, monoansado y sin asas. La coloración de pasta y pigmento es muy variada.

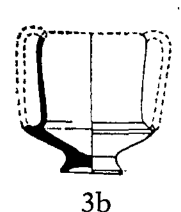




3a

Difusión.

Probablemente sea la forma más frecuente dentro de este tipo de cerámica. La encontramos en todos los yacimientos romanos de época romana, siendo especialmente abundante en Corella, Funes, Santacara y Pamplona [14]. Generalmente aparece muy fragmentada, por lo que, cuando son fragmentos de pared, a veces es difícil de precisar si corresponden a la forma n.º 1, 2 o 3.



3b

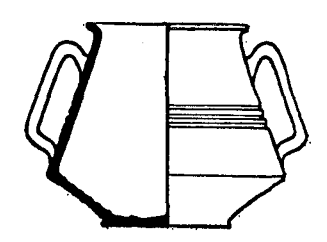
Solamente conocemos algunos ejemplares de cerámica de paredes finas pigmentadas, procedentes de Mérida y Alentejo [15], correspondientes a la forma XLIV de la tipología de Mayet.

Cronología.

La forma n,º 3 A apareció en el estrato VII, Sector F, «praefurnium» de Pompaelo, excavaciones de 1956 [16]. Este estrato fecha sus materiales a mediados del siglo I. La forma n.º 3 B, de una sola asa, fue hallada en Pamplona, 1972, estrato IV, Sector A [17] y la forma n.º 3 C, de dos asas, pertenece también a Pamplona, 1972. Se encontró en el estrato VI, Sector K [18].

Forma 4.

Descripción.



Jarra con dos asas, de forma bitroncocónica. La parte superior es mucho más alta que la inferior. La unión entre los dos cuerpos forma un ángulo marcado. El borde es sencillo y exvasado. En el cuerpo superior lleva tres rayas incisas a modo de decoración. El fondo es casi plano. Las asas están situadas en la parte superior del cuerpo, manteniéndose paralelas a la pared.

Capacidad aproximada de 660 centímetros cúbicos.

La ejecución es muy cuidada, con pasta de color rosáceo y pigmento rojizo con manchas oscuras.

14. MEZQUÍRIZ, M. A. *Prospecciones arqueológicas en Navarra.* «Revista Príncipe de Viana», n.os 108-109, 1967, pág. 261. *Primera campaña de excavación en Santacara (Navarra).* «Revista Príncipe de Viana», n.os 108-109, 1967, pág. 403; *Pompaelo I,* op. cit., pág. 285, fig. 133; *Pompaelo II,* op. cit., fig. 33.

15. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...,* op. cit., pág. 99, planche LXII, n.º 508 y planche LXV, n.º 543.

16. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 183.

17. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., fig. 53, n.º 18.

18. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., pág. 140.

Difusión.

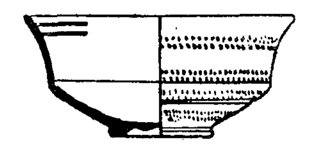
El único ejemplar conocido procede de Corella [19].

Cronología.

La forma n.º 4 fue hallada en superficie, junto con otros materiales arqueológicos, fechables desde el siglo I hasta el siglo IV.

Forma 5.

Descripción.



Vaso de perfil carenado y pared muy abierta, que acaba en un borde sencillo. Pie bajo. Lleva al exterior de la pared una fina decoración de franjas de ruedecilla.

Capacidad aproximada de 330 centímetros cúbicos.

La arcilla, muy bien elaborada, es de color anaranjado y el pigmento, muy oscuro, adquiere unas tonalidades verde-negro.

Difusión.

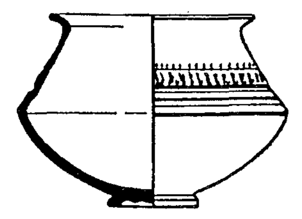
Conocemos un solo ejemplar. Esta forma puede ser una imitación con pigmento negro de los vasos de Sigillata de forma 29. Presenta el perfil idéntico, si exceptuamos el borde. Sin embargo, en la parte interior de la pared presenta dos estrías horizontales del mismo modo de las que hallamos en la Terra SigillataHispánica [20]. Lo mismo ocurre con las molduras de la parte exterior del fondo.

Cronología.

Aparece en el estrato VII, Sector A-B, de la estratigrafía de Pompaelo, 1956 [21]. La datación de este vaso a mediados del siglo I es indudable, pues el estrato es uno de los más ricos de Pamplona y de una gran precisión cronológica. Además de la datación de la cerámica, aparecen monedas de Claudio y de Caesaraugusta, de la tercera acuñación de Tiberio. Por todo esto este vaso pertenece sin duda a la época Claudio Flavia.

Forma 6.

Descripción.



Recipiente con cuerpo dividido en dos secciones, la superior troncocónica, con decoración de franjas horizontales de ruedecilla y finas estrías, también horizontales. Borde sencillo, doblado hacia el exterior. La parte inferior tiene, sin embargo, perfil curvo, aunque se conserva fragmentada.

Capacidad aproximada de 500 centímetros cúbicos.

Esta forma está muy bien elaborada, presentando una pasta de color gris muy compacta. El pigmento es negro, muy adherente y brillante.

Difusión.

Se ha hallado solamente en las excavaciones de Santacara, dentro de los yacimientos navarros. Tampoco conocemos ningún otro ejemplar semejante en los del resto de la Península.

---

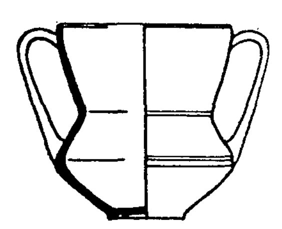
19. MEZQUÍRIZ, M. A., *Corella,* op. cit., fig. 9, n.º 2.
20. MEZQUÍRIZ, M. A., *Terra Sigillata Hispánica,* Valencia 1961, pág. 83.
21. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 106, fig. 38, n.º 19.

Cronología.

Procede de unas catas de prospección dentro del recinto de la antigua Cara, junto a materiales fechables en el siglo I [22].

Forma 7.

Descripción.



Jarrita de panza bitroncocónica, con dos asas, cuello ancho con paredes ligeramente abiertas y borde sencillo. Pie muy bajo, casi anular.

Capacidad aproximada de 750 centímetros cúbicos.

Los restos de esta forma conocidos presentan buena factura y pigmentación, en color negro o rojo.

Difusión.

Hemos podido encontrar esta forma en Arguedas, en un vaso completo, y otro muy fragmentado en Cara [23]. Ejemplares de esta forma aparecen en la tercera ciudad de Numancia [24].

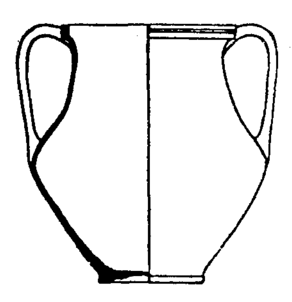
F. Mayet recoge dentro de la forma XI de su tipología [25], un vaso procedente de la necrópolis de Almodóvar (Córdoba), muy semejante al prototipo que estudiamos. En general, fecha estas formas en época Augustea.

Cronología.

El ejemplar del prototipo fue hallado en el poblado romano de Arguedas, en las excavaciones de 1942 [26]. Apareció en el primer estrato, junto con fíbulas de bronce de tipo povincial romano, fragmentos de Terra Sigillata, cerámica celtibérica y tres monedas de Tiberio. A nuestro parecer, todos estos materiales pueden fecharse dentro del siglo I, observando algunos materiales fechables incluso antes del cambio de Era.

Forma 8.

Descripción.



Jarrita bitroncocónica con dos asas, con pared muy delgada y borde moldurado vuelto hacia afuera, como en las formas n.º 1 y 2. Las asas parten del borde y se apoyan en la zona más saliente de la panza, que coincide con el diámetro máximo del recipiente. La unión de la zona superior con la inferior no presenta ángulo marcado, sino un perfil redondeado, por lo que esta jarrita supone el paso de las formas carenadas, que hemos descrito hasta ahora, a las globulares, que de un modo genérico caracterizarán al resto de los perfiles recogidos.

Capacidad aproximada de 1.000 centímetros cúbicos.

---

22. *Santacara,* campaña 1976. Inédita.
23. TARACENA, B., VÁZQUEZ DE PARGA, L., *Exploración del Castejón de Arguedas.* «Revista Príncipe de Viana» n.º 11, 1943, págs. 129-159. *Santacara,* campaña 1977. Inédita.
24. *Excavaciones de Numancia.* Memoria de la Comisión Ejecutiva. Madrid 1912.
25. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...,* op. cit., pág. 48, planche XX, n.º 153.
26. TARACENA, B., VÁZQUEZ DE PARGA, L., *Arguedas,* op. cit., pág. 145.

Difusión.

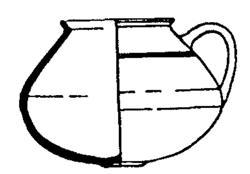
Esta forma aparece en la mayoría de los yacimientos romanos que hemos estudiado, aunque muy fragmentada. Un perfil semejante lo encontramos en la forma Mezquíriz 1, de Terra Sigillata Hispánica [27]. Es probable que estos vasos de paredes finas, característicos de esta región, sean el precedente inmediato de la forma hispánica que, como sabemos, se fecha a fines del siglo I [28].

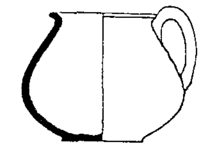
Cronología.

Aparece en el estrato VII de Pompaelo, por lo tanto, queda fechada a mediados del siglo I [29].

Forma 9.

Descripción.





Tacita de panza globular que se cierra en la boca. El borde vuelve hacia afuera formando un pequeño baquetón. Tiene un asa lateral que parte de debajo del borde y se apoya en el diámetro máximo de la panza. El pie es muy bajo y de pequeño diámetro.

En los vasos hallados, la pasta es de buena calidad, de color beige-arena, y el pigmento es ocre o verdoso.

Se trata de una vasija de uso individual, para contener líquidos. Su capacidad aproximada es de 350-360 centímetros cúbicos.

Difusión.

Sólo conocemos dos ejemplares procedentes de Corella y Funes [30], con ligeras variantes en la forma de pie y asa.

En la necrópolis de Ampurias aparecen algunas formas semejantes [31]. También en Iruña (Alava), Gratiniano Nieto [32] dice haber encontrado esta misma forma en Sigillata, aunque nos cabe la duda si no será un vaso pigmentado de color rojo, que por su buena calidad ha podido confundirse. De todos modos, corresponde al siglo I, y tanto si es Sigillata Hispánica o no, obedece a una misma moda y cronología.

F. Mayet reune en la forma XX vasos globulares con o sin asa [33], que recuerdan a esta forma. Unas veces van recubiertos de pigmento y otras no. Su cronología la sitúa entre el final del período Augusteo y el período Claudio.

También M. Vegas [34] incluye esta forma dentro de los vasitos globulares u ovoides con borde inclinado hacia afuera. El tipo C es el que más se aproxima a nuestra forma. Además, los ejemplares controlados por M. Vegas, también van recubiertos de pigmento cuyo color oscila entre el anaranjado y el marrón-amarillento. Estos ejemplares hallados en Pollentia han sido fechados en la segunda mitad del siglo I d. de C. Esta fecha queda confirmada por los hallazgos del alfar de Sutri (60-70 d. de C.), donde este tipo fue fabricado.

M. Vegas recoge también dentro de otro tipo, al que cataloga con el n.° 47 [35], las ollas

27. MEZQUÍRIZ, M. A., *Terra Sigillata Hispánica,* op. cit., pág. 71.
28. MEZQUÍRIZ, M. A., *Terra Sigillata Hispánica,* op. cit., pág. 86.
29. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 278.
30. MEZQUÍRIZ, M. A., *Corella,* op. cit., pág. 258, lám. 9, n.° 3. *Funes.* Inédita.
31. ALMAGRO, M., *La necrópolis de Ampurias. I.* Barcelona 1953.
32. NIETO, G., *El oppidum de Iruña.* Vitoria 1958, fig. 33, 3.
33. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...,* op. cit., planche LXXIX, forma XX.
34. VEGAS, M., *Cerámica común...,* op. cit., pág. 76, fig. 25.
35. VEGAS, M., *Cerámica común...,* op. cit., pág. 111, fig. 40.

monoansadas. Son unas ollitas con cuerpo globular y asas, que las clasifica dentro de la cerámica de mesa por su cuidada factura. Las considera como sucesores de los vasitos de paredes finas.

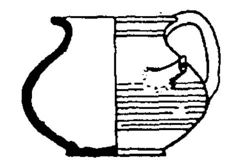
La cronología de estos vasos, M. Vegas la sitúa desde mediados del siglo I al siglo III.

Cronología.

Tanto el ejemplar de Funes, como el de Corella, están fechados entre fines del siglo I y comienzos del siglo II.

Forma 10.

Descripción.



Vaso globular de cuello estrecho y borde abierto. Lleva a mitad de altura un pico-caño para verter.

Capacidad aproximada de 300 centímetros cúbicos.

La arcilla es de color ocre-arena y el pigmento, aplicado a la parte exterior de la pared, es verdoso oscuro.

Podría considerarse una variante de la forma anterior, ya que su perfil es idéntico, sobre todo si lo comparamos con el de Corella, de donde también procede este prototipo[36]. Coincide con él también en la forma de asa y el pie. Sin embargo, la hemos clasificado como otra forma puesto que lleva un elemento que la distingue estructuralmente y sobre todo funcionalmente, ya que se trata de un vaso tipo «biberón».

Difusión.

El único ejemplar conocido procede de Corella.

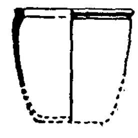
Dentro de la tipología de Lamboglia[37] sobre Terra Sigillata clara de tipo A, la forma 16 tiene un perfil muy semejante, incluso provisto del caño en la parte superior del cuerpo.

Cronología.

Como todos estos ejemplares, el de Corella puede pertenecer al siglo I-II. Su semejanza con la T. S. C. de tipo A nos ofrece la posibilidad de que se trate de una imitación del siglo II.

Forma 11.

Descripción.



Vaso en forma de cubilete. No hemos hallado ningún vaso completo de esta forma, aunque parece que la reconstrucción que ofrecemos debe ser bastante aproximada.

Está elaborado con arcilla blanquecina y pigmento oscuro.

Difusión.

Hemos hallado muchos fragmentos de borde que pueden corresponder a esta misma forma, en todos los yacimientos estudiados, pero siempre se trata de fragmentos muy pequeños que no permiten clasificarlos exactamente.

36. MEZQUÍRIZ, M. A., *Corella,* op. cit., pág. 256, fig. 9, n.º 1.

37. LAMBOGLIA, N., *Nuove osservazioni sulla «Terra Sigillata Chiara».* I. «Rivista di Studi Liguri», 1958, pág. 284, F. 16.

M. Vegas [38] describe esta forma como «cubiletes cónicos con borde en forma de bastoncillo», dentro del tipo 25. Pueden estar decorados o no y también recubiertos de pigmento rojizo, como nuestro ejemplar. Son fechables en época Augustea.

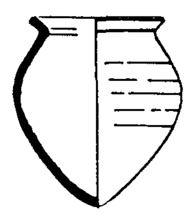
F. Mayet [39] recoge este mismo tipo de cubilete bajo la forma XIV A.

Cronología.

El ejemplar navarro que presentamos procede del estrato IV, Sector K, de Pamplona [40]. Este tipo de vasos es frecuente en época Augustea, aunque este prototipo habremos de fecharlo en época algo posterior.

Forma 12.

Descripción.



Vaso de forma ovoide con borde vuelto hacia afuera, y cuyo fondo acaba apuntado, por lo que precisa para mantenerse vertical de un trípode de madera o metal. Como prueba, vemos que en su parte baja está desgastado el pigmento por el apoyo del soporte.

Capacidad aproximada de 350 centímetros cúbicos.

Está muy bien elaborado, con arcilla compacta de color claro y pigmento exterior, ocre-amarillento.

Difusión.

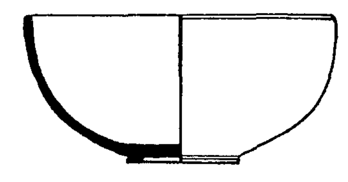
No conocemos otros recipientes semejantes en los yacimientos romanos de Navarra. Tampoco es un tipo conocido en otros lugares romanos. Solamente en cerámica Campaniense [41] hemos hallado un vaso de características semejantes, que pudiera ser un precedente remoto.

Cronología.

Este vaso fue hallado en el estrato V, Sector K, de Pamplona, 1972 [42]. Este estrato se caracteriza por la abundancia de materiales, todos ellos fechados dentro del siglo I.

Forma 13.

Descripción.



Bol de pared curva, boca ancha y pie bastante bajo.

Capacidad aproximada de 1.000 centímetros cúbicos.

El prototipo tiene arcilla de color anaranjado, muy compacta y bien elaborada, presentando un pigmento marrón con pequeñas manchas anaranjadas y brillo metálico, tanto al exterior como interior de la pared.

Esta forma es una imitación idéntica de la forma Ritterling 8 de la Terra Sigillata.

Difusión.

La forma n.º 13 aparece en todos los yacimientos navarros estudiados.

F. Mayet [43] recoge en la forma XXXIII una serie de boles que tienen la misma estructura

---

38. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit., pág. 68, fig. 22.
39. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...*, op. cit., pág. 52, planche XXIII, n.º 174.
40. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., pág. 135, n.º 27, fig. 92.
41. MONTAGNA, M., *La ceramique a vernice nera del Museo Guarnacci di Volterra.* «Mel. de l'Ecole Français de Roma» 84, 1972.
42. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., pág. 138, n.º 34, fig. 96.
43. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...*, op. cit., pág. 67, planche XXXIII, lám. XXXIII.

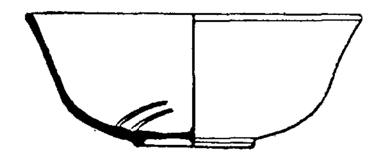
que nuestra forma n.° 13. Según esta autora, su cronología es temprana, pues puede comenzar en el primer tercio del siglo I d. de C. No es muy corriente que vayan recubiertos de pigmento, generalizándose su uso a partir de la época de Claudio.

Cronología.

El prototipo que presentamos fue hallado en las excavaciones de Santacara, en el estrato III, campaña de 1975 [44], fechable por tanto a finales del siglo I o comienzos del II.

Forma 14.

Descripción.



Bol de pared curva que se abre en la parte superior, dando lugar a una boca de amplio diámetro, con borde sencillo. Su forma recuerda a la forma 29 o 29/37 de la Terra Sigillata Hispánica. Presenta unas acanaladuras concéntricas en su fondo interior.

Capacidad aproximada de 1.000 centímetros cúbicos.

Respecto a su calidad, presenta pasta anaranjada y pigmento rojizo en ambas caras, quedando el fondo interior sin cubrir.

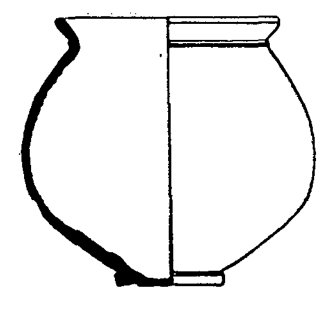
Difusión.

La forma 14 es muy abundante en Pamplona, también la hemos encontrado en Santacara [45].

Cronología.

Aparece en el estrato VII B, Sector G, de Pompaelo [46], fechable a mediados del siglo I.

Forma 15.



Descripción.

Recipiente de pared globular que se estrecha en la boca, borde vuelto hacia afuera y pie de pequeño diámetro.

Capacidad aproximada 1.250 centímetros cúbicos.

La calidad es buena, teniendo la pasta de color beige-arena y recubierto al exterior de la pared de un pigmento oscuro.

Difusión.

Es un perfil de amplia difusión en los yacimientos navarros controlados, siendo el prototipo procedente de Corella. Por otra parte, F. Mayet [47] cataloga con la forma XXI un perfil muy semejante al de Corella, aunque de dimensiones menores.

Cronología.

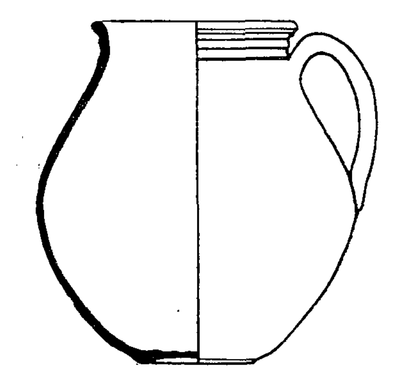
El prototipo que presentamos procede de Corella [48]. Como hemos dicho antes, la cronología del yacimiento de Corella no nos sirve para fechar el ejemplar, ya que va desde el siglo I al IV, al ser los materiales de superficie.

44. *Santacara,* campaña 1975. Inédita.
45. *Santacara,* campaña 1977. Inédita.
46. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., pág. 208.
47. MAYET, F., *Céramiques a parois fines...,* op. cit., pág. 156, planche XXVI, n.° 195.
48. MEZQUÍRIZ, M. A., *Corella,* op. cit., pág. 259, fig. 10, n.° 4.

Lo encontramos, sin embargo, repetidamente en las necrópolis de Ampurias, junto con Sigillata Aretina de época de Augusto-Tiberio, aunque sin pigmento.

Forma 16.

Descripción.



Jarra de una sola asa, de panza piriforme redondeada, perfectamente continua, borde moldurado, ligeramente vuelto hacia afuera. El pie apenas marcado, anular. La pared muy fina, teniendo una arcilla muy bien elaborada de color beige-arena, y llevando un pigmento oscuro al exterior de la pared, formando manchas.

Capacidad aproximada 2.000 centímetros cúbicos.

El asa comienza en el cuello, y se apoya en el diámetro máximo de la panza. El tamaño de este recipiente es bastante mayor que el resto hasta ahora descrito. Esto va a ser, como veremos, una característica de la cerámica común pigmentada.

Difusión.

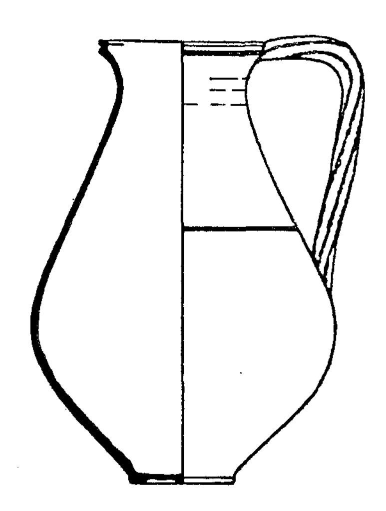
Dentro de los yacimientos navarros, aparece en Corella [49]. Por otra parte, en Vindonisa, este tipo se considera de imitación de formas metálicas [50]. Tiene amplia difusión en la zona mediterránea, especialmente durante el siglo II. Es una de las formas que perduran durante largo tiempo en la cerámica común pigmentada.

Cronología.

Responde a la cronología del yacimiento de Corella, no teniendo datos más precisos para poder fechar este ejemplar.

Forma 17.

Descripción.



Jarra bitroncocónica, con cuello estrecho y borde moldurado. Lleva asa estriada en forma de churro. El pie es de diámetro pequeño en proporción a las dimensiones de la pieza.

Capacidad aproximada 3.000 centímetros cúbicos.

Tiene una elaboración muy cuidada, presentando la pasta de color anaranjado, de excelente calidad. La parte exterior de la pared y el interior de la boca se hallan recubiertos de un pigmento marrón oscuro con irisaciones metálicas, aplicado en una capa muy delgada que deja transparentar el color anaranjado de la arcilla.

Difusión.

Aparece en todos los yacimientos romanos con estratos del siglo I. El prototipo que ofrecemos en nuestra tipología procede de Funes [51]. No hallamos ejemplares parecidos fuera de nuestra zona, por lo que creemos que se trata de una fabricación regional.

49. MEZQUÍRIZ, M. A., *Corella,* op. cit., pág. 259, fig. 10, n.º 5.
50. ETTINGLER, E., SIMONET, CH., *Römische Keramik aus dem Schutthügel von Vindonissa.* Basel 1952.
51. *Funes,* campaña 1959. Inédita.

Cronología.

El hallazgo de este tipo de cerámica, con idéntica coloración y calidad, se halla frecuentemente en los estratos del siglo I de Pamplona [52] y en la bodega romana excavada en Funes, fechada, con monedas de Domiciano, en la segunda mitad del siglo I.

CERÁMICA COMÚN PIGMENTADA.

Como hemos expuesto en el capítulo anterior, la cerámica pigmentada comprende dos grandes apartados: la «cerámica pigmentada de paredes finas» y la «cerámica común pigmentada», correspondiendo respectivamente a cerámica de mesa y cerámica de cocina. Nos ocuparemos a continuación de establecer una tipología y analizar cada una de las formas del segundo grupo, es decir, de la cerámica común pigmentada.

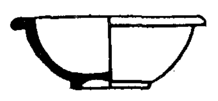
La morfología y tamaño de los recipientes es muy diferente de los de la cerámica anteriormente descrita. Mientras que en aquélla eran recipientes de uso individual y de mesa, en la que ahora nos ocupa se trata de vasijas de cocina o despensa, generalmente de gran tamaño.

Dentro de esta cerámica hay algunas formas de imitación a cerámicas finas de mesa. Así, por ejemplo, imitan a la Sigillata Clara las formas n.º 5 y 6. También algunos recipientes imitan a la Sigillata Hispánica, como las formas n.º 1, 3 y 14. Generalmente se trata de perfiles tardíos de esa producción.

Finalmente, hay algunas jarras de bordes moldurados que se hallan abundantemente en diversos tamaños y con una o dos asas, cuyo paralelismo, en perfiles y calidad, con la cerámica común nos hace pensar que proceden de unos mismos alfares, con la única diferencia de un acabado más cuidado en base de la aplicación del pigmento, para conseguir un mejor efecto estético.

Forma 1.

Descripción.



Copa de pared curva y borde vuelto hacia afuera. Es una imitación de la forma 35 de Terra Sigillata Hispánica. Tiene una capacidad aproximada de 150 centímetros cúbicos.

Es de factura bastante tosca, con arcilla anaranjada y pigmento rojizo, que se extiende solamente al exterior de la pared y borde.

Difusión.

El prototipo recogido es el único ejemplar hallado en los yacimientos romanos de Navarra, controlados.

M. Vegas [53] recoge, dentro de las imitaciones de la vajilla de mesa, estos perfiles, clasificándolos con el tipo 20 y tipo 21, de los cuales solamente uno procedente de Albintimilium lleva pigmento.

También encontramos esta forma recogida en la cerámica común de Conimbriga [54], perteneciente al tipo de cerámica anaranjada fina del Bajo Imperio (siglos IV y V).

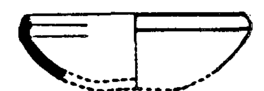
Cronología.

Se halló en el estrato III de las excavaciones de Pamplona, campaña 1972 [55], teniendo una datación en el Bajo Imperio. Sin embargo, no creemos que pueda ser posterior al siglo III, ya que la forma 35 a la que imita desaparece en el siglo II.

52. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 284; *Pompaelo II,* op. cit., pág. 46.
53. VEGAS, M., *Cerámica común...,* op. cit., pág. 59, fig. 19.
54. ALARCAO, J., *Conimbriga,* op. cit., pág. 106, lám. XXIX, n.º 624-625.
55. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., pág. 107, n.º 6, fig. 51.

Forma 2.

Descripción.



Escudilla de paredes oblicuas, ligeramente curvadas, y base plana. Boca ancha, con el borde inclinado hacia adentro.

Capacidad aproximada de 250 centímetros cúbicos.

El tratamiento de la arcilla es poco cuidado, presentando un pigmento rojizo con manchas oscuras, tanto al exterior como al interior de la pared.

Difusión.

El único ejemplar hallado procede de Pamplona [56]. Este perfil se encuentra en la cerámica local, común-local y cerámica de pasta negra, con superficie pulida. La encontramos con mucha frecuencia en los yacimientos navarros, de forma especial en Pamplona [57]. Sin embargo, sólo tenemos controlado este ejemplar en cerámica pigmentada.

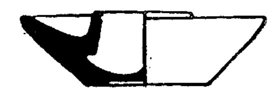
M. Vegas [58] incluye esta forma en el tipo 22, «copitas planas de boca ancha», que pertenecen a cerámica de mesa. Sin embargo, los ejemplares controlados por M. Vegas tienen las paredes pulimentadas, pero nunca pigmentadas. La cronología de este tipo 22 pertenece al siglo I de la Era. Su desaparición queda indeterminada, pero probablemente ya no se usaba a principios del siglo II.

Cronología.

El ejemplar que tenemos ha sido hallado en las excavaciones de Pamplona, 1972, en el estrato V, Sector K, del Arcedianato [59]. Todos los materiales del estrato dan una cronología en la segunda mitad del siglo I, lo que concuerda con los ejemplares clasificados por M. Vegas.

Forma 3.

Descripción.



Plato de pared oblicua que en su parte central lleva un compartimento circular. Parece tratarse de un plato-soporte.

Respecto a su calidad, presenta arcilla de color rosa, bien trabajada, y pigmento anaranjado.

Difusión.

El único ejemplar controlado procede de Falces [60]. Hay otro semejante, pigmentado, en Liédena [61], y también conocemos la misma forma en Terra Sigillata Hispánica, que corresponde a la forma 63 de Mezquíriz [62].

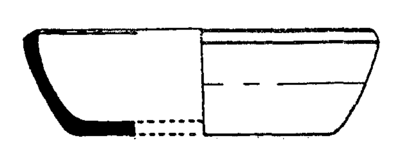
Cronología.

El ejemplar que presentamos fue hallado en la excavación de la «villa» romana de Falces, campaña 1975 [63], en el relleno del silo, habiendo aparecido junto a cerámica gris estampada, que da una fecha en el siglo IV-V d. de C.

56. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., fig. 33.
57. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 279, fig. 131; *Pompaelo II,* op. cit., fig. 34.
58. VEGAS, M., *Cerámica común...,* op. cit., pág. 61, fig. 20.
59. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., pág. 138, n.º 36, fig. 97.
60. *Excavaciones de la «villa» romana de Falces,* campaña 1977. Inédita.
61. MEZQUÍRIZ, M. A., *Estudio de los materiales hallados en la «villa» romana de Liédena.* «Excavaciones en Navarra» II, 1956, pág. 154, fig. 7.
62. MEZQUÍRIZ, M. A., *Atlante della ceramica romana.* Enciclopedia dell'Arte Antica. Roma. En prensa.
63. *Excavaciones de la «villa» romana de Falces,* campaña 1975. Inédita.

Forma 4.

Descripción.



Plato hondo con fondo plano y pared oblicua. El borde queda ligeramente biselado al exterior.

Pasta compacta de color claro. Lleva pigmentada la superficie interior y borde, faltando al exterior de la pared. El pigmento está bien aplicado, siendo una capa gruesa y uniforme, de color rojo brillante.

Capacidad aproximada 1.000 centímetros cúbicos.

Difusión.

Esta forma es muy abundante en Pamplona, donde ha sido hallada en las diversas campañas de excavación realizadas [64].

M. Vegas [65] los cataloga con el tipo 14 y tipo 15, en los que se destaca, además de su función como platos y fuentes, el «barniz» interior rojo pompeyano. La cronología de estos platos comienza en época Augustea, llegando esporádicamente al siglo II.

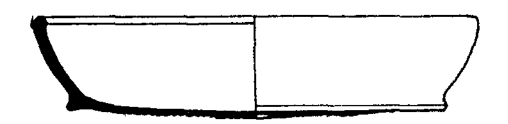
También se halla abundantemente en Albintimilium [66]. Creemos, por tanto, que se trata de una producción de amplio ámbito de difusión, cuyo centro pudiera ser el Mediterráneo Occidental.

Cronología.

El ejemplar que presentamos como prototipo ha sido hallado en las excavaciones de Pamplona, campaña 1972, en la Plaza de San José, estrato IV [67]. Este estrato presenta una datación precisa. Hay cerámica de importación gálica y aretina, la Terra Sigillata Hispánica acusa la influencia exterior, la forma 29 es abundante, lo que supone que estamos en un estrato perteneciente al siglo I d. de C. Incluso se han hallado fragmentos de Campaniense A y B.

Forma 5.

Descripción.



Plato de cocina de fondo abombado, con estrías concéntricas muy marcadas en su parte exterior, y pared abierta, ligeramente abombada, cuyo borde presenta un engrosamiento al interior.

La pasta es compacta y bien trabajada, de color rojo ladrillo. Las paredes, en su parte interior, están engobadas, quedando su superficie ligeramente rugosa. La mitad superior de la pared exterior y el borde tienen aplicado un pigmento de color humo que da al plato un aspecto bicolor.

Capacidad aproximada de 1.500 centímetros cúbicos.

Difusión.

Dentro de los yacimientos navarros, la encontramos en Santacara y Pamplona [68] con relativa abundancia. Sin embargo, no creemos que sea fabricada en nuestra zona, ya que su

64. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I*, op. cit., pág. 285, fig. 133; *Pompaelo II*, op. cit., fig. 33, n.° 14.
65. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit., pág. 45, fig. 15.
66. LAMBOGLIA, N., *Terra Sigillata Chiara...*, op. cit., pág. 274, F. 9.
67. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., pág. 201, fig. 117, n.° 88.
68. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I*, op. cit., pág. 286, fig. 134, n.° 3.

hallazgo es abundante en todo el Mediterráneo Occidental y numerosos yacimientos hispanos. M. Vegas la clasifica con el tipo 6, «cazuelas con fondo estriado» [69].

Este plato ha sido fabricado también con idéntico perfil en Terra Sigillata Clara de tipo A [70], teniendo dentro de esta cerámica una cronología que va desde el siglo II a la primera mitad del siglo III.

Cronología.

Los datos cronológicos que aportan los yacimientos romanos controlados son, en primer lugar, los de las excavaciones de Pamplona, donde aparecen en niveles fechables en los siglos II y III. También en Santacara pueden situarse en el siglo II.

Una fecha segura nos la proporciona su presencia en Tarragona, antes del 75 d. de C. [71].

Forma 6.

Descripción.



Cuenco de fondo curvo y marcadas estrías en su parte exterior. Pared vertical y borde reforzado por doble moldura aplicada posteriormente. Su funcionalidad parece clara como vasija para la cocción de alimentos.

Capacidad aproximada de 1.250 centímetros cúbicos.

La pasta es de color rojo ladrillo, muy decantada y bien cocida. Presenta en su superficie un pigmento anaranjado con manchas oscuras. También puede aparecer con color de humo en su parte exterior.

Difusión.

Esta forma es muy abundante en todos los yacimientos romanos. Dentro de los controlados, aparecen en Pamplona y Santacara [72]. En Santacara la encontramos siempre con el borde ahumado.

Como hemos dicho, la forma n.º 6 es muy corriente en los yacimientos romanos. M. Vegas [73] la recoge, incluyéndola en el tipo 5, «cuencos con borde aplicado», apareciendo abundantemente en yacimientos mediterráneos, como Albintimilium [74], Ostia [75], Ampurias [76] y Pollensa [77].

Cronología.

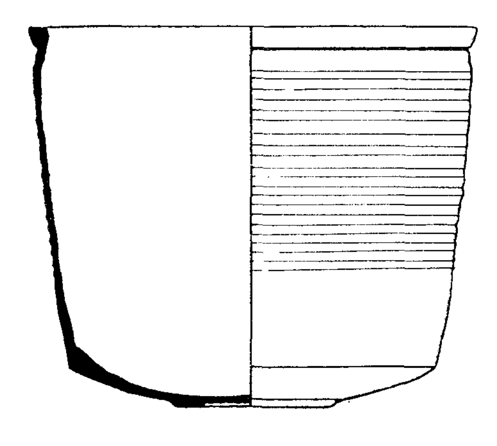
En las primeras excavaciones de Pamplona [78], esta cerámica aparece datada a partir del siglo II, siendo en el siglo III el momento en que se usaba con mayor frecuencia.

En Ampurias, se encontró en los estratos de la segunda mitad del siglo I d. de C. [79]. También en Pollensa aparece a partir de época Flavia [80]. Es decir, coincidiendo con M. Vegas en que su uso comienza en el último cuarto del siglo I, siendo especialmente frecuente en los siglos II y III, y desapareciendo a finales de este siglo o comienzos del siglo IV d. de C.

69. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit.
70. LAMBOGLIA, N., *Terra Sigillata Chiara...*, op. cit., pág. 277, 10 A.
71. RÜGER, CH. B., *Römische Keramik aus dem Kreuzgang der Katedrale von Tarragona.* «Madrider Mitteilungen», 9, 1968, fig. 6, 14, 15.
72. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 286; *Pompaelo II,* op. cit., fig. 33, n.º 13.
73. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit., pág. 22, fig. 6.
74. LAMBOGLIA, N., *Gli Scavi di Albintimilium e la cronologia della ceramica romana.* Bordguera 1950.
75. *Ostia II.* Studi e Miscellanei, 16. Roma 1970, lám. 18, 303-305.
76. ALMAGRO, M., *La necrópolis de Ampurias.* II. Barcelona 1955.
77. VEGAS, M., *Spätkaiserzeitliche Keramik aus Pollentia (Mallorca, Spanien).* «Bonner Jahrbücher» 165, 1965, pág. 108.
78. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 286, fig. 134, n.º 2.
79. ALMAGRO, M., *Ampurias,* op. cit.
80. VEGAS, M., *Pollentia,* op. cit.

Forma 7.

Descripción.



Recipiente de pared perpendicular, ligeramente curva, y borde reforzado por doble moldura aplicada. La pared lleva marcadas estrías horizontales, tanto en el interior como en el exterior. Lleva un pequeño pie anular.

Capacidad aproximada de 5.000 centímetros cúbicos.

Tiene la pasta compacta y bien elaborada, de color rojo ladrillo. Al interior de la pared está engobada y al exterior lleva pigmento con coloración gris humo, intenso.

Creemos que esta forma, junto con las formas n.° 5 y 6, anteriormente descritas, pertenecen a una misma familia cerámica.

Difusión.

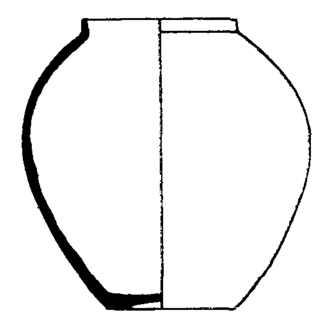
Esta forma es poco frecuente. Sólo conocemos dentro de Navarra el ejemplar de Pamplona [81]. Tampoco es frecuente esta forma en el resto de la Península, mientras que la forma n.° 6 es muy abundante.

Cronología.

El vaso que nos sirve de prototipo fue hallado en las excavaciones de Pamplona de 1956, correspondiendo al estrato IV a, Sector C [82]. Aunque encontramos materiales correspondientes a finales del siglo II, el estrato queda fechado en su mayoría dentro del siglo III.

Forma 8.

Descripción.



Vaso de forma globular con fondo cóncavo al exterior. Borde sencillo.

Capacidad aproximada de 1.250 centímetros cúbicos.

Difusión.

Tiene un perfil poco frecuente dentro de la cerámica común pigmentada. El único ejemplar controlado procede de Liédena [83].

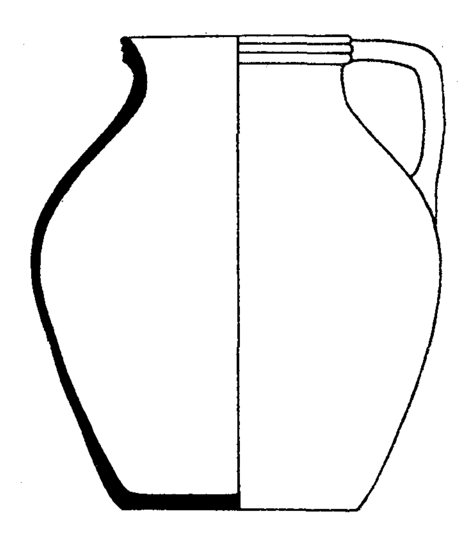
Cronología.

Creemos que el ejemplar estudiado debe corresponder a la habitación de la «villa» de Liédena, en el siglo IV.

81. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 286, fig. 134, n.° 1.
82. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo I,* op. cit., pág. 68, fig. 14, n.° 8.
83. MEZQUÍRIZ, M. A., *Liédena,* op. cit.

Forma 9.

Descripción.



Jarra de pared curva, cuello ancho y corto que termina en un borde moldurado. El fondo es totalmente plano. Lleva una sola asa de cinta.

Capacidad aproximada de 5.000 centímetros cúbicos.

Está realizada con arcilla anaranjada y pigmento exterior rojizo.

Difusión.

Aunque no tenemos ejemplares completos, esta forma la hallamos en la totalidad de yacimientos navarros de época romana. Este perfil lo encontramos, tanto en la calidad pigmentada, como en la cerámica común, sin ningún acabado especial.

Podemos ver semejanzas en los bocales de una sola asa clasificados dentro de la forma 44 por M. Vegas [84].

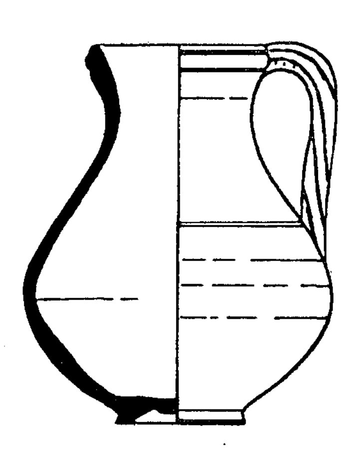
Cronología.

Estos ejemplares están documentados desde el siglo II a. de C. hasta fines del siglo II e incluso comienzos del siglo III d. de C. [85].

En los yacimientos controlados aparecen abundantemente en estratos que van desde el siglo I al IV d. de C.

Forma 10.

Descripción.



Jarra de una sola asa, cuerpo piriforme. Tiene el cuello marcado y el borde engrosado por tres molduras. El asa, estriada en forma de churro, arranca del mismo borde y se apoya en el diámetro máximo del recipiente.

Capacidad aproximada de 2.000 centímetros cúbicos.

Este tipo de jarras aparece generalmente con pasta clara y pigmento exterior ocre o rojizo.

Difusión.

Son muy abundantes en todos los yacimientos controlados, pudiendo aparecer el mismo perfil en la modalidad pigmentada o sin acabado especial, clasificándose en ese caso como «cerámica común».

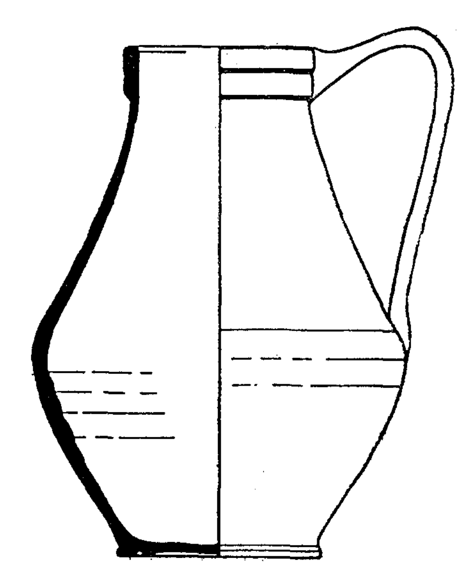
Cronología.

Esta jarrra fue hallada en Pamplona, en las excavaciones de 1965, en el estrato VI B [86], cuya fecha queda dentro del siglo I. Sin embargo, es una forma que perdura hasta época tardoimperial.

84. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit., pág. 103, fig. 36.
85. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit.
86. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II*, op. cit., fig. 33, n.° 10.

Forma 11.

Descripción.



Jarro de una sola asa con cuerpo bitroncocónico y cuello estrecho que acaba en un borde de doble moldura. En la mitad superior de la panza, lleva unos dibujos hechos con grafito que representan una svástica, dos ramas estilizadas y unas letras que se leen SATVRI. Fondo casi plano.

Capacidad aproximada de 4.000 centímetros cúbicos.

El ejemplar que nos sirve de prototipo, tiene pasta clara y pigmento exterior de color ocre-gris.

Difusión.

Esta forma se halla en todos los yacimientos navarros de época romana, aunque más frecuentemente sin pigmentar.

En Bílbilis [87], Martín Bueno ha recogido dos recipientes muy similares a esta forma. M. Vegas [88] la cataga dentro del tipo 44, «bocales de un asa con boca ancha y cuello poco marcado». Aunque estructuralmente responden al mismo tipo, creemos que tienen algunas diferencias.

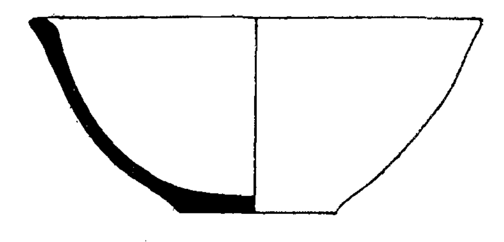
Como dato curioso merece señalarse que el grafito inscrito con el nombre de SATVRI, lo hallamos con trazos semejantes en un jarro procedente de Pollensa [89], en el que se lee SATVRIVS. No creemos que se trate de una simple coincidencia, por lo que quizá debemos suponer un mismo lugar de procedencia para los recipientes de Pollensa y Pamplona.

Cronología.

Esta forma ha sido hallada en las excavaciones de Pamplona, 1972. Pertenece al estrato IV, Sector A [90], cuyos materiales dan unas fechas entre el siglo I y II d. de C. Creemos, sin embargo, que este perfil puede llegar hasta época tardorromana.

Forma 12.

Descripción.



Cuenco de pared ligeramente curva y borde engrosado al interior. Base completamente plana.

Capacidad aproximada de 2.000 centímetros cúbicos.

Está bien elaborado. Tiene pasta compacta de color rosa, quedando al exterior resto de pigmentación marrón-rojiza.

Difusión.

El único ejemplar hallado procede de Andión [91].

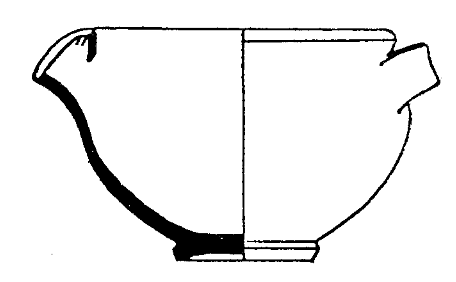
87. MARTÍN BUENO, M., *Bilbilis.* Zaragoza 1975, figl. 15.
88. VEGAS, M., *Cerámica común...*, op. cit., pág. 103, fig. 36.
89. VEGAS, M., *Pollentia,* op. cit.
90. MEZQUÍRIZ, M. A., *Pompaelo II,* op. cit., pág. 108, fig. 53, n.° 20.
91. MEZQUÍRIZ, M. A., *Materiales del yacimiento romano de Andión.* «Revista Príncipe de Viana», n.° 78-79, 1960, pág. 63, fig. 4, n.° 2.

Cronología.

Los materiales procedentes del yacimiento romano de Andión no tienen una datación precisa, aunque parece que el conjunto tiene una fecha posterior al siglo III d. de C.

Forma 13.

Descripción.



Cuenco con borde sencillo y pie. Lleva pico para verter y un asa diametralmente opuesta al pico, y en sentido horizontal, situada justo debajo del borde y paralela a él. Posiblemente sea una vasija de cocina destinada a preparar alimentos, pero no a cocinarlos, ya que no hay señales de fuego.

Capacidad aproximada de 1.500 centímetros cúbicos.

La pasta es de color beige-arena, bien trabajada, presentando una pigmentación anaranjada clara.

Difusión.

El único ejemplar de esta forma conocido procede de Andión [92].

Podemos relacionar con la forma n.º 13, el tipo 11 de la clasificación de M. Vegas [93], que llama «cuencos de pitorro». Sin duda la función fue la misma, ya que además de la forma, sus dimensiones coinciden.

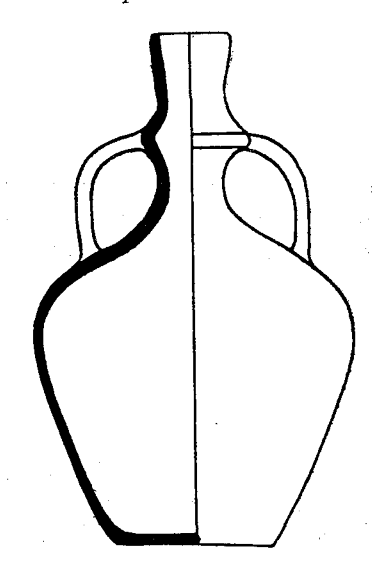
El ejemplar más parecido, sobre todo por la presencia de asas, fue hallado en Albintimilium [94], fechado a comienzos del siglo V d. de C.

Cronología.

Los materiales de Andión tienen una datación a partir del siglo III d. de C.

Forma 14.

Descripción.



Jarro con dos asas en forma de ánfora, de pared curva y fondo plano. La forma del cuello es muy característica, debida sin duda a la finalidad de alojar un tapón.

Capacidad aproximada de 1.750 centímetros cúbicos.

Está muy bien elaborado, presentando pasta de color beige-arena con pigmentación exterior ocre-amarillenta.

Difusión.

El único ejemplar conocido en Navarra procede de Liédena [95].

Posiblemente esta forma es una imitación de un perfil idéntico de la tipología de la Terra Sigillata Hispánica. Corresponde a la forma 56 de Mezquíriz [96], procedente de San

92. MEZQUÍRIZ, M. A., *Andión,* op. cit., pág. 63, fig. 5, 1.
93. VEGAS, M., *Cerámica común...,* op. cit., pág. 39, fig. 12.
94. LAMBOGLIA, N., *Albintimilium,* op. cit., pág. 163, fig. 94, 3.
95. MEZQUÍRIZ, M. A., *Liédena,* op. cit., pág. 152, fig. 5.
96. MEZQUÍRIZ, M. A., *Atlante della ceramica romana.* Enciclopedia dell'Arte Antica. Roma. En prensa.

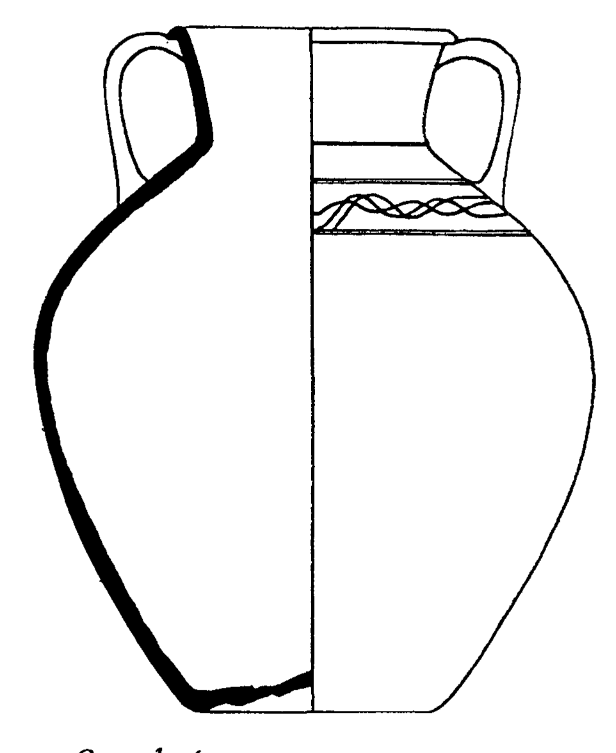
Miguel de Arroyo. También en la «villa» romana de Falces[97] se han hallado restos de esta forma en Terra Sigillata Hispánica tardía.

Cronología.

El ejemplar de Liédena fue estudiado por Mezquíriz[98], datándolo como una forma tardía del siglo IV o V. Del mismo modo, la forma 56 de Terra Sigillata Hispánica hallada en San Miguel de Arroyo y «villa» de Falces son fechables en el siglo IV-V, con lo que queda clara su cronología.

Forma 15.

Descripción.



Cántaro con dos asas, de cuerpo ovoide, fondo plano y cuello estrecho con borde formando un baquetón. En la parte superior lleva una sencilla decoración de guirnaldas incisas.

Capacidad aproximada de 15.000 centímetros cúbicos.

Respecto a su factura, puede observarse la pasta de color rosa y compacta, así como su pigmentación anaranjada, bien aplicada.

Difusión.

El único ejemplar de esta forma hallado en Navarra procede de Andión[99].

No conocemos cántaros de las mismas características, pero si «bocales» semejantes en cuanto a la forma, dimensiones, y por lo tanto en su función[100].

Cronología.

Esta pieza fue hallada en las excavaciones de 1943, llevadas a cabo por Taracena. Apareció en un pozo inmediatamente debajo de un estrato datado con monedas del siglo IV[101]. Es decir, que posiblemente su fecha sea en el siglo III, o incluso coetánea a las monedas citadas.

CRONOLOGÍA.

La cerámica pigmentada romana aparece abundantemente en todos los yacimientos romanos navarros, desde el siglo I al V. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la cronología que abarca la cerámica pigmentada de paredes finas y la cerámica común pigmenta-

97. *Falces*, campaña 1978. Inédita.
98. MEZQUÍRIZ, M. A., *Liédena*, op. cit.
99. MEZQUÍRIZ, M. A., *Andión*, op. cit., pág. 62, fig. 3.
100. BELTRÁN, M., *Cerámica romana...*, op. cit., lám. LXVI, n.° 832.

da. La primera es característica de la segunda mitad del siglo I, perdurando algunas formas durante la primera mitad del siglo II. (Fig. 2). La cerámica común pigmentada, por el contrario, es escasa en el siglo I, abarcando su fabricación los siglos II y III principalmente. También en la época tardoimperial se encuentran algunas vasijas de este tipo, aunque más escasamente, llegando en algunos casos hasta el siglo V. (Fig. 3).

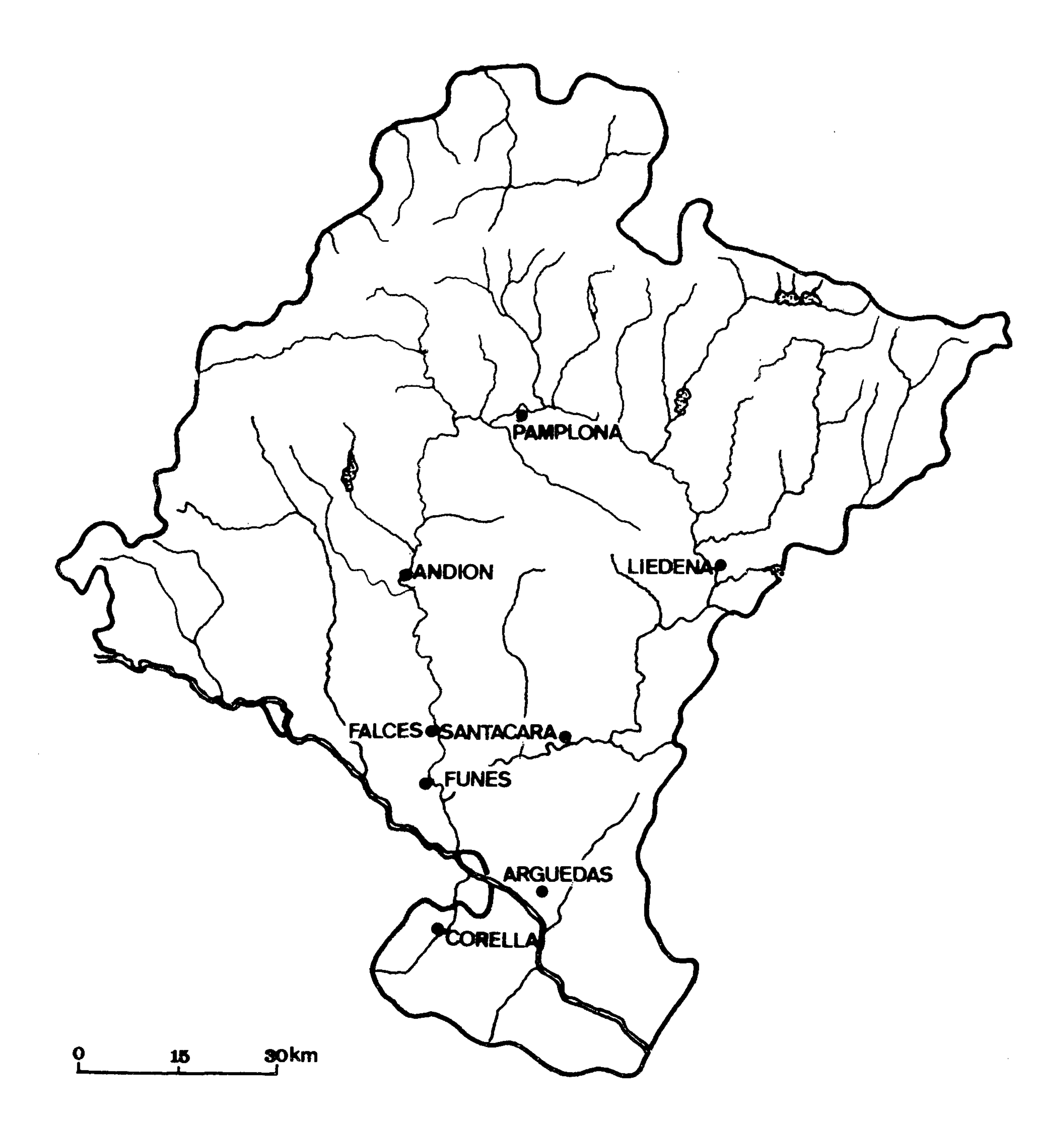


Figura 1. *Situación de los yacimientos controlados.*

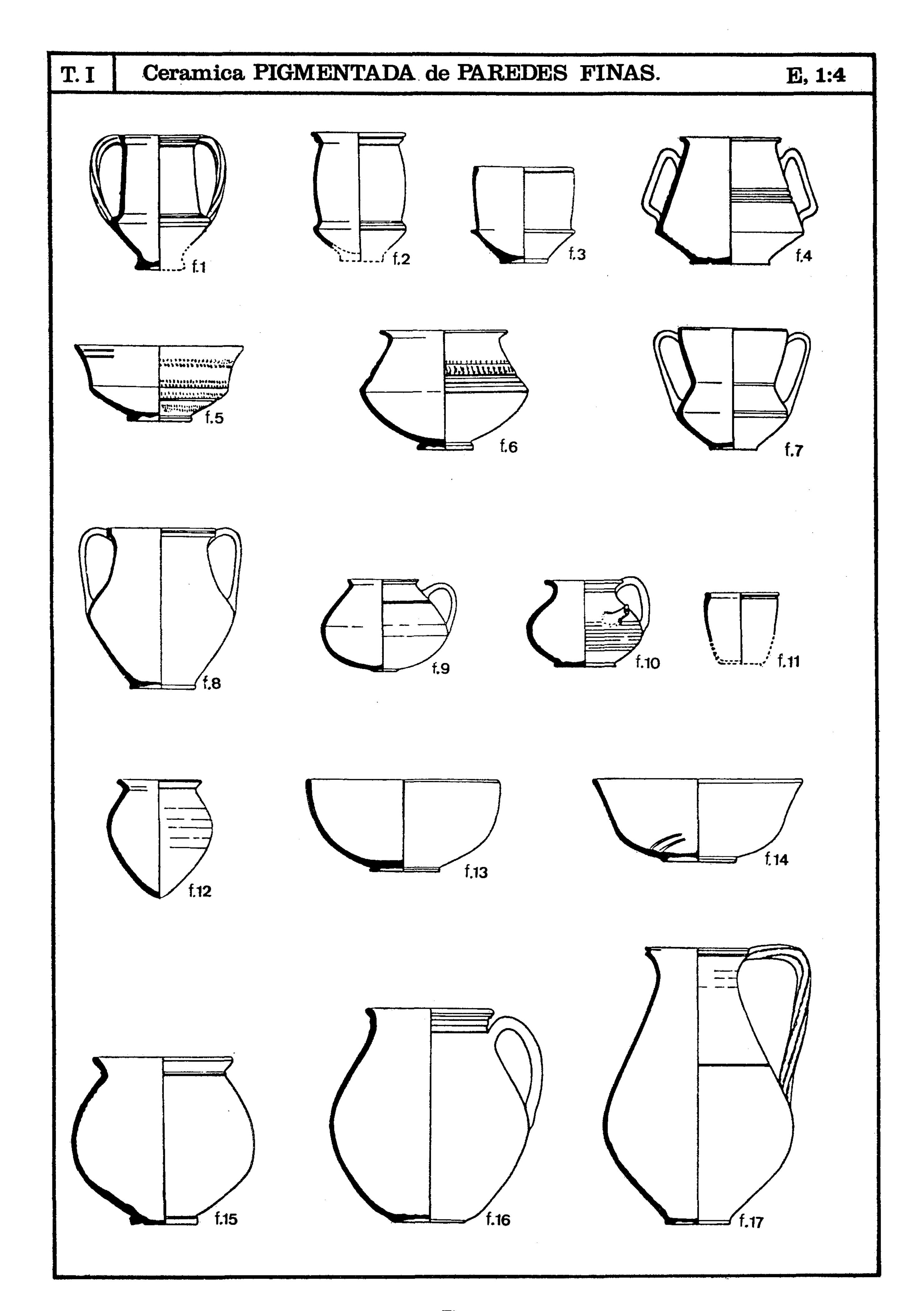

T. I
Ceramica PIGMENTADA de PAREDES FINAS.
E, 1:4
f.1
f.2
f.3
f.4
f.5
f.6
f.7
f.8
f.9
f.10
f.11
f.12
f.13
f.14
f.15
f.16
f.17

Fig. 2.

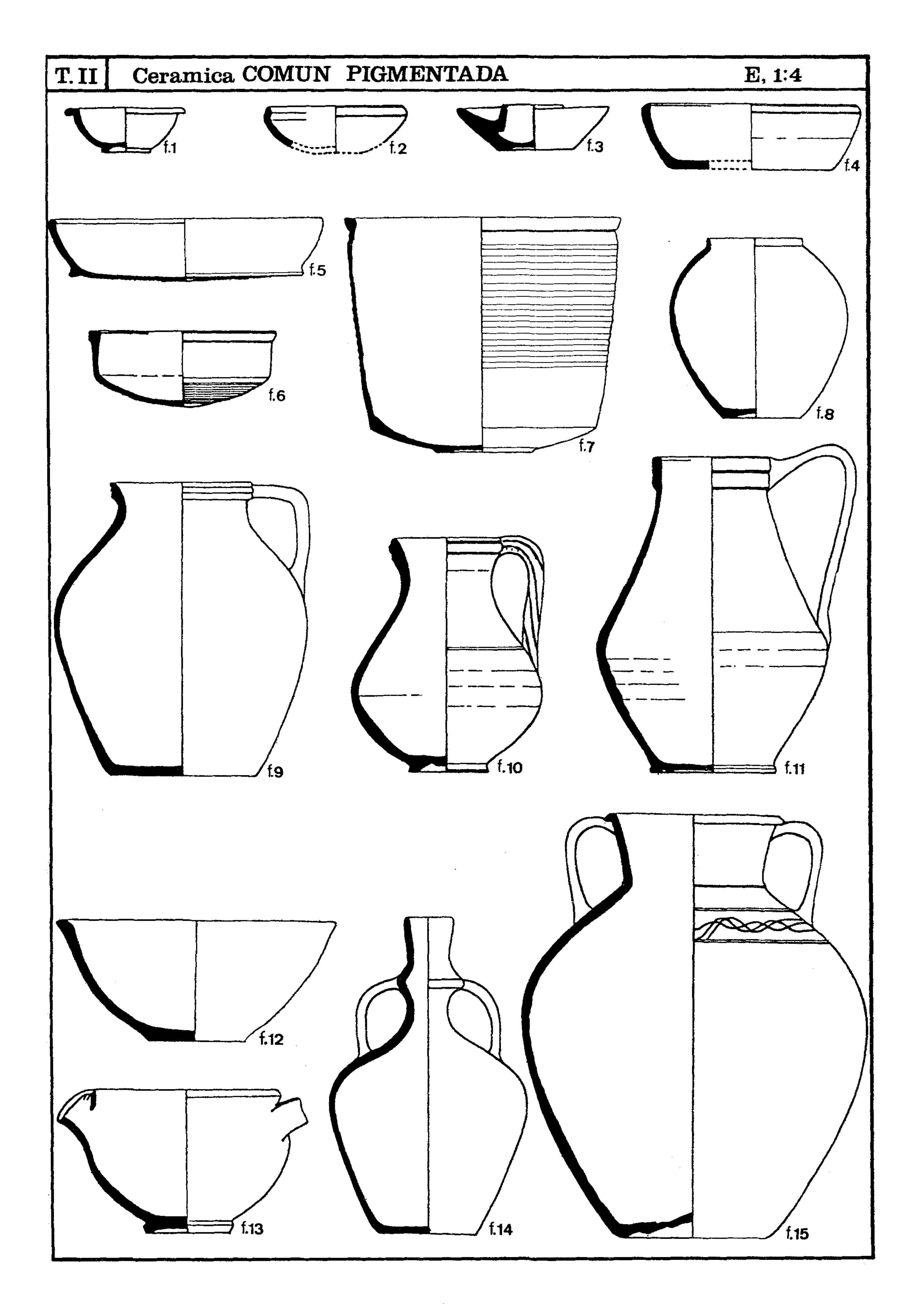
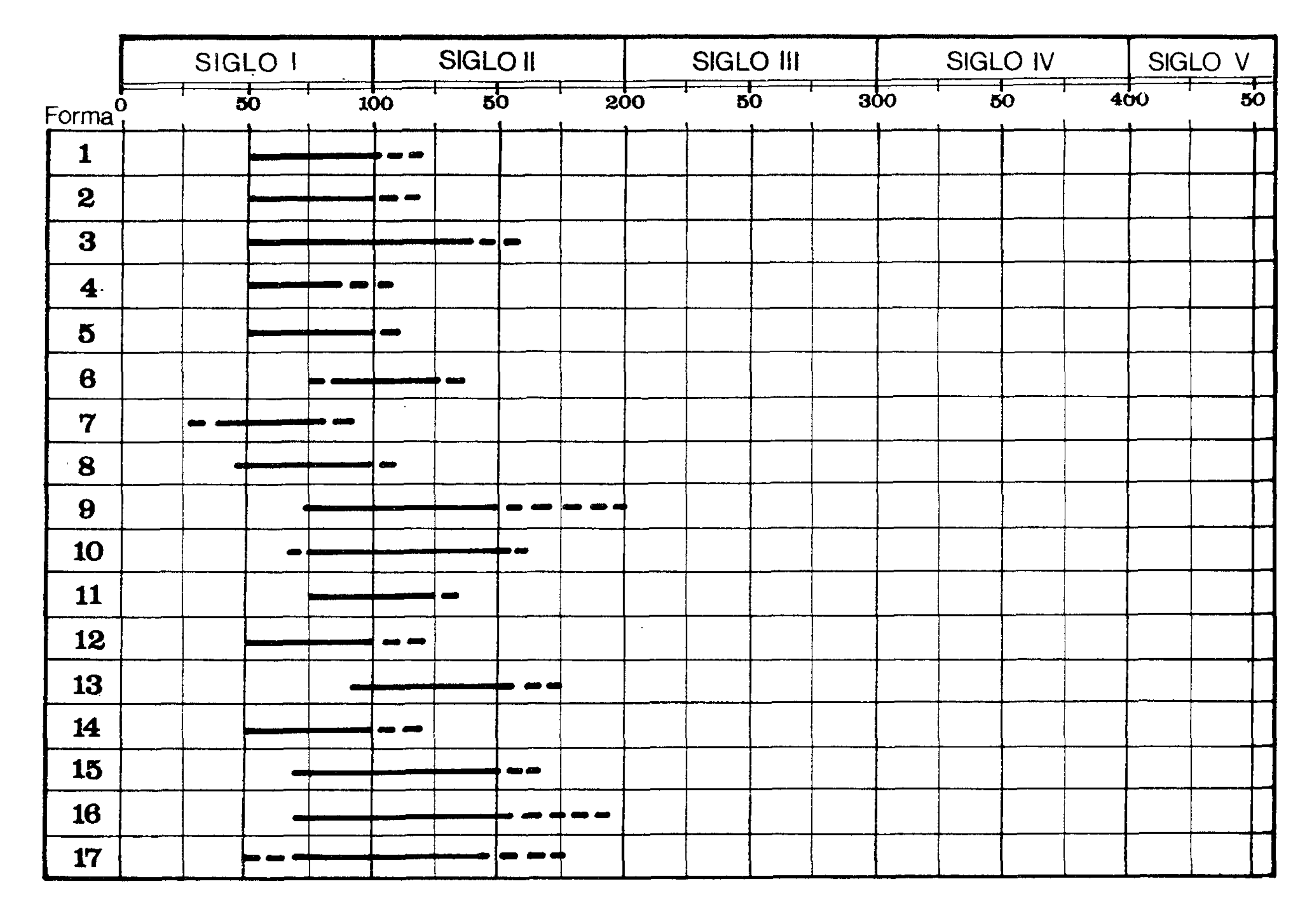
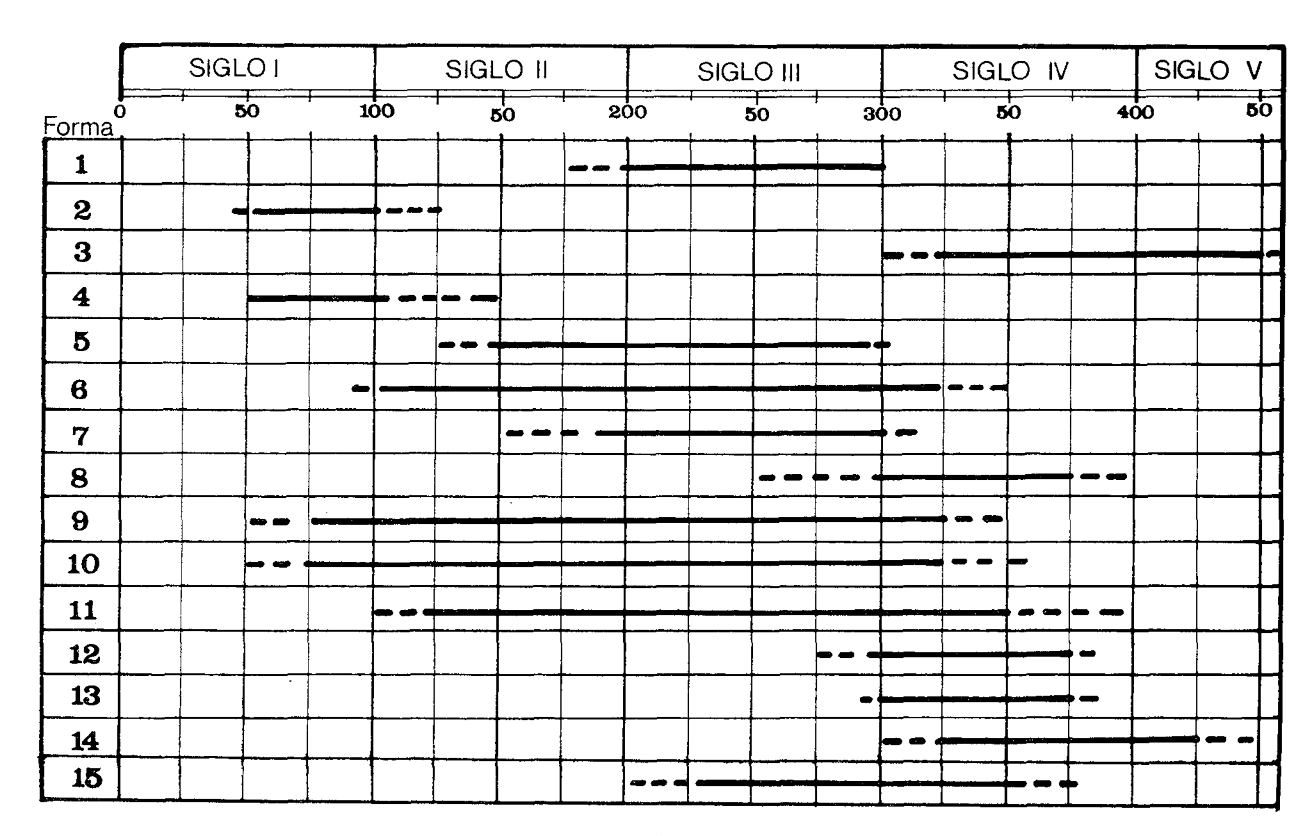

T. II
Ceramica COMUN PIGMENTADA
E, 1:4
f.1
f.2
f.3
f.4
f.5
f.6
f.7
f.8
f.9
f.10
f.11
f.12
f.13
f.14
f.15

Fig. 3.



I



II

Figura 4. *Gráficos cronológicos: I, cerámica pigmentada de paredes finas. II, cerámica común pigmentada.*



F. 3 Pamplona



F. 4 Corella



F. 5 Pamplona



F. 8 Arguedas



F. 9 Corella



F. 10 Corella

Lámina 1. *Algunas formas de cerámica pigmentada de paredes finas.*





Lámina 2. *Algunas formas de cerámica común pigmentada.*



Publicaciones del Museo de Navarra